



LA  
**P**IEL DEL  
**Ordenero**

SAGA ENTREGUERRAS III

EVA GARCÍA CARRIÓN

# Tabla de contenido

<a href="#">Prefacio</a>	-	<a href="#">SUTTON</a>
<a href="#">Capítulo 01</a>	-	<a href="#">SIGUIENDO EL CORAZÓN</a>
<a href="#">Capítulo 02</a>	-	<a href="#">EL PUENTE</a>
<a href="#">Capítulo 03</a>	-	<a href="#">SOLA</a>
<a href="#">Capítulo 04</a>	-	<a href="#">EL CORDERO</a>
<a href="#">Capítulo 05</a>	-	<a href="#">CONFESIONES</a>
<a href="#">Capítulo 06</a>	-	<a href="#">EL ACECHO</a>
<a href="#">Capítulo 07</a>	-	<a href="#">LAS NORMAS DEL JUEGO</a>
<a href="#">Capítulo 08</a>	-	<a href="#">LA REPUDIA</a>
<a href="#">Capítulo 09</a>	-	<a href="#">FRENTE A FRENTE</a>
<a href="#">Capítulo 10</a>	-	<a href="#">DON PEDRO PONCE DE LEÓN EL VIEJO</a>
<a href="#">Capítulo 11</a>	-	<a href="#">¿VOS?</a>
<a href="#">Capítulo 12</a>	-	<a href="#">SACRIFICIO</a>
<a href="#">Capítulo 13</a>	-	<a href="#">PERVERSIÓN</a>
<a href="#">Capítulo 14</a>	-	<a href="#">NUNCA OS DEJARÉ</a>
<a href="#">Capítulo 15</a>	-	<a href="#">RONNIE</a>
<a href="#">Capítulo 16</a>	-	<a href="#">LA NEGATIVA</a>
<a href="#">Capítulo 17</a>	-	<a href="#">LA IRA DEL REY</a>
<a href="#">Capítulo 18</a>	-	<a href="#">LA RECOMPENSA</a>
<a href="#">Capítulo 19</a>	-	<a href="#">LA CABAÑA DEL PASTOR</a>
<a href="#">Capítulo 20</a>	-	<a href="#">SE AVECINA TORMENTA</a>
<a href="#">Capítulo 21</a>	-	<a href="#">LA RECONQUISTA</a>
<a href="#">Capítulo 22</a>	-	<a href="#">LUGH-NASSAD</a>
<a href="#">Capítulo 23</a>	-	<a href="#">LA CONDICIÓN</a>
<a href="#">Capítulo 24</a>	-	<a href="#">INFIERNO</a>
<a href="#">Capítulo 25</a>	-	<a href="#">ARENA Y SANGRE</a>
<a href="#">Capítulo 26</a>	-	<a href="#">UNO MENOS</a>
<a href="#">Capítulo 27</a>	-	<a href="#">LA LLAMADA</a>
<a href="#">Capítulo 28</a>	-	<a href="#">EL CERCO</a>
<a href="#">Capítulo 29</a>	-	<a href="#">LADY FLANAGAN DE LYON</a>
<a href="#">Capítulo 30</a>	-	<a href="#">HAREMAN</a>
<a href="#">Capítulo 31</a>	-	<a href="#">REMOVIENDO EL PASADO</a>
<a href="#">Capítulo 32</a>	-	<a href="#">LA MURALLA</a>
<a href="#">Capítulo 33</a>	-	<a href="#">LA ABADÍA</a>
<a href="#">Capítulo 34</a>	-	<a href="#">LA PRETENDIENTA</a>
<a href="#">Capítulo 35</a>	-	<a href="#">LA HUIDA</a>
<a href="#">Capítulo 36</a>	-	<a href="#">EMPEZAR DE NUEVO</a>
<a href="#">Capítulo 37</a>	-	<a href="#">LA BIENVENIDA</a>
<a href="#">Capítulo 38</a>	-	<a href="#">LOS DE BURGH</a>

[Capítulo 39 - MÍO POR DERECHO](#)

[Capítulo 40 - ENTRE HERMANOS](#)

[Capítulo 41 - LA CUEVA DE LA SIRENA](#)

[Capítulo 42 - DECLARACIÓN DE INTENCIONES](#)

[Epílogo - DESAFIANDO AL DESTINO](#)

[Glosario](#)

[Sobre la autora](#)

LA  
PIEL DEL  
Cordero



Título original: *La piel del Cordero*  
© Eva García Carrión

Primera edición: Junio de 2018  
ISBN: 978-1719577472  
Diseño de portada y Maquetación: © Nune Martínez  
nuncn@gmail.com

Esta edición cumple con las normas ortotipográficas vigentes de la RAE.  
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

*Sois faro en los días de tormenta y brisa en los días de sol.  
A mis padres, mis ejemplos a seguir.  
A quienes debo la vida, quien soy... todo.*



# Prefacio

SUTTON

«He cumplido mi promesa», me he repetido sin descanso desde que deposité tan valiosa espada y empresa en ese hombre meses atrás. Un hombre lo bastante diestro y poco astuto como para hacer su cometido sin hacer más preguntas de las necesarias. ¿Quién en su sano juicio se cruzaría un país en guerra por unas pocas monedas de oro? ¿Quién no habría vendido esa espada al mejor postor y habría sacado mucho más y sin tanto esfuerzo?

Sin embargo, la sonrisa torcida que me había ofrecido nada más verme me había hecho sentir confusa y a la vez confiada de que era la persona que tanto tiempo había estado buscando. No supe por qué, pero me hizo saber que era padre de familia numerosa y que adoraba a su mujer. ¿Acaso había intentado tranquilizarme ante mi inicial reticencia? ¿Tanto se me había notado en la cara que desconfiaba hasta de mi sombra? «¡Ay, Catherine! ¿Cuándo dejaréis que vuestro rostro refleje más que la superficie de un lago?», me reprimí. O quizás le había dado la suficiente lástima como para no hacer más preguntas... Fuera como fuese, había accedido al encargo y, pasado un tiempo, ahí estaba buscando su última moneda de oro como habíamos acordado.



*Northampton, Inglaterra, noviembre de 1335.*

Catherine llevaba galopadas tantas millas que había perdido la noción del tiempo y del camino que aún faltaba para llegar a Sutton, villa al sur de la capital del reino y donde vivía su único pariente vivo, su abuelo. Desde que dejara atrás la fortaleza de ese malnacido, espada en mano, solo había tenido un objetivo: poner tierra de por medio.

Seguía con el corazón en un puño y no alcanzaba a entender por qué el gigante negro y fiel hombre de Worthing le había ayudado a huir y menos llevándose tan preciado botín consigo. ¿Por qué le había ayudado? Ese hombre había arriesgado su vida por alguien a quien no le unía ningún afecto ni ninguna promesa o compensación. No habría tenido escapatoria de no ser por él, pues la partida de caza había regresado antes de lo esperado y, con ello, su oportunidad de salir indemne de allí.

Empezaba a darse cuenta del riesgo que había corrido adentrándose sola en los dominios de esa bestia y no quería pensar qué habría sido de ella de haber caído presa. Esta vez Dios parecía no haberle dado la espalda, musitó con cierto deje de amargura. Las muertes de sus compañeros a manos de ese demonio aún estaban demasiado recientes como para olvidarlas pero, por triste y cobarde que pareciera, ella no había ido a cobrarse su venganza sino a saldar la deuda contraída con Erroll y devolverle su espada. ¿Por qué?, volvió a repetirse a sabiendas de que no obtendría respuesta, ¿acaso podría haberse enfrentado a Worthing ella sola? No, ese hombre jugaba sucio, jamás habrían tenido un duelo justo, jamás...

Cuando había advertido la presencia del telamón negro había sido demasiado tarde, el puño del hombre impedía que abriera la puerta y, con ello, alcanzar la ansiada libertad. Al principio había creído que la delataría o que la mataría allí mismo de tener algo de compasión, pero había hecho algo más que eso, la había ayudado, inesperadamente.

Tiró de las riendas y frenó el galope tras cerciorarse de que nadie la seguía. Estaba exhausta, necesitada de apaciguar su corazón y desentumecer los músculos. Lo más duro había pasado, sí, pero era incapaz de guardar la calma. Descabalgó y se sentó a descansar unos instantes. La bestia agradeció el breve asueto con un bufido que la hizo sonreír después de mucho tiempo. Le acarició la testuz y cerró los ojos.



Los recuerdos de meses atrás se garabatearon en su mente como un manto de lluvia fino y constante, calando en su alma con rapidez, pero sin dejar una huella duradera en el pensamiento. Solo el irlandés aparecía ante sí con una claridad asombrosa. Se abrazó a sí misma con aprehensión, pues evocar a Erroll le dejaba un sinsabor extraño en la boca y la certeza de una herida que jamás cicatrizaría en su corazón. Suspiró. No era momento de pensar en él, ni en tristezas, era hora de empezar una nueva vida sin deudas pendientes.

Acarició distraída el grabado de la empuñadura de la espada, quizás para recuperar la compostura o alejar a su dueño de su pensamiento. Era una pieza singular y magnífica, digna de un rey. ¿Qué historia tendría a parte de su incalculable valor? Recordó cómo la embelesaba su manera de contar relatos, cómo dejaba al público boquiabierto, a ella misma... Él era como esa espada y no le pertenecía. Se la devolvería y así no le debería nada al hombre que le había robado el corazón y, cuando tuviera la certeza de haber saldado su deuda, retomaría su destino sin mirar atrás por muy difícil que se le hiciese renunciar a una vida sin él. Se llevó la mano al pecho, suspirando de forma profunda y lastimera. ¡Qué sola se sentía!

Desvió sus pensamientos de nuevo a ese gigante de ébano y al miedo que le había dado la primera vez que lo había visto junto a ese mequetrefe. Sin embargo, ahora sus sentimientos eran encontrados, pues si Worthing averiguaba que estaba implicado en el robo de la espada de Erroll... acabaría con su vida en el mejor de los casos. Ese hombre se había jugado la vida por alguien desconocido y ella jamás tendría forma de devolverle el favor prestado. Resopló, últimamente su vida parecía no salir de una espiral de promesas y adeudos.

—Ni siquiera le pregunté su nombre —se reprochó en voz alta.

Aún no creía que hubiese sido tan fácil acceder al castillo por una de las puertas traseras de la cocina y que hubiese podido eludir al servicio con tanta facilidad. Llegar a los aposentos de Worthing había sido otro cantar bien distinto, pues una a una había recorrido las estancias con suma cautela hasta encontrar el lugar. Su suerte había estribado en que los hombres de ese malnacido y el mismísimo diablo anduviesen de caza de venados esa mañana y solo hubiesen quedado las mujeres al cuidado de la fortaleza... Las mujeres y tres hombres, dos de ellos entregados a los menesteres de la carne y que jadeaban lujuriosos entre suaves piernas, además de ese gigante negro que,

desprovisto de su propio miembro viril, como los mismos bellacos de Worthing le habían referido aquel nefasto día en el que se conocieron, parecía ser el único que cuidaba en realidad de que todo en el castillo siguiera en orden.

Dos veces había conseguido esquivar a semejante telamón antes de escabullirse en la estancia del señor del castillo y poder acceder a su armería privada. A Catherine su imaginación le había hecho ver incluso que olfateaba el aire en busca de su rastro. ¿Habría descubierto que había un intruso en la fortaleza? ¿Sabría a esas alturas que se trataba de ella? Ese hombre parecía tener un don sobrenatural para seguir sus pasos, a pesar de resultar ser tan ciego como un topo y no encontrarla...

Ella se había ocultado, conteniendo el más mínimo gesto, tras un amplio cortinaje hasta que el custodio había desalojado la estancia con un bufido y solo había vuelto a respirar tranquila tras haber tenido la espada del irlandés en su poder. Había agarrado con fuerza la empuñadura y un leve chirrido, producto del roce del acero de la hoja con otra, la había hecho temblar de pies a cabeza.

Silencio. Recordó que ni siquiera su corazón había latido y que solo, pasados unos minutos, había conseguido alcanzar resuello. Justo después, Catherine había desandado los pasillos tan sigilosa como un gato, mas al llegar a la puerta y bajar la guardia, se había topado con el custodio de Worthing bloqueándole el paso. Habría gritado con todas sus fuerzas de haber podido articular palabra pero, anticipándose a su propio pensamiento, el gigante le había tapado la boca y la había estrechado contra su fornido cuerpo en un solo gesto, ocultándola tras el portón de madera.

Los ojos de Catherine se habían abierto sorprendidos cuando varios hombres habían entrado en la estancia en la que ellos se ocultaban y que era salida directa al exterior. Los recién llegados arrastraban un venado de ornamenta de catorce puntas y habían continuado con su extenuante labor entre jocosas charlas y sin reparar en ellos. Desconcertada, había clavado las pupilas en su captor. ¿La había salvado de ser descubierta? ¿Por qué?

Tampoco se lo habría dicho de haber podido, pues recordó que algunos hombres del *sheriff* Worthing se habían burlado del telamón camino a Wallingford asegurando que debían haberle arrancado la lengua junto a los cojones porque nadie lo había oído hablar nunca. Esos mismos hombres habían pasado en ese justo instante dirección a las cocinas donde

descuartizarían al animal en breve, sin sospechar de su presencia. Catherine había llegado a sentir en su propio pecho cómo el corazón del gigante por fin se iba acompasando, tras un redoble intenso, al ver que se alejaba el peligro.

El resto de la huida hasta las caballerizas más cercanas a la empalizada se volvía confuso en su mente. Imágenes inconexas se entremezclaban, dando prioridad a otros detalles que, por sorpresa, poco ayudaban a salir de una pieza de los dominios de ese demonio. El trino de unos petirrojos, el lejano rumor de las órdenes de Worthing, el brillo de una gota de rocío en una hoja a punto de precipitarse, la exhalación cálida del aliento de su improvisado custodio, el tono a tierra abonada de su piel... Cuando se había querido dar cuenta, el gigante le había susurrado mientras la subía de un solo gesto a su caballo:

—Coged por el lado derecho del barranco y, pase lo que pase, no os apartéis de ese camino. Os persigan perros, escuchéis disparos de flechas, por nada en el mundo perdáis esa ventaja. Es un atajo. Si os separáis de esa vereda os darán caza. ¿Lo entendéis?

Catherine lo había examinado boquiabierta, como si no fuera natural que un hombre hablara.

—Podéis hablar... —susurró ella sin asentir, pero con la sorpresa pintada en el semblante.

—Sí.

—Pensé qué...

—Pensasteis lo que quiero que todos piensen de mí, eso es todo.

—Entiendo —replicó la gata dubitativa, sin saber si seguir o no hablando debido al tono seco de la voz del hombre y a que el tiempo apremiaba.

—¿Por qué...?

—¿Por qué os ayudo?

Cat asintió muda, sus ojos habían hablado por ella con total seguridad.

—Porque la deuda quedó saldada con creces. Mucho tiene que valer esa espada para costar la vida de dos hombres y que vos os arriesguéis a caer en sus garras por segunda vez.

—Prometí devolvérsela a su dueño —confesó ella en un tono tan débil que bien podría haberse perdido con un suspiro.

—Hombre afortunado donde los haya entonces —sentenció el telamón con el gesto contrito y un extraño brillo de orgullo en sus ojos.

Y sin añadir nada más, había azuzado al caballo y cubierto su huida con una estampida del resto de la yeguada. Catherine había volado como el viento previo a una tormenta, sin dudar un instante y por el camino indicado. Cuanto más lejos estuviese de Worthing mejor, por eso no había querido dar descanso a la bestia hasta que había empezado a anochecer. Ya apenas quedaba un rayo de sol en el horizonte.

—Ni siquiera le he preguntado por su nombre —se reprendió en voz alta de nuevo al recordar al hombre y se secó una lágrima furtiva del rostro. Sin él no lo habría conseguido. Resopló y se tocó el vientre con un gesto dulce, pero con manos temblorosas.

El aire gélido de la tarde, le brisó los labios y le enrojeció las mejillas. Catherine miró suplicante el cielo. Los nubarrones negros crecían en espesor azuzados por un viento cada vez más insistente y sibilante. «No puedo demorar más el encontrar un refugio, si no encuentro pronto un lugar donde guarecerme, moriré de frío», se dijo esta vez para sí y, haciendo un soberano esfuerzo, recogió la espada del suelo y el poco aliento que le quedaba y se dispuso a buscar por los alrededores un lugar propicio para descansar.

Pero no había más que maleza, bosque cerrado y una fina capa de nieve se iba haciendo barro a sus pies. Una llovizna ligera comenzó a acicatear su ánimo y emparar el paño de su capa. No aguantaría mucho más si no encontraba un refugio pronto. Anduvo unos pasos, pero la ventisca arreciaba con tal intensidad que temió acabar tumbada en el suelo. «Después de todo lo que he pasado, no me digáis que voy a terminar mis días así», murmuró al cielo con desconsuelo.

Los copos hechos agua al contacto con su rostro le impedían ver con claridad y la intuición solo le sugería que siguiera, que no dejara de andar si no quería acabar tanto ella como la bestia congelados. Cogió las riendas del caballo y lo hizo avanzar hacia ningún lugar concreto, pues el camino había desaparecido prácticamente. Deambularon durante un tiempo, que a Catherine le pareció eterno, hasta que llegaron a un saliente rocoso que podría resguardarlos de la intemperie hasta que amainara el temporal.

La joven inspeccionó el lugar cuchillo en mano, temerosa de encontrarse con algún animal salvaje. Suspiró al comprobar que estaba desierto y que tanto ella como la bestia cabían sin dificultad. Ató el caballo a una piedra de grandes dimensiones y se dejó caer en el suelo exhausta. El caballo resopló agradecido, aunque cada vez que los rayos iluminaban el cielo

se le erizaba el pelaje y coceaba cuando el trueno hacía retumbar la guarida como si los fuera a engullir.

Catherine no supo cuánto tiempo había durado la tormenta. Tampoco el que había durado su duermevela. Se había despertado algo atontada en el mismo suelo donde había caído sentada nada más llegar. Los rayos de sol devolvían una luz tan intensa ante lo blanquecino del paisaje que tuvo que entrecerrar los ojos para no llorar. Se sintió sola, desde que se despidiera de los escoceses, de él... le pasaba muy a menudo. Una congoja que le exprimía el alma y arrancaba de su pecho hondos suspiros.

Miró hacia el interior de la cueva, buscando la oscuridad, el cobijo y el silencio, buscando las fuerzas suficientes como para emprender de nuevo camino. Era injusto pensar que estaba sola, no lo estaba. En su vida, de ahora en adelante, le acompañaría una parte de él siempre. Debería estar feliz, pero la verdad era que no lo estaba. ¿Qué diría su abuelo cuando supiera que había malgastado su vida como le había dicho tantas veces a su madre? Suspiró, se apretó el cinto que portaba la espada y acarició la empuñadura.

—Pronto estaréis con vuestro dueño —dijo en voz alta como si el objeto pudiera entenderla, envidiándolo en cierto modo.

Se acercó al caballo y le dio la poca comida que le quedaba entre ruidos angustiosos de su propio estómago. «Ellos» tendrían que esperar esta vez pues, si se quedaban sin la bestia, estarían muertos. ¿Cómo no había previsto que necesitaría avituallamiento para el camino de vuelta, que cualquier cambio de tiempo le podría retrasar el regreso a Sutton? Maldijo en voz alta y las orejas del caballo se izaron alerta. Ella le acarició la crinera y la bestia resopló. Aún quedaban muchas millas hasta llegar a la villa que la había visto nacer, donde vivía su único pariente vivo.

El paisaje era de un blanco cegador. ¿Sería capaz de orientarse y retomar el camino tras la nevada? ¿La perseguirían los hombres de Worthing si descubrían que había robado la espada? ¿La encontrarían de saberlo? Rezó porque nadie sospechara ni del telamón negro ni de ella, rezó... porque solo un milagro la llevaría sana y salva de regreso a la cabaña de su abuelo.

Se subió a la grupa y se ajustó la única chaquetilla que tenía por abrigo. No podía demorar más el emprender viaje y galopó como si los estuviesen persiguiendo. El paisaje se le antojaba igual: blanco, agreste y gélido, pero tenía que aprovechar que el caballo estaba descansado y poner cuanto antes tierra de por medio. Seguiría la vereda que le había indicado el

hombre de Worthing. No tenía más opción que fiarse de él.

Había dejado que la bestia fuera a su ritmo, solo guiándola con las riendas, sin bajarse salvo para hacer sus necesidades y desentumecer las piernas de tarde en tarde. La nieve se había convertido en barro y había agradecido a todos los dioses conocidos que el cielo le hubiese dado una tregua.

Cuando ya pensó que se había perdido, que desorientada iba a dejarse vencer por la angustia, el frío y el hambre..., Catherine escuchó la conversación de unos hombres y una mujer. ¿Serían alucinaciones? No, allí estaban en un recodo del camino y dos de ellos parecían estar en apuros. ¿Qué hacer? Si su vista no le fallaba uno parecía estar amenazando a la mujer con una daga afilada.

Cat dudó si dar un rodeo y evitar problemas, ya que aún no se habían percatado de su presencia, o si salvar a esa pareja de esos malhechores. Estaba tan cansada de todo que apenas le quedaba conciencia. Ya tenía la espada y estaba cerca de Sutton si no le fallaban sus cálculos. Todos los días asaltaban a personas en los caminos y ella no estaba en sus mejores condiciones... ¿Qué hacer?, se repetía una y otra vez. ¿Acaso se lo iban a agradecer? ¿Las buenas acciones se hacían por eso, por el reconocimiento y la palmadita en la espalda? Su mente era un torbellino de sentimientos encontrados.

A punto estuvo de dar media vuelta, más por creer que ella misma terminaría como esa pobre infeliz o por verse sin fuerzas para enfrentar a esos cretinos, que por otra cosa. Pero reconoció al cerdo que tenía amedrentada a la mujer como aquel hombre de Worthing de boca negra, sucia y de lenguaje soez, aquel que a punto había estado de propasarse con ella cuando los capturaron en el bosque tras darles caza. No se lo pensó. Ese cretino pagaría por lo que le habían hecho a Jacob y a Stace en Wallingford. También vengaría a Larkin que, a pesar de su traición, no merecía un final así. En realidad, esos dos malhechores pagarían por cada una de las muertes de sus compañeros artistas.

El deseo de venganza la reactivó como a un resorte y la gata espoleó a su caballo con premura. Estaba al límite de sus fuerzas, mas solo quería ver uno de sus cuchillos clavados en la frente de esos hombres. Lo pagarán, se instó con una rabia desconocida hasta entonces.

El matón había empezado a sobarle los pechos a la mujer ante la

mirada angustiada del marido que, amordazado y maniatado, poco podía hacer por remediar su situación. Agradeció al cielo que estuviesen concentrados en la infeliz, pues así ella sacaría ventaja ante el ataque sorpresa. Catherine los embistió con el caballo y derribó al que custodiaba al hombre clavándole uno de sus cuchillos en el cuello. Le habría gustado quitarse al otro primero de encima, pero apenas avistaba si estaba amenazándola con un arma a parte del manoseo y no se había querido arriesgar.

Dicho y hecho, el empalmado reuló hacia atrás y dejó visible la daga con la que amedrentaba a la mujer que, vista más de cerca, debía tener poca más edad que Catherine.

—¡Soltadla o acabaréis como vuestro amigo! —gritó la gata.

Sin embargo, el cerdo se carcajeó en su cara y tomó como escudo a la desconocida, relamiéndose ante el repaso visual que le estaba brindando a la recién llegada:

—¡Vaya! ¡Pero si es la gatita que conocimos camino a Wallingford y además sacando las uñas! ¿Os quedasteis con ganas de probar mi...?

No le dio tiempo a decir mucho más. El marido de la mujer aprovechó la distracción del asaltante y que se había quedado sin nadie que lo vigilara para asestarle una puñalada por detrás. Catherine vio la sorpresa de ese cretino en sus ojos. ¿Acaso pensaba que conseguiría salir indemne de tres? ¿No había visto cómo ella había derribado de un solo tiro a su compañero?

El semblante del cerdo reflejó mil y una emociones, sobre todo ante el segundo impacto. La más previsible fue la de venganza, pues aún tenía la vida de la mujer en sus manos. El filo de la daga besó la piel blanquecina de ella adornándola de un rojo brillante. Si Cat no se daba prisa, se llevaría consigo la vida de esa pobre infeliz al infierno. Solo con que al marido se le ocurriera volver a ensartarlo de nuevo, la degollaría.

No lo dudó más, Cat dirigió el caballo hacia donde estaba el esposo para que este se alejara del asaltante. Deseó con todas sus fuerzas que una de las dos puñaladas asestadas hubiera traspasado algún órgano vital. Ella caería sobre el malherido hombre de Worthing, que de seguro no se esperaría tal ataque y soltaría el cuchillo o, al menos, tendría la oportunidad de arrebatárselo. Rezó un par de frases. No era muy dada a pedir nada a los santos, ni a difuntos, ni a cualquier fuerza invisible, pero lo hizo sin pensar. El cansancio que acusaba era extremo.

Catherine siguió el plan trazado y se tiró encima del cretino para



derribarlo y alejarlo de la mujer. Tras eso, los hechos se sucedieron con extrema rapidez. ¿Qué había pasado tras el impacto? Y por cierto, ¿dónde estaba?

La joven se sentía confusa. No recordaba si había llegado al forcejeo con el hombre de Worthing, si la pelea había acabado a su favor o si se debatía por salir del limbo de entre los muertos... Por lo menos estaba viva, de eso daba fe el terrible dolor que tamborileaba en sus sienes. Intentó abrir los ojos, pero los párpados le pesaban tanto que se sentía incapaz como, si pestaña con pestaña, se los hubiesen cosido a conciencia. Se sentía desfallecida y un rugido de su estómago le recordó que llevaba días sin probar bocado.

—¡Por fin os despertáis! —exclamó una voz de mujer—. Ya pensábamos que el resto del viaje os lo pasaríais durmiendo.

Catherine dio un respingo y se giró con torpeza, al dolor de cabeza se le sumó uno del costado. ¿Cómo no se había dado cuenta de que no estaba sola? ¡Al diablo!, exclamó para sí, lo único que era capaz de pensar en ese momento era en que cesara el *rum-rum* de su cabeza y en un succulento estofado de venado.

¿Dónde estaba y quién era esa mujer? Un hombre comentó algo que no llegó a entender con el ruido de la carreta. Cat se tanteó las vestiduras con disimulo y descubrió que iba desarmada. Entrecerró los ojos y se mordió la lengua para no increpar a la desconocida, pues era obvio que la estaban ayudando. Bueno, que lo hacían porque ella los había salvado de esos malhechores antes, holgaba decir, pues la reconoció como a la mujer que estaban asaltando en el camino.

Los recuerdos sobre cómo había llegado a la fortaleza de Worthing, del gigante negro y de la huida fueron tomando forma en su mente. El traqueteo de la carreta no mejoraba ni su dolor de cabeza ni su estado de ánimo. ¿Qué había ocurrido con el asaltante y de camino a dónde iban? Solo deseó que el matrimonio no quisiera la espada de Erroll como pago a su buena voluntad. Miró con recelo a la mujer de voz pizpireta y la recordó en el camino. Sí, no podía ser otra que ella. Catherine sintió desasosiego y unas inexplicables ganas de salir de allí, como fuera, pero su cuerpo no parecía querer

responderle cuando hizo amago de levantarse.

—No os mováis... —le reprendió la mujer, empujándola con delicadeza al improvisado lecho de sacos de pienso—. El ungüento y la venda no durarán mucho si sois tan brusca.

La gata refunfuñó como respuesta y la risa aguda y fresca de la mujer la acompañó un instante antes de seguir con su perorata.

—¿A quién se le ocurre viajar sola? Una mujer joven y bonita como vos no debería hacerlo y mucho menos armada hasta los dientes.

Cat la miró ceñuda. Esa mujer hablaba demasiado y si seguía con esa cantinela el dolor de cabeza acabaría siendo colosal. Pero la buena señora siguió con su retahíla, sin percatarse del color mortecino que iba tomando el semblante de la joven.

—Mi Hamo no daba crédito ante tanta hoja de acero —le comentó mientras se hacía hueco a su lado para seguir más cómoda con su charla—. A decir verdad, ¡ni el herrero de Sutton dispone de tantas!

—¿Sutton? —consiguió balbucir Cat antes de darle una arcada.

—¡Ay Jesús, María y José! ¿Os habéis mareado con tanto traqueteo? —le preguntó sin darle opción a respuesta y poniéndole una bacina justo debajo para que no manchara los sacos de mercancía de la carreta.

El rostro de Catherine reflejó un tono verdoso indefinible y terminó vomitando bilis, pues hacía tiempo que no ingería bocado alguno. La mujer la sujetó para que no se desmadejara, la ayudó para que se dejara caer en los fardos y la instó a que descansara.

Catherine estaba exhausta. Nunca en su vida se había sentido tan al límite de sus fuerzas. Respiró hondo y cerró los ojos, que fuera los que Dios dispusiera, ella no podía más. La mujer siguió haciéndole preguntas a la gata sobre su familia, sobre su lugar de origen, sobre... El cansancio pudo más que cualquier recelo y se abandonó al sueño, sin llegar a despertarse hasta que Hamo frenó las bestias con brusquedad. ¿Qué ha pasado?, musitó en voz alta a medida que se incorporaba. ¿Dónde estoy?

El día parecía soleado a través de los finos huecos y remiendos de la urdimbre. La mujer no la acompañaba y agradeció esos minutos de parcial silencio como agua de mayo. Respiró y se llevó las manos a la altura del corazón, deseaba tanto ver a su abuelo como temía su reacción después de haberle desobedecido y haberse marchado con la compañía de artistas a escondidas. No se arrepentía de nada a pesar de cómo había terminado todo.

Recordó a sus amigos con profunda nostalgia y se inquietó al oír que alguien se acercaba a la carreta. Varios a decir verdad, aunque no podía estar segura de ello.

Catherine buscó algo con lo que poder defenderse en caso de que no trajeran buenas intenciones, prestó más atención. La conversación era distendida, reconoció la voz pizpireta de la mujer y el tono grave y pausado del marido, el tal Hamo.

—Os digo que la joven nos salvó la vida, de no haber sido por ella, Eda y yo estaríamos dando de comer a los gusanos ahora mismo.

Eda debía de ser la mujer de Hamo entonces, con todo lo que había hablado y la buena señora no se había presentado siquiera. Catherine sonrió, le había caído en gracia su deferencia casi maternal con ella a pesar de que Eda no debía ser mucho mayor, o al menos no aparentaba serlo.

—Si maneja los cuchillos como decís, no puede ser otra que ella.

Catherine se envaró. ¿Acaso la conocían?

—Creo que lo mejor será que se lo preguntemos directamente antes de ir a ver al viejo. No está el hombre como para darle una nueva así y que no sea ella.

—De acuerdo —dijeron los tres al unísono.

Catherine los recibió como un gazapo al que azuzan en la madriguera, con los ojos muy abiertos y sopesando cuál sería el mejor hueco para echarse a correr.

—¿Sois Catherine Berrycloth?

¿Hacía cuánto nadie me llamaba así?, pensó Catherine evocando los recuerdos de su niñez. Siempre habían omitido su origen de bastarda y nadie, salvo el hijo de la sobrina del cura, había osado decirle otro nombre que no fuera el suyo. Entrecerró los ojos y aguzó la vista para contrarrestar el contraluz. Dudó de que ese jovencillo destartalado, que siempre le había tirado del pelo a la mínima ocasión, se hubiese convertido en ese hombre tan fornido que la miraba de una forma que empezaba a incomodarla. Sí, estaba segura. Él era Derian, Derian Ackerman, aunque lo de Ackerman era más un estigma que un apellido para él, pues renegaba de ser hijo de quién era, incluso de su madre.

—Así me llaman —sentenció con acritud.

Derian apretó los dientes y, sin mediar palabra, cogió a Catherine del brazo para ayudarla a salir del carro con más fuerza de la necesaria. Ella no se

resistió, se recolocó las ropas y se atusó su media melena a la espera del siguiente movimiento. Sabían quién era ella, pero Catherine no sabía ni dónde se encontraban. Lo peor de todo era que seguía desarmada.

El silencio se hizo entre ellos unos segundos hasta que Eda y Hamo la abrazaron. La joven se sintió contrariada. Derian siguió cruzado de brazos, con una expresión indefinible en el rostro, y alejado a una distancia prudente. La observaba con el mismo interés de siempre. Uno que la incomodaba, pues detenía su mirada en ciertas partes de su cuerpo más de lo estrictamente necesario.

—¡El viejo se alegrará tanto de veros! —exclamó Eda enjugándose las lágrimas.

Catherine supuso que el viejo al que se referían era su abuelo, pero dudaba mucho que deseara verla como decían. Eda y Hamo no eran de allí, aunque parecían conocerlo bien y su cariño parecía sincero. Se alegró de que no se hubiese quedado solo, rumiando entre cabras el dolor por la pérdida de su única hija y lamentándose por la descarriada de su nieta.

Derian no los acompañó a ver a Tom. La cabaña estaba vacía y Catherine aprovechó para despedirse del matrimonio con promesas de verse de nuevo pronto. Anduvo por el humilde hogar hasta que sintió que las paredes de adobe la aprisionaban y salió al encuentro de su único pariente vivo. Paseó por los campos, reconociendo cada árbol y cada sendero que la vio crecer. Allí estaba su abuelo sentado sobre una gran piedra y de espaldas a ella, mucho más encorvado que la última vez. Titubeó y se abrazó a la altura del vientre mientras se acercaba para no alertar al viejo Tom.

Siempre le había parecido curioso que su abuelo le hubiese puesto su mismo nombre al perro, a los tres que al menos ella había llegado a conocer, tuviesen la edad que tuviesen, siempre eran el viejo Tom.

—Abuelo...

El hombre se giró lo justo para verla y siguió tallando la madera como venía haciendo. No la había reconocido.

—Abuelo... soy Catherine, vuestra Catherine.

El anciano dejó de tallar y tomó aire, exhalándolo con toda la lentitud que le fue posible. Su gesto era contenido, pero el labio inferior le temblaba un poco. Catherine se apiadó de él y lo abrazó desde atrás. Había envejecido, más su alma que su cuerpo, se atrevió a vaticinar la joven y todo por haberlo dejado solo, por haber necesitado volar cuando las cosas se pusieron difíciles.

Había sido muy duro ocultarle el verdadero motivo por el que huía, pero ella no podía seguir en Sutton mientras su amor de juventud tenía que abandonar las tierras por orden de su padre y Derian Ackerman estuviese empeñado en provocarla y en organizar esos encuentros cada vez menos inocentes. Durante todo ese tiempo, no hubo día en el que no hubiese rezado por que Derian hubiese formado una familia y se hubiese olvidado de ella. ¿Lo habría hecho? Porque esa sí sería una buena razón para empezar a creer en Dios.

Se centró en su abuelo y acarició su rostro ajado, como si el paso del tiempo se hubiese entretenido en ararlo a conciencia.

—¿Os he echado tanto de menos!

—Pensé que mis ojos no os verían viva de nuevo, niña —suspiró ahogando un sollozo—. ¿Os quedaréis?

Catherine no supo qué responder a eso. Viéndolo tan necesitado de atención y de cariño, sabía que su deber era quedarse y cuidar del anciano, asentar la cabeza y encontrar un marido de una vez por todas, pero las circunstancias habían cambiado y mucho. Ella no podía quedarse en Sutton más tiempo del imprescindible, tenía que devolver la espada a Erroll y pasar el embarazo alejada de allí para evitar que atormentaran al anciano con habladurías.

—Ojalá pudiera, abuelo.

—No digáis más y aprovechemos estos días como si fuesen los últimos —susurró el hombre apenas.

—No me gusta que habléis así. Pronto volveré, os lo prometo — intentó animarlo cogiéndole las manos y dejando la talla en su regazo.

Tenía las manos suaves en el dorso y ásperas como una soga en las palmas, reflejando su vida en cada línea, en cada cicatriz... Las añoraba acariciando su rostro y llevándose la humedad de sus lágrimas mientras le contaba cualquier historia que la alejase del sentimiento de pérdida. Ambos lo habían perdido todo, pero él se resignaba, quizás por la madurez que daban los años o porque se sentía cansado de luchar contra un destino que no le había sido nada halagüeño. Había sobrevivido a siete hijos y a una esposa a la que adoraba. Unos por hambre, otros por enfermedad... todos habían perecido dejándolo solo con una tristeza infinita a rastras. De su hija pequeña, la luz de sus ojos, le quedaba Catherine, su hermosa Cat, y tembló de solo pensar que corriera el mismo fatídico destino de su madre.

—Prometedme que no vendréis sola la próxima vez.

Catherine no quiso mirarlo a los ojos y mentirle. No vendría sola, claro que no, vendría con un bastardo al que ya adoraba antes de nacer, pero no con el hombre de sus sueños. Intentó que su rostro no reflejara las emociones que la sacudían por dentro y cogió la figurita de madera en forma de cabritillo para disimular.

—Es precioso...

—Quedáoslo, el viejo Tom ha dado buena cuenta de los anteriores, ¿verdad, chico? —le preguntó al perro mientras le acariciaba la cabeza con cariño.

El animal lamió su mano agradecido y olisqueó a Catherine.

—Os ha reconocido, ¿veis cómo mueve el rabo?

Catherine sonrió y acarició al cánido también, recordando el día que su abuelo lo apartó del resto de la camada y comenzaron a criarlo aparte, con intención de que algún día sustituyera a su padre, el anterior viejo Tom. Se sentía feliz de haber regresado al que fuera su hogar, de reconocer esa piedra donde se sentaban, de respirar el aroma de las mismas flores y escuchar los berridos de las cabras. Era su tierra y, a la vez, no la reconocía como tal.

Pasaron dos o tres semanas disfrutando el uno de la otra como habían hecho siempre, sin más visitas diarias que las de Hamo y Eda, hecho que Cat agradeció en el alma, pues ninguno había hablado de su regreso con el resto de lugareños. Tampoco lo había hecho Derian, aunque su actitud la contrariaba, pues lo había visto merodear por los alrededores de la cabaña cada atardecer, solo por el placer de observarla. ¿Qué querría? Su amistad no había terminado muy bien y Catherine lo evitaba. El hombre aún estaba claramente resentido con ella por su negativa a ser su esposa y por pensar que la joven había sucumbido a los deseos de Sir Walter de Manny, el hijo del señor de la región.

Catherine decidió dejarlo estar. Ella no tenía por qué darle explicaciones a Derian, ni a él ni a nadie. No se las había dado en su momento, menos aún ahora, cuando entre ellos no quedaba nada en absoluto. Por culpa de su insistencia, Cat había tenido que poner tierra de por medio entre ellos y alejarse de su hogar. Fue entonces cuando conoció a Stace y se marchó con la caravana de artistas. En la actualidad, pronto volvería a irse de Sutton y cuanto menos contacto tuviera con ese hombre, mejor le iría en la vida. Así lo decidió, porque nada había cambiado entre ellos. Nada.

Eda era afable y dicharachera, con una sonrisa clara que la alegraba

siempre, una especie de rayo de luz en un bosque oscuro de copas frondosas y altas... Era la hermana mayor que nunca había tenido y la madre que le había faltado demasiado pronto. Una tarde, la mujer le comentó que, cuando no se dedicaban al comercio del pienso, dibujaba. Catherine puso su mirada gatuna y ella rio como si su cuerpo se hubiese llenado de miles de cascabeles por dentro.

—¿No me creéis? —le preguntó con socarronería, sacándose un pliego muy bien doblado del corpiño.

Catherine dudó un instante si contestar. Ella apenas sabía leer bien, pero sabía apreciar el buen hacer de un dibujo sin dudarlo. Abrió ese tesoro con sumo cuidado y casi se desmaya al ver que era ella la que estaba allí. No supo qué decir, apenas un gemido salió como respuesta. Miró a su amiga con los ojos empañados y balbució:

—¡Soy yo!

Eda sonrió triunfal. ¡Claro que era ella! ¡Era exactamente ella!

—Quería que os llevarais un recuerdo mío cuando decidáis partir.

—¡Es tan hermoso!

Catherine suspiró y estrechó el pliego de papel contra su pecho. Era su tesoro máspreciado. Ahí estaba ella grabada en delicados trazos de carboncillo, en actitud soñadora y distendida, no hierática como solían pintar los artistas a las grandes y acaudaladas damas. Los ojos le brillaban como si hubiese robado varias estrellas a la noche y un esbozo de sonrisa la adornaba más que mil joyas... Parecía que le hubiese robado un instante de su vida y lo hubiese plasmado tal cual, pues tal era el don de Eda que dudaba no se tratase de algún hechizo de magia.

—Gracias, Eda, de verdad. Siempre lo llevaré conmigo.

—No me olvidéis, Catherine. Sé que tardaréis en volver...

—Sería imposible olvidaros. ¡Sois más que una amiga para mí!

Eda sonrió de nuevo y se sonrojó. No estaba acostumbrada a compartir sus secretos, ni a otros elogios que no viniesen de su querido Hamo. La gata la abrazó con fuerza. Eda sabía que la despedida sería inminente y no podía desaprovechar la ocasión para hablar con Cat.

—¿Se lo habéis contado?

Catherine no le preguntó a qué se refería. Ambas sabían de qué se trataba y que había llegado la hora de despedirse y regresar a Londres para evitar la vergüenza a su abuelo, su única familia.



—¡Qué difícil se hace fallarle a quienes más queremos! ¿Verdad? — insistió Eda con un hondo suspiro y sin esperar respuesta—. Vuestro secreto está a salvo conmigo, no os preocupéis por eso.

La mujer continuó como si hablara desde la experiencia, con la mirada perdida en el horizonte, en esos colores anaranjados que se iban apagando entre sutiles velos de gasa azul.

—Es como una bola de pelo que se atora en la garganta y no va hacia delante ni hacia atrás. Notáis cómo va endureciéndose hasta hacerse una nuez y la culpa nos impide incluso carraspear. Lo sé bien, muy bien —rezongó a la vez que se ponía en pie y se desperezaba como si hubiese acabado de echarse una gran siesta—. Soy la segunda esposa de mi marido.

Cat la miró un instante, no comprendiendo qué tenía que ver.

—Su primera mujer murió sin poder darle descendencia y yo... no sé si podré dársela nunca.

La gata hizo una mueca apenas perceptible y Eda siguió, deseosa de poder compartir con alguien su carga, y volviendo a suspirar con tristeza.

—Mi padre abusaba de mí siendo muy pequeña. Yo no hablaba por miedo a que, de una paliza, me matara. Mi madre hacía oídos sordos a mis llantos —Catherine abrió mucho los ojos sorprendida. ¿Cómo una madre podía dejar que violaran a su hija sin más?—. Sí, no me miréis así, no hizo nada hasta el día que menstrué por primera vez, que cogió lo poco que teníamos y me dijo que esa misma noche nos iríamos de allí.

—Pero...

—Nada de «peros», muchacha. No hablaré mal de una muerta, aunque se lo merezca y mucho. Ella no quería pasar la vergüenza de dar explicaciones y solo por eso nos fuimos de allí. Vos preferís enfrentar vuestro embarazo sola antes de darle un disgusto al viejo y lo entiendo, porque yo fui incapaz de renunciar a Hamo y contarle la verdad, contarle que se casaba con una mujer que estaba destrozada por dentro y que, casi con total seguridad, jamás le podría dar descendencia.

Catherine la abrazó con fuerza de nuevo. Se sentía sola. Al principio Eda tardó en reaccionar, contrariada por la efusividad de la joven en ese momento. Ella no se lo contaba para que se compadeciera de ella. Sin embargo, pronto se sumó a esa necesidad de afecto y dejó que la cabeza de Cat reposara en su hombro.

—No estáis sola. Dios proveerá —musitó como si ella misma

necesitara convencerse de que la joven Catherine hacía lo correcto—. Vos misma me habéis dicho que sois buena con los tintes y podréis trabajar de forma honrada en la capital. Ya veréis... Mi prima Martha os dará alojamiento por poco dinero. Solo tenéis que recordar sus señas, ¿sí?

Cat asintió sin apenas moverse, necesitada de ese abrazo largo y de los ánimos para afrontar con fortaleza ese futuro que se le antojaba demasiado incierto. Era un milagro que solo Eda supiera lo de su embarazo, pues sabía que le guardaría el secreto para siempre. Se dejó querer en brazos de su amiga, sintiéndola a la vez como a una madre, una a la que echaba mucho de menos y que jamás vería a su nieto con la cara enmelada y pidiendo más. «Madre...»

—Con Martha nunca os faltará el pan —le siguió hablando Eda, aunque hizo un inciso al ver que Catherine estaba entre ensoñaciones y pensamientos. Le acarició el pelo para atraer su atención—. Quizás cuando el pequeño ande, podáis regresar. No sois la primera madre soltera ni tampoco seréis la última. También podéis decir que el padre murió o yo que sé... Algo se nos ocurrirá, muchacha. Además, nosotros solemos viajar a menudo a la capital para que no nos falte el género, podremos vernos. ¿Qué os parece? —le comentó apretándola un poco más para sí.

La gata hipó. ¡Cuánto iba a echar de menos a Eda! A Eda... y a su abuelo... Pestañeó con premura y se enjugó las lágrimas que enmarcaban un mohín lastimero. Suspiró tras otro hipido.

—¡Vamos! —exclamó Eda arrastrando las palabras y pellizcándole ambas mejillas—. ¿Acaso queréis que vuestro abuelo sospeche o que se preocupe?

Catherine negó contundente. Eso era lo último que quería. Iría a la capital, buscaría un trabajo honrado y le daría un futuro a su hijo, ese con el que ella había fantaseado tantas veces. Puestos a soñar, quizás consiguiera enseñarle su propio oficio al pequeño y acabara como aprendiz en algún taller importante. Eso estaría bien... En Sutton, nadie sabía que ella era diestra en el manejo de cuchillos y así debía seguir siendo, pues podría atraer la atención de Worthing o de sus hombres hacia ella o hacia su abuelo. Solo recurriría a ellos en caso de extrema necesidad y había dado gracias a Dios porque nadie en la villa hubiese querido comprárselos o la mentira dicha no se habría sostenido al no querer hacer la transacción.

Sí, eso era lo que haría. Estaba decidida a probar suerte en el mundo

de la tintorería y se cuidaría de no destacar más que lo justo para hacerse imprescindible en el gremio de tintoreros. «Nada de mezclas», se instó, como si alguien externo a ella la estuviese reprendiendo, pues no podía correr el riesgo de que alguien la acusara de brujería y dejar huérfano a su hijo. Todo irá bien..., se dijo aún atrapada por el abrazo de Eda y acariciando su vientre de forma maternal.

—¿Cuándo os marcharéis? —le preguntó Eda, trayéndola de vuelta de su ensoñación.

La joven gata titubeó un instante antes de decir de forma resuelta y risueña:

—En la próxima luna llena, con el primer ulular del búho.

Eda la miró extrañada por la contestación, pero le devolvió la sonrisa al comprobar que tendrían tres días por delante para preparar el viaje y estar juntas.

—Que se prepare el búho entonces, pues tendrá una gata y una luna espléndida de compañeras de viaje. ¿No creéis? —le respondió jocosa Eda, que no terminaba de entender la fijación de su amiga por esos pájaros de ojos grandes y nocturnos, e iniciando la marcha.

—Que se prepare... —reveló la gata feliz y guardándose el dibujo en una doblez del corpiño.



# Capítulo 01

## SIGUIENDO EL CORAZÓN

*Castillo de Drum, Aberdeen (Escocia), 22 de marzo de 1336.*

El caballo estaba listo. Erroll no sabía cómo, pero todas sus monturas terminaban siendo grises y llamándolas Tizón. Este ejemplar era joven y bravo, regalo de su tío para celebrar el fin de su cautiverio y la vuelta al hogar. ¿Qué hogar? El guerrero bufó y el caballo lo imitó al tanto, lo que hizo que Erroll sonriera y terminara convidándolo con unas viandas para granjearse su lealtad. Él no tenía hogar al que volver, nada salvo el apellido materno Lyon. Sin embargo, no era momento de mirar atrás pues con una niñez de desapego había bastado.

Desde que había regresado a Escocia tras la muerte de su padre, siendo poco más que un niño, lo habían repudiado y llamado irlandés, sin citar nunca su nombre en Glamis. Lo que al principio había empezado como un insulto, había terminado llenándolo de orgullo, como una seña de identidad propia de la que él mismo se jactaba.

Su abuelo materno, el viejo *Laird* Lyon, no entendía otro camino que no fuera el de su santa voluntad, que Cullen Flanagan se hubiese llevado a su hija sin su consentimiento explícito y la hubiese desposado era algo

imperdonable, pasaran los años que pasasen. Algo que, a pesar del tiempo transcurrido desde entonces, le había hecho pagar a ella y a su nieto recordándoles a cada instante su condición prestada en Glamis.

De ahí que Erroll encontrara en los Murray de Atholl la amistad y el cariño que en su propio hogar no tenía, queriéndolos más que a los de su propia sangre, pues ellos lo habían tratado como uno más del clan.

Cuando el joven Flanagan comenzó a destacar en el manejo de las armas, y ante las pocas mañas que se daba el heredero de John Lyon en tales menesteres, tanto su tío como su abuelo se mostraron más condescendientes con él. Sería un gran capitán, aseguraban todos. Uno al que temer, decían muchos. Las tornas del destino giraron y, de ser un don nadie, casi un apestado, no hubo día que no le recordasen que era medio escocés.

Pero Erroll no se dejaba engañar con facilidad, sabía que ese cambio de actitud se debía a la eterna gratitud de su tío por haber desestimado reclamar el título de los Lyon y de las tierras que estaban vinculadas por derecho al mismo, incluida Glamis y las villas colindantes. Nada había cambiado en realidad. Él seguía siendo el hijo de un bastardo, de un irlandés sin más fortuna que un peñasco, como le recordaba de forma reiterada su abuelo.

En su momento, Erroll creyó que renunciar al título de *Laird* Lyon era lo más justo para todos pues así se perpetuaría el linaje del apellido con su tío y su primogénito. Una forma de agradar a los suyos, de demostrarles que era parte del clan, aunque no surtió efecto. Muy al contrario, el viejo *Laird* lo había mirado con un acentuado recelo desde entonces. Por un lado, orgulloso de que el apellido se perpetuara con su hijo menor y, por otro, enrabiado como un niño pequeño porque Erroll no hubiese mostrado el menor interés por luchar por lo que le pertenecía de forma legítima.

La inquina de su abuelo se reavivó al no jurarle lealtad tras alcanzar la mayoría de edad y, por eso, cuando más había necesitado a su familia durante su condena en la prisión de St. Margaret, solo su tío hubiese hecho todo lo posible por liberarlo. Eso le había terminado de abrir los ojos al joven. No repudiaba su sangre escocesa, por amor a su madre y a sus amigos, pero nada más. Esa tierra no le pertenecía. No le había pertenecido nunca y así sería siempre.

Erroll no se lamentaba de tener que abandonar Escocia. Ya no. Quizás el destino, que tan aciago le había resultado un día, tuviese al final una razón

de ser. ¡Cuán equivocado había estado respecto a tantas cosas! ¡Cuánto tiempo había perdido con personas que no se merecían un ápice de su atención! Pues con la renuncia al título, había perdido al que había creído que era el amor de su vida: su amada Kelsey que, al saberlo sin fortuna, no había tardado en comprometerse y desposarse con un conde inglés.

Sí, había abierto los ojos a duras penas. Había conseguido dejar a un lado el desamor y darse una oportunidad: la de luchar contra esa desesperanza que le había zozobrado el alma más tiempo del debido. ¡Sabio destino!, había terminado por entender al fin, tras largos años maldiciendo su mala suerte.

Escribió una escueta nota en deferencia a su madre y se la entregó al joven escudero que le había traído las alforjas llenas de vitualla para el viaje. El muchacho agradeció la moneda que recibió por el nuevo encargo y se fue antes de que el guerrero cambiase de opinión. De nuevo solo, Erroll supervisó el contenido de las alforjas, las afianzó a la grupa del caballo y se cercioró del buen estado de las cinchas y las herraduras. Estaba listo.

Algún día reclamaría la herencia prometida de los Burgh a su padre: una pequeña isla al norte de Irlanda desde la que tendría a tiro de piedra la costa escocesa. No quiso pensar en la posibilidad de volver solo o de no regresar de Inglaterra. Esta vez, pelearía hasta el último aliento por ser feliz. Ella lo hacía feliz. Ella. Su gata.

Supo que Leena y Ayden se acercaban por la conversación animada que mantenían con el pequeño Cailéan. Su amigo llevaba al pequeño en brazos y este rascaba la incipiente barba de su padre mientras decía: «Pica, pica». Los tres reían divertidos, aunque cuando estuvieron lo bastante cerca, la *petirroja* cambió el semblante. La joven aún no parecía haberle perdonado del todo sus meteduras de pata pero últimamente hablaban con cordialidad y, a veces, hasta llegaban a la familiaridad de antaño. El que hubiese decidido hacer caso a su maltrecho corazón de una vez por todas parecía haber impuesto entre ellos la tregua definitiva. Sonrió al verlos.

—¿Ya lo tenéis todo? —le comentó el mellizo Murray, mientras atrapaba la manita de su hijo con la suya para prestar a Erroll toda su atención.

El irlandés asintió y le pellizó la mejilla con ternura al pillastre. Este gorjeó y le echó los brazos.

—¿Puedo? —preguntó Erroll por cortesía más que por otra cosa.

—¡Claro! —respondieron los padres al unísono.

Erroll tomó al niño en brazos y lo acunó contra su pecho. Le gustaba sentir ese cuerpo menudo agazapado contra él, demandando ternura, protección y mimo, derrochándolo a raudales. Se lo devolvió a su madre tras darle un beso en la coronilla, aún despejada a falta de pelo.

—¿Estáis seguro de lo que vais a hacer?

—Sí, Ayden. No hay día que no piense en ella.

—¿Y vuestra familia?

—Le mandaré recado de que marchó al sur. Sé que los gritos de mi tío y de mi abuelo llegarán a escucharse hasta en las Highlands por no comandar sus tropas mientras Perth está siendo cercado por los ingleses, pero si no lo hago ahora, perderé la pista de Catherine para siempre.

—El corazón manda, Erroll —dijo Leena—. Solo hay que saber escucharlo.

El joven asintió. Deseaba que llegara el día en el cual pudiese estar como sus amigos, con su gata apoyada sobre su torso, mientras su mano buscaría perderse en su redondo trasero haciéndola respingar... No pudo evitar sonreír. Eso era la felicidad, ¿cómo no se había dado cuenta antes? ¿Por qué la había rehuido cuando había estado tan cerca de conseguirla?

Ayden interrumpió sus pensamientos.

—¿Algo más?

—He dejado algunas indicaciones por escrito —dijo Erroll con talante serio.

—Perded cuidado, se hará todo como decís —le aseguró Ayden—. Solo os pido que no os dejéis atrapar por esos *sassenachs*. No sé si a mi mujercita le gustaría que me tuviera que ausentar tan pronto de su lecho para ir a rescataros.

Erroll puso los ojos en blanco ante el codazo de la *petirroja* al «gran oso», como él lo llamaba cuando quería burlarse del mellizo. ¡Qué dos! Les deseaba una eterna luna de miel, pues ya habían sufrido lo indecible.

Los amigos se abrazaron y se despidieron como si fuera la última vez que se viesan. Quizás fuese cierto, pero ninguno otorgaría más de un instante a esa posibilidad. Cruzar un país en guerra y adentrarse en territorio enemigo era peligroso, habían estado a punto de no contarlos hacía escasos meses y repetir tal hazaña, sin saber siquiera si Catherine lo estaría esperando, era demencial.



—Deseadme suerte, aunque creo que en Inglaterra voy a estar más tranquilo que aquí con vos —les pidió risueño Erroll desde lo alto de Tizón, aunque hecho un manojo de nervios.

—¡Suerte, *caraid!* —coreó el matrimonio, sabiendo lo mucho que lo echarían de menos.

Ya hacía dos largas semanas desde que dejara Aberdeen. Erroll estaba decidido a enmendar su destino. Cada día que había pasado sin Catherine había sido una tortura y de eso sabía mucho por desgracia. El joven guerrero miró al guía y bufó. Había resultado ser un hombre anodino, reservado y sin conversación. Aburrido, Erroll tanteó el peso de la *claymore* de su padre entre sus dedos y suspiró. ¡Lo que habría dado por poder ver a Cat en ese preciso instante! Se revolvió el pelo con la exasperación pintada en el rostro, pues ese trote lento, jornada tras jornada, y el silencio de su guía le agriaría el carácter hasta a un santo.

—¿Queda poco para el muro? —le preguntó desorientado ante el inmenso rodeo dado para evitar las zonas ocupadas por los ingleses y porque más que avanzar pareciera que regresaran al norte.

Su acompañante y guía, Joe Patterson, escupió los restos del hierbajo que masticaba por encima de su hombro. Erroll arrugó la nariz cuando el hombre le deleitó con una sonrisa picada y carente de la mayoría de los dientes. El muy maleducado ni siquiera le respondió. Cogió otro hierbajo y empezó a morderlo como si de ambrosía se tratase. Ese hombre lo exasperaba.

Erroll alzó las cejas para ver si el aludido se dignaba a contestarle y, al comprobar que no, blasfemó contra los santos conocidos y puso a su caballo al galope, gesto que hizo que Joe Patterson se carcajeara de los bríos del «irlandesito», como él lo llamaba cuando no lo tenía delante.

Tras la galopada, Tizón resolló y Erroll palmeó agradecido el cuello de la bestia. El joven oteó el horizonte y vio el punto en el que habían dejado convertido al guía. No tardaría mucho en anochecer, aunque habían acordado seguir su camino hasta que encontrasen un refugio. Sin embargo, a medianoche, a falta de posada y cueva donde guarecerse, decidieron descansar al raso.

Joe se acercó con un pellejo de vino en son de paz. El inglés no era un hombre parco en palabras, pero tenía que reconocer que le gustaba aguijonear a su distinguido acompañante. Prefería ser precavido, pues de un bárbaro no sabía uno qué podía esperarse.

Erroll agradeció el gesto y dio un largo trago. El vino no era de una buena cosecha, pero le ayudaría a calmar los calambres del estómago y dormir. Llevaban dos días sin llevarse nada sólido a la boca. La caza menor escaseaba, no podían hacer fuego y no había ninguna aldea en pie en millas a la redonda. Por donde miraran, solo había campos arrasados. ¿Esa era la Escocia que querían los Eduardo? Maldijo entre dientes para no soliviantar a Joe. ¿Qué culpa tenían ellos de lo que decidían sus reyes, consejeros y ricohombres?

Los días siguientes se hicieron interminables. Cansados de sortear cuerpos en descomposición en los caminos, prefirieron atajar campo a través. Erroll confió en la buena intuición de su guía, que no había errado ni una vez en todo el trayecto, aunque la falta de conversación empezaba a hacer mella en él.

Esa noche, las estrellas moteaban la cúpula oscura, aclarándola. Erroll suspiró. Estaba necesitado de ver a Cat, de obtener su perdón y de reclamarla. Le angustiaba preguntarse si ella lo estaría esperando y su propia conciencia lo martirizaba: «¿Con lo hermosa que es? Dejad de soñar despierto, muchacho».

—*Mo piseag...*

No, no se lamentaría. El destino le había dado una segunda oportunidad para enmendar su lacónica vida y no la iba a desperdiciar, menos aún por un desabrido *sassenach* que solo abría el pico si veía entre sus dedos plata u oro. Gruñó y le dio la espalda al guía, enfurruñado consigo mismo como si fuera un niño pequeño. No le gustaba depender de nadie, pero ese hombre era el único que podría llevarlo hasta a ella. Ya podían salirle cuernos, rabo y tres cabezas al guía que haría lo posible por mantenerlo a su lado y, a ser posible, contento.

Erroll se durmió rememorando aquel día en el que ella le confesó su amor. No había sabido contestar a sus demandas, tampoco había sido el hombre que ella había necesitado que fuera, ni el que se debía a sí mismo. Finalmente, se desveló y se dio un paseo por los alrededores. Sin luna lo mismo se despeñaba, pero enfadado como estaba, poco le importó.

Se maldijo por haber sido un cobarde. Sí, esa era la palabra por mucho que le desgarrara el amor propio, pues jamás lo había sido hasta entonces. En lo alto del páramo, admiró la espada circunspecto, demorándose en el gris

espejado y oscuro como la noche de su hoja un solo instante, como si pudiese ver el futuro en el acero. Antes de enfundarla de nuevo, pasó el dedo por su afilado contorno. No quiso pensar en cómo ella la había recuperado, en el alto precio que quizás habría pagado para arrebatársela a Worthing... Sin darse cuenta, apretó el dedo contra el acero más de lo debido y blasfemó, no tanto por las limpias gotas de sangre vertidas como por entender que Catherine se había puesto en peligro con tal de recuperarla.

—No merezco tanto, *mo piseag* —dijo en voz alta, abrumado por los recuerdos y mirando hacia el sur.

Desanduvo sus pasos y volvió al lugar de acampada. Esta vez consiguió dormirse hasta que el albor y los huesos entumecidos por el rocío lo despertaron. Joe lo esperaba desde su montura cruzado de brazos y con el entrecejo fruncido. No lo saludó como era habitual en él, que solo contestaba a las preguntas del irlandés con monosílabos en el mejor de los casos. Sin embargo, era entrar en cualquier albergue o posada y el guía parecía un hombre distinto: entablaba relación con el gentío tan ufano y servicial como cuando lo conoció en el castillo de Drum. Erroll no entendía qué le había podido hacer para recibir un trato tan hostil. Quizás fuera por su origen, al fin y al cabo, Inglaterra y Escocia estaban en guerra, pero eso no parecía haberle importado cuando lo conoció ni tampoco cuando se embolsaba su dinero.

Erroll no le quitaba la vista de encima. No porque le temiera en un cuerpo a cuerpo, pues era clara la desventaja del guía en ese aspecto, pero temía que la codicia lo cegara o tuviera algún desliz que llegara a delatar su identidad. Alguna vez lo había descubierto mirándolo de reojo y mascullando alguna imprecación sobre su persona. ¡Diablos! Sin embargo, algo en su interior le decía que ese hombre jamás lo traicionaría, por muy huraño que le pareciera.

Joe mantuvo el ceño fruncido hasta que consiguieron cruzar el muro de Adriano sin incidencias y tras varios días recorriéndolo de este a oeste. No había sido fácil encontrar un paso fronterizo seguro y exento de soldados *sassenachs*. Estos montaban guardia en casi todos ellos, divididos en pequeños grupos. Había que reconocer que estaban mejor organizados que los escoceses y el remordimiento atenazó el corazón de Erroll por un instante. No había que ser muy listo para saber que Escocia no saldría bien parada de aquella afrenta, pues había más hombres armados que árboles en pie en aquellos bosques.

Él debería estar luchando en el frente con sus amigos por liberar a la tierra de sus ancestros del yugo inglés, pero era su última oportunidad de ser feliz. Esa vez tendrían que apañárselas sin él. Su batalla era otra.

Joe percibió el cambio de humor del «irlandesito». Echaba de menos la charla del joven, pero jamás se lo diría ni tampoco la alentaría. No estaba allí para eso. Él solo era un mandado. Haría lo encomendado y en paz. No obstante, al otro lado de la frontera, Joe necesitaba que el joven guerrero estuviese alerta y no preocupado porque él hablara o lo dejara atrás con su montura. Si le descubrían con ese medio escocés, ambos acabarían adornando cualquier cuneta del camino en el mejor de los casos.

El guía azuzó su bestia con renovado brío y ansias de llegar a su hogar, hasta el punto de dejar a Erroll atrás en más de una ocasión. Sonrió al ver que llegaba antes que él a la villa donde pernoctarían, que había ganado la carrera y que Erroll contenía las ganas de decirle cuatro cosas.

—Os falta gruñir, *caraid* —le espetó Joe con sorna, como si tuviese el don de leerle el pensamiento, y haciendo énfasis en la palabra gaélica mal pronunciada.

Erroll lo fulminó con la mirada un instante. ¡Por San Ninian que no iba a consentir de nuevo que lo dejase atrás y menos que solo le hablara para burlarse de él! Ahí, si reían, lo harían juntos. Por lo que aceptó su derrota y estalló en carcajadas. Joe lo miró confuso y se sumó a su contagiosa risa. Había vuelto a ser el guía que se presentó en Drum con la espada: un hombre sociable. De hecho, si no hubiese sido por esa dentadura picada, cierto afán por irse apropiando de lo ajeno, por nimio que el botín fuera, y ese extraño mutismo hosco que le caracterizaba, hasta podrían haber sido amigos.

El irlandés le hizo una floritura cortés antes de dejarle paso para que entrara primero en el establecimiento. Estaban tan cansados que no repararon en la cantidad de caballos que esperaban pacientes fuera de la posada. Ambos entrecerraron los ojos al entrar, deslumbrados por la luz, la algarabía y la opulencia del interior del lugar. Dieron un paso atrás con clara intención de marcharse, pero la llegada de los forasteros había generado gran expectación y tres decenas de ojos dejaron de pestañear al verlos.

«Demasiados», pensó Erroll, acariciando el pomo de su espada y agradeciendo que el diseño de la misma fuera imponente pero no claramente identificativo de las Highlands. La mandíbula, algo temblorosa de su guía, le confirmó que se habían equivocado de lugar para pernoctar, o al menos de día

para hacerlo.

El irlandés dio un paso al frente y puso su mejor sonrisa. Algunos de los presentes volvieron a los juegos de mesa, sin dedicarles mayor atención. En cambio, otros los siguieron con la vista hasta que se sentaron en el rincón menos concurrido del establecimiento, cerca de la cocinas. Joe le habló en apenas un audible susurro:

—Al menos hay cinco caballeros con sus respectivos escuderos y una decena de arqueros. Eso sin contar los de las tres mesas del fondo, que parecen soldados a pie...

Era la primera vez que Erroll le escuchaba decir varias frases seguidas. Sin embargo, no era momento de reproches.

—¿Infantería? —preguntó.

Joe asintió, preocupado. A continuación, el guía cambió el gesto y llamó al tabernero para que les atendiera. Pidió dos jarras de cerveza tibia y un par de cuencos de estofado. El hombre les miró con cara de pocos amigos, dejó al pequeño que lo acompañaba en la barra secando jarras con un trapo y les sirvió la comanda. Al llegar junto a ellos, les espetó:

—No quiero problemas.

—¿Y quién los quiere, amigo? —preguntó el guía con inocencia.

—No sois de Haltwhistle.

Como si el mero hecho de no ser de esa pequeña villa perdida en el camino predispusiera para el conflicto. Erroll se abstuvo de intervenir y dejó que Joe se las arreglara solo. El tabernero no parecía mal hombre, quizás medroso porque su negocio acabara hecho un cisco esa noche.

—No, no lo somos. Mi señor se enteró de que iba a ser padre y el hermano del rey, que es íntimo amigo suyo, lo dispensó para que viniera a ver a su heredero.

El tabernero miró de arriba a abajo a Erroll con desconfianza y este se limitó a sonreír mientras apuraba la jarra.

—Seguro que cuando tenga unos pocos vástagos ni se inmuta, ¿verdad? —terminó Joe jocosamente, mostrando su carencia de dientes.

El buen hombre sonrió y se rascó la coronilla, asintiendo.

—Pues sí, recuerdo que con el primero temí haber engendrado un demonio por los gritos que daba mi mujer.

—¿Veis, mi señor? —le preguntó Joe para hacerlo partícipe de la conversación—. Nada de qué preocuparos. Os lo dice un hombre que tiene

más hijos de los que sabe contar.

Los tres rieron y el tabernero volvió a la barra, sin prestarles más atención. Erroll se acercó intrigado a su compañero de mesa.

—¿Por qué le habéis dicho eso?

Joe prefirió no decirle que solo había embellecido la verdad, que la mujer por la que se estaba cruzando un país en guerra estaba preñada y que pronto sería padre, si no erraba en las cuentas. En vez de eso, lo tranquilizó:

—Porque así no os verá como un joven fanfarrón ávido de problemas.

Erroll abrió los ojos sorprendido para luego entrecerrarlos. No dudaba que Joe acababa de criticarle su apostura. ¿Acaso daba la impresión de no ser un caballero en todos los aspectos? Farfulló antes de pedir otra jarra, esta vez de vino especiado, para acompañar el guiso.

—Nunca oí hablar de esta villa antes —murmuró el irlandés.

—Precisamente por eso os traje aquí.

No hablaron entre ellos durante un rato. Joe seguía nervioso, atento a cualquiera que se levantara o alzara la voz, mientras Erroll lo observaba y daba cuenta de la comida, famélico. Ninguno de los dos entendía cómo los *sassenachs* habían tomado como enclave logístico quince chozas mal contadas, una ermita y una posada, aunque esta fuera más grande y mejor equipada que muchos salones de grandes castillos.

—Quizás en Newcastle se hospede el grueso de la avanzadilla y, a falta de una estancia más cómoda, el resto haya venido aquí —expresó Erroll sin atisbo de emoción en la voz cuando terminó de apurar su escudilla.

—Puede ser, no hay más que seguir la calzada romana y el curso del río Tyne para llegar al muro, aunque es más fácil adentrarse en las Lowlands por el nordeste que pasar por Gretna Green.

Bien lo sabían ambos, pues habían tenido que desistir de cruzar la frontera por Berwick-upon-Tweed o cualquier villa aledaña con tal de evitar que los alistaran por la fuerza para la batalla. Como proscritos, habían tenido que adentrarse en el vasto bosque de coníferas y abedules del Kielder, en su mayor extensión limítrofe con la frontera, salpicado de colinas poco empinadas y páramos sin asentamientos cercanos donde comprar víveres. Habían malvivido a base bayas y de cazar algunas aves rapaces, ardillas rojas y un solitario corzo malnutrido.

Dicha extensión forestal se asemejaba mucho al paisaje del norte escocés, tan frondosa que no habían podido descuidar sus flancos durante días,

pues la altura de la vegetación y ruidos de animales los habían mantenido en una alerta constante. Allá donde habían intentado retomar su camino al sur, se habían encontrado con tropa de infantería enemiga, armada o provista con azadones. Todos parecían hechizados por una sed acuciante de fortuna y gloria, por lo que habían optado por seguir campo a través, aunque se tuvieran que enfrentar a salteadores.

De no haber estado tan cansado, Erroll habría percibido antes que un desconocido se había tomado la libertad de sentarse a su lado y hablarle.

—¿Dónde está el resto de la compañía, amigo?

Erroll siguió bebiendo sin percatarse de que era a él al que se dirigían. La jornada había sido extenuante y por fin dormirían en un establo que no estuviese infestado de chinches y cucarachas o a pleno raso. No veía la hora de dejarse caer sobre el heno...

—Es con vos —le susurró Joe sin apenas mover los labios.

Erroll se giró lo justo para decirle al hombre que se había equivocado de «amigo», pero al verlo, el rostro le resultó un tanto familiar. ¿De qué compañía hablaba? ¿No sería de...? El recuerdo de Stace, Jacob y Larkin le agrió la bebida.

—Nos separamos al terminar la temporada. La guerra no ayuda más que a llenar los bolsillos de los mercenarios —supo decir a tiempo.

—¡Qué lástima! —comentó el desconocido acercando su silla un poco más, hecho que inquietó a Erroll, pues si ese hombre conocía la suerte de los artistas en Wallingford podría dificultarles su paso a la capital.

Los salvoconductos eran un medio de extorsión más durante aquella maldita guerra y, si seguían encontrándose con retenes reales, acabarían sin una moneda más pronto que tarde. Gracias a Joe, habían conseguido sobornar a todos aquellos que se habían encontrado por el camino, estratégicamente dispuestos en lugares de difícil acceso o en campo abierto.

En el último de ellos, un soldado fronterizo les había sellado un salvoconducto que les permitiría llegar hasta Londres sin problemas. Semejante gesto de buena voluntad se debía al hecho de haberlo encontrado solo, haberle reído un par de gracias y a que el susodicho gozaba de un alto grado de embriaguez. Sin embargo, no todos eran tan necios o generosos. Más de uno se aprovechaba de la necesidad de los viajeros para estafarles.

A pesar de tener dicho documento, ambos sabían que tendrían difícil escapatoria si reconocían a Erroll o si se encontraban con el mismísimo



Worthing en el camino. El irlandés dudaba que ese malnacido olvidase una cara y mucho menos una espada que había sido de su propiedad. Respiró hondo y esperó a que el desconocido desistiera o hablara de nuevo.

—La noche acaba de empezar y aún tenemos los bolsillos llenos —coreó para hacer partícipe a los presentes—. ¿Por qué no nos contáis una de vuestras historias? Para eso no necesitáis a vuestros compañeros artistas. ¿No es cierto?

El hombre dejó caer la última frase, buscando la aprobación del resto de la posada. Joe lo miró ceñudo, sin entender de qué hablaba el desconocido. Le habría gustado preguntarle al «irlandesito» de qué lo conocía, pagar al tabernero e irse a dormir. Erroll hablaba mucho, pero de ahí a ser un juglar distaba mucho.

Varias mesas se sumaron a la propuesta del desconocido, chocando sus jarras en los respectivos tableros de madera. No estaban ebrios, pero poco les faltaba, pensó Erroll. El joven caviló las opciones que tenía de salir airoso si se negaba, pero casi todos los presentes estaban bien armados, por lo que lo más sensato sería ganarles unas monedas limpiamente y dejarlos tan ufanos. Evitó mirar el gesto reprobador de Joe.

El desconocido insistió.

—Contadnos qué le pasó al joven Fionn, el magnífico, tras quemarse el dedo...

Erroll se asombró de que aún recordara la historia. Se puso en pie y carraspeó un poco antes de empezar. Joe se levantó de forma brusca y se puso a su lado.

—¿Qué hacéis? —le preguntó en tono bajo.

—Entretenerlos —susurró Erroll.

—Si os descubren...

—Somos hombres muertos. Lo sé.

Algunos de los allí reunidos se impacientaron y volvieron a golpear con sus jarras las mesas. El joven que servía tras de la barra dejó a un lado la comanda para prestarle su total atención. Erroll se aclaró la voz y sonrió antes de subirse sobre su taburete. El gentío enmudeció.

—Tras pescar el salmón de la sabiduría, el druida había mandado al joven Fionn que lo cocinara para comérselo. El niño siguió sus instrucciones a la perfección, pero mientras lo hacía, una escama del salmón saltó y se adhirió a su dedo. La reacción de Fionn fue mitigar el dolor y se introdujo el dedo

quemado en la boca, adquiriendo así todo el conocimiento sobre el mundo. El pobre anciano había estado siete años para pescar semejante pieza y no sabía si estaba más enfadado con su joven ayudante, con el destino o con él mismo. Fionn tuvo que abandonar al druida a partir de entonces.

Los hombres asintieron, comprendían el sentimiento del druida, pues a nadie le agradaba que un mocoso supiera más que un anciano. Sin embargo, los que conocían la historia apoyaron la inocencia de Fionn y se enzarzaron en dimes y diretes. El golpeteo insistente de una jarra los enmudeció el tiempo justo como para que alguien exigiera que siguiese con la historia.

—Muy bien —concedió Erroll mientras cruzaba el salón y se sentaba de un brinco sobre la barra de la taberna, ganándose a su público de nuevo—. Pasados unos años, Fionn se dirigió hacia Tara, la tierra donde sabría que encontraría a Goll mac Morna, el hombre que había asesinado por la espalda a su padre. Supo que Aillen, el hada de aliento de fuego, quemaba el palacio de la villa cada *Samhuinn*, tras dormir a los guerreros con su música y que los Fianna, ahora liderados por ese traidor de Goll, no eran capaces de prevenir su ataque.

—Seguro que Fionn se chupa el dedo y el salmón le dice cómo acabar con el hada —soltó uno jocoso, pero todos le chistaron entre risas para que Erroll siguiera.

—Algo así, ya veréis —los engatusó de nuevo el irlandés con la tonalidad de su voz—. Cuando Fionn llegó a Tara, solo portaba una bolsa de piel de grulla heredada de su padre y llena de armas mágicas. Se mantuvo despierto toda la noche haciendo oídos sordos a la música del hada y acariciando la punta de su pica. El hada, que no se esperaba que hubiese nadie despierto, no vio venir la lanzada y murió en el acto. Tras tan heroico gesto, Goll mac Morna le cedió el mando de los Fianna y le juró lealtad.

—Después de matar al padre, si Fionn se fía de ese hombre es porque el salmón estaba rancio —lo interrumpió otro.

Las carcajadas de la taberna no se hicieron esperar, las de Erroll el primero, alegrándose de pasar un rato diferente después de tanto tiempo en forzado silencio.

—Exacto, mi buen amigo. Su alianza no fue fácil y siempre tuvo que tenerlo bien vigilado. También exigió a su abuelo materno, el famoso druida Tadg mac Nuadat, que depusiese su hostilidad para con su pueblo o lo llevaría

a la guerra. Como sorpresa, no solo el viejo Tadg acabó reconociéndolo como nieto suyo, sino que también le ofreció la colina de Alan como su hogar y Fionn aceptó.

—Vaya, un final feliz... —rumiaron algunos sorprendidos.

—Pocos tuvo de esos en su vida, pero ya es tarde y mañana nos espera un largo camino —terminó Erroll.

Joe pasó su jarra vacía por las mesas y recogió las monedas y baratijas que le daban. A los más tacaños les insistía y regalaba una buena vista de su sonrisa negra y desdentada, por lo que, con tal de no verla, terminaban aflojando la bolsa. Tras acordar con el tabernero el desayuno, se fueron al establo a descansar. Si al hombre le había sorprendido que un señor de la guerra no hubiera exigido mejor estancia y prefiriera dormir en los establos con su criado, se creyera un juglar y recogiera diezmos de los presentes... nada dijo. Mejor que mejor.

Lejos ya de miradas, Erroll repartió a partes iguales las ganancias obtenidas.

—Se os da bien eso de contar historias —consiguió responder Joe, gratamente sorprendido, pues no se esperaba tan noble gesto.

Sin más, el guía le dio la espalda y se durmió.

—Gracias —susurró el joven con una sonrisa triunfal en los labios.

A la mañana siguiente y tras un copioso desayuno, Erroll puso al tanto a Joe de lo que había ocurrido con la caravana de artistas.

—He oído hablar de ese tal Worthing —comentó el guía bajando la voz—. Nada bueno, os lo aseguro.

Erroll asintió como respuesta, manteniendo el trote de Tizón para no perderse ni un ápice de lo que pudiese decir su «elocuente» guía.

—El poder de ese hombre ha crecido tanto que el mismísimo rey mandó al conde de Lancaster para que averiguase de qué bando estaba, pidiéndole una suma de cuantía muy elevada como prueba de su vasallaje y pleitesía. En realidad, lo que quería era la oportunidad para quitárselo de en medio pero, para sorpresa de todos, Worthing hincó rodilla al suelo y juró lealtad al rey.

—Los hay con suerte —murmuró Erroll—. Alta debió ser la suma

cuando sigue vivo.

—Eso dicen, aunque el trato dispensado al conde durante la estancia en sus tierras dejó mucho que desear. Tanto que Lord Henry Grosmont informó encolerizado al rey a su regreso a palacio y solo la promesa de ser quien dirigiera la ofensiva contra Escocia a primeros de mayo apaciguó su ánimo.

Los nudillos de las manos del irlandés se engarrotaron de pura impotencia. Él no sabía nada de esa ofensiva. ¿Debería dar marcha atrás y luchar mano a mano junto a sus amigos? Joe adivinó sus pensamientos.

—No os preocupéis. Avisé a ese capitán amigo vuestro de lo que sabía.

—¿Y qué sabéis? —le preguntó Erroll intrigado porque un inglés traicionara a los suyos.

—Que se dirigen a Aberdeen y Elgin. Vuestros amigos estarán preparados, si en algo valoraron mi palabra.

Erroll se sintió desfallecer. Había abandonado a los suyos cuando más lo necesitaban. ¿Por qué no le habían dicho nada? ¿Acaso volvería a verlos con vida? Pensó en Ayden, en Leena, en todo su mundo conocido y se persignó a pesar de no ser muy creyente. Cualquier ayuda era poca dado el caso. Erroll no se mordió la lengua y le preguntó suspicaz:

—¿Por qué los pusisteis en sobre aviso? Sois un *sassenach*.

—Porque me podían haber matado tras devolver la espada y no lo hicieron. Me dieron de comer y me trataron como a uno más de sus hombres. Por eso les advertí, para que les diera tiempo a poner tierra de por medio. Por nada más.

Joe Patterson era una caja de sorpresas. Por el camino se habían encontrado un variopinto grupo de soldados rasos y caballeros, el más numeroso era el que habían visto en la posada, y no lo había delatado. ¿Podría fiarse de él y de lo que sabía?

—¿Por qué no nos hemos encontrado con Lord Henry Grosmont y sus hombres por el camino?

—Hasta lo que yo sé, se disponían a trazar una diagonal hasta el corazón de las Highlands y así consolidar sus bastiones en Perth y Stirling. El conde de Lancaster lo apoyará para darle el triunfo final a Inglaterra.

El guía hizo una pausa para escupir el hierbajo que había estado masticando y esperó su reacción cuando dijo:

—De allí marcharían al norte.

Erroll pensó que era una estrategia acertada, desde allí podrían incluso volver a intentar conquistar el sudoeste y la ruta fluvial del río Clyde si las guerras en campo abierto les daba la victoria en el norte a los *sassenachs*. ¡Malditos fueran! Dejarían hecha cenizas las fértiles tierras de Escocia y la subsistencia de los clanes supervivientes se vería seriamente afectada de cara al invierno. No quería ni pensarlo. Su conciencia le instó por un lado a volver y por otro a enfrentar su destino. Joe Patterson había elegido bien el camino dirigiendo sus pasos hacia el este. De no ser así, se los hubiesen encontrado con el grueso del ejército inglés de frente. El guía pareció entender su tormento y le consoló.

—No sois más que un hombre, irlandés. De nada servirá que regreséis sobre vuestros pasos.

Era cierto. Esta no sería su guerra. No esta vez. Sin previo aviso, Erroll puso su montura al galope y del rostro de Joe se esfumó la sonrisa negra que había pensado obsequiarle. ¡Condenado fuera!, apenas llegaba a oír lo que le vociferaba de lejos con los resuellos exhaustos de su montura.

—Aún quedan muchas millas para llegar a la capital, *caraid*, poned al galope esa mula que tenéis por montura. ¡Mi mujer nos espera!



## Capítulo 02

### EL PUENTE

*Afuera de Londres, Inglaterra, 26 de abril de 1336.*

Aquellas nubes solo parecían barruntar su mala suerte. Estaban agotados, no tenían víveres y la maldita mula de Joe había salido corriendo con el primer rayo que había surcado el cielo. ¿Qué podía salir peor? Aún debían recorrer un último trecho para llegar a la capital y, si no se daban prisa, no llegarían a tiempo de encontrar a Cat. Quedaban solo tres días para que fuera el último domingo previo a la [\*Beltane\*](#). Tres malditos días o la mejor pista que tenía para encontrarla se esfumaría para siempre.

El enojo de Erroll crecía por momentos, equiparable a la tormenta que seguía su peculiar sinfonía sobre sus cabezas. Había optado por beberse la rabia y las gotas de lluvia que insistían en desdibujarle el rostro. Estaba empapado, el barro le llegaba a las rodillas y sentía su humedad cálida en las botas. Contuvo una nueva imprecación. Poco podía hacer para mejorar la situación. En realidad, nada. Por lo que calló sus «ya os lo dije» o los «deberíamos habernos hospedado donde os sugerí». Nada mejoraría su situación con llevar la razón y, al fin y al cabo, Joe se había llevado la peor parte.

El trueno silenció el leve quejido que emitió el guía al tocarse la pierna. Seguía sentado en el suelo, tal y como había acabado tras salir despedido por los aires. No estaba de mejor humor que el «irlandesito». No podía mover la pierna izquierda por más que lo intentaba y se la restregaba para que entrara en calor. Además, se sentía culpable por haber insistido en seguir el camino cuando todo indicaba que llovería, pero las ganas de reencontrarse con su familia habían sido más grandes que su prudencia.

Había pensado que sería un simple chaparrón, no que se encontrarían a Noe con su gran barcaza de un momento a otro. Última vez que vaticinaba sobre el tiempo, siguió jurándose a sí mismo. «Una llovizna de nada», le había dicho al irlandés para convencerlo. ¡Bien podía haberse mordido la lengua entonces! Los rayos surcaban el cielo de parte a parte dando una ligera tregua a la oscuridad reinante, mientras que los truenos hacían estremecer sus ateridos músculos.

Erroll le daba la espalda en parte y miraba con enojo el cielo encapotado, cruzado de brazos e imperturbable ante la tormenta que desfogaba sobre sus cabezas. Parecía un dios temible, sereno frente a la batalla y dispuesto a dar una estocada letal. Joe no tenía nada más que perder salvo la vida, su bien máspreciado, lo único que realmente nos importa cuando la parca está presente. En las alforjas de la maldita mula tenía todos sus ahorros. El hombre intentó ponerse en pie en vano y apretó los labios, sopesando cómo darle la noticia al guerrero. No dudó en que se apiadaría de él por muy enfadado que estuviese. De haber sido otro, habría temido que lo dejase morir allí mismo.

—No puedo moverla, creo que está rota.

Erroll no se inmutó, salvo por una leve bajada de barbilla y hombros. Parecía exhausto, como si se rindiera. Joe temió lo peor.

—Yo... —comenzó a decir el guía apesadumbrado y con voz temblorosa.

El joven se sentó a su lado, tanteó con cuidado la pantorrilla y movió en círculos el pie derecho. No parecía que Joe tuviese nada roto, aunque con la oscuridad reinante, tampoco podía asegurarlo. Hizo lo mismo con la otra pierna y la conclusión a la que llegó fue la misma. ¡Bendito fuera el cielo después de todo!

Sin embargo, tenía que encontrar la razón por la que Joe era incapaz de mover la pierna o qué era lo que se lo impedía. Erroll siguió tanteando de las

rodillas hacia arriba hasta que los dedos se le impregnaron de sangre. Daba igual que pudiera ver menos que un topo, la calidez y viscosidad de esta eran inconfundibles. La pernera del pantalón a la altura del muslo izquierdo estaba empapada. No quería preocuparlo, pero si no lo remediaban pronto se desangraría.

—Decidme dónde os duele —le pidió Erroll.

Joe chascó la lengua y miró hacia otro lado mientras señalaba un impreciso lugar. Tenía como acorchada la pierna, ni siquiera le dolía ya. Erroll cogió su daga para rasgar la tela y buscar la herida que originaba tal pérdida. Comenzó a contarle una de sus historias para distraerlo. Una en la que llovían peces y hasta mendrugos de pan del cielo. Joe sonrió la ocurrencia y masculló algo ininteligible, ocasión que aprovechó el guerrero para echarlo sobre él y dejarlo medio tumbado para poder ver la herida mejor. No tenía mucho tiempo. La sangre manaba de forma profusa y no tenía fuego para cauterizar la zona. Se rasgó una manga de su camisa sin pensarlo y limpió con destreza para saber a qué se enfrentaba. Se topó con algo puntiagudo.

—No está rota, pero si sigue sangrando...

—Descuidad, no moriré por esto. Haced lo que tengáis que hacer —respondió Joe con una valentía que no sentía.

¿Pero el qué?, le habría gustado saber al irlandés. Sus nociones sobre medicina eran escasas: algunos ungüentos para evitar infecciones, algunas hierbas para purgas, lo justo sobre vendajes y poco más. Respiró hondo para no perder los nervios y murmuró algo en gaélico, una especie de plegaria que distrajera lo suficiente a su compañero antes de empezar. Tanteó la esquirra y se encomendó a Dios.

—Saldremos de esta, *caraid*, y os prometo que os quedarán ganas de hacerle otro hijo a vuestra esposa.

—Dios no lo quiera... —murmuró Joe con una risa ahogada.

Erroll sonrió un instante antes de apremiarle con la rudeza que exigía la gravedad de la herida.

—¡Vamos! Apretad las mandíbulas hasta que oigáis rechinar los dientes...

Y sin esperar a que su compañero lo hiciera, quizás porque el susodicho apenas tenía dientes, tiró de la esquirra de forma que pudiese sacarla entera.

—¡Aquí está! —exclamó triunfal, aunque Joe no pudo oírlo, pues se



había desmayado del dolor mismo—. Mucho mejor, así os ahorrareis sufrimiento —comentó apenas en un susurro.

Erroll se rasgó parte de su camisola empapada y refunfuñó entre dientes. Su estado de ánimo oscilaba entre la euforia, la ira y la pesadumbre por momentos, fruto del cansancio. No tenía tiempo que perder y necesitaba concentrarse. Ese hombre no tenía a nadie más que él para salir con vida y él no tenía más que a ese hombre para encontrar a Cat.

—Espabilad, hombre —se dijo palmeándose la cara y apartando los mechones de cabello mojado de la frente con el antebrazo.

Miró el espectáculo de luces que se desarrollaba sobre sus cabezas y respiró hondo. La lluvia había amainado, aunque no podría asegurar si definitivamente. Si hubiese podido encender fuego habría cauterizado la herida y problema resuelto, pero no había nada seco a millas a la redonda, ellos estaban llenos de barro y no tenía más hilo que la crin de su caballo para cortar la hemorragia. Relajó los hombros, resolló y se concentró en la labor.

No supo en qué instante se quedó dormido con Joe echado sobre su costado. Erroll se despertó con dolor de cuello y con los músculos ateridos. Las ropas seguían empapadas a pesar de que debía ser mediodía y lucía un espléndido sol custodiado por nubes esponjosas y grises. Intentó levantarse con cuidado y se desperezó. El valle era de un vivo color verde salpicado de campanillas amarillas y blancas, nada que ver con el manto negro y enlodado de la noche anterior. Era muy hermoso, o por el simple hecho de seguir vivo, eso le pareció.

Inhaló el aroma de la tierra mojada y otro más succulento que le hizo salivar: pan recién hecho. Oteó el horizonte en busca de un rastro de humo, una cabaña o algo que se le pareciese, pero todo era verde hasta donde alcanzaba la vista. Debía estar alucinando del hambre que tenía, pensó.

Joe no parecía querer despertarse, a pesar de que la herida tenía buen aspecto y no había signos de maceración, hinchazón o supura. Empezarían camino cuanto antes, buscaría algo de comer, harían noche bajo techo y recuperarían fuerzas para el día siguiente. Lo peor ya había pasado o eso se obligaba a pensar. Aún tenían tiempo y la capital no podía quedar tan lejos.

Subió al guía con esfuerzo sobre Tizón y lo amarró como un fardo para

evitar que se cayera o se escurriera con el trote. Luego se colocó delante para guiar al caballo lo mejor posible. No podían permitirse otro tropiezo o no llegarían vivos ni para la fecha convenida.

Cabalaron hacia el sur sin encontrarse un alma por el camino, hecho que le alivió por un lado y le inquietó por otro. ¿Se habrían perdido? Joe seguía dormido, por lo que no podía preguntarle. Le revisó la herida a primera hora de la tarde y se tranquilizó un poco. Todo parecía ir según lo previsto y evolucionaba bien. Los emplastos de hierbas estaban haciendo su cometido y mantenían la infección a raya. Al guía no le había dado fiebre, pero murmuraba en sueños frases ininteligibles sobre su familia y sobre si a la mujer le agradaría que lo hubiese traído. ¿Se referiría a él? Le habría gustado preguntarle, pero llegada la media tarde, aún seguía sumido en la inconsciencia.

Erroll divisó un claro tras cruzar un pequeño bosque de coníferas. Allí se encontró con un campamento compuesto por una pareja de ancianos y diversas mujeres de distintas edades que bien podían estar emparentadas entre ellas. Le recordó a la familia de Mairi y sonrió sin pensar más que un: «Estamos salvados».

El anciano quiso saber por qué llevaba así al otro antes de acercarse con el azadón en mano y debió de convencerle la respuesta porque ayudó a Erroll a bajarse del caballo, entumecido que estaba, y a llevar a Joe a un lugar más cómodo. Las mujeres habían revoleteado como gallinas cluecas por el campamento con la llegada del apuesto gallo. Erroll apenas se había fijado en ellas, solo quería comer algo y descansar, pagó por todo lo que le ofrecían y, aunque al principio se mostraron reticentes: aceptaron. En tiempos de guerra, cualquier moneda extra podía sacar a una familia entera de la hambruna imperante.

—¿Sois Fionn, el magnífico?

La voz apenas se percibía como un tintineo de campanas. ¿Se había quedado dormido? Erroll se incorporó de donde estaba, abrió un ojo y arrugó el ceño extrañado, pero al ver a la niña contuvo su malhumor.

—No, no soy...

—Mis hermanas creen que sí y que vuestro amigo es el druida al que le habéis robado la sabiduría del salmón —El tono había dejado de ser tan amigable y se advertía cierto reproche.

—¿Por qué creen eso...?

Las risas interrumpieron la pesquisa y miró hacia donde brotaban frescas y gráciles. Joe se sostenía en pie con ayuda de una vara y parecía contar algo que tenía embobadas a su infantil audiencia. ¡Condenado fuera! ¡Se los había ganado a todos contándoles una de sus historias! No sabía si abrazarlo por la evidente recuperación o sentenciarlo de un cogotazo en la nuca. Se decidió por lo primero y lo cogió desprevenido, aupándolo un palmo del suelo.

Todo saldría bien, se dijo. Estaba más cerca de Cat, lo presentía.

No fue fácil convencer a las niñas de que no eran quienes creían. Habrían seguido con la mentira con tal de no ver sus rostros sombríos. Erroll se sentó para comer y descansar un rato antes de emprender viaje. Joe prefirió quedarse en pie y hacer sus propias cábalas mientras hacía nudos con la lengua a una brizna de hierba. El irlandés le sonrió la habilidad y obtuvo un guiño por respuesta. Los dos rieron. Le habían ganado la partida a la muerte una vez más.

La niña que lo había despertado antes se acercó cabizbaja a ellos y con las manos en la espalda. Joe apoyó una mano en el hombro de su salvador por instinto o previendo lo que pudiera acontecer. Ambos contuvieron el aliento hasta que la niña habló.

—Si no sois Fiomn, os hará falta esto... —murmuró con carita triste mientras ponía la espada a los pies del guerrero.

Joe puso los ojos en blanco y aguantó la carcajada. ¡Maldita ladronzuela! Afianzó el peso de su cuerpo en la mano que se apoyaba en Erroll para evitar que este hiciese una tontería, pero le asombró el silencio con el que el guerrero recibió el obsequio, que era suyo, por cierto.

—Gracias —alcanzó a decir el joven, mientras asía entre sus manos el objeto de sus desvelos.

—Un guerrero no debería dormir lejos de su espada, señor. Nunca se sabe cuándo podrá necesitarla ni si podría salvarle la vida.

—Lo tendré en cuenta —murmuró pensativo.

—Que tengáis buen viaje —les deseó la niña con una tímida sonrisa y salió corriendo para perderse entre el revuelo de faldas de sus hermanas.

Erroll miró a Joe y le advirtió con un levantamiento de ceja y bajada de ceño que no añadiese ni una palabra. El guía hizo ademán de cerrar la boca, aunque contenía la risa a duras penas. El irlandés cabeceó risueño.

—La última vez que has dormido sola —le dijo a la espada y, sin

dirigirse directamente a su compañero de viaje, añadió—: Es hora de irnos, *caraid*.

—No uséis gaélico en tierra extraña, mi señor —murmuró Joe, cerciorándose de que nadie de la familia los hubiese escuchado y escupiendo la brizna de hierba hecha nuditos al suelo.

—Perdonadme, es la falta de costumbre.

—Nada que perdonar. Solo tenedlo presente. Estamos en guerra y cualquier inglés es vuestro enemigo.

—¿Incluso vos?

—A riesgo de muerte, incluso yo mismo.

Emprendieron el camino por el lugar que el anciano les había indicado. El resto estaba enfangado y, para dos hombres y un solo caballo, dificultaría mucho la marcha. La familia se despidió con la alegría propia de quienes reciben una pequeña herencia, pues habían comerciado con parte de su sobrada subsistencia como si fuese oro.

No encontraron los esperados retenes cerca de la capital, ni siquiera en los accesos a la misma. Solo alguien muy arrogante o muy temerario podía haber dejado su bastión más importante tan desprotegido, muy propio de Eduardo III de Inglaterra. Guardaron los salvoconductos a buen recaudo de todas formas por si más tarde fuese menester mostrarlos.

Londres rebosaba actividad durante el día, como si la guerra no fuese con ellos, como si nada en sus vidas hubiese cambiado salvo en que apenas había hombres jóvenes en las calles ni soldados que vigilasen por el bien común.

—¿Cómo podré pagaros? —preguntó Joe de pronto.

La pregunta cogió desprevenido a Erroll. El guía había estado muy callado durante el camino, como era habitual en él. El irlandés lo había achacado al carácter retraído del mismo o a la falta de fuerzas tras el accidente. No supo qué contestarle en un principio y cerró un instante los ojos, pues era obvio que su compañero esperaba una respuesta por el rictus ansioso de su faz.

—Llevándome junto a ella —contestó suspirando al fin.

—Eso era lo convenido...

—Pues no quiero nada más —insistió el guerrero con una sonrisa.

Sin embargo, Joe dejó constancia de su disconformidad frunciendo el cejo y los labios. Se le veía contrariado, casi molesto porque no le pidiese

alguna impensable recompensa como la de servirle como lacayo por siempre, por ejemplo. El guerrero no quiso comenzar una discusión absurda y añadió con una de sus mejores sonrisas:

—Bueno, quizás un buen baño. ¿Dónde decís que queda esa dichosa posada?

Solo un hombre como Erroll podía saldar una deuda como aquella con la posibilidad de meterse en una tina. Joe no quiso insistir, pero que no hubiese aprovechado una oferta como aquella decía mucho a su favor. No le cabía duda alguna de que tenía a un caballero ante sí y no solo por ser de noble cuna. El guía claudicó y cabeceó sonriendo. Erroll había ganado, de momento.

—Al final de esta calle, si mal no recuerdo —terminó por decir.

El joven azuzó las riendas de Tizón con brío para llegar cuanto antes. El caballo respondió con un relincho y la prestancia de siempre.

—No sé cuál de los dos tiene más ganas de meterse en esa tina —se carcajeó jocoso Joe y los dos se echaron a reír.

—Ni dudéis de quien, aunque yo sé de otro al que no le vendría mal usarla.

—¿Vos creéis? —preguntó el guía oliéndose las axilas no muy convencido.

—Si no queréis entrar en casa convertido en un demonio de la montaña y asustar a vuestra esposa...

—Dudo que ella se asuste, pero no me gustaría que los más pequeños no me reconociesen.

—Claro, claro... Solo lo hacéis por ellos —aseveró el joven aguantándose la risa y percibiendo que, bajo la fina capa de mugre, Joe se sonrojaba—. ¡El agua no muerde, hombre!

—¡Maldito pimpollo irlandés! —masculló Joe refunfuñando con los pocos dientes que le quedaban—. Hemos llegado.

Erroll alquiló habitación en una fonda en Southwark, el barrio más cercano al lugar de encuentro, y pidió al posadero que preparase agua para dos tinas. Antes de que este mostrase alguna reacción, intervino Joe:

—No le hagáis caso, buen hombre. Siempre está de broma. Con una será suficiente.

—Pero... —intentó objetar Erroll.

—¿Acaso queréis llamar la atención? —le chistó el guía muy bajito,

apartándolo al otro extremo de la barra y sin dejarlo continuar—. ¿Quién en su sano juicio manda llenar dos tinas para una misma habitación? ¿Acaso queréis que advierta a la guardia de la llegada de sospechosos?

—Yo solo pedí agua para dos —se defendió Erroll en vano.

—Tanto da, irlandés. Esto es una posada de paso. La gente no se baña o cuando lo hace va al río. Yo usaré la vuestra después de vos y el caballo después de mí. ¿O acaso también pensabais baldearlo y cepillarlo con agua caliente? ¡Habrased visto! ¡Dos tinas!

Esta vez, Erroll claudicó. En cierto modo tenía razón, no le convenía llamar la atención de nadie. Pidió un par de jarras de cerveza entretanto, sin ver el momento de verse limpio y disfrutando de un poco de paz e intimidad. Cuando ya estuvo todo dispuesto, Joe se quedó abajo esperándolo y lo despidió con un gesto de complicidad. Él también estaba exhausto.

La habitación era abuhardillada. Según el posadero, era la más amplia y con mejores vistas. En eso último no se equivocaba, pues desde el alargado ventanuco podía contemplar la parroquia de St. Magnus y el arco que daba inicio al puente como si estuviese a pie de calle. Erroll respiró hondo. Habían conseguido llegar a tiempo. Exhaló el aire con lentitud y miró de soslayo el catre vacío mientras se desvestía. Después toda su atención se centró en el vapor de agua que salía de la tina como dedos afilados que lo invitaban a adentrarse en su remanso.

Se adentró en el agua, encontrando un alivio inmediato a sus ateridos músculos y sumergiéndose en un liviano sopor. Se quedó ensimismado entre recuerdos, sin pedirle a la vida nada más que otro día para poder verla. Tras un breve rato de solaz, frotó con energía cada parte de su cuerpo con el sebo jabonoso y se aclaró el cabello con el agua de la jofaina. No había terminado de secarse con un lienzo cuando un conocido tamborileo en la jamba de la puerta lo despertó de su letargo.

—¿Seguís vivo o he de resucitaros de entre los muertos?

Joe obtuvo una carcajada por primera respuesta y entró en la habitación tras un: «Pasad». Erroll le dio la espalda y se siguió vistiendo para darle más intimidad. Apenas se había terminado de calzar las botas cuando Joe salía de la tina. Erroll lo miró sorprendido por la rapidez, pero no dijo nada al observar el agua oscura como la ciénaga de un ogro. Se abstuvo de comentar nada al respecto. El gruñido de sus tripas los avisó de que llevaban demasiado tiempo sin probar bocado.

—¿Me acompañáis antes de irnos? —le preguntó al guía.

—Si vos invitáis, por qué no.

Dieron buena cuenta de un estofado de caza y se despidieron hasta el día siguiente. Al regresar a la buhardilla, ya no estaba la tina. Erroll se sentó en el catre y palmeó la almohada en un vano intento de quitarle la rigidez. Se tumbó con los brazos entrelazados y tras la nuca, mirando los gruesos maderos del techo. Estaba cansado, pero sabía que, por mucho que lo intentara, no sería capaz de pegar ojo esa noche.

Joe había ido a ver a su familia con la promesa de volver. El guerrero sabía que no faltaría a su palabra, aunque habría preferido retenerlo a su lado hasta que hubiese acabado todo. ¡Menudo egoísta estáis hecho, *caraid!*, se había dicho para sus adentros antes de darle la bendición y acompañarlo fuera de la fonda.

Inquieto, se levantó de madrugada y se apoyó en el alfeizar de la ventana. Se quedó distraído contemplando el flujo constante de personas, carretas y ganado que no menguaba fuera la hora que fuese para cruzar el puente. La construcción de este era sólida. Los grandes sillares de piedra parecían estar machihembrados por arte de magia, pues no había argamasa que los uniese unos a otros. Los edificios construidos encima daban la sensación de flotar sobre las aguas. Se asombró de no haberse percatado antes de esos detalles. De haber pasado sin pena ni gloria por él a media tarde y no haber valorado la estrechez del mismo más que negativamente, pues era de las pocas entradas y salidas de la capital. En realidad, la más directa y de ahí su afluencia. Debía ser muy antiguo, por el desgaste curvado de la piedra en las zonas donde el río le hacía mella cuando llevaba más caudal.

La capilla de la parroquia central estaba dedicada a St. Thomas Becket, aprovechando la afluencia de peregrinos que iban hasta la catedral de Canterbury para honrar sus restos. «Un gran negocio», pensó Erroll bostezando al recordar cómo las donaciones a la Iglesia terminaban en la misma caja en la que se recogían los diezmos del peaje por cruzar el río y por los impuestos recaudados de la lana y las pieles. Alrededor de la capilla había tenderetes y algunas edificaciones, con tejados de pizarra las más notables y de paja las más comunes.

Con cada llamada a las horas canónicas, la pareja de la guardia real que velaba por preservar el orden en el paso del puente acompañaba al sacerdote en cuestión con lo recolectado al interior de la capilla y regresar

con otra caja vacía de caudal. Ocasión que los maleantes y zagales desnutridos aprovechaban para llevarse cualquier cosa de valor de los puestos de comida o de viandantes incautos. Con la llegada del relevo y del pago correspondiente, la marcha transcurría silenciosa a lo largo del puente, interrumpida solo por el tintineo de las monedas al caer en el cofre de recaudación.

La luz de las antorchas iluminaba el trayecto haciendo una línea titilante y constante. Erroll no supo por qué le recordó a los fuegos fatuos y el desasosiego se instaló en la boca de su estómago. No era buen presagio. Él siempre había creído en esos cuentos de viejas. Se enjugó el rostro en la palangana de agua fría y volvió al catre con la intención de apurar las horas que le quedaban antes de que rayara el nuevo día.

A la mañana siguiente, Erroll esperó nervioso la llegada de Joe. Seguía con malestar en el estómago y apenas había probado bocado de las tortas confitadas. La jarra de vino especiado y caliente le había sentado algo mejor.

—¿Estáis bien? Tenéis cara de pasar hoy por el altar, amigo mío —se mofó el guía, que venía muy contento después de haber pasado la noche con sus seres queridos.

—¿Es este el puente? —preguntó el joven impaciente y sin hacer caso a la burla.

—Es el único que hay —replicó ufano Joe.

Erroll cayó en que no había visto otro que cruzara el Támesis en realidad y entendió por qué muchos preferían contratar pequeñas barcas para cruzar el río antes que atreverse a meter sus carretas por un paso tan angosto. En el tiempo que llevaban allí esperando, al menos dos mercaderes habían tenido que ser auxiliados por sus convecinos para poder seguir su camino, pues a la estrechez del mismo debían unirle el mal estado del firme.

El sol encumbraba el cielo hacía rato. Era el último domingo antes de la *Beltane*, pero ni rastro de Cat. El mal presagio le acompañaba desde la noche anterior como una pesada capa mojada. ¿Acaso se habría olvidado del acuerdo hecho con Joe Patterson? ¿Le habría ocurrido alguna desgracia? La necesidad de volver a verla minaba el estado de ánimo de Erroll y a empujones habría tratado a los que se arremolinaban para cruzar el puente de no haber sentido cómo lo sujetaban del brazo.

—Tranquilo...



Se pasó las manos por el rostro desesperado y asintió. Los cascos de un caballo a galope atrajeron toda su atención, sin darse cuenta de que Joe se había unido a los valientes que cruzaban el puente a pie. Erroll maldijo en alto al percatarse de que la montura que se acercaba a gran velocidad estaba desbocada y de que arremetería contra todos si alguien no la frenaba a tiempo. Quiso llamar a Joe para pedirle ayuda, pero se vio solo.

Erroll no tuvo tiempo de más, ni siquiera para pensar que podría acabar pateado por la bestia. Se cruzó en su trayectoria, justo en la atestada entrada del puente, y comenzó a dar saltos y a hacer aspavientos con los brazos ante el asombro de los que allí esperaban su turno. Pocos se habían percatado de lo que se les venía encima. Menos mal que algunos de ellos se sumaron a la pantomima, sin saber muy bien de qué iba todo aquello.

El caballo aminó la galopada y al final solo terminó tirando al suelo a una pareja despistada, sin mayor consecuencia que la derivada de una brusca caída. Hubo bebés que lloriquearon asustados por el revuelo, algún desmayo y lugareños que habían caído de rodillas para rezar a quién quiera que fuese.

La bestia consiguió dominarse del todo a pocos pasos de Erroll, resollando y echándole el aliento cálido en el rostro. El peligro había pasado. El irlandés cerró los ojos a su vez y puso frente con testuz, rogando que el corazón se le calmara, aunque nada ni nadie le había preparado para escuchar la voz de Kelsey dándole las gracias por haberle salvado la vida.

«Es una alucinación», pensó el joven mientras cerraba los ojos con más fuerza, aferrado a los suaves carrillos del semental y respirando hondo. Solo se trataba de una mala jugada de su mente, del miedo que había pasado. Pero no. La voz cantarina de Kelsey le preguntaba si se encontraba bien, le decía que era un héroe y que le había salvado la vida a la condesa Stafford.

Un dolor fino se alojó en las sienas de Erroll. Quería acallar esa voz, quería abrir los ojos y encontrarse con la mirada felina de Catherine y no con los devastadores rasgos de Kelsey. Los recuerdos del pasado se anudaron a su garganta haciendo que boqueara falto de aire. No quería enfrentarse a ella. El recuerdo del sabor de aquel beso robado en las almenas del castillo de Edinburgh le supo a hiel. ¡Maldito hado que jugaba con su suerte una y otra vez! Su mente solo clamaba a Catherine, pero dicha joven se encontraba al otro lado del puente, sobrecogida y muda ante la escena que acababa de presenciar junto a Joe.

—¿Erroll? —alcanzó a preguntar la gata, antes de que entrecerrara los

ojos para ver mejor y se llevara una mano al corazón y otra al abultado vientre.

—Sí, señora. Ha cruzado todo el país por vos —respondió el guía con alegría, sin percatarse de lo que ocurría a una escasa milla de ellos.

Sin embargo, Catherine contuvo un grito al ver cómo el hombre que le desvelaba el sueño se escapaba por muy poco de ser arrollado por un caballo desbocado. La joven dio un paso adelante, con la mano aún en el pecho y el corazón parejo a como iba la endiablada bestia. Habría echado a correr hacia él sin importarle nada más, pero se frenó de golpe al ver cómo el jinete resultaba ser una elegante dama. No la conocía de nada, pero tuvo una nefasta intuición que se vio confirmada al presenciar cómo la mujer abrazaba y besaba a Erroll como si de su marido se tratase.

La gata apretó la mandíbula y el puño de la mano que aún intentaba calmar su corazón. El dolor de verlo en brazos de otra era inconmensurable. Daba igual el tiempo que hubiese pasado sin saber de él, pues su recuerdo la había acompañado cada día de su vida. Daba igual, porque él seguiría siendo de otra, aunque una parte de aquello que habían compartido viviría con ella para siempre. Se giró para darse media vuelta y se enfrentó al hombre.

—Yo no soy una señora, Joe —le dijo con los ojos llorosos y el semblante serio—. Yo no soy nadie.

Se despidió del guía tras darle la moneda de oro prometida y después se perdió entre la gente. Sin mirar atrás.

Entretanto, Erroll no sabía cómo deshacerse del abrazo de Kelsey y de la lluvia de felicitaciones por su gallardía. Su mente estaba a una milla, justo al otro lado del puente, y apenas reaccionaba a los agasajos de la que fuera su prometida y los viandantes. Le hubiese gustado gritar que callasen su parloteo, dejarlos a todos boquiabiertos con su desmán y correr como pollo sin cabeza en busca de Joe, pero su cuerpo no reaccionaba. Sus ojos se habían quedado fijos en una silueta a lo lejos, una que se abría paso entre la gente y se evaporaba.

El grito brotó de su garganta como si lo hubiesen herido de muerte. Los de su alrededor se apartaron, incluida Kelsey, que dejó de insistir en que la acompañase a la residencia Stafford para agasajarlo como correspondía.

Erroll aprovechó para dar un paso atrás, aún se sentía acorralado. Palmoteó sus ropas, tanteó el pomo de su espada y, para terminar, fijó su mirada en la condesa, apenas despeinada a pesar de las circunstancias, tan metida en su papel que, a un suspiro de la muerte, parecía tan irreal como perfecta. La miró con lástima. En otro tiempo, habría dado su vida por ese parloteo vacuo, por saborear esa piel cremosa y por ver el fuego de la pasión en sus ojos. Pero ya no. No quedaba más que el deseo de salir de allí y cerciorarse de que sus ojos le engañaban, de que Cat lo esperaba al otro lado del puente y de que, por una vez en su vida, tendría suerte.

Avanzó entre el gentío sin importarle nada más. Cada paso que daba era seguido en silencio por una muchedumbre expectante. Oyó cómo Kelsey le exigía que le diera una explicación, pero si él no se la había pedido después de todo lo que había pasado entre ellos, para qué esforzarse por justificar su desplante siquiera. Sus caminos debían separarse de una vez por todas y para siempre. Apretó la marcha hasta llegar junto a Joe y miró a su alrededor sin decir nada en un principio. El rostro del guía lo decía todo.

—¿Dónde está?

—Se ha ido.

No podía ser. Había perdido la única oportunidad que tenía de volver a ver a Catherine, de hacer realidad el reencuentro que se había imaginado una y mil veces, de lo que le diría, de lo que le imploraría hasta hacerla entrar en razón. Ella ni siquiera había esperado para escucharle. Había cumplido su promesa y se había difuminado como el humo. Ni siquiera el encontronazo con la bestia lo había puesto tan tenso.

Erroll se pasó ambas manos por el pelo desesperado. Se aflojó el nudo de la camisa falto de aire. Todo le daba vueltas. El cansancio y la necesidad de verla había llegado a un límite. No podía más. Se sentía solo a pesar de estar rodeado de gente, de ojos que lo miraban entre fascinados, recriminatorios y curiosos, desconocidos a los que no les importaría que muriese allí mismo. No tenía a nadie...

Joe lo cogió por los hombros y lo alejó de allí como pudo. Una punzada en la pierna izquierda le recordó que debía aflojar el paso, o al final Erroll tendría que cargar con él. Chasqueó la lengua. En cuanto se alejaron un poco, le palpó por encima de las ropas en busca de alguna herida. Erroll se dejó hacer aturdido y con la mirada vidriosa fija en ninguna parte. «Se ha ido», le repetía sin descanso y el guía lo enfrentó:

—¿Podéis encontrarla! ¿Acaso os vais a rendir ahora?

El guía se sorprendió a sí mismo por el brío con el que lo había zarandeado. No sabría explicar por qué necesitaba que Erroll recuperara su apostura, quizás porque le había cogido cariño a ese gallito irlandés o porque ver a un guerrero tan notable hundido lo desconcertaba. Torció la boca confuso y refunfuñó. Bien podía coger las monedas y largarse de allí. Él entendía ambas partes y no era hombre de andar con dimes y diretes de alcahueta. Tampoco era su amigo, o quizás sí lo fuera después de todo.

Fuera por lo que fuese, lo cogió por el *cotun* y apretó el paso hasta perderse por uno de los callejones aledaños a la parroquia. Lo que menos necesitaban era llamar la atención y que se personase alguien de la guardia real o alguno con ínfulas de serlo.

—Hamo sabrá dónde vive... —pensó en alto, sabiendo que nombrar a otro espabilaría de una vez por todas a Erroll.

Joe adivinó que había dado en el clavo, pues el joven se irguió en un santiamén y se deshizo de su abrazo. Sus ojos azules brillaban como una mañana despejada y el semblante había dejado de ser el de un sentenciado.

—¿De qué Hamo habláis y por qué diablos no lo habéis nombrado antes?

Joe le regaló su negra sonrisa antes de explicarse:

—Hamo es un viejo conocido de la infancia y gracias a él conseguí el trabajo. La muchacha es amiga de su mujer y sabrá dónde encontrarla.

—¿Y a qué estamos esperando?



## Capítulo 03

### SOLA

*Málaga, España, 21 de marzo de 1336.*

Isabel se arrodilló frente a la tumba de su padre, situada en una parcela anexa al majestuoso cementerio islámico de Yabal Faruh, a las faldas del monte Gibralfaro. Era el camposanto destinado a los no musulmanes, en su mayoría comerciantes extranjeros, un lugar sencillo en contraste con las dos mezquitas de una sola nave que disponía el cementerio andalusí y el panteón funerario con bellas decoraciones en yeso. Cuidaba de él un sacerdote anciano, que tenía vivienda en la cercana calle del Agua y que la joven vagamente recordaba de cuando era niña.

La joven de Ayala había conseguido que el custodio impuesto por su prometido la dejase a solas dentro del recinto. Sola con su pena, con ganas de llorar y con un nudo en la boca del estómago. El ansiado y temido momento de enfrentarse a la dura realidad había llegado después de muchos ruegos y súplicas; de pasar un duro invierno esperando a que las inclemencias del tiempo mejorasen para poder emprender camino y ganándose el beneplácito del rey con su buena disposición y conducta en todo lo que se requiriese en la corte.

Se quitó los guantes, colocó las manos sobre la fría losa y se rindió

ante la abrumadora realidad de que estaba sola en la vida. Dejó que las lágrimas fluyeran liberadoras, necesitadas de un consuelo vetado por el que dirán de todos, de nadie en especial y, sobre todo, de su futuro esposo. Lo odiaba. Odiaba a Don Ramiro y a todo lo que este representaba con todo su ser, incluso al rey por haber permitido que ese asesino se saliese con la suya por unos cuantos hombres y dineros en juego. Ella no entendía de política, ni de la hipocresía con la que los ricohombres tejían sus vidas con tal de subir un escalafón. Ella siempre había pensado que la familia, la amistad y la justicia estaban por encima de todo.

¿Quedaba algo de valor en esa maldita tierra? Nada más que polvo y cenizas. Irritada, dio un manotazo. El pequeño florero de barro con narcisos que había a su lado rodó por la losa fría hasta caerse y hacerse añicos. Como estaba su propio corazón. Roto. Para siempre. Primero Alex, después su padre, su hermana y su sobrina, porque estaba segura de que habría sido niña, una niña preciosa, la alegría de su padre y de su madre.

La culpabilidad era una dura carga que siempre llevaría sobre sus hombros. Si no le hubiese escrito aquellas cartas a su hermana, si Alex no hubiese venido por ella... ¿Quién sabe si la parca hubiese puesto sus miras en otros? Sollozó, con las mejillas tirantes y las lágrimas ya secas. «¿Qué os queda por arrebatarme, Dios mío?», blasfemó con rabia. «¿Qué?»

Cuando regresara a Sevilla, ya la habían advertido de que se publicarían las amonestaciones y en tres semanas se celebraría la boda, seguramente con toda la pompa y boato que siempre había soñado de niña, pero con el hombre equivocado. Ni siquiera esperarían a que pasara el luto, porque según el propio Don Ramiro: «Cuanto antes olvidéis a ese hereje, mejor». A todo el que había querido escucharle le relataba la historia de cómo Dios lo había puesto en su camino para salvarla de todo mal, pues había perdido el juicio al querer huir con un bárbaro. «Uno menos», así justificaba su acto de barbarie, y sus secuaces aplaudían. ¡Maldito fuera!

Recogió las flores y las colocó sobre la lápida con cuidado. Temblaba, necesitaba sosegar y dar paz a su alma antes de enfrentarse a su propio destino. Sacó las cuentas del rosario y comenzó a rezar. No supo cuanto tiempo estuvo haciéndolo, ni si había llegado a terminar la oración. Se sentía mareada y se apartó un poco el velo para tomar aire fresco. Cerró los ojos e inspiró, apoyándose un poco en el murete del sepulcro, allí donde habían grabado en árabe: «Aquí yace Don Juan de Ayala, el que fuera amigo de

todos».

Le parecía mentira que su padre estuviese enterrado allí. Delineó las líneas del grabado con la yema de los dedos. Contuvo un nuevo sollozo al darse cuenta de que no había ninguna inscripción más. Ningún dato que revelase que los restos de su hermana Leonor descansaban también en el sepulcro familiar. Tendría que preguntarle al sacerdote sobre el lugar del mismo, pues se había recorrido la parcela de parte a parte sin resultado alguno.

¿La habrían enterrado con su padre o se habrían llevado sus restos a Escocia? Pudiera ser. Neall tenía derecho como su esposo a querer llevarse el cuerpo consigo, pero ella no tendría ningún lugar donde llorarla como correspondía, donde decirle cuánto la echaba de menos...

—Mi querida Leonor, no hay día que no piense en vos, que no añore nuestras charlas, vuestra risa cristalina, la bravura y el coraje con el que os enfrentabais al mundo... No hay día que no os eche de menos, hermana mía.

Estaba desolada, abrumada y con una ira creciente. Sumida en su dolor, sin importarle que el velo se ensuciase de polvo, lloró por ellos y por ella misma, jurándose que, a partir de ese día, jamás volvería a hacerlo por nadie.

El custodio de Don Ramiro, cansado de esperarla, se echó a dormir una cabezadita bajo una encina. Jamás habría osado replicar una orden de su amo, sabía muy bien a lo que se exponía de hacerlo y los beneficios que le reportaría regresar con ella sana y salva a los Reales Alcázares, pero se aburría. Más sabiendo que, mientras él hacía de niñera, el ricohombre disfrutaba de una cacería en la serranía de Sevilla junto al rey y unos pocos allegados. ¡Los había afortunados, pardiez!

El engreído pronto se casaría con esa beldad, engrosaría sus arcas con su dote y tendría a sus pies al mismísimo rey Don Alfonso, pues no había soldado de los Guzmán que no supiera que el III Señor de Abiados, Don Juan Ramírez de Guzmán y Cifuentes y padre de Don Ramiro, le había prometido que multiplicaría por tres el número de hombres a su cargo con el nacimiento de su primer nieto. Sí, los había con suerte.

A través del velo, Isabel miró hacia su guardián y un brillo de travesura tiñó su semblante de forma breve. La capilla estaba cerca, iría en busca del sacerdote, oiría misa y le preguntaría sobre cualquier dato que pudiese revelar sobre el trágico suceso. En la corte solo le habían referido

que había sido la madre de Don Gonzalo en un acto de locura, pero ella quería saber más. Intuía que le habían ocultado información y necesitaba despejar dudas.

Se recogió las faldas y salió por la puerta trasera del recinto con sigilo y sin que su custodio se percatase. La callejuela era angosta y un canal de agua la dividía en dos. Perteneía a un barrio humilde y alejado del bullicio comercial de las calles principales, donde todo era más diáfano y tenía mejor lustre.

La capilla apenas contaba con cinco hileras de bancos, un confesionario y un pequeño altar sin retablo. Se sentó cerca de la puerta y rezó a la sobria cruz que presidía la mesa del altar. No había nadie más, o eso creyó ella en un primer instante. Decidió esperar a que el sacerdote volviera y disfrutar de un instante de paz. No le importaba lo enojado que pudiera sentirse su guardián al no encontrarla. No le importaba nada más que hallar por fin consuelo.

Alguien se sentó a su lado y, sin rozarla, le habló:

—¿Isabel, sois vos?

Su voz era extraña: suave y cantarina, como si esperara con ansia una respuesta afirmativa. La joven de Ayala no respondió, se aferró a las cuentas del rosario con fuerza y contuvo el aliento. Debía estar sufriendo algún tipo de desvarío producto del cansancio. Temía volver el rostro y que esa presencia desapareciera. Su acento escocés era inconfundible.

—Isabel... —repitió la voz, mientras tomaba entre las suyas la mano que con tanta fuerza aferraba las cuentas—. Soy Malen, ¿me recordáis?

Sus manos eran cálidas y ásperas, manos firmes y habituadas al trabajo. Evocó el nombre de Malen en su recuerdo y su mente dibujó el rostro de una joven rubia con rapidez. No conocía a otra con ese nombre y su voz encajaba. ¿Qué hacía esa mujer allí? ¿Por qué tenía la sensación de que la esperaba? Todo su cuerpo se resistía a girarse y despertar de esa ensoñación. Era lo más cerca que había estado de Escocia en mucho tiempo. Sollozó. ¿Qué hacía allí?

Malen había planeado durante meses ese primer encuentro con Isabel: qué le diría y cómo. Todo lo que quisiese saber y ella pudiera contarle. Sin embargo, se había quedado en blanco, capaz solo de describir pequeños círculos sobre los nudillos de Isabel, hasta que relajó la tensión de sus dedos y el rosario cayó sobre el faldón. Fue entonces cuando sus miradas se cruzaron.



Isabel tenía los ojos verdes cristalinos y los ribetes de sus negras pestañas húmedos. Había estado llorando. Malen no supo cómo empezar. Había esperado que reaccionara al verla, todo menos contención.

—Ashlyne vive —alcanzó a decir la escocesa, sabiendo que eso rompería el escudo de la joven, para bien o para mal.

La de Ayala entrecerró los ojos y frunció los labios. Parecía estar luchando una terrible batalla interior, aunque no dijo nada. Solo la miraba. Malen temió que se levantara y se fuera corriendo, pero siguió escrutándola con sus hermosos ojos tristes, como si con solo mirarla, estuviese descubriendo cada secreto de su alma y la verdad de lo dicho.

—¿Por qué estáis aquí, Malen?

A la escocesa le sorprendió que le preguntara por eso, soltó sus manos, rezongó en la dura banca y miró hacia el altar.

—Porque soy la única que puede daros las respuestas que tanto ansiáis saber —respondió en gaélico y de forma serena—, porque vuestra vida no ha acabado, tan solo empieza, y porque vuestra hermana lo habría querido así.

Isabel titubeó antes de contestarle.

—¿Tan segura estáis de lo que mi hermana habría querido?

Malen asintió, aún con la mirada prendida en la cruz del altar. Isabel suspiró y sorbió una lágrima.

—¿Cómo fue? —preguntó con voz trémula.

—La madre de su antiguo prometido se acercó a ella en la plaza del mercado con la intención de asesinarla y vuestro padre se interpuso entre ambas resultando muerto. Vuestra hermana quedó herida, pero de no haber estado enferma, habría sobrevivido al parto.

—¿Enferma? Mi hermana no...

—Vuestra hermana tenía la sangre como el agua, Isabel —La interrumpió—. El veneno que usó en Rowallan terminó con ella. Eso le dijo el *Laird* Lockhart a Neall tras hablar con la partera.

—¿Y Ashlyne?

—Nació sana y salva.

—¿Cómo es posible?

—Leonor quiso darnos ese último regalo —expuso la escocesa sin inmutarse, aún quedaba mucho que decir.

Isabel lloraba con las manos cubriéndose el rostro. Su hermana estaba enferma... Esa maldita arpía solo había precipitado los acontecimientos y se

había llevado a su querido padre por delante.

—¿Neall se llevó la niña a Escocia? —quiso saber la muchacha, pues no había tenido noticias de su cuñado desde el fatídico desenlace.

Malen apretó los labios y negó. Isabel alzó una ceja sorprendida al principio y, al ver que la rubia no parecía añadir palabra alguna, se arrodilló ante la escocesa, suplicándose en silencio.

—Neall... —La voz le salió quebrada, tragó saliva y clavó sus iris azules en la joven morena—. Neall murió con ella, Isabel. El Neall que conocíamos se fue.

Isabel no daba crédito. ¿Qué quería decir con eso? Las preguntas se le atoraban en la garganta hasta el punto de sentir un leve mareo. Eso no podía estar pasando. La de Ayala se puso de pie y se apoyó en el banco, quitándose con manos temblorosas la lazada del cuello de la camisa y aflojando el cordoncillo del corsé. Necesitaba aire.

—Se fue... —repitió atontada, tras recuperar resuello. Las palabras bailaban en su mente, sin terminar de comprenderlas o creérselas—. No puede ser. ¿Y Ashlyne?

—Sir Symon y Alex se hicieron cargo de ella.

Isabel la miró furiosa.

—¡Mentís! —le gritó a la vez que se agarraba con inusitada fuerza de su cuello—. ¿Por qué me mentís, maldito demonio? ¿Qué ganáis vos con esto?

El sacerdote, alertado por los gritos, se apresuró a separar a la joven con mucho esfuerzo del cuello de su protegida.

—¡Dios Bendito, pequeña Isabel! La vais a matar...

Isabel aflojó las manos y se las miró incrédula. Se encontraba en una especie de trance, incapaz de dilucidar de forma correcta. El sacerdote le pidió a Malen que cerrara las puertas. La escocesa se frotaba el cuello, aún no recuperada del susto.

—Ese hombre que la custodia no tardará en llegar y todos vuestros esfuerzos habrán sido vanos. Apresuraos, mujer.

Tras seguir sus instrucciones, ambos acompañaron a Isabel al interior de la sacristía. El sacerdote la tenía sujeta por los hombros para que no cayera y miraba a Malen con una pizca de reproche.

—Calmaos, Isabel —le susurró mientras le ayudaba a beber un vaso de agua.

La joven de Ayala miró avergonzada a Malen. Las marcas de sus dedos

eran visibles en su cuello y quién sabía lo que podía haber pasado de no haber llegado el sacerdote a tiempo... El labio inferior le tembló y los ojos se le humedecieron. Se abrazó a sí misma, descorazonada. Nunca había estado tan cerca de matar a alguien.

—Yo...

—¿Qué os ha pasado, pequeña?

La voz dulce del anciano la arropó como una gran manta invisible. Sentía clavados los ojos de Malen en su nuca.

—Alex... —Las palabras no parecían querer brotar de su garganta y el sacerdote la miró con preocupación.

—¿Os referís al joven que acompañaba a vuestra hermana y a vuestro padre?

Isabel asintió.

—¿Qué le ocurre? Hasta donde yo alcanzo a saber, cogió el barco con el otro caballero, vuestra sobrina y otro niño...

—¡Eso es lo que me ha faltado explicarle, padre, que Alex Mackenzie vive! —exclamó enfadada Malen, sin percatarse que ella acababa de darle la peliaguda información igual de brusca.

—¿Alex vive...? —consiguió balbucir Isabel entre sollozos, a la vez que los ojos se le ponían en blanco y su cuerpo se quedaba laxo.

Ni agua, ni aire, ni las toscas palmaditas en la cara que Malen tuvo a bien darle para despertarla consiguieron que Isabel recuperara el conocimiento hasta que el sacerdote vertió cera derretida en la parte sensible de su muñeca. El dolor la hizo volver en sí. Malen bufó aliviada, mientras que Isabel apretaba los labios para contener una nueva blasfemia, se rascaba los restos de cera y dejaba la piel enrojecida al paso de sus uñas.

—¿Era necesario? —preguntó la escocesa, poco convencida por el eficaz método.

—Nadie se muere por eso —sentenció el anciano pragmático, dándole un ungüento para que aliviara la quemazón de la herida.

Isabel refunfuñó. Odiaba que hablaran de ella como si no se encontrara delante, hundió los dedos en el apestoso mejunje y se frotó con suavidad. El alivio de la herida fue inmediato, pero los remordimientos no la dejaban en paz. Se sentía consternada y avergonzada. Le debía una disculpa a Malen, pero no sabía por dónde empezar. Alex vivía y no había nueva más esperanzadora en ese momento.

—Prestad atención, Isabel —ordenó el sacerdote, que aparentaba ser hombre de más paciencia, pero que estaba habituado a dar sermones—. Esta joven no se irá de mi casa hasta que no os haya contado todo y apenas nos queda tiempo.

Malen narró los hechos con detalle y sin dejarse nada atrás. Le confió hasta sus planes de regresar con ella a Escocia y que comenzara una nueva vida junto a Alex, Ruy y Ashlyne.

—Sois su tía y nadie mejor que vos para hacerse cargo de ella —terminó diciendo.

—Nadie mejor que su padre para hacerlo —refutó Isabel, que intentaba encajar toda la información sin desfallecer o gritar como una histérica. ¡Alex vivía! Su mente parecía querer obcecarse en eso.

El sacerdote hizo una mueca al ver que la joven se mostraba reacia a entender la magnitud del verdadero problema y sentenció con abrumadora tranquilidad:

—A falta del padre, tiene sentido lo que dice. ¿No creéis? Os corresponde a vos educarla en la fe católica.

—¡Neill no está muerto! —exclamó Isabel, sin entender por qué daban a su cuñado por perdido cuando solo estaba temporalmente desaparecido—. Si la dejó con Sir Lockhart sus motivos tendrá. Volverá tras el luto y recuperará a su hija. Estoy segura de ello. Solo necesita tiempo para recuperarse. Nada más.

Malen nunca había sido dada a las oraciones, pero desde el trágico suceso, había rezado todos los días porque él volviera. Sin embargo, no era Neall quien le preocupaba sino Isabel.

—¿Y vos? ¿Qué me decís de vos?

—¿Yo?

—Sí, vos. ¿Renunciáis al hombre que amáis, a un hogar y una verdadera familia?

—Yo no tengo voz en este asunto —le espetó Isabel enojada y manoteando el faldón para quitarle arrugas inexistentes—. La vida de una mujer no vale nada, Malen. Vos deberíais saberlo mejor que nadie. El rey ha decidido por mí y no hay más que hablar.

—Podríais huir conmigo. Empezar de nuevo...

—¿A dónde? ¿A Escocia? No tengo donde caerme muerta y, si es dinero lo que buscáis, no encontraréis nada de valor entre lo que poseo.

La escocesa se tragó la rabia por creerla una interesada y le respondió con firmeza:

—Antes muerta que casada con el asesino de vuestra hermana y vuestro padre.

Isabel se llevó la mano al pecho, consternada. Dicha acusación excedía con creces lo que su salud mental era capaz de soportar. Sintió que le faltaba el aire. Las sospechas de que Don Ramiro hubiese tenido algo que ver en el asesinato de su familia habían sido constantes durante todos esos meses de encierro. ¿Y si Malen estaba en lo cierto? ¿Tenía pruebas de ello? El sacerdote solo asintió con pesar las palabras de la escocesa e Isabel se removió inquieta en su asiento.

—¿Qué estáis diciendo? No puede ser. Los asesinó la madre de Don Gonzalo. Don Ramiro mismo me lo dijo, él no... —intentó negar lo que su corazón y su mente daban ya por ciertos.

El sacerdote se adelantó unos pasos y se sentó a su lado, parecía más cansado, como si lo que fuera a decir le pesara en el alma.

—Don Ramiro estaba detrás de todo, así me lo aseguró el caballero escocés antes de marcharse y yo le creo. Una pobre viuda no dispone de tantos recursos para tamaña empresa, ni el don de la ubicuidad para estar en todas partes y tenerlos vigilados siempre. Ella misma lo terminó confesando y describió a su hacedor, aunque ¿quién iba a creerla? ¡Pobre diabla! ¡Si se había vuelto loca... si loca antes no estaba! —Le terminó diciendo en un tono más íntimo, casi fraternal—: Temo por vos, hija mía. Yo era buen amigo de vuestro padre.

Isabel hipó. Ya no le quedaban lágrimas. Sentía tirante el rostro por el paso de las mismas y un vértigo extraño que la hacía aferrarse a la silla para no caerse. Ella había rezado noche tras noche para obtener respuestas, pero no estaba preparada para descubrir la verdad. ¡Dulces mentiras! ¿Qué iba a hacer ahora? El tiempo apremiaba. El guardián no tardaría en encontrarla y entonces qué.

—Temíamos que volvierais casada —añadió el sacerdote—, o que no os permitiesen volver a Malaqa bajo algún pretexto. En la corte solo se ha dado una versión de los hechos, una que exculpa a Don Ramiro de cualquier implicación.

—¿Cómo es posible? —preguntó desconcertada—. ¿El rey lo sabe?

—Dudo que lo sepa con certeza, hija mía. Muchos son los frentes

abiertos ahora en el reino, muchas las voces discordantes, pocos los dineros y más costosa la lealtad. Don Alfonso amaba a vuestro padre, pero solo los vivos apoyan en las contiendas. ¿Lo entendéis?

Lo entendía, aunque no quisiese comprenderlo.

—¿Cómo he podido estar tan ciega a lo que sucedía a mi alrededor? —preguntó en voz alta, más para ella que para nadie—. Don Ramiro convenció al rey de que retrasara el viaje hasta primavera en espera del buen tiempo y de poder acompañarme él mismo, pero una simple cacería con sus amigos fue excusa para no hacerlo al final. Nunca me ha querido, pero se mostró posesivo y celoso hasta el punto de hacerme creer que había acabado con la vida de Alex...

—¿Quién entiende a los hombres, querida? —la interrumpió Malen bufando.

—Lo importante no es entender el por qué obra así Don Ramiro, sino que Dios os ha dado una segunda oportunidad que no podéis desaprovechar —intervino el sacerdote mientras reprendía a su protegida con la mirada.

—¿Una segunda oportunidad decís? ¿A casarme con ese infame llamáis tener una segunda oportunidad? —replicó Isabel airada, sin importarle que se tratara de un discípulo de Dios o que peinara canas.

La joven se sentía engañada y rota. Le habían quitado lo que más amaba en la vida: su familia y sus sueños. Lo peor de todo era que no sabía cómo luchar contra esa situación. Ella no era su hermana Leonor. No era independiente, ni buscavidas, ni sabía cuidarse las espaldas con un arma. La invitación de Malen a huir con ella y empezar de nuevo la martirizaba porque era lo que deseaba, aun viéndolo inalcanzable.

En cambio, los ojos de la escocesa brillaron ante la contestación dada al párroco. Ese era el genio de las Ayala, el que la mantendría a salvo y no el de la niña medrosa que había estado lamentándose desde que la encontrara en la iglesia. Isabel no podía ser tan distinta de Leonor y necesitaría de su coraje para sobrevivir. La rubia se cruzó de brazos en espera de su decisión.

—Nadie ha perturbado mis primeros meses de luto, padre. Nadie. Al principio agradecí esa soledad, pero después me di cuenta de que me había aislado del mundo. Quise retomar mis antiguas amistades y encontrar consuelo y esperanza en ellas. Pedí ver a Don Alonso y a Doña Leonor de Guzmán, pero Don Ramiro denegó la visita del primero alegando lo imprudente del encuentro y ni siquiera buscó una excusa para no verla a ella.

—Temería que alguno os previniera o diera voz a algún rumor sobre lo sucedido —murmuró el sacerdote.

—No, el rey está a favor del enlace, así me lo hizo saber en una misiva. Si accedía al compromiso mi vida volvería a ser la de antes. Esas fueron sus palabras. Como si con ello pudiesen devolverle la vida a mis difuntos... Comprendí que, si no accedía a desposarme con Don Ramiro, acabaría mis días en esa celda en la que se había convertido mi alcoba y no volvería a ver a nadie. ¡Soy su prisionera! Y he de volver... No quiero más muertos a mis espaldas.

El anciano suspiró, cogió una de sus manos y con la otra le hizo la señal de la cruz en la frente mientras le decía: «*Dterninus vobiscurn*».

—Yo también iré con vos.

—No podéis, Malen —le negó la de Ayala con implacable dulzura.

—¡Claro que puedo!

De la garganta de Isabel brotó una carcajada triste. Su destino estaba escrito. ¿No se daban cuenta? La joven puso los ojos en blanco y respiró hondo. No había nadie que quisiera que las cosas fuesen de otro modo más que ella. Malen dio un paso hacia delante y reafirmó su decisión, como buena escocesa tozuda que era.

—¿Así sin más? —preguntó Isabel haciendo un aspaviento y levantándose de la silla. Era más alta que Malen, pero la escocesa era más corpulenta y no se dejó achantar—. ¿Cómo le explicaremos a mi guardián vuestra presencia? Sospechará de vuestro acento nada más abráis la boca para hablar y eso sin contar con Don Ramiro...

—Tomadme a vuestro servicio, decidle que era parte de vuestra servidumbre, una obra de caridad para con una sorda, lo que queráis. Os prometo que volveremos a Escocia. Nadie puede saber de mis orígenes ni intenciones y os llevaré junto a él.

Isabel se quedó en silencio, con el rictus contraído y los puños tensos a cada lado de las caderas.

—¿Por qué? —terminó por preguntarle a Malen.

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué hacéis todo esto?

—Deberíais preguntar por quién lo hago más bien.

—¿Por mi hermana?

Malen asintió.

—Vuestras deudas nada tienen que ver conmigo, podéis ir en paz.

—No. Ella fue mi única amiga cuando más lo necesitaba y yo ahora lo seré de vos.

El sacerdote simuló un carraspeo para llevarse el puño al rostro y ocultar una sonrisa. Había convivido durante todo el invierno con esa fierecilla extranjera y sabía que la de Ayala no tendría nada fácil hacerla cambiar de opinión. Le había cogido cariño a esa alma descarriada y a sus ganas de salir adelante. Se había esforzado mucho para llegar a tener esa conversación y bien sabía él y Dios que no la desperdiciaría. La tenacidad de la escocesa era encomiable.

—Iré a ver si vuestro custodio sigue dormitando como un bendito bajo la encina.

—¿Tenéis vos algo que ver con su sueño?

—¡Por supuesto! Uno es viejo y ungido, pero sigo teniendo mis propios recursos.

Isabel no sabía si reírse o compadecerse, por lo que terminó gruñendo bajito una retahíla. El sacerdote no pudo reprimir la carcajada, a pesar de todo. Se dirigió hacia la puerta trasera de la sacristía y cogió un manojito de llaves. Antes de irse, le dirigió una mirada preocupada y le dijo:

—Isabel, ¿cómo vais a contraer matrimonio ahora que sabéis hasta dónde es capaz de llegar vuestro prometido por esa dichosa herencia?

Ella se sintió acorralada. No tanto porque el anciano hubiese cerrado la puerta con llave, pues podría salir por la de la nave central de la iglesia, sino porque tenía toda la razón. Se había resignado a no tener esperanza, a que los hechos habían sido tal y como se lo habían contado. ¿Y ahora? Volvió a sentarse con los codos fijos en las rodillas y las manos ocultándole el rostro. ¡Maldito Don Ramiro! Juró que se vengaría por todo el daño causado con su propia sangre.

—¡Mi vida será un infierno! —exclamó con ira cuando Malen le puso una mano en el hombro para reconfortarla—. ¿Creéis que no lo sé? Pronto estaré casada con...

—¡No! Por la memoria de vuestra hermana que velaré por vos y no dejaré que os caséis con ese hombre. Regresaremos a Escocia y seréis libre de ir a buscar al picaflor si es a él a quien amáis.

Isabel soltó una carcajada triste.



—¿Habláis en serio? Alex ni siquiera me dijo que se encontraba vivo y ¿yo me presento en Escocia reclamándole qué? Eso sin contar que no tengo dinero alguno para emprender viaje.

—*Nune aut nunquam.*

Isabel alzó una ceja. Estaba intrigada ante la firmeza de la escocesa, pues le hacía ver que fuera fácil aquello que para ella era un mundo. En su mano estaba escucharla y nada perdía intentándolo.

—¿Y cómo pensáis hacerlo?

—Necesitaremos que crea que sois la joven dócil y sumisa de siempre— Isabel torció el gesto. Era lo que se esperaba de ella, aunque habría preferido que la definiesen de otra forma—. Dejaremos que se confíe con vuestra buena disposición y mientras tanto buscaremos la forma de hacernos con dinero suficiente para dos pasajes.

—¿Cómo?

—Insinúa la hermosura de alguna alhaja y recemos porque tenga a bien regalárosla. La venderemos, así como cualquier cosa de valor de la que podamos prescindir. Yo tengo ahorradas algunas monedas. Lo suficiente como para pagar nuestro sustento durante la travesía.

—Podría ser. ¿Creéis que accederá?

—Con vuestra hermosura, cualquier hombre os la regalará si no lo hace él.

—Pero eso sería...

—¿Qué importa que coqueteéis con otro con tal de quitarnos de en medio a ese infame?

Isabel asintió no muy convencida. No quería tirar por los suelos su reputación. Solo lo haría como último recurso, se instó.

—Yo os enseñaré, Isabel. Lo importante es que consigamos embarcarnos cuanto antes. ¿No tenéis a nadie en quien confiar? ¿Ese caballero o la mujer que nombrasteis antes?

*Sevilla, España, primeros de abril de 1336.*

Don Alonso estaba tan deseoso de compartir las nuevas con Isabel que miró

con enojo a Malen y su sugerencia de guardar silencio hasta que la ronda de los guardias abandonara el pasillo. La espera se le hizo eterna. No le gustaba que esa criada marimandona lo tratase como a un niño. Si la toleraba era porque había demostrado ser fiel a la joven de Ayala en más de una ocasión y afín a sus propósitos de alejarla de Don Ramiro.

Recordó cómo le había dado la risa la primera vez que la «sorda» había ido a engatusar con sus encantos al custodio que vigilaba la puerta por orden del prometido de Isabel. Él habría comprado con monedas su silencio y nadie más habría sabido que había salido de la alcoba de la dama. Sin embargo, Malen le había pedido con señas que aguardasen y, socarrón, no había tardado un ápice en añadir:

—¿Cómo va a conseguir que ese hombre deje su puesto y mucho menos avisarnos de que alguien viene si no escucha? Bien podíais haberla dejado como manceba en la sacristía, al menos habría sabido calentarle las sábanas al viejo.

Isabel había suspirado, sabiendo que Malen no dejaría pasar por alto su osadía, había interceptado su puño y la había calmado con una caricia. «Se puede confiar en él», le había dicho con una de sus angelicales sonrisas.

Malen había cerrado la puerta con brío y él había contenido las ganas de reír. Había sido la primera vez en mucho tiempo que se encontraba con Isabel a solas y no había querido perder ni un segundo en esa pobre diabla. No obstante, a su regreso, la socarronería había encontrado la esperada respuesta, pues ni corta ni perezosa, la «sorda» se le había acercado con una expresión entre ida e intimidante que había hecho que Don Alonso se envarara y dejase su cómoda postura. Después le había susurrado al oído que se anduviese con cuidado porque el diablo tenía el oído muy fino. Palabras que habían borrado su sonrisa y le habían hecho tragar saliva, con el rostro demudado.

«Habláis», había acertado a decir titubeante y ella se había limitado a repetir ese gesto de silencio. Jamás reconocería ante nadie que temía a la rubia desde entonces, porque ni sorda ni muda era.

Así pues, la vio alejarse y calló como le habían indicado hasta una nueva señal. Isabel se entretuvo con el bordado, aunque se veía que estaba nerviosa y deseosa de saber lo que pudiera contarle. A veces lo miraba de reojo y sonreía apenas. Don Alonso contuvo el aliento con ese sencillo gesto. Era tan hermosa como las primeras flores que despuntan entre el espesor de la nieve. ¡Y él le traía nuevas que devolverían esa sonrisa para siempre a su

rostro! Se sintió importante.

Cierto era que habría preferido ser el amante y no el amigo que la salvase, hasta habría dado su vida por besarla en aquel instante. No solo estaban solos, la nueva que le traía bien podría ser cobrada con algo más que un beso, pero jamás la importunaría. El fantasma de Alex había vuelto más vivo que nunca. Esa mujer, ese ángel, estaba destinado a otro y él se complacía solo con poder contemplar su luz. No perdería la fe y el cariño que ella le profesaba. «Duras pruebas nos manda nuestro Dios a veces», se repetía cuando la tentación acuciaba.

Malen tamborileó los dedos en la puerta. La señal. Don Alonso cogió la labor y la hizo a un lado para acercarse un poco más a la joven. No sabía muy bien por dónde empezar, por lo que respiró hondo y lo soltó a bocajarro:

—Nadie puedo obligaros a contraer matrimonio si el novio ya está casado.

Isabel abrió mucho los ojos. ¡No podía estar hablando en serio! ¿Don Ramiro casado? ¡No era posible! ¡Dios no la había abandonado del todo! Malen había entrado en la estancia y aguardaba en silencio con una expresión que variaba entre perpleja y esperanzada. ¿Habría entendido bien? Isabel se le adelantó:

—¿Qué queréis decir? —preguntó temerosa por haber entendido mal a Don Alonso.

—Que tenemos una oportunidad para poner al rey de nuestra parte —replicó ufano y más seguro de si mismo.

—¿Tenéis pruebas de eso? —rogó Isabel impaciente.

Don Alonso negó, sin variar su risueña expresión un ápice. Malen no daba crédito y la furia se iba apoderando de cada facción de su semblante. Isabel se lo tradujo, pensando que su actitud se debía a no haber entendido lo que hablaban. Pero no, a grandes rasgos, lo había comprendido a la perfección. Sin embargo, si en la corte sevillana nadie sabía de ese matrimonio y al impostor no le importaba incurrir en bigamia, poco podrían hacer.

—Sin pruebas que demuestren lo que decís... no tenemos nada —replicó Malen con los brazos en jarras.

El joven obvió las palabras de la rubia y, dándole la espalda, se centró en Isabel. Le cogió ambas manos, a pesar de lo íntimo del gesto, y la miró a los ojos:

—Está casado con la hija de Don Gonzalo Núñez Daza.

—¿María González de Daza?

—¿La conocéis?

—Sí, fue dama de la reina y regresó a Palencia al ponerse enferma de fiebres su madre, hará unos dos años.

—Las fechas coinciden, Isabel. Si ponemos a María de Portugal de nuestra parte, pondremos en jaque al rey.

—¡No! Podrían incluso acusarnos de traición. Nadie nos apoyaría. Los súbditos dejaron bien claro a favor de quién estaban tras las revueltas de Don Juan Manuel y del rey portugués. Vos mismo luchasteis porque fuera así. No le haré eso a Doña Leonor y a nuestro amado rey.

Don Alonso exclamó en exabrupto, resoplando de una forma poco galante al tiempo que empezaba a perder la paciencia.

—¿Entonces? ¿Os desposaréis con ese malnacido?

—No, claro que no, antes me quito la vida que yacer con el asesino de mi familia.

El caballero apretó los labios y bajó la mirada. Malen se fijó en cómo le temblaban las manos ligeramente y se apiadó de él. Ella sentía la misma impotencia y sed de justicia ante ese ingrato. Él, además, la amaba.

—Si consiguiéramos que María González de Daza sea recibida en la corte antes de la boda...

—No podría casarse —terminó por decir la escocesa—. ¡Bien!

—Debemos actuar con cuidado. Debe parecer una confusión y que no se vea Don Ramiro perjudicado en exceso o tomará represalias, bien lo conocéis.

—Demasiado bien —aseguró Isabel con mirada ausente.

—No será sencillo...

—Nada que un hombre influyente como vos no pueda conseguir, ¿verdad?

Tanto Don Alonso como Isabel se quedaron perplejos. Malen le acababa de hacer un cumplido. No solo eso, lo alentaba a ayudarlas. El joven aprovechó para demostrar su valía y hacer una despedida digna y a la altura de lo que de él se esperaba.

—Por supuesto. Hoy mismo me pondré en marcha y juro por Dios que no regresaré sin ella.

Isabel asintió y se despidió en silencio. Era un rayo de luz a un destino

tan negro como las entrañas del averno. No tenían mucho tiempo, apenas tres semanas, se encomendó a Dios y comenzaron a organizar todo para que el plan fuera perfecto. Nada podía salir mal. Nada.



## Capítulo 04

### EL CORDERO

*Londres, Inglaterra, finales de mayo de 1336.*

—Ningún hombre merece sus lágrimas —chistó Eda en voz baja a su prima mientras hervía cualquier trozo de lienzo que pudiera resultarles útil.

El alumbramiento estaba cerca y quería estar preparada. Martha había asistido a algunos de los partos de sus arrendatarias, pero para Eda era la primera vez y no quería ni pensar que pudieran tener algún tipo de complicación. Miró a su prima con cierto reproche por encontrarse tan ufana, o quizás por haber sacado la conversación que tenían entre manos y que ella había dejado pendiente aposta desde que supo la llegada de Joe con ese caballero.

—¿Y quién las merece? —preguntó Martha con el mismo tono de voz, pero sin esa sonrisa que la caracterizaba. No podía creer que su prima fuera tan terca al respecto y añadió—: Debéis de reconocer que el joven lleva un mes buscándola sin descanso. Quizás Catherine debería de saberlo. ¿No creéis?

En el fondo de su alma, Eda sabía que Martha tenía razón, pero se negaba a traicionar así la confianza que Cat había depositado en ella. Menos aún en un momento como ese, en el que madre e hijo se jugaban la vida.

—¡No! Eso solo haría empeorar las cosas. Vos misma me contasteis lo afectada que regresó tras el encuentro en el puente y que los sirvientes de la condesa han estado husmeando por aquí buscando Dios solo sabe qué o a quién. No me fío de él, Martha. Mucho menos de esa mujer, de la que todo el mundo dice de todo menos bondades.

Martha torció la boca y asintió con gesto adusto. A ella tampoco le hacía gracia la condesa. Desde que supo del incidente en el puente se había estado informando, e incluso la había seguido en un par de ocasiones. Esa mujer no le gustaba. Katherine Kelsey Stafford era caprichosa y déspota con sus sirvientes, en resumidas cuentas: un mal bicho con cara de ángel.

—¡Maldito, Joe! ¿Por qué lo habrá traído hasta aquí? —siguió Eda en su retahíla, sin quitar ojo a los posibles progresos que pudieran suceder al fondo de la estancia.

Martha se quedó mirando las brasas del fuego con los labios apretados y los brazos cruzados a la altura del pecho. Ella también había estado vigilando al caballero desde lejos y no solo le había parecido apuesto, sino también un buen hombre, por lo que dio voz a su pensamiento a sabiendas de que la tormenta con su prima estallaría.

—Joe dice que la ama.

—¿Qué sabrá ese tarugo del amor?

Martha resopló y defendió al marido de su mejor amiga.

—¿Quiénes somos nosotras para juzgar si la ama o no? ¿Acaso vos le conocéis? Dudo de que Catherine se fijara en un mal hombre y ella aún le corresponde.

Eda entrecerró los ojos y movió los trapos con brío, salpicando agua hirviendo fuera del caldero y provocando un humillo de vapor y cenizas. Estaba disgustada. Más que eso, estaba enfadada. Su interior bullía con un sinfín de pensamientos encontrados. Ese hombre podía decir querer a Cat ahora pero... ¿y después qué?

—¿Cómo os ha convencido? ¿Os ha dado dinero?

—¡Claro que no! —exclamó ofendida Martha, poniéndose en jarras y alzando un tono la voz—. ¿Cómo podéis dudar de mí?

Eda la cogió por el antebrazo y la enfrentó.

—¿Entonces?

—Es un buen hombre, Eda. Le salvó la vida a Joe.

—¿Y si ha venido a por el niño? —preguntó Eda con tono lastimero—.

Es lo único que le queda de él, Martha. Lo único.

—Él no lo sabe.

—¿Cómo no va a saberlo si se vieron en el puente? ¡Pues es más que evidente que está preñada!

—Ella lo vio de lejos. Solo pudo hablar cara a cara con Joe.

—¿Cómo es eso? ¿Por qué no me habéis dicho nada antes? Yo pensaba que...

Martha le contó no solo la versión dada por Cat sobre lo ocurrido en aquel domingo previo a la *Beltane*, sino todo lo que había averiguado desde entonces.

—Erroll no sabe que va a ser padre —terminó diciendo.

—¿Desde cuándo sabéis su nombre, prima? ¿Acaso lo habéis visto?

Martha se sintió acorralada. ¿Cómo confesar que lo había seguido y que se había estado informando por Agnes de cómo era ese hombre en realidad? A ella también le preocupaba el bienestar de la joven y el futuro del pequeño. Sin embargo, Eda no era de las que daba su brazo a torcer fácilmente.

—Describidme a ese hombre y yo misma iré a buscarlo, le arrancaré las entrañas y las pondré a fuego lento en un caldero hasta que se deshagan.

La voz de Eda sonó fría y convincente, pero el gusanillo de la duda había hecho mella en su corazón. Por eso no se tomó a mal que Martha se riera de su disparatada ocurrencia y le quitara hierro al asunto.

—No penséis locuras, prima, y ocupémonos de traer a ese niño al mundo. Luego os contaré más si así os place. Pero tranquilizaos, él es un buen hombre y vos misma tendréis oportunidad de averiguarlo.

Eda refunfuñó por lo bajo una retahíla mientras metía en una palangana los trapos hervidos. Le temblaban las piernas y agradeció que fuese su prima la que le hubiese pedido olvidar la conversación de momento. Ya habría tiempo de hablar de todo aquello cuando el peligro hubiese pasado. La palidez de Cat la tenía asustada y el sudor que perlaba su frente le hacía dudar de su fortaleza. Martha la cogió por la barbilla para captar su atención y le susurró:

—No os preocupéis. Ya sabemos que traer un niño al mundo no es fácil, sobre todo cuando es el primero, pero la partera hace días le tocó el vientre y le dijo que se preparara porque sería grande y hermoso.

—¿Y...?

Martha acalló cualquier pensamiento funesto.



—Y no conseguiréis más que asustarla si os ve con esa cara. Ella nos necesita a su lado, cogedle de la mano con fuerza y lucid vuestra mejor sonrisa por mucho que grite o se revuelva. Cuanto más tarde el pequeño en salir, más complicado será que nazca sano. ¡Vamos!

Cat las recibió con pequeños resoplidos y agarrada a los jirones de lo que antes había sido una sábana. Las contracciones no le daban apenas tregua y sentía los labios secos.

—Creí que no vendrías nunca, ¡por Dios bendito! —sollozó Cat—. ¿Qué habéis estado haciendo?

—Daros tiempo para parir y ahorrarnos trabajo —le espetó risueña Martha

—Tengo sed...

Martha se dejó de remilgos y le pasó una botella de licor fuerte para que bebiera un trago.

—Os sentará bien.

Cat bebió apenas un sorbo y arrugó el gesto.

—Esto sabe a rayos. ¿De dónde lo habéis sacado?

A continuación, Martha le hidrató los labios con uno de los paños húmedos y le aplicó un bálsamo.

—Es mi botella de las grandes ocasiones.

Eda puso los ojos en blanco y sonrió.

—¿Aún la guardáis? ¡No me lo puedo creer!

—No hay muchas grandes ocasiones que festejar... —se disculpó Martha risueña.

—Pasádmela. Yo también voy a necesitar un trago —le pidió Eda.

Pero a diferencia de Cat, la mujer bajó un par de dedos el nivel de la botella. Cat y Martha la miraron con los ojos desorbitados.

—¿Cómo habéis podido? ¡Es como tragar lava del averno! —exclamó Cat olvidándose por un instante de su propio sufrimiento.

Martha le pidió a la joven que se sentara al borde de la cama y abriera las piernas. Colocó paja entre sus pies y la cubrió con una sábana.

—No temáis. No se caerá y padeceréis menos.

Cat asintió sin rechistar y dejó que Martha tanteara la abertura entre sus piernas.

—Ya viene.

—Eso dijisteis hace un rato... —gimoteó Catherine.

—Prima, dadle la mano —respondió Martha seria—. El niño no espera.

Eda se arrepintió de no llevar un guantelete de metal cuando sintió en su piel la fuerza de la contracción. Aguantó estoica y sin quejarse a que el mal rato pasara con las mandíbulas apretadas. Calmó a su amiga con dulces palabras y sin quitarle la vista de encima a su prima por si algo pudiese faltarle. No podía hacer mucho más. Incluso ella exhalaba el aire al compás de Cat como le había indicado su prima poco antes.

Martha no le prestaba atención. Daba órdenes, se enjugaba las manos con el licor de vez en cuando y otras bebía un largo sorbo para mantener la templanza. «Lo estáis haciendo muy bien, seguid así. ¡Vamos!», era lo único que decía. Catherine intentaba sonreír, pero la dulzura del gesto se le eclipsaba con cada nueva contracción. Eda le enjugaba la frente y mantenía la lumbre a punto cuando no le cogía la mano. Los minutos se les hicieron eternos, pero todo se dio por bien empleado en el momento en el que su prima consiguió extraer al pequeño y las tres pudieron verlo con claridad. A pesar de estar sanguinolento y lleno de sebo, Eda jamás había visto un bebé tan hermoso como ese. Era un ángel.

—Es perfecto... —le susurró a la joven madre.

Cat sonrió y se desplomó poco a poco en el lecho. Estaba exhausta. Cerró los ojos y lloró de felicidad. Las pestañas no impidieron que las lágrimas recorrieran veloces sus mejillas. Su hijo había nacido, el hijo de Erroll, el hijo de ambos.

—Un último esfuerzo, Cat. No os durmáis.

Se espabiló lo justo para hacer lo que Martha le pedía mientras Eda aseaba al pequeño y le describía con detalle cada parte de su anatomía. Después Martha la adecentó antes de coger por primera vez a su hijo y se deshizo de los paños sucios y de los restos de la placenta quemándolos en el fuego del hogar.

Cuando madre e hijo estuvieron listos, Eda le colocó al bebé entre los pechos envuelto en una suave manta de lana tejida por ella misma. El pequeño estaba inquieto y boqueaba su piel como si la besara. Jamás había sentido tanta ternura.

—Tiene hambre —le dijo Martha.

La joven madre se descubrió el pecho y le ofreció el pezón, pero el pequeño seguía dándole esos besos anhelantes y frunciendo el infantil ceño al

no obtener lo que buscaba.

—Será de armas tomar —rió con ganas Martha al verlo y pellizcó el pezón de su amiga hasta que consiguió que apareciera una gota traslúcida.

—¿Os duele? —preguntó Eda.

Cat negó, asombrada por los cambios que seguía experimentando en su cuerpo.

—¿No es muy clara? —preguntó la primeriza.

—No es aún vuestra leche —le confió Martha—. Esa tardará en subir unas horas, incluso días, pero no os angustiéis, que será alimento suficiente.

Los labios del bebé se mojaron con la gota y la paladeó por instinto. Las tres habrían podido jurar que les había dedicado una sonrisa o, al menos un gesto de satisfacción.

—Será un rompecorazonos —murmuró Cat embelesada.

Y Eda calló un: «Como su padre», pues no quería que nada ni nadie ensombreciera tan bello instante.

—Dejemos que madre e hijo se conozcan —le dijo Martha a su prima, después se dirigió a Cat—: Cualquier sangrado, fiebre o malestar... hacédmelo saber, estaremos en mi casa.

La gata asintió, agradecida por la intimidad que le brindaban y segura, sabiendo que estaban puerta con puerta.

—Por cierto —interrumpió Eda antes de irse y reencontrarse con Hamo—, ¿habéis pensado en algún nombre para el pequeño?

Cat apretó a su hijo contra su pecho. El bebé protestó un poco, pero enseguida cerró los ojos y siguió mamando. La joven madre sonrió. El brillo de sus pupilas centelleaba como estrellas fugaces en el firmamento. Eda jamás la había visto tan feliz, o quizás solo cuando le había contado las peripecias vividas con Erroll... Catherine acarició la pelusilla dorada y rizada de la cabeza de su hijito.

—Se llamará Ronnie.

—Ronnie —repitieron Martha y Eda al unísono—. Me gusta... —completaron riéndose las tres.

El pequeño volvió a abrir un ojo con la algarabía y con las mismas lo cerró. Se le veía satisfecho, con el pezón entre sus labios y la pequeña lengua tanteando de vez en cuando que su «nuevo amigo» no desapareciera. A Cat le hacía cosquillas, pero por nada en el mundo se habría movido y dejar con ello de sentir esa novedosa sensación. Finalmente, la dejaron sola con el pequeño.

Volvió a sonreír al ser consciente de que ya no estaría sola, de que no lo estaría jamás.

Mientras tanto, no muy lejos de allí, Lord Pet Pulteney esperaba impaciente a que su esposa terminara de arreglarse para no llegar tarde al banquete real. Desde que se había recrudecido la contienda, y solo en contadas ocasiones, la reina Felipa había abandonado su residencia de Woodstock, en Oxford, y había visitado la capital. De hecho, de no haber sido porque la pequeña Juana no contaba ni con un año de edad, Felipa de Henao habría acompañado a su marido a su nueva incursión por tierras escocesas, como ya había hecho tres años atrás.

La convocatoria real tenía la clara intención de recaudar fondos para la causa de Eduardo III en el norte. Para evitar cualquier excusa debida al desplazamiento, se había optado por realizar el convite en la Torre Blanca de Londres y no en el castillo de Windsor, a media jornada de la capital. Era primordial que asistieran todos los caballeros exentos a participar en el frente para demostrar su lealtad al monarca. Al fin y al cabo, no se encontraban en el campo de batalla arriesgando el patrimonio y la vida por servir a su rey. Tampoco recibirían los ansiados honores por los que muchos luchaban en realidad, ni la ansiada recompensa en dinero y tierras prometida a su regreso.

Nada de eso le importaba a Lord Pet, que había estado de malhumor desde que había recibido la invitación al evento. Se jugaba mucho en esa velada. Cualquier rumor o desaire y la reputación de su familia se vería pisoteada para siempre. No podía consentirlo. Ya había tenido que acallar muchas bocas desde que se casara con ella. ¡De haberlo sabido, maldita fuera!

No se arrepentía. Había hecho de todo con tal de no regresar a la contienda: sobornos, falsas enfermedades, incluso casarse. Cualquier excusa había sido buena si lo había alejado de esos salvajes nortños. Sin embargo, no podría demorarlo por mucho más tiempo.

Se asomó por la ventana y ordenó a los cuatro porteadores que esperaran. Pocas veces iban en litera familiar, debido al gusto de su esposa a montar a caballo, pero no había mejor ocasión para lucirla que esa.

El ama de cría pasó con el pequeño Elric en brazos de camino a sus habitaciones, pero él la despidió de lejos antes de que se acercara. Lo que

menos quería en esos momentos era que el bebé le babeara la chaqueta de su traje nuevo o le dejara olor a leche agria. Elric le echó los bracitos a su padre sin obtener ningún resultado y solo calmó el lloriqueo cuando la mujer le dejó agitar el sonajero de dientes de lobo que ella misma le había hecho para distraerlo.

Lord Pet resopló. Se juró a sí mismo comprarle un cascabel de plata al niño con tal de alejar ese artilugio mágico de su hogar y así le ahorraría el disgusto de verlo a su madre. Él no entendía cómo unos simples dientes podían curar algún mal o evitar que le dolieran las encías, pero lo cierto era que su sonido calmaba al pequeño.

Miró con disgusto el reloj de la entrada, regalo de bodas de un abad, íntimo amigo de su padre. Jamás hubiese creído que un hombre de Dios se pudiera dedicar a otra cosa que no fuese orar, bendecir y excomulgar a infieles. Pero esa magnífica joya era la prueba de que se equivocaba. A veces se pasaba la mañana contemplando su sistema de contrapesos y engranajes, las fases de la luna o cómo estaría la marea en el puente de Londres. ¡La de veces que había mandado a un sirviente a comprobarlo y jamás fallaba!

Ya eran casi las cuatro y media. No podían demorarse mucho más o se verían relegados a soportar la compañía de barones y otros personajes de baja alcurnia de la corte en la mesa principal. Taconeó con disgusto el primer peldaño de la escalera. Si su esposa se retrasaba un minuto más, él mismo subiría a buscarla y la sacaría a rastras por el pelo.

—¡Duuuuun! —vociferó con rudeza.

El grito retumbó en la estancia, haciendo tintinear las copas recién brillantadas de la bandeja que portaba un sirviente. Lord Pet se acercó a él con paso apresurado y, de no haber sido por la aparición de Dunstana en ese instante, lo habría golpeado. No habría sido la primera vez tampoco que maltratará al servicio sin venir a cuento.

—Dejad de mirar ese dichoso reloj, Pet. El tiempo no irá más lento porque comprobéis a cada paso la hora —reprendió risueña Dunstana al darse cuenta de lo que podría haber ocurrido a causa de su demora y, bajando las escaleras con suma elegancia, atrajo la atención de su marido a ella con su charla—. No entenderé nunca vuestra manía de llegar antes. La reina no aparecerá hasta las seis y vivimos tan cerca de palacio que podríamos ir andando si quisiéramos.

—Llegar a la Torre Blanca a pie es...

—¿Vulgar? —lo interrumpió ella llevándose la mano a la boca y ocultando una risita.

Lord Pet gruñó con desdén. Cada vez la soportaba menos y eso que en otro tiempo lo habían compartido todo: metas, cama y hasta a su amado Antoine Castel... ¿Qué habría sido de él? Desde la muerte de Constanza no había sido el mismo o quizás Lord Pet no lo había visto del mismo modo. El caballero desterró esos pensamientos a un lugar recóndito de su alma e hizo a su esposa a un lado.

Dunstana soportó el desplante y arqueó una ceja muy digna. Su matrimonio iba de mal en peor y ya no sabía qué hacer para remediarlo. Se palmeó el faldón y dio media vuelta antes de dirigirse a la puerta, orgullosa del vuelo de su vestido nuevo, pues dejaba ver el bordado justo de sus zapatos. Al ver que su marido seguía con el ceño fruncido, le susurró muy cerca del oído:

—Bromeaba, querido.

Pero él no. Él ya no bromeaba nunca. Subieron a la litera sin dirigirse la palabra y así siguieron hasta llegar a palacio. A Dunstana también le parecía mentira que hubiesen compartido tantas cosas en otro tiempo, pues no solo habían sido amantes, ella había llegado a considerarlo un amigo. Nada de eso quedaba ya entre ellos, Lord Pet se había convertido en un desconocido.

Los portadores dejaron la litera a los pies de la escalinata principal de la Torre Blanca y la ayudaron para que no se manchase los zapatos y bajos del vestido de barro. La joven dama los despidió con una sonrisa que hizo enrojecer al más joven de ellos.

—¿Nunca tenéis bastante? —le siseó agraviado Lord Pet.

Ella silenció lo que le hubiese gustado decirle, pues solo había sido un gesto amable. A diferencia de él, Dunstana había sido fiel a los votos matrimoniales. A veces hasta se preguntaba por qué, pues jamás había tenido su marido tal deferencia con ella. Quizás empezaba a ser hora de pensar en ella misma.

Lord Pet le ofreció el brazo por las apariencias y ella lo aceptó sin más. A medida que subían la escalinata, las líneas del rostro de su marido se transformaron en otras más suaves. Una perfecta máscara que solo unos pocos conocían. Una que ella odiaba tanto o más que la del día a día. Dunstana suspiró y se instó a disfrutar de la velada. No perdería el tiempo en complacer a su esposo más que lo justo. Se sentía radiante y orgullosa de haber

conseguido que el veneno de ese demonio no calara en su cordura.

Comenzaron los saludos y presentaciones, las felicitaciones y los «cómo estáis», «cuánto tiempo...». Dunstana se sintió centro de atención, admiración y envidias, algo agobiada por el corro que se había formado a su alrededor. Cada vez le gustaba menos ese mundo de fatua representación constante en el que ellos eran solo un títere más de la función. «Sois la viva imagen de la felicidad», le llegó a decir una dama desconocida. Dunstana se mordió el interior del carrillo y asintió de forma lacónica, un tanto confundida por lo histriónico de la situación. ¿Ellos la viva imagen de la felicidad? Solo ella debía saber que, tras la cara de ángel de su esposo, había un hombre perverso.

Se escabulló del grupo en cuanto su marido fue a saludar a dos viejos conocidos de su padre y aprovechó para buscar a un paje que le sirviera una copa de licor. Estaba sedienta. Necesitaba unos instantes de paz antes de enfrentarse de nuevo a toda esa parafernalia. Tenía la desagradable sensación de que la observaban y miró por instinto hacia el fondo, pero allí no había nadie. Alguien se colocó a su lado y le habló, pero no le prestó atención y paladeó el vino como si se tratase de ambrosía.

—Lady Pulteney...

—¿Si?

—Os preguntaba por vuestro primogénito. Me han dicho que es un niño precioso, vivo reflejo de su padre —comentó Lady Margaret Wake sin darle mayor importancia a que la joven no la hubiese escuchado antes.

La baronesa Wake de Liddell y condesa de Kent era una mujer sencilla a pesar de su rango y su pasado. Dunstana compartía con ella el haber enviudado de dos maridos y haberle quedado ganas de intentarlo una tercera vez. Sin embargo, la de Stone no era hija ilegítima de un rey, ni tampoco había visto morir a la carne de su carne en sus brazos. ¡A Dios gracias!

—Elric está precioso y goza de gran salud. Es un niño vivaz y sonriente. ¿Qué voy a decir yo que soy su madre?

—Lo que decimos todas, por supuesto —rió la mujer.

—¿Vuestros hijos bien?

—Sí, después del confinamiento en Salisbury, cada nuevo día es un regalo para mí.

Dunstana asintió. Lo había dicho sin darle la mayor importancia, sin buscar aprobación o consuelo y la admiraba por ello. Siempre la había visto

con la barbilla alta, incluso cuando había tenido que presenciar la ejecución de su segundo marido por traición, pendiendo el hacha sobre la cabeza de ella y de su descendencia. Tenía cuatro hijos y acató lo que la regente y su amante dispusieron sin derramar una lágrima ni una réplica. Con razón Eduardo III de Inglaterra la trataba como familia propia a pesar de su linaje bastardo.

—Demos gracias entonces por cada regalo, que nunca sabemos qué nos deparará el destino.

La baronesa se quedó pensativa un instante y miró a su alrededor. Ella también parecía estar huyendo de la algarabía de la fiesta.

—Lástima que no haya más mujeres como vos en la corte, Dunstana, si me permitís la familiaridad.

—Por supuesto, Lady Margaret, aunque... —comenzó a decir la joven, pues no entendía a qué se refería.

La baronesa se acercó un poco más y ocultó su rostro tras el abanico para decirle:

—A la reina Felipa le vendría bien contar con más compañía de su edad. Personas fieles a la corona y no solo a la figura de su marido. Mujeres íntegras y honestas como vos, que sepan lo que es la vida en realidad.

—Mis orígenes no son nobles, Milady —se excusó Dunstana.

—¿Y qué? Vuestro corazón lo es y es lo que importa.

Dunstana se sonrojó y, como respuesta, obtuvo un guiño y un golpecito en el hombro con las delicadas plumas del abanico.

—He de irme, la reina está a punto de entrar en escena. Pensáoslo al menos.

La joven asintió mientras la vio marcharse pavoneando su vestido con donaire. ¡Qué gran mujer! La verdad era que no le importaría conocerla más. Se sentía feliz por el mero hecho de que hubiesen pensado en ella para formar parte del círculo más íntimo de la reina Felipa. Era un honor que nadie podría arrebatarse nunca. Allí estaba ella, la mismísima Dunstana de Stone, o de Pulteney para ser explícitos, ilusionada como una niña a la que agasajan con su primer caramelo.

Su marido acabó con su solaz y le pidió que lo acompañara con cierta urgencia. Ella habría preferido esperar la llegada de la reina con el resto, pero se vio literalmente arrastrada al fondo del salón, donde muchos comenzaban a elegir sus asientos para no verse relegados en la mesa. Algo en su interior clamaba por resistirse, por disfrutar de la fiesta y alejarse de las fauces de ese



lobo, uno con piel de cordero y sediento de sangre.

La intuición de Dunstana en raras ocasiones fallaba. Al fondo del salón, y junto a un gran ventanal, el matrimonio Stafford degustaba un aperitivo y parecían estar esperándolos. Dunstana dio un paso atrás apenas perceptible, pues la mano de Lord Pet en su espalda era un muro infranqueable.

No sabía de la amistad de su esposo con Lord Ralph. Uno: un cobarde que habría accedido a desposarse hasta con su hermana con tal de no pisar el campo de batalla, y el otro: un guerrero despiadado en la contienda, según las voces que alababan su fiereza, entre las que destacaba las continuas alabanzas del rey.

Sin embargo, por cómo se habían saludado, Dunstana habría jurado que eran íntimos. Ella se limitó a una breve genuflexión y a responder con cortesía al cumplido sobre su figura hecho por Lady Katherine. «Kelsey para los amigos», pensó la joven con disgusto. ¡Cómo la odiaba! Esa mujer le recordaba a Erroll y lo duro que había sido para Dunstana olvidarlo y renunciar a él. También a la última vez que se habían visto en la fiesta dada por Eduardo III de Inglaterra en el castillo de Edinburgh y las provocaciones constantes del conde Stafford hacia su persona.

Dunstana presintió que la noche iba a ser muy larga. Le habría gustado poder alegar algún tipo de malestar y marcharse antes de lo previsto, pero eso sería darles el gusto y no estaba dispuesta a rendirse sin pelear. Después de un rato con ellos se dio cuenta de que tampoco su esposo se lo estaba poniendo fácil. Lord Pet reprendía cada una de sus intervenciones en la conversación que mantenían hasta el punto de que Dunstana prefirió sonreír y callar.

—Podrías venir conmigo al norte, más allá de Stirling —le comentó con entusiasmo Lord Ralph de pronto a su marido.

Dunstana se envaró en su sillón a la espera del brillante pretexto que su amantísimo esposo le diría al conde con tal de no acompañarle. Lord Pet no mostró ni ilusión ni repulsa a la invitación y el conde tomó su silencio como un: «Sí».

—No nos llevará más allá del verano a lo sumo. Es poco, lo sé —se disculpó al ver la cara de disgusto que Lord Pet se esforzaba a duras penas de ocultar sin éxito y pensando que eran otros los motivos—, pero no os puedo prometer grandes batallas ni tan jugosos saqueos como los perpetrados en Aberdeen y Elgin hasta que el rey decida si seguir barriendo el norte junto a Lord Henry de Grosmont o fortalecer nuestras defensas en Perth. Lo siento,

amigo mío. Los franceses han movilizadO sus tropas para ayudar a la causa del niño-rey, aunque no llegarán a tiempo de salvar el sudoeste tampoco. El valle del Clyde es nuestro y pronto esos bárbaros lamerán las botas a nuestros pies. Ya veréis. Además, nos alejaríamos de esta corte de gallinas cluecas. ¿Qué os parece?

—Lo consultaré con mi esposa antes —replicó el otro sin más.

Lord Ralph escupió el sorbo de vino de nuevo en la copa malhumorado y Lady Katherine lo asistió para que recuperara la compostura. Dunstana no salía de su asombro y mantenía los ojos muy abiertos. No sabía qué decir. De todas las excusas que había oído a lo largo de su matrimonio sobre el mismo tema esta era la más insensata. ¿A qué había venido semejante patraña? Ningún hombre pedía permiso para nada y menos a su mujer.

—¿Se puede saber por qué haríais eso? —le preguntó enojado el conde.

Dunstana no dudó en que Lord Ralph pensaría que tenía bajo algún embrujo o sortilegio a su amigo, mucho más cuando este dijo:

—Porque estamos buscando otro hijo y para eso hacen falta dos... ¿No os parece?

Las carcajadas del conde Stafford se oyeron en toda la estancia y algunos los miraron con reproche por el jaleo. Dunstana no daba crédito y habría aplaudido la magnífica actuación de su esposo de no haber sido porque el rubor le llegaba hasta las orejas. ¿Por qué no había puesto el pretexto de encontrarse enferma? Ahora era demasiado tarde.

—Si es por eso, no os preocupéis, amigo mío. No partiremos hasta dentro de dos semanas al encuentro de esos bárbaros y, por lo que han llegado a mis oídos, vos sois un maestro en la materia y ella una alumna aventajada.

Dunstana quiso que el averno se abriera ante sus pies y la tragara. ¿Cuánto más podría seguir soportando esa humillación? Miró al corderito manso que tenía en frente en un intento vano de encontrar un poco de camaradería. Pero Lady Katherine apenas le sonrió, lo justo para ver sus colmillos y estremecerse. A ella no la engañaba, era una loba. ¡Qué decía! Era una arpía, la versión más malvada de ellas y a punto estuvo de gruñirle. Le costaba tanto mirarla... Era como verse en la superficie de agua estancada. Tragó saliva. Por mucho que se asemejaban físicamente, la condesa y ella no se parecían en nada, recalcó para sus adentros.

—A propósito de bárbaros —comentó Lord Pet con aire inocente y

desviando la conversación a otra más de su agrado—, ¿es cierto que os salvó uno de ellos el otro día en el puente St. Marcus, Lady Katherine?

La condesa titubeó. Ella también debía tener cuidado si no quería acabar en boca de todos. Estaba tranquila sabiendo que Lord Pet respetaría el acuerdo llevado a cabo entre ellos, aunque solo fuese por miedo a Lord Ralph. Sin embargo, recordaba lo ofendido que había abandonado su casa el día que puso fin a su relación, negándose a tener visitas esporádicas como él le había pedido por miedo a que quisiese más. Lord Pet a veces la asustaba. Era temperamental, violento e incontrolable. Nada había peor que un hombre despechado.

—Sí, gracias a Dios todo quedó en un susto.

Lady Katherine no quiso dar más detalles. Quizás a Lord Pet solo le hubiesen llegado rumores sobre el percance, pero por cómo la había mirado mientras apuraba de un trago la copa, supo que no. Su marido se había envarado en su asiento y jugueteaba con el cubierto con disimulo, aunque era más que evidente su malhumor.

—Susto el que os daríais al saber quién era el susodicho —carcajeó Lord Pet, encontrándole solo él la gracia. Después se dirigió a su esposa y dijo—: Tengo entendido que fue empleado en vuestra casa de Edinburgh, querida.

—Tan empleado que se lo llevaba de fiesta incluso —se burló Lord Ralph con sorna, aunque en el fondo todo lo que fuese nombrar aquella maldita fiesta le repugnaba. Se forzó a tomar una pose más cómoda en su silla. No podía levantar aún la liebre o el escándalo lo destruiría. Nadie podía saber lo que tramaba.

—¿En serio? Querida, eso no es de buen gusto —reprendió Lord Pet a Dunstana como si fuese una niña cogida en falta por su padre.

Lady Katherine resopló aliviada al sentir que dejaba de ser la diana de nuevo. Dunstana retorció los dedos que descansaban sobre su regazo y simuló indiferencia con una sonrisa boba pintada en el rostro. La sangre le hervía frenética y acabaría desmayándose si no controlaba la respiración. No podían estar hablando de él, ¿verdad? ¿Erroll en Londres? ¿Por qué? Multitud de preguntas se trababan en su mente y que no hallarían respuesta al menos esa noche.

—Las malas lenguas llegaron a decir que... —comenzó a decir el conde antes de que la reina y Lady Margaret Wake aparecieran junto a ellos,

evitando la estocada final.

Al conde Stafford no le habría importado decir que ese traidor irlandés se encamaba con Dunstana, quizás dejando caer una fecha... y sembraría la duda en su amigo sobre la paternidad del que creía su primogénito. Le estaba haciendo un favor, ¡por Dios bendito! Esa furcia se merecía que la repudiaran.

No hubo tiempo de más. Los cuatro se levantaron de sus respectivos asientos y se inclinaron ante Su Majestad. Dunstana aprovechó para dar un paso atrás y fingió colocarse un tirabuzón para secarse una lágrima furtiva.

Lady Margaret la observó desde un segundo plano, en silencio, mientras la reina saludaba a los Stafford. Le hubiera gustado acercarse y consolar a la que ya consideraba su nueva amiga, pero no quería ponerla en evidencia y se contuvo. Lady Pulteney le había causado muy buena impresión y ella rara vez se equivocaba en lo que a amistades concierne. La había visto tan sola entre tanto buitre que había apremiado a la reina para que ambas ocuparan sus respectivos asientos camino a la mesa principal, a pesar de que quedaba un rato para que sirviesen la cena.

—¿Para cuándo el heredero? —preguntó la reina al matrimonio Stafford, dirigiéndose al conde de forma expresa.

—Espero que pronto, Su Majestad.

—Su padre se alegrará al saber de que por fin os habéis puesto a ello de nuevo.

La reina había hecho el comentario sin malicia, ajena a los rumores de distanciamiento del matrimonio. El conde Stafford ocultó su rostro tras la pomposa floritura, pero Dunstana apreció que apretaba los dientes y enrojecía de rabia. No podía tener más cosas en común con su marido pues, al erguirse, mostró una perfecta dentadura a la regente. La reina Felipa sonrió a su vez y tendió su mano a la condesa, que la besó con ligereza.

—¿Sois hermanas?

Lady Katherine Kelsey no supo qué responder y Dunstana negó con una sonrisa.

—Vuestro parecido es notable. ¿Ni siquiera familia lejana? —insistió la reina Felipa.

—No, Su Majestad —respondieron ambas aludidas a su vez.

—Increíble, pareciera que os separaron al nacer.

Dunstana sintió que el corazón dejaba de latirle un instante. ¿Cabría esa posibilidad? Ella no era una De Stone de nacimiento, aunque eso era un

secreto que su tío y ella se llevarían a la tumba. La baronesa Wake de Liddell le guiñó un ojo, en un gesto de complicidad que le devolvió el resuello al cuerpo, tomando el antebrazo de la reina para que siguieran con las salutations camino al asiento principal. La joven se despidió de ambas con una genuflexión y se preparó para seguir soportando las dentelladas del conde.

Un sirviente anunció que la cena estaba servida. No se sorprendió al ver que compartirían mesa junto al matrimonio Stafford. De hecho, Lord Ralph apartó su silla y la ayudó a sentarse sin esperar a que lo hiciese el lacayo de turno. Dunstana tragó saliva y forzó una sonrisa de agradecimiento, acomodó su servilleta en el regazo y esperó a que Lord Pet se sentara junto a ella, pero fue el conde quien lo hizo. Frente a ellos, su marido y Lady Katherine ocuparon sus respectivos asientos en silencio.

El resto de comensales los imitó. Quedó vacío el asiento a la izquierda de Dunstana y esta rezó porque lo ocupara alguien agradable y con tema de conversación. Según el protocolo, debía ser un hombre, pero eran pocos y ya estaban sentados. Suspiró. Si finalmente se quedaba vacío, no tendría otra que dedicar toda su atención al conde, a la muda de su esposa y a su marido.

A Lord Pet se le veía feliz. La reina no le había apelado porque regresara al frente y cumpliera con su deber. De hecho, había pasado desapercibido en su totalidad, por lo que no había tenido que excusarse siquiera. La actitud y rictus del conde difería mucho de la de su amigo.

—No se lo toméis a mal, Milord —dijo Lord Pet con cierta sorna—. Las mujeres solo piensan en la procreación. Sus mentes no dan para mucho más.

El primer instinto de Dunstana habría sido arrojarle el contenido de su copa de vino encima a su marido, pero eso solo habría agravado su situación en el hogar. Lo mejor era dejarlo pasar por el bien de Elric y por el suyo propio. Ya no concebía su vida sin la del pequeño a su lado.

Lady Katherine siguió con su sonrisa bobalicona en los labios entre bocado y bocado, como si las palabras de Lord Pet hubiesen alabado el buen hacer del cocinero de palacio y no otras.

Dunstana sabía que jamás podría tener una aliada en ella, así que hizo lo que su madre le habría aconsejado de haber estado allí: servirle más vino a su acompañante y callar. Lord Ralph Stafford gruñó como respuesta a su amigo, aunque recibió de buen agrado el ofrecimiento de la joven. Dejó a un lado su sed de venganza por una noche y pensó el modo de darle al mundo lo

que de él pedían: el ansiado heredero. Sonrió con malicia sin prestarle atención a su homónimo.

Lord Pet no pasó por alto el desaire y volvió a la carga.

—Además, por mucho que quiera, Felipa no tiene ascendencia inglesa ni fue educada en nuestras costumbres. A veces puede llegar a ser tan... ¡pueril! —Y bajando el tono de voz de forma considerable para que solo ellos lo escucharan, añadió—: ¿Qué mujer en su sano juicio acompañaría a su esposo en sus campañas?

—¿Pueril? ¡Es hija de reyes! —replicó indignado Lord Ralph a media voz, provocando que su acompañante de la derecha levantara una ceja antes de seguir con su propia conversación.

—De uno al que en Holanda llaman el Bueno y de una Valois —recalcó la condesa apoyando a su marido o buscando su aprobación.

—Exacto, mujer —felicizó Lord Ralph a su esposa y, en un tono mucho más bajo, le confió a su amigo—: Deberíais de beber menos a partir de ahora si no queréis acabar durmiendo el resto de vuestros días en la otra torre.

Dunstana tragó el bocado que retenía en la boca con cuidado y con miedo a atragantarse. No había pasado por alto ese «mujer», cuando en Edinburgh todo eran lisonjas hacia su esposa. Algo se le pasaba por alto, pero el qué.

La advertencia había sido sutil y clara, pero Lord Pulteney no era de los que sabían quedarse callados. Ella lo sabía bien. Bebido, su carácter soberbio se acentuaba y podía llegar a ser muy violento si no se le paraba los pies a tiempo. Lady Katherine debía de conocerlo mejor de lo que imaginaba, porque había cogido su mano en la mesa, a la vista de todos y en un contacto íntimo para decirle:

—Además, mi querido amigo, Su Majestad es admirada por su gran generosidad y compasión, por su valentía y por el demostrado amor que le profesa a su marido. El matrimonio de conveniencia que todo hombre o mujer querría tener sin pensarlo siquiera. ¿No es cierto, Dunstana?

La joven aún seguía con los ojos fijos en el gesto. No se sentía celosa, aunque sí algo enfadada. Al fin y al cabo, seguía siendo su marido aunque hiciesen vidas prácticamente separadas. Dunstana no supo qué contestar, ni tampoco el porqué de esa deferencia hacia su persona hasta que vio quién acababa de ocupar el sitio vacío de su izquierda. ¡Maldita arpía! No solo se acostaba con su marido y era capaz de seguir mirándola a los ojos sin

remordimiento alguno, sino que también quería que la tomaran por una devota y fiel a la corona.

—¿No es cierto? —insistió la condesa a la que solo le faltaba alas para parecer un ángel.

Dunstana apretó los labios y pensó bien qué contestarle. Por nada en el mundo se saldría con la suya esa vez.

—Me congratula coincidir en algo con vos esta noche, desde luego —le espetó con frialdad.

Dunstana volvió a colocar la servilleta en el regazo tras limpiarse las comisuras de la boca. Estaba cansada de tanta falsedad. Si de ella dependiese, habría dado por terminada la velada. Lo lamentaba por la baronesa Wake de Liddell, le habría gustado seguir charlando con ella a solas, pero no con esa compañía. Sin embargo, la noche solo acababa de empezar.

Lady Katherine Stafford intentó esbozar una sonrisa que quedó en mueca. Estaba contrariada por la respuesta y su enojo era evidente, pero Dunstana le había dado la razón y no quería que la tacharan de suspicaz. No le vendría bien a su imagen de dulce corderito, por lo que calló. La De Stone lo prefería así. No eran amigas, tampoco quería que las tomaran como tales. No se parecían en nada, salvo en los rasgos físicos, y se enorgullecía de que fuera así. No se fiaba de ella.

Hubo un cruce de frases ocurrentes y risas entre los comensales. Quizás pudiesen gozar de una velada tranquila después de todo, pensó Dunstana. Pero pasado ese instante ameno y fugaz, Lord Pet volvió a las andadas sin variar un ápice la hostilidad de su discurso. No parecía importarle que la primera dama de la reina estuviese sentada al lado de su esposa.

—Si me permitís un brindis... —dijo y los cinco alzaron la copa—. Doy gracias por que nuestra queridísima reina no trajera parte de su corte consigo o estaríamos rodeados de traidores en este momento.

Dunstana y los Stafford palidieron. ¿Cómo había sido capaz de decir semejante barbaridad? La diplomacia de la baronesa salvó a los Pulteney del bochorno de ser invitados a retirarse del evento o de ser acusados de traición por tal osadía pues, sin darle más importancia que al discurso de un borracho, sentenció:

—Y yo brindo por que Felipe VI de Francia pronto se dé cuenta de que eligió el bando equivocado y por que más de un presente descanse por fin en paz.

Algunos de los comensales más allegados se sumaron al brindis entre risas.

—¿Qué habéis querido decir con eso último? —quiso saber Lord Pet algo ofendido.

—¡Ni que esta guerra fuese a durar cien años! —se mofó Lord Stafford, queriendo hacer ver la poca seriedad de lo hablado y dando una disimulada patada bajo la mesa a su amigo para que callara.

Cuando Lady Margaret fue a contestarle, Dunstana se le adelantó diciendo:

—¿Habéis probado la fruta confitada? Está aún mejor que el vino.





## Capítulo 05

### CONFESIONES

*Londres, Inglaterra, principios de julio de 1336.*

Erroll seguía en un sinvivir. No había casa de los barrios de alrededor al puente de St. Magnus que no hubiese visitado ya. Nadie parecía conocer a su gata, ni tampoco sabían darle una pista fiable de su paradero. Los osados que habían intentado timarle habían acabado con menos piezas dentales y pronto se había extendido el rumor de que debían alejarse de él.

Cada día que pasaba, su aspecto adquiría tintes de un asaltador de caminos, más desmejorado, más fiero... un pobre lobo vagabundo. Triste. Despiadado. Y yerto. Se había dejado crecer la barba y sus ropas habían perdido el lustre de antaño. No, no parecía el mismo y eso inquietaba a Joe.

El guía lo acompañaba en silencio, alegando que no tenía nada mejor que hacer, aunque no fuese cierto, pues temía que perdiese la cabeza y cometiese una estupidez. En el fondo, el hombre se sentía culpable por haber recibido el pago por unos servicios que no había realizado y por no haber sido capaz de convencer a Hamo para que le diera la dirección de Cat. Lo único que había conseguido sonsacarle a su amigo era que no se encontraba en Sutton. Un pequeño avance, aunque siguieran buscando una aguja en un vasto pajar.

Joe Patterson lo había intentado todo, incluso había rogado a su mujer para que intercediera ante Martha con el fin de ablandar el corazón de Eda, pero nada había dado resultado. Catherine parecía haberse esfumado sin dejar rastro.

Para colmo, hacía unos días que se había enterado por casualidad de que ya había nacido el niño. Un varón. ¿Cómo se lo diría? «¡Enhorabuena, amigo mío! ¡Que Dios os bendiga, sois padre!». Refunfuñó. Su mujer había querido ocultárselo en un intento vano de no agravar la situación, pero Joe no era tonto. Sabía de números y de cuentas. Era padre de varios hijos y sabía que la fecha estaría al caer.

Al enterarse, no puso el grito en el cielo. Tampoco obligó a su mujer con amenazas a que le dijese dónde encontrar a Catherine. Le hubiese gustado, claro, pero no era su estilo amedrentar a mujeres y se consideraba un hombre de recursos. Buscaría la forma de obtener la información sin ponerla en tesitura, ni a ella ni a la prima de Eda, por lo que decidió cambiar de estrategia por su cuenta. Le dijo a Erroll que se ausentaría unos días y siguió a su mujer al amanecer cuando iba a por agua potable al pilón. Agnes siempre salía muy temprano como de costumbre con el fardo de ropa sucia en el cuadril derecho y el cubo vacío en la otra mano. Los niños aún dormían y Joe sabía que los más mayores se encargarían de los pequeños cuando se despertasen.

Martha lavaba y zurcía las ropas de las «chicas». Así las llamaba Agnes, incapaz de nombrarlas con mayor corrección sin santiguarse varias veces. En tiempos de escasez y de guerra, muchas pobres mujeres quedaban viudas y se echaban a las calles en busca de cualquier trabajo que pudiera salvar a su familia del hambre. Agnes a veces se sacaba unas monedas extra ayudando a Martha con su labor.

Las observó entretenidas en sus quehaceres en el pilón y se acomodó hasta que llegó la hora de la despedida. Se sentía un intruso por tener que estar vigilándolas, pero ninguna de las dos debía de verlo. A media mañana, Martha recogió su colada y tras un: «Con Dios», fue a paso presto entre los callejones. A punto estuvo de perderla en dos ocasiones hasta que, al doblar una esquina, se la encontró de sopetón.

—¿Vos?

Joe enrojó al saberse descubierto. ¿Cómo podía haber sabido que la seguía? ¡Había tomado todas las precauciones posibles! Él no era bueno

dando excusas y tendría que pensar una y rápido. ¿Un recado de su mujer? No, acababa de verla. ¿Se le había caído algo y quería dárselo? Llevaba las manos vacías y, de no ser así, averiguaría pronto que no era suyo...

—¿Se puede saber qué queréis? —le preguntó enojada al ver que el hombre se había quedado como mudo. De haber sido otro, le habría atizado con la vara que llevaba escondida en la cesta de la ropa, pero era el marido de Agnes y eso le había librado.

—Yo...

Joe Patterson se quitó la gorra y la retorció inquieto. ¿Qué excusa ponerle para que no se espantara? Martha era la casera de Catherine y la mujer que la había ayudado a instalarse en Londres. Gracias a ella, la gata había conseguido un puesto en la casa de telares y tenía un trabajo digno. Uno que no tuviera a la Iglesia tras sus talones tildándola de bruja y horarios de sol a sol. Según le había dicho Agnes, antes de que le encomendaran el cargo de llevar la espada a su legítimo dueño, Cat se ocupaba de elaborar la comida para Martha, además de mantener viva la lumbre. A cambio, la prima de Eda no le cobraba alquiler y le hacía compañía cuando tenía que terminar algún encargo especial en casa.

Mas Martha podría ser un ángel con las personas que acogía bajo su ala, pero en esos momentos, demostraba que podía tener un humor de mil demonios. Joe se vio entre la mujer y la pared y de buena gana habría echado a correr de haber tenido oportunidad de hacerlo.

—Sí, vos. No me miréis así. ¡Me habéis dado un susto de muerte!

—Lo lamento, yo...

—¿Os manda Agnes? ¿Ha pasado algo? —lo interrumpió de nuevo.

—No —alcanzó a decir parco en palabras.

Martha alzó una ceja y repiqueteó con el tacón de su bota vieja el suelo. Tenía mucho que hacer y no estaba para juegos. Sabía lo que el hombre quería en realidad, pero no sabía cómo dárselo sin traicionar a Cat.

—¿Entonces?

Joe se lanzó. Era hora de demostrar que no era un cobarde.

—Erroll tiene derecho a saber que ha sido padre —confesó sin tomar aliento.

Martha torció el gesto y se hizo de rogar un poco.

—En eso lleváis toda la razón, pero nada tengo yo que ver. ¿No creéis? La madre no quiere que se sepa y punto.

—Pues yo necesito hablar con Cat para explicarle todo lo que ha hecho ese muchacho por venir hasta aquí y cómo es, en definitiva.

Su vehemencia lo sorprendió gratamente. Sabía por Agnes que Joe no obtendría más dinero por sus averiguaciones, por lo que debía estar haciéndolo convencido de que el joven merecía el corazón de Cat, como ella había supuesto. Sin embargo, no daría su brazo a torcer así como así y, con una sonrisa socarrona, se propuso sonrojarle.

—¿Creéis que hace falta? Lo conoce a la perfección, tanto que tienen un hijo en común.

Hasta las orejas de Joe enrojecieron. El descaro de esa mujer lo contrariaba y a la vez le alentaba a tratarla como a un igual. No se iría de allí sin algo a lo que aferrarse, por su hijo que no lo haría, se prometió.

—¡Es un buen hombre! —bufó más que dijo, mientras se reprendía para sí por no haber nacido con el don de la elocuencia.

—¡Lo sé!

Pero Martha estaba cansada y comenzó a andar sin previo aviso. Joe tardó un instante en reaccionar ante la respuesta, echó una breve carrerilla y le cogió el cesto, vara incluida. La mujer siguió su camino sin desvelar nada más. ¿Por qué no había venido el mismísimo Erroll en vez de mandar al marido de Agnes? ¿Solo a ella se le había ocurrido seguirlo durante todo ese mes? Joe interrumpió sus pensamientos, poniéndose frente a ella y frenándola en seco. No tenía todo el día para jugar a ser su recadero.

—¿Cómo vais vos a saberlo?

Ella calló, lo esquivó y comenzó de nuevo a andar. Joe apretó los pocos dientes que le quedaban y la cogió por el antebrazo para que no se fuera, haciendo que la carga oscilara de forma peligrosa.

—Si la tiráis... —gruñó ella amenazante.

Martha parecía reacia a colaborar. ¿Qué le pasaba? ¿Había dicho o hecho alguna incorrección? Acababa de descubrir que ambos eran de la misma opinión, pero la mujer parecía más firme que nunca en su decisión de no abrir la boca. Para Joe, Martha era su única esperanza de encontrar a Catherine.

—Si la tirara, yo mismo lavaría hasta la última prenda, desde luego —refunfuñó.

Ella lo miró divertida y sin terminar de creérselo.

—Habría que veros —rio.

Pero él no reía. ¡A Dios gracias!

—¡Hablad! —gruñó Joe con el ceño tan junto que parecía una larga y espesa ceja.

Martha nunca había visto al marido de Agnes tan serio. Debía importarle mucho la suerte de ese muchacho. Tanto como para perder un par de trabajillos en los que habría tenido que abandonar unos días la capital, según le había dicho su amiga.

A ella también le importaba la suerte de su protegida.

Durante los días que Martha había estado siguiendo a Erroll a una prudente distancia, no había encontrado faceta en el joven que ensombreciera sus numerosas virtudes. Era considerado, honesto y trabajador, pues él mismo se encargaba de su caballo y pertenencias, hecho fuera de lo común para un hombre nacido entre comodidades. Era astuto y fiero, no dejándose embaucar por mieles. Mieles que, por otro lado, le habían costado un mes de lavandería gratuita de dos de las mejores y más discretas de «sus chicas», como ella a veces las llamaba aunque no fuesen nada suyo, porque Martha solo se encargaba de tener listas sus ropas.

Joe no la intimidaba. Cat era su familia y, de no haber creído a pies juntillas que Erroll era un buen hombre, el que la joven madre amaba y necesitaba, jamás la traicionaría. No estaba dispuesta a que el marido de Agnes creyera que era el único que cuidaba de alguien.

—No soy la única que espía y sigue a sus vecinos —le espetó Martha sin más, poniéndose en jarras, desafiante.

Las cejas de Joe se arquearon de forma ostensible debido a la sorprendente confesión. ¿Martha había seguido a Erroll? ¿Y ellos sin percatarse de nada? En definitiva, se estaba haciendo viejo y el caballero estaba enamorado hasta las entrañas. No la habían visto, no lo habían imaginado siquiera. ¿Por qué diablos ellos no habían hecho lo mismo en vez de patearse las calles en busca de alguna pista cierta?

Se sintió confundido, pero sabía que no podría desaprovechar esa oportunidad de hacerla hablar. Quizás fuera la única que se les presentara en mucho tiempo. Necesitaba respuestas, así que empezó por hacer la pregunta más obvia:

—¿Por qué?

—Quería ver con mis propios ojos si era digno de ella.

—¿Eso no lo tendría que juzgar Catherine?

—Exacto. No lo hace y vuestra mujer no hace más que hablar de ese

irlandés tan apuesto.

A otro en su lugar se lo habrían llevado los demonios por dicho comentario, pero confiaba en su querida Agnes. Además, habría que ser muy necio para no apreciar que el «irlandesito» era un hombre gallardo. «Centraos, Joe», se apremió para sus adentros e insistió:

—¿Y? —insistió él.

Martha se aseguró de que nadie conocido pudiera verla hablando con Joe y prosiguió en voz baja:

—Yo tengo opinión propia en lo que al muchacho se refiere. Pero Cat me contó entre lágrimas lo que presencié en el St. Magnus con esa otra mujer. Vos estabais allí, no podéis negármelo. La besó.

—Él no la besó —rectificó Joe con el ceño fruncido.

—Se besaron delante de todos, tanto da. Ella me había hablado de la tal Kelsey. Un primer amor así no se olvida...

—En eso no estoy de acuerdo.

Martha entrecerró los ojos. Ella siempre había creído que Agnes había sido su primer amor, pero si él lo aseveraba de manera tan tajante, sus razones tendría.

—Lo que más me sorprendió es que la tal Kelsey no fuera otra que la condesa Lady Katherine Stafford.

—¿Cómo sabéis que...?

—Hice mis averiguaciones.

Joe no daba crédito. ¿Acaso tenía ante sí a la mejor espía del país? Se cambió la carga de brazo y le hubiese gustado estar en cualquier taberna donde pudieran servirle una jarra de licor. Falta le hacía. El muslo de la pierna izquierda comenzaba a hormiguearle. Sopesó la información. Ahora entendía muchas cosas como la apariencia y los modales de la dama, el por qué le había resultado conocido su rostro y detalles que antes se le habían pasado por alto como ver a dos sirvientes del conde apostados junto al puente casi a diario desde aquella vez.

Ahora todo encajaba, la condesa estaba buscando a Erroll. ¡Pardiez!

—¿Se lo habéis dicho a Cat? ¿Que Kelsey y la condesa son la misma persona?

—Ella sabe lo que vio. Nada más. El reencuentro de una antigua pareja de enamorados.

—Debería saberlo, ¿no creéis? A Erroll ya no le interesa esa mujer lo

más mínimo. Ni siquiera me habló una sola vez de ella durante el camino y, puedo jurároslo, si algún fallo tiene ese condenado «irlandesito» es que habla muchísimo.

Martha sonrió.

—Lo intenté, de veras, pero mi prima me hizo prometérselo y no pude negarme... Le debo mucho —sentenció a modo de disculpa.

Así no solucionarían nada. Cat lo tenía que saber.

—¡Maldita sea, mujer! ¡Erroll cruzó un país en guerra por ella! ¡Solo por ella!

—Y lo lamento, pero Eda teme que se entere de lo del niño y quiera llevárselo. Como padre podría hacerlo y es lo único que Cat tiene. Poneos en su lugar —apeló Martha en un intento de convencerlo—. Es una pobre madre sin marido que ha soportado muchas burlas por ello, Joe. ¿Podéis entenderlo?

El hombre refunfuñó. ¡Claro que lo entendía! Esos meses debían haber sido muy duros para ella. Sin un hombre a su lado que la cuidara, teniendo que trabajar por tantas horas entre tintes y telares por un sueldo mínimo... Si el trabajo de llevar la espada a su legítimo dueño lo había aceptado justo porque la había visto desesperada y muy sola. ¡Maldita gracia le había hecho tener que recorrerse esa tierra bárbara hasta dar con sus huesos en Aberdeen!

—Precisamente por eso no concibo que no le dé la opción de explicarse.

Martha suspiró.

—Yo tampoco, si os soy sincera, pero es su vida y su elección.

La mujer cogió el cesto de la ropa con brío y se puso en marcha. Joe no intentó seguirla esta vez. Si Cat lo tenía tan claro, la respetaría, y así se lo haría saber a Erroll. Sin embargo, cuando más tarde lo tuvo ante sí preguntándole si traía nuevas, el estómago se le encogió. Asintió con aire funesto y se sentó en el catre de la buhardilla con las manos cruzadas sobre el pecho.

—Decidme, ¿la habéis visto?

Joe negó. Las lágrimas asomaron en sus ojos y Erroll temió lo peor. El guía no era hombre dado a sensiblerías.

—¿Le ha pasado algo? ¡Por todos los santos conocidos, hablad!

—No quiere saber de vos, Erroll. Será mejor que lo asumáis y volváis a vuestra tierra.

—Mi tierra está donde ella viva. No tengo más tierra que esa —

replicó sin entender a qué venía aquello.

Unos golpes en la jamba les alertó de que tenían visita y de que la conversación tocaba a su fin. Erroll le señaló con el dedo índice y le susurró: «No he terminado con vos». Acarició la empuñadura de su daga y se colocó junto a la puerta.

—¿Sí?

—Hay un jovenzuelo abajo que pregunta por vos, señor.

El guerrero suspiró y relajó los hombros al reconocer la voz del posadero.

—¿Y qué quiere?

—Entregaros un mensaje, según me ha dicho.

—¿No podía dároslo a vos?

—Solo lo entregará en mano. ¿Qué le digo?

Erroll abrió la puerta y se encontró con el brazo del posadero apoyado en la jamba, como si en vez de dar un recado estuviese conversando de amor.

—Está bien. Veamos qué recado trae ese muchacho.

El joven bajó las escaleras con la daga en la mano y Joe cubriéndole las espaldas. ¿Quién podía ser o qué quería?, se preguntaba Erroll a cada paso. Él ya no tenía cuentas pendientes con la justicia. En realidad, no las había tenido nunca a pesar de haber estado meses en la cárcel en Edinburgh. El rey Balliol había retirado los cargos que pesaban sobre Ayden y él mismo nada más escapar de prisión. Ya habían pagado suficiente por un delito que no habían cometido, debió pensar después de todo. El recuerdo de tanta penuria se le antojó tan real que incluso dejó de andar y se llevó la mano izquierda a la garganta, aflojó la lazada del pañuelo que llevaba atado al cuello y respiró.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó el guía al verlo sin color alguno y añadió—: No os preocupéis, quizás sea uno de mis hijos mandado por mi Agnes para que haga algún recado.

Ni siquiera Joe se creyó lo que estaba diciendo, pero Erroll sonrió apenas para que su buen amigo se tranquilizase y poder salir de dudas cuanto antes.

Al llegar al comedor, no se encontraron con ningún mozalbete de las características dadas por el dueño. Había algunos lugareños sentados junto a la barra y apurando sus cuencos de gachas. Otros jugaban a los dados y estaban concentrados para que no les hicieran trampas. Los que ocupaban la mesa más cercana a la chimenea, reían de forma ruidosa porque el que pedía



la nueva ronda se le trababa la lengua. La posadera se dio por vencida y volvió malhumorada a la barra con un coro de carcajadas tras ella.

—¿Y el muchacho? —preguntó el posadero a su esposa, que seguía refunfuñando por la algarabía del fondo.

La mujer se encogió de hombros y siguió sirviendo un espeso cucharón de gachas a quien quisiese repetir. A pesar de su apariencia grumosa, varios pidieron más. Un pequeño con la nariz llena de mocos asomó entre las faldas de su madre y señaló la puerta de entrada. Erroll y Joe miraron el contraluz. Una figura delgada y enfundada en una capa parecía estar esperando en el muro de fuera. Llevaba un sombrero de ala ancha que le tapaba hasta las orejas y ningún símbolo o bordado significativo que dejara entrever quién era o a quién servía.

El irlandés guiñó los ojos en un intento de verlo mejor. La silueta le resultó familiar, tanto que murmuró un: «No puede ser» y salió corriendo a su encuentro:

—¿Dunstana? ¿Qué hacéis vos aquí?

El guerrero la cogió del antebrazo y ella se estremeció ante su contacto. Se encasquetó el sombrero aún más para no ser reconocida y salieron a plena luz. Dunstana lo observaba de reajo, incapaz de no sentirse subyugada ante su presencia. Quizás hubiese sido insensato ir a su encuentro, pero desde que supo en la fiesta que estaba en Londres, no había pensado en otra cosa.

—Debería ser yo la que os preguntara eso —le reprochó deshaciéndose de su agarre—. ¿Cómo podéis ser tan insensato, Erroll? ¡Estamos en guerra y vuestra cabeza tiene un precio, por amor de Dios! ¿Qué hacéis aquí?

—Shhhh... bajad la voz —chistó Erroll preocupado—. Aquí nadie conoce mi procedencia y soy un hombre libre de cargos.

Dunstana arqueó las cejas y a punto estuvo de echarse a reír. ¿Le estaba hablando en serio?

—Vuestro acento norteño es inconfundible, lamento deciros —se burló.

Él se acercó un paso más a ella y le susurró a escasos dedos de su mejilla:

—Será que ante vos no finjo ser quien no soy.

El aliento cálido masculino le cosquilleó las mejillas hasta el punto de

cerrar los ojos y sentirlo como una caricia. Dunstana contuvo la respiración, un suspiro y las sensaciones que ese hombre le provocaba con su sola presencia. No, su corazón ya no pertenecía a Erroll, pero a él le debía lo mejor de su existencia: su hijo. La joven se mordisqueó el labio nerviosa al recordar al pequeño Elric. Tenía que contárselo. Él debía saberlo, pero le faltaban las fuerzas después de todo.

Poco a poco, se dijo. Para empezar se aferraría a la realidad reinante y dejaría atrás todo lo vivido con él. Después..., ya vería el modo más adecuado de decirle que había sido padre y que debía renunciar a su hijo por el bien de todos. El nerviosismo de Dunstana crecía por momentos.

El guerrero malinterpretó sus gestos y dio un paso atrás para alejarse. Tanto tiempo sin una mujer lo debía estar desquiciando porque él no quería seducirla. Jamás lo había querido. Sus sentimientos hacia ella nunca habían sido tan claros: ella era una amiga, de las pocas que había tenido en la vida. Una con la que había saldado una deuda de vida hacía tiempo y con la que ahora se encontraba en paz. Él la protegería siempre, incluso de él mismo.

Pero, ¿qué hacía allí? Si no le habían informado mal, había contraído nupcias el verano pasado y dudaba que a su marido le gustara que se encontrara a solas con un desconocido. Peor aún, con un antiguo amante. Alguien podría reconocerla. ¿Y lo llamaba insensato a él? Sonrió. Seguía siendo la misma de siempre, aunque enfundada hasta las cejas, sabía que nada en ella habría cambiado. La guió hacia un lugar menos transitado, a la trasera del lugar y cercana al abrevadero de las bestias.

La joven frunció la nariz asqueada por el hedor, pero no dijo nada al respecto. Seguía retorciéndose los dedos de las manos, más que de frío, de impaciencia.

—Os preguntaréis que hago aquí —musitó sin mirarlo a los ojos.

Hubo un silencio incómodo antes de que el joven contestara.

—Sí, la verdad es que sí.

Dunstana no parecía que supiera por dónde empezar y eso mantenía tensos a ambos.

—Supe de vuestro encontronazo con Lady Stafford en el puente y quise advertiros sobre ella.

Erroll torció el gesto y cruzó los brazos a la altura del pecho. ¿Advertirle, de qué? Ya era mayorcito y el encuentro había sido algo fortuito... ¡Diablos! ¿Cómo se había enterado?

—Esa mujer no os conviene, amigo mío —le reprochó ella casi con enojo.

Dunstana cogió carrerilla en su reprimenda y no dejó de hablar como si fuesen madre e hijo.

—No es quien vos creéis. La condesa es una arpía. Un lobo que se escuda en un bello rostro para conseguir todo lo que quiere...

—Un rostro muy parecido al vuestro —la interrumpió divertido.

—Tan parecido que hasta nuestra reina Felipa pensó que éramos hermanas —sentenció ella con un mohín de disgusto.

El joven contuvo la sonrisa para no ofenderla.

—Sí, pero no temáis. Kelsey es historia.

—Ella no cejará...

—En esta vida, todos somos lobos —La interrumpió de nuevo—. Hay que tenerlo presente y no dejarnos engañar por aquellos que se hacen pasar por corderos. Nada más.

Erroll volvió la vista al camino con gesto serio. Quería olvidarse de su primer amor y de todo el daño que le había hecho. Sin embargo, había algo en aquel encuentro que no encajaba. Dunstana no habría ido hasta allí solo para prevenirlo de Kelsey. De hecho, la última vez que se habían visto, ellos habían pasado la noche juntos, en el más amplio sentido de la palabra. A la mañana siguiente, él había regresado a prisión por voluntad propia y sin despedirse. No terminaba de entender por qué había venido Dunstana a verle. ¿Ya no estaba enfadada con él? ¿Lo habría perdonado? Se sentía incómodo y le habría gustado preguntarle, pero había algo más, la certeza de que ella le estaba ocultando algo, algo muy importante.

—Dunstana, abreviad. Hoy no estoy de humor.

Ella exhaló el aire con lentitud y enfrentó su mirada cerúlea como un cielo de invierno.

—Necesito un favor personal.

Erroll no exhibió gesto alguno, aunque estaba muy intrigado, casi ansioso por saber.

—¿De qué se trata? —preguntó con una fingida indiferencia.

—Necesito que me lo prometáis antes de confesaros algo muy importante para mí.

—¡Por todos los Santos conocidos! ¡Decidme de qué se trata, mujer!

Ella alzó una ceja a la espera de que él cumpliera su parte.

—Está bien —claudicó—. Os lo prometo. Haré lo que sea por vos, bien lo sabéis. Cualquier cosa que no entrañe...

—No se trata de eso —respondió ruborizada y tajante.

Él titubeó, pensaba decirle que nada que entrañara robar o matar a alguien. Pero bueno, eso también, ya puestos.

—¡Me intrigáis!

—Necesito que renunciéis a Elric. Prometedlo.

—¿Elric?

¿Quién demonios era Elric?, pensó Erroll un tanto confundido.

—Nadie puede saber que es vuestro. Él me mataría.

—Esperad, esperad. Vayamos por partes. ¿De qué Elric me estáis hablando? ¿Y quién osaría poner una mano encima? ¿Acaso no conocen las extrañas habilidades de vuestro tío?

—Elric es vuestro hijo.

Erroll dio un paso más atrás, incapaz de contener el aluvión de pensamientos que le venían a la mente.

—¿Mi-mi hijo? —titubeó, refregándose el rostro para asegurarse de que se encontraba despierto y la había entendido.

Los sentidos de Erroll se agudizaron, alertados por un peligro imaginario inminente. El hedor de alrededor se le antojó más nauseabundo que antes, el trino de los pájaros como el zumbido de una colmena cercana y el ritmo de su corazón como la caída incesante de agua de una cascada de Skye. Definitivamente, no se encontraba bien. Los nervios le tenían el estómago revuelto y necesitaba oírle decir que todo se trataba de una broma, una merecida venganza por haberla abandonado en Edinburgh sin siquiera darle una explicación.

—Un hijo nuestro, porque también es mío, ¿sabéis? —rio nerviosa la joven dama, dándole un tiempo para que se hiciese a la idea y sin percatarse que, justo eso, le había robado el temple.

El guerrero sintió flaquear las piernas y, si no hubiese estado todo tan sucio, se habría sentado en el suelo de buena gana. Le faltaba el aire en el cuerpo y se abrió el *cotun*. Le faltaba el resuello sin haber corrido, tenía calor y se remangó la camisa, pero nada terminaba de aliviarle la aprehensión que sentía en el pecho.

—No creo que sea tan difícil renunciar a un hijo que ni siquiera habéis conocido... —se disgustó Dunstana al ver su reacción.

—¡Soy padre! —exclamó.

Ella le puso el dedo índice en los labios para que se callara y, como si les hubiera dado calambre, se apartaron a la vez.

—Sí, sois padre. Aunque el milagro se obró en mí y no en vos. Debí encontrar a ese hombre de verdad que conseguiría hacer florecer su semilla en mi vientre, como vaticinó aquella vieja hechicera —replicó orgullosa, pues había terminado venciendo a esa bruja anciana que tantos días de desdicha le había traído.

Erroll sonrió al recordar las palabras de la madre de Màiri. Con él también había acertado después de todo. Terminó por sentarse en el suelo y la joven a su lado. ¿Qué importancia tenía un poco de suciedad ante una nueva semejante?

—Soy padre... —repitió.

Dunstana asintió, temerosa de lo que pudiese decirle después de aquello.

—¿Cómo es? ¿Está sano? —se interesó él.

—Es un ángel regordete y avisado. ¡Se parece tanto a vos!

—¿Sí? ¿Podré verlo?

—¿Lo creéis prudente? A ojos del mundo, él es el hijo primogénito de Lord Pulteney.

—Y lo seguirá siendo —La tranquilizó—. No os preocupéis por ello.

Ella titubeó y bajó la mirada. Erroll cogió sus manos entre las suyas. Dunstana no era mujer de las que se amilanaban, pero tenía miedo. ¿De qué o de quién?

—No lo reclamaré, Dunstana. Estáis casada. El niño ya tiene un padre.

A la joven se le escapó un hipido y se escabulló de la caricia para limpiarse una lágrima.

—¿Qué ocurre, Dun? No me preocupéis —Ella no sabía ni por dónde empezar, le rehuía la mirada. Erroll jamás la había visto así—. Dijisteis: él me mataría. ¿Quién?

Silencio.

—¿Vuestro marido? —insistió Erroll.

Ella lo miró a los ojos suplicante, pero él no lo dejó pasar.

—¿Él os mataría?

Dunstana asintió. Erroll la cogió por la barbilla para leer en su alma lo que su boca era incapaz de decirle.

—¿Os ha pegado?

Ella apretó los labios.

—¡Hijo de la gran...!

—Solo una vez, Erroll —Lo excusó al ver que intentaba incorporarse, con los puños apretados y furioso—. Por favor, escuchadme, os lo ruego.

Erroll atendió a su súplica. Nada ganaría partiéndole la cara a ese cretino. Quizás hubiera renunciado a la custodia de su hijo por ella, pero que no le cupiera a nadie duda de que la cuidaría en la distancia. Dunstana lloraba y él le pasó su propio pañuelo. Necesitaba saber, que se desahogara... Ya habría tiempo de consolarla o repartir justicia.

—Iba borracho —comenzó a decir entre hipidos—. Nuestro matrimonio ha sido un fraude desde un principio. Él solo quería casarse para huir del frente... Nos conocíamos de antes y, por Dios, Erroll, ya sé lo que vais a decirme. Lo mismo que dijo Antoine y no le hice caso —Otro hipido—. Temo por Elric. Si le pasara algo, yo me moriría. ¿Lo entendéis?

A duras penas, pero lo hacía. Al tal Antoine lo conoció mientras servía en casa de Dunstana. Él era su amante por aquel tiempo y seguro que se refería a que su marido también lo habría sido. ¿Y de qué le sonaba a él ese nombre? Lady Pulteney...

—¿Cómo decís que se llama vuestro esposo?

—Peter, ¿por qué?

Erroll tragó saliva. No, no podía ser el mismo. ¿O sí? El joven describió algunos rasgos físicos y coincidía.

—¿Cómo os habéis casado con ese monstruo?

Dunstana se apartó un poco el sombrero para verlo mejor.

—¿De qué conocéis vos a Pet?

No había duda. El marido de Dunstana era el engreído que conoció en Rowallan. Un hombre que despreciaba a las mujeres y las trataba como pertenencias de las que se deshacía después sin contemplaciones. ¿Cómo Sir Richard de Stone había ultimado un compromiso con un ser tan abyecto? ¿Acaso no quería a su sobrina para haberla desposado con un igual? Supo que cumplir su promesa iba a costarle muy caro en ese instante.

—Es una larga historia.

—Elric está al cuidado de una nana y no me esperan hasta las tres.

Cuando Erroll le contó el incidente, tampoco Dunstana tuvo dudas de que se trataba del mismo Pet, de ese hombre desconocido que nada tenía que

ver con el muchacho que había conocido tiempo atrás.

—Me equivoqué, Erroll. No debí casarme, pero mi tío lo tenía todo acordado de antemano y, al saber de mi estado, no tuve valor de enfrentarlo sola.

—¿Y Henry?

Dunstana se miró la puntera de sus botas de cuero, blanquecinas por el polvo del camino, y suspiró.

—Henry es mi sustento, Erroll. No hay día que no agradezca a Dios el tenerlo a mi lado.

—¿Por qué no huisteis con él entonces?

—¿Y forzarlo a una vida de miseria y hacerse cargo de un hijo que no era suyo? Mi tío nos habría perseguido donde fuera que fuésemos. Lo habría ajusticiado sin miramientos. Vos mejor que nadie sabéis como es. No podía arriesgarme. No podía ponerlo en peligro a él tampoco. Lo quiero demasiado para eso. Nada sabe sobre lo que acabo de contaros y prefiero que siga así.

Erroll la entendía. Henry era joven y temperamental. Se habría enfrentado por ella con Sir Richard de Stone, con Lord Pet o con el Papa Benedicto XII si hubiese hecho falta. No, mejor que no supiera que la mujer que amaba estaba en manos de un depravado que encima le pegaba. Erroll entrelazó los dedos con los de ella y le besó el dorso de la mano para sellar su promesa.

—Si queréis que cumpla mi palabra, no dejéis que vuelva a alzaros una mano, ni a vos ni a mi hijo. Es importante, Dunstana.

Ella asintió. Había algo más, lo intuía. De haber querido decirle que era padre no habría aguardado tanto tiempo. Algo le preocupaba...

—Y ahora decidme, ¿a qué habéis venido?



## Capítulo 06

### EL ACECHO

*Londres, Inglaterra, principios de julio de 1336.*

Dunstana se mordisqueó el interior del carrillo nerviosa antes de responderle. Erroll era un buen hombre, uno de los mejores que había conocido y que jamás conocería, además de ser el padre de su hijo. Ella necesitaba verlo feliz y junto a alguien que se mereciera cada uno de sus pensamientos y caricias. Ese alguien no era la condesa Stafford. No porque la joven en cuestión estuviese casada o antaño le rompiera el corazón, sino porque de todas las mujeres que había en la faz de la tierra, la condesa Stafford era la única que había llegado a darle miedo.

Tras una apariencia dulce, frágil y sensual, Lady Katherine Kelsey Stafford era una mujer ambiciosa, egoísta y mezquina que tenía engañados a todos menos a ella. Él debía saberlo. No quedaba nada de la muchacha que en su día debió conocer hasta el punto de enamorarlo hasta el tuétano. Solo quedaba una cáscara hermosa, pero hueca en su fondo.

No obstante, ¿cómo advertírselo sin perderlo para siempre? Ella no era nadie para decirle qué hacer con su vida ni con quién compartirla, pero sentía la obligación moral de avisarlo, de ponerlo en antecedentes. ¡Santo Dios! Con las veces que había ensayado a solas ese instante y se le olvidaba



todo en el momento crucial. No supo si reír o llorar por ello, pero se envalentonó.

—Cuando os dije que debíais de cuidaros de la condesa Stafford, hablaba en serio.

Erroll no esperaba que Dunstana insistiera en que se mantuviera alejado de Kelsey. Había supuesto que le aconsejaría que regresase con los suyos, que se preparase para la guerra o que dejase de exponerse de una forma tan insensata, pues el rey Balliol habría depuesto la recompensa por su cabeza, pero el inglés no dudaría en arrancársela.

—¿A qué viene tanto interés por ella? —le preguntó intrigado.

—Supe de vuestro encuentro en el puente y de que os merodea como si estuviese en celo.

El joven abrió mucho los ojos y se echó a reír.

—¿De veras?

—¡Esto es muy serio! —replicó indignada.

Estaba hermosa con las mejillas encendidas y con algunos bucles dorados sueltos, pensó Erroll. No entendía su enojo. Él estaba feliz, no podía evitarlo. Aunque no pudiera ser parte de la vida de ese niño, la suya había cobrado un nuevo sentido. ¡Era padre! ¿Qué pensaría Cat de eso? Quizás no compartiese su entusiasmo... Esa duda le agrió el humor, aunque solo fuera por un instante.

—Cualquiera que no os conociera diría que estáis celosa... —se burló él.

—¿Yo? ¿De ella? ¡No me hagáis reír!

—¿Se puede saber por qué estáis tan enojada, Dunstana? Y tranquilizaos, no he vuelto a ver a la condesa Stafford ni intenciones tengo — declaró al ver que esperaba una respuesta.

¿Eran celos o de qué se trataba? Le habría gustado quitarle el sombrero y enfrentarla directamente a los ojos. ¿Acaso lo veía incapaz de cuidarse de las artimañas de una mujer? ¿De una que le había dejado roto durante tanto tiempo? Torció el gesto pensativo. De todas formas, no estaba de más cuidarse y escudar su corazón mientras hacía lo posible por reencontrarse con Cat. Él no pensaba renunciar a su gata. No, sin antes decirle todo aquello que había venido a confesarle.

—¿Entonces por qué habéis venido a Londres?

—Saciaré vuestra curiosidad, mi bella dama —sentenció solemne,

aunque risueño—: He venido en busca de mi gata.

Dunstana comenzó a reír. Había cosas que nunca cambiarían y ese bellaco tenía el don de hacer que se olvidara de su alrededor, de porqué estaba allí y de hasta su propia historia.

—¡Seréis mentiroso! —exclamó dándole un empujón entre risas—. ¡Nadie se cruza un país en guerra por un gato!

Él sonrió de forma traviesa, haciendo que el vello de Dunstana se erizara. Sí, pocas cosas habían cambiado entre ellos. Ese hombre podría hacer tambalear hasta la convicción más férrea de cualquiera. Tragó saliva y cayó en lo que encerraban sus palabras.

—¿Os referís a una mujer? ¿A una gata como os vaticinó la madre de Màiri? —Fue deduciendo—. Una que no es Kelsey, ¿cierto?

Cruzó los dedos como cuando era pequeña y jugaba con su madre, deseando que también a él se le hubiese cumplido su sueño.

—Exacto —Le confirmó él con una espléndida sonrisa que habría resucitado a un muerto.

Ella le respondió con una igual de radiante, soltando los dedos. Él la atrajo hacia su cuerpo en un abrazo y terminó tocándole con el índice la punta de la nariz en un gesto inocente y cariñoso. ¡Qué peligro tenía!, pensó arrobada por ese descarado encanto que siempre lo rodeaba. Era de los que seducían sin pensarlo, con solo ser ellos mismos. Así era Erroll, el padre de su hijo. Sonrió plena de verlo fuera del influjo de la condesa. Esa gata era afortunada. ¿Lo sabría?

Sin embargo, se apartó y adoptó una expresión tan digna como fingida.

—No me habéis hablado nunca de ella...

De haber sido pareja, le habría quitado ese mohín de disgusto con un apasionado beso, pero se limitó a satisfacer su ego inseguro.

—¿Cómo podría haberlo hecho si la conocí de camino a la prisión de Guildford? —le respondió guiñándole un ojo.

—¿Volvisteis a caer preso? —preguntó sorprendida, dejando a un lado su enfado fingido.

—No, claro que no —rio—. Fuimos a rescatar a la que es ahora la esposa de Ayden. Vuestro queridísimo rey la envió allí al negarse a contraer matrimonio con Lord John de Eltham.

—¿En serio?

Él asintió.

—Habría enviudado joven —replicó ella indiferente.

La muerte del hermano pequeño de Eduardo III Plantagenet seguía siendo todo un misterio, una especie de leyenda negra que no dejaba bien parado al rey inglés. Sin embargo, Dunstana no parecía darle importancia a que la parca se hubiese llevado a un hombre vigoroso y joven en extrañas circunstancias.

—O quizás el viudo hubiese sido él —pensó Erroll en voz alta.

—¿Acaso la joven también ha muerto?

—No, ¡por Dios! —aseguró Erroll persignándose varias veces—. Pero, ¿realmente creéis que es tan clemente como dicen y que habría dado su apellido a dos bastardos?

—¿Cómo? —Dunstana no salía de su asombro.

—¿He de explicároslo? ¡Vos misma tenéis un hijo, sabéis cómo se hacen! —se burló.

El puñetazo que Erroll recibió en el hombro no se lo esperaba y lo desestabilizó. Se alegró de que supiera pegar fuerte y no se amilanara ante nadie, aunque a él le saliera en breve un bello moratón.

—¡Auch! —se hizo la víctima.

Ella alzó la ceja divertida.

—Ya podéis empezar a contarme todo si no queréis que os dé otro empellón —le amenazó entre risas y clavándole el dedo índice donde había recibido el golpe.

—¡A sus órdenes, mi bella dama!

Estuvieron hablando durante horas, como si en vez de Dunstana hubiese sido Neall o Ayden. Cuando llegó a la posada, Joe lo miraba cejijunto y con la nariz metida en la quinta jarra de cerveza. La había reconocido, debajo de toda esa ropa y apariencia de muchacho estaba la condesa. Esa misma mañana había dado la cara por él y solo unas horas habían bastado para que la realidad le hiciese tragar sus palabras. Una a una. Recibió a Erroll con un bufido y ni siquiera lo miró cuando lo acompañó a la mesa, pidiendo otra jarra. El tabernero hizo un gesto de desaprobación, pero le sirvió de igual forma, sabiendo que terminaría sacándolo del local a rastras.

—Se os ve feliz, amigo —le dijo el tabernero a Erroll—. ¿Os sirvo

algo?

—Un buen estofado a ser posible.

—¿A estas horas?

Erroll arqueó una ceja risueño y le guiñó el ojo.

—Veré lo que puedo hacer.

El hombre se fue tras la barra refunfuñando y le consultó a su mujer. Ella hizo un aspaviento al saber que tendría que adelantar su faena, pues no habían quedado ni las sobras de lo preparado por la mañana. Se secó las manos en el delantal y se fue a la cocina maldiciendo con el más pequeño de sus hijos agarrado a su faldón. A Erroll le hizo gracia el gesto.

—Veo que el tener que renunciar a Cat no os ha sentado tan mal como creía —le espetó Joe con todas las bilis contenidas.

Erroll lo miró con intensidad. Las líneas de su rostro se habían endurecido, devolviéndole ese aire fiero e intimidatorio que tantos otros temían, pero Joe no se amilanó y enfrentó su mirada.

—¿Quién ha dicho que vaya a renunciar a ella?

Joe golpeó con la jarra la mesa, haciendo oscilar la bebida peligrosamente. Estaba furioso. El alcohol le había otorgado el valor de un loco. ¿Quién en su sano juicio se habría enfrentado a un guerrero, a un hombre ducho en armas, a un amigo?

—Os he visto con la dama del puente —siseó.

Erroll se echó a reír y fue lo peor que podría haber hecho. Joe lo cogió por el ribete del *cotun* y le acercó la daga al cuello, fuera de sí.

—De mí no se ríe nadie, necio. Si no os rebano el pescuezo es porque una vez me salvasteis la vida. No os merecéis una mujer como Catherine. Dejadla en paz y regresad por donde habéis venido.

Los de las mesas de alrededor se pusieron en pie, con los dedos acariciando las empuñaduras de sus armas. El dueño del establecimiento se acercó a ellos a paso lento. Erroll sopesó la situación. Una palabra de Joe sobre su procedencia y no sabría qué cuchillada habría acabado con su vida. Sin embargo, fue el mismo guía quien habló:

—Calmaos —les dijo refiriéndose a todos y haciendo un gesto para que se contuvieran—. Mi amigo y yo solo hemos tenido una desavenencia. ¿Verdad?

Joe entendió que la situación se le escaparía de las manos si no lo remediaba. Empujó a Erroll a un lado con desagrado y volvió a sentarse en su

sitio. El resto lo imitó, aunque de vez en cuando miraban con recelo hacia su mesa. El tabernero resopló y rugió a su mujer para que se diese prisa.

—Ella no era la misma mujer que visteis en el puente —le explicó Erroll con vehemencia. Joe no parecía creérselo, pero aguardaba una explicación convincente—. Su parecido es notable. Es cierto. Yo mismo casi me vuelvo loco cuando la conocí en Edinburgh.

—¿Es esa otra mujer de la que me hablasteis, la tal Dunstana de Stone, la sobrina de ese carnicero?

Erroll asintió. Sorprendido porque el guía recordase todos esos detalles.

—Solo que ahora se llama Lady Pulteney.

—¿Y? —preguntó hosco.

—Y me ha dicho que hemos tenido un hijo.

El posadero interrumpió la confesión y colocó sobre la mesa dos cuencos de estofado y una jarra de vino. Antes de que Joe protestara, le dijo:

—Regalo de la casa. No es bueno beber tanto con el estómago vacío.

Joe Patterson se lo agradeció con una bajada de mirada, arrepentido por lo cerca que había estado de iniciar un motín en la posada. Cuando volvieron a quedarse solos, Erroll prosiguió.

—Yo tampoco podía creérmelo. Ella había intentado durante años ser madre y, justo ahora que acaba de casarse, lo consigue. Pero las cuentas cuadran, Joe. El niño es mío —se frotó el rostro con energía y exasperación—. Me ha pedido que renuncie a él.

—Pero...

—Su marido es un ser despreciable —le explicó el irlandés.

—Hacéis bien con no inmiscuiros por el bien de ella y del niño. Podría matarla y nadie movería un dedo. El hijo es su primogénito a la vista de todos.

Erroll sabía que Joe tenía razón, que lo sensato sería alejarse de esas dos gotas de agua tan parecidas y a la vez tan distintas, que debía centrarse en recuperar a Cat y en su futuro.

—Tengo que encontrarla, Joe. Tengo que hablar con ella.

—¿Acaso no escuchasteis lo que os dije esta mañana? Catherine no quiere, ha rehecho su vida y vos no tenéis cabida en ella.

Erroll sintió que le aprisionaban por el cuello hasta dejarlo sin aire. No había contado con la posibilidad de que ella lo hubiese olvidado, de que

hubiese encontrado un sustituto tan pronto.

—No puede ser... —gruñó, herido de muerte.

Comieron en silencio. Joe apenas era capaz de pasar bocado, sabiendo que le habría hecho menos daño dándole un tajo con la daga. Al terminar, Erroll pidió una botella del licor más fuerte que tuvieran y desdeñó el vaso. Se despidió con una triste sonrisa y puso rumbo a la buhardilla.

—Hasta más ver, amigo mío.

Joe no podía dejarlo así. No, con esa mentira, pero renunciar a ella sería lo mejor para ambos. Rezó porque no cometiese ninguna locura y regresó a su casa abatido. Agnes se preocupó nada más verlo. Olía a alcohol, pero no estaba del todo borracho, sino triste. Le contó pesaroso su encuentro con Martha y lo que había terminado diciéndole a Erroll para que recuperara su vida y no insistiera más en querer ver a Catherine.

Agnes se mantuvo de pie a su lado, con la cabeza de su hombre descansando entre sus senos. Nunca había visto a su marido tan derrotado y eso le asustaba. Joe la abrazaba alrededor de las piernas con desesperación, como si ella fuese a marcharse o desaparecer de repente. Le acarició los mechones de pelo y le depositó un dulce beso en la coronilla, más despejada que el resto. Ella no juzgaría si había hecho o no lo correcto. Tampoco le reprendería por haberla seguido para forzar un encuentro con Martha. Debía aprender que, en cuestiones del amor, lo que los demás opinasen estaba de más. Si el destino quería que Erroll encontrase a su gata, lo haría.

Los niños jugaban a su alrededor. El más pequeño de ellos escarbaba en el suelo en busca de hormigas. Agnes hizo un listado mental de todo lo que le quedaba aún por hacer y añadió echar agua hirviendo jabonosa en el hormiguero para evitar que esos bichejos hiciesen de las suyas en su reserva de comida.

—¿Mejor, Joe? —le preguntó pasado un tiempo.

—Si le pasa algo no me lo perdonaré, Agnes —musitó adormilado.

Ella lo recostó sobre el catre y le echó una manta por encima. Lo dejaría descansar hasta que se le pasase la modorra de la bebida, pero las horas pasaban, se había hecho de día y Joe seguía dormido. Avisó a sus dos hijos mayores y los dejó a cargo de los pequeños, prometiéndoles un dulce a su vuelta si se portaban bien.

Los niños asintieron y miraron el catre de reajo entre risas.

—Eso incluye dejar dormir tranquilo a vuestro padre.

Los ojos de los más pequeños mostraron una breve desilusión, pero buscaron cualquier otro entretenimiento con rapidez. Ella los besó uno a uno, con el cántaro vacío en un brazo y el cesto de la ropa apoyado en la cadera opuesta.

Se dirigió como cada día al pilón canturreando y sin saber que la seguían de nuevo. Sin embargo, esta vez no era su marido quien la vigilaba a corta distancia. Era otro. Un hombre fornido, gallardo y apuesto. Un hombre desesperado que no cejaría en su empeño de encontrar a su gata.

Martha y ella se saludaron nada más verse y ocuparon su lugar habitual. La prima de Eda le comentó sobre su inesperado encuentro con Joe y no se sorprendió al percatarse de que ya lo sabía. Eran amigas desde hacía mucho tiempo y nunca habían tenido motivo alguno por el que enemistarse. Hasta entonces. Por lo que prefirieron dejarlo pasar y convinieron no hablar más del irlandés, retomando su rutina. Sin embargo, la prima de Eda parecía seguir rumiando la desdicha de su protegida y Agnes hizo lo que debía: no opinar y escucharla.

—Por un lado, ahora que tiene al pequeño, debería regresar a Sutton con su abuelo. El hombre está muy mayor, muy solo y quizás quiera conocer a su biznieto.

Agnes asintió, aunque sabía lo duro que sería para la joven regresar al pueblo de la infancia como madre y sin un marido. La despellejarían. Cat ya había pasado por eso en la capital y había conseguido que la respetaran tras echar mucho coraje, mostrar las garras y beberse muchas lágrimas a escondidas.

—Pero Cat no quiere hablar de ello. Incluso fue a hablar con el tintero, ya que no puede ir a los telares con Ronnie, y terminaron llegando a un pacto —y bajando el tono de voz, Martha le confió—. Va a teñir las telas en casa. Colores raros, de esos que tanto gustan a las damas de la corte.

Agnes frotó la ropa con más ahínco y se mordió la lengua, decidida a no intervenir en el asunto. Le habría gustado persignarse, pues sabía lo que opinaba la Iglesia de todas aquellas artes y ella era una mujer temerosa de Dios. A Martha no parecía importarle y eso la tranquilizó lo justo para no desmayarse o ponerse a gritar histérica. Su amiga siguió hablando como si tal cosa.

—Unos mozos le han traído unos baldes y unos paquetes de hierbas esta mañana. Les he dicho que lo coloquen todo en el huerto, junto a la

techumbre del pozo. Allí podrá poner un caldero y hervir las telas sin dejar de vigilar la cuna del bebé desde lejos. Eda ha puesto el grito en el cielo al enterarse y ha intentado convencerla de que se vaya a vivir con ellos si no quiere volver con el viejo.

—Sería regresar y dar aún más explicaciones... —musitó Agnes, sin ser consciente de que había intervenido.

—Eso pienso yo, aunque temo por ella, ¡la veo tan triste!

—A muchas mujeres nos pasa tras parir a un hijo.

—Sí, puede ser, aunque... —Martha no continuó, ambas sabían a qué se debía la tristeza de la joven, a la misma que arrastraba cierto caballero que moría de impaciencia apostado tras unos árboles—. Dejémoslo. Ella sola ha de darse cuenta de quién la merece y se me hace tarde. ¿Nos vemos mañana?

Agnes asintió, recogió la colada que había dejado escurriendo sobre unas piedras y se despidió con una sonrisa de su amiga.

—¡Hasta mañana entonces!

Martha se cercioró de que no se dejaba ninguna prenda atrás, demorándose un poco en recolocarse el delantal del faldón para no arrugarlo demasiado. No supo por qué volvió el rostro hacia Agnes y entonces lo vio, reconociéndolo en el acto. ¿Qué hacía Erroll allí? No parecía el mismo. Estaba desvencijado y sucio, casi irreconocible, y temió lo peor.

La mujer sopesó si debería volver por donde había venido. Al fin y al cabo, a ella no la conocía y nadie le daría nunca una pista sobre la joven, pues todas las allí presentes estaban bien advertidas. Tampoco nadie conocía a Catherine allí por su nombre de pila, sino por su apellido: Berrycloth. Él desistiría tarde o temprano porque nunca podría dar con ella.

Algo en su fuero interno se rebeló. Esa muchacha ya había sufrido bastante en la vida. ¿Por qué no intentarlo al menos? ¿Por qué tenía que renunciar al amor? Nada perderían hablando. Una única oportunidad. Una sola que no les dejara ese sinsabor para siempre.

Martha echó a correr con el cesto bien sujeto bajo el brazo hasta alcanzarlo y le dio un tirón de la camisa que los enfrentó. Ella contuvo el aliento. Erroll aún era más atractivo de lo que había intuido en la distancia. Tenía los labios plenos, la nariz patricia y su pelo se asemejaba a doradas hebras de trigo rizadas en sus puntas. Sin embargo, no fue su cuerpo, pura piedra cincelada por algún escultor diestro, lo que le llamó más la atención, sino la pena que arrastraban esos ojos del color del cielo en primavera, claros



y brillantes.

—¡Mirad por donde vais, mujer! —rugió con la mirada puesta aún en su presa, haciéndola a un lado para no perder su rastro.

Vacíos, sus ojos estaban vacíos y temió haber llegado tarde por haber hecho caso a Eda. No tenía mucho tiempo. Se envalentonó.

—Sé a quién buscáis, Erroll.

Él se giró de nuevo, sorprendido porque lo conociera. No había visto nunca a esa mujer. ¿O sí? Su mente nublada por el alcohol quizás le estuviese jugando una mala pasada. ¿Sería una alucinación? ¿Una *sidhe*? Esas criaturas no salían a pleno día y estaba demasiado bien nutrida para serlo. Además, ¿desde cuándo hablaban? La miró con fiereza al ver que había perdido de vista a Agnes.

—¿Quién sois? —le preguntó malhumorado.

—Mi nombre es Martha —le respondió ella sonriente.

—No conozco a ninguna Martha... —murmuró.

—Ahora sí —se burló la mujer.

Erroll no estaba para juegos y comenzó a andar, refunfuñando entre dientes que, aunque no tuviese nada mejor que hacer que seguir ahogando sus penas en alcohol, no tenía por qué ser la diana de esa tal Martha o como se llamase.

—No es por ahí, Erroll —le advirtió ella en el mismo tono feliz, lo que hizo que él se girara de nuevo, aún más disgustado si era posible.

—¿Cómo sabéis mi nombre? —preguntó al percatarse de que no era la primera vez que lo nombraba así.

Se cruzó de brazos enfadado y aguardó a que la desconocida hablara, pero ella parecía estar muy divertida con la situación. Al final, Martha alzó los brazos con las palmas abiertas en son de paz.

—Tranquilizaos, hombre. Sé muchas cosas de vos.

Le importaba muy poco lo que esa mujer supiera de él, estuvo a punto de decirle. Sin embargo, la pregunta que brotó de su boca fue un: «¿Por qué?» y ella se apiadó de ese gran hombre con carácter de niño.

—Porque tenemos a alguien en común. Alguien por la que daríamos la vida de ser necesario.

Erroll apretó los labios y se frotó la barba de varios días.

—¿Vais a ayudarme a encontrarla? —imploró al fin.

A Martha le satisfizo que no preguntara a quién se refería y asintió con la certeza de estar haciendo lo correcto. Se recolocó el cesto de la ropa y ambos comenzaron a andar entre callejuelas. Él le seguía el paso, observándola en silencio.

—No está lejos de aquí —aseveró ella, mientras miraba de reojo los nubarrones que iban cubriendo el cielo y que advertían de un inminente chaparrón.

Pero fue pensarlo y unas gotitas de lluvia cayeron alrededor de ellos como un fino manto. Tendrían que apretar mucho el paso si no querían acabar calados hasta los huesos. Martha miró la colada con disgusto. ¡Todo el trabajo se echaría a perder si se mojaba! Erroll debió entender su preocupación, buscó con la mirada a su alrededor en busca de un refugio donde guarecerse y la arrastró hasta un voladizo de paja de un tejado próximo. Cogió la carga entre sus brazos.

—Gracias —susurró Martha a la vez que se sacudía las gotas con energía de la fina capa.

—No hay de qué —respondió él con la mirada fija en la calle y en la gente que corría de un lado para otro.

—¿Tenéis ganas de verla?

—No hay cosa en el mundo que desee más.

—Pues creo que debería advertiros de...

El repiqueteo de las ruedas de una carreta al pasar sobre los charcos la distrajo un poco. Martha maldijo por lo bajo al darse cuenta de quiénes la ocupaban e intentó por todos los medios acaparar la atención de Erroll sin éxito. Él dirigió la mirada hacia la pareja y perdió el color del semblante. La joven sujetaba una manta por encima de sus cabezas para evitar que se mojasen, mientras él con una mano llevaba las riendas y con la otra la ayudaba.

A pesar de la lluvia, pudieron oír que mantenían una conversación animada. El hombre aparentaba ser mucho más mayor, pues peinaba canas. Tenía barriga prominente y expresión bonachona. Erroll masculló un improperio que hizo sonrojar a Martha y eso que ella había oído de todo ya en esa vida.

Martha lo sujetó por el antebrazo, temiendo que echase a correr tras la carreta, y bajó la mirada con expresión triste. No sabía muy bien qué decir. La reacción de Erroll no daba lugar a dudas. Había creído que entre Cat y

Hamo... En fin, ¿cómo explicarle que entre ellos no había nada? ¿Cómo darle esperanzas? Quizás fuera mejor así.

En ese instante, el marido de su prima tironeó de las riendas con brío para sortear un bache y la manta cedió, empapándolo. La situación les dio por reír a la pareja. El pelo de Hamo caía sobre su rostro y le goteaba la nariz. Cat se puso en pie rauda para taparlo de nuevo y le limpió la cara mojada con el delantal de su faldón. Un gesto sencillo y servicial que oscureció los ojos de Erroll, cegándolo por los celos.

Las palabras de Joe sobre que ella había rehecho su vida resonaron en su cabeza. «No puede ser», se dijo a sí mismo, frotándose los ojos con insistencia al creerse preso de una alucinación. «Lo es y lo estáis viendo», admitió con una mezcla de pesadumbre y furia contenida, mientras apretaba los puños hasta ponerlos blanquecinos y se dejaba caer sobre la pared.

La carreta se perdía en la esquina y las risas con ella. La lluvia fue aminorando su manto dejando un perenne y esporádico tintineo. Martha bajó su mano hasta entrelazar los dedos encallecidos del guerrero, pero él se desasíó. No quería consuelo. Solo quería regresar a la taberna y beberse hasta la última gota de alcohol que le cupiese dentro.

Ella no se lo tomó a mal cuando dejó la cesta de la colada en el suelo, la hizo a un lado sin muchos miramientos y se echó a correr en dirección opuesta a la carreta. Sintió la congoja y las incipientes lágrimas como propias. La quería. Si alguna vez había tenido alguna duda sobre ello, en ese momento podría jugarse su alma ante el diablo que no la perdería ni por asomo. Martha suspiró, dejó que el peso de su cuerpo la venciera hasta quedarse sentada en el suelo y sujetó las sienes con sus manos. ¿Por qué todo había salido tan condenadamente mal? ¿Por qué?

Cuando regresó a su casa seguía con la pena pintada en el rostro. Cat estaba ayudando a Hamo a descargar los bultos de la carreta mientras Eda los miraba desde la puerta con el pequeño Ronnie en brazos, apurando los breves rayos de sol. El niño hacía pucheritos y Eda le daba una gasita húmeda en leche para engañar el hambre.

«Ahora va mamá», la oyó decir cariñosa al pequeño aunque supiera que no iba a entenderla. Suspiró. «Así es como deberíais haberlos visto...». Martha frunció el ceño contrariada. Ya nada podía hacer salvo cambiar la actitud, pero los remordimientos de no haberle aclarado la situación al joven la mortificaban y no había dejado de mascullar improperios desde que se

separaron.

—¿Os ha cogido el chaparrón también a vos? Fuimos al pilón a recogeros, pero nos dijeron que acababais de marcharos con un muchacho muy apuesto... —le comentó risueña Cat al darse cuenta de que se acercaba.

Martha no contestó. Tampoco saludó a su prima ni le hizo una carantoña al pequeño. Simplemente entró, extendió la colada junto al fuego para que terminara de secarse y se sentó frente a la lumbre, dándoles la espalda. Eda la siguió con la mirada hasta dentro de la estancia y luego se giró hacia Cat.

—¿Qué le pasa a mi prima? —le susurró intrigada.

La joven se encogió de hombros y se agachó a por el último fardo.

—¡Madre de Dios! ¡Qué pesa esto! ¿Acaso despedazasteis a alguien por el camino, Hamo? —preguntó sofocada y llevándose las manos a las lumbares.

—Dejadme a mí, mujer. ¿Cómo se os ocurre coger la cuna sola?

—¿Una cuna? —preguntó Cat arqueando una ceja, dispuesta a protestar por aquel dispendio.

Eda no le prestó atención, más preocupada porque no se le cayera Ronnie de los brazos y por el extraño comportamiento de su prima. Hamo no contestó tampoco, besó a su esposa en la sien al pasar a su lado con el preciado obsequio y la mujer sonrió apenas, distraída.

—Eda, no podré pagaros... —insistió Catherine preocupada por el dispendio.

—Es un regalo —sentenció Hamo sin dar más explicación desde el interior.

—¡Pero yo no puedo aceptarlo! —exclamó Cat secundando sus pasos seguida de Eda.

La cuna era una preciosidad, de madera de roble y de un acabado exquisito. Tenía unas figuritas de angelotes tallados en sus cuatro esquinas y en el frontal. Eran tan reales que pareciera que iban a echarse a volar de un momento a otro. Les recordó a otras figuritas de su infancia, a tardes junto al calor del hogar y a los cuentos que le contaba su madre de pequeña. De pronto, Cat abrió mucho los ojos al percatarse de quién era el regalo y miró a su alrededor.

—No, él no ha venido —negó Eda, feliz de que hubiese adivinado quién lo enviaba—. Le hubiese gustado, no penséis lo contrario, pero está muy

mayor.

—Lo sabe... —respondió entre angustiada y aliviada a la vez por no tener secretos con su abuelo.

Hamo y Eda asintieron.

—Y esta es su forma de decirnos que siempre habrá un lugar en su casa para vos y para el pequeño —aseveró Hamo.

Cat no estaba tan convencida de ello. De hecho, habría dado lo que fuera porque el anciano no se hubiese llevado ese disgusto, pero ya poco podía hacer más que ir a visitarlo un día y presentarle a su biznieto.

—¿Me habéis escuchado? Está encantado con la nueva, Catherine.

—¿Cómo lo...? —empezó a decir sin terminar la frase.

—Yo se lo dije —confesó el hombre—. Estuvo muy enfermo y no hacía más que nombraros entre delirios. Temía que os quedarais sola en el mundo, que no tuvierais a nadie después de que él se marchase. Se estaba despidiendo y le di una razón para vivir. No me arrepiento.

—Tranquilo, hicisteis lo correcto —afirmó ella.

Después, cogió al pequeño en brazos y se lo puso al pecho en silencio. Al terminar, lo colocó en la cuna, más propia de un rey que de un vasallo, y sonrió al ver cómo Ronnie se arrullaba con el dedito pulgar en la boca hasta dormirse.

Martha salió de su letargo, aunque con la misma actitud distante y seria. Se acercó a ellos y sentenció un: «Tenemos que hablar», que les heló la sangre a todos salvo al pequeño Ronnie, que dormía a pierna suelta en su cuna de rey.



## Capítulo 07

### LAS NORMAS DEL JUEGO

*Londres, Inglaterra, mediados de julio de 1336.*

Eda, Hamo y Cat no entendían el comportamiento de Martha, pero por su semblante, se esperaban la peor de las catástrofes habidas y por haber. La mujer estaba cruzada de brazos frente a ellos y aún así su gesto era intimidante.

—¿Se puede saber qué os pasa? ¡Me estáis asustando! —exclamó Eda dando un paso hacia su prima para acercar distancias. Sin embargo, ante su expresión hosca, desistió de abrazarla o añadir algo más.

Martha apretó los labios y tomó aire por la nariz. Estaba enfadada y no podía disimularlo. Ni quería, ¡qué diablos! Se sentía culpable por haber abordado a Erroll en el camino y que todo hubiese salido tan mal. Cuanto más tiempo pasaba y pensaba en ello, más segura estaba de que tenía que haber alguna forma de arreglar semejante estropicio. Mas las palabras se le anudaban como una soga a la garganta y tuvo que hacer acopio de valor para poder hablar.

—Os ha visto —sentenció de forma brusca.

—¿Nos ha visto? ¿Quién nos ha visto? —preguntó Eda.

—A vos no, prima. A ellos.

Hamo y Catherine intercambiaron una rápida mirada de extrañeza. A parte de Martha, solo Eda parecía haber intuido de quién hablaban. La mujer se cuadró, le dedicó una mirada de advertencia a su prima y se puso junto a Cat, dejando claro de parte de quién estaba. Martha hizo caso omiso, hecho que Eda no esperaba.

—No entiendo... —comenzó a decir Cat, aunque después miró a Hamo y siguió la mirada hacia el exterior, como si pudiese ver la carreta y la calle a través de la puerta.

La gata abrió mucho los ojos, reflejando sorpresa, ilusión y estupor en un cortísimo espacio de tiempo. Martha asintió queda y Cat se sentó en un taburete al sentir que le faltaba el aire.

—No puede ser —apenas balbució, temblorosa.

—Lo es.

—¿Sigue en Londres por la condesa? —preguntó Hamo.

Martha rio por no llorar. Pocos hombres había visto con los sentimientos tan claros y sinceros como Erroll.

—No, claro que no —Suspiró Martha—. Lleva más de un mes intentando encontrar a Catherine, pero se lo hemos puesto bastante difícil. ¿No creéis? Aquí nadie os conoce por vuestro nombre salvo nosotros. Tampoco donde vivís, ni siquiera Agnes.

Eda bufó y miró a su prima con reproche. ¡No podía creer que se hubiese puesto de parte de ese hombre! De acuerdo que no era el demonio de tres cabezas que ella le había endosado ser, pero ¿acaso no sabía lo difícil que había sido para su amiga soportar sola todos aquellos meses? ¿Lo duro que había tenido que luchar por darse a respetar y abrirse un hueco? ¿Las lágrimas que había derramado por él?

Hamo salió de la estancia sin hacer ruido. El tema ya le había dado más de un quebradero de cabeza con su mujer y no quería discutir más. Tampoco quería formar parte de enredos. Se fiaba del buen juicio de su amigo Joe y de todas las cosas que le había dicho. ¡Mujeres! ¿Quién en su sano juicio las entendía?

—No puede ser —repitió la joven con un sollozo.

Martha se arrodilló a su lado y le tomó las manos entre las suyas. Cat aún tenía restos de tinta en la yema de los dedos y en el delantal. Las acarició, dándole el tiempo suficiente para que se hiciese a la idea.

—¿Cómo sabéis que me ha estado buscando, que está aquí por mí y no

por esa mujer, o por cualquier otra?

—Lo he seguido. A él y a Joe.

Cat abrió muchos los ojos y miró a Eda.

—¿Vos lo sabíais?

Eda asintió con un mohín de disgusto y le rehuyó la mirada, muy lejos de confesar el mismo pecado como su prima acababa de hacer con valentía.

—¿Por qué no me lo habíais dicho? ¿Acaso no tenía derecho a saber algo así? ¡Es el padre de mi hijo! ¡Tiene unos derechos! Si nos encuentra...

Ni ella misma se creyó sus propias palabras y se abochornó por haber dado voz a tan disparatado pensamiento. Catherine sabía que Erroll jamás la separaría del pequeño Ronnie, como también sabía que jamás podría olvidarlo si cabía la más remota posibilidad de seguir viéndolo.

—Disculpadme... No sé qué pensar de todo esto —sollozó descorazonada.

Martha le besó el dorso de las manos con ternura. Seguía de rodillas a los pies de la joven, pero sin atisbo de enfado en su rostro. La tormenta estaba muy lejos de estallar sobre sus cabezas y las palabras fluían como un fino manto de lluvia entre ellas. «La verdad os hará libres», parafraseó Martha al sacerdote para sus adentros. Sus ojos chisporroteaban como una candela recién azuzada, mostrando un inusitado brillo de esperanza, pues tenía la certeza de que aún no estaba todo perdido para la joven pareja.

—Nada de disculpas, Cat. Soy yo la que debería hacerlo, por haber querido traerlo a esta casa sin consultároslo.

—Es vuestra casa... —la interrumpió la gata.

Martha supo que no había entendido sus palabras, pero se limitó a corregirla con un: «Nuestra» y dejar que cayera en la cuenta sola.

La joven madre agradeció la deferencia, aunque no fuese cierta. Martha era la dueña no solo del edificio de dos plantas que ellas habitaban, sino también de dos o tres cabañas de adobe en esa misma calle. Su compañera subsistía gracias al cobro de una renta mínima a sus arrendatarias, todas mujeres y dedicadas en su mayoría al oficio más viejo del mundo, y a lo que sacaba lavando ropa.

Su situación económica podría decirse que era incluso holgada para los malos tiempos que corrían y la discreción era su máxima para no atraer a maleantes a su puerta ni a la de «sus chicas», como ella las llamaba aunque no tuviesen más vínculo que una renta y mantener la ropa limpia. No era fácil



ganarse el respeto en un mundo de hombres, pero Martha lo había conseguido.

A Catherine le gustaba mucho vivir allí. Ella y Ronnie ocupaban la planta baja donde, además de su camastro, había una mesa, dos taburetes y una chimenea tan grande que podrían asar a un buey de querer hacerlo. Bajo la pequeña escalera de piedra que comunicaba con los aposentos de Martha había una gran tina para dar mayor intimidad. También disponían de un huerto con un pequeño cobertizo en la zona de atrás y desde donde Cat guardaba los útiles para seguir tintando telas desde casa y un pozo. Se sentía una privilegiada. No necesitaba más.

Solo necesitaba a alguien.

Suspiró, le había costado mucho hacerse a la idea de que jamás volvería a verlo.

Ese día en el puente sintió que todo su esfuerzo por olvidarlo había sido vano, que el corazón había vuelto a latirle tras mucho tiempo adormecido y que las lágrimas, cuando no eran de alegría, sabían a hiel.

Desde entonces, había luchado porque Erroll no ocupara sus pensamientos, pero era suficiente con mirar a Ronnie para acordarse de él y de todo lo vivido juntos. Cada fibra de su ser lo añoraba. ¡Para qué engañarse! Se decidió. No tenía nada que perder con escucharlo. Quizás así ambos hallaran la forma de seguir adelante y zanjar su historia como un bonito recuerdo.

Martha interrumpió el hilo de sus pensamientos.

—Deberíais hablar con él —le suplicó prácticamente—. Es la única forma de que Erroll regrese a su tierra. ¿Lo entendéis? Nadie os pide que le améis ni que volváis a estar juntos, pero se ha cruzado un país en guerra por veros. Él cree que habéis rehecho vuestra vida con otro hombre. Merece una explicación.

—¿Rehacer mi vida con otro hombre? —repitió sin terminar de entender a su compañera y amiga.

Catherine estuvo a punto de echarse a reír. No habría otro hombre después de él. No porque no quisiera, sino porque lo compararía sin poder evitarlo y no sería justo para ninguno. Rehacer su vida, tenía gracia... Al pronto, entendió por qué Martha había entrado como un vendaval en la casa y con ese humor del demonio, por qué le había rogado que la perdonara y... ¡Dios bendito! ¡Erroll la había visto! Se levantó de sopetón, tirando de paso el taburete.

—¿Con Hamo? —preguntó abriendo mucho los ojos.

Martha asintió, se levantó cabizbaja y recolocó el asiento. Después se atusó el faldón sin dejar de murmurar entre dientes algo parecido a una oración, aunque ella no era de las pías. ¿Cómo se lo tomaría? Por el gesto resentido de Eda, se preparó para cualquier cosa: una bofetada, un tortazo o un grito de pura histeria... cualquier cosa menos que Cat la abrazara.

—Quiero verlo —sentenció la joven en apenas un susurro para la sorpresa de ambas—. ¿Sabéis dónde puedo encontrarlo?

Eda miró confusa a su prima y tuvo la intención de intervenir, de decirle que no sabían nada y que se lo pensara bien. No quería verla sufrir de nuevo. ¿Por qué tenía que haberlo traído a su casa? ¿Por qué no dejar las cosas como estaban hasta que él se hubiese aburrido por no encontrarla?

Tras el sinfín de anécdotas sobre ese irlandés contadas por Martha para ganarse su beneplácito, ella misma había hecho sus pesquisas y lo había seguido. ¡Cualquiera que la hubiese visto corretear por las callejuelas embozada y tras un hombre que no era su esposo! Sonrió para sí de forma traviesa, pues había sido muy emocionante.

Lo peor había sido comprobar que no había encontrado ninguna falta en él que pudiera reprocharle. ¡Si al final Martha iba a tener la razón después de todo! Gruñó. Eda no era de las que daban su brazo a torcer y no le había confiado nada a su prima, muy al contrario, había seguido empeñada en hacer como que no la escuchaba cuando hablaban al respecto. Era más, le habría encantado decirle que se equivocaba, que el apuesto «roba-corazones», con esa sonrisa endiablada y su porte aguerrido, no era más que un mujeriego del que debía huir como de la peste.

¿Pero cómo decirle eso siendo mentira y sabiendo que su joven amiga seguía enamorada de él? Porque no había que ser muy lista para apreciar el brillo de sus ojos felinos cuando lo nombraba o la sonrisa fresca que, por mucho que lo intentara, florecía en las comisuras de sus labios al recordarlo.

¿Qué hacer salvo apoyarla? El irlandés no le correspondía, según ella misma le había confesado, y, sin embargo, se había expuesto a que lo capturaran de nuevo solo por volver a verla. Algo no encajaba en toda esa historia, pensó. Martha llevaba razón en lo de que tenían que hablar y aclarar su situación de una vez por todas. Eda bufó con una media sonrisa. Sin embargo, ¡que Dios las amparase!, exclamó para sí. Erroll pertenecía a la peor calaña de hombres que existía: a la de los hombres buenos y pocos de esos había en la tierra en aquellos tiempos. Si Catherine volvía a verlo,

difícilmente podría seguir con su vida después, porque él era... inolvidable.

—Sé dónde se hospeda —aseguró Martha, feliz.

Eda se mordió la lengua para no revelar que ella también lo sabía. Le habría gustado formar parte de semejante encuentro, ser la primera en felicitarla si salía bien o ser el hombro donde recibir consuelo. Pero su lugar estaba junto al pequeño. Miró con ternura hacia la cuna donde Ronnie dormía y sonrió. El bebé hacía burbujitas con la boca y mostraba en su rostro placidez.

No podían llevarlo con ellas. Cat y Erroll debían de hablar sin el condicionante de saber que tenían un hijo en común. Él debía elegir con libertad si quería pasar el resto de su vida con ella y, después, ya pensarían el modo de no espantarlo al saberse padre. Eda sonrió de nuevo. Al final iba a terminar cayéndole bien ese condenado irlandés...

—¿Voy bien así? —preguntó la gata con timidez, atusándose el vestido descolorido.

—Írtais bien hasta sin él —comentó Martha risueña, aunque Eda la interrumpió con un: «Más quisiera él».

—Más quisiéramos todos —rio Hamo que, al ver que no había acontecido una masacre, se había atrevido a entrar de nuevo en el hogar y disfrutaba del instante de asueto.

Eda le propinó un pellizco en el costado por lo osado del comentario y él respondió con un brinco. Ambos rieron con ganas ante el sonrojo de la joven.

—No hay prisa, querida —le comentó Martha cambiando de idea—. Os dejaremos un tiempo para que os arregléis como gustéis. Al fin y al cabo, nadie nos espera.

Los tres asintieron y salieron de la casa para darle intimidad. Ronnie seguía dormido en su nueva cuna. Cat evitó hacer ruido en lo posible con las cacerolas para no despertarlo y esperó paciente a que el agua estuviese humeante para llenar la tina.

—Pronto veré a vuestro padre, mi querido niño —le dijo antes de retirarle la mantita para que no transpirase, pues la estancia se había caldeado bastante.

Se quedó embelesada mirándolo unos instantes. Ronnie sonrió entre sueños y ella lo imitó, acariciándole el perfil respingón hasta la pequeña barbilla. Era precioso. Su niño adorado. El mejor regalo que podría tener de

Erroll... Su consuelo, su triunfo, su razón de vivir y levantarse cada día.

Se quitó el vestido con premura, se dirigió a la tina y se sumergió en ella. Estiró los dedos de los pies y suspiró de puro gusto al sentir cómo la tensión desaparecía de sus piernas.

—Un día tendremos una tina tan grande como esas pozas de las hadas que vuestro padre relata en sus historias. ¿Verdad que os gustaría? —preguntó a sabiendas de que el niño dormía y de que no le respondería nadie.

Sonrió de igual forma imaginando cómo sería bañarse en un lugar así... con él... junto a él... Notó cómo las mejillas se le arrebolaban al recordar su cuerpo desnudo, tan varonil, cincelado y perfecto. ¿Cómo podría volver a verlo sin echarse en sus brazos? ¿Sin querer que su aliento recorriera cada palmo de su piel? ¡Lo amaba, maldita fuera!

De nada había servido querer quitárselo de la cabeza todo ese tiempo. Era más, la imagen de «Erroll, el esplendoroso» acudía cada vez que tenía esos breves ratos a solas. Nunca había conseguido olvidarse de él lo más mínimo. Cada detalle, cada palabra y cada gesto estaba grabado en su alma para los restos.

Sentía un hormigueo en el estómago, fruto de la expectación y de la necesidad imperiosa de reencontrarse con Erroll, de verlo, de borrar esa última imagen de él en brazos de otra, de ese beso desgarrador. No quería hacerse ilusiones. «No podéis robarle el corazón a alguien si previamente no está en su poder», le había dicho Eda una vez y cuánta razón tenía.

Él había sido sincero y la había avisado. Le había entregado su cuerpo, pero no su alma ni su corazón. ¿Qué esperaba? Se había prendado de un imposible, de un caballero, de un nómada, de un soñador. ¿Qué esperaba... que le dedicara palabras de amor? Erroll seguía preso del hechizo de esa tal Kelsey, de la mujer del puente, de una dama. ¿Era tan ilusa como para creer que se acabaría enamorando... de ella?

Los sentimientos encontrados se sucedían con la misma rapidez que los recuerdos. La gata lo mismo sonreía, que hipaba, que se le escapa una lágrima. No podía seguir así. Tenía que verlo y cerrar esa puerta de su pasado para siempre. Tomó el sebo jabonoso y se frotó la piel hasta que no hubo ni el más mínimo rastro de tinta en su cuerpo.

—Ojalá todo fuese tan fácil como quitarse estas manchas de tintura... —murmuró.

Cogió con brío el lienzo para secarse y se desenredó con los dedos la

media melena hasta que dio con el peine. Después se vistió con su otro vestido, aunque echó una mirada de refilón al baúl, deseosa de probarse sus calzas de cuero y el resto de su vestimenta de hombre. Así la había conocido y así le gustaría que la siguiera viendo. Ella no era una más. Era diferente para bien o para mal. Desistió, aún no había recuperado su figura del todo y temía dar de sí las costuras si lo intentaba siquiera.

Metió el vestido que se había quitado en el agua de la tina junto a algunos piquillos y ropita del bebé. Los lavó a conciencia y los dejó tendidos en el huerto. Sabía que la lumbre los secaría antes, pero Cat prefería airearlos al sol y que no se le quedase el olor a humo impregnado en el tejido.

Al entrar de nuevo en el hogar, percibió movimiento en la cuna y se acercó. Ronnie se estaba desperezando y tenía los ojos bien abiertos. Gorjeó al verla asomarse a la cuna, mostrando así su regocijo. Ella no tardó en cogerlo en brazos.

—¿Tenéis hambre? —le susurró la pregunta en la oreja para hacerle cosquillas.

El pequeño arrugó la nariz y pataleó un poco, aunque siguió embelesado con la cadencia de su voz y con los ojos muy abiertos para no perder detalle.

—Claro que sí —se respondió ella a su vez con voz almibarada y dándole un dulce beso en la frente.

Se descubrió el pecho y Ronnie no tardó en capturar el pezón. El acto le producía una extraña y placentera cosquilla, incluso dolorosa cuando le podía el ansia al pequeño, pero tan tierna que a veces le brotaban las lágrimas de pura felicidad. Le encantaba darle de mamar y sentir cómo la leche fluía de ella para ser su alimento. Era un vínculo único que no duraría siempre, pero que los uniría de por vida.

—¿Estáis lista? —preguntó Hamo desde la puerta, sin querer entrar del todo.

Eda y Martha no tuvieron tantas contemplaciones y lo hicieron a un lado. Habían estado hablando mientras terminaban de poner a punto la carreta, decidiendo los pasos a dar. Hamo había preferido oír y callar. Solo esperaba que ese joven supiese aprovechar la oportunidad que el destino le brindaba. Catherine era una gran mujer en todos los aspectos. Aún recordaba cómo les había salvado la vida sin dudarle, cómo había salido adelante sola con el embarazo y sin ningún hombre cerca que la protegiera... No sabía a ciencia

cierta si Erroll sería a partir de entonces el elegido, pero afortunado sí que era al haber conseguido enamorar a una mujer como aquella. Jamás había oído de la boca de Cat una palabra de agravio hacia su persona. Muy al contrario, todo eran proezas, y por lo que sabía a través de su amigo Joe, Erroll tenía que ser a la fuerza un buen hombre.

Eda seguía reticente. Si por ella hubiese sido, habría dejado pasar un tiempo prudencial hasta que las aguas hubiesen vuelto a su cauce, pero Cat era quien tenía la última palabra de todo aquello. Incluso había llegado a pensar que habría sido buena idea convocar la reunión allí mismo, pero su prima los había terminado convenciendo de lo contrario. «Si no sale bien, seguirá sin saber dónde encontrarla». Le costaba reconocer que en eso también Martha tenía razón.

No había tiempo que perder. Erroll podría estar en cualquier parte. Un hombre con el corazón roto era muy vulnerable, podría estar metiéndose en peleas o desfogando su rabia con cualquier mujer. Solo pedía a Dios que él no fuera de esos, que fuera el caballero que aparentaba ser y que Cat tuviera su merecido final feliz.

—Pasadme a ese mocosillo antes de que os babee de arriba a abajo y Martha os tenga que prestar algún vestido de los suyos —apremió Eda a Cat.

Esta puso un mohín de disgusto que el bebé imitó.

—¡Oh, vamos! Pensad que es por la mejor causa del mundo: vais a volver a verlo... —Martha se mordió la lengua justo al terminar de pronunciar sus palabras, pues no quería alentarla. Ahora que el reencuentro parecía inminente, temía haber sido tan impulsiva y haberse dejado guiar por la intuición y la emoción más que por la razón.

Eda salió en su ayuda cogiendo rauda al bebé y empujando a Catherine con la cadera para que se diese prisa.

—Estáis preciosa —le susurró, provocando que Cat se sonrojara—. Y así, aún más.

Cat sonrió inevitablemente. Eda era uno de los grandes regalos que le había dado la vida. Una amiga fiel, su familia... No quiso dilatar la despedida en demasía o se echaría a llorar de puros nervios. Le dio un beso al pequeño y siguió los pasos de Martha y Hamo fuera del hogar.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó.

—Lo mejor será buscar a Joe Patterson. Él nos dirá —contestó antes de que Martha llegase a abrir la boca siquiera para hacerlo.

Catherine miró a su amiga en busca de su aprobación y esta asintió. Recorrieron las callejuelas hasta llegar al barrio periférico donde Joe y Agnes vivían, al otro lado del puente y cercano a la Iglesia de St Magnus. Cat solo había estado en la cabaña una vez, cuando había ido a ofrecerle el trabajo de devolver la espada a su legítimo dueño. Recordaba más o menos cómo llegar allí, pero agradeció que Hamo y Martha la acompañaran.

La gata aporreó la puerta ante la atenta mirada de algunos vecinos. ¿Por qué su llegada habría suscitado tanto interés? Se revisó sus ropas por si tuviese algo fuera de lugar, las propias y las de sus amigos, pero todo estaba correcto. Acarició la empuñadura de la daga que tenía oculta en el bolsillo del faldón y esperó un poco más. El barrio era tranquilo y humilde. Nada que ver con el suyo, pero nunca estaba de más asegurarse.

Dentro de la cabaña se escuchaba la algarabía propia de juegos infantiles. ¿Estaría el matrimonio en casa? ¿Habrían escuchado la llamada? Cat no quería parecer impaciente ni desesperada, pero justo cuando iba a volver a aporrear la jamba, Agnes abrió la puerta con un pie mientras se secaba las manos en el delantal y se quedó mirándola con expresión extraña.

—¿Qué hacéis vos aquí? ¿Qué ha pasado? —preguntó al ver a Martha justo detrás de Cat.

Ninguna de ellas supo qué decirle, aunque no pretendían asustarla con ello, pero no querían enterar a la concurrencia del porqué venían. Agnes se dirigió a Hamo y les apremió para que entraran, mientras instaba a los pequeños a que saliesen a jugar a la calle.

—¿Joe está bien? —insistió la mujer nada más cerrar la puerta.

—Esperábamos que estuviese en casa... —comenzó a decir el hombre con cierta timidez.

Agnes le interrumpió.

—Hace rato que salió en busca de Erroll —apenas le susurró con intención de que Cat no se enterara.

—Hablad sin miedo, mujer —le indicó Hamo en voz alta—. Precisamente es al «irlandesito» a quien andábamos buscando.

Catherine puso los ojos en blanco y sonrió. No era la primera vez que lo nombraban así en su presencia. Recordó lo orgulloso que Erroll estaba de ser irlandés y de lo mucho que se vanagloriaba de su ascendencia escocesa. También rememoró una conversación en concreto que la hizo suspirar, una sobre lo que escondía debajo de la falda... Hizo un mohín de disgusto al darse

cuenta de que, ni pactando con el diablo, conseguiría olvidarlo.

—El mayor de mis hijos se cruzó esta mañana con él. Parecía desorientado y... —Agnes calló y se mordió los labios.

Martha se acercó a ella y le pasó un brazo por los hombros. Ella sabía el estado en el que había dejado a Erroll, nada que le dijese iba a impactarle. Agnes agradeció el gesto y agarró su mano. Necesitaba la fuerza de su amiga para continuar.

—Y estaba llorando.

Catherine se llevó las manos al rostro y se dirigió hacia el ventanuco. Le faltaba el aire.

—¿Cuándo decís que fue eso? —preguntó la gata con un hilo de voz.

—A media mañana —respondió la mujer.

—Debemos encontrarlo, Cat —la apremió Hamo—. Es un hombre buscado por la justicia y podría estar en peligro.

—¿Sabéis dónde se hospeda? —le preguntó Martha a Agnes sin más rodeos.

La mujer de Joe cogió una toca para echársela por encima y se agarró al antebrazo de Martha.

—Yo misma os acompañaré.

Erroll se quitó de un manotazo las lágrimas del rostro. La cara le ardía como si ríos de lava la estuviesen arrasando hasta quemarlo por dentro. Su vida había perdido el sentido sin ella. No había más. Había pasado la noche en la intemperie y estaba tan aterido por fuera como su alma se encontraba por dentro. Nunca se había encontrado tan solo, tan perdido ni tan fuera de sí.

Corrió por las callejuelas sin saber muy bien a dónde se dirigía hasta que llegó al puente. Podría haber encaminado sus pasos desde allí hacia la posada, haberse emborrachado, más si era posible, y haber solicitado una compañía femenina tras otra en un vano intento de olvidarla. Pero no lo había hecho, pues solo un iluso creería que conseguiría arrancarla de su corazón con algo tan simple como eso. El rostro de Cat seguiría grabado a fuego en su alma hasta el fin de sus días.

Resopló. Se escabulló entre la gente sin prestar atención a las quejas de los que allí aguardaban su turno de forma paciente y pagó el diezmo para



poder pasar el puente. No tenía ni su caballo ni sus pertenencias. ¿Por qué diablos se había quedado sin un penique en los bolsillos? ¡No podía regresar a Escocia a pie y en ese lamentable estado!

Mas, una fuerza imperiosa parecía llamarlo a lo lejos. Se dejó guiar por su instinto. No tenía nada ya que perder. «La vida», le susurró una voz en su cabeza, pero la acalló. La lucidez no parecía acompañarle a pesar del relativo descanso nocturno. Caminó con paso firme y seguro hasta mitad del puente. La sensación de llamada y de peligro se agudizó. Se sintió observado. Sin embargo, no parecía haber nadie sospechoso a su alrededor. ¿Lo estaban siguiendo? Solo tenía su *sgian dubh* a mano para defenderse y con eso tendría que bastar.

Escuchó que alguien lo llamaba por su nombre, pero a su alrededor la gente seguía su itinerario sin reparar en él. Era uno más de los muchos que cruzaban el puente a diario. La voz insistió. Se acercó al muro de piedra y se asomó lo justo para no caerse. ¿Estaría alucinando? Se sentía aturdido.

—¡¡¡Maldito pimpollo irlandés!!!!

Solo había una persona que se hubiese atrevido a nombrarle así. ¿Dónde estaba? ¿Desde dónde le llamaba con tanta insistencia y por qué?

—¡¡¡Erroll!!!

Esta vez no era la voz de Joe, sino la de... No, no era la voz de su gata. «¡Condenado licor!», murmuró. No había peor resaca que la del desamor. Ya no le cabía duda de que debía estar alucinando. Nadie lo llamaba. No era ella. Cat, su Cat, era ahora de otro. Erroll apoyó las palmas de las manos aferrando los salientes del muro con fuerza hasta hacerlos polvo. Sintió un estruendo a su espalda y se llevó la mano a la nuca por instinto.

—¿Qué diablos ha...? —comenzó a decir antes de ver que tenía los dedos manchados de sangre y que la oscuridad se apoderaba de él.

El destino quizá no había hecho más que empezar su juego. Sumido en los brazos de la inconsciencia, Erroll soñó que una *kelpie* emergía de las aguas para arrastrarlo hasta el fondo con él.

A lo lejos, Joe y Martha fueron testigos de cómo tres hombres le asaltaban y cómo se lo llevaban a rastras y lo subían a una litera sin que nadie moviese un músculo por impedirlo. Joe bramaba ante la lentitud del cambio de guardia y Martha intentaba tranquilizarlo entre sollozos, temiendo que se lo llevaran preso a él también. Su amiga Agnes no se lo perdonaría.

Martha se aferró al brazo del guía con fuerza. Él era el único que sabría cómo y dónde buscarlo. No podía regresar a su casa con las manos vacías. ¿Qué podría decirle a Cat, que debían haberle hecho caso, que debían haber estado peinando las calles como ella sugirió y no aguardándolo en la posada por si aparecía?

El dueño de la posada les había hecho el favor de abrirle la puerta de la buhardilla al amanecer y les había permitido esperarlo dentro. Joe había hecho guardia junto a la ventana que daba al puente de St. Magnus como si presintiera que de un momento a otro iba a verlo. ¡Bendita intuición! Pues al ver a Erroll hacerse paso entre el gentío y pagar el diezmo que le permitía el acceso al puente, Joe había soltado un improperio y la había dejado plantada sin mayor explicación. Martha lo había seguido a duras penas entre el gentío que se aglomeraba junto al paso. Era día de mercado y había más gente de la habitual.

—¡¡¡Erroll!!! —había gritado Joe con desesperación.

—¿Qué ocurre, Joe? —le había preguntado Martha preocupada, ya que por su altura apenas veía más allá de los que tenía delante.

—¡¡¡Malditos sean!!! —gritó furioso Joe abriéndose paso a codazos.

—¿Pero qué...?

—¡Se lo llevan, Martha!

Ella no entendía nada. ¿Qué diablos estaba sucediendo? Se coló para saber más entre los que aguardaban distendidos y sin prisa que la fila avanzara. Pronto estuvo junto a Joe, justo en la arcada de la Iglesia donde se iniciaba el puente, y no podía creer lo que estaba viendo. Ella no era de las que lloraban, pero las lágrimas se sucedían unas tras otras, mostrando su rabia, su impotencia y su miedo. ¿Qué iba a decirle a Catherine ahora?

Joe seguía vociferando que los guardias se dieran prisa, a pesar de que no tenía nada que hacer. La barrera era inexpugnable y saltársela solo habría hecho que sus huesos acabaran en la cárcel. Además, para cuando lograra llegar a la mitad del puente, los asaltantes se habrían ido con Erroll. Cuando Joe escuchó los hipidos de Martha, se giró por primera vez hacia ella. Su rostro pasó del enfado a la resignación en un santiamén. La abrazó con ganas y le susurró:

—No lloréis, lo encontraremos.

Martha agradeció sus palabras y su negra sonrisa, pero Erroll parecía haberse esfumado de sus vidas para siempre.

—¿Cómo? —consiguió ella articular entre hipidos, mientras se secaba las lágrimas del rostro con la manga de la camisa.

—He reconocido el emblema de la litera. No son guardias de Su Majestad.

Martha alzó una ceja sin entender, Joe continuó.

—No lo llevan preso. No, aún. Sé de alguien que podrá sernos de gran ayuda. ¡Vamos!



## Capítulo 08

### LA REPUDIA

*Lowlands, Escocia, noviembre de 1335.*

Sir Kenion Strathbogie había vuelto a ser la mano derecha de Eduardo Balliol, rey de Escocia, para la desgracia de muchos escoceses. Tras haber medido sus fuerzas con Ayden Murray en Guildford y haber perdido, el conde de Atholl había regresado a sus tierras sediento de sangre y con una extraña paz interior que parecía absolverle de cualquier pecado que cometiese de forma instantánea. Nadie lo acogió con los brazos abiertos, ni siquiera Lord John de Eltham, al que su hermano había sacado de la primera línea del frente tras saber que había orquestado la fuga de Leena Stewart.

Era por todos conocidos las desavenencias entre los hermanos Plantagenet desde que el conde de Cornualles había desafiado al rey por una mujer. Una que Sir Kenion conocía muy bien y que reconocía podría volver loco a cualquier hombre. Debería agradecerle al joven que hubiese asumido toda la responsabilidad sobre aquella fuga y no lo hubiese cogido como cabeza de turco.

¡Pobre muchacho!, pensó el conde de Atholl mientras sonreía ante la desgracia del prójimo y jaleaba a su bestia hacia el lugar de encuentro con los dos Eduardo, Henry de Grosmont y Lord Ralph Stafford. Tenía aún mucho que

aprender. Él en su lugar habría confinado a la Stewart en algún castillo y la habría montado hasta hartarse. Sin rendir cuentas a nadie, ni perder un ápice de su prestigio ni libertad.

Cuando Sir Strathbogie llegó al lugar en cuestión, no se sorprendió de que el resto lo estuviese esperando a pesar de haber llegado un día antes de lo previsto. Despellejarlo a su espalda era lo habitual y le importaba bien poco lo que dijese de él mientras le tuviesen miedo.

Llevaba los deberes hechos. Había azotado las Lowlands y tratado a los propietarios libres con intransigencia y su habitual estilo sanguinario, amedrentando o quitándose de en medio y sin miramientos a quien le opusiese resistencia. Había conseguido mermar las fuentes de ingresos y abastecimientos de la resistencia en el norte sin arrasar ningún campo de cultivo, allanando el camino a la implacable avanzadilla de Eduardo Plantagenet y sus principales hombres. No tenía nada que temer. Su corazón era *sassenach* de nuevo y así seguiría hasta el día de su muerte. Pocas cosas sentía que le quedaran por hacer en esa vida. Quizás llevarse a algún Murray por delante, soltar unas cuantas verdades a algún engreído inglés y fornicar hasta el alba mientras el cuerpo aguantase. La resistencia del norte caería, de eso estaba seguro, y él sabía cómo hacerlo.

Le dio las riendas de su montura al escudero para que se encargase de ella. Respiró hondo antes de entrar en la tienda de campaña habilitada para el rey con su habitual aplomo. Los presentes hablaban de las últimas escaramuzas del Guardián de Escocia y lo miraron con reprobación, pues ni se había aseado ni esperado que lo anunciaran. Tampoco pidió permiso al rey para hablar.

—Haremos que ese perro salga de donde quiera que se encuentre — espetó Sir Strathbogie con su habitual inquina a todo lo que llevase el apellido Murray y sin saludar siquiera a los convocados.

El rey *sassenach* apretó la mandíbula y entrecerró los ojos, cegado por el contraluz que recortaba la silueta de ese asqueroso bárbaro que tanto le repugnaba, pero que tan fielmente servía a su causa. Dejó la figurita tallada sobre el mapa con lentitud y miró con enojo a su homónimo antes de dirigirse al conde de Atholl.

—Vos y vuestra singular manera de rendir pleitesía a vuestro rey — siseó apenas.

—Una que nadie cuestiona por venir refrendada con el aumento

notable de vuestras arcas y el sometimiento de los arrendatarios libres a vuestra causa... mi rey.

Eduardo Balliol aguantó la respiración y la ira. ¡Él era su rey! A él debería de estar dirigiendo sus crudas palabras y bajo su mano acallaría esa endiablada lengua. ¿Qué se había creído? Sin embargo, a Plantagenet le dio por sonreír. Inaudito. Por mucho menos había mandado a azotar a un hombre. Eduardo Balliol soportó como pudo su animosidad y sostuvo la mueca de divertimento de Lord Ralph Stafford con ojos fríos hasta que el otro se colocó tras su legítimo rey.

—Bienvenido seáis, Sir. ¿Alguna nueva?

—Dadme hombres suficientes como para tomar el castillo de Kildrummy, mi señor.

Eduardo Balliol tragó saliva de nuevo, apretando los puños muy cerca de la empuñadura de su *claymore*. A su homónimo no le pasó inadvertido el gesto. Sabía cuánto debería estar reprimiendo las ganas de poner de rodillas a ese mentecato y ajusticiarlo, pero lo necesitaban. Nadie como él para hacer el trabajo sucio. Además, no le venía mal recordar quién mandaba de verdad allí. Él. Solo él era el legítimo rey.

Algunas veces tenía que tomar decisiones difíciles como la de mantener al margen a su hermano en esta última cruzada hacia el norte. Lord John de Eltham había acatado sus órdenes a regañadientes y había tenido el valor de encararse ofendido a él por la humillación que suponía no acudir a la reunión que llevaban a cabo en esos momentos.

¿Dónde había quedado el comandante que con tanta fiereza había luchado en Halidon Hill con apenas diecisiete años? ¿Dónde? No reconocía a su hermano. Seguía sin entrar en razón y todo por culpa de esa mujer. Habían discutido hasta el punto de mostrar sus aceros y eso, para el rey, era inaceptable. Todo por defenderla. A ella. A la mujer de otro. Una escocesa a la que había donado parte de su patrimonio sin más.

¿Cómo era posible? ¿Acaso había pensado que no se enteraría, que podría dar un paso sin que él se enterase? Pero nada podía hacer al respecto. El documento era válido y enfrentarse a él inútil, bien se lo había demostrado cuando lo llamó a careo en Newcastle. La había protegido hasta el punto de renegar de él, amenazando con quitarse de en medio. ¿Qué tenía esa mujer? Renegó por no haberlo casado a la fuerza con la hija del rey castellano, con la del conde de Eu o con cualquier otra. Quería olvidar ese día y sus palabras.

En ocasiones así, habría dado lo que fuera por tener a su esposa Felipa a su lado, pues parecía ser la única que le comprendía sin juzgarle.

Eduardo Plantagenet se sentía herido. Su hermano, su mano derecha, su mejor hombre desbarrado por una cara bonita. Comandaba a los hombres a la muerte, buscándola. Era letal, como siempre había sido, pero imprudente. ¡Maldito fuera! Ya no sabía qué hacer para pararlo. Incluso se había tragado su orgullo y le había pedido a Eduardo Balliol que lo vigilase. Aún recordaba las palabras de ese carcamal diciéndole que lo atase en corto. A su hermano. A su propia sangre.

Le hubiese gustado maldecir y echarlos fuera de allí a todos. Sin embargo, cumplió su deber, apretó los labios y le dio la espalda a ese perro bastardo. Simuló beber de su copa mientras controlaba sus airados pensamientos. Al fin, Eduardo III de Inglaterra habló:

—¿Por qué debería hacer eso? No es un enclave estratégico y sus arcas no gozan de opulencia...

—Allí reside Lady Christina Bruce —le interrumpió el conde de Atholl con arrogancia al ver que ninguno había caído en la cuenta antes de lo importante que era tener como rehén a una de las mujeres más importantes de Escocia. Se explicó al ver las caras de contrariedad de algunos—. Tía del niño-rey y esposa de...

—Sé perfectamente quién es —lo enfrentó el rey inglés cortante, harto de su desdén, pero sin dejar de aparentar mesura.

Odiaba las ínfulas que se gastaba Kenion y más aún tener que darle la razón, pero la idea no era buena... Era brillante. Debía reconocerlo.

Por su parte, el conde de Atholl no se dejó amedrentar por las duras líneas de los rostros de los que allí se congregaban. Mucho menos por las del rey, al que seguía tratando como a un niño aunque no se llevasen muchos años de diferencia. Él no había ido a ese lugar para hacer amigos, sino para estabilizar cuanto antes la situación política de esa tierra que jamás sentiría suya del todo y para poder volver a Perth cuanto antes a hacer y deshacer lo que le viniese en gana.

Todos cavilaban la posibilidad de tener ante sí la oportunidad de derrocar a la mano derecha del niño-rey en el norte. Eduardo Balliol parecía incómodo ante la propuesta y así lo expuso:

—Es por todos conocido el amor que se profesan, pero hasta ahora no habíamos recurrido a esas viles tretas para... —empezó a argumentar antes de

ser interrumpido.

—Capturar a la dama como rehén será nuestra mejor baza si queremos sacar al Guardián de Escocia de su escondrijo. Dejémonos de lisonjas más propias de mujeres y demos la victoria a nuestro rey —alardeó Sir Kenion, aún resentido porque Balliol lo tuviera cobrando impuestos en vez de en primera línea de batalla.

—Quizás estéis en lo cierto —rumió Plantagenet, atusándose la barba.

Su homónimo y tocayo lo miró airado y resopló. El pecho del conde de Atholl creció un palmo de pura satisfacción. El rey *sassenach* siguió dando voz a sus pensamientos a la vez que colocaba una nueva figurita de un soldado de madera en el mapa desplegado en la mesa y cogiendo otra de un jinete mejor tallado.

—Tomar el castillo de Kildrummy mientras Lord Henry de Grosmont sigue abriendo la brecha hacia el norte hará que nuestro peor enemigo tenga que elegir entre salvar a su esposa o defender las Highlands. ¡Es magnífico!

—¡Es arriesgado! —exclamó Balliol sin aguardar que terminase y contrariándolo—. ¿Y si manda a sus hombres? ¿O intercepta nuestras tropas? ¿O el castillo tiene suficientes recursos para aguantar un sitio durante un tiempo? Esos hombres son necesarios si queremos recuperar el norte.

—¿Y si...? ¿Y si...? —le remedó Sir Kenion Strathbogie—. Yo tomaré Kildrummy y no necesito más que mis hombres.

Los ojos de Balliol refulgían odio y el mentón de su boca reproducía un extraño tic.

—Uno de mis mejores hombres os acompañará —sentenció el rey Plantagenet, sin importarle que el conde quisiera llevarse la gloria solo, y se dirigió al susodicho como si nadie más estuviese presente—: Mi querido Ralph, necesito que seáis mis ojos y mis oídos en tamaña empresa.

El conde Stafford asintió mostrando una apretada sonrisa en su rostro. Apenas pestañeaba, preso de la tensión que se respiraba y de la rabia que sentía. Si le hubiesen solicitado su opinión, habría preferido luchar en primera línea junto a Henry de Grosmont antes que ser la niñera de un hombre tan díscolo como Kenion, pero no lo habían hecho y jamás se mostraría contrario a una decisión del rey.

Se relajó al ver que la orden del rey le había sentado al perro de Balliol peor incluso que a él mismo, pues apretaba los dientes sin disimulo alguno. Ambos estaban abocados a entenderse. Sabía que no sería tarea fácil



que el conde de Atholl acatará sus normas. Era mezquino y traicionero. Lo mejor y peor era que se jactaba de ello. En definitiva, tendría que estar alerta siempre. Cruzaron una breve y altiva mirada, dejando clara su antipatía mutua.

—Pero... —empezó a decir el conde Stafford. Sin embargo, ante el levantamiento de la ceja izquierda de su rey, rectificó—. Sí, mi señor. Es un honor para mí, mi rey.

Los ojos de Ralph bailaron burlones a la vez que se cruzaba de brazos con suficiencia. El rey le llamó al orden con un sencillo carraspeo.

—Partiréis hacia Aberdeenshire mañana mismo —notificó a los dos. Después se acercó al escocés y le puso la mano en el hombro, en un gesto propio de camaradería de no ser por la advertencia que lo acompañaba—. Espero por vuestro bien, Sir Kenion, que todo salga según lo previsto.

—Saldrá —aseguró sin amilanarse—. El niño-rey perderá a su mano derecha y derrocaremos a esos bárbaros de una vez por todas.

Lord Ralph Stafford debía reconocer que los tenía bien puestos...

—Que así sea —sentenció el rey.

Todos dieron el visto bueno. Quizás no fuera el estilo de conquista preferido para someter a los clanes del norte, pero Eduardo Plantagenet ya tenía puesta las miras en el trono francés y, cuanto antes liquidasen el problema de la insurrección de los escoceses, mejor que mejor.

Al día siguiente partieron según lo acordado. El conde Stafford solo llevó a su fiel escudero consigo y a un mensajero para llevar las notificaciones al rey. El resto de la infantería y jinetes a su cargo lo había cedido gustoso a la campaña del monarca. Su misión era vigilar que el conde de Atholl sitiara el castillo de Kildrummy y que Lady Christina no sufriese daño alguno. Muerta no le serviría a nadie y convertiría una cuestión de Estado en venganza personal.

Lord Ralph se mantuvo alejado de Sir Kenion durante la mayor parte del trayecto y evitó su afilada lengua. No obstante, los malintencionados comentarios del susodicho empezaron a ser la comidilla de todos esos brutos, traidores e insurgentes. Decidió pararle los pies antes de tener que cortarle la lengua él mismo. Poco le importaba la fama que le precediese a ese malnacido. Lo callaría aunque fuese lo último que hiciese en la faz de la tierra.

*Londres, Inglaterra, julio de 1336.*

A Erroll le dolía la cabeza como si dos ruedas de molino se la hubiesen trillado a conciencia. Parpadeó y evitó abrir los ojos de golpe por miedo a que la luz lo encandilara. Apenas había despuntado el día y suspiró de alivio. Tenía un extraño y desagradable sabor almibarado en la boca. No recordaba haber ingerido nada salvo ese fuerte hidromiel que parecía haberle nublado el pensamiento del todo.

Cerró los ojos de nuevo. Los recuerdos zigzagueaban confusos en su mente: su gata sentada en esa destartalada carreta y abrazada a aquel tipo; el sabor de las lágrimas mezcladas con el licor; la sensación de volver a romperse por dentro... Se llevó la mano al pecho, preso de la aprehensión, y después se las pasó exasperado por el rostro. Tenía que olvidar a Catherine.

—¡Iluso! —se amonestó en voz baja.

Ella había rehecho su vida y él... ¿Acaso él podía dejar de respirar y seguir vivo, olvidarse de quien lo hacía feliz y seguir cuerdo? Se dejó mecer en una especie de limbo de ensueño hasta que cayó en la cuenta de que no sabía dónde se encontraba. Se incorporó aturdido en el lecho. ¿Dónde demonios...? Estuvo a punto de blasfemar en voz alta. Acarició la superficie mullida, amplia y desconocida.

La habitación estaba en penumbra. Erroll pudo distinguir desde donde estaba que era espaciosa y que estaba ricamente amueblada. Debía de ser una estancia señorial por el estilo de la misma y de mujer, para ser precisos. Al fondo había una gran chimenea y el fuego debía haber estado encendido durante toda la noche, porque aún podían verse refulgir rescoldos entre las cenizas. La llama de la palmatoria que estaba sobre su dintel apenas alumbraba y amenazaba con extinguirse de un momento a otro, silueteando sombras a su alrededor. El olor a cera quemada y flores era intenso: lilas, romero y brezo, entre otras.

En definitiva, no reconocía el lugar donde se encontraba, absolutamente nada a su alrededor. Cuando fue a girarse a donde intuía debía de haber una ventana para seguir con su inspección, su estómago rugió como si albergase una alimaña dentro. Se sorprendió y avergonzó al mismo tiempo, agradeciendo encontrarse solo en la estancia. Solo. Estaba solo. «Como siempre, ¿qué esperabais?». Le dio por reír, fruto del estado de nervios que

aún le gobernaba.

¿Qué hacía en ese lugar? ¿Quién se había tomado la molestia de arrancarlo de los brazos de Baco y por qué lo había hecho? ¿Con qué derecho? Miró al techo y apretó los puños con fuerza, pero un pinchazo en la sien le recordó que el dolor de cabeza iba *in crescendo* y que esa serie de preguntas se quedarían sin respuestas por mucho que quisiera.

Debía huir de allí, de donde fuera que fuese aquel sitio. Echó a un lado las pieles que cubrían la cama y se levantó tambaleante. Sin embargo, su plan se vio frustrado en el instante en el que notó cómo la brisa mañanera le calaba los huesos. Estaba desnudo. Blasfemó. No había rastro de sus ropajes. Volvió a blasfemar, paseándose indeciso por la estancia. No podría escapar de allí como su madre lo trajo al mundo y hacerlo envuelto en un cortinaje se le antojaba demasiado exótico a esas alturas de su vida. «Esto va de mal a peor», pensó tan resignado como intrigado.

Le dolía la cabeza y se tocó el bulto que sobresalía en su coronilla con hastío. ¡Qué diablos!, se atrevió a blasfemar en voz alta, con las rodillas temblorosas y un leve mareo. Nunca antes se había sentido tan indefenso como entonces y, sin embargo, su cuerpo respondía excitado incomprensiblemente. «Debo estar preso de una pesadilla, ha de ser eso», se repitió como si el simple hecho diera veracidad a su pensamiento. Pero ese maldito regusto dulzón...

Se sobresaltó al escuchar pasos. Aún estaban lejos, pero se dirigían hacia allí sin lugar a dudas. Miró a su alrededor y se olvidó de su desnudez, presto a coger cualquier objeto contundente con el que poder defenderse de su captor. Se colocó tras la puerta, candelabro en mano, y esperó. Sin embargo, contuvo el aliento cuando descubrió de quién se trataba.

La silueta de la joven era inconfundible. ¡Había soñado tantas veces con esos bucles dorados cayendo en cascada! ¡Maldita fuera! ¿Qué tenía que ver ella con sus captores y por qué se presentaba en la alcoba de tal guisa? ¿Acaso no sabía que él la ocupaba? Erroll se sintió incapaz de reaccionar y mucho menos de pensar con coherencia. Cuando se decidió a hablar, la voz apenas le salió del cuerpo.

—¿Qué significa todo esto, Kelsey?

La condesa se giró con parsimonia. Erroll supo nada más enfrentarla que sabía muy bien que él estaba allí. No había extrañeza en su mirada. Solo

deseo. Un deseo hambriento y desconocido por él hasta entonces. Comenzó a martillearle un porqué en las sienes a sabiendas que jamás sería respondido. El interés de ella por su cuerpo era tan ávido que se sintió incómodo, pero ya no era un niño pudoroso que tuviera que estar escondiéndose.

Cuando fue consciente de la fina seda que apenas ocultaba las curvas femeninas, Erroll intentó apartar la mirada y recuperar el control. A ella se le escapó una risita. ¡Maldita fuera por segunda vez! ¿Se estaba burlando de su pundonor? ¿No era ella la casada y la que debería salvaguardar su reputación?

Kelsey dejó la palmatoria en la cómoda más cercana. Había luz más que suficiente con las velas del candelabro que sujetaba Erroll como si de un arma se tratase. Aún sonreía y estaba extrañamente tranquila, como si el esperado momento que había revivido mil veces en su cabeza encajase a la perfección.

La condesa Stafford jamás hubiese creído que ese joven que le había escrito versos de amor y empeñado su corazón para siempre se convertiría en el magnífico hombre que tenía ante sí. O quizás no lo había dudado nunca y por eso lo había buscado con desesperación. Su recuerdo parecía tan lejano que habría dudado de su veracidad de no haber atisbado el brillo de deseo en sus ojos.

Erroll era espléndido en su madurez, de músculos poderosos y bien definidos. Ojos hermosos, largas pestañas y barbilla marcada y orgullosa. Sin embargo, a pesar de su evidente atractivo físico, su magnetismo era lo que más le subyugaba. Ese halo de sabiduría, travesura y bonanza mezclada y expuesta en cada liviano gesto. Ese no se qué que la había embelesado siempre nada más abrir la boca.

Por un instante, Kelsey lamentó el día que no escapó con él lejos de la vida cómoda que le ofrecían sus padres y el que fuera su nuevo prometido. Lamentó no haber llegado a más en aquella fiesta del castillo, porque al menos así le habrían llamado adúltera con propiedad y hasta habría disfrutado siéndolo. Lamentó que, a pesar de que sus ojos estaban velados por la lujuria, no hubiese dado un paso más hasta ella, tirando el candelabro incluso y sin importarle provocar un incendio o que la habitación se consumiese entre llamas, pues ella sentía fuego correr por sus venas de solo verlo.

Kelsey había entrado en la estancia con la esperanza de verlo de nuevo rendido a sus pies tras días de agónica espera. Quería saborear el efecto que aún le provocaría verla, a pesar de los años pasados y de su traición al

abandonarlo por otro hombre que poco o nada tenía que ver con él. Por su parte, estaba dispuesta a olvidar que Erroll se hubiese encamado con aquel reflejo infame de sí misma. Porque eso era Dunstana para ella, una aberración del destino que había conseguido lo que la condesa Stafford tanto ansiaba por aquel entonces. A él.

Atrás habían quedado los aires de grandeza y el deseo de complacer a sus progenitores. Atrás, el único hombre que la había tratado como a una reina sin ser más que una de las hijas de un *Laird* de un clan menor con muchas ínfulas. Él, solo él, la había querido de esa forma y los recuerdos de ese amor puro y perdido la habían atormentado desde su reencuentro en aquella fiesta en el castillo de Edinburgh, desde que su marido la hubiese amenazado con proclamar a los cuatro vientos su adulterio y, más aún, desde que Erroll la había salvado de una muerte segura en el puente.

La condesa se aferró al mueble de su vera sin la templanza y seguridad de minutos antes. La sinrazón que la había llevado a espolpear a su caballo hasta el punto de desbocarlo ese día a las afueras de Londres aún la acompañaba.

Su vida había sido una farsa desde el instante en el que había accedido a casarse con el gran Ralph Stafford solo por complacer a sus padres. Una farsa que había tocado a su fin, según palabras del propio conde, pues todo lo prometido carecía de valor al sentirse traicionado por un beso. ¡Condenado fuera! ¡Bien podía arder junto a Sir Kenion Strathbogie en el infierno y hacerse mutua compañía!

En realidad, la única falta que podía reprocharle era el no haber conseguido engendrar un heredero varón. Uno que jamás llegaría porque hacía meses que su marido no visitaba su alcoba. De hecho, desde el regreso de la batalla de Culblean, ni siquiera dormían en la misma casa y ese fatídico día en el que Erroll había aparecido de la nada para salvarle la vida había averiguado porqué.

Kelsey dio un paso al frente, dejando prácticamente al descubierto la línea que unía el canal de sus senos con su sexo. Se complació al ver cómo vibraba la nuez de Adán del guerrero. No estaba todo perdido, pensó aceptando el revés del destino. Erroll... siempre había sabido que Erroll estaría al final del camino, que la perdonaría, que la amaría... Siempre.

Él no habría dado tanta importancia a un simple beso, a la réplica de un deseo adolescente insatisfecho, a las palabras de un miserable como Sir

Kenion Strathbogie, que bien se merecía el haber caído bajo la espada del Guardián de Escocia. «El demonio baile sobre vuestra tumba hasta el fin de los tiempos», rumió Kelsey con la bilis agriando su garganta a modo de letanía.

Dio un paso más, segura de sí. Erroll permaneció inmutable, con los ojos oscurecidos por una extraña oscuridad que bien podría estar a caballo entre la lujuria y el odio. Se mostraba desnudo sin pudor alguno, altivo, seguro y orgulloso de sí. Un guerrero fiero que, sin mover ni uno de sus trabajados músculos, imponía con su presencia sumisión y respeto. Algo novedoso para ella, que siempre lo había visto como a un igual.

El cuerpo de Kelsey reaccionó ansioso a la indiferencia de él. Sentía los senos pesados, los labios anhelantes por saborear su lengua y un cosquilleo que le anticipaba su húmeda respuesta. Todo en él era magnífico. Poco quedaba del joven con el que había compartido tardes de lluvia y sol nadando en el lago. ¿Dónde estaba el poeta, el que la agasajaba con suspiros agitados entre beso y beso? Todo en él se había endurecido. Sonrió traviesa, porque ella recordaba bien cómo hacerlo enloquecer.

Los recuerdos hicieron que sus pezones se irguieran y desplazaran provocadores la escasa tela que los cubría. Apenas quedaba piel sin exponer. Ni un parpadeo. Kelsey dio otro paso hacia él. Solo esa pequeña y traicionera protuberancia en su garganta vibraba con cada uno de sus movimientos, alentándola para asestar el golpe final.

—No os acerquéis —negó seco, parapetándose en el candelabro y dejando caer la cera fundida sobre la mullida alfombra.

Una risa seductora brotó de los labios femeninos y, mientras los humedecía con intención de acaparar su total atención, entornó los ojos con estudiado cuidado.

—¿Acaso teméis lo que os pueda hacer una mujer? —Kelsey dejó caer la seda que la cubría al suelo y se mostró en plenitud, segura de que sucumbiría a sus encantos—. Voy desarmada... Podéis comprobarlo vos mismo.

Años entre damas licenciosas de la corte le había dado recursos suficientes para engatusar hasta al mismísimo rey, si Felipa de Henao lo hubiese permitido alguna vez, claro. La condesa se giró con lentitud, desplazando con delicadeza la seda hacia un lado con el pie y mostrando otros labios más húmedos y ocultos. Su cuerpo se rebelaba ansioso por acortar la

breve distancia que los separaba y embeberse de cada poro de la piel de ese hombre que, por vez primera, parecía enjuiciarla y saber mantenerse alejado de ella.

—¿Qué queréis de mí, Kelsey? —le preguntó Erroll sin apartar los ojos de su depredadora.

Su voz nació grave, sin la calidez de antaño. Kelsey no reconocía al guerrero que tenía ante sí. ¿Dónde quedaba el pretendiente tierno y devoto que le habría puesto el mundo a sus pies por uno solo de sus pestaños? O eso había creído que haría hasta que la realidad se había impuesto y había renunciado a ser el *Laird* del clan Lyon y a los títulos y tierras que acarrecaba el cargo sin contar con ella. Con sus deseos. Con las exigencias impuestas por sus padres para desposarla.

¡No! El pasado no volvería para atormentarla y ya ambos habían pagado un alto precio. En su día, se había olvidado de él en un abrir y cerrar de ojos, tal y como le había pedido su padre que hiciera, y se había entregado a otro hombre. Por reputación. Por dinero. Como una ramera. Como una fiel esposa hasta ese día que había vuelto a verlo en la fiesta dada por el rey Eduardo en el castillo de Edinburgh y la tierra se había abierto a sus pies al saberlo con ella...

Ese beso le había hecho recordar que había ganado en riquezas, pero que había perdido algo mucho más valioso: el amor. Un amor que, sin ella sentirlo tan puro y recíproco, era de un valor incalculable. Un amor que recuperaría aunque la vida le fuese en ello.

Lo miró con la misma dureza que le había dedicado él nada más entrar. Sería suyo, aun cuando tuviese que retenerlo a la fuerza en sus aposentos, mermando su resistencia con brebajes hasta hacerlo entrar en razón. Suyo, porque ya no tenía nada que perder. Su matrimonio había caído en desgracia por un solo beso de ese hombre. Y no se arrepentía. Ya no.

Kelsey acertó las distancias y apresó la boca de Erroll con rabia, con desesperación, con un ansia infinita. Sería suyo. Nada tenía a parte de él, ni siquiera a sus hijas. ¡Se lo debía! Por él lo había perdido todo finalmente, hasta la razón.

Erroll se quedó inmóvil, perplejo ante esa marea de sinsentidos. Su sueño dorado lo engullía con un ansia que no había llegado a concebir ni en sus mejores fantasías. Todo parecía fruto de un hechizo, mas toda ella era real. Su piel cálida. Su lengua ávida. Su mirada nublada por un deseo oscuro que en

nada se parecía a la de... Jadeó, angustiado por el recuerdo de Cat y apartó a Kelsey sin miramientos, volviendo a poner distancia entre ellos.

—No... —apenas consiguió susurrar.

Kelsey ya no era la dueña de su corazón, se instó Erroll aferrándose a cualquier hilo de buen juicio que pudiera quedarle. Su cuerpo respondía al estímulo, al recuerdo, pero nada quedaba de ese amor de juventud. Respiró hondo y enfrentó su mirada como si de un lobo se tratase. Un lobo al que no iba a permitirle jugar a su antojo con él como ya había hecho antes.

Retrocedió asqueado. Deseaba quitarse su sabor de la boca tanto como el regusto dulzón con el que había amanecido esa mañana. Aún tenía la cabeza embotada y los reflejos lentos, pero no dudó en que se encontraba en ese estado por culpa de algún brebaje. Erroll apretó los labios, enfadado, sin entender a qué demonios jugaba Kelsey.

Sin embargo, ella dio otro paso hacia él. Contuvo una sonrisa traviesa, elucubrando mil formas de quitarle ese rictus serio. Primero lo enredaría con sus besos, lo enloquecería con sus manos y bebería de su aliento. Sí, eso haría para empezar. Sonrió de medio lado, pícara. Después lo enardecería hasta el punto de hacerle olvidar a cualquier otra porque, o era suyo, o no sería de nadie.

—¿Habéis perdido el juicio? ¿Cómo se os ocurre recibirme de tal guisa en vuestra propia casa? Vuestro marido...

—No vendrá.

—Pero los sirvientes...

—Se juegan su puesto de trabajo. Además, los pocos que se han quedado a mi cargo son leales a mi persona.

Erroll no entendió del todo sus palabras. ¿El conde Stafford permitía este tipo de devaneos de su esposa? ¿Qué hombre en sus cabales permitiría algo así? Tragó saliva. Él solo quería escapar, distraerla lo suficiente para llegar hasta la puerta e irse. Aunque fuera desnudo. La determinación de Kelsey le abrumaba. Su sueño se había hecho realidad cuando carecía de valor alguno.

Blasfemó ante su propia contrariedad, pues su cuerpo le clamaba resarcirse y su mente le instaba a alejarse de una vez por todas de esa loba con piel de cordero. ¿Por qué no podría el destino ponérselo fácil por una vez siquiera? Dejarse llevar, saciarse de ella y después... No, él ya no la quería de ese modo y no se complicaría la vida encamándose con la mujer de otro. Ya



no.

Los alertaron los ruidos de la primera planta de la casa. No eran los habituales en el despertar de cualquier hogar, más bien una acalorada discusión de la que pronto tendrían constancia, pues alguien se acercaba hacia ellos de forma apresurada.

Kelsey mostró su disgusto con un mohín bien conocido por Erroll. Uno que siempre ponía cuando el bollo de la merienda no tenía la mermelada de arándanos que tanto le gustaba o su *porridge* estaba demasiado caliente. El recuerdo le tensó aún más los testículos. Evocar ese tiempo donde ella había sido el sol de sus días no le hacía bien. Se esforzó por volver al presente, por rememorar otros ojos, más felinos y distantes.

La condesa reaccionó tremebunda cuando la puerta de la estancia se abrió como impulsada por un vendaval. Había avisado a sus sirvientes de que, vieran u oyesen lo que fuese, no la interrumpieran bajo ningún pretexto. Sin pensárselo, le quitó el candelabro de las manos a Erroll, dispuesta a enfrentarse a quien hubiese osado desobedecerla.

Sin embargo, la cólera de Kelsey pasó a sorpresa y a punto estuvo de echarse a reír a carcajadas cuando vio a la otra frente a sí, tan vestida y recatada que parecía la versión pazguata de ella misma, de quien había sido, de quien no volvería a ser jamás.



## Capítulo 09

### FRENTE A FRENTE

*Londres, Inglaterra, julio de 1336.*

Dunstana entró en la estancia como si fuese la dueña y señora del lugar. Estaba soberbia y engalanada con sus mejores joyas, desenvolviéndose con una soltura y determinación innatas. No dudó en ponerse entre el iracundo reflejo desnudo de sí misma y un Erroll boquiabierto. También carente de cualquier atuendo, tuvo que admitir frunciendo el ceño. Se obligó a mirar a cualquier parte que no fuera el espléndido cuerpo masculino. Él estaba en peligro, o eso se repetía para sus adentros, por mucho que su airosa verga mostrase lo contrario.

Refunfuñó. Había temido encontrárselos encamados o en pleno acto sexual. Había rezado incluso porque no fuera así y, aunque podía dar gracias por ello, fingió una templanza que no sentía al ver desnudos a ambos.

¿Acaso Katherine Kelsey Stafford se había vuelto loca? ¿Había secuestrado a un hombre a plena luz del día y lo había retenido en su propia casa! ¿Pronto sería la comidilla no solo de la corte, sino de todo Londres!

Debía sacar a Erroll de allí antes de que el conde Stafford regresara de Escocia. Pero, ¿había estado el irlandés en contra de su voluntad todo ese tiempo? Las dudas le atenazaron el estómago e hizo que las rodillas tuviesen

la consistencia de la mantequilla.

¿Cómo decirle que al otro lado de la calle lo aguardaba aquella mujer de la que tanto le había hablado, con el corazón en un puño y envuelta en lágrimas? ¿Cómo decirle que era padre, no solo de su hijo, cuando había prometido por su propia salud no hacerlo? ¿Cómo arrancarlo de los brazos de esa loba que tantas veces le había dejado el alma hecha jirones?

Tomó aire lentamente, le dio la espalda a él y la encaró, desafiando con la mirada a esa burda copia de sí misma.

—¿Interrumpo? —se atrevió a decir Dunstana con altivez y con una fingida sonrisa.

No dio opción a réplica, le tiró una muda de ropa limpia a Erroll que cazó al vuelo con la mano izquierda. Él dejó el candelabro sobre el mueble más cercano y, sin mediar palabra, comenzó a vestirse.

¡Cuánto la odiaba! Por quién había sido para Erroll, por que se interpusiera de nuevo cuando ya no era nadie... Por exponerlo, ¡maldita fuera!, a ser apresado o a batirse en duelo por quién le había roto en pedazos el corazón de todas las formas posibles.

—Es del conde Stafford —aclaró Lady Pulteney con tono seco—. Quizás os quede un poco ajustado, pero servirá.

—¿Cómo os atrevéis...? —siseó Kelsey, con el rostro cada vez más enrojecido—. ¡No tenéis derecho alguno!

—¿A tomar prestada esta ropa o a liberar a un hombre de vuestras garras? —le respondió con ironía.

Kelsey gruñó, mientras juraba que azotaría a quien le hubiese dado la muda y la hubiese dejado entrar en su casa.

—¡Lo lamentaréis! —chilló histérica.

Erroll supo que se refería a ambos, pero lo único que lamentaba era el tiempo que había estado perdidamente enamorado de una sombra, de alguien que solo había existido en sus sueños y que jamás le había correspondido.

—Quizás algún día, pero el juego ha terminado por hoy —le respondió Dunstana cruzándose de brazos tras tirarle el batín de seda para que se cubriera.

Erroll se acomodó como pudo las estrechas calzas y se puso las botas. Era una suerte que le sirvieran las del conde. No quiso mirar hacia Kelsey, agarró de nuevo el candelabro con una mano y con la otra cogió la de Dunstana. Salieron raudos de la estancia y hasta que no se cercioraron de que

la condesa no los seguía escaleras abajo, la joven no se atrevió a preguntarle por cómo estaba. Él omitió contestarle a eso, aún avergonzado por haber sido presa fácil.

—¿Qué fecha es hoy? —le preguntó como respuesta.

—Diecisiete de julio.

Erroll gruñó y aceleró el paso, sujetando con más fuerza la mano de Dunstana. El pasillo no parecía tener fin. Los sirvientes cerraban las puertas a su paso.

—¿Cuánto lleváis aquí? —susurró Dunstana a pesar de saber la respuesta por el hombre y las mujeres que habían ido a buscarla desesperadas por saberlo sano y salvo.

—Cinco días.

—Con razón tenéis a la gata de uñas.

Erroll frenó en seco para mirarla, pero fue Dunstana la que le instó a seguir.

—Aquí no. Ya habrá tiempo de ponerlos al día de todo. Que el conde haya abandonado a su esposa, como muchos han llegado a asegurarme estos días, no quita para que se presente aquí y haga su perfecto papel de marido despechado. De hecho, una acusación como esa le valdría incluso para convencer a Sir Hugh de Audley de que sus intenciones para con su hija son honorables.

El dolor de cabeza de Erroll crecía por momentos. ¿Lord Ralph Stafford había dejado a Kelsey? ¿Por otra mujer? Le resultaba tan increíble como que el hombre pisara alguna vez la Luna, pero le ayudaba a comprender la actitud desinhibida, por así decirlo, de ella. No obstante, el que él no fuera más que una espina, un clavo ardiendo al que aferrarse, hirió su orgullo.

Agradeció más que nunca salir de esa casa. Quería quitarse el mal sabor de la boca, acostarse y amanecer en Escocia. Olvidar que había tenido a Kelsey en sus brazos y no había sentido más emoción que la que inspira una piel femenina suave y tersa. O mejor aún, olvidar que Catherine había rehecho su vida con otro. Olvidar que había apostado tarde y con malas cartas. Olvidar... ¿Sería mucho pedir? ¡Maldita su suerte!

El guerrero sopló las velas del candelabro al salir por la puerta principal y lo dejó en el umbral. Era de día, aunque uno de esos encapotados en los que la lluvia, el viento, las nubes y el sol intercambian roles sin previo aviso. En ese instante estaba nublado, pero la claridad hizo que Erroll

entrecerrara los ojos, cegado por la luz. De pronto, se le paró el corazón al percatarse de que al otro lado de la calle estaba ella. Su gata.

Catherine se llevó la mano al pecho al ver que la pesada puerta principal se abría. Eda la agarró del antebrazo para evitar que la gata hiciese alguna imprudencia. Aún se preguntaba cómo su amiga seguía en pie tras varios días sin pegar ojo. Los dedos temblorosos de la joven se aferraron al chal, o quizás era ella la que tiritaba como si estuviese muerta de frío. Ambas mujeres contuvieron el aliento.

La escalinata de acceso daba a un jardín desangelado y falto de muchas peonadas quitando malas hierbas. No era propio de alguien de tan alta alcurnia tener sus propiedades en tal estado de abandono. Pero, ¿a quién le importaba eso ahora? Los nervios de Cat le hacían aferrarse al chal de gruesa lana con desesperación. ¿Alguien saldría por fin? Estaban lejos para apreciar detalles.

Las calles aún estaban desiertas y los pocos trabajadores que pasaban iban con demasiada prisa como para reparar en ellos. Mejor, podrían haberse encontrado con algún conocido y... ¿qué explicaciones podrían darle? Nadie debería saber que estaban allí y mucho menos porqué.

Joe siguió acariciando el pomo de su espada de forma distraída y sin dejar de mirar en la misma dirección que ella. Eda prefirió mirarse las punteras de sus humildes zapatos y abrirlas y cerrarlas como entretenimiento, temerosa de cualquier mala nueva.

Los perros que custodiaban la entrada a la propiedad con fiereza y que no dejaban que nadie se acercase siquiera al muro estaban en esa ocasión más tranquilos. La gata aún recordaba con angustia cómo habían tenido que entretenerlos con comida para que Dunstana pudiera cruzar la verja de un limpio salto a caballo. Había sido la única forma de no alertar de su llegada a los sirvientes, según les había dicho la distinguida dama y no estaba falta de razón. Aún se relamían, entre bostezo y bostezo, y con las barrigas hartas de un festín que habían devorado en apenas minutos. El sustento de casi dos semanas, pero que ella daba por bien empleado porque Dunstana había llegado a la suntuosa edificación sin contratiempos.

—Por Dios que lo encuentre —murmuró Cat en un sollozo quedo.

La gata exhaló hasta el último aliento cuando apreció que dos personas

salían por fin de la majestuosa edificación. Aguzó la vista y entrecerró los ojos, pero la brillante y mortecina luz de la mañana le impidió saber con exactitud si se trataba de Erroll y Dunstana. Esta vez Eda no pudo frenarla y cruzó la calle, amparándose de ser descubierta por las madre selvas del muro.

Catherine se atusó el cabello y se alisó las arrugas del faldón de lana. Sabía que no tenía el mejor de los aspectos, ya que la angustia por no saber de él todos esos días había demacrado su semblante y grabado ojeras oscuras bajo sus ojos. Suspiró al ver que Erroll salía por su propio pie y ayudaba a Dunstana a subir al caballo. Parecía desorientado y, aún así, tan hermoso...

Hacían buena pareja. Los dos rubios, distinguidos y de buena familia. La pareja perfecta, de hecho. Se arrebujó en el chal a pesar de que no hacía frío, más necesitada de un abrazo de lo que jamás se había permitido admitir en todos aquellos meses. El labio inferior le temblaba y se lo mordisqueó con saña hasta saborear el regusto metálico de su propia sangre.

¡Qué sencillo había sido su mundo antes de conocerlo! ¡Qué sencillo y qué vacío! Se lamentó. De lo que no se arrepentiría nunca era de haber expuesto de nuevo su corazón si con ello le salvaba la vida. Se lo debía de algún modo. Él le había regalado una razón para vivir, una parte de su alma que crecería a su lado para siempre. Se lo debía. A él. A ellos. Se lo debía.

Le había costado mucho dar el paso de ir a buscar a Dunstana para que les ayudara, tal y como sugirió Joe, al ser conscientes de lo que había ocurrido en el puente cinco días atrás. Al principio, Catherine se mostró reticente con la propuesta del guía, incluso quiso obviar lo que había pasado y dejar que el destino lo alejara de una vez por todas de su vida y de allí. Pero cuando tomó esa decisión, las palabras enmudecieron en su boca y Ronnie comenzó a llorar de forma repentina e insistente. Nada ni nadie parecía poder consolar al niño.

En un intento desesperado le había preguntado: ¿Qué tenéis? Ante la atenta mirada de sus amigos, cabizbajos y sin ser capaces de aconsejarla por temor a equivocarse. Ronnie le devolvió un hipido lastimero que le llegó al alma, aferraba con sus manitas dos mechones de su pelo, sin hacerle daño, pero sin soltarla. ¡Le recordaba tanto a él!

No podría dejar a Erroll a merced de su suerte aunque quisiera. No podría dejarlo sin recordar lo cobarde que había sido cada vez que mirara a Ronnie. Joe Patterson estaba en lo cierto: Lady Dunstana Pulteney era la única que podría dar con su paradero. La única que podría llegar a él sin levantar sospechas o sin que los tomaran por una pandilla de ladrones. Además, si algo

no salía como lo planeado y los apresaban, ellos serían carne fácil de un juicio rápido, pues lo más valioso que poseían era la vida y poco valía esta en tiempos de guerra y hambre. Junto a ella tendrían una oportunidad.

No fue fácil ser recibidos por Milady. De hecho, fueron invitados a abandonar el umbral de los Pulteney, bajo amenaza de baldearlos con el cubo de aguas fecales, de forma gentil. Aún así, Cat y sus amigos no desistieron y esperaron pacientes a que Dunstana saliera. Salvo Joe, que la había visto de lejos, ninguno de los presentes sabía cómo era su aspecto, pero no tuvieron duda alguna de que era ella cuando salió seguida de una doncella y un bebé angelical.

El guía se acercó a ambas mujeres con tal sigilo que dieron un respingo. Antes de que huyeran o gritaran pidiendo auxilio, levantó las manos en señal de rendición y bajó la cabeza con humildad.

—Gritaré —le amenazó Dunstana, que había reaccionado con rapidez y parapetando a la doncella y al pequeño con su cuerpo. El aspecto del hombre le había dado grima, estaba sucio y desesperado. Quizás con unas monedas se iría sin causar problemas, pero su respuesta la desarmó.

—No será necesario, mi señora.

—No soy... —empezó a decir ella contrariada cuando él la interrumpió.

—Es Erroll.

Dunstana se puso lívida y miró a la doncella. Esta asintió, echó un vistazo a su alrededor para comprobar que no las había seguido nadie y se hizo a un lado para darles algo de privacidad.

—¿De qué se trata?

La joven intentó mostrarse distante, aunque estaba a punto de perder los nervios y zarandear al hombre para que confesase todo lo que sabía. Miró a su derredor y se topó con unos ojos felinos que la miraban con tremenda curiosidad y suspicacia. Supo que era ella. La gata de Erroll. No esperó a que Joe le dijera nada más y encaminó sus pasos hasta tenerla frente a frente. Si ella estaba allí, debía haber ocurrido algo gravísimo.

Catherine no se amedrentó ante la presencia arrolladora de Dunstana. Aún era más hermosa en las distancias cortas y desprendía un halo de seguridad envidiable. Su melena rubia y perfecta; su rostro ovalado y de pómulos altos; su nariz patricia, de ojos almendrados y boca sonrosada como las grosellas silvestres... Se descubrió buscando algún fallo en su apostura,

pero nada en ella era excesivo o falto. Era exquisita. Se sintió tosca y poco femenina a su lado, mas no permitió que su rostro mostrara su alma atormentada. Muy al contrario, se envaró y echó los hombros hacia atrás, como si estuviese estudiando a un adversario. Alzó una ceja y aguardó a que la dama se pronunciase.

—Sois Catherine, ¿verdad?

La gata admiró la franqueza y acertada deducción de la mujer. Aunque se guardó la inmensa alegría de saber que Erroll le había hablado de ella lo mejor que pudo y la inquietud propia de los celos, que arrinconó en lo más profundo de su mente, fue inevitable que sus pupilas bailaran de regocijo puro un breve instante y la comisura de sus labios se alzara con timidez, como la llama de una vela que titila ante una corriente de aire. Detalles gestuales que habrían pasado desapercibidos para otros, pero no para Dunstana, que la observaba con la misma atención con la que ella era estudiada.

Cat simplemente asintió. La curiosidad por saber la una de la otra era fuerte en ambas, pero la necesidad de salvarlo y de convencerla de que los ayudara, era imperiosa. Sin embargo, Dunstana fue la primera en hablar.

—Decidme, ¿qué ha pasado y en qué creéis que puedo ser de ayuda?

Joe intervino recuperando el turno de palabra ante una enmudecida Cat. Dunstana lo escuchaba con sus ojos puestos en la gata, que poco a poco iba recuperando el temple.

—¿Cómo decís que era el escudo? —preguntó de repente la dama, posando sus ojos en él.

—Fondo amarillo... —empezó a decir el hombre y ella lo volvió a interrumpir ansiosa por saber si se confirmaba su intuición.

—¿Con una especie de punta de flecha roja...?

—Sí —concluyó Joe—. Lo conocéis, ¿no es cierto?

—Es el escudo de los condes Stafford —sentenció Dunstana con un rictus que afeaba su armoniosa faz y sin mostrar ápice de duda.

Catherine exhaló el aire con pesadumbre. No sería fácil rescatarlo de la casa de un conde sin levantar sospechas. Ni siquiera Dunstana podría entrar y salir con total libertad sin dar más de una explicación. ¿Por qué lo habrían secuestrado? ¿De qué se le acusaba? Y, sobre todo, ¿qué vinculaba a los Stafford con Erroll? Nada parecía tener sentido. ¡Eran tantas las preguntas y tan pocas las respuestas! Resopló.

—No os angustiéis, querida. Tenemos una oportunidad —declaró



Dunstana sin perder la sonrisa.

—Que Dios os escuche... —musitó Eda, interviniendo por primera vez.

Pero Catherine seguía sin tenerlas todas consigo. Una oportunidad. Se aferró a esa esperanza con uñas y dientes, porque solo veía abismo a su alrededor. Eda le pasó el brazo por el hombro y le sonrió para darle ánimo. Ella solo quería despertar de esa pesadilla y verlo libre.

Martha se acercó con Ronnie en brazos y se quedó en un segundo plano, deseosa de saber algo más. El pequeño se chupaba el dedo pulgar y estaba tranquilo. Gorjeó y todos se giraron a mirarlo con embeleso. Dunstana dio un paso hacia Martha, le acarició la carita con mimo al bebé y le dibujó el perfil con el dedo. Ronnie le dedicó una sonrisa luminosa y desdentada. Una de esas que tanto le recordaban a su padre.

Catherine se envaró y apretó las mandíbulas con fuerza. Le habría gustado decirle que no lo tocara, no ver el rostro de sorpresa de la dama ni ser objeto de su mirada penetrante. Le habría gustado que no supiera su secreto y mantener al niño al margen, porque aún no sabía si se podrían fiar de ella, o si terminaría confesándole su reciente paternidad a Erroll.

—No lo sabe... —murmuró Dunstana más para sí que para el resto.

—No, y así ha de seguir siendo —respondió Cat con acritud.

Dunstana la miró a los ojos sin comprender, pero asintió queda. Era un asunto de ellos y no se inmiscuiría salvo que se lo pidiesen. Pero conocía a Erroll, no renunciaría a dos hijos, ni tampoco a la mujer que amaba. Lucharía y ella estaría allí para apoyarlo.

Martha se sentía confusa y aún estaba boquiabierta. Se atrevió a preguntar:

—¿Cómo lo habéis sabido?

—Mi hijo también se parece a su padre.

Cat sintió que una flecha le atravesaba el corazón y lo rompía en mil pedazos. Se llevó una mano al pecho y otra a los labios. Temblaba. Si tenía la vaga esperanza de que Erroll algún día la mirara con otros ojos, allí murió. Dunstana se apiadó de ella. No todo estaba perdido entre ellos, pensó. «Bajo esa coraza impuesta, aún está la mujer que lo ama».

—Él lo sabe, Catherine. Se lo dije hace unos días. Pero renunció a sus derechos como padre por el bien del niño y del mío propio. No es a mí a quien él ama. ¿Lo entendéis?

¡Demasiado bien sabía ella a quién amaba! Cat apretó tanto los labios para no pronunciar el nombre de Kelsey que sintió el regusto metálico de la sangre en su boca. Se había mordido la lengua literalmente y espetó desdeñosa:

—Poco importa en estos momentos lo que yo entienda. ¿No creéis?

Dunstana suspiró. Cat no había entendido nada. Contuvo las ganas de replicarle y decirle que era ella y ninguna otra por la que el irlandés suspiraba, pero no era su labor. Erroll lo haría a la perfección cuando ambos dejaran el orgullo atrás y hablaran con el corazón.

Catherine había dejado de mirarla a los ojos. Dunstana lamentó verla disgustada, algo rabiosa y al borde de las lágrimas, pero admiró que siguiera ahí, sin desmoronarse, a pesar de creer que él no la correspondía. «No existe mujer mejor para Erroll», admitió para sí y sin ápice de amargura. Sin duda era ella. La gata. La gata de Erroll. Suspiró.

—Ciñámonos a lo que nos incumbe —medió Joe entre ellas en un intento de rebajar la tensión y el extraño silencio en el que todos se habían sumido—. Decís que tenemos una oportunidad, Milady. Somos todo oídos.

Desde que había entrado Dunstana en la casa de los Stafford, cada minuto de espera le había quebrado el alma en lascas finas y punzantes a Catherine. Las dudas de si estaban haciendo lo correcto o de si Erroll estaba por voluntad propia con la condesa Stafford la martirizaba. Aún le avergonzaba recordar su reacción al escuchar que Kelsey y la condesa eran la misma persona. No era propio de ella desmayarse ni, después de recuperarse, dar patadas a cualquier objeto que alcanzasen sus pies.

¿No se había dicho a sí misma que ya no le quería, que estaba mejor sin él, o que no lo necesitaba? ¡Maldito fuera! ¿Por qué había regresado de nuevo a su vida si era para irse con otra? En ese instante, se había concedido el lujo de llorar. Llorar como no se había permitido hasta entonces, mientras sus amigos la miraban con pesadumbre y Dunstana la abrazaba con la ternura de una madre, consolándola.

—Ha venido por vos. Sed fuerte. Él os necesita —le había susurrado.

No quería que nadie sintiera lástima por ella.

Solo quería verlo.

Aunque fuera por última vez.

Y allí estaba Cat, esperando con el estómago revuelto por la desazón y los nervios a flor de piel frente a la mansión de los Stafford. Ella, que siempre

había sido una mujer de acción y algo impaciente; que había sido libre como el viento y sin mayor preocupación que la de saber si habían recolectado lo suficiente en la actuación para pagar el alojamiento en la posada y su sustento. Ella, ahora madre, sin ser esposa. Una gata sin tejado, sin corazón al que maullarle.

Se mordisqueó el labio con saña y maldijo por lo bajo. Tenía que centrarse. Calmar los nervios como fuera y dejar de mecer a Ronnie sin descanso. «¡Pobre mío!», pensó mirando sus ojos espantados y su carita de disgusto, algo mareado de tanto vaivén. «¡Se parece tanto a su padre!».

Como si Martha le hubiese leído el pensamiento, había cogido al bebé antes de que este se pusiese a berrear y calmado sus pucheros con voz melosa. Ella había seguido concentrada en la puerta y tardó en apreciar que Martha y Ronnie no estaban.

—¿Dónde...?

—No os preocupéis, querida —la interrumpió Eda—. Mi prima ha dicho que se lo llevará a casa y que lo entretendrá con leche rebajada en agua si tardáis más de lo esperado.

—Oh —alcanzó a decir, algo azorada por no haber notado su ausencia antes.

Eda estaba teniendo esos días una paciencia infinita con ella. Nunca sabría cómo agradecerse lo.

—No hay de qué —le dijo, guiñándole un ojo su amiga—. Además, si todo sale como lo previsto, tendréis tiempo de hablar con él a solas y contarle.

Cat asintió, a pesar de no tenerlas todas consigo. ¿Cómo se tomaría Erroll saber que le había ocultado que estaba embarazada o que era padre de un niño? De otro, refunfuñó. Eda alzó la ceja y chasqueó la lengua.

—¿No escuchasteis a la señora? ¡Vino por vos! Querrá a Ronnie. ¡No lo dudéis!

Catherine apretó los labios como respuesta y volvió a fijar su mirada en aquella puerta.

Al poco rato, dos siluetas salieron de la majestuosa casa y su corazón se desbocó. Eran Erroll y Dunstana cogidos de la mano. El guerrero ayudó a la dama a montar a caballo. Nadie parecía franquearles el paso ni dar voz de alarma. Sin embargo, Cat sabía que algo no iba bien. Sentía el mal cerniéndose sobre sus cabezas.

Cruzó la calle y se mantuvo oculta entre los zarzales que crecían en el

muro de piedra de alrededor de la mansión. Desde allí, podía seguir viendo la escena. La aparición de un ángel, etéreo y luminoso, la paralizó. Se frotó los ojos y supo que era ella: Kelsey, aunque se parecía tanto a Dunstana que pensó que había enloquecido, o que estaba bajo los efectos de algún maquiavélico maleficio, o quizás que los celos le hacían ver doble.

Cat se pellizcó con fuerza para comprobar que no estaba soñando y el dolor le atravesó. No lloraría. No. Tenía que haber una explicación. Una convincente donde ella no volviera a ser la cruel burla del destino. ¿Eran gemelas? Su parecido era notable. ¿Por qué no se lo había confesado? ¡Y por Dios Bendito! ¡Kelsey iba prácticamente desnuda!

La gata sintió que las piernas no la sostenían, que el aire le faltaba y que se mareaba. Olvidó la presencia de los perros, que aún se relamían y bostezaban satisfechos por el succulento banquete. Se frotó de nuevo los ojos, pero todo seguía tal cual lo había visto segundos antes.

En ese preciso instante, Dunstana se dirigió con enfado a Kelsey cuando esta sujetó del brazo a Erroll para que la enfrentara. Lo miraba arrobada, pero sus gestos mostraban exigencia. Cat apenas era capaz de mantenerse en pie, presa de los celos, de la rabia y de la ira que la embargaban. Quiso gritar que lo dejase en paz, pero la voz parecía haberla abandonado junto a las fuerzas.

Erroll irradiaba fiereza. Nunca lo había visto así. Parecía vulnerable y a la vez despiadado. Su rostro y su cuerpo estaban tensos, contenidos, prestos para el ataque. No había nada que le recordara al hombre divertido y afectuoso al que había regalado su inocencia y su corazón. Catherine sintió frío. El temor a perderlo para siempre se hizo palpable.

—Erroll, amor mío... —susurró la gata apenas.

Él miró hacia ella, en la lejanía. ¿Era posible que la hubiese escuchado? Sus miradas se engarzaron lo que tardaba un suspiro, pero a ella le pareció que hasta brillaba la luz del sol por vez primera en ese marchito día. ¿De verdad la habría visto? Un atisbo de sonrisa en su rostro masculino se lo confirmó. Uno interrumpido por Kelsey, la plañidera. ¿Había sido para ella o tanto deseaba que así fuera que se lo había imaginado? Cat aguantó la respiración, dio un paso atrás desconcertada por la posibilidad de que todo fuese una ilusión y se pinchó con los zarzales.

En ese mismo momento, Erroll se soltó del abrazo de Kelsey con brío y aprovechó el desconcierto de la condesa para subirse al caballo. Dunstana le

cedió las riendas y él rodeó su cintura con presteza. No tenían tiempo que perder, pronto acudiría la servidumbre para ayudar a su señora, incluso la guardia real alertada por algún vecino.

El irlandés azuzó a la bestia sin mirar atrás. Kelsey echó a correr tras ellos, descalza, gritando, llorando y exigiendo que se detuviera hasta que los vio saltar el muro y perderse en la calle. Parecía desesperada, aferrada a la reja, suplicante... Sentimientos encontrados abofetearon a Cat hasta que la realidad se impuso y la venus se transformó en arpía, escupiendo todo el odio que llevaba dentro.

—¡¡¡Me las pagaréis!!! —vociferó—. Lo juro por todos los santos conocidos que no cejaré hasta veros convertida en polvo. Y a vos, a vos os maldigo con quererme siempre, porque no habrá nadie que consiga que me olvidéis. ¡Nunca! ¿Me oís, maldito? ¡Estáis condenado!

Cat sintió un escalofrío. Ese extraño ser, tan parecido en cuerpo a los ángeles de los sermones que los sacerdotes describían desde sus púlpitos, era un lobo bajo la piel de un cordero. Kelsey no estaba enamorada de Erroll, para ella solo era una posesión. Una que acababan de arrebatarse y de ahí su rabieta desmedida. No era digna de él, de su amor ciego, de sus mejores sueños ni de sus peores pesadillas.

Los perros ladraban y aullaban junto a la reja, rabiosos por salir y azuzados por una Kelsey fuera de sí. La gata permaneció inmóvil, oculta entre las zarzas. No supo cuánto tiempo estuvo allí, pero se sentía exhausta. Inspiró el aire con lentitud, necesitada de paz. Sus amigos ya no estaban al otro lado de la calle y ella no podía salir de allí sin ser descubierta. Tendría que esperar a que esa arpía se aburriera.

Los sirvientes de la condesa dejaron a Kelsey donde estaba tras varios intentos fallidos para que regresara a la casa y la amenaza de su señora de despellejarlos vivos. Solo habían conseguido ponerle una manta por encima, pero seguía descalza, desvariaba y lo mismo sollozaba anécdotas que injuriaba a diestro y siniestro. Sobre todo a él.

Catherine se mordió la lengua ante la nueva oleada de insultos. ¿Cuándo se había vuelto imprudente y había dejado de llevar armas encima? Le habría gustado enfrentarse a ese demonio y gritarle que él no estaba maldito, que era un hombre bueno y que merecía ser feliz, aunque fuese otra la que le devolviese el corazón que esa condenada Kelsey le había robado. Porque él lo merecía.

Varios jinetes llegaron al enrejado, sin percatarse de su presencia. La condesa no se hizo a un lado, pero ella aprovecharía la distracción para huir. Uno de los hombres parecía conocer bien a la arpía. Pudo apreciar familiaridad en sus gestos aunque, por cómo intentaba calmarla, supo que no se trataba del conde. Catherine se ocultó bajo el chal y comenzó a andar dándole la espalda a los recién llegados y agradeciendo que el espectáculo que Kelsey ofrecía fuese lo suficientemente atractivo como para no reparar en ella.

La gata regresó al hogar a duras penas y se abrazó a Eda nada más llegar. Estaba al límite de sus fuerzas.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué tenéis? —le preguntó Eda al verla tan demacrada—. ¿Lo habéis visto?

Martha fue más prudente, removió el caldero y meció a Ronnie, que aún dormitaba en sus brazos. Catherine se sentó junto a la lumbre y negó con la cabeza. Eda la abrazó de nuevo para reconfortarla y le dijo:

—Dicen que la ausencia de nuevas es buena señal. ¿Verdad?



## Capítulo 10

# DON PEDRO PONCE DE LEÓN EL VIEJO

*Convento de Hermanas Clarisas, Sevilla, julio de 1336.*

—¿Alguna nueva de Don Alonso?

Malen negó con la cabeza tras cerrar la puerta con sumo sigilo. Isabel comenzó a tamborilear los dedos sobre la mesa como siempre hacía cuando estaba nerviosa. Al poco de que Don Alonso Ortiz emprendiera viaje a Palencia en busca de Doña María González de Daza, la supuesta esposa de Don Ramiro y la única que podría evitar el compromiso de este con Isabel, el rey lo mandó a llamar para que se uniese al sitio de Lerma. Como caballero del rey, no tuvo más remedio que obedecer con premura y diligencia.

Por lo que habían podido saber, el joven ricohombre había aprovechado el sitio para tener controlado al pretendiente de la de Ayala, que se había ofrecido voluntario para acompañar al rey en su intento de sofocar la revuelta en la nobleza castellana.

—¿Qué podemos hacer? Son casi cuatro meses sin saber nada de él.

Malen sopesó la situación. Si Don Alonso no había podido contactar previamente con la esposa de Don Ramiro o si esta había rehusado ayudarlos por el motivo que fuere, deberían empezar a buscar otras alternativas. A esas alturas del cuento, la escocesa había perdido la esperanza de que el joven

castellano estuviese de regreso para la fecha convenida.

—No lo sé, Isabel. En palacio no dejan de llegar mensajeros pero ninguno sabe nada sobre Don Alonso salvo que sigue junto al rey.

La de Ayala se tapó el rostro con las manos y sollozó. Ella nunca había sido tan fuerte como su hermana mayor, ni tan bondadosa como Elvira. ¿Cómo era ella? ¡Ni siquiera lo sabía! ¡Las echaba tanto de menos! El sollozo se convirtió en un llanto desconsolado y Malen dejó que se desahogara hasta que las lágrimas dejaron de florecer en sus ojos.

—Lo lamento —se excusó la joven compungida e hizo un intento vano de sonreír.

Malen se puso tras ella sin decir nada y le masajeó los hombros. Isabel no era más que una niña cuando la vida le había arrebatado a su madre y a su hermana de una forma cruel, después el destierro de la primogénita, el aprender a subsistir, las largas ausencias del padre a causa del trabajo... Isabel había crecido sola y entre gente que no la quería, o no la quería demasiado. Había enterrado a todos sus seres queridos y de algunos no había podido despedirse siquiera. Como a ella, no le quedaba nada a lo que aferrarse salvo la propia supervivencia. Solo se tenían la una a la otra para salir indemnes de la siguiente prueba del destino y eso harían. Por Leonor. Por Isabel. Por ella misma.

Malen e Isabel se habían hecho muy amigas en esos meses, aunque la de Ayala seguía guardando ciertas distancias, temerosa de dar su corazón y que la vida de nuevo le fallase. La joven ronroneó de gusto, rendida ante las maravillosas manos de la escocesa.

—¿Habéis conseguido a alguien que pueda testificar contra él? —le preguntó Malen de repente rompiendo esa frágil burbuja de ensoñación.

—Nadie es tan loco como para querer hacerlo.

—Tenemos monedas y joyas suficientes.

—Necesarias si queremos huir de aquí, pues difícil lo tendremos si vamos con lo puesto...

La mera idea de casarse con Don Ramiro le repugnaba, más aún cuando todo apuntaba a que había tenido algo que ver en la muerte de su padre y de su querida hermana. Nadie se lo había confirmado, pero había silencios que hablaban más que cualquier chismosa de la corte. De hecho, podrían haber aprovechado que el rey y su fiel séquito estaban más pendientes de las revueltas castellano-portuguesas y huir, pero siempre habían tenido que



retrasar el viaje por una cosa o por otra.

—Hice lo que me sugeristeis —susurró la joven morena de repente y se levantó de su asiento, dándole la espalda a la escocesa mientras buscaba un hatillo de tela bajo el catre.

Todos esos meses tras la muerte de su padre y de su adorada hermana habían sido una auténtica tortura para Isabel. Al principio se había negado a ingerir vianda alguna, alimentándose solo de recuerdos y de las escasas visitas que su prometido Don Ramiro le permitía hacer al convento de Clarisas o a los jardines. Siempre custodiada. Siempre sola. El día que le consintió ir a Malaqa a rezar sobre la tumba de su padre, su vida cambió al reencontrarse con Malen. Al pronto creyó que se trataba de un ánima que había tomado su apariencia para atormentarla y se asustó. Pero Malen era decidida y estaba dispuesta a ayudarla, no sabía muy bien por qué, solo que era su única oportunidad para volver a Escocia.

Desde entonces, Isabel había querido confiar en la escocesa y se había dejado guiar por la sabiduría que dan los años. Se armó de valor, abrió el hatillo y le mostró la nueva joya: un magnífico collar de oro y esmeraldas. Los ojos de Malen se abrieron con desmesura.

—¡Qué generoso Don Ramiro! —exclamó la escocesa asqueada.

—No ha sido él —negó presurosa Isabel, envolviendo con la misma rapidez la alhaja.

Malen se sentó sobre el catre y la miró perpleja.

—¿Y entonces de quién es semejante regalo?

—De Don Jofre Tenorio.

—¿Ese viejo verde que bien podría ser vuestro abuelo?

—Primer señor de la villa de Moguer, el mismo —recitó divertida como si le estuviesen tomando la lección.

Pero Malen no se fiaba. Esa joya bien valía la virtud de una doncella de alta cuna y rogó a Dios que Isabel no hubiese accedido. Bien sabía lo reservada que era la joven de Ayala para hablar de según qué cosas y menos aún bajo un techo «santo», pero la ansiedad por saber fue superior a la prudencia.

—¿Qué os ha pedido a cambio?

Isabel se ruborizó hasta las pestañas y mostró cierto enfado, como justo imaginaba Malen que haría.

—¡Nada! —exclamó.

La escocesa se puso en pie enfadada y se cruzó de brazos. ¿Pero cómo diablos podía ser tan inocente aún? ¿Acaso la vida no le había dado ya bastantes varapalos?

—Nadie regala oro si lo que va a recibir son migajas. Coseremos la joya a mi faldón y si os pone en un aprieto u os exige pago...

Ambas se sobresaltaron cuando escucharon que llamaban a la puerta. Malen simuló ocuparse de un baúl y puso la joya a buen recaudo, mientras Isabel se acercaba con prudencia y preguntaba quién era.

—Soy Doña Leonor de Guzmán. Abridme, os lo ruego.

Isabel descorrió el cerrojo y se encontró frente a frente con su vieja amiga. Venía sola y sus ojos hinchados por el llanto no auguraban nada bueno.

—¿Qué ha pasado? ¿Es el rey?

Doña Leonor negó con rapidez y miró a su alrededor con suma extrañeza.

—¿Cómo podéis querer vivir aquí pudiendo hacerlo conmigo en palacio?

Isabel tragó saliva y no le dijo sus verdaderas razones para hacerlo. Al fin y al cabo, Doña Leonor era la querida del rey y este la obligaba a casarse sin su consentimiento.

—Aquí encuentro paz.

La joven dama se percató de la presencia de la que consideraba la sirvienta de la joven y dio un respingo. No quería testigos de lo que iba a decirle.

—Tranquilizaos, es sorda. Podéis hablar sin reparos, pues dudo mucho que el motivo de vuestra visita haya sido preocuparos por dónde duermo.

—¿Entiendo vuestro enfado, Isabel! —claudicó la de Guzmán.

—No estoy enfadada —mintió Isabel.

—Pues yo lo estaría si fuesen a casarme con un hombre sin escrúpulos como Don Ramiro.

Isabel se cruzó de brazos y apretó los labios.

—¿Qué queréis?

—Ayudaros.

—A buenas horas...

—Sé que habéis contactado con Doña María.

Malen terminó de ordenar el baúl, abrió los tragaluces para que entrara el fresco y dio un respingo al girarse, como si acabara de darse cuenta de la

presencia de la dama. Hizo una breve genuflexión a ambas y las dejó a solas. Doña Leonor no diría nada comprometido delante de una extraña, por mucho que todos la creyeran sorda. La de Guzmán era una mujer muy inteligente y perspicaz, ambas cualidades necesarias para desempeñar el papel que ejercía en la corte. Malen cerró la puerta y rodeó el pequeño edificio anexo al claustro con premura. Desplazó las ramas floridas de un tupido jazmín con algo de esfuerzo y se sentó junto a la ventana. Desde allí, escucharía la conversación sin ser vista. Isabel se había mantenido en silencio, sabiendo las intenciones de la escocesa.

—Sé también que no vendrá.

Isabel siguió en silencio, en apariencia inmutable.

—La situación es crítica, Isabel. Don Juan Manuel sigue atrincherado en su castillo de Peñafiel, a pesar de que Torrelobatón ha caído. Al menos ninguno podrá ir en ayuda del infame Juan Núñez III de Lara y liberar la ciudad.

—Pensaba que Don Juan Manuel había dejado atrás las hostilidades...

—Nunca se puede fiar uno de él. Por eso el rey necesita a todos sus caballeros a su lado. ¿Lo entendéis? Hasta que Lerma no caiga, Don Alonso no podrá volver a Sevilla, salvo que vos vayáis a su encuentro.

—¿Os olvidáis de que Don Ramiro está junto al rey también?

—Por poco tiempo.

Isabel alzó una ceja sin comprender.

—El rey de Portugal ha sitiado Badajoz en un intento de que Alfonso levante el asedio de Lerma.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Mantengo asidua correspondencia con el rey, Isabel. Le he sugerido que Don Ramiro vaya con sus hombres y con otros ricoshombres castellanos a apoyar a Don Pedro Fernández de Castro para levantar el sitio de Badajoz.

—No entiendo...

Doña Leonor suspiró y entrelazó las manos antes de continuar por donde lo había dejado.

—Mañana mismo parte Don Pedro Ponce de León el Viejo y Don Juan Alonso Pérez de Guzmán con sus tropas desde los Reales Alcázares hacia Villanueva de Barcarrota para hostigar y evitar el abastecimiento de los portugueses. Es vuestra oportunidad, amiga mía. Marcharéis bajo la protección de Don Pedro hacia Barcarrota con la excusa de reuniros con

vuestro prometido en Badajoz. Es un buen hombre y no se opondrá a que lo acompañéis.

—¿No sería más sencillo huir y tomar un barco en Santa María del Puerto?

—Sería más sencillo, sí, pero no os libraría de Don Ramiro. Os vigilan, Isabel. Vuestro prometido y sus hombres deben pensar que habéis muerto. Yo haré lo posible por convencer entretanto a Doña María para que diga la verdad.

Isabel intentaba analizar toda la información con calma buscando los pros y contras a tan disparatada empresa. «Mañana». Su nueva vida podría empezar al día siguiente.

—Si me vigilan, ¿cómo podré quitármelos de encima llegado el momento?

—Sois una mujer de recursos y esa sirvienta vuestra parece avispada... Podríais aprovechar cualquier incursión para desaparecer y poner camino al norte.

—Podría. Y ahora decidme, ¿por qué llorabais?

—Porque nunca más volveré a veros.

A pesar de que esos últimos meses habían estado más distantes, Doña Leonor de Guzmán siempre había sido una fiel amiga. Los ojos de Isabel se llenaron de lágrimas. La favorita del rey sonrió con tristeza y puso en las manos de Isabel un pesado saquete de terciopelo.

—¿Qué es esto?

—Mi regalo de bodas.

Abrió el saquete, lleno de más monedas de plata y oro de las que podía contar a simple vista.

—Es mucho dinero... Además, no pienso casarme, Doña Leonor —comenzó a decir Isabel declinando el presente.

—¡No con Don Ramiro, por supuesto! —exclamó la dama—. Pero si queréis hacerlo con cualquier otro, con uno como aquel muchacho tan atractivo que nos alegraba a todas la vista, lo necesitaréis para comenzar una nueva vida en cualquier parte.

Doña Leonor se puso en pie y recolocó los bajos del vestido antes de erguirse. Las despedidas eran amargas y se sentía muy sola sin el apoyo de su querido Alfonso.

—Nadie debe saber vuestras verdaderas intenciones —le aconsejó

Doña Leonor—. Le diréis a la madre superiora a dónde os dirigís y las intenciones que tenéis de ver a vuestro futuro esposo. Nada más. Sé que os costará mentirle, pero es necesario —Isabel asintió con la cabeza para no interrumpirla—. Mientras tanto, yo hablaré con Don Pedro y le pondré al tanto de todo. Sus tropas pasarán frente al convento y será la ocasión idónea para que os unáis a ellas sin ser vista. Dispondréis de dos caballos de mi propiedad para hacer el camino, pero no podréis llevar más de lo que quepa en sus alforjas para no ralentizar el viaje. Buscaré el modo de deshacerme de vuestros custodios en ese antro donde se gastan los dineros de su jefe.

Isabel la abrazó con fuerza y Doña Leonor le susurró:

—Por cierto, mandaré recado para que Don Alonso os esté esperando en Burgos y lloraré desconsolada cuando sepa de vuestra desaparición. Incluso intercederé para que el rey sea generoso con ese bastardo.

—No exageréis... —rio Isabel con tristeza.

—No os preocupéis, seré prudente —Doña Leonor se secó unas lágrimas e Isabel le acarició la mejilla para enjugarlas. La mujer sollozó—. Me habría gustado poder hacer algo más...

—¿Más? Os estaré eternamente agradecida por esto.

—Cuidaos, Isabel. A partir de ahora, todo dependerá de las decisiones que toméis. Cuando erréis: levantaos, y cuando acertéis: alegraos con prudencia. Sois la dueña de vuestro destino ahora.

Doña Leonor se fue y Malen no tardó en regresar.

—¿Lo habéis oído?

La escocesa asintió sin añadir nada más.

—¿Y qué pensáis al respecto?

—Que lleva razón. Quizás sea nuestra única oportunidad. Debéis hablar con la madre superiora mientras yo preparo las alforjas. No hay tiempo que perder.

Malen vio la duda en sus ojos.

—¿Podréis hacerlo? —insistió.

—La hermana Magdalena es como una madre para mí. Despedirme con una mentira... va en contra de todo lo que creo.

Malen le tomó las manos entre las suyas. Isabel temblaba. Tenía que calmarla como fuera antes de que saliera de la estancia o esa vieja monja descubriría el enredo.

—Pensad que es una mentira piadosa, que con ella la estáis salvando

de un futuro aprieto —El rostro de Isabel mostró desconcierto—. ¿A quién creéis que vendrán a pedir cuentas en cuanto Don Ramiro regrese? Si ella no lo sabe, no tendrá que mentirles. ¿Lo entendéis?

Isabel asintió con un hipido y Malen se ablandó. La abrazó con fuerza.

—Vamos... deberíais estar contenta. Marcharemos al norte, nos despediremos de Don Alonso y embarcaremos en cualquier puerto rumbo a Escocia. ¡No es tan difícil, mujer!

—¿Y cómo conseguiremos escapar de Don Pedro Ponce de León?

—Podemos simular que nos perdemos durante una escaramuza —divagó Malen—. Ya se nos ocurrirá algo.

—¿Y si Doña Leonor no consigue deshacerse de mis custodios? Contarían la verdad y Don Pedro sabría que le estamos mintiendo.

—Eso es un riesgo que deberemos correr.

—¿Así de fácil? —preguntó Isabel contrariada.

—¿Hacerlo difícil lo soluciona?

Malen tenía razón. Debían ser optimistas. Tenían una oportunidad e Isabel la aprovecharía hasta que las fuerzas se le agotasen.

No fue fácil convencer a la madre superiora de su repentino deseo de encontrarse con Don Ramiro. Sin embargo, la religiosa se mostró más tranquila al saber que estaría bajo la protección del honorable Don Pedro Ponce de León el Viejo y Don Juan Alonso.

—¿Mañana?

Isabel asintió.

—¿Tenéis todo preparado?

—Mi sirvienta está en ello.

—¿Os lleváis a esa joven impía con vos?

—¡Madre! —se quejó Isabel por tan impropio comentario en una mujer de Dios.

—Sí, ya lo sé —se excusó la hermana Magdalena—. Tenéis razón. Es una pobre diabla, pero no confiéis del todo en ella. Esconde algo.

—¿Por qué decís eso? —quiso saber Isabel.

—Creo que oye más de lo que dice...

La joven de Ayala abrió mucho los ojos.

—¡Ojalá, madre, sería un milagro! —exclamó.

La madre superiora rumió algo y después se santiguó.

—Si vos lo decís, mi buena niña... Id con Dios, pero no olvidéis

mandar nuevas en cuanto sea posible y manteneos a salvo. Dejad la guerra para los hombres. ¿De acuerdo?

—Eso haré.

Al alba, Don Pedro Ponce de León las esperó a la salida del convento. No parecía muy contento, pero mandó coger sus alforjas y les cedió dos buenas monturas. Malen interpretó su papel a la perfección y dejó que Isabel fuera delante, junto a los ricoshombres, mientras que ella cubría la retaguardia con el resto de jinetes de la mesnada del concejo de la ciudad de Sevilla. Podía darse por satisfecha. La mayoría de las sirvientas iban a pie, tras la yegua de su señora.

Era verano y, a pesar de que había amanecido nublado, el bochorno era insufrible. Isabel se enjugó las gotas de sudor de la frente y comprobó que su amiga estaba bien. Si ella sentía húmedo hasta el espinazo, no se quería imaginar lo que estaba sufriendo la escocesa. No habían parado ni para comer y el calor iba en aumento.

—Mi señor, ¿cuándo haremos un receso para los caballos?

Isabel se atrevió a interrumpir la animada charla que mantenía Don Pedro con un subordinado. Malen no se encontraba bien. La escocesa seguía erguida sobre la silla de montar como si la hubiesen empalado, pero su piel se había enrojecido mucho bajo el sol y tenía los labios entreabiertos y resecos.

Don Pedro Ponce de León siguió con la mirada la preocupación de su joven acompañante y dio el alto de inmediato. Los hombres bufaron más que los caballos y la infantería directamente se tiró al suelo. Nadie ayudó a Isabel a desmontar ni tampoco se dignaron en prestar auxilio a su supuesta sirvienta. La joven, enfadada, tomó un pellejo de vino del primero que vio empinándolo y le dio de beber a su amiga.

—Tenéis la piel ardiendo... —musitó preocupada Isabel por las suaves ampollas que empezaban a salirle a Malen en las mejillas.

—Temo más que me salgan pecas, mi señora —replicó esta intentando sonreír, pero sus labios agrietados se mancharon de sangre.

—No habléis más de lo necesario. Temí que os cayerais de vuestra montura.

Malen la miró con ternura. Jamás se había caído de un caballo. De

hecho, ningún escocés vivo lo hacía. Sus atenciones y preocupación por su estado la conmovieron. Se parapetó con la mano del ardiente sol sureño.

Isabel le tocó la frente y regresó junto a los ricos hombres en busca de agua. Don Juan Alonso se adelantó a Don Pedro y mandó que le trajeran a la dama lo que pidiese, pero ninguno de ellos se interesó por el estado de la otra muchacha. Don Pedro se lo había dejado muy claro a Doña Leonor la noche anterior. Él no estaba allí para concederle los caprichos a una cría, sino para mandar a los portugueses a sus tierras.

La de Ayala rompió el bajo de su túnica, solicitó un sombrero de paja y se lo puso amarrado a la escocesa. Malen quiso protestar al sentirse observada por cientos de miradas pero, al sentir el alivio inmediato de la sombra en su tez, claudicó.

La piel de Isabel lucía un color sonrosado y saludable. Sacó de las alforjas algo de comida y la repartieron a partes iguales. Algunos hombres no le quitaban la vista de encima.

—Jamás los miréis a los ojos —le susurró Malen—. Los hombres tienden a tomárselo como una afrenta o como una insinuación.

No hacía falta que se lo dijera. Eran dos mujeres solas en un ejército de hombres de toda índole. Cuanto más pasasen desapercibidas, mejor. Sin embargo, a medida que pasaban los días, eran más conscientes del interés que suscitaban.

—Si ninguno lo ha intentado es porque saben que sois la prometida de Don Ramiro...

—Exageráis —dijo Isabel, como si quitándole importancia a las miradas, cada vez más libidinosas, estas desaparecieran—. A vos no se acercan y no sois la prometida de nadie.

—Porque he hecho correr el rumor de que estoy enferma.

—¡Habló la muda! —rio Isabel.

—Aquí nadie me conoce —le guiñó un ojo la escocesa.

—¿Y quién se ha creído semejante patraña? Se os ve lozana...

—Creedme, cualquier enfermedad que pudiese afectar al badajo —comentó señalando las partes nobles masculinas—, la tienen muy en cuenta.

Isabel abrió mucho los ojos y comenzó a reír a carcajadas. Malen no tenía remedio. Era la luz de sus días y no podía agradecer más a Dios que la hubiese puesto en su camino.

Muchos hombres de a pie se fueron uniendo al ejército de Don Pedro



Ponce de León al paso por las diferentes villas y concejos. Pobres labriegos que apenas sostenían sus improvisadas armas pero de bravo corazón. El paisaje se fue haciendo más agreste y el calor seco hizo que ralentizaran la marcha.

—¿Cuánto creéis que falta?

Don Pedro Ponce de León miró a Isabel con suficiencia, apretó los labios y mantuvo el trote sin mediar palabra. No era dado al mal carácter, pero el sol y la falta de nuevas de Don Enrique Enríquez el Mozo, caudillo mayor y comandante de la mesnada del Obispado de Jaén, lo tenía de un humor de perros. La joven se había dado cuenta de que la evitaban, pero necesitaba saber a qué distancia estaban de Villanueva de Barcarrota o si se encontrarían pronto con los portugueses. Azuzó a la yegua hasta que los alcanzó.

—¿Acaso nunca cejáis en vuestro empeño? —gruñó Don Pedro.

Isabel se sorprendió por el desplante y apretó los labios.

—La joven no tiene culpa... —comenzó a mediar Don Juan Alonso Pérez de Guzmán.

—Lo sé, lo sé —capituló el otro—. Estamos aquí por las pretensiones de Don Juan Manuel y las ínfulas de «el Bravo» que se cree con el derecho de sitiar Badajoz y hasta de gobernar Castilla.

La de Ayala no salía de su asombro y comprendió la preocupación de su amiga Doña Leonor. Una de las condiciones del rey de Portugal para dejar el sitio era que Don Alfonso XI repudiase a la favorita y dejara de ofender con ello a su legítima esposa.

Un jinete llegó al galope. Tanto Don Pedro como Don Alonso contuvieron el aliento y acariciaron el pomo de su espada hasta que el recién llegado estuvo lo suficientemente cerca como para reconocerlo.

—¿Don Enrique Enríquez, viejo amigo! —exclamó Don Pedro con alegría, mientras se bajaba del caballo para saludarlo.

Las huestes se tomaron la llegada del afamado ricohombre como un agradecido descanso.

—¿Dónde está vuestra mesnada? —le preguntó intrigado Don Juan Alonso, pero Don Enrique reparó en la bella compañía y, en vez de contestarle, le hizo una perfecta genuflexión sin quitarle los ojos de encima.

Don Pedro carraspeó incómodo. La fama de mujeriego de Don Enrique le precedía, pero Isabel ya estaba prometida a otro hombre. Uno al que mejor no hacerle cosquillas, por si acaso.

—Es Doña Isabel de Ayala, hija del difunto Don Juan de Ayala, consejero de nuestro rey y prometida de Don Ramiro Flórez de Guzmán.

—¿Primo vuestro, Don Juan Alonso?

—Demasiado lejano como para considerarlo familia —comentó el ricohombre.

Don Enrique rio a carcajadas. A él tampoco le habría importado desposar a una prima como aquella. No tenía el placer de conocer en persona al tal Don Ramiro, aunque debía reconocer el buen gusto que tenía con las damas.

—A sus pies, mi señora —volvió a inclinarse el recién llegado, que aprovechó el desconcierto de la joven para besarle la mano.

—Y ahora decidme, ¿dónde están vuestros hombres? —insistió Don Juan Alonso.

—Al otro lado de la colina, en Villanueva de Barcarrota —Y en un tono más bajo a la vez que cómplice, les susurró—: Hace unos días le dimos una buena lección a esos portugueses.

Los dos ricos hombres intercambiaron una mirada de sorpresa.

—¿Habéis atacado sin nosotros?

—Una pequeña incursión, pero muy ventajosa —dijo Don Enrique, quitándole importancia y guiando a su caballo por las riendas hacia el grueso del ejército—. Hemos conseguido ganado, joyas y cautivos con los que poder negociar dado el caso.

Don Pedro ya no estaba tan risueño. No le gustaba que Don Enrique tomase el mando de la ofensiva sin contar con ellos. Además, algo le escamaba. ¿Por qué había venido solo si tan controlada tenía la situación? ¿No debería haber mandado un emisario o un destacamento?

Lo que Don Enrique no les había contado de primeras era que, tras varias incursiones y no una como él les había dicho, Alfonso IV de Portugal había mandado a Don Pedro Alfonso de Sousa con un numeroso ejército para capturar al ricohombre castellano e incendiar la villa. Los hombres de Don Enrique habían querido hacerles frente, pero los portugueses los superaban con creces en número, forzándolos a replegarse y a aguardar a las huestes del concejo de Sevilla.

—Decidme, ¿cuál es la situación? —preguntó inquieto Don Pedro que sabía que Don Enrique se guardaba datos relevantes para sí.

—Los portugueses están acampados en lo alto de aquella pequeña

loma. Don Pedro Alfonso de Sousa los comanda y tiene orden de reducir a cenizas la villa. No obstante, aquí estamos todos dispuestos a que la batalla de Villanueva de Barcarrota pase a la historia como una de las más grandes.

—¿De cuántos hombres estamos hablando? —preguntó Don Juan Alonso pensativo.

—No lo sé con certeza —replicó Don Enrique inseguro—, pero nos triplicaban en número y por eso preferimos no arriesgar más vidas en las escaramuzas.

—Si prácticamente os tenían sitiados, ¿cómo habéis sabido que estábamos aquí?

Don Enrique bebió un largo trago de vino, se limpió los restos con el antebrazo y sonrió.

—Tengo a un niño amarrado en lo alto del campanario para que vigile los alrededores. En cuanto ha reconocido los pendones, he organizado una pequeña partida de hombres para que distrajera a los portugueses y he cabalgado hasta aquí.

—Entiendo —dijeron los dos ricoshombres al unísono y uno de ellos preguntó—: ¿Algún plan?

Don Enrique cogió un palo e hizo un pequeño dibujo en el suelo antes de hablar.

—Aprovecharemos que los portugueses no saben nada de vuestra llegada y los atacaréis por aquí —dijo señalando un emplazamiento concreto—. Mientras tanto, mi tropa frenará su retirada.

Era un buen plan.

Cuando Don Enrique Enríquez regresó con los suyos, Don Juan Alonso reunió a sus hombres para que prepararan la inminente batalla. Los hombres estaban contentos a pesar del cansancio y solo hablaban de lo que harían esa misma noche. No tenían mucho tiempo si querían sorprender al enemigo, por lo que las órdenes fueron sencillas y se pusieron en marcha. Ninguno reparó en las mujeres y estas fueron quedándose más rezagadas a propósito.

—Ante el primer ataque, deberemos ponernos al galope rumbo al norte —le hizo saber Isabel a la escocesa—. Solo así evitaremos la contienda y podremos tener una oportunidad de escapar. Si la batalla sale como esperan, esta misma noche celebraran la victoria en Villanueva de Barcarrota y en pocos días pondrán rumbo a Badajoz para levantar el sitio. Con un poco de suerte, hasta mañana no se darán cuenta de que nos hemos ido.

Malen asintió y se fijó en el rictus fruncido de su joven amiga.

—Parecéis preocupada, ¿no creéis que funcione? —le preguntó.

—No es eso. Debemos dejarles claro que nos ha pasado algo. Algo que les dé pocas esperanzas de encontrarnos con vida y que desistan.

A Malen le brillaron los ojos.

—Empezáis a pensar como una escocesa, Isabel. Traje un vestido de más y otro par de botas. Desgarraremos el que lleváis puesto y dejaremos perdido algún objeto más que os identifique. Algo de sangre, barro... ¡Es una idea magnífica! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

Isabel se mostró orgullosa por el beneplácito de la escocesa.

—Deben vernos en el campo de batalla, que duden de cuándo fue el último momento que nos vieron.

La mesnada frenó el paso de golpe ante la mano alzada de Don Juan Alonso. Los portugueses estaban tan cerca que pudieron ver el terror en sus ojos cuando vieron la nueva hueste. Se replegaron y comenzaron a caer una lluvia de flechas sobre ellos en un abrir y cerrar de ojos. Don Pedro blasfemó y ordenó que avanzaran en bloque, escudos en mano. Barrieron un flanco de la infantería portuguesa sin que estos pudiesen hacer nada por evitarlo.

Algunos castellanos-leoneses cayeron. Malen dio un rodeo al galope y se dejó ver en varios lugares como habían acordado. La forma de luchar era muy diferente a las de los escoceses, pero tampoco se parecía del todo a la de los ingleses. A lo lejos, vio a Don Pedro pasando por la espada a un par de enemigos. La infantería portuguesa estaba casi aniquilada. Era ahora o nunca. Miró a su alrededor para localizar a Isabel. Estaba pálida y demasiado cerca de la refriega. Galopó hacia ella y entonces vio que la habían herido con una flecha.

—No es nada... —acertó a decir la de Ayala antes de desmayarse.

La escocesa cogió las riendas y guió ambas monturas lejos de la batalla. La herida no parecía profunda, apenas un rasguño en el brazo. Descabalgó, dejó a Isabel tendida en el suelo y puso ambos caballos a buen recaudo. Después le quitó el vestido como pudo. Miró a lo lejos como la contienda seguía su curso y respiró hondo para coger fuerzas. Cortó el astil con una daga y aprovechó la punta de flecha para rasgar la prenda a la altura del abdomen. Limpió la sangre con él y lo desgarró como habían dicho que harían, aprovechando parte para vendar la herida.

—Isabel —la llamó en apenas un susurro, aunque al ver que no

despertaba, le dio un bofetón.

—¡Auch! —exclamó la de Ayala abriendo los ojos de golpe—. ¿Pero qué...?

—Os han herido.

Isabel puso los ojos en blanco al ver la sangre y a punto estuvo de desmayarse de nuevo.

—Ni se os ocurra, debemos irnos.

La escocesa cogió lo más importante de las alforjas del caballo de Isabel y dejó un trozo del vestido enredado al cincho de la montura. Después la ayudó a ponerse la nueva túnica y se aseguró de que las joyas y las bolsas con las monedas estuviesen bien cosidas.

—¿Qué pensáis hacer? —le preguntó la joven.

—Buscaremos otro caballo y haremos ver que el vuestro se ha desbocado cerca de algún barranco profundo. Tiraremos jirones del vestido ensangrentado que llevabais por si os buscan con perros y rezaremos. Rezaremos mucho para que os den por muerta.

Con las mismas, la levantó y la ayudó a subir a su caballo. Malen se montó tras ella.

—¿Hacia dónde debemos seguir? —preguntó esta vez Malen.

—Debemos poner rumbo al norte. Pasados un par de días, preguntaremos por el mejor camino para llegar a Burgos. Doña Leonor me aseguró que Don Alonso nos esperaría allí.

—Partamos entonces.

Tras dejar el caballo de Isabel como habían acordado, cabalgaron durante la noche para no encontrarse con nadie por el camino. Les acompañó la suerte. Los pocos hombres con los que se cruzaron estaban demasiado centrados en las revueltas y sitios de las distintas plazas del reino como para reparar en ellas.

Llegaron a Burgos una fresca mañana de julio. Después del calor que habían pasado, les supo a brisa de mar. Estaban exhaustas y preguntaron en la primera posada que encontraron si tenían a bien darles hospedaje. Vendieron el caballo y compraron uno para cada una. Así como avituallamiento para seguir pronto el viaje. Hicieron la vida propia de unas viajeras de paso y se dieron de plazo dos días para que Don Alonso las encontrara. De no ser así, marcharían solas hacia el Puerto de Bilbao, desde donde le habían dicho que partían barcos hacia la gran isla.

Isabel supo del triunfo en Villanueva de Barcarrota y cómo Alfonso IV de Portugal había levantado el asedio de Badajoz. Muchos celebraban la victoria como si fuese propia y contaban las gestas como si hubiesen estado allí, pero nadie había visto cómo caían derrotadas las huestes portuguesas salvo ellas.

En el silencio de la habitación que compartían, Malen le preguntó esa noche:

—¿Creéis que vendrá?

Isabel supo que hablaba de Don Alonso y la tranquilizó.

—Estoy segura de ello.



## Capítulo 11

### ¿VOS?

*Londres, Inglaterra, julio de 1336.*

Dunstana entró en el hogar con sigilo y por la puerta del servicio que daba a las cocinas, como hacía casi siempre para evitar dar explicaciones. Aunque su marido debía estar junto al conde Stafford a muchas millas, para formar parte del grueso del ejercito del rey Eduardo III en Escocia, no quería rendirle cuentas a la chismosa ama de llaves que Lord Pet había contratado de forma expresa para que lo tuviese informado de todo lo acontecido en su ausencia. Cualquier precaución era poca tratándose de su esposo y sus secuaces. Muy pronto sabría hasta qué punto estaba en lo cierto.

Aún tenía las mejillas arreboladas por la reciente galopada y el corazón henchido de orgullo por haber salvado a Erroll de las garras de esa mala pécora. Acababa de dejarlo en la posada y pronto se reuniría con su gente. Le había conmovido ver sus ojos brillando como dos aguamarinas y tan cristalinos como el agua de lluvia. La satisfacción bailaba en el rostro de Dunstana.

Le extrañó que el fuego estuviese apagado y no encontrar a nadie allí, pues era el lugar preferido por la mayoría de los sirvientes cuando los señores no estaban en casa. Agradeció el ratito de paz y se preguntó si Elric estaría

dando un paseo o se habría quedado dormido tras la toma de media mañana. Se recolocó un mechón de pelo rebelde tras la oreja y se refrescó el rostro en la pila.

Ivy, su doncella personal, entró en ese momento en la cocina y ambas dieron un respingo. Pasado el susto inicial, la joven se acercó a su señora con premura y con el índice puesto en los labios, le rogó silencio. El sencillo gesto habría sido motivo de castigo en cualquier otra, pero para Dunstana, Ivy era lo más parecido a una amiga que tenía y le consentía todo.

—Tenemos que hablar.

No hizo falta decirle más, por su expresión sabía que el señor estaba en casa y de que no gozaba de buen humor. ¿Cómo podía ser? ¿Acaso el muy cobarde no había llegado a marcharse siquiera? ¿Se habría enterado de que había salido temprano y acompañada de «indeseables», como él diría? Rumió unas palabras impropias para una dama y se esforzó por parecer tranquila. Pero no lo estaba. La expresión de Ivy se había suavizado tras el impropio, pero sus pupilas aún titilaban temor.

—¿Qué ocurre, Ivy, por Dios Bendito? ¡Hablad! —exigió.

Dunstana no era de las que nombraban a Dios, pero aquel ensordecedor silencio la crispaba. ¿Le había pasado algo a Elric? ¿Le habría hecho algo?, puntualizó mientras el temor se enraizaba en sus entrañas. Las represalias que pudiera tener su marido con ella no le importaban, pero si había tocado un solo cabello de su niño... Lo mataría. La joven doncella debió adivinar lo que pensaba, se retorció los dedos con el delantal con nerviosismo y el pelo de la nuca de Dunstana se erizó.

Algo pasaba. Lo presentía con tal violencia que necesitó apoyarse en la mesa. Cerró los puños de las manos hasta que le dolieron. Necesitaba pensar. Necesitaba respuestas. Anticiparse a lo que el demente de su marido le tenía preparado.

—¿Dónde está Elric? —insistió al no obtener respuesta. Ivy temblaba y Dunstana la cogió por los hombros para enfrentarla—. ¿Y Henry?

La doncella bajó la mirada al suelo, tragó saliva y no hizo falta que le dijera que ninguno de los dos se encontraban en el hogar. ¡Claro! Henry no habría tardado en venir a saludarla nada más llegar tal como era su costumbre, poniéndola al día de hasta el más nimio detalle ocurrido en su ausencia. Ambos sabían que no era más que una excusa ante el resto de sirvientes para verse. Un secreto que se llevarían a la tumba como el fortalecimiento de su



amor prohibido. Se conformaban con verse... Suspiró. ¡Qué diferente habría sido ahora su vida de haberse fugado con él como le había pedido en numerosas ocasiones! Pero ya no era una niña y además estaba su hijo. ¿Qué futuro habría podido darle así? Negó para sí misma seguir flagelándose con la vida que podría haber sido y se enfrentó al presente. Tenían poco tiempo.

—Los ha enviado a todos a la casa de campo, mi señora —consiguió decir al fin.

Dunstana suspiró de alivio apenas un segundo. Si Elric estaba con Henry, no tenía de qué preocuparse... de momento. Su guardián daría la vida por su niño sin dudarle. Pero había algo más. Ivy no era de las que se amedrentaban con facilidad. Tenía un carácter fuerte y las ideas claras a pesar de su juventud. Ella nunca la había visto en tal estado de consternación. Ni siquiera cuando la encontró moribunda y hecha un ovillo en la habitación de su marido tiempo atrás.

Desdeñó ese pensamiento con amargura. Recordaba demasiado bien en qué había desembocado aquella discusión marital en la que incluso su tío, Sir Richard de Stone, había tenido que intervenir para calmarla y para advertirle a Lord Pet de que jamás volviera a usar la casa conyugal para tales menesteres. Su marido accedió de mala gana a las exigencias del Aguacil Mayor por miedo a represalias y para evitar que el escándalo llegara a oídos de su familia y de la corte. Por nada más. La servidumbre recibió una generosa gratificación extra para que guardaran silencio y desde entonces no había vuelto a requerirla en su alcoba tampoco.

—El señor sabe dónde habéis estado y ha dispuesto a tres de sus hombres en la entrada principal. Le oí decir que, bajo ningún precepto, os dejaran salir tras entrar.

Dunstana se envaró. ¿Cómo se atrevía a encerrarla en su propia casa? ¿Acaso le había dado tiempo a la condesa Stafford de ponerlo en sobre aviso? ¿La habría hecho seguir? ¿Desde cuándo? Las preguntas sin respuesta terminaron por desmoronar su templeza. Se llevó la mano a la garganta y se aflojó las lazadas del corsé. Cerró los ojos un instante y se pinzó el puente de la nariz con los dedos. Necesitaba serenarse y adelantarse a la jugada, o al menos saber qué le deparaba para fortalecer su espíritu.

—No os dejaré sola, Dun —la consoló Ivy.

Era la primera que la llamaba así y se saltaba el protocolo. La joven siempre había guardado la compostura, sabiendo cuál era su sitio y su deber,

por más veces que ella le había pedido que hiciese lo contrario y por más confidencias compartidas. Pero que la dejaran sola era justo lo que Dunstana necesitaba ahora. Sentía sobre sí el ojo de la tormenta. Debía ser fuerte y mandar a Ivy lejos de allí cuanto antes. Serenarse... porque mostrarle miedo a su marido solo incentivaría su sed de sangre.

Apoyó su mano en el hombro de la joven, en un dulce y cómplice gesto. La doncella se atrevió a poner la de ella sobre la suya y mirarla con los ojos húmedos. A esas alturas, los hombres de su marido ya habrían supervisado las caballerizas y tardarían poco en saber que ella había llegado y encontrarla. La joven lloriqueó, como si le leyera el pensamiento. No había tiempo que perder.

—La vida de un hombre está en vuestras manos —La alentó—. Solo os tengo a vos.

Ivy la miró y dio un hipido quedo.

—¿Pero qué será de vos, mi señora? Él lo sabe.

—No os preocupéis ahora por mí. Mi esposo es un hombre comprensivo.

La muchacha se llevó la mano a la mejilla derecha, dónde aún estaba tierna una de las muchas cicatrices que ese malnacido le había dejado de recuerdo en su cuerpo. Bien sabía ella lo comprensivo que podía llegar a ser Lord Pet. Palideció. Iría en busca de ese hombre, de él y de los otros, de quién fuera con tal de ayudar a su señora. A su amiga.

—Contad conmigo —musitó.

—Id a la posada de la que os hablé sin demora y alertad a Erroll. ¿Sabéis quién es?

El rostro como la grana de Ivy la delató. ¡Por supuesto que sabía quién era el irlandés! ¿A qué mujer en su sano juicio se le pasaría por alto un hombre así?

—Decidle que no está seguro allí y que vaya a la casa de Joe o a la de Martha, a cualquier sitio menos allí. ¿Lo haréis?

La doncella asintió.

—No dejéis que os cojan, Ivy. Sois su única salvación.

La despidió y la muchacha se escabulló entre los matorrales. Dunstana aprovechó para hacerse una tisana y se sentó en el taburete a la espera de tranquilizarse antes de que la encontraran. No había apenas dado un par de sorbos a la taza humeante cuando lo hicieron. Su marido entró en tropel en las

cocinas seguido de uno de sus secuaces. Ella no hizo ningún gesto. Sabía que había llegado su hora. La hora de enfrentarse definitivamente a él.

No habían dado ni las doce y Erroll apenas se tenía en pie. No recordaba las jarras de cerveza amarga que había tomado desde que despidiera a Dunstana esa mañana y acababa de pedir otra a pesar de las advertencias del tabernero. El buen hombre había resoplado y le había servido la mitad del contenido, diciéndole que era la última y que esta corría a cuenta de la casa.

El alcohol no había sido capaz de llenar el vacío que sentía dentro. La había visto. A Ella. A Cat. Escondida tras aquel muro de espinos. Sus miradas se habían engarzado apenas un instante y su corazón había saltado en su pecho como un brioso corcel. Sin embargo, ella no había venido a su encuentro. ¿Acaso la culpaba? No. ¿Cómo podría pedir que lo creyera después del espectáculo que había presenciado? Él con ropa prestada, la condesa apenas vestida...

¡Maldita burla del destino!

Cuando por fin había conseguido olvidar a Kelsey, esta reaparecía de nuevo en su vida. ¿Y qué si Lord Ralph Stafford la había repudiado? ¿Que arreglasen sus desavenencias o que se fueran ambos al infierno! Él no era el segundo plato de nadie. ¿Acaso no le había quedado claro la última vez que se vieron?

No, por supuesto que no. Él había respondido a aquel beso fugaz como cuando eran jóvenes poco tiempo atrás. Él la había salvado de una inminente caída del caballo en aquel puente. Él. ¡Maldito fuera mil veces! Salió malhumorado a que le diera el aire.

El cielo parecía tan enojado como él. El gris mortecino del principio del día había terminado por oscurecerse, engullendo las horas que restaban para el anochecer. El olor inminente a tormenta le recordó a Escocia, a libertad, a otros campos y valles. Desesperado por que nada le saliera bien, le dio una patada a un cubo de madera que había junto a la puerta y lo hizo pedazos. Ni siquiera se excusó con el desconcertado tabernero que lo miraba desde la barra y cabeceaba con disgusto, algo impropio en él. Tampoco con el resto de clientes que volvieron a lo suyo con temor de enzarzarse en una pelea desventajosa.

Erroll se frotó el rostro con desesperación mientras farfullaba retahílas ininteligibles, cuando Ayden y Leena se tropezaron con él. El irlandés ni se

inmutó, apuró la poca cerveza que quedaba en la jarra que aún llevaba en la mano y quiso poner rumbo hacia su habitación abuhardillada sin haberlos reconocido. Ayden lo cogió por los hombros y lo enfrentó:

—¿Erroll?

Al irlandés le costó enfocar la vista y, al hacerlo, le sonrió.

—¡Ayden! —exclamó echándose sobre él en un extraño abrazo que casi los llevó al suelo a ambos.

—¿Estáis borracho? —El mellizo bajó su tono de voz, consciente de que podía atraer la atención sobre ellos, mas añadió—: ¿A estas horas?

El matrimonio Murray no daba crédito. Su sorpresa era mayúscula. La *petirroja* puso los ojos en blanco y resopló. Erroll no era de los que se emborrachaban. ¿Le habría pasado algo? ¿Y a ella?

—Entremos en la posada —decidió Ayden, tras reprender a su esposa con la mirada—. Le mandaré recado al hombre de Elman más tarde.

—Pero...

—No podemos dejarlo así, *petirroja*... ¿Os alojáis aquí? —le preguntó a Erroll.

Este asintió y el mellizo lo cargó como un fardo a pesar de las protestas del irlandés, que una de las veces consiguió desasirse y dio con su puño en el aire. Leena protestó con un grito ahogado y su marido aguantó la perorata ininteligible de su amigo hasta que lo llevó donde el tabernero le indicó, aliviado de que alguien se ocupara de su mejor cliente.

Sin embargo, Erroll no estaba por la labor.

—¡¡¡Soltadme!!! —bramó iracundo justo antes de acabar con la cabeza dentro de un cubo lleno de agua.

Ayden se apiadó de él tras tenerlo sumergido unos segundos y lo sacó jadeante, tembloroso y derrotado. Leena se llevó la mano a la boca, asustada de ver a su amigo en tal estado. No tenía heridas visibles en el cuerpo, pero parecía un hombre desahuciado y sin temor a la muerte. ¿Qué le habían hecho?

En ese instante, Erroll se deshizo de la sujeción de Ayden con brío y cayó de rodillas.

—Dejadme...

Su tono era oscuro, alimentado por el rencor, la desesperanza y la ira.

—Nosotros también nos alegramos de veros —respondió Ayden enfurruñado por la irreconocible actitud de su amigo.

—Lástima que esa bravura esté tan mal empleada —apostilló Leena,

que estaba cruzada de brazos y sentada en el borde del catre.

El silencio los acompañó como uno más durante unos segundos eternos. La *petirroja* se recolocó el faldón y evitó la mirada de su esposo. Había algo que les inquietaba, pues hasta ellos había llegado un rumor que debían contrastar cuanto antes y que Leena no podía callar por más tiempo:

—Erroll, ¿es cierto que la condesa Stafford tiene un amante?

Obtuvo un sonoro bufido como respuesta.

—¡Santo cielo! —exclamó Leena indignada—. Aún tenía la esperanza de que fuera una invención, pero... —Entrecerró los ojos y se llevó la mano a la boca para sofocar un grito—. ¿Vos?

Su amigo la atravesó con la mirada, mientras su marido reprimía una protesta y apretaba los labios con fuerza. Ella, en cambio, se puso en pie de un brinco y comenzó a reprenderle como cuando eran más jóvenes y lo pillaba en alguna travesura.

—No lo neguéis, maldito bárbaro. Solo hace falta veros para saber quién era el desafortunado que ha caído en sus entretelas.

—¡Leena!

La llamada de advertencia de Ayden fue tajante. A él tampoco le gustaba ver a su amigo en tal estado, pero increparle de ese modo dudaba que diera buen resultado.

Erroll los miró con ojos tristes.

—Bien sabéis que no estoy aquí por ella...

—Pero con Kelsey habéis estado, ¿cierto? —respondió impulsiva y con la barbilla alzada, desafiante.

Erroll gruñó como respuesta y le dio la espalda, girado hacia el hueco de la ventana. ¿Cómo explicarle que se había dejado atrapar como un conejillo, que si no llega a ser por Dunstana lo mismo estaría encamado o seducido por la condesa en ese preciso instante, como ella bien había dicho?

Por su parte, Leena iba a seguir aguijoneándolo pero, al ver en el lamentable estado anímico en el que Erroll estaba, calló. Después se levantó y, para asombro de ambos hombres, lo abrazó con inusitada ternura.

—Nos teníais preocupados, maldito irlandés... —le susurró entre hipidos.

Él la abrazó con fuerza por la cintura y dejó su frente clavada en el hombro femenino. Los pensamientos se enredaban enmarañados en su mente, amenazando con desmoronar el poco temple que le quedaba. El alcohol no

había mitigado la ira contenida ni la sensación de soledad. Tomó aire hasta tener los pulmones llenos y resopló.

—La he perdido, Leena. La he visto junto a otro hombre y parecía feliz... —confesó.

Su tono de voz distaba mucho del de antes, apenas un susurro que rasgó el aire dejando la piel desnuda y el corazón abatido.

—¿Lo sabéis por ella misma? —preguntó su amigo, que conocía las sospechas que tenía su mujer sobre que Catherine iba tener un hijo con Erroll.

—¿Acaso es necesario?

—En este caso: sí —reconoció Leena con un brillo de esperanza en la voz.

Erroll la miró dubitativo y se separó un poco de la *petirroja*. La tomó con suavidad de los hombros y la encaró con el estomago encogido. Sus ojos azules refulgieron vivos, expectantes. ¿Qué había querido decirle con «en este caso»?

—¿Qué sabéis?

Ayden chasqueó la lengua disgustado. Su mujer, su locuacidad y sus dotes casamenteras. Ella obvió el gesto de reproche de su marido y alzó la barbilla altiva.

—Solo os diré que los ojos nos engañan a veces, Erroll. Si no sois el amante de Kelsey, si Catherine no os ha dicho a las claras que está con otro hombre... No lo deis todo por zanjado y perdido. No sin haberle confesado lo que sentís y haberle dado la oportunidad de elegir.

—Leena... —la amonestó Ayden de nuevo, temiendo dar alas a un pájaro herido.

—Lleváis razón —lo interrumpió su amigo con énfasis a la vez que defendía a la pelirroja y, para más inri, añadió—: Como casi siempre.

Ella se mostró complacida y le sacó la lengua a Ayden. Un gesto infantil que hacía que su rostro rejuveneciera hasta la edad en la que la conocieron y que además consiguió la primera carcajada de Erroll del día. Ayden se acercó a Leena y la atrajo por la cintura, siguió con sus labios la esbelta línea del cuello de su mujer con picardía hasta hacerla estremecer y la besó apenas tras la oreja. El irlandés subió los brazos a modo de rendición entre risas y puso los ojos en blanco cuando su amigo susurró a su esposa entre dientes:

—Os aprovecháis de que no estamos solos, *petirroja*.

La mirada flamígera que le echó su marido consiguió que Leena entreabriera sus labios, ávida de probar su boca. Eran la viva imagen de la felicidad, de la pasión y de que todo en la vida era posible.

—No os cortéis por mí, pareja —carraspeó el irlandés con un brillo travieso en los ojos—, aunque...

Erroll enmudeció al percatarse de que sus amigos se encontraban en la capital, sin Cailéan y en plena guerra. Los Murray dejaron su actitud acaramelada y alzaron la ceja al unísono, intrigados. El irlandés apretó los labios para evitar reírse. ¡Eran tal para cual, diablos!

—¿Aunque? —repitió Leena con curiosidad.

—¿Qué hacéis vosotros dos aquí?

—¿Qué pregunta es esa? —replicó en jarras ella, a la que nunca le había gustado que le pidiesen explicaciones—. Hace meses que no nos vemos y...

—Hablad.

—No antes de que me juréis que no estáis enredado con Kelsey —porfió ella con un deje burlón.

Erroll guardó silencio. La vergüenza de que sus amigos supiesen lo acontecido le laceraba el alma. Leena se apiadó de él, pero tenían poco tiempo para hacerlo entrar en razón y alejarlo de aquella víbora.

—Volvisteis a por Cat, pero vuestro peor demonio se cruzó. ¿No es cierto? —Resopló indignada. A ella nunca le había gustado Kelsey.

—El peor demonio soy yo mismo... ¿Acaso no lo veis?

Ella abrió mucho los ojos y después los entrecerró. Erroll siempre había sido un hombre admirable. ¿Un demonio? ¡Ni hablar! ¿Qué le había hecho esa bruja para que pensase así? Le dio la espalda y puso un mohín de disgusto, al borde del llanto. Ayden la acogió de nuevo entre sus abrazos y tomó el relevo.

—Vuestro peor demonio es no daros la oportunidad de ser feliz —le espetó su amigo.

—Quizás ella se merezca otro tipo de hombre, Ayden —comentó inseguro.

—Lo que no se merece es que no luchéis con uñas y dientes por ella...

Erroll miró pensativo a Ayden y envidió lo felices que parecían a pesar de la adversidad y de su pasado. Suspiró. ¿Cómo decirles que lucharía por ella hasta su último aliento? Que se lo demostraría, aunque le fuese la vida

en ello y a pesar de que no las tenía consigo.

—Decidme, ¿cómo me habéis encontrado? —insistió el irlandés.

—Nuestro encuentro ha sido fortuito —respondió Ayden sin quitarle los ojos de encima a su bella esposa—. Veníamos tras una pista sobre Ruari e íbamos a encontrarnos con el enlace de Elman en el puente cuando os vimos pasar a caballo con Dunstana.

Erroll abrió mucho los ojos, luego gruñó y a continuación frunció el ceño.

—¿Qué os pasa ahora? —le interrogó Ayden paciente y acostumbrado a las rabietas de su pequeño Cailéan.

—¿A plena luz del día? ¡Jodido escocés cabezota! ¿Y os plantáis en la capital *sassenach* a cara descubierta solo por una pista?

La tregua entre ellos había expirado y la tensión se apoderó de sus rostros. Leena sujetó por el antebrazo a Ayden, a sabiendas de que jamás alzaría la mano contra Erroll ni siquiera lo ofendería, lo que no pudo prever fue el grito desgarrado de su marido.

—¡Es mi hijo!

—Un hijo del que no tenéis constancia de su paradero ni de si sigue vivo —intentó hacerlo reflexionar Erroll—. Si os detienen, Cailéan se quedará sin padres. ¿Habéis sopesado ese riesgo?

Ayden apretó la mandíbula y los puños con fuerza. Su amigo estaba en lo cierto, pero era la primera pista que tenían del bebé en meses y no podían obviarla. No, tras haber perdido la garantía anual prometida por Sir Kenion Strathbogie.

Erroll se arrepintió de haber puesto voz a la cruda realidad al ver el gesto compungido de Leena. Ellos ya habían sufrido bastante y tenían todo el derecho del mundo a no cejar en su empeño de encontrar al bebé. El sonido de unos pasos ascendiendo a la carrera por las escaleras les alertó y Ayden se colocó tras la puerta con la *claymore* desenfundada y lista para contrarrestar el ataque.

—¿Esperáis a alguien?

El irlandés se llevó la mano izquierda al puente de la nariz y negó. El maldito dolor de cabeza volvía a martillearle. Unos golpes secos en secuencia de tres aporrearon la jamba.

—Es el tabernero —dijo sin más antes de abrir la puerta. Ayden no se movió del sitio.



Nada más abrir, el dueño del local barbotó sin llegarle resuello al cuerpo:

—Señor, hay guardias en la plaza. Están preguntando por sus amigos casa por casa. Si los encuentran aquí...

El hombretón estaba pálido, nervioso y miraba hacia atrás de continuo desde el umbral.

—¿Por dónde pueden salir sin ser vistos? —le preguntó Erroll impaciente.

El recién llegado dio un paso hacia delante y no se sorprendió al ver a Ayden con el arma desenfundada, diríase que incluso recuperó algo de color, aunque sudaba en exceso. Después hizo una breve inclinación a Leena y, sin más dilación, señaló una esquina de la techumbre, la más alejada de la ventana. Erroll alzó una ceja cuestionando la supuesta salida.

—Hay una trampilla en el tejado. No se ve a simple vista, señor. En cuanto reconocí vuestro acento os instalé aquí por eso. Conozco a Joe Patterson desde que era niño y no dudé en admitiros en mi establecimiento a pesar de vuestros orígenes.

Erroll masculló. Quizás había sido demasiado confiado. Cualquiera otro podría haberlo vendido por unas cuantas monedas. Leena se asomó por el hueco, tenía demudado el semblante.

—No os preocupéis, señora. El tejado es seguro y podréis cruzarlo sin dificultad —continuó el tabernero explicándole a Ayden—. Cuando lleguéis a los establos, elegid un par de bestias y seguid la callejuela que da al norte, bordeando el río hasta llegar a una fonda con un pequeño embarcadero. El dueño es amigo mío, por un par de monedas, os llevará a la otra orilla sin hacer preguntas y evitaréis la guardia apostada en el puente.

Ayden asintió quedo, abrazó a su amigo y le musitó: «Volveremos a vernos». No había aplomo en su voz, mezcla de afirmación y pregunta.

—No lo dudéis, *caraid*.

Tras una breve despedida, Erroll cerró la puerta con llave y bajó tras el tabernero sin más dilación. Abajo, los parroquianos aseguraban a los guardias no saber nada, temerosos de futuras represalias o hartos del trato vejatorio que recibían de las fuerzas del orden. Los pensamientos de Erroll se sucedían desordenados a cada paso que daba. Haría cualquier cosa con tal de darles tiempo a escapar. Cualquier cosa... Lo había decidido.

Ayden abrazó a Leena por detrás, buscando el cobijo que dejaba su

cuello de cisne y su hombro, parcialmente descubierto. Deseó mordisquear aquella carne blanca y suave, pero en lugar de eso la aupó para que abriese la trampilla del techo. Ya habría tiempo de calmar la sed de su alma con sus besos. Ya habría tiempo, se prometió.

La pareja llegó a los establos. Desde allí escucharon el alboroto que se había originado en la entrada de la taberna y las órdenes de los guardias para que prendiesen a los insurrectos. El capitán Murray no dudó sobre quién había originado la escaramuza y por qué. Estuvo tentado de ir en ayuda de su amigo, obligarlo a que siguiera sus pasos y se olvidara de aquella locura, pero Leena lo frenó.

—Si lo relacionan con nosotros, nadie lo libraré de la horca.

Una vez más tenía razón. De ese modo, a lo sumo lo retendrían unos días en el calabozo y lo dejarían en paz tras pagar los desperfectos. Mas el saber que estaban haciendo lo correcto no mermó la amargura de dejarlo a merced de esos *sassenachs*. En silencio, subieron a la montura que mejor se adecuaba a sus necesidades y siguieron al pie de la letra la ruta recomendada hasta llegar al embarcadero. Comprobaron que nadie les seguía antes de negociar el peaje por llevarlos al otro lado del río.

—Durante el cambio de guardia del puente —les explicó el dueño de la fonda—, nadie vigila la vereda del río y se puede navegar. Podéis quedaros ahí o descansar en el establo mientras tanto. Lo que prefiráis.

El joven matrimonio se quedó donde estaba. La brisa era cálida y el cielo encapotado barruntaba tormenta. Olía a tierra mojada, a hierba cortada y a pan recién hecho. Se sentaron bajo un gran nogal.

—El enlace no se irá sin entregar el mensaje. Os lo prometo.

La voz de Ayden reverberó más grave, como una caricia contenida. Leena asintió con una sonrisa dibujada en el rostro y apoyó la cabeza en el fornido pecho de su esposo. Oír el latido de su corazón la tranquilizaba. Él la arropó entre sus brazos, su lugar preferido del mundo, y besó la frente de su esposa con ternura. Leena ronroneó complacida y dejó que las manos de él descendieran más allá de su cintura. Se giró hacia él y le robó un beso, traviesa. Ayden tuvo que apelar a todo su autocontrol para no alquilar una habitación y satisfacer sus instintos. Resolló y clavó los ojos en el cielo.

—*Bean-chèile*... —le advirtió él con voz ronca.

La *petirroja* le mordisqueó la nuez, prolongando su martirio, pero su

espíritu se encontraba muy lejos, donde un pequeño *petirrojo*, donde un amigo en apuros... Leena cejó en su intento de seducirlo y lo abrazó a su vez.

—¿Qué os preocupa entonces, *mo mathan*?

Ayden suspiró.

—Estoy seguro de que no han sido amantes, pero me preocupa el interés de Kelsey en él.

Leena gruñó. El solo nombrar a aquella joven vanidosa que la había hecho sufrir tanto con sus desaires la enervaba. Su esposo, concedor de su animadversión, la apaciguó.

—Me ha gustado cómo le habéis alentado a que no pierda la esperanza de recuperar a Cat. Es la única mujer capaz de alejarlo de esa arpía.

—Vuestras miradas no decían lo mismo —le contestó burlona, aunque luego más seria se sinceró—: Yo solo le he hablado con el corazón. Si Erroll no le aporta un mínimo de seguridad, la gata no volverá con él. Ya no será bastante con que le pellizque el alma, con hacerla tocar el sol cuando la posea en la alcoba, deberá quitarle ese miedo atroz que con toda seguridad tiene a quedarse sola, a renunciar a su hijo, el de ambos, si las cosas no salen bien entre ellos.

—¿Creéis que conseguirá volver a enamorarla?

—¡Es Erroll! ¿Acaso lo dudáis?

Ayden sintió un pellizco de celos en su interior. Su mujer hablaba de su amigo con la franqueza que la caracterizaba. Nada más. De su mejor amigo desde que Neall había salido de sus vidas de forma voluntaria. ¡Maldito fuera, cuánto echaba de menos a su hermano!

El mellizo se atusó el cabello sin dejar de vigilar el camino. Ella había vuelto a acomodarse en su pecho y fue consciente de cada curva de su cuerpo, de su olor suave y floral... ¡No era de piedra, demonios! Se acomodó el calzón y se separó lo justo para intentar encontrar resuello. Estaba excitado, mucho. ¿Siempre sería tan intenso entre ellos? Bien sabía la respuesta, pues su necesidad de ella crecía por momentos. Tenía que pensar en otra cosa, quizás en responderle.

—No dudo nada. Cat lo ama. Lo vi en sus ojos y, cuando se quiere con esa intensidad, es fácil para alguien como él avivar esos rescoldos.

—También fue fácil para alguien como vos cuando por fin os decidisteis... —le contestó melosa y mordaz.

—Ah, ¿sí? —preguntó sin mostrar demasiado interés, aunque sus acciones le delataban.

El dedo índice del capitán Murray dibujó una caricia en la suave piel expuesta de los senos de su esposa.

—Sí —apenas suspiró ella como respuesta.

—No sé cómo tomarme eso... —comentó a la vez que le capturaba un pezón y lo pellizcaba, arrancándole un gemido—. ¿Es una invitación?

Las mejillas de Leena parecían dos bellos arboles; su respiración era entrecortada y jadeante; sus labios entreabiertos esperaban ser colmados con sus besos... No hacía falta que dijera nada, toda ella era una respuesta. La tomó en sus brazos y la llevó al establo. Se moría por demostrarle lo bien que sabía avivar sus rescoldos.



## Capítulo 12

### SACRIFICIO

*Londres, Inglaterra, julio de 1336.*

Ivy contempló demudada cómo se llevaban al irlandés a rastras hasta una carretilla. Le seguían otros cinco o seis hombres muy maltrechos escoltados por dos guardias. Algunos de ellos presentaban brechas en la cabeza, magulladuras varias y cojera.

—¿Qué ha pasado? —se atrevió a preguntarle al que intuyó fuera el tabernero.

El hombre la miró de reojo y murmuró.

—Un despropósito.

El buen hombre aún tenía el susto en el cuerpo y se reservó lo acontecido. Erroll había bajado las escaleras tras él y, aunque no parecía tan borracho como cuando subió junto a esa pareja de desconocidos, había tropezado con una de las mesas y arrollado a sus comensales. Estos a su vez a otros, que respondieron sacando prestos sus armas. Los guardias habían intentado calmar los ánimos y seguir con sus averiguaciones, pero había sido inútil. Una mirada airada, un insulto quedo, un: «Os espero en la calle» y la taberna se había convertido en el mismísimo averno.

Sin embargo, la joven insistió.

—Conozco a ese hombre, señor. ¿A dónde lo llevan?

—A la Torre de Londres —sentenció persignándose y volviendo al interior de su establecimiento.

La joven doncella ahogó un grito y echó a correr hacia la casa que compartían Martha y Cat para alertarlas de lo sucedido. Debían sacar de las mazmorras a Erroll antes de que el Alguacil Mayor lo identificase y lo juzgase sin dilación. Su señora se había jugado la vida por ese hombre y no sería en vano, se prometió. Llegó acezando a la puerta y la aporreó. Cat salió a su encuentro con el bebé en brazos.

—¿Qué hacéis vos aquí? —le preguntó sorprendida.

—Lo han hecho preso.

No hizo falta que añadiese nada más. Cat perdió el color del rostro, apretó al pequeño contra su pecho con fuerza y se hizo a un lado para dejar pasar a la joven. Sintió que las rodillas le flaqueaban, que el suelo iba a engullirla sin piedad. Erroll: preso. No, otra vez no. Dio un paso inseguro e Ivy la sostuvo por el brazo, por miedo a que se desmayase.

—¿Estáis bien?

Ella apenas pudo contestarle, tragó saliva y buscó el apoyo de Martha con la mirada.

—Solo necesito un poco de agua —pidió.

Martha trajo un pellejo de vino especiado en su lugar y se lo intercambió por el niño.

—Esto os sentará mejor.

La gata bebió con mesura y tosió asqueada.

—¡Pero si está avinagrado! —exclamó con la nariz arrugada y el ceño fruncido.

—Por eso mismo, el cuerpo reacciona rápido —bromeó su amiga, aunque era visible lo preocupada que estaba.

—Decidme, muchacha, ¿qué ha pasado? —la apremió la joven.

Ivy les contó lo poco que sabía.

—No nos dejarán acercarnos a la puerta siquiera —farfulló Martha, que no dejaba de mecer al niño, mientras su compañera recuperaba su viejo atuendo de lanzadora de cuchillos.

—Necesitamos a vuestra señora.

La voz de Cat se perdió con el sollozo de Ivy, que se tapó los ojos y comenzó a llorar. La gata escondió el último estilete en la bota izquierda y se

acercó con premura a ver qué le pasaba.

—¿Ella está bien? —Ivy le rehuyó la mirada y Cat continuó—: ¿Por eso estáis aquí?

Asintió.

—No podré ayudarla si no me decís qué ocurre y el tiempo apremia.

—El señor sabe que ha estado en la casa de la condesa Stafford esta mañana —confesó la sirvienta entre hipidos.

—¿Eso es todo? —preguntaron ambas mujeres a la vez.

Cat miró de reojo a Martha. Quizás Lord Pulteney fuera uno de esos hombres celosos e implacables a los que les gustaba atar en corto a su mujer. Quizás una regañina, un: «Llevaréis escolta hasta para ir al excusado» y en una semana estaría el asunto olvidado, pero supo que no sería así por el nerviosismo de la joven.

—¿Dónde está ella ahora? —preguntó Martha.

—En la casa...

—¿Y qué teméis? —intervino Catherine.

Ivy se tocó por instinto la cicatriz de la mejilla. La gata abrió los ojos con espanto, tomó la barbilla de la joven y la acercó a la luz.

—¿Vuestro señor os hizo eso?

Una lágrima furtiva descendió por su rostro como confirmación.

—¡Maldito bastardo! —exclamó Martha—. ¿Cómo seguís bajo su techo?

—¿Y dejar a mi señora sola en manos de esa bestia?

La doncella de Dunstana se arrodilló y suplicó como si fuera su vida la que estaba en juego.

—Ayudadla, os lo suplico. Ella sobornará al carcelero con alguna argucia o con monedas. Todos la conocen por ser sobrina de quién es y nadie mejor que ella para sacar a Erroll de presidio.

Cat la levantó del suelo y le limpió la humedad del rostro con los pulgares. La observó con curiosidad un instante. Su mirada atormentada le reveló que, aquella cicatriz, apenas era el primer eslabón de una tortuosa y sufrida cadena de espanto. La gata se mordisqueó el labio nerviosa. No sabía a qué se enfrentaba o a quién, pero agradeció haber sido precavida e ir armada.

—No temáis, mujer, aunque nada pudiese hacer para sacar a Erroll de este entuerto, haría todo lo posible por ayudarla.

—Id con Dios —murmuró Martha al verlas salir por la puerta a la carrera.

Ronnie lloriqueó por su madre y ella intentó distraerlo con agua almibarada, pero su desconsuelo iba en aumento.

—¿También lo presentís? —le susurró al pequeño con el rostro compungido y con la mano en el pecho.

Dejó a Ronnie en su cuna a pesar de su desconsuelo y cerró la puerta con aprehensión. Pocos salían de la Torre de Londres por su propio pie. Una sensación ominosa la embargaba y ella no era mujer que se asustara con facilidad. La boca la sentía pastosa y la garganta cerrada. Miró a su alrededor en busca de la posible causa y se sobresaltó al escuchar un estruendo. El corazón comenzó a latirle frenético cuando descubrió un halo negro pasar a gran velocidad y atravesar el ventanuco de piedra de un salto limpio. Solo había sido un gato que había tropezado con el caldero humeante que tenía al fuego y había salido escaldado, se recriminó en un intento de calmarse. Un gato negro, negro como un tizón y como la suerte que les aguardaba.

Cat e Ivy llegaron a la mansión de los Pulteney y saltaron el muro de piedra lateral que delimitaban las tierras. Tuvieron cuidado de no coger por los senderos y se ocultaron entre los arbustos y setos para evitar ser vistas desde ninguna ventana. La sirvienta le explicó que el señor contaba solo con su guardia personal en la propiedad y que había dado orden al resto del servicio de que los aguardara en la casa de campo que tenían a varias millas de allí.

—Son cinco, contando con el señor.

—Nosotras seremos tres —contestó la gata envalentonada.

Ivy torció la boca.

—No son hombres normales... —farfulló la muchacha.

—¿No? ¿Y en qué se diferencian del resto? —le rebatió Cat risueña.

—Son demonios.

La seguridad con que lo dijo la hizo estremecer. ¿En qué se basaba? Ella había conocido a hombres depravados, traidores y crueles. Hombres de carne y hueso, sin alma, con sus puntos débiles como cualquier otro.

Llegaron a la casa sin que nadie diese la voz de alarma y respiraron tranquilas cuando consiguieron colarse por la despensa al interior. Ivy se llevó



el dedo índice a los labios y le rogó silencio. Ambas se ocultaron tras un gran cortinaje cuando oyeron que se acercaban pasos y no salieron hasta que comprobaron que el camino volvía a quedarse desierto. Avanzaron por el pasillo con sigilo hasta la planta superior. No había nadie apostado en la puerta de la señora y la doncella temió que no se encontrase sola o que la hubiesen sacado de allí a rastras.

—¿Qué hacemos? —preguntó Cat en voz baja al ver que Ivy no se decidía.

La muchacha exhaló el aire de cuerpo y repiqueteó la puerta de una forma especial. Después pegó el oído a la puerta y esperó. Tres golpes de tos seguidos se escucharon al otro lado de la pared. Ivy sonrió a Cat y abrió la puerta sin dilación.

Dunstana las abrazó con fuerza y echó la llave. Tenía los ojos enrojecidos y el pómulo inflamado.

—¿Os ha hecho daño? —preguntó la muchacha con un sollozo.

La dama negó con la cabeza, pero sus labios temblaban, desmintiendo sus palabras. Ivy le tocó con cuidado la mejilla y Dunstana torció el gesto. Cat se fijó en su alrededor con curiosidad. Era una habitación amplia y profusamente decorada.

—No es nada, Ivy —intentó calmarla—. Contadme, ¿qué ha pasado? ¿Erroll está bien?

—No, está preso en la Torre de Londres.

Dunstana tomó asiento y suspiró con la mirada perdida en un rincón de la habitación.

—Debe de ser un error. ¿Estáis segura?

Ivy y Cat asintieron. Dunstana se levantó y comenzó a deambular por la habitación de forma distraída. No podían dejarlo en manos del carcelero. Si su tío se enteraba, si cualquier otro lo reconocía... No quiso pensarlo. Nadie se escapaba de la ira de su tío.

—¿Bajo qué cargos?

—Alteración del orden público y destrozo de mobiliario.

Dunstana alzó las cejas y abrió la boca.

—¿En serio? ¿Qué ha pasado?

—Por lo visto fue el causante de una refriega en la taberna donde se hospedaba —informó Ivy.

Dunstana conocía a Erroll lo suficiente como para saber que jamás

comenzaría una reyerta sin una causa más que justificable. Miró a Cat, que seguía callada y observándolo todo con curiosidad. ¿Se habrían visto y habrían discutido?

—No tiene sentido...

—Cierto, no lo tiene —intervino Cat por primera vez—. Pero hay que sacarlo antes de que el Alguacil Mayor lo identifique o la acusación sea firme.

—O se cruce con mi tío —rumió Dunstana.

—Solo vos podréis salvarlo, mi señora —sentenció Ivy.

Dunstana asintió con gesto preocupado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cat al ver que no la seguía hasta la puerta.

—Mi marido me ha prohibido salir de mi habitación. Está como loco. Nunca lo había visto así. La condesa Stafford ha debido contarle su versión de los hechos y me ha preguntado si tengo un amante. ¡Él! ¡Dios bendito! Después de todas las veces que he tenido que mirar hacia otro lado en esta casa...

Dunstana se arrepintió de sus palabras en cuanto las dijo y pidió perdón a Ivy con la mirada.

—Vos no tenéis la culpa, Dun.

—Claro que sí. Debí afrontar mi embarazo sola y no temiendo al qué dirán. Mi tío me habría terminado perdonando. ¿Verdad?

Ivy la abrazó con fuerza. Sir Richard de Stone le daba miedo y dudaba que hubiese sido benevolente con su sobrina dado el caso. Jamás le confiaría sus sospechas. Al fin y al cabo, ese hombre mezquino era la única familia que ella tenía.

—No temáis. Henry cuidará de Elric y nosotras de vos. Pero el tiempo apremia, Dun. Debemos irnos ya si queremos rescatar a Erroll —la apremió Ivy.

Dunstana cogió un chal y las siguió. El pasillo estaba en silencio y oscuro. La esperanza cobraba fuerza a cada paso que daban hacia la libertad. Milady encabezaba la fila, seguida de Cat y de una temerosa Ivy, que no hacía más que mirar hacia atrás. La gata llevaba una daga en cada mano. Ese silencio le inquietaba tanto como no conocer dónde estaba la salida.

—¿Qué ocurre, Ivy? —siseó Cat cuando sintió que la joven tironeaba de la manga de su túnica.

—He escuchado algo —susurró.

Apenas le dio tiempo a decirlo cuando un hombre enorme le tapó la boca con su mano y le rodeó la cintura con el brazo. Cat y Dunstana se giraron

en redondo. La gata soltó una imprecación por lo bajo al ver que no venía solo y que tomaba a su rehén como escudo.

Lord Pet se hizo paso entre sus hombres y habló con voz calmada:

—Sois tan previsible, mi señora... —comentó el caballero con desprecio.

—Decidle a vuestro esbirro que la suelte —La voz de Dunstana sonó temblorosa y su marido aprovechó la ventaja a su favor.

—¿Por qué iba a hacer semejante tontería? Ella ocupará vuestro lugar y, después de entretenernos un rato, quizás la deje que regrese con vos.

—¡Soltadla! —insistió Dunstana, perdiendo los nervios y la compostura.

Lord Pet se carcajeó de la desesperación de su mujer.

—No estáis en posición de negociar, aunque... quizás sea benévolo. Al fin y al cabo, habéis sido tan generosa que habéis traído a una amiga para acompañarnos —Lord Pet se dirigió a Cat—. ¿De dónde sois y por qué vais ataviada como un hombre? ¿Se trata de algún juego?

—No le contestéis —le ordenó Dunstana rotunda.

Cat no pensaba hacerlo. Tenía puestos sus cinco sentidos en Ivy y en el mejor modo de llegar a ella. Lo tenían difícil. A parte del que la sujetaba, el resto de hombres se había colocado delante de la doncella. El matrimonio siguió con su pulso personal y el que sujetaba a la doncella se impacientó:

—Señor, ¿qué hago con ella?

Lord Pet se giró lo justo para embeberse de la expresión horrorizada de su presa y después enfrentó la mirada de su esposa con una sonrisa lasciva.

—Llevala a mi alcoba. Ya es hora de que termine una cuenta pendiente con ella. ¿Verdad mi dulce Ivy que lo pasaremos bien?

La muchacha abandonó el pasillo custodiada por su particular esbirro. Dunstana apretó los puños y, de no ser por Cat, se habría abalanzado sobre su marido y lo habría desollado allí mismo con sus propias manos.

—¡Maldito bastardo! —exclamó furiosa Dunstana sin atreverse a más.

—Aquí, la única que no sabéis nada de vuestros orígenes sois vos —le espetó su marido taimado.

Cat no perdió la concentración sobre su objetivo, pero no le pasó por alto la angustia de Dunstana. Una mujer en su estado de nervios era imprevisible, debía de calmarla y centrar su atención. Había muchas vidas en juego.

—Mi señora, Erroll os necesita —susurró la gata entre dientes—. Yo os cubriré.

Y sus palabras habrían funcionado si Lord Pet no supiese muy bien cómo alterarla.

—Uhhmm... No sabéis lo excitado que me pone saber que vuestra querida Ivy me está esperando.

—¡No os atreváis a tocarla! —exclamó Dunstana fuera de sí, amenazante.

Su marido se carcajeó. Los tres guardianes que esperaban pacientes tras su jefe sonrieron ufanos. Ivy llevaba razón cuando la advirtió de que no habría nadie a quién pedir auxilio en esa casa. Estaban solas frente a ellos. Cat siguió parapetando a Dunstana con su cuerpo, dándole la oportunidad de escapar, pero la joven dama no terminaba de decidirse a dejar a su doncella en manos de esos desalmados y la comprendía.

Lord Pet dio un paso al frente y ellas retrocedieron. Cat masculló entre dientes una imprecación. ¿Qué podía hacer? Ella no conocía la casa, tampoco sabía con cuántos hombres contaba ese energúmeno en realidad. Si hubiese más vigilando las distintas salidas, no tendrían ninguna oportunidad.

—Primero empezaré con Ivy y después seguiré con vos —dijo Lord Pet en tono mordaz.

La gata se envaró cuando ese malnacido la señaló. Acto seguido, acarició con el dedo la afilada hoja de una de sus dagas y pensó en la posibilidad que tenía de un tiro certero. Estaba demasiado cerca y las dos morirían si erraba. Lord Pet dio otro paso y Cat vislumbró sus pupilas dilatadas, su porte engreído y la cuerda que colgaba de su muñeca derecha. Él le sonrió artero.

—Dejaré a mi esposa para el postre —volvió a tomar la palabra Lord Pet sin dejar de mirar a Dunstana a los ojos. Después paseó la lengua por sus labios antes de advertirle—: Así sabréis lo que os espera, porque hoy no seré gentil, querida. Hoy no.

—¡Maldito seáis! —exclamó Dunstana histérica.

Cat forzó que hubiera algo más de distancia entre ellos. El tiempo apremiaba y ya había vuelto el otro hombre de donde quiera que hubiese llevado a Ivy. Ambas tomaron el recodo del pasillo sin darles la espalda. La gata aprovechó para tener a mano otra de sus dagas antes de susurrarle a Dunstana:

—No caigáis en su juego, Milady, y decidme cómo salir de aquí.

Supo por el leve gesto de su cabeza que al final del pasillo había una salida.

—Cuando os diga, corred —le volvió a susurrar.

—¿Y vos?

—Traed sano y salvo a Erroll. Es el único que podrá hacer frente a vuestro marido. Yo los entretendré.

Y como si el diablo se hubiese sentido por aludido, Lord Pet gritó:

—¡Apresadlas!

Cat lanzó el primer cuchillo con la habilidad que la caracterizaba y batió al hombre que acababa de llegar en el acto. Uno menos, pensó. Dunstana aprovechó el desconcierto del resto y echó a correr. La gata se mantuvo en su sitio, con una nueva daga en la mano izquierda y la otra preparada, expectante. No esperó a que ninguno de esos indeseables se le acercara, dobló la muñeca hacia atrás y lanzó otro cuchillo. Este giró en el aire a gran velocidad y se ensartó en su objetivo. Dos de dos. Supo que Dunstana había logrado su objetivo al escuchar el portazo y suspiró. Lord Pet dio un paso atrás y se puso a cubierto tras uno de sus hombres, el menos fornido de todos ellos. El otro se acercó bravucón hacia la joven, escupió en el suelo y se acarició la barba.

—¿Qué hago con ella? —le preguntó a su señor, dando por hecho de que la atraparía.

—La quiero en mis aposentos y la quiero ya —ordenó, aunque su voz no tenía el mismo tono pretencioso de antes.

El esbirro hizo una mueca de disgusto. Seguro que habría preferido una orden más sencilla como la de romperle el cuello y listo. Catherine pudo leer en su mirada confiada, prepotente y oscura que la había subestimado. ¡Peor para él! Ella no se dejaría capturar con facilidad. Era el único modo de salir viva de aquello.

Lord Pet desapareció por el pasillo y ella se inquietó. ¿Qué le haría ese malnacido con cara de ángel imberbe a la pobre muchacha? Aún recordaba la cicatriz de la mejilla que le desfiguraba el rostro y se enervaba. ¡Condenado fuera! Supo que ese monstruo había llegado a sus aposentos por el chillido de Ivy.

Cat jugueteó con la daga entre sus dedos y se enfrentó a su problema puntual. Miró a los ojos a su enemigo para anticiparse a sus movimientos y esquivó un mueble del pasillo. El hombre fue perdiendo la paciencia por no

conseguir mermar la distancia entre ellos y comenzó a resoplar.

—¿Os ayudo?

Tras el buey que tenía enfrente, el otro guardia se miraba las uñas, con los brazos cruzados y visiblemente hastiado por la torpeza de su compañero. Catherine apenas había reparado en él hasta ese instante. Su compañero lo miró de reojo para reprocharle y ella aprovechó el descuido para herirlo en el cuello. La daga parecía haberse enterrado en la carne. Lo había herido, estaba segura, pero lo que en otro habría sido una herida mortal, a él no parecía importarle.

—No, esta puta es mía.

El bravucón se buscó la daga en el cuello y se la quitó de un manotazo, como si de un mosquito se tratase. La resolución de Cat dejó de ser firme. Volvía a tener una daga en cada mano de nuevo, pero las posibilidades de escapar eran cada vez más reducidas. La estancia tenía un gran ventanal que daba al exterior, con un tupido rosal que apenas dejaba pasar la luz. Rodeó una cómoda sin quitarle los ojos de encima a su perseguidor y sin darse cuenta de que apenas le quedaba espacio al otro lado.

Todo sucedió muy rápido. El esbirro embistió contra ella y la aprisionó entre el pesado mueble y la pared. Ella forcejeó para liberar las manos y las piernas, mas esa masa informe era tan fuerte como aparentaba, y no consiguió moverse. ¡Estaba atrapada!

El hombre se giró y le dio la espalda. La rabia se adueñó de Cat. ¡Lo tenía tan cerca! Renegó por no poder moverse, mientras lo asesinaba una y mil veces con la mirada. Él la ignoró y se dirigió a su compañero, que seguía en la misma pose indolente, como si lo que aconteciese en la estancia no fuera con él.

—¿Creéis que nos dejará usarla cuando el señor acabe con ella? —le preguntó.

—Creo que no llegaréis a entregársela siquiera.

El que la tenía prisionera se carcajeó y volvió a escupir al suelo. Cat no entendió eso último, tampoco era que le importara. Se quedaba sin aire y empezaba a notar hormigueo en las extremidades. La falta de movilidad la angustiaba y el sudor comenzó a perlarle la piel. No quería morir así, aplastada, en manos de un depravado sexual, y sin decirle a Erroll cuánto lo amaba o que era padre. No quería morir, pero su visión se volvía borrosa por segundos.

De repente, sintió que el pesado mueble se hacía a un lado y que las rodillas no la sostenían. Catherine cayó al suelo sin soltar las dagas. Se instó a levantarse para ponerse en guardia, pero recibió una contundente patada en el estómago que la dobló en dos. Miró de reojo unos pasos más allá. Un charco de sangre empapaba parte de la alfombra y del suelo de madera. No podía ser. Aquel mastodonte que le había parecido invencible yacía con los ojos abiertos y la mirada fija en ella. Se le descompuso el cuerpo. Turbada aún por lo que había visto y dolorida, se fijó en las botas y hebillas de buen material, más propias de un señor que de un guardia a sueldo, que estaban justo a su lado. No se lo pensó. No era el lugar más idóneo para hacerle daño a su hostigador, pero al menos se acordaría toda la vida de ella antes de que le rebanara el cuello.

—¡Seréis puta! —exclamó el que fuera al sentir el pinchazo a través del cuero—. ¿Acaso lo preferíais a él? —preguntó antes de abofetearla, cogerla por el pelo y enfrentarla cara a cara.

Cat pudo apreciar por primera vez sus rasgos y el gesto contenido de dolor en su rostro. Era bien parecido, aunque no había nada destacable en él salvo sus ojos, tan negros como brocales de pozos y tan inquietantes que parecían centellear lujuria. Él le dedicó una sonrisa forzada al saberse observado. Ella le escupió como respuesta. No pareció importarle. Se limpió con la manga de la camisa y la empujó contra la puerta, besándola a la fuerza. Ella manoteó en un intento de apartarlo y arañarlo. Sin embargo, a pesar de que no aparentaba ser de complejión fuerte, no consiguió quitárselo de encima.

—Estoy aún más impaciente por saborear vuestras mieles. Me gustan bravas...

Ella levantó el brazo con intención de herirlo, enfurecida, pero él le apresó la muñeca con tal contundencia que el arma cayó.

—No os dejaré que me sorprendáis de nuevo, gatita.

Cat quiso llorar ante el apelativo. El mismo que había usado Erroll tantas veces. El hombre le sujetó las manos con su cinturón, la cacheó y le quitó hasta la última daga escondida. Se alejó de ella un paso para comprobar que no se le pasaba por alto inspeccionar ningún sitio. Cojeó. El muy bastardo cojearía toda su vida si la gangrena no se lo llevaba antes. Ella reprimió una sonrisa, aunque la satisfacción iluminó su rostro. Él, como si le hubiese leído el pensamiento, se rio en vez de enfadarse y la arrastró cogida por el cabello

de nuevo hacia el pasillo. A Catherine le dolía la raíz del cabello, pero más le dolía el orgullo de no haber sido más letal y haber podido eliminarlo.

A lo lejos, se escuchaban los gritos desgarradores de la joven sirvienta y ella intentó zafarse con más ahínco de las ataduras. Tropezó en un par de ocasiones y, ambas, su captor la levantó sin miramientos, como si no estuviese herido. La gata se dio cuenta de que era a él a quien tenía que haberle lanzado la daga de lejos de haberlo sabido.

Se pararon justo delante de una enorme puerta de madera tallada. En el interior de la estancia se escuchaban susurros, jadeos y gruñidos. Ivy ya no gritaba. A Cat se le erizó el vello y se mordió el interior del carrillo con tal de no llorar. Le pareció que el esbirro dudaba y le habría gustado implorarle a ese hombre sin corazón que la dejara marcharse. Mas sabía que sería inútil, que su sumisión lo enardecería o lo enfurecería.

—La última vez que el bruto de mi compañero puso las manos en una mujer no quedaron más que despojos. Esta vez no iba a permitir quedarme sin mi premio —confesó el hombre en voz alta, aunque no parecía dirigirse a ella.

—¿Eso creéis que soy: un premio? —se atrevió a preguntarle.

—Un premio por el que ha merecido la pena matarlo.

Los ojos de Cat se humedecieron. No le quedaba mucho tiempo. La Torre de Londres no estaba muy lejos. Con un poco de suerte, Dunstana llegaría antes que el Alguacil Mayor y Erroll quedaría libre. Con un poco de suerte..., habría merecido la pena su sacrificio.

—¡Oh, vamos! No hagáis que me arrepienta. Al señor le gustará someter a la fiera que vislumbramos antes y no a una llorona como Ivy. Lo único que la salva es ese par de... —Cat entrecerró los ojos y apretó el ceño, él se humedeció los labios con lentitud y la volvió a mirar de arriba a abajo —. ¡Bah! No me miréis así. No tenéis ninguna curva que envidiarle, según he podido comprobar antes.

Sin más, abrió la puerta y la empujó dentro. La gata parpadeó hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz de las velas. Estaba oscuro, olía mal y los ruidos habían cesado como por arte de magia. Catherine arrugó la nariz y le sobrevino una arcada que fue capaz de controlar a tiempo. En ese momento, un hombre que no había visto hasta entonces descorrió uno de los grandes cortinajes y la luz la cegó.

—Atadla a esa silla y amordazadla —le dijo Lord Pet al recién llegado—. Me apetece que disfrute del espectáculo.



El esbirro la sentó de malos modos y cumplió la orden. Cat tanteó las ligaduras y desistió al comprobar que los nudos no eran corredizos. Lord Pet comenzó a lavarse las manos en una jofaina y se refrescó el rostro. El otro hombre le tendió un lienzo seco pero él lo rehusó.

—¿Dónde está? —osó preguntarle Catherine al no ver rastro alguno de Ivy en la estancia.

Lord Pet dejó lo que tenía entre manos y alzó una ceja. Su mirada airada le erizó la piel.

—¿No os he dicho que la quiero callada? —preguntó a su guardián como única respuesta.

El hombre masculló un impropio y fulminó con la mirada a Cat. Rasgó el bajo de su túnica de un tirón, se lo colocó a modo de mordaza y le susurró:

—Si sois lista y apreciáis vuestra vida, haced lo que os dice — Después, en voz alta le preguntó a su amo—: ¿Le ato los pies también?

Lord Pet hizo un gesto de confirmación con la mano sin mirarlos y continuó con su labor de limpieza. Cat aprovechó para estudiar la habitación y sus posibles salidas: había dos grandes ventanales y la puerta por la que habían entrado. Nada más. También había algunos objetos que podría lanzar de forma contundente y otros tantos que le hicieron abrir los ojos de forma desmesurada: cuerdas, pequeños botes con lo que parecían aceites o ungüentos, látigos cortos de afiladas puntas, raras plumas y utensilios varios. ¿Qué era todo aquello? Se fijó en que el agua de la palangana no era limpia, que había restos de sangre. Se temió lo peor.

Un sollozo la alertó e intentó averiguar su procedencia. Lord Pet se agachó y arrastró un bulto amarrado con cuerdas hasta el centro de la habitación. A continuación, ordenó a ambos hombres que los dejaran a solas. Cat entrecerró los ojos para apreciar mejor qué era aquello. Un sudor frío le perló el cuerpo cuando el bulto se movió un poco y la gata forcejeó en la silla en un intento de soltarse. A punto estuvo de caerse.

—Ivy es preciosa, ¿verdad?

La gata se quedó quieta y aguzó mejor la vista. No podía ser, ella no. Quiso gritar pero no pudo. La angustia se apoderó de la joven y volvió a moverse frenéticamente en la silla. ¿Qué le había hecho? ¿Por qué la tenía amarrada? ¿Por qué? Sintió que le faltaba el aire. La angustia por salir de allí se apoderó de ella. Lord Pet se acercó a su silla y le cruzó el rostro. Sin más.

Después le cogió el mentón para que lo mirase a los ojos y le sonrió.

—¿Impaciente?

Cat dejó de forcejear ante la mirada impasible de él, que se agachó a su lado y cogió una vela encendida. La luz de la vela titiló cálida ante sus ojos. Lord Pet se quedó un rato observándola y embebiéndose de sus facciones. Ella apeló a toda su voluntad para no derrumbarse, aunque las lágrimas abrasaban contenidas en sus ojos y respiraba con dificultad.

—¿Habéis matado a Smith? —preguntó de pronto.

Smith debía de ser aquel mastodonte que yacía unas cuantas de habitaciones más allá. A Catherine le habría gustado gritarle que «Sí» de haber podido hacerlo, pero la mordaza y el honor se lo impedían. Él pareció entenderla y torció el gesto por el contratiempo, pero nada más. Después, se dirigió indolente hacia la puerta y la trabó. No volvió a mirarla, lo que supuso un alivio para ella. Lord Pet cerró el cortinaje y encendió más velas. La estancia se iluminó como un tétrico campo de luciérnagas. El olor a cera quemada fue contrarrestando aquel otro hedor.

Cat se abstraigo ante lo que parecía ser la preparación de un escenario, donde ella sería la única espectadora y donde rogaba a Dios no ser protagonista. No supo cuánto tiempo pasó antes de que empezara la función. Lord Pet chasqueó los dedos y vertió cera candente sobre aquel bulto. El cuerpo que antes había confundido con un fardo se retorció y el grito de dolor de la doncella le crispó los nervios. Las lágrimas cayeron por el rostro de Catherine empapando la mordaza, sintiendo las quemaduras como propias. Si nadie lo remediaba, ella sería la siguiente.

La gata volvió a luchar contra las ataduras cuando aquel sátiro se deshizo de sus calzas, cogió de los cabellos a la muchacha y la obligó a hacerle una felación. Le susurraba palabras de amor entre obscenidades, a veces macabras. Otras solo gruñía y le ordenaba que siguiera, que no parara.

—Hacedme gozar, puta —repetía en medio de esa letanía.

Se derramó en la boca de Ivy mientras la miraba a ella. Cat apretó las rodillas por instinto y él sonrió.

—No temáis, aún no ha llegado vuestro turno.

El sollozo de la doncella le rompió el corazón. Se fijó en cómo estaba atada, en posición fetal, con una cuerda gruesa que le rodeaba el cuello y que descendía por su espalda hasta dividir sus nalgas en dos. Otras cuerdas cruzaban la anterior con elaborados nudos que se clavaban en la piel bajo las

axilas y oprimiendo los senos. Las rodillas estaban unidas al torso de tal forma que dejaban al descubierto el sexo femenino.

Lord Pet se acercó a donde ella estaba y Cat se envaró. Él le desgarró la túnica, le magreó los pechos y paseó el dedo entre ellos con lascivia. Se prometió a sí misma no llorar de nuevo.

—Preparadme o la degüello aquí mismo —le ordenó.

Cat tardó en entenderlo. No era una mujer fácil de medrar, pero la macabra escena la tenía paralizada. Se removió en la silla. ¿Cómo iba a hacer lo que le pedía si seguía atada de pies y manos? Él tendría que soltarla... Por un instante, creyó que tendrían una oportunidad, pero Lord Pet solo le quitó la mordaza para su frustración. Fue entonces cuando Ivy la miró a los ojos entre lágrimas y negó con rotundidad. Cat dudó un instante, poniéndose en el lugar de la joven, y admirada por su valentía. Contagiada por ella, apretó los dientes y alzó desafiante la barbilla.

—¿Con que esas tenemos?

Lord Pet la abofeteó con tal fuerza que la gata cayó de la silla y la dejó así. Catherine paladeó el sabor acre de la sangre y supo que le había partido el labio. Estaba mareada y la vista se le nublaba por instantes. No podía moverse. A pesar de que se había prometido ser fuerte, lloraba.

Desde allí presenció cómo ese miserable volvía a violar a Ivy, cómo le introducía objetos extraños, le laceraba la piel con afiladas puntas o le tapaba la cabeza con una especie de saco mientras la embestía con furia. A veces la miraba y ella se encogía en un intento vano de desaparecer, de ser invisible. Lord Pet estaba fuera de sí. El demonio jadeaba, gruñía y gritaba en una ola de excitación y maldad crecientes.

Cat creyó escuchar ruido al otro lado de la puerta y juraría que la manecilla había girado en más de una ocasión. Un grito desgarrador le puso los nervios de punta. Más gritos, más golpes... Estaba tan cansada que dejó de forcejear. Cerró los ojos con fuerza. De Ivy solo quedaba un cuerpo sanguinolento que ya ni siquiera se retorció, ni gemía ni gritaba. Pronto le tocaría a ella relevarla en su sufrimiento. Si existiese Dios, se llevaría su alma para que no sufriese más. El Altísimo tuvo a bien escuchar por una vez sus plegarias pues, de repente, un estruendo la sacó de la dantesca escena y su cuerpo se rindió ante la cegadora luz que la rodeaba.



## Capítulo 13

### PERVERSIÓN

*Londres, Inglaterra, julio 1336.*

Dunstana no se arrepentía de haber sobornado al carcelero con una suma indecente de dinero. Erroll lo valía. Tampoco de haber recorrido las calles de la capital a galope tendido sin importarle nada ni nadie. Lo único que le corroía las tripas era el haber tenido que fingir una templanza que no sentía.

Habían salido de la Torre de Londres sin que nadie los parase o hiciese preguntas. Todos la conocían más que de sobra por ser «la sobrina de». Con las mismas, habían montado a caballo y puesto rumbo hacia la mansión de los Pulteney. Erroll habría preferido que lo llevase a la taberna y pagarle el estropicio al dueño cuanto antes, pero después de que Dunstana lo había salvado de una muerte segura, la acompañaría a su casa y haría el resto del camino a pie.

—Erroll, tengo que deciros algo.

Él la cogió de la cintura y la ayudó a desmontar el animal. Buscó en sus ojos azules un anticipo de lo que fuera a decirle, pero su semblante lívido y su hermetismo le hizo ponerse en guardia.

—¿Qué sucede, Dunstana?

—Necesito que confiéis en mí y tardéis unos minutos en entrar en mi

casa.

Mal empezaba... El irlandés resopló y se cruzó de brazos a la espera de una explicación que no llegaba.

—¿Es por el niño?

Ella negó con la cabeza. Erroll se fijó por primera vez en que los tirabuzones de Dunstana estaban desordenados, el vestido arrugado y tenía la mejilla inflamada.

—¿Qué ha pasado, Dunstana? ¿Vuestro marido os ha hecho eso?

Ella dudó antes de contestarle. No hizo falta que respondiera. Erroll cerró los puños con fuerza y se dirigió a la puerta con la clara intención de rendirle cuentas a ese malnacido. Solo recordar que ella había terminado casándose con ese perverso, al que su hijo llamaría: «Padre», le daban náuseas. Nada podía hacer al respecto de aquello. Le había prometido renunciar a su hijo pues, de saberse, podrían acusarla de adulterio y la pena, con suerte, sería recluirla de por vida en un convento.

—Por favor, Erroll... Os prometo que os lo explicaré todo a su debido tiempo. Todo lo hemos hecho por vos.

Dunstana no le dio opción a réplica y entró con sigilo en la casa. Entretanto, Erroll buscó en el cobertizo del jardín algún objeto con el que poder defenderse o atacar, dado el caso. Ese «hemos» le había dejado un extraño sinsabor en el cuerpo y la incertidumbre lo mataba.

La mansión estaba en penumbra. Las cortinas de los pasillos estaban corridas, pero dejaban pasar luz suficiente del exterior. Al fondo, se escuchaba a un par de hombres conversar. Debían ser los esbirros de su marido. Se persignó. Eso quería decir que Cat no había sido capaz de contenerlos. Una sola mujer frente a esas bestias. ¿Cómo podía haberla dejado en tal desamparo? Erroll no se lo perdonaría nunca.

Dunstana corrió por el pasillo hasta llegar a la escalera principal y subió los peldaños de dos en dos. Su corazón latía desbocado. Ese atroz silencio solo podía anunciar una cosa: muerte. Cuando llegó cerca de los aposentos privados de su esposo, el olor a cera y a carne quemada la envaró. Lo conocía tan bien... ¡Maldito fuera! ¿Qué les había hecho? Avanzó con premura hacia la puerta para enfrentarse al mayor de sus miedos e intentó abrirla en vano. Estaba cerrada. Forcejeó un poco, pero alguien la cogió por detrás tapándole la boca. Dunstana no se lo pensó y mordió. Lo hizo con todas sus fuerzas y toda su rabia. Ese silencio... rompería ese silencio... por ellas.

Libre de la mordaza de quien fuera, gritó con todas sus ganas.

Erroll dejó de rebuscar entre las herramientas, soltó una imprecación y se decidió al fin por una pesada pala. Entró en la casa sin esperar que lo anunciaran y se sorprendió de no encontrar a nadie del servicio que le cortara el paso.

La casa estaba prácticamente a oscuras a pesar de ser mediodía y necesitaba una buena ventilación. La decoración era profusa y no se parecía en nada a la casa de Dunstana en Edinburgo. Ciertamente era que la joven siempre había tenido gustos excéntricos, pero aquellos ornatos eran más propios de un burdel que de una casa de alcuña. ¿Dónde estaba?, pensó intrigado. Unos ruidos provenientes del piso de arriba le indicaron la respuesta. No dudó en acudir en su ayuda como alma que llevaba el diablo.

Un hombre forcejeaba con ella, mientras que el otro presenciaba la escena sin intervenir. El primero tenía la cara arañada y los dientes marcados, pero no soltaba la cintura de su presa, que pataleaba frenética a un palmo del suelo. Erroll no se lo pensó, se acercó con sigilo al captor y le asestó con la pala sobre los costados con brutalidad. El hombre soltó de inmediato a Dunstana, doblado en dos. Lo dejó inconsciente con un golpe más. El otro salió corriendo al ver lo sucedido y nadie lo persiguió.

—Olvidaos de él. Tenemos que entrar ahí —En los ojos de Dunstana pudo apreciar alivio y temor.

Tras varios intentos, Erroll cargó con todas sus fuerzas sobre la puerta y esta se abrió de par en par. Ambos se llevaron las manos a la nariz y arrugaron el gesto, asqueados.

—¿Pero qué...?

Lord Pet ni se inmutó por la interrupción, aceleró el ritmo de sus embestidas a lo que fuese aquello y derramó su simiente en un último empujón. No le importó su desnudez en absoluto. De hecho, los recibió con los brazos abiertos mientras sus ojos se acostumbraban al contraluz y buscaba dónde había dejado su espada.

—Querida, ¿os encontráis bien? ¿Tan impaciente estabais que no habéis podido esperar vuestro turno?

Dunstana miró a su alrededor y a punto estuvo de desmayarse al recordar las palabras de advertencia de Antoine Castel sobre que la depravación de su marido iría a más. Había restos de sangre, cera, mechones de cabello de dos colores y trozos de cuerda desperdigados por cada rincón

de la estancia. Le preocupó aquel bulto que él parecía custodiar como a un tesoro y que ella apenas distinguía por el contraluz. Sabía que se trataba de una mujer... o de lo que quedaba de ella. Pero, ¿de quién? Más allá, oculta entre las sombras, estaba una silla tirada con alguien amarrado e inconsciente. No les quedaba mucho tiempo. Temió que Erroll cayese en la cuenta del alcance de todo aquello, que reconociera a Cat como a una de ellas y se volviese loco, pero el irlandés no le quitaba la vista de encima a su adversario.

Por su parte, Erroll apretó los puños al reconocer a aquel pervertido niño rico de Rowallan, al que en otro tiempo había tenido que engatusar para poder entrar en aquel castillo. Apenas había cambiado esa cara de imbécil engreído. Sus pensamientos fueron un instante con Elsbeth y con Leonor, con el inmenso dolor que aún estaría sufriendo Neall. Erroll se clavó las uñas en las palmas para no perderse en los recuerdos. Libraría a Dunstana de ese monstruo, pues ese no era lugar para su hijo.

—Y decidme, ¿quién os acompaña? —volvió a preguntar Lord Pet sin dejar de acercarse a ellos.

Erroll puso a Dunstana tras él, salvaguardándola con su cuerpo.

—¿Vuestro nuevo amante? ¡Pobre Henry! Siempre será un segundón en vuestra vida. ¿No es cierto?

—¡Maldito seáis! —imprecó ella.

—Sssh... querida, ¿qué pensará vuestro «amigo» de esa sucia boquita?

Sin embargo, cuando el depravado lo enfrentó cara a cara y descubrió quién era el nuevo «amigo» de su mujer, demudó el semblante.

—¡¡¡Vos!!! —exclamó mientras lo empujaba con inusitada fuerza y Erroll trastabillaba junto a Dunstana.

Lord Pet cogió la espada que había guardado entre sus ropajes y apuntó con su filo hacia la pareja. Su desnudez se había perlado de un sudor frío, los dientes le castañeteaban y la rabia se reflejaba en la rigidez de su musculatura. Se mantuvo en guardia, sin dejar que se acercaran a él.

—Voy a distraerlo —musitó Erroll a Dunstana.

—¿Cómo? Vos no vais armado —respondió ella entre susurros.

—Algo se me ocurrirá. Entretanto, coged la pala, el atizador de la chimenea o cualquier objeto contundente y, por Dios Bendito, atinad.

Dunstana se habría reído si la ocasión hubiese sido otra. Asintió con un leve gesto de barbilla y se obligó a ser fuerte. Por ellas. Erroll dio un paso

adelante con las manos en alto, a modo de rendición.

—Nada debéis de temer de mí, *caraid*. Soy un hombre desarmado que ha venido a una fiesta...

—¡Esta vez no vais a engañarme, estúpido! —vociferó su contrincante antes de cargar con ira contra Erroll.

El envite fue previsible y falto de gracia. El irlandés no supo si por la falta de práctica de su adversario o porque estaba cansado, pero consiguió esquivarlo con facilidad. Dunstana aprovechó para correr hacia el pasillo y buscar la pala. A su regreso, observó cómo su marido volvía a blandir en alto la espada en una estocada más certera y cómo Erroll lo frenaba con el antebrazo, tiñendo la camisa de sangre con rapidez.

—¡¡¡Ahora!!! —gritó el irlandés.

Dunstana empuñó la pala con ambas manos e imitó el golpe en el costado que Erroll le había dado a uno de los esbirros de su marido poco antes. Lord Pet no tuvo tiempo de reaccionar ante el envite y salió despedido contra el suelo. Ella cayó de rodillas, exhausta por el esfuerzo. Las lágrimas corrían por sus mejillas y su corazón latía frenético. Su marido hizo un intento de levantarse y se parapetó con la mujer que yacía amarrada en el suelo.

—¡Menuda gatita está hecha! —exclamó Lord Pet para provocarlos mientras contorneaba el bulto con lascivia. Y dio en el clavo.

¿Cat? ¿Aquel cuerpo sanguinolento era Cat? ¿Su Cat?! Las preguntas y el desasosiego se enredaron en la mente del irlandés.

—¡Soltad a mi mujer! —gritó Erroll iracundo antes de descargar un puñetazo en la mandíbula de ese engreído y noquearlo.

Lord Pet cayó de espaldas y no se movió. Erroll jadeaba por el esfuerzo y su respiración era angustiada, una mezcla de sollozos y gruñidos. Dunstana se acercó a él para tranquilizarlo. Si no controlaba su ira, podría incluso desmayarse. Apoyado en ella, Erroll se atrevió a tantear con la diestra el antebrazo herido. No hizo gesto de dolor alguno, aunque el tajo era profundo y se podía ver el hueso con claridad. Dunstana sopesó la gravedad de la misma: había que vendarlo con urgencia para evitar que siguiese perdiendo sangre.

Lo dejó apoyado en la pared mientras ella se dirigía hacia el palanganero y lo vaciaba a un lado, sin importarle empapar la alfombra a sus pies. Con las mismas, vertió agua limpia con la jofaina, rasgó los bajos de su vestido y empapó las improvisadas tiras de tela. Después se acercó a él y lo



vendió con maestría. Ya habría tiempo de coserlo y aplicarle los ungüentos pertinentes más tarde. Lo miró a los ojos al terminar de hacer el nudo. Aún se le erizaba la piel al recordar su grito y con voz estrangulada le dijo:

—Espero que algún día logréis perdonarme...

Erroll apretó los labios hasta formar una dura línea y se zafó de sus manos. Miró a su alrededor, asimilando el grotesco espectáculo que apenas se distinguía por la penumbra. La nuez de Adán vibró en su garganta y se le humedecieron los ojos.

—¿Cat? —alcanzó a preguntar antes de arrodillarse ante aquella mujer atada como si de un relleno de carne se tratase.

La joven no se inmutó. Su cuerpo estaba hinchado y amoratado por los golpes. Él la cogió con cuidado en los brazos, le quitó el saco que cubría su cabeza, sin atreverse a movérsela o con temor a hacerlo y certificar que era su gata. La piel la tenía pegajosa, impregnada con una mezcla untuosa de aceites, sangre, cera y semen. Las cuerdas le habían lacerado la piel, aunque también tenía heridas producidas por arma blanca y tenía claros por falta de pelo en el cuero cabelludo.

—Buscad un cuchillo, ¡lo que sea! —rugió con desesperación y sin querer mirar a Dunstana.

Ella obedeció sin rechistar. Cuando se lo trajo, Erroll comenzó a cortar los nudos de la maroma con manos temblorosas, liberando primero las exangües piernas. No podía mirarla. No podía.

—También traed algo con lo que tapparla —pidió con el mismo tono de antes y sin cejar en su labor.

Dunstana vio su extremo dolor contenido y temió que Erroll se derrumbara. Él siguió cortando nudos, abstraído de esa cruel realidad, con la mirada ida, las mejillas húmedas y sofocando hipidos. Estaba roto. Le desgarraba el alma verlo así. Le habría gustado abrazarlo, decirle que lo superarían juntos, pero no podía. Él no quería. Él estaba luchando contra sus propios demonios y ella sería fuerte también. Por Erroll. Por su hijo. Por ambos.

Se dirigió a la cama con intención de coger alguna manta y pasó junto a la silla caída. Era Cat. No tenía ninguna duda por su atuendo. Un extraño alivio la embargó un instante, el mismo que la hizo caer en la cuenta de que era Ivy la joven que yacía en brazos de Erroll. Quiso gritar. El dolor la asfixiaba. Sin embargo, se arrodilló ante la gata, la cogió por los hombros y la

giró lo justo para comprobar si respiraba. Se inquietó ante lo débil de su aliento. Examinó su cuerpo en busca de heridas y, al tantear sus cabellos, descubrió sangre en su nuca. No era una herida profunda, mas estaba inconsciente. Acomodó los jirones de la túnica para cubrirle los senos y fue hasta la cama con premura. Tiró de una de las mantas y volvió junto a Erroll. Necesitaba saber si Ivy había sobrevivido a esa barbarie también. Cat seguía con vida. Cat podía esperar.

Dunstana se acercó a Erroll en el momento en el que este cortaba el último de los nudos. Temblaba.

—¿Cómo está? —se atrevió a preguntar Dunstana mientras lo relevaba y tapaba el cuerpo de Ivy.

—No lo sé...

El irlandés la sostenía en sus brazos como a una delicada muñeca, apenas respiraba por temor a que se rompiera. Dunstana se apiadó de su sufrimiento y giró el rostro de Ivy con lentitud. Erroll comenzó a sollozar sin ningún reparo al comprobar que no se trataba de Cat. El miedo a constatar que fuera ella o que estuviese muerta lo había paralizado. Dunstana comprendió su alivio, pero la pena que arrastraba su corazón era grande. Ivy había sido su única amiga desde que vino a Londres. Se arrodilló junto a él y tomó con cuidado la cabeza de la doncella como había hecho con Cat minutos antes, comprobó su aliento y el latido de su corazón. Su piel aún estaba tibia, pero falta de color.

—¿Vive? —preguntó él.

Dunstana negó con la cabeza y gimoteó. Dejaron el cuerpo sin vida de Ivy sobre el suelo con suavidad y Lady Pulteney le colocó los cabellos como si solo estuviera dormida. Se sintió culpable, Ivy había ocupado su lugar. Los ojos se le anegaron en lágrimas. Su única amiga... La joven dama se arrodilló y puso su frente sobre la frente fría de la doncella. Sollozaba, abrazada a su cuerpo y renegando de Dios.

¡Dunstana parecía tan desvalida! ¡Tan triste! Erroll sentía una mezcla de alivio y pena en su interior. Lamentaba la muerte de esa desdichada, pero no era su gata. No lo era, se repetía sin salir aún de esa especie de trance en la que se había sumido al entrar en esa habitación del terror.

—Descansad en paz —le susurró quedo a la vez que le cerraba los ojos a la joven.

Dunstana siguió con la misma pose, entre lágrimas. A veces nombraba

a Henry o a Elric y volvía a echarse a llorar sin consuelo. Erroll se dirigió a las ventanas, recorrió los cortinajes y abrió los postigos. Tomó una bocanada de aire limpio del exterior y fue acostumbrando los ojos a la luz del día. Desde allí, se fijó en las marcas amarillentas de unos dedos alrededor del cuello de la doncella, además de las de la soga. La asfixia había sido la causa de la muerte más evidente.

—¿Erroll?

La voz sonó tan débil que el joven guerrero pensó que la había soñado. Se giró en redondo y descubrió a Cat. Sus ojos se abrieron de par en par y se endurecieron sus rasgos, maldiciéndose por su torpeza. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que ella se encontraba allí? Corrió hacia ella y cayó de rodillas. Aflojó las cuerdas que la ataban a la silla y la abrazó.

—Por todos los Santos conocidos, decidme que estáis bien...

—Erroll... —gimoteó ella como única respuesta.

La acunó en sus brazos unos segundos sin intención de soltarla. Catherine respondió a su abrazo apenas y él se embebió de su rostro. No había pasado un solo día que no hubiese soñado con ella, que no se hubiese arrepentido de haberla abandonado. ¡Maldito corazón! ¡Lo que había sufrido desde entonces! Una mezcla de ira, sinrazón e infinito amor lo desbordaba. Erroll apretó los dientes y le apartó un mechón de cabello que le caía sobre la frente. Su corazón clamaba venganza, mientras que su mente le instaba a huir juntos de aquella barbarie.

¿Qué podía hacer salvo abrazarla?

La acunó con ternura. Ella estaba viva y estaba en sus brazos. Nada más importaba. Besó su frente con devoción y miró a su alrededor contrariado al ser consciente de dónde se encontraban. ¿Qué hacía Catherine en la mansión de los Pulteney? Quiso preguntarle a Dunstana, pero su amiga seguía llorando la muerte de aquella pobre muchacha.

El corazón se le desbocó al percatarse de que Catherine estaba allí por él. Estaba así por él. Y él no entendía nada. ¿Acaso no había rehecho su vida con otro hombre? La culpa estuvo a punto de hacerle pedazos. La abrazó más fuerte, con temor de que fuera a desvanecerse. Para siempre.

Necesitaba sentir su calor y hundió su rostro entre sus cabellos. Cerró los ojos un instante. Sus fuerzas flaqueaban ante hacer o no lo correcto. ¡Maldito corazón! La besó en los labios con suavidad. Ella era de otro, se repitió con firmeza. Aunque fuera de otro, nadie le robaría ese recuerdo para

siempre. No había habido otra mujer tras ella. No la habría jamás.

—Erroll...

Los ojos de Catherine parecían perdidos en tinieblas. ¿Qué diablos le habría hecho ese energúmeno? ¿Qué habría tenido que presenciar o en qué habría tenido que participar hasta que ellos llegaron para rescatarlas? Si se lo permitía, él la ayudaría a olvidar ese día. La meció en sus brazos. ¡Parecía tan desvalida! Los labios del guerrero temblaron en una mezcla de temor y rabia contenida.

La gata sintió el desasosiego de su salvador y enredó los dedos entre los cordones de su camisa, en busca de su protección. Erroll atrapó su mano con delicadeza.

—Estáis a salvo —la consoló.

Ella sollozó y se arrebujó contra él. Erroll suspiró, afectado. ¡Deseaba tanto volver a besarla! Pero jamás se perdonaría el haber aprovechado un momento de debilidad como ese para seducirla. Ella estaba allí. Con él. Por él. La esperanza de poder recuperarla se grabó a fuego en su ser. Lucharía por Cat. No cejaría, salvo que ella misma se lo pidiese. Esa vez... él no se comportaría como un cobarde.

Catherine se sentía exhausta. Debía haber muerto y Dios le había concedido un último deseo. Él estaba allí y su beso había sido tan real que aún le hormigueaban los dedos de los pies. Su imagen se reflejaba en los ojos de Erroll. Ahora sí podía marchar en paz. Las manos de la joven se acomodaron en el acerado torso masculino a la altura del corazón y se quedó dormida sobre su hombro. Al principio Erroll se alarmó por su quietud, pero al confirmar que respiraba, terminó por relajarse. A su alrededor reinaba el caos, pero se sentía el hombre más afortunado del mundo.

Tomó aire y lo exhaló con lentitud. Dunstana seguía sin moverse de donde estaba, ni tampoco parecía haberse sorprendido de que Catherine estuviese allí. Una chispa de indignación encendió la mecha:

—¿Lo sabíais? ¿Sabíais que ella estaba aquí?

Dunstana asintió, sin darse la vuelta siquiera. Se levantó con torpeza a causa de las rodillas entumecidas y se dirigió al palanganero. Volvió a rasgarse otra tira del vestido y la empapó. Regresó sin enfrentar la mirada de Erroll y comenzó a lavar el cuerpo de Ivy.

—Dejad que se encargue otro...

—No —lo interrumpió.

Dunstana siguió con su labor en silencio.

—¿Por qué no me dijisteis nada en cuanto la visteis? ¿Acaso no tenía derecho a saberlo? ¿No corría peligro su vida también?

—Ella solo se había desmayado y no tenía ninguna herida considerable —murmuró molesta por su tono de reproche.

Erroll pasó el brazo herido por debajo de las corvas de Cat y la levantó. La colocó sobre el colchón de plumas y supervisó que no tuviese más heridas. Visibles, solo la del labio y la de la cabeza. La ropa la tenía desgarrada, sin duda había forcejeado. Quizás por eso se la había encontrado tendida así, a la espera de que ese maldito bastardo le hiciese lo mismo que a la sirvienta. ¿La habría obligado a mirar tal vejación? La cubrió con una suave manta de lana y resopló. Tenía los puños y los ojos cerrados con fuerza. Dunstana lo miró de reajo y sus manos temblaron al ver cómo la furia lo embargaba. Ella se levantó rauda y se interpuso en su camino.

—Quiero su cabeza, Dunstana, apartaos...

—¿Creéis que yo no? Ivy no solo era mi doncella, era mi amiga. ¡Entrad en razón, por Dios! ¡Al menos Cat ha sobrevivido!

—Sus ropas... —farfulló furioso—. Si la ha tocado...

—Lo sé, lo sé —le susurró ella en un intento de calmar su impotencia—. Y os juro por Dios que se hará justicia, pero mi marido es un Lord del reino y vos un prófugo de la ley. Si os mancháis las manos con su sangre, él habrá vencido. ¿Lo entendéis?

Erroll intentaba asimilar sus palabras, pero seguía con la mirada puesta en ese infame. Dunstana sabía que era cuestión de tiempo que Lord Pet se despertara, que regresara su esbirro, o Henry con sus hombres y el resto del servicio. Tenía que convencer a Erroll de que se marchara con Cat. Nadie podía saber que ellos habían estado allí.

—Regresad a Escocia, a Irlanda o a cualquier país lejos de esta infecta tierra. Dadle la vida que se merece —le pidió Dunstana con lágrimas en los ojos, aunque luego rectificó—. Que os merecéis, Erroll.

El joven supo que tenía razón. Estaban en guerra y la mera confirmación de su procedencia podría llevarlo a la horca o a prisión durante años. No podía arriesgarse ahora que la había encontrado.

—¿Y vos?

—Yo estaré bien. Henry regresará pronto y quién sabe, quizás el destino nos reúna en otra ocasión.

—¿Estáis segura?

Ella asintió.

—Está bien —respondió con pesadumbre.

Dunstana contuvo un suspiro de alivio por miedo a que se lo pensase mejor. Los hombres no eran muy dados a hacer lo que le sugerían las mujeres, aunque estuviesen en lo cierto. Sin embargo, Erroll era especial, siempre lo había sido: cabal, espontáneo, divertido... ¿Volvería a verlo? Rogó por que así fuera.

Él se dirigió al lecho donde Cat descansaba de aquella pesadilla y delineó los rasgos de su amada. Dormida, buscó la caricia de sus dedos y al pasar por sus labios los besó por instinto. ¿Sabría que se trataba de él o estaría buscando las caricias de aquel otro hombre? No quiso pensar en ello. No era hora de hacerlo. La cargó en brazos y Dunstana recolocó la fina manta sobre ella.

—Id con Dios —musitó a pesar de no ser muy creyente.

En esos momentos, cualquier ayuda extra sería bienvenida y aceptada. Lo vio partir con la entereza del formidable guerrero que era y sabiendo que lucharía hasta el final por ese amor. Era uno de esos pocos valientes a los que las vicisitudes del destino no lo medraban. Un ejemplo de lucha. El padre de su hijo.

La dama abrió de par en par todas las contraventanas de madera tras comprobar que su marido seguía inconsciente y amarró un trozo de tela en uno de los entrepaños de madera. Era un código que Henry le había pedido encarecidamente que usase si alguna vez estaba en apuros o necesitaba su presencia. Jamás lo había usado hasta entonces por miedo a que su marido lo descubriese.

Volvió junto a Ivy tras buscar su mejor vestido, la vistió y peinó sus cabellos con esmero, como su doncella había hecho tantas veces con ella. No se dio cuenta de lo rápido que pasaban las horas ni de que había empezado a oscurecer hasta que un ruido la alertó a su espalda.

Su marido la observaba con gesto adusto y expectante. Cruzaron una breve mirada y no vio arrepentimiento alguno en sus ojos. El desprecio más absoluto hacia ese hombre la desbordó:

—¡Maldito bastardo! ¿Cómo osáis deshonrar mi casa de este modo? ¡La habéis matado! —le increpó Dunstana fuera de sí.

Lord Pet comenzó a vestirse con languidez, sin darle mayor

importancia a sus palabras ni al estado de nervios de su esposa. Fue al vestidor, se pasó una túnica limpia por la cabeza y se ajustó los puños a las muñecas después. El dolor del costado era agudo, constante, pero soportable. A continuación, se tanteó la mandíbula y recordó la contundencia del puño de Erroll sobre él. ¡Condenado irlandés, cómo dolía! Aunque lo que más le dolía era su orgullo pisoteado. Se cercioró de que estaban solos antes de evaluar la situación, pues no había rastro de la mujer de ojos de felinos. ¿Dónde estaba?

—No está aquí —le contestó ella como si le hubiese leído el pensamiento.

Él entrecerró los ojos como respuesta. ¿Y dónde entonces? ¿Erroll se la habría llevado dejando a Dunstana a su merced? ¿Qué había venido a hacer ese malnacido a Londres? Siguió vistiéndose sin conseguir alejar de sí la incertidumbre. Necesitaba respuestas y las quería cuanto antes. Lo que no entendía era por qué su esposa había regresado con ese paria ni la relación que tenía este con esas mujeres para arriesgar su vida de tal forma. Nada le encajaba, o quizás fuera el golpe. Se juró a sí mismo averiguarlo.

¿Sería cierto entonces que la condesa Stafford había pretendido hacerlo su amante y su mujer había participado en su liberación? ¡Diablos! Esa misma mañana había tomado por loca a la condesa cuando le había narrado los hechos de forma atropellada.

Si hubiese conseguido atraparlo, Sir Richard de Stone habría dejado de mirarlo con ese aire de condescendencia que tanto lo enervaba. Él, que había sido destituido de inmediato como Alguacil Mayor de Edinburgh tras la fuga de los dos condenados. Él, que no era nadie.

Lord Pet volvió a tocarse el mentón dolorido y blasfemó para sí su mala suerte. No, eso no quedaría así. Erroll se arrepentiría de haberle puesto la mano encima y no haberlo matado, de no haberle dejado saborear las mieles de esa puta. «Su mujer», había dicho ese proscrito arrogante con un cinismo que rayaba la locura justo antes de tumbarlo de un solo golpe. ¿Su mujer? ¡Por Dios Bendito! ¡Si Ivy no era más que una vulgar doncella y distaba mucho de tener los modales propios de una dama de su clase! Si aún le hubiese dicho la otra... ¡Qué ojos! ¡Qué todo tenía! Solo una vez se había sentido tan excitado, pero el horror al ver cómo los ojos de su querida Constanza, su primer amor y quizás el único, se apagaban para siempre había borrado el éxtasis y el buen sabor de aquel encuentro.

Lo había intentado todo con tal de volver a experimentar apenas un

atisbo de lo que había sentido aquella vez. Ivy había superado con creces sus expectativas, debía reconocerlo, pero la que le había tenido atada a esa silla era una auténtica gata salvaje que habría sometido a su voluntad de buena gana.

Blanqueó los ojos con la sola remembranza de las suaves curvas de sus pechos y la leve flaccidez de su vientre. La concatenación de recuerdos hizo que su miembro se rebelara, ávido del desfogue prometido. Repasó sus propios labios con languidez, sabiendo que aún sabrían a ella, pero solo obtuvo el regusto metálico de la sangre y un pinchazo agudo del mentón.

No había vuelta atrás. Observó el semblante descompuesto de Dunstana, su desprecio, su ira contenida y su dominio de sí. La encontró tan hermosa como en aquellas veladas compartidas con Antoine en el corazón de Escocia y la odió y la deseó por ello, pues nada quedaba de aquel Pet que anhelaba dejar su pasado atrás. Él era lo que era, ¿para qué seguir fingiendo?

Se acercó a Dunstana y la levantó por el brazo de malos modos. No le importó que el cuerpo sin vida de Ivy quedase tendido a sus pies. No le importaba nada. Se cobraría su presa, por supuesto, se dijo con la maldad reflejada en los ojos. Ella forcejeó y él se sintió poderoso. La haría pagar por la interrupción y la humillación sufrida. Sobre todo, por haber tenido que dar su apellido a un bastardo para evitar el escándalo. No habría mejor aliciente que domar a esa fiera orgullosa. Dunstana cayó laxa en sus brazos tras propinarle un golpe similar al que él había recibido de mano de Erroll.

—¿Dónde está vuestro protegido cuando más lo necesitáis? —Se carcajeó mientras la dejaba junto a la silla y a continuación atrancaba la puerta.

No había nadie. ¿Qué más daba! ¿Quién osaría detenerlo? Ni Henry, ni Erroll... nadie la salvaría de él. Era su esposo y podría matarla si quisiera. Nada importaba. Solo sería una más.

No supo por dónde empezar y, a pesar de conocer el cuerpo de su esposa como las líneas de su mano, se mostró impaciente. Recordó la única vez que se le había ido la mano con ella y su miembro reaccionó duro. Salivó y siguió la leve marca blanquecina que le había quedado en la mejilla con una inusitada ternura, apenas visible. Era suya, pero esta vez quería algo más visible, de lo que sentirse orgulloso.

Lord Pet ató las manos y los pies de Dunstana con los restos de las sogas utilizadas antes con esa gata. ¿De verdad sería la mujer de Erroll? Al



principio había creído que se trataba de Ivy, pero pensándolo bien, Erroll no habría dejado allí su cuerpo de haber sido ella. ¡Qué lástima! Le habría ahorrado el trabajo de deshacerse de él o de tener que pagar unas monedas para que otro lo hiciera.

Después pasó el filo de la daga por el fuego y comprobó sin inmutarse cómo la hoja adquiría un tono rojo brillante. No podía reprocharle mal gusto al irlandés, desde luego: la condesa Stafford, esa joven, su Dunstana... Sonrió malicioso. Esta vez, ese paria no interrumpiría su particular fiesta.

—¿Por dónde empiezo, querida? —le preguntó como si pudiera contestarle, cogiéndola de los mechones dorados que caían pesados sobre su faz.



## Capítulo 14

### NUNCA OS DEJARÉ

*Residencia de los Pulteney, Londres, Inglaterra, julio de 1336.*

Lord Pet avivó los rescoldos de la chimenea y volvió a acercarse a la silla donde tenía amarrada a su esposa. Un buen fuego encendido nunca estaba de más y comenzaba a hacer fresco. Cerró las ventanas y corrió las cortinas. Esquivó el cuerpo yerto de Ivy antes de volver junto a Dunstana y dio un par de vueltas alrededor de la silla antes de decidirse por dónde empezar. Se acercó a su rostro e inhaló su perfume. Los rizos dorados de su pelo le hicieron cosquillas y supo el siguiente paso a dar. Le bajaría esos aires de reina que se daba retocándole el cabello... «Sí, por qué no», se dijo orgulloso. Aunque eso no le dejaría una marca que recordara siempre sería un buen comienzo. Cogió una vela, la paseó por un par de bucles y los dejó caer ardiendo sobre su cuerpo desnudo. Ese olor nauseabundo le excitaba.

No supo el instante en el que había empezado a reír como un demente, ni tampoco cuándo ella despertó e intentó zafarse de las ataduras entre gritos y sollozos desesperados. Dunstana no sabía qué había hecho con su pelo y temía el brillo sangriento con el que la miraba.

—¿Ya no estáis tan locuaz, querida? —Su marido le tomó el rostro con violencia e invadió su boca con rabia, mordiéndole con saña el labio—. ¿Os

gusta? —Ella le escupió como respuesta y él la golpeó con tal fuerza que a punto estuvo de tumbar la silla de no haberla parado.

—¡Soltadme, bastardo!

Él miró a su alrededor y, con un gesto tan cínico como elocuente, expuso:

—Aquí la única bastarda sois vos, querida. Vos y ese pequeño engendro que con tanto primor cuidáis. Pero ya me encargaré personalmente de que a partir de ahora se haga mi santa voluntad en esta casa. ¿Me oís? —le preguntó apretándole los carrillos de nuevo.

Ella asintió con lágrimas en los ojos, envarada y sopesando las posibilidades de escapar con rapidez. Las cuerdas le adormecían las manos y los pies, las sienes le daban punzadas y la puerta estaba trabada. ¿Acaso solo le quedaba rezar por que acabase pronto? No temía que le hiciera daño, aunque tuviera más presente que nunca las palabras de Antoine sobre lo que le había pasado a aquella italiana. Temía por la sangre de su sangre. Si osaba tocar a su niño, se juró que lo mataría.

Alguien aporreó la puerta con insistencia y Lord Pet la obligó a guardar silencio.

—Si gritáis, os mato —le chistó.

Dunstana volvió a asentir apenas. Su temple se había esfumado por completo ante la mirada enfebrecida de su esposo. ¿Habría acudido Henry en su auxilio al ver la tela prendida a la ventana? ¿Se trataría de su esbirro? ¿Por qué no habían insistido? Las preguntas se sucedían tan rápidas que apenas conseguía hilarlas con sentido.

La mataría. Lo había leído en sus ojos... La respiración furibunda de su marido contrarrestaba con el murmullo al otro lado del muro. Finalmente, quien quiera que fuese se había ido alegando un sencillo: «No están» a otro.

Lord Pet resopló aliviado y ella rezó una plegaria en silencio y de corrido, por temor a que no pudiera acabarla siquiera. Él le sonrió ladino, como si hubiese adivinado su pensamiento.

—Vamos a divertirnos un rato, querida. Al fin y al cabo, hace mucho que no cumplís con los deberes propios de una buena esposa.

Dunstana se vio arrastrada al otro lado de la habitación, muy cerca de la chimenea, sin más contemplación. El calor de las llamas le intensificó el dolor incipiente en las sienes y a punto estuvo de marearse cuando la mordaza la privó de seguir respirando por la boca. Estaba asustada, ¿para qué negarlo?

Lord Pet era un demonio. O así lo llamaban en aquellos antros que frecuentaba. Lo observó comprobar la resistencia de otras cuerdas y el filo de su daga. Él le guiñó un ojo y le hizo una floritura en el aire como demostración. El visillo de la cortina cayó desmadejado al paso de la daga y Dunstana reprimió la congoja en su pecho.

—No me miréis así. A falta de una gata, me conformaré con una zorra.

Sus palabras no la herirían, se instó. Ella jamás le juró amor y, desde que hiciera sus votos ante Dios, le había sido fiel. Él, sin embargo, había hecho y deshecho a su gusto, como siempre. Dunstana lo conocía bien. Su marido debía sentirse frustrado por haberle quitado de las fauces tan succulenta presa... «Una gata». Era cierto. Los ojos de Catherine atraían como la plata bruñida y eran lanceolados en sus extremos, de pestañas negras y largas como plumas de un cuervo. Era hermosa, mucho. Digna de su amado Erroll, pues valiente había sido al presentarse en esa casa, la suya, para que ella pudiese ir a rescatarlo.

Tembló al recordar la impotencia, desolación y ternura con la que Erroll había desatado a esa mujer. «Su mujer», había dicho. No le cabía duda de que habría matado a Pet si ella no se lo hubiese impedido, si no le hubiese dicho que el sacarla de allí era primordial y que estaría bien.

No se arrepentía a pesar de su lamentable situación.

Dunstana habría dejado que sus manos se mancharan de sangre de haber sido otro, cualquier otro menos él y Henry, pues sabía cuál era la sentencia habitual para ese tipo de crímenes: la horca. Sin embargo, Erroll no habría desistido en vengar la afrenta de no haber sido por Cat. Era ella y solo ella la que había logrado convencerlo con suaves palabras y con la promesa de que hablarían más adelante.

Cat era la mujer que le había robado el corazón a Erroll, de la que tanto había oído hablar a su amigo. Ni ella, ni la condesa Stafford, ni ninguna otra llegaría a él como esa joven sencilla y valiente lo había hecho. Su intuición no le había fallado. Era ella, como ella lo era para Henry.

Pensó en su joven custodio y en cuánto necesitaba en esos momentos que la mirara de la forma que solía hacerlo, desnudándole el alma como ningún otro lo había hecho. Ahora lo comprendía todo. Eso era lo único que importaba. Quizás fuera tarde para ella confesarle su amor. Quizás fuera tarde para él perdonarla.

Dunstana forcejeó sin resultado y solo consiguió hacerse daño en las

muñecas. ¡Maldito Pet y maldita fuera su estirpe! Ansió salir con vida de allí como fuera, por Henry y por su niño sobre todo. ¿Qué sería de su hijo si no? Lord Pet estaba loco. Sollozó. Jamás debió casarse con él, pero el miedo a quedarse sola y embarazada había sido más fuerte que ella.

En esos pensamientos estaba cuando su esposo la zarandó y le rasgó el vestido, exponiéndola. Las lágrimas de Dunstana pugnaron por abrirse paso entre sus pestañas, pero sabía que eso lo enardecería aún más. Esta vez sería fuerte, lo sería por los que, al otro lado de la puerta, estarían esperándola.

—Me había olvidado de lo hermosa que sois —le siseó su marido al oído, como una serpiente debía seducir a su presa justo antes de morderla e inocularle el veneno—. ¿Qué bien nos lo hemos pasado juntos, verdad?

Dunstana asintió apenas. Nada quedaba del joven que ella conoció una vez y que tantas veces había compartido su lecho junto a Antoine. ¿Qué le había pasado? En un principio se había negado a creer las palabras de su antiguo amante, pero todo lo que le había confesado en su día había resultado ser cierto.

Las peculiares actividades nocturnas de su marido no dejaban de avivar los cuchicheos de los empleados y Henry castigaba con dureza a aquellos que los alimentaban. «Dejadlos», le había dicho más de una vez, hastiada porque su custodio se expusiera en esos antros de donde sacaba a Lord Pet borracho y con olor a cera, humo y muerte. Aquello no era amor, no era sexo, sino vejaciones sexuales y torturas que, si prestaba oído a los chismes, a más de una había dejado para los restos. Hasta ese día, a ella no le había faltado el respeto, quizás temiendo la reacción de su tío, o el simple «qué dirán». Su deplorable conducta con otras le repugnaba. También su propia cobardía, a la que pondría fin en ese preciso instante y si salía con vida de allí.

Convino en que lo mejor era mostrarse sumisa por el bien del pequeño, que ya se resarciría más tarde de tamaña injusticia. Vengarse... Sabía que no podría. De conseguir matarlo, la encerrarían o la ajusticiarían. La imagen de su pequeño en manos de esa bestia la espantaba. Lord Pet no se molestaba por fingir el total desapego que sentía hacia el infante, ni siquiera delante de sus padres. Su suegra alguna vez había intentado restarle importancia asegurando que muchos hombres no se interesaban por sus vástagos hasta que estos no podían valerse por sí mismos, que aprovechara el tiempo de crianza, pues luego lo vería poco.

¡Maldito!

Su esposo le pasó el filo de la daga por el óvalo de la cara y Dunstana se estremeció al notar la suavidad viscosa y tibia de su propia sangre correrle por el cuello abajo, a escasos dedos de donde otrora vez la marcarse, aunque aquella no lo hiciese adrede. La joven cerró los ojos y frunció el labio por instinto al notar las manos de su esposo sobarle, arañarle y pellizcarle la piel. No quería verlo. No quería ver los dos mechones de sus cabellos desparramados por el suelo, cosquilleándole como culebras por las piernas, mientras su marido la forzaba a abrirlas para penetrarla. Cerró los ojos aún con más fuerza.

Quizás el no ver cómo la puerta se astillaba en cientos de pedazos impidió que se le descompusiera el cuerpo y solo se sobresaltara ante el estruendo. ¿Acaso Dios había escuchado sus plegarias?

En cabeza, Henry y su tío daban órdenes a guardias y sirvientes, liberándola de las ataduras y acorralando a su enfebrecido señor. Dunstana era incapaz de abrir los ojos aún, temblaba de angustia, de impotencia, de felicidad...

Sir Richard se acercó con paso firme al infame marido de su sobrina, que se arrinconó temiendo su reacción, pues conocía muy bien lo que se decía de él. A De Stone le asqueó la cobardía con la que lo recibía y, sin más contemplación, le asestó un golpe en la nariz que lo tumbó. La sangre manó limpia, como fluía el torrente a su paso por el Finnich Glen desde el albor de los tiempos. Nadie se molestó en taponarle la herida mientras arrastraban el cuerpo laxo de Lord Pet lejos de su señora.

Sir Richard se acercó a la mujer que yacía tendida en el suelo y supo que nada podían hacer ya por ella, así como la causa de la muerte. Boqueaba de pura rabia. No había querido mirar a su sobrina por miedo a desatar su furia delante de testigos, pero reconocía los signos de lo que allí había ocurrido a la perfección. Él había pisado ese terreno muchas veces y se maldijo por haber entregado a su único tesoro a una bestia tan parecida a él. Cuando el custodio de la muchacha había venido a su encuentro, desesperado, por no poder abrir la puerta y le había confesado a grandes rasgos de lo que era capaz el señor de la casa... No se lo pensó. Se juró a sí mismo que lo mataría.

Desde que naciera el pequeño Elric, Sir Richard había llevado una vida honorable y exenta de faltas. Había sido un milagro que Dunstana lograra

concebir y, como tal, él había hecho promesa de enmienda. Siempre había visto a Lord Pet como alguien anodino, algo pendenciero, pero fácilmente manejable. El saber que la había desposado con un igual le revolvió las bilis. Le dio la espalda con cautela a su sobrina, con los puños apretados hasta que le crujieron los huesos, en un intento de dominio de sí.

En cambio, Henry solo había tenido ojos para Dunstana. El joven aprovechó la confusión y las órdenes del antiguo Alguacil para desatarla y revisarla en una mirada rápida. Disimuló el disgusto de ver trasquilados los dos grandes bucles que enmarcaban el rostro de su amada. La rabia le hizo exhalar todo el aire de sus pulmones de forma brusca y miró por instinto hacia donde se llevaban a ese degenerado. ¡Maldito fuera! Si había llegado a tocarle algo más que los cabellos y esa herida en el cuello..., él mismo lo mataría. Angustiado porque Dun no reaccionaba, le besó con dulzura las sienes, los párpados, las mejillas y la punta de la nariz en un intento de que abriera los ojos y despertarla de la pesadilla.

El joven tiró de la cortina con fuerza para dejarla caer al suelo, impotente por no haber podido entrar antes y haber evitado que la tocara, e hizo una señal a De Stone para asegurarle que su sobrina estaba bien, o todo lo bien que se podía estar después de aquello. Aprovechó que el tropel de sirvientes se dedicaba a cumplir las órdenes del antiguo Alguacil Mayor de Edinburgh para cubrir la desnudez de su señora, de su amada, de la razón de su vida, con la tela recién descolgada.

El cuerpo de Henry la cobijó entre sus brazos mientras la acunaba, como había hecho Erroll con Cat un rato antes, y Dunstana sollozó de dicha, besándole con suavidad allí donde la camisa dejaba entrever el vello de su fornido pecho, sin atreverse a abrir los ojos. Su olor varonil la reconfortó.

—¿Estáis bien, amor mío?

Ella solo prestaba atención al compás armónico del corazón de su custodio, que se iba sosegando poco a poco en su pecho, pero él volvió a insistir. Ese beso liviano le había sabido a poco y saberla desnuda, y pegada a su cuerpo, no ayudaba mucho. Las pestañas de Dunstana se batieron como alas de mariposas perezosas y terminó por mirarlo con suma fijeza, embebiéndose de cada uno de sus rasgos. Él la amaba, a pesar de todo y de todos. ¡Cuán injusta había sido con su amor! Henry le respondió con una sonrisa tímida pero presuntuosa, sabedor de la admiración y el deseo que inspiraba.

—Os amo, Dun...

Ella fue a contestarle, pero cuando escuchó pasos que se acercaban, se ovilló de nuevo de forma inconsciente. Henry intentó tranquilizarla, orgulloso de que ella reaccionara buscando su protección.

—Preparad todo para un inminente viaje en los próximos días —les ordenó su tío en voz baja—. En una semana a lo sumo partiréis a Roma y contactaréis nada más llegar con Francesco Ordelaaffi. Él os acogerá en su casa, pues me debe un gran favor. Coged lo básico para pasar una larga temporada: ropa, joyas de valor... A partir de ahí, el mundo es vuestro, muchacha.

Ella fue a hablar, sabedora de que su tío sentenciaría su vida allí mismo, pero él silenció el intento.

—Prometí a mi hermana que os cuidaría como a una hija y, en mis ansias de ganarme el beneplácito del rey y de la corte, no lo he hecho. De vos... —apeló señalando a Henry con el dedo índice en actitud amenazante—, espero que los protejáis con vuestra propia vida u os juro que mi alma atormentará la vuestra por siempre.

La amenaza velada hizo sonreír a Henry, pues no era más que el beneplácito a que llevaran la vida que les negó una vez. Le habría gustado darle su merecido a ese bellaco pero, de mancharse las manos con su sangre, jamás la tendría a ella y agradeció el sacrificio del hombre. Cómo lo hiciese, para que ese malnacido pagara el daño infligido a Dunstana, le traía sin cuidado a esas alturas, pensó el custodio, pues ninguno de los dos habían sido nunca de su agrado.

—Pero mi esposo... —comenzó a decir Dunstana.

—Sabeos viuda esta noche —sentenció su tío—. Es cuanto os puedo decir.

Esa noche Dunstana la pasó en vela, apoyada en el cabecero tallado de madera y con el pequeño Elric dormido en sus brazos. Los recuerdos se mezclaban inconexos con los pensamientos sobre un incierto futuro. Inquieta por las palabras de su tío, había pedido a Henry que durmiera con el resto de sirvientes y no solo, como acostumbraba. Así mismo, el ama de cría dormiría en la habitación contigua a la de ella y cerraría la puerta con llave.

La servidumbre parecía haber hecho un pacto de silencio. Entre lágrimas, habían despedido a Ivy en una emotiva ceremonia privada y el cuerpo de la joven descansaba en paz. Después de eso, todos habían seguido las órdenes de Sir Richard sin cuestionarlas. Lord Pet se había ganado a pulso



la antipatía y el temor de sus sirvientes.

Nadie dijo nada cuando lo llevaron a las cocinas y el antiguo Alguacil Mayor le obligó, sorbo tras sorbo, a que se bebiera dos de sus mejores botellas de *cuirm* escocés hasta que el señor de la casa perdió el conocimiento. Después lo asearon y vistieron como hacían siempre que iba a realizar una de sus salidas nocturnas. A continuación, llamaron al cochero de siempre y Sir Richard simuló que estaba algo borracho para evitar preguntas sobre el evidente estado decadente del señor.

Entretanto, las mujeres se habían afanado en dejar las estancias pulcras y varios carpinteros habían trabajado a destajo para dejar una puerta nueva e idéntica en el lugar de la anterior. Ni siquiera el maestro carpintero había contradicho a la más joven de las sirvientas cuando esta le había explicado que la puerta se había hecho añicos por una corriente de aire. Cosas más raras se habían visto y oído en sus treinta años en el gremio y no iba a discutir con esa jovencita que eso era del todo imposible, pues una cuantiosa prima extra estaba en juego.

Todos en la casa se habían ido a dormir en aparente calma bien entrada la madrugada, como si nada fuera de lo habitual hubiese acontecido ese día, mas deseando que en la mañana venidera Lord Pet hubiese desaparecido de sus vidas para siempre.

Las campanas no habían tañido aún laudes cuando las voces apremiadas de varios hombres rompieron el silencio de la noche y la aldaba del portón principal interrumpió furibunda el sueño de los durmientes.

—¡Milady, Lady Pulteney!

Dunstana dejó entre almohadones a Elric mientras ella se colocaba un batón brocado. Por instinto, fue a atusarse los cabellos para reordenarlos y reprimió un sollozo angustiado ante la falta de alguno de sus bucles.

—No se preocupe, mi señora, volverá a crecer —le susurró el ama de cría, mientras buscaba un tocado en los baúles que ocultara el desastre.

Alguien golpeó la puerta de nuevo y la sirvienta contestó con un: ¿Sí?, al ver que su señora enmudecía.

—Una tragedia, mi señora. Ha ocurrido una tragedia —respondieron desde el otro lado.

El ama de cría había cogido al pequeño Elric en brazos que, soñoliento, bostezaba. Ambas mujeres se miraron un breve instante con el

aliento contenido. «No lo hagáis esperar más», se atrevió a instarle la mujer, azuzando a Dunstana para que saliera. Finalmente, la señora asintió y abrió la puerta sin apenas temple, deseando y temiendo las consecuencias de la promesa realizada por su tío.

—¿Quién, quién sois vos? —titubeó.

El ama de cría la hizo a un lado, aún con el niño en brazos, y preguntó:

—¿Qué es eso que ocurre para que despertéis a estas horas a personas de bien? ¿Y cómo os presentáis de esa guisa ante mi señora? —soltó de corrido, malhumorada en apariencia.

—Una tragedia, una tragedia... —repitió el recién llegado como en trance, sin mirarla a la cara y arrugando entre sus manos el pañuelo de seda de tonos dorados que llevaba su tío alrededor del cuello al salir.

Dunstana no supo cuánto tiempo había pasado. Era bien entrada la mañana, o quizás estuviera a punto de caer el sol. Los cortinajes y contraventanas estaban echadas, sin dejar pasar más que leves hilos dorados de luz. Afuera, el trasiego en el pasillo le recordaba que no estaba sola y se aferró al almohadón, hundiendo la cabeza en él. Se sentía algo mareada y la boca la tenía pastosa, con un ligero y desagradable regusto a hierbas. No había llorado, ni siquiera de alegría al saberlo muerto. Escuchó que alguien preguntaba por ella y que se detenía en la puerta.

—Aún está dormida.

Reconoció la voz de Henry y suspiró por saberlo a salvo de pesquisas. Parecía disgustado por tener que despertarla o por la compañía. Otra voz más grave e imperativa apremió:

—Tiene que cumplir con sus responsabilidades de señora de la casa, despertadla.

«Mi suegro», pensó Dunstana con hastío, mientras se incorporaba en el lecho a la vez que se llevaba los dedos índice al tabique nasal y se masajeaba la zona hasta llegar a las sienes.

—Llamaré a alguna mujer para que la asista —respondió su custodio.

—Me parece bien —sentenció Lord Pulteney padre.

De nuevo un murmullo y la voz enérgica de su suegro.

—No os preocupéis más e id a consolar a vuestra madre. Voy a hablar

de nuevo con los testigos que lo trajeron a casa antes de que se persone la guardia del rey. Daremos caza al asesino de vuestro hermano, no os quepa la menor duda.

Dunstana volvió a tumbarse en el lecho al oír aquello, respiró hondo y fijó la vista en un punto indefinido de la techumbre. No oyó la puerta y solo pareció despertarse de su ensoñación al sentir a su hijo acariciarla con la manita.

—Le he dispuesto el vestido de tonos tierra, mi señora. ¿Queréis que os ayude a ponerlos en pie?

—No es necesario —musitó colocando a Elric entre almohadones.

El niño hizo palmas y se quedó sentado, muy serio, ante el mohín de reproche de su madre.

—Es un niño muy listo, mi señora.

—Lo es —afirmó Dunstana mientras se dejaba vestir, evitando mirarse al espejo.

—No os preocupéis. La niña, —pues así llamaban todos a la más joven de las empleadas—, fue muy convincente al narrar vuestro arrebato y los señores quedaron plenamente satisfechos.

Dunstana arrugó el cejo sin saber a qué se refería el ama de cría. La mujer le colocó el tocado de nuevo y argumentó:

—Cuando fue a por las sales de vuestra suegra y dispensárselas, la niña le confió que os habíais cortado dos mechones de vuestros cabellos en un arrebato de locura al saber el fatídico destino del joven señor y que, si Henry no lo hubiese remediado, ahora estaríamos todos llorando ambas muertes. Incluso le mostró el cubo donde los había recogido horas antes. Vuestra suegra casi sufre un desmayo al saberlo.

—Pobre mujer...

—Sí, es una tragedia parir un demonio y quererlo.

La sirvienta no añadió nada más, recogió al pequeño Elric y la dejó a solas unos minutos. Dunstana se alisó la falda del vestido y terminó por mirarse al espejo. Había temido preguntar si se sabía algo de su tío o los pormenores de dónde y cómo habían hallado a Peter. El recordar la saña con la que se habían cebado con su cuerpo le recordó más a la obra de una alimaña que a la de un ser humano. Se llevó la mano a la boca evitando una arcada. Tardaría en olvidar el rostro sanguinolento, pero a la vez reconocible, del que fuera su marido.

«¿Dónde estáis?», preguntó a la nada, sabiendo en su fuero interno que tendría dos velatorios a los que hacer frente. Aunque su suegro se había referido al «asesino», sin dar nombre concreto, pronto se descubriría la verdad.

Dunstana entró en el salón principal con las manos enlazadas, la barbilla alta y el rostro triste. No quería dar muestras de debilidad y de locura, pues bien sabía que su suegro podría querer quitarle la custodia del pequeño. Su suegra y su cuñada la abrazaron, acariciándole la cabeza e intercambiándose palabras de aliento. Lord Pulteney se mantuvo impassible al otro lado del salón, junto al gran ventanal que daba a la calle principal, sin reflejar sentimiento alguno en su rostro.

—¡De frente parecéis una novicia, por Dios bendito! —le escupió con desprecio a su nuera cuando le dio el pésame por la muerte de su hijo.

—No blasfeméis, padre... —pidió con suavidad su cuñada.

Lord Pulteney levantó la mano para frenar la insolencia de su hija, pero la voz de Dunstana lo apaciguó.

—Vuestro padre tiene razón, querida. No debí dejar que el dolor me hiciera perder el dominio de sí.

El hombre hizo un mohín complacido aunque, sin dar más tregua, quiso saber su versión de los hechos. Dunstana le contó lo poco o mucho que sabía. El caballero se quedó conforme al saber que su versión coincidía punto por punto con la de todos los empleados de la casa y la de los testigos del tugurio en el que habían encontrado a su hijo. Maldita fuera la gracia que le hacía tener que sobornar a esa morralla de los barrios bajos, pero «su Peter» moriría con honra y no con el cartel bochornoso de sodomita sobre su pecho como se lo habían encontrado. El malhumor se le acrecentó al oír sus propias tripas clamar por hambre.

—Mientras esperamos nuevas, haced que esas plañideras que tenéis empleadas en esta casa dispongan la mesa.

Su suegra sollozó y arrugó el gesto. No comprendía cómo su marido podía tener hambre en momentos así.

—Mejor será que me sirvan el almuerzo en la biblioteca. Estoy cansado de escuchar hipidos y gimoteos. Quedaré viudo si soporto uno más — El detestable caballero no pudo evitar sonreír ante el respingo de su mujer—. También haced que llamen a vuestro custodio, es el único que parece tener una conversación inteligente en esta casa a falta de vuestro tío. Por cierto, ¿le

mandasteis llamar?

Dunstana se envaró al oír nombrar a su tío, mas disimuló lo mejor que pudo, y asintió. Asimismo, obvió el comentario despectivo dirigido a ellas e hizo que se cumpliera la orden dada por su suegro. Ella tampoco estaba para oír las batallitas del anciano y debía prepararse para recibir las condolencias del tropel de amigos y curiosos que empezarían a acudir en breve a su puerta.

En los dos días que duró el velatorio y las exequias, nadie supo darle un dato fidedigno a Dunstana sobre lo acontecido esa noche y solo pudo sonsacarle al ama de cría que su tío había sido herido de gravedad intentando ayudar a su esposo de los malhechores. Ella sabía que no era cierto y no se atrevió a preguntar más. La casa no era un lugar seguro, llena de desconocidos que iban y venían de continuo. No vio a Henry, salvo durante el oficio en el camposanto y, aún allí, la rehuyó. Lo echaba de menos. No se lo tomó a mal, pues sabía que actuaba con la prudencia que le caracterizaba la mayoría de las veces.

Sintió un mal presentimiento al ver cómo un hombre se acercaba a su suegro y le daba un mensaje lacrado. ¿Dónde había visto ella a aquel individuo? Su suegra le preguntó por las sales y la distrajo un segundo. Cuando volvió la vista hacia ellos, ya no estaban. Tembló. Su cuñada dio un hipido y se aferró al antebrazo izquierdo de su madre. Las tres se habían quedado solas en el cementerio. Los cipreses danzaban sus copas al compás del viento y el trino de los pájaros rompían el silencio del lugar con acordes armoniosos. Dunstana suspiró al saber que todo acabaría muy pronto. Su cuñada fue la primera en soltar a su madre y en abrazarla.

—¿Qué haréis ahora? Bien sabéis que nuestra casa siempre será vuestra casa.

De ser otra, le habría dicho que su propia fortuna se asemejaba bastante a la de su padre y que volaría muy lejos de allí, pero esa jovencita preciosa no tenía culpa del padre y del hermano que le había tocado en suertes.

—Creo que nos iremos fuera una temporada.

La ceja interrogante de su suegra la invitó a seguir.

—Necesito poner silencio a los rumores que me llegan... —dejó caer Dunstana, buscando el beneplácito de su familia política.

La anciana asintió.

—¿De que rumores habla, madre?

—A vuestro hermano lo encontraron muerto en brazos de otro hombre —apenas dijo la mujer en un hilo de voz.

Dunstana evitó que su cuñada se desmayara a pesar de las sales que siempre tenía a mano su suegra.

—Pero...

—No habléis, hija. Vuestro padre no dejará en pie a quien ose manchar el nombre de nuestra familia. Últimamente, es lo único que parece importarle.

Dunstana lamentó que la muerte del primogénito hubiese creado una honda brecha en el matrimonio de sus suegros y deseó que el tiempo cicatrizara la herida, más por su suegra que por él, que jamás gozaría de su simpatía. La anciana afirmó:

—Me parece bien que os marchéis, Dunstana. No quiero que mi nieto soporte la humillación por los errores de su padre. Bastante hemos sufrido ya en estos años por eso.

«Errores, bonita forma de referirlo», pensó Dunstana, pero calló y asintió. ¿Qué ganaría ella diciéndole a esa pobre mujer que su hijo había sido un demonio depravado y que se lo tenía bien merecido? Nada.

—¿Dónde iréis? —le preguntó su suegra.

—A Roma.

—¿Por qué tan lejos? —preguntó su cuñada más repuesta por la noticia.

—¿Qué más da el lugar, mientras lo sea? —le respondió su suegra con otra pregunta a su hija. Justo después, la anciana buscó las manos de Dunstana y le refirió—: Solo vos sabéis lo que habéis sufrido en esta vida. Poned en paz vuestra alma para que mi nieto crezca sano y feliz. Os lo ruego.

Dunstana terminó por abrazarla con fuerza y sofocó un sollozo. La idea de estar maldita volvió a su mente como un aguijón envenenado que la atravesaba de parte a parte. Tres maridos, los tres muertos... Necesitaba una oportunidad. Sí, debía salir de Londres cuanto antes.

—¿Cuándo os marcharéis? —le preguntó su cuñada apenada.

—En unos días.

—Nada le diremos a vuestro padre —le ordenó la anciana a su hija—. Cuanto antes regresemos al campo y recuperemos nuestras vidas, mucho mejor. Dudo que vuestro marido quiera que paséis más tiempo en la capital sin

él y envuelta en el escándalo. Además, si he de aguantar un día más los desaires de vuestro padre me recluiré en un convento, bien lo sabe él.

—No tendréis que hacerlo, madre —La joven sonrió y se tocó el vientre.

Su madre abrió mucho los ojos y no supo qué decir ante la sorpresa. Dunstana se adelantó para felicitarla. Era lo mejor que podía pasarle a su familia política dadas las circunstancias. La llegada del nuevo nieto atenuaría los entresijos de la muerte del primogénito.

Regresaron a la casa señorial y se despidieron con la promesa de que las mandaría llamar para verse nada más regresara a Inglaterra. Dunstana cerró la puerta a un día extenuante, quizás a una vida y, por primera vez, sonrió esperanzada. Le sorprendió el silencio reinante en el hogar y se dirigió a su alcoba para quitarse los zapatos y aflojarse el corsé.

Henry debía haber dado el día libre al servicio... ¿También se habría ido él? Escuchó las risitas de su hijo y apresuró el paso. ¡Cuánto necesitaba abrazarlo! Al abrir la puerta, encontró al pequeño en brazos del custodio. Este se dejaba quitar el nudo del lazo de la camisa y se lo ataba al dedito regordete, provocando las risas del niño.

—¡Ma-ma-má! —exclamó al verla.

Los ojos verdosos de Henry se oscurecieron de deseo al verla, mas desvió la mirada con premura, centrándose en Elric. Dunstana cogió al pequeño en brazos. Ante la nueva y breve mirada de él, la dama sintió flaquear las rodillas, nerviosa por su proximidad y necesitada de su contacto. Sin embargo, Henry se levantó del sillón y se anudó la lazada camino a la puerta.

—Os dejaré a solas —apenas susurró—. Mañana partiremos al mediodía.

—No... No os vayáis por favor —le imploró ella.

Dunstana besó al niño y lo acurrucó en sus brazos sin dejar de mirar a su custodio. Él giró sobre los talones, sin saber muy bien qué hacer. Por un lado, había ultimado todo para quedarse a solas con ella y, por otro, temía su rechazo ahora que nada ni nadie les impedía estar juntos. Elric buscó su sonrisa y se ganó al joven con solo echarle los bracitos de nuevo.

—No sabéis cuánto me alegro de que no lleve el nombre de su padre... —se atrevió a decir.

Ella le sonrió, embobándolo, haciendo que Henry deseara que el pequeño se durmiera al instante para poder adueñarse a placer de esa boca

que tanto veneraba. Dunstana le acarició el mentón masculino con aire distraído, incidiendo en el leve hoyuelo que formaba su barbilla. Henry reprimió un gruñido de gusto ante su contacto, pero no contuvo las ganas de atrapar ese dedo con los dientes y lamerlo.

—Uhm... —respondió ella, mordiéndose los labios y torciendo mimosa el gesto ante la sensual caricia.

Sí, había sido un acierto ponerle el nombre del abuelo paterno para evitar posibles malentendidos. Su suegro se había sentido muy honrado por el detalle, no así su hijo, pero qué más daba a esas alturas, si ni siquiera era su verdadero padre... Henry acortó la distancia que los separaba y acarició la cabecita rubia del infante, sin apartar los nudillos de ella de su boca.

El ama de cría apareció bajo el dintel de la puerta secándose las manos en el delantal y sonrió ante la escena familiar. Echaría de menos a la señora y se congratuló de que Henry no perdiera el tiempo en conquistarla. Carraspeó para advertirlos de su presencia.

—El equipaje está listo, mi señora. Si me lo permitís, nos gustaría despedirnos del pequeño Elric. No sabíamos si regresaríais esta noche y había dispuesto todo en casa para que pasara la noche con nosotros —mintió.

Henry agradeció que la mujer accediera a la petición de llevarse al pequeño esa noche. Necesitaba hablar con Dunstana a solas antes de emprender tan largo viaje y saber a qué atenerse. Ciertamente que era viuda, pero no por ello tenía que corresponderle. También era madre y él quería hacerse cargo de ambos, como había deseado hacer siempre.

Dunstana asintió al ama de cría sin poder evitar que la sonrisa se reflejara en sus ojos. Agradeció que la anterior ama de llaves hubiese tenido que dejar su cargo meses atrás para cuidar a su marido enfermo, pues era leal al difunto señor.

El ama de cría recogió lo imprescindible y se despidió de la pareja con una genuflexión.

Dunstana echaría de menos a esa mujer, siempre tan discreta y servicial. Quizás la dejara a cargo del mantenimiento de la casa, pues seguro que sería el ama de llaves idónea y le vendría bien el trabajo. Convino tratar ese menester después con Henry. Nada más quedarse a solas, el joven la tomó por la cintura y le prodigó mil y un besos por el rostro. Primero dulces, después melosos, cada vez más intensos... hasta que recordó que tenían una conversación pendiente.



Sin embargo, el lado sensual de Dunstana había despertado del largo letargo al que lo había sometido desde que se desposara. Acalló la débil protesta masculina con el dedo índice, para delinear el contorno de sus labios después y terminar entreabriéndolos a la vez que jugueteaba con ellos, huyendo de sus dentelladas hambrientas. Cuando estuvo a punto de capturar su dedo, Dunstana dejó de jugar y lo besó con el mismo ardor con el que él la había avasallado minutos antes.

—Dun... —jadeó él en su boca.

—¿Sí, mi amor?

Henry no pudo reprimir el entusiasmo. Era la primera vez que no lo llamaba por su nombre... ¿Y le había dicho: «mi amor»? La cogió en brazos y la llevó al lecho. Le rasgó las ropas de luto, dejándola con la fina camisola blanca. Ambos jadeaban. La cremosidad de la piel femenina le secó la garganta y la despojó con premura de las medias para acariciarle las piernas con afectado deleite. Ella se dejó hacer y echó la cabeza hacia atrás, apoyada sobre sus codos y con la boca entreabierta. Él la admiró apenas un instante, pues recordaba a la perfección sus curvas, rememoradas cada noche en soledad.

—Dun, decídmelo de nuevo.

—¿El qué, mi amor?

—Eso, decídmelo a los ojos, quiero oírlo.

A ella se le escapó una risita y terminó de sentarse. Su Henry, tan gallardo, tan valiente y a la vez tan infantil. Lo adoraba.

—Creo que tendréis que ganaros una tercera...

Henry subió una ceja interrogante ante tal descaro y ella volvió a reír. Estaba preciosa, aún sin sus largos cabellos dorados y mordisqueándose los labios inflamados por sus besos.

—La batalla será aquí —le susurró juguetona y palmeando el lecho— y aquí —trazando una línea imaginaria sobre su piel—. Además..., prometo no daros tregua.

Por los dioses conocidos y por conocer que al alba habría conseguido lo que buscaba, pensó Henry despojándose de la camisa y forcejeando con la última pernera de las calzas. ¿Quién quería tregua? ¿Quería guerra! ¿Siempre guerra! Dunstana se levantó y dejó caer su camisola. La noche se aventuraba calurosa y larga.



## Capítulo 15

### RONNIE

*Londres, Inglaterra, julio de 1336.*

Erroll descendió las escaleras de la casa señorial de los Pulteney con Cat ovillada en sus brazos. Tenía todos y cada uno de los músculos del cuerpo tensos. El dejar airoso a Lord Pet era inconcebible para él, pero ya ajustaría cuentas más tarde con ese malnacido. En ese momento, Dunstana tenía razón: el bienestar de Catherine era lo único que importaba, por lo único que merecía tragarse su orgullo y salir cuanto antes de aquella siniestra casa.

Ni siquiera cuando llegó al jardín consiguió serenarse. Su corazón aún repicaba frenético en su pecho, como las campanas de las iglesias lo hacían alertando al pueblo de que se había desatado un fuego en el monte.

Miró a su alrededor sin saber muy bien qué hacer, o más bien, cómo hacerlo. Debía llevar a Catherine a su hogar cuanto antes, aunque tampoco sabía muy bien cómo llegar desde allí. Estarían preocupados por ella. Él lo estaría... No quiso pensar en el otro, en aquel tipo de la carreta al que Cat le había reído la gracia días antes. Gruñó.

¡Estaba celoso, diablos!

Necesitaba serenarse y pensar con lucidez. El mero hecho de sentir el débil aliento de vida cosquillearle el cuello le dio la fuerza suficiente para

continuar. Él iba desarmado y ella prácticamente desnuda envuelta en una manta. «Piensa, Erroll, piensa». No podría cargarla durante todo el trayecto sin levantar sospechas. Tampoco se arriesgaría a que alguien diese la voz de alarma. Dirigió sus pasos hacia los establos. Sabía que a Dunstana no le importaría que cogiera algún caballo prestado con tal de alejarlo de esa casa. El relincho de un semental de buen porte le recordó que debía darse prisa.

—No os rindáis, amor mío —le susurró a Catherine entre lágrimas de amor, dolor y rabia, pero ella se había sumido en un extraño sueño del que parecía no poder despertarse.

La subió a la grupa y él tras ella. El destino le había dado la oportunidad de enmendar su estupidez y no perdería el tiempo lamentándose ahora. Lucharía por su gata, le demostraría que era digno de su persona y de su amor.

Miró con disgusto hacia la imponente edificación antes de poner el caballo al trote y se preguntó si Dun estaría bien. «Él no me hará nada», le había dicho ella, «teme a mi tío más que a la muerte». Sabía de lo que Sir Richard de Stone era capaz. ¡Vaya que si lo sabía! Era la horma del zapato perfecta para ese degenerado de Lord Pet. Gruñó de nuevo. No le quedaba otra que creerla si quería salvar a Catherine y apretó el cuerpo de la joven contra sí con ese pensamiento.

Dudó sobre qué camino tomar. Londres era una gran desconocida aún para él. Una vieja plegaria que creía haber olvidado hacía tiempo asomó a sus labios. No vio venir a la mujer. Esta debió confundirle con un criado de la casa, porque no tuvo deferencia alguna con él. Solo se aupó de puntillas y se cercioró de que era el rostro de su amiga antes de sollozar a viva voz.

—¡Maldito sea el que le hizo esto! —escupió la desconocida con amargura.

—¿La conocéis?

Eda reparó entonces en quién la llevaba. Él era el hombre del que tanto había oído hablar a Cat durante esos meses. El que había terminado vigilando en la distancia alentada por su prima Martha. Era Erroll, el hombre que le había robado el corazón a Catherine y el padre de Ronnie.

—¿La conocéis? —insistió él.

La mujer parecía haberse quedado sin habla y solo asintió. Erroll era aún más atractivo e imponente en las distancias cortas. Sin embargo, Eda dio un paso atrás con cierto temor. ¿Qué le había hecho a Cat? ¿Por qué ella estaba

inconsciente? Quiso golpearlo a sabiendas de que derrocharía sus fuerzas y él apenas lo sentiría. «Maldito...», había comenzado a decir cuando descubrió en el azul cerúleo de sus ojos su total desolación.

Eda no entendía nada. ¿Qué había pasado entonces? ¿Por qué huían de casa de Milady? Martha la había avisado de que Cat había ido en busca de la dama porque a Erroll lo habían encerrado en la Torre de Londres, pero las horas habían pasado sin noticias y habían temido que hubiese ocurrido alguna desgracia.

—¿Sois Erroll, verdad? —preguntó Eda para cerciorarse.

El joven entrecerró los ojos. ¿De qué conocía él a esa mujer? De nada. En otras circunstancias, le habría importado un comino lo que pensara de su persona, pero esperaba que no lo hubiese confundido con Lord Pet, a tenor por cómo se había alejado de él, aunque tampoco podría reprochárselo para ser justos. Su aspecto dejado de la mano de Dios tras la mañana pasada en el calabozo no ayudaba a inspirar confianza. El que Cat yaciera en sus brazos, desmadejada y apenas cubierta con una fina manta tampoco.

El gesto huraño de él se lo confirmó. Era la viva imagen adulta del pequeño Ronnie cuando se quedaba con hambre. Si Cat no hubiese comenzado a tiritar, ovillándose aún más en el pecho masculino, Eda se habría echado a reír por el tremendo parecido que tenía con su hijo.

La gata gimoteó algo ininteligible. La mujer se acercó de nuevo a su amiga y se apresuró a tocarle la frente. Sus elocuentes ojos confirmaron lo que él presentía.

—Soy Eda, una amiga de la familia. Debemos llevar a Cat a casa cuanto antes.

No hizo falta que dijera nada más. Erroll se bajó del caballo y subió a Eda en su lugar. La mujer agradeció la deferencia. El guerrero siguió al caballo de cerca hasta dejar atrás la opulencia de las grandes edificaciones e internarse en las angostas y sucias calles cercanas al puerto. El nauseabundo olor a pescado podrido y defecación hizo que su estómago se rebelara.

—Os acostumbraréis pronto —dijo Eda sin mirarlo y sin aminorar la marcha.

Erroll sintió cómo se le enrojecían las mejillas, carraspeó para aclararse la garganta y deshacerse de tan vergonzosa sensación. La mujer ahogó una risita como respuesta.

¡Maldita bruja!, pensó él fulminándole el cogote, pero con una sonrisa

en los labios. Mas ella, como si supiera en todo momento lo que pensaba, se giró apenas para guiñarle el ojo y agradeció que hubiese dejado atrás el semblante sombrío de antes.

Siguieron un buen trecho hasta que llegaron a una plazoleta. Los niños dejaron de jugar al ver un caballo con semejante planta y los siguieron como si fueran comediantes de una feria. Las casas eran de adobe en su mayoría. No eran tan destartaladas como las de las calles que habían dejado atrás, ni había excrementos por doquier. Se podía andar sin temor a pisar cualquier inmundicia, cosa que Erroll agradeció mucho.

—Aquí es —sentenció la mujer frente a un portalón de madera, que llevaba grabado en cada madero los muchos inviernos que tenía.

Era de las pocas casas de piedra que había por la zona y Erroll agradeció que Cat hubiese tenido un sitio más apropiado para vivir. Eda bajó del caballo y dejó que Erroll se ocupara de Cat. Por la forma de coger a su amiga, supo que la quería sin lugar a dudas y eso la enterneció. La mujer abrió la puerta sin llamar. Debían bajar esa fiebre cuanto antes.

Erroll se adentró en la humilde estancia y colocó a Cat en el único camastro que tenía en la planta baja. El lugar no disponía de lujo alguno, mas no le desagradaba. Muy al contrario, se sorprendió de que lo sintiera como suyo y confortable, a pesar de que no había más que un jergón, una silla, un toallero con una jofaina y unas cortinas que reconoció con rapidez por el colorido verde azulado de su tintada. Sin lugar a dudas, era el hogar de Cat.

El fuego del hogar estaba encendido. ¿Habría alguien más en la casa?

La mujer examinó a Catherine con cautela y, de vez en cuando, le regalaba una mirada desaprobatoria a él por no querer marcharse o quizás porque lo pensara artífice de las rozaduras de sogas en los tobillos y muñecas de la joven. Erroll asimiló cada detalle de su alrededor en silencio, como si cada piedra y junco que lo rodeaba pudiese contarle historias sobre su amada.

—¡Martha! Soy yo, Eda —vociferó la mujer de repente, extrañada de que su prima no se hubiese personado ya—. Bajad los ungüentos y lienzo limpio. Cat os necesita.

La prima de Eda bajó las escaleras rauda con Ronnie en brazos. No esperaba que estuviese Erroll allí y a punto estuvo de trastabillar del susto en el último escalón. El joven fue a preguntarle qué hacía en aquella casa, pero calló. Era evidente que se conocían y Cat era lo primero. Por su parte, Martha intercambió una elocuente mirada con su prima y se dirigió al camastro donde

estaba la gata, dejando al bebé en brazos de su padre.

Él se sintió un poco perdido con el niño, pero lo echó sobre su pecho y Ronnie no protestó. Muy al contrario. Lo miraba con inusitada curiosidad y le dedicó unas bullitas.

—Le gustáis —le dijo Martha, aunque Eda le dio un codazo para que se centrara.

Las dejó hacer. Pasado un rato, Erroll acortó la distancia que los separaba en dos zancadas y se postró a los pies del camastro. Había dejado a Ronnie dormido en la cuna, sin percatarse de más.

—¿Cómo está? —se atrevió Erroll a preguntar, contenido y sin dejar de mirar a Catherine, jurando por Dios que cazaría a esa alimaña y le haría pagar por lo que le había hecho a la doncella de Dunstana y su gata.

—Nada que el cuerpo no venza, si el alma quiere.

Al irlandés le intrigó la respuesta de Martha.

—¿Por qué no despierta entonces? —insistió él.

—No lo sabemos. La fiebre puede ser por mil motivos, pero no hay ninguno aparente. Quizás sea producto del cansancio —respondió esta vez Eda.

—¿Qué puedo hacer?

Martha se encogió de hombros, ungió en bálsamo las heridas y le colocó vendas finas. Eda atizó las brasas de la chimenea y removió el estofado. Su prima se reunió con ella, dándole suficiente espacio y sin dejar de mirar a la pareja. Él, de rodillas, asía la mano de Cat sin moverse.

—Le diré a Joe que estáis sano y salvo —comentó Martha mientras se echaba un chal de lana sobre los hombros y se disponía a irse—. Si tenéis hambre, hay cuencos limpios junto al caldero.

—Gracias, ¿podrías decirle que salde la deuda con el tabernero? Encontrará mi bolsa junto a la espada.

—Claro. ¿Os traemos vuestro equipaje aquí? —le preguntó Martha.

—Quizás él prefiera volver... —comentó Eda a la vez que torcía el gesto.

A esta le abrumaba el desparpajo de su prima a veces. Cat aún estaba inconsciente y presa de la fiebre. Ellos no habían hablado... ¿Y Martha lo invitaba a quedarse en su casa?

—Si no os importa, me quedaré aquí junto a ella hasta que despierte —respondió él.

Eda asintió enfurruñada.

—Os acompaño fuera —comentó a su prima con intención de reprenderla antes de irse—. Os daré recado para Hamo, debe estar preocupado por la tardanza.

El joven guerrero supuso que el tal Hamo era el marido de Eda, pero no preguntó. No quiso pensar que se tratase del «otro». De la nueva pareja de Cat. ¿Se habría desposado? No, el destino no podía ser tan cruel con ellos. Martha se lo habría dicho, ¿verdad? No las despidió. Tampoco les agradeció sus atenciones, ni el guiso que impregnaba el aire de un delicioso olor, o que los dejaran a solas un momento... Solo se quedó al lado de su amada, enmudecido, y con los ojos turbios. No sabía cuánto tardaría en llegar ese hombre, ni cómo se tomaría que él estuviese ahí junto a ella, pero aprovecharía cada instante.

El pequeño lloriqueó.

Erroll miró hacia la puerta, por si Eda o Martha entraban para atenderlo, pero no fue así. Dejó a Cat y se arrodilló ante la cuna. Ronnie movía los bracitos regordetes e intentaba tocarle el rostro. Apenas tenía una pelusilla rubia y rizada en la cabeza. Los mofletes eran sonrosados y tenía los ojos azules, pero rasgados de...

—No puede ser —masculló Erroll cogiendo al pequeño en brazos.

Lo acercó a la luz del candil y Ronnie palmeó complacido por salir de la cuna. Erroll arrugó el ceño, contrariado, pero al ver la expresión llorosa del pequeño, lo columpió sobre el antebrazo que no tenía herido y terminó haciéndolo reír. Su risa fresca era como el murmullo de un manantial. Le acarició la cabecita con mimo y él ronroneó. Como hacía ella. Las pocas dudas que tenía se disiparon como el rocío de la mañana en un día de sol.

—Tenéis sus ojos —le susurró emocionado.

El joven guerrero comenzó a temblar. El nudo de las entrañas se le cerró hasta asfixiarle. Abrazó al pequeño con fuerza y resopló en un intento vano de calmarse. Ronnie le tocaba la cara y le rascaba la barba de varios días, complacido por las cosquillitas que le daba.

Eda había entrado con sigilo y contemplaba la escena emocionada.

—Los tiene —claudicó.

Erroll la miró con una pena infinita marcada en el rostro, como si de repente tuviese muchos más años. Besó con ternura al pequeño y miró el catre de soslayo. Las lágrimas masculinas amenazaban al borde de las pestañas y

Eda estuvo a punto de confesarle la verdad.

—Mandadme llamar nada más despierte —le ordenó a la vez que ponía al pequeño en brazos de la mujer. Después templó el tono de voz y le dijo—: Estaré en la taberna. Gracias por vuestra hospitalidad.

Eda no sabía cómo retenerlo allí. Quizás Martha tenía razón y Catherine necesitaba despertarse y ver que él estaba a su lado, que no volvería a dejarla sola.

—Erroll...

—¿Cómo se llama? —la interrumpió.

Eda se acercó con el niño y este le sonrió.

—Ronnie.

Erroll le acarició el puente respingón de la nariz y el pequeño aprovechó para chuparle el dedo con avidez. Se sorprendió por la fuerza que podía ejercer con esa mandíbula pequeña y desdentada.

—Aún es pronto para salirle su primer diente... —rio Eda, que no sabía cómo rogarle al hombre que se quedara.

El rostro del guerrero era la viva imagen de la desolación. ¿Acaso no veía el tremendo parecido que tenían? ¿No había echado las cuentas pertinentes? ¡Hombres! ¡Nunca parecían enterarse de nada! Cuando vio que él se dirigía a la puerta, Eda cedió. No podía dejarlo marchar así, pensando que Catherine había rehecho su vida con otro hombre. Dejó al pequeño en la cuna y este lloriqueó.

—Ronnie necesita a su padre. No podéis iros ahora —le habría gustado añadir que Cat también lo necesitaba, pero eso ya era cosa de ellos—. Además, yo he de volver con Hamo a Sutton esta noche —le mintió.

Erroll se giró con el ceño fruncido. La rabieta de Ronnie iba en aumento, pero Eda parecía estar recogiendo en un hatillo sus cosas y estaba dispuesta a marcharse.

—¿Y?

—Y si tiene hambre, solo ponédselo sobre el pecho. El pequeño sabrá qué hacer —le dijo ella mientras le guiñaba el ojo.

—Ronnie es... —Erroll no se atrevió a terminar la frase.

—Es vuestro hijo, sí. Pero dejad que sea Catherine la que os lo diga. Es lo más justo. Y por favor, haceos el sorprendido.

Sorprendido estaba y mucho. Tuvo que sentarse ante la nueva y hasta tartamudeó.



—Mi-mi hijo.

—Sí, eso he dicho.

—Ronnie es mi hijo —repitió.

Eda volvió a asentir y se cruzó de brazos. ¿Se desmayaría? ¡Oh, vamos! ¿Un guerrero como él? Se apiadó, cogió a Ronnie de la cuna y volvió a ponérselo en el regazo. Erroll lo acogió con ternura, aunque con cierta rigidez.

—No se caerá si lo sujetáis como veníais haciendo.

Erroll puso un mohín.

—Además, os hará compañía mientras tanto. Ya veréis.

Eda los dejó allí y Erroll habría jurado que sonreía, la muy bruja. Él correspondió con el mismo gesto al fijarse en que no era la primera vez que la llamaba así en ese día. A Ronnie no pareció importarle quedarse con él, de hecho, lo miraba con curiosidad y sonreía cuando no se entretenía chupando el cordón de su camisa o cualquier cosa.

Era un niño precioso y se veía sano. Sus ojos eran grandes y rasgados como los de su madre, pero tenía su color azul. Volvió a acariciarle la pelusilla rubia del pelo, complacido de que también tuviese parecido con él mismo.

Su hijo. Otro hijo. Era padre de dos niños preciosos. Había tenido que renunciar a su primogénito, pero a Ronnie... a Ronnie no renunciaría nunca, ni a él ni a su madre. El pequeño empezó a no conformarse con sus dedos y le chupeteó la barbilla.

—¿Tenéis hambre?

Como si hubiese podido entenderlo, el bebé gorjeó contento y él sonrió.

—Yo también estaría así de feliz con semejante menú —rio el irlandés.

Cat no se despertó cuando él le colocó con cuidado a Ronnie sobre su pecho. No tenía ya fiebre y había mejorado el color de sus mejillas. Erroll se arrodilló a los pies del lecho para evitar que el bebé se cayera. El tibio calor de su cuerpo apenas cubierto lo turbó. Tragó saliva extasiado.

En la mansión de los Pulteney había apreciado las sutiles diferencias que habían transformado el cuerpo de su amada en esos meses. Sus curvas eran más pronunciadas; su cintura seguía siendo estrecha, aunque menos huesuda que antaño; sus pechos más llenos y, por lo poco que había podido tantear a través de la manta, ¡benditas nalgas! Bufó.

Dejó al bebé que tanteara el pezón hasta que empezó a succionarlo con

esmero. Era la imagen más hermosa que había visto en su vida, digna de que un artista la retratase... Se quedó allí quieto, enardecido y maravillado al mismo tiempo, envidiando a ese pequeñito ser, carne de su carne, que aprovechaba hasta la última gota de leche con deleite.

Cuando Martha regresó, se encontró a Erroll dormido en una silla junto al catre donde Catherine seguía convaleciente y al pequeño dando un suspiro satisfecho. La mujer cogió a Ronnie con cuidado para no despertarlos y le cambió el piquillo de tela sucio al bebé antes de meterlo en su cuna.

Erroll no había cenado y sujetaba la mano de su amiga con una ternura impropia de un guerrero como él aunque, por las historias que la gata le había ido confesando, también era un poeta, un soñador y un hombre avanzado a su tiempo. Martha rogó a Dios que el orgullo no se antepusiera entre ellos, porque no tenía duda alguna de lo mucho que se amaban el uno al otro.

*Al día siguiente...*

Erroll se entretuvo ayudando a Martha con las tareas del hogar. Cualquier cosa que le despejara la mente tras velar el sueño de Cat durante toda la noche. La joven había tenido pesadillas y él no se había movido de su lado. Justo en el momento en el que el irlandés estaba echando algunas hierbas aromáticas al estofado de conejo y Martha lo miraba boquiabierta e impresionada por su buena mano en la cocina, llamaron a la puerta. Ambos se miraron circunspectos y Martha le susurró queda:

—¿Esperáis a alguien?

Él negó, tomó su espada y se ocultó tras el hueco de la escalera que daba al piso superior, donde guardaban la tina. Martha se atusó las arrugas del vestido y se adecentó el cabello antes de abrir. El hijo del tabernero retorció la gorra nervioso entre los dedos y Martha solo lo dejó pasar cuando vio de reojo que Erroll daba el visto bueno. Martha había saldado la deuda como él le había pedido y había traído su equipaje. ¿Para qué lo requeriría con tanto apremio? El muchacho se alegró al verlo sano y salvo, recitó el recado de memoria y con las mismas se despidió. El mensaje había sido escueto, extraño y misterioso, pero no dudó de su veracidad.

—¿Estáis seguro de querer ir, Erroll? Podemos esperar hasta la tarde y decirle a Hamo o a Joe que os acompañe.

—Hamo es...

Martha se ruborizó. Sabía que aquel día él había creído que Cat y el marido de su prima eran algo más que amigos, pero nada más lejos de la realidad.

—El marido de Eda, aquel hombre que visteis en la carreta con Cat — aclaró.

Los ojos de Erroll se redondearon como los de una lechuza y fue el turno de sentir en sus propias carnes la sensación de bochorno primero y de tremendo alivio después. Ambos suspiraron y sonrieron.

—No tardéis —le rogó Martha—. Seguramente os gustaría estar cuando ella despierte.

—Por descontado —indicó él con un guiño cómplice.

Erroll marchó hacia la taberna con un par de dagas ocultas entre las ropas. Nunca estaba de más cualquier precaución después de todo lo que le había tocado vivir durante esos meses, aunque si había intuido bien de quién era el mensaje, no las necesitaría.

El tabernero lo recibió con los brazos abiertos y le dio las gracias por haber sido tan generoso. Después lo invitó a una jarra de cerveza amarga y le rogó que esperase mientras le servían un tazón de caldo humeante.

—Han llegado —le susurró al tiempo que recogía el cuenco y la jarra vacíos.

El irlandés alzó una ceja a modo de interrogación y el hombre dijo en su tono habitual de siempre:

—Si estáis cansado del viaje, tenemos una habitación disponible en la buhardilla. Es pequeña, pero tiene el lecho mullido y unas vistas inmejorables.

Erroll asintió, dejó una moneda como pago y subió las escaleras con parsimonia. Se cercioró de que nadie lo seguía antes de entrar y abrió con la llave. Ayden lo recibió con una daga en la garganta y una sonrisa de oreja a oreja. También estaban en la habitación Leena y un desconocido al que presentaron como Brod, el primo hermano de Elman. El capitán Murray guardó su arma y lo abrazó.

—Nos ha contado el tabernero que sois el norteño que menos tiempo ha estado en la Torre de Londres —le dijo Ayden, mientras le palmeaba la espalda con entusiasmo.

—¿Lo dudabais? —rio jocoso el irlandés, atribuyéndose un mérito que no era suyo, pero evitando dar demasiadas explicaciones sobre ello—. ¿Y qué nuevas traéis de vuestro primo, Brod? ¿Necesitaríamos días enteros para ponernos al día de sus andanzas?

Brod y su primo no se parecían físicamente en nada. Este era rubio, de ojos claros y largo como una vara. Ya tendría tiempo de preguntarle a Ayden cómo lo había conocido y qué hacía ese hombre allí. «El enlace de Elman», habían dicho. Erroll lo observó con interés.

—No se puede quejar, amigo. Mi primo siempre ha tenido más vidas que un gato. Sigue vivo... y en tierras castellanas tras la pista del hijo del capitán. También les ayudo a encontrar a su hermano.

Erroll ensombreció el semblante al nombrar a Neall, su mejor amigo.

—¿Y tenéis nuevas? —se interesó el irlandés.

—Algunas tenemos. Mi primo ha ido a comprobar si es cierta una información que nos llegó sobre una mujer llamada Margaret con un niño que viajaban hacia el sur. De descartarla, volveríamos a buscar por aquí. Sabemos que un cuervo también ha estado buscando al pequeño.

—¿Un cuervo? —preguntó Erroll desconcertado.

—Eso dicen —aseguró Brod—, aunque tengo la certeza de que se trata del hermano del señor.

La cara de Leena era un poema.

—Si es así, Neall lo encontrará —afirmó con rotundidad Erroll.

—¿Y por qué mi hermano no ha dado señales de vida o ha compartido sus planes con nosotros? —preguntó Ayden nervioso—. ¿No tenemos derecho a saberlo?

—¿Y daros alas? —Hubo un incómodo y breve silencio antes de que Erroll continuara—. Bien sabéis que a veces es difícil decir la verdad por miedo a que duela, pero siempre es el camino más correcto.

Los ojos de Erroll buscaron los de Leena, que seguía callada, apoyada sobre la mesa y de brazos cruzados. Algo muy impropio de ella.

—¿Seguiréis buscando? —insistió el irlandés.

—Sí —afirmó Ayden con rotundidad.

Ante el gesto de contrariedad del recién llegado, el primo de Elman se despidió:

—Creo que es hora de que habléis a solas y yo tengo que ir a dar de comer a los caballos. Ha sido un placer conoceros. Mi primo me ha hablado

mucho de vos. Espero que la próxima vez que nos veamos sea para festejar algo.

—Que así sea —dijo el irlandés.

Esperaron a que Brod saliera por la trampa del tejado y Erroll tomó asiento en la cama. Le indicó a Leena que se sentara a su lado y ella lo agradeció con una leve sonrisa.

—Los encontraréis, *petirroja*. No lo dudéis siquiera.

Ella le cogió la mano con ternura y miró a su marido.

—Queremos que vengáis con nosotros a Irlanda —dijo Ayden.

Erroll los miró con sorpresa, pues no se lo esperaba.

—Tomaremos posesión de las tierras que Lord John de Eltham tuvo a bien darle a Leena y comenzaremos una nueva vida allí lejos de esta guerra —prosiguió su amigo—. No tiene sentido que sigamos en Escocia habiendo perdido Blair Atholl, Doune y estando sitiada Aberdeen.

Erroll se quedó unos minutos en silencio.

—Me encantaría, bien lo sabéis, pero no puedo ir con vosotros ahora.

—¿Habéis hablado con ella? —le preguntó Leena, interviniendo por primera vez.

—Sé que soy padre y de dos niños, nada más y nada menos —respondió sin mirarlos a los ojos.

—¿Dos? —preguntó Ayden desconcertado.

A Erroll no se le pasó por alto que no se sorprendiese de que fuera padre, sino del número.

—¿Lo sabíais?

—Lo intuíamos —confesó Leena—. ¿Mellizos? ¿Gemelos?

—Nada de eso —rio nervioso el irlandés.

El matrimonio lo miró contrariado.

—Tengo que renunciar a uno de ellos, a mi primogénito. Dunstana me hizo partícipe de su secreto con esa condición.

—Esperad, esperad —repitió Ayden sin poder creérselo. Tomó asiento al otro lado de su mujer antes de volver a preguntarle—: ¿Habéis tenido un hijo con Dunstana... de Stone?

—Sí, la misma. Lady Pulteney desde hace casi un año, para ser más exactos.

—Entiendo... —sopesó su amigo—. A su marido no le haría mucha gracia que apareciese el verdadero padre del que presupone su primogénito

después de todo.

—Obviamente —repuso Erroll.

—Deduzco que el otro es el hijo que habéis tenido con Catherine —dijo Ayden.

—Sí.

—¿También os ha pedido que renunciéis a él? —se interesó el mellizo.

—No. Aún no hemos hablado. Sigue inconsciente.

—No entiendo —lo interrumpió Leena con el rostro demudado—.

¿Qué ha pasado?

Erroll les contó un resumen de todo lo que había vivido desde que había llegado a Londres y sobre todo desde que se habían despedido el día anterior.

—¡Vaya! ¡No os aburrís! —exclamó Ayden perplejo—. Si la amáis como decís, no cejéis en vuestro empeño.

—No lo haré.

—Valor, *caraid*, lo necesitaréis para...

—Más que valor, paciencia —interrumpió Leena a su marido—. Ella ha estado sola un año, embarazada y ha sabido sacar a su hijo adelante sin la ayuda de ningún hombre. Respetad su independencia y sus decisiones. El resto es pan comido, aunque es probable que os encontréis a la gata de uñas cuando despierte.

Erroll abrió muchos los ojos y luego se carcajeó.

—Muy probable, *bancharaid*, pero si he llegado tarde a su corazón, lo asumiré como un hombre.

—Con intentarlo no bastará...

Ayden miró a su esposa con reprobación. ¡Con lo que le había costado animarlo para que se decidiera de una maldita vez! ¿Qué pretendía? ¿Acaso le gustaba ver al irlandés como un alma en pena, despierto por las noches como un búho y lamentándose de día?

—Soy todo oídos, *petirroja*. ¿Alguna sugerencia?

—Prometedle la luna y dádsela. Nada de medias tintas —sentenció ella sin atisbo de duda.

—¿Cómo voy a prometerle la luna? —preguntó Erroll ofuscado.

—Averiguad cuál es su luna. Catherine es orgullosa, está herida y al principio se negará, pero debéis demostrarle que estáis dispuesto a dar todo por ella. Solo así dejará que volváis a su lado y superará lo que ocurrió en

aquella casa.

—Entiendo... —musitó Erroll—. Tiene sentido. Gracias, Leena.

—No me las deis y traedla con vos a Irlanda.

—¿Aunque esté casada y con hijos? —replicó socarrón, siendo el mismo de siempre por un instante.

—Aunque tenga lo uno o lo otro —le dijo seria y sin querer mirarlo a la cara, para que no pudiera apreciar su temor.

—Lo haré.

Se despidieron con la promesa de seguir en contacto y Erroll regresó al hogar de Martha con las ideas más claras. Después de jugar un rato con el pequeño y ayudar a la mujer a bañarlo, se sentó exhausto junto al catre, rindiéndose a un sueño liviano y reparador. Martha aprovechó para hacer la colada y salió a hacer unos recados.

Catherine parpadeó confusa. No recordaba muy bien lo que había pasado. Solo escenas grotescas donde Ivy era ultrajada hasta que no le había quedado un hilo de voz ni alma en el cuerpo. Después, una negrura infinita. Intentó recordar cómo había llegado a su casa. No lo sabía. ¡Le había rogado tanto a Dios la oportunidad de ver a Erroll antes de morir!

Sin querer moverse demasiado, la gata se palpó el rostro, las muñecas y el torso. Suspiró. Reconoció los olores y ruidos del hogar, el gorjeo de su pequeño y agradeció estar viva. Su mente se perdió en recuerdos borrosos, el más fuerte de todos, un beso que no sabía si había vivido o soñado en realidad. Intentó incorporarse con cuidado al cabo de un rato sin éxito. Aún tenía los músculos entumecidos y sed. Mucha sed. Se moría de ganas por estrechar a Ronnie entre sus brazos y por recuperar su vida. Estaba preparada para dejar atrás esa pesadilla que la atormentaba incluso con los ojos abiertos. Estaba preparada para todo, menos para verlo a él.

Erroll y Ronnie dormitaban en una silla a su lado. Parecían confiados y felices... El guerrero agarraba al pequeño con un brazo mientras este se chupaba el pulgar con placidez. Las lágrimas le nublaron la vista y aguantó un sollozo tapándose la boca con las manos. Temió que todo fuera fruto de un sueño y que, al alargar la mano, la imagen desapareciera como el humo convirtiéndose su anhelo en una pesadilla.

Él abrió los ojos con la inquietud de saberse observado y fue incapaz de decir nada al verla despierta. Solo sonrió. Sonrió de una forma tan franca y sensual que Cat creyó que su sangre se volvería lava.

—¿Erroll? —alcanzó a decir.

El guerrero se levantó con cuidado de no despertar a Ronnie y lo depositó en la cuna. Ella no se perdió ninguno de sus gráciles movimientos. Era como un imán que acaparaba su atención y eclipsaba al resto. Se sonrojó cuando sus miradas se engarzaron y entreabrió los labios de forma inconsciente. Él se arrodilló junto al lecho, apoyó una mano entre las suyas y con la otra le acarició el óvalo del rostro. Las pupilas oscurecieron sus ojos azules y la alegría suavizó sus rasgos masculinos.

—¿Estáis bien, *mo baintighearna*?

Cat no pudo evitar sonreír al recordar aquella conversación en el bosque con Ayden. Este le había dicho que Erroll usaba tal deferencia cuando una mujer le gustaba mucho hasta el punto de querer llevársela al lecho. Se mordisqueó el labio al sentir el cosquilleo en el bajo vientre y se esforzó por contestarle algo escueto e inteligible para que no se percatara de su nerviosismo.

—Sí —Y desviando la mirada hacia la cuna, le preguntó—: ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Un día.

Su tono de voz era grave y aterciopelado, como si la acariciara con dos simples palabras. Erroll no dejaba de mirarla sin perder detalle y ella no pudo evitar sonrojarse de nuevo.

—Las heridas de las muñecas y tobillos no revisten gravedad, pero... —añadió él.

—¿Pero?

—Habéis tenido pesadillas producto de la fiebre.

Cat se envaró en el jergón.

—¿He dicho algo de lo que deba...?

—No os preocupéis por ello.

Pero ella sí se inquietó, era la primera vez que Erroll le retiraba la mirada y parecía nervioso. Ronnie rompió ese momento de tensión con una carcajada. El joven volvió donde el niño y lo tomó en brazos con naturalidad, como si ser padre fuese tan innato en él como respirar. Cat sintió aprehensión



en el pecho cuando el guerrero le colocó al bebé en brazos.

«Lo sabe», pensó ella. La gata tembló de pies a cabeza, pero simuló una sonrisa ante el niño, que recibió con alborozo que su madre estuviese ya despierta.

—Yo...

—Tiene hambre —sentenció él—. Esperaré fuera. Si necesitáis cualquier cosa, avisadme. Martha ha ido a hacer la colada y no vendrá hasta por la tarde.

Cat se apresuró a cogerle de la mano, necesitada de que volviese ese vínculo que los había unido minutos antes.

—Erroll...

Él forzó una sonrisa que no sentía. Se alegraba de que estuviese por fin despierta, pero sabía que había llegado el tiempo de poner las cartas sobre la mesa. No quería engatusarla con promesas, pero sí pedirle una oportunidad para demostrarle que su historia en común no había hecho más que empezar.

—No os dejaré, Cat.

Catherine soltó su mano contrariada. Su mente luchaba por creer en sus palabras, en esa sutil amenaza que a ella le caldeaba las entrañas y le desbocaba el corazón, pero la realidad era que todos esos meses había socavado cualquier esperanza de volver a verlo o de estar juntos. Tendría que luchar contra el fuerte escudo que sostenía los pedazos rotos de su alma, que la había hecho seguir adelante a pesar de la adversidad... Estaba exhausta para ello.

—Vuestra vida es otra —le respondió Catherine con pesadumbre—, y os mentiría si no os dijera que no he intentado de todo para olvidaros. Estáis, aunque os habíais ido. Estáis, aunque ya no me necesitabais, aunque vuestro corazón jamás fuera a pertenecerme.

—Fui un necio, Cat. Después de tanto tiempo sin corazón, no creí que latiera de nuevo. Mas al ver la espada, algo se rompió de nuevo en mí y no fue mi corazón, sino la coraza que me había impuesto. Os echaba de menos. Me dormía pensando en vos y me despertaba con el deseo de volver a veros. Fui un cobarde, mi dulce gata, ¿podréis algún día perdonarme?

Ella guardó silencio. Ronnie rebuscaba con su manita el modo de acceder al pecho de su madre. Erroll le acarició la cabecita, pero el pequeño no cejó en su objetivo. Cabizbajo por su silencio, el guerrero se dio la vuelta y salió hacia el exterior con la garganta estrangulada por los sentimientos.

No sería fácil convencerla.  
Pero lo conseguiría.



## Capítulo 16

### LA NEGATIVA

*Londres, Inglaterra, finales de julio de 1336.*

Martha regresó con la colada y se sorprendió al ver a Erroll en la puerta. Este se entretenía tallando un trozo de madera.

—¡Buenos días nos dé Dios! —lo saludó la mujer con voz cantarina.

Sin embargo, él la miró a contraluz, ceñudo y con gesto sombrío.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella tras dejar la colada a sus pies y sentarse a su lado.

—Se ha despertado... —masculló Erroll sin dar más razones.

—¿Y de buen humor? —le preguntó ella jocosa, pero al ver que él no sonreía, le aconsejó—: Tened paciencia.

—Sois la segunda mujer que me lo dice hoy.

Martha alzó una ceja divertida, chasqueó la lengua y le dio un pequeño codazo antes de decir:

—No desdeñéis tan sabio consejo. Cat es tozuda, pero os ama.

—Quizás he llegado demasiado tarde —confesó abatido.

—Es cierto que os habéis hecho de rogar, sí. Pero aquí estáis y eso es lo que importa.

Los ojos de Erroll reflejaron la esperanza que aguardaba inquieta en su

interior por un instante. Martha hizo una mueca, se levantó y terminó traspasando su carga al formidable guerrero.

—Tomad esto. Hoy es día de mercado y Sutton no está tan lejos. Iré a ver a mi prima y vendré en un día o dos.

La mujer ni siquiera llegó a entrar en la casa para despedirse de su amiga, sabiendo que esta intentaría que se quedara al precio que fuese. Martha azuzó a Erroll para que llevara dentro la colada. El irlandés respiró hondo, miró el cielo blanquecino y pensó que Martha estaba loca si decidía ponerse en camino con las nubes amenazando agua.

—Va a llover.

—Así crezco —le replicó ella con gracia.

Él se echó a reír por fin y Martha sonrió victoriosa.

—Vamos, vamos. El tiempo apremia y Ronnie necesita un hermanito.

Los ojos de Erroll refulgieron una endiablada travesura ante el comentario. Martha exhaló el aire con calma. Ese hombre podría hacer perder la cabeza hasta a la más santa. El día había amanecido frío para ser verano, pero ella sintió que el calor le caldeaba las entrañas. Se abanicó con su propia mano y pensó que un poco de lluvia no le vendría mal después de todo. Quizás no fuese hasta Sutton, pero sí se quedaría en casa de Joe y ayudaría a Agnes con los niños un par de días.

Erroll entró con el cesto de ropa recién lavada en la casa y la tendió en un cordel cercano a la chimenea. No miró hacia el rincón, donde Cat estaba con el pequeño Ronnie en brazos, pero sintió su mirada en la espalda, como un abrazo que a veces era dulce y que otras lo asfixiaba. Respiró hondo al terminar de orear la última prenda sobre una silla y se enfrentó a ella, sin moverse de donde estaba.

Catherine frunció los labios y desvió la mirada hacia Ronnie. El bebé estaba dormido y hacía una graciosa pompa con la boquita que hizo que ella cambiara el gesto. Erroll se acercó y ella volvió a envararse. Al joven le entristeció que estuviese a la defensiva, aunque también la entendía. ¡Demonios! Tenían que hablar cuanto antes y aclarar su situación. No podía prolongar esa angustia que lo consumía por dentro por más tiempo. Fue a coger a Ronnie para llevarlo a su cuna, pero Cat lo abrazó con fuerza, impidiéndoselo.

—¡No os lo llevaréis! —exclamó fuera de sí.

Erroll dio un paso atrás y se llevó la mano al pecho como si lo hubiese

herido de muerte. Sus pocas esperanzas de recuperarla cayeron a sus pies como los pétalos de una rosa marchita.

—¿De qué estáis hablando?

—Ronnie es tan hijo mío como vuestro, pero no os lo llevaréis — repitió enajenada—. Antes tendréis que matarme.

«Paciencia», se instó Erroll para sí, «paciencia». Hizo el tremendo esfuerzo de controlar su respiración y el deseo de zarandearla para que entrara en razón.

—¡Jamás os separaría de vuestro hijo!

—¿Qué puede esperarse de un hombre sin corazón? —replicó ella con amargura.

—Una disculpa por todo el daño que os he infligido, para empezar.

Cat mantuvo a Ronnie a recaudo, pero el abrazo fue menos posesivo, como si las palabras del guerrero hubiesen calado en la primera capa de su impuesta coraza.

—¿Por qué habríais de disculparos? Solo fuisteis sincero conmigo y con vos. Amáis a otra y vuestro corazón no os pertenece. Fin del asunto.

—Eso no es del todo cierto —comenzó a decir él antes de que ella lo interrumpiera.

—Lo es. Me disteis una explicación, que es mucho más de lo que la mayoría da siquiera a quien no es nadie en su vida.

—¿Cómo podéis decir semejante tontería? ¡Sois la única razón por la que me he cruzado un país en guerra!

Catherine se carcajeó con pena, negándose a que viera en sus ojos cuánto le afectaban esas palabras. Ella sabía que no era cierto. Lo había visto aquel día en el puente, junto a la distinguida condesa Stafford. ¡Una condesa! Poco le importaba que estuviera casada, ni lo que los rumores dijese de ella. Esa era la Kelsey que Erroll había nombrado en sus sueños, la que le había roto el corazón y la que jamás lo entregaría. El maldito rostro angelical le había acompañado en sus pesadillas noche tras noche.

No quiso escuchar más. No podía.

Quiso enfrentarse a él, verter todo el rencor acumulado durante esos meses y decirle que se fuera. Sin embargo, fue mirarlo y las lágrimas pugnaron por escaparse de entre los barroteos que conformaban sus pestañas. El nudo de la garganta se atoró aún más. Le faltaba el aire, ese soplo de aire fresco que era Erroll en su vida.

No podía echarlo. No podía.

«Sois la única razón por la que me he cruzado un país en guerra», se repitió ella en silencio, mordiéndose los labios para que no viera que le temblaban. Desvió su mirada a la puerta. Los frenéticos latidos de su corazón le advirtieron que, si no se calmaba, se desvanecería. No podía estar haciéndole esto. No podía volver a su vida dándole la esperanza soñada. No, cuando lo había visto con Kelsey y había tenido un hijo con otra. Respiró hondo. Los recuerdos de ese maldito día, en el que ella se le había declarado y que a veces se le antojaban tan lejanos, restallaron en su mente como un látigo de siete puntas.

¿Cómo lo superaría? ¿Cómo podría entregar de nuevo su corazón a sabiendas de que no recibiría nada a cambio? Erroll merecía esa oportunidad. Ella misma la merecía. ¡Pero tenía tanto miedo a intentarlo!

Erroll acortó la distancia que los separaba y se puso a su lado. Le cogió una mano y le besó primero los nudillos y después en la parte más sensible de la muñeca, donde la soga le había lacerado la piel. Ella siguió sus gestos con el corazón en un puño y conteniendo las lágrimas. Los sentimientos se cruzaban contradictorios, desde el rechazo al anhelo, desde el deseo de besarlo hasta el de echarlo de su hogar.

—Parad, os lo ruego... —le pidió con voz temblorosa.

El aroma floral de la piel femenina le cosquilleaba aún en las fosas nasales y la tersura de su piel lo invitaba a seguir agasajándola con caricias, pero Erroll dejó sus labios suspendidos en un beso inacabado. Se apartó contrariado por su negativa. La mano suave y temblorosa descansó sobre su regazo.

—¿Estáis bien?

Cat asintió, pero él sabía que no era cierto. Lo sabía por la pose rígida de sus hombros, por la tensión de su mandíbula y porque evitaba sus ojos como si en ellos pudiera quemarse. No sabía qué hacer: si insistir o dejar pasar algo de tiempo. No quería abrumarla, ni imponerse... Quería su amor. Ese amor puro e inocente que le había brindado sin reservas hacía apenas un año y al que él había sido incapaz de responder como se merecía.

Erroll se ofreció para coger a Ronnie y llevarlo a la cuna. Quizás el no tener al pequeño entre ellos rebajase la tensión reinante y ella abriera su corazón de una vez por todas, para bien o para mal. Suspiró tras ello y regresó a su lado. Se sentía como la primera vez que se acercó a una muchacha que le

gustaba y no había sabido qué decirle. Ella era unos años mayor que él y pizpireta. Todos sus amigos se rieron, incluso ella, que terminó dándole un beso de consolación en la frente. Aún recordaba el bochorno y la cara de enfado de algunos que también la pretendían. Al final, él había ganado sin abrir la boca siquiera.

Catherine siguió con la mirada perdida en la cuna y él prendado en esa boca con la que había soñado tantas noches. Erroll se sentó a su lado y colocó su mano en la nuca femenina, atrayéndola para sí. Cat lo miró a los ojos y después a sus labios plenos. El guerrero supo que luchaba consigo misma, contra un deseo más fuerte que la razón, y que no lo había olvidado del todo. Posó sus labios sobre los de ella, sin recordar la advertencia de antes, y anhelando su contacto íntimo. El beso fue apenas un anticipo de todo lo que sentían, pero igualmente los desbordó. La lengua de él la invitó a dejarse llevar y ella sucumbió a su apasionada vorágine.

Sin embargo, cuando el beso se hizo más intenso, cuando sus cuerpos demandaron caricias insatisfechas y el contacto de piel con piel, ella se separó con brusquedad, jadeante. Erroll maldijo para sí su ímpetu. La miró a los ojos y vio temor en ellos. Un horror que no sabía cómo abordar ni desterrar en el más profundo de los abismos. El irlandés apretó los puños con fuerza. No solo tendría que luchar por recuperar la confianza perdida por sus propios errores, también tendría que ganársela por los pecados de otros.

—¿Qué os ha hecho ese malnacido?

Ella sollozó e intentó incorporarse sin querer darle una respuesta, pero Erroll la cogió por los hombros y la enfrentó.

—Lo mataré. Le haré pagar por lo que hizo, Catherine. Si os tocó, yo... —comenzó a decir con la furia velando su tono.

Cat palideció al ver que Erroll se ponía en pie y ajustaba la espada en su funda, dispuesto a cumplir su palabra.

—¡Por Dios, Erroll! ¡No sabéis de lo que es capaz! ¡Ese hombre es un demonio! ¿Acaso no visteis lo que le hizo a Ivy? —sollozó mientras se agarraba a su brazo y evitaba que se fuera.

El contacto de su mano lo frenó. El nudo que sentía en la garganta vibró en su nuez y la miró con una intensidad tal que la hizo estremecer.

—Prometedme que no intentaréis nada —le rogó Catherine—. ¡Prometédmelo, Erroll! Él es un Lord y el marido de Dunstana. No podéis tomaros la justicia por vuestra mano. Nadie creará la palabra de un irlandés,

mucho menos en tiempos de guerra. Y si le matáis... No podría vivir con ello.

Sus palabras caldearon el corazón de Erroll por un instante. Uno solo.

—Regresad a Escocia, recuperad vuestra vida y sed feliz —sentenció entre lágrimas.

Erroll se quedó quieto y soportó el envite estoico, como la roca aguanta a la ola furibunda que viene del mar a morir en sus brazos. Cerró los ojos y contó hasta diez. Después, habló sereno y pausado, pero contundente.

—Seré feliz a vuestro lado y junto a Ronnie.

Cat puso cara triste. ¡Qué tarde llegaban sus palabras! ¡Cuántas noches se había dormido llorando y deseando escuchar su voz, sentir su aliento en la nuca, sus manos bajando por su espalda! ¡Cuántas noches se había quedado acariciando su abultado vientre y deseando que se pareciera a él para sentir que no lo había perdido del todo!

—Yo no soy la misma que conocisteis... Ninguno de los dos lo somos.

—¿Y quién lo es, por todos los Santos? La vida nos cambia y nos enseña a cada paso. Eso es estar vivo y vivir.

—Será como decís. No lo dudo, pero he luchado mucho por llegar a donde estoy. Tengo un trabajo, amigos y un hogar junto a mi hijo. Y todo lo he conseguido yo sola, sin ayuda de ningún hombre.

Erroll frunció el ceño y se cruzó de brazos a la altura del pecho.

—Y eso solo demuestra que sois una mujer admirable.

—No me iré de aquí, Erroll. No volveremos a estar juntos.

La ola volvió a golpear contra el rompiente, pulverizada en mil gotas húmedas de espuma y sal. La esperanza de volver algún día a su tierra, de ocupar el lugar que merecía por derecho, no eran equiparables a su deseo de formar una familia con ella. Renunciaría sin dudarle a su propia vida con tal de verla feliz, de tener una oportunidad a su lado, de ver crecer a su hijo... Lucharía por ello hasta su último aliento. Para empezar, le dejaría espacio hasta que volviese a confiar en él.

—Martha me ayudará a encontrar una casa en este barrio. No creo que sea muy difícil y así podré estar cerca de Ronnie...

—¡No podéis hacer eso!

—¿Por qué no? ¡Soy su padre!

Catherine fue incapaz de corregirle. Era cierto. Era su padre y como tal, tenía todos los derechos sobre su hijo, estuviese o no ella de acuerdo. El temor de que alejara a Ronnie de su lado la sacudió. En ese mundo injusto y



misógino, la madre no tenía voz.

—Pero si os quedáis...

¿Cómo decirle que si se quedaba su corazón no pasaría página nunca, que se moría por volver a besar sus labios, por que le hiciese el amor? ¡Oh, maldito fuera! ¿Por qué había vuelto? ¿Por qué con una sola mirada suya conseguía que su estómago se encogiera, su pulso se acelerara y sintiera ese hormigueo de anticipación en su bajo vientre? ¿Por qué no era inmune a sus encantos y lo echaba con cajas destempladas? ¿Por qué?

—Si me quedo... —empezó a decirle él con esa voz oscura e hipnotizadora que hacía que las rodillas de Cat se volviesen líquidas como la miel al sol.

—Si os quedáis... —repitió ella al mismo tiempo que perdía el hilo de lo que iba a decirle al sentir las manos de él sobre su cintura—. No podré olvidaros.

Erroll sonrió triunfal y, aunque su primer impulso fue robarle un beso en los labios, en el último momento, le susurró al oído con ese carismático deje:

—Eso pretendo.

Cat sintió cómo una nueva barrera caía hecha sal a sus pies. Todo su cuerpo demandaba el contacto de ese hombre. Sus manos ansiaban acariciarlo, sus ojos recorrer cada recoveco de su cuerpo y sus labios dejarse llevar por él. Lo necesitaba tanto que se asustó de la intensidad de sus adormecidos sentimientos. No podía engañarse más a sí misma. Jamás podría olvidarlo, pero vivir con su recuerdo sería más fácil que tenerlo cerca y luchar contra sus propios deseos.

—No podéis —dijo ella sin convicción.

—¿Por qué? —le susurró Erroll junto a la comisura de la boca, mientras su mano se deslizaba de forma lenta de la cintura a la cadera y le arrancaba un gemido.

Ella devolvió la mano masculina a la cintura y la sujetó un instante allí. No podía dejarse llevar por su embrujo. No podía dejarle que le hiciera el amor y que se arrepintiese al día siguiente, que descubriera que todo había sido un espejismo, que seguía amando a la condesa o que deseaba volver a su tierra. No pondría en riesgo su corazón de nuevo.

—Esta no es vida para un guerrero.

—Aprenderé.

—¿Un oficio? No me hagáis reír. ¿Qué sabéis hacer a parte de manejar la espada? —«Tantas cosas», pensó Catherine nada más decirlo y el rubor tiñó sus mejillas de un claro carmesí.

—¿Me ponéis a prueba? —preguntó él con picardía y relamiéndose los labios.

Le habría gustado contestarle que: «Sí», pero la voz de Erroll la envolvía como un hilo de seda rodea una crisálida. Sentía la calidez de su aliento rozarle la piel e incendiarla. No había una sola fibra de su ser que no se hubiese rendido a su deseo, que no anhelara que la tomara. Y, sin embargo, el miedo atroz a que lo hiciera la tenía paralizada como si fuese presa de un hechizo. Tenía que huir de allí y de él, pero sus pies no respondían.

—No, sois habilidoso y no dudo que habríais podido encontrar trabajo si...

—¿Si?

—Si no hubieseis estado en presidio.

—Nadie pedirá referencias de mí, solo el trabajo bien hecho —arguyó él con confianza y deseoso de demostrarle que era muy capaz de mantener a su familia como cualquier otro hombre en su caso—. Sé de caballos, de armas, de letras y tengo voluntad para aprender lo que sea con tal de estar cerca de vos y de mi hijo.

—¿Me habéis preguntado si yo quiero eso?

—Es cierto. No os lo he preguntado —Y, demorando de nuevo su aliento en la oreja femenina, le preguntó—: ¿Qué queréis?

—Nada —sentenció la gata en un nuevo intento de mostrar convicción en vano.

—Mentirosa —rio él.

—¿Cómo osáis...? —le preguntó entre divertida y ofendida.

—Lo repetiré de nuevo —dijo mirándola a los ojos esta vez—. ¿Qué queréis de mí?

La mente de Catherine se obnubiló. Era incapaz de mentirle cara a cara. ¿Qué quería? ¿Lo quería todo! Su rostro gritaba mil deseos, mil anhelos, mil esperanzas. Él leyó cada uno de ellos y rodeó su cintura. Ella temblaba. Erroll sintió que debía dar un paso atrás, cualquier cosa menos asustarla. Sobre todo después de lo que había vivido a manos de ese depravado.

—Decidme, *mo piseag*. ¿Qué queréis de mí?

Ella se mordisqueó el labio y él se prendó de su boca. Sus mejillas

seguían arreboladas, su respiración alterada y sus manos se aferraban inconscientes a su túnica. El deseo era reconocible entre ellos, pero no era eso a lo que aspiraba. Tendría paciencia. Por ella. Por Ronnie. Por él mismo. Erroll hundió su rostro en el hueco del cuello de ella y aspiró ese aroma floral que le embriagaba los sentidos. Los cabellos le hicieron cosquillas en el rostro, pero no se inmutó. Era el lugar donde quería estar. Ella era ese lugar, esa pieza que hacía que su alma encajara, que no se sintiera vacío y que su corazón latiera. Ella era su *anam cara*.

Ronnie hizo bullitas y extendió los bracitos, como si también quisiese formar parte de ese instante mágico. La pareja se separó con lentitud y fueron juntos hasta la cuna. El bebé se deshizo de la manta con dos enérgicas patadas y esperó paciente unos segundos antes de ponerse a llorar.

—Se parece a vos —confesó Cat, cruzada de brazos y sin querer reírse ante el chantaje del pequeño.

—¿A mí? —preguntó Erroll entre ofendido y divertido—. ¡Yo soy más grande!

Catherine se echó a reír. Agradeció que él no insistiera con la pregunta sobre qué quería de él, pues ni ella misma sabía la respuesta. A veces, sentía como si nada hubiese cambiado entre ellos. Estaba a gusto a su lado, segura y feliz por más que le pesase. En su interior comenzó a formarse un temido: «¿Por qué no?».

Erroll en ningún momento había hablado de compartir casa. Tampoco le había impuesto que dejase su trabajo ni hacer su santa voluntad. Quizás sí hubiese cruzado un país en guerra por ella después de todo. Acalló con rapidez ese pensamiento. Ya no era la misma joven ingenua de antes. No podía pensar en sí misma y en lo que Erroll le despertaba. Estaba Ronnie y por él renunciaría incluso a su libertad. A todo.

—Ojalá de mayor también tenga vuestro sentido del humor —Suspiró.

—Eso no le traerá más que inconvenientes, os lo aseguro —aseveró él.

La voz masculina sonó por primera vez distante, como si ese carácter divertido y travieso suyo le hubiese granjeado más de un problema en otro tiempo.

—También le allanará el camino con las mujeres...

Catherine se ruborizó al decirlo y Erroll pensó que estaba tan hermosa que no parecía de este mundo. Su valiente, Cat. La que había sobrevivido a un

embarazo sola, a la malicia de la gente, a un loco perverso... ¿Por qué iba ella a concederle una oportunidad ahora? Él no había estado ahí para evitarle todos esos horrores. De hecho, se había portado como un necio cuando ella le confesó su amor. Lo había despreciado por creerse incapaz de amar y, en esos momentos, la amaría por los dos de ser necesario.

Erroll cogió al bebé en brazos y Ronnie dejó de llorar al instante. ¡Menudo bribonzuelo! Tanteó el piquillo y sintió la humedad en sus dedos. Sin decir nada, llevó al pequeño donde Martha guardaba los limpios y secos, se sentó en una silla, lo puso sobre sus rodillas y lo cambió con una maestría que dejó a Catherine boquiabierta.

—Yo puedo hacerlo —se excusó.

—También yo —sentenció él feliz y sin darse importancia alguna.

—Y muy bien, por cierto.

Ronnie y Erroll sonrieron a la par. Cat tuvo que hacer acopio de toda su entereza para no acortar la distancia que los separaba y comérselos a besos. ¿Cómo iba a poder mantener su corazón a buen recaudo con ese hombre? ¡Si con una leve sonrisa la desarmaba! El guerrero la invitó a reunirse con ellos junto a la chimenea. Eran la viva imagen de una familia unida hasta que llamaron con suma impaciencia y brío al portón.

—¿Esperáis a alguien?

Catherine negó nerviosa y él le pasó al pequeño con rapidez.

—Subid ambos arriba y no haced ningún ruido —ordenó tajante y con la daga en la mano.

—Pero...

Él la miró a los ojos, le dio un beso fugaz en los labios y ella asintió finalmente. Erroll no abrió la puerta hasta que Catherine se hubo perdido escaleras arriba. Quien quiera que fuese quien llamaba insistió. El irlandés abrió sin más, con la mano derecha de la daga oculta tras la puerta. Se sorprendió tanto al ver a Henry que ni siquiera se hizo a un lado.

—¿Podemos pasar?

—¿Podemos? —repitió el irlandés extrañado.

Erroll echó un vistazo hacia fuera y descubrió a una mujer envuelta en una capa de pies a cabeza. A pesar de no ser una tela suntuosa, sabía que se trataba de ella, de Dunstana. El irlandés asintió poco convencido. ¿Qué hacían ellos allí?

Dunstana se bajó del caballo ayudada por Henry, se recolocó el

corpiño del vestido y entró en el humilde hogar de Catherine y Martha con la capucha de la capa aún puesta y sin esperar que Henry amarrara el caballo a la anilla de hierro que había en la puerta para tal menester. Iba de oscuro, de un color que no le favorecía en absoluto y que destacaba aún más la blancura de su piel.

Al descubrirse, Erroll se fijó un instante en sus cabellos e hizo una imperceptible mueca. Alguien le había cortado los bucles que enmarcaban su bello rostro casi de raíz, aunque ella había intentado disimularlo con un sencillo tocado. Henry interceptó su mirada y, sin mediar palabra, le instó a que se abstuviese de comentar nada al respecto.

¡Maldito Lord Pet! ¡El demonio se lo llevara con él de una vez por todas!, pensó Erroll, aunque debía reconocer que sentía cierto alivio al verla sana, salva y custodiada por su fiel guardián. De ese bastardo podría haber esperado cualquier represalia y el cabello le crecería pasado un tiempo.

Dunstana llamó su atención con la contundencia que la caracterizaba.

—Tenemos que hablar. ¿Está ella aquí?

Catherine reconoció la voz de Lady Pulteney y se asomó con timidez al ver que había un hombre junto a la dama. Buscó la aprobación de Erroll con la mirada. No pondría en riesgo la vida de su hijo. El irlandés asintió y ella bajó las escaleras con el pequeño Ronnie en brazos. La gata ni siquiera saludó conforme a las normas de cortesía y fue al grano, como había hecho Dunstana minutos antes.

—Milady, ¿cómo habéis averiguado dónde vivo?

—Unas cuantas monedas sueltan la lengua de cualquiera en tiempos de hambre. Y si yo he podido llegar hasta vos, ellos también podrán hacerlo.

—¿Ellos? ¿A quiénes os referís con ellos?

Dunstana calló. No sabía por dónde empezar y Henry salió en su ayuda.

—Lord Peter Pulteney ha muerto —sentenció con frialdad.

—¡Vaya! ¡El demonio ha hecho su trabajo al fin! —exclamó Erroll sin pensar.

Dunstana no parecía escandalizada por sus palabras. Tampoco apenada, más bien, justo lo contrario. La expresión de Henry era indescifrable, aunque Erroll sabía que se había alegrado tanto como él de la muerte de ese cretino. Catherine no parecía reaccionar. Los recuerdos de aquel día colapsaron su mente. Dunstana se acercó a ella y le puso una mano en el

hombro. La gata la miró y se percató de los trasquilones.

—¿Cómo estáis vos? —le preguntó prudente y desviando la mirada de los cabellos.

—Liberada. Es el tercer marido que entierro y el que menos pesar me ha dado. Era un monstruo.

Dunstana lo dijo con gracia, aunque se denotaba amargura en su voz. Catherine pensó que tildarlo de «monstruo» se quedaba muy corto si recordaba el tormento que le había hecho pasar a Ivy y a ella misma en aquella habitación. El silencio de los adultos solo fue interrumpido por el chupeteo del dedo pulgar del bebé.

—Tenéis mal color, sentémonos —murmuró Dunstana.

Catherine miró alrededor avergonzada. No había más que una silla y la cama aún estaba deshecha. Dunstana comprendió su bochorno y le quitó importancia sentándose en el segundo escalón de la escalera que subía a la buhardilla de Martha. Ante la reticencia de Cat, le señaló un hueco para que la acompañara. Esta sonrió con timidez y agradeció el gesto de la dama. Los hombres siguieron de pie.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Erroll en cuanto ellas se acomodaron.

—¿Según qué versión? —le respondió Henry sin dejar su pose hierática.

Cat abrió mucho los ojos sin entender y Dunstana aprovechó que Ronnie se había quedado dormido para acariciarle la pequeña barbilla. ¡Era como volver unos meses atrás y ver a Elric de nuevo con esa edad! La única diferencia notable entre ellos era la forma de los ojos, que Ronnie había heredado de su madre. Habían tenido mucha suerte después de todo. ¡Eran tan bonitos y saludables ambos!

Dunstana se abstraigo de la explicación de Henry, nombrar a su difunto marido le ponía los nervios crispados, pero cuando llegó a la versión real de los hechos, en la que Sir Richard de Stone había tomado relevancia y parte se centró. Al fin y al cabo, habían buscado a Catherine y Erroll con intención de prevenirlos.

—Mi suegro está moviendo cielo y tierra por encontrar al asesino de Pet.

—¿Y qué tiene que ver Catherine en esto? —preguntó Erroll confundido—. Por lo que decís, buscan a un hombre...

—Sí, pero Lord Pulteney hará cualquier cosa por lavar el buen nombre

de su hijo, según sus propias palabras —contestó Henry sin dilación—. Ha preguntado con insistencia por la guardia personal del señor y por Sir Richard. Se niega a creer que encontrarán a su hijo en semejantes circunstancias.

—Cuando ambos llegamos a la casa —continuó Dunstana mirando a Erroll—, los esbirros de mi marido estaban muertos.

—Todos menos uno —corrigió Cat al instante.

—Exacto. Mi suegro no conoce con precisión quiénes ni cuántos eran esos hombres y la servidumbre está de mi parte. No hablarán más que para refutar la misma versión —Se tomó una pausa antes de continuar—: Esos hombres hacía tiempo que ya no trabajaban para mi marido.

—¿Entonces? —preguntó el irlandés con impaciencia.

—Ese hombre que escapó se encontraba en paradero desconocido hasta ayer.

Erroll alzó una ceja ante las palabras de Dunstana y frunció los labios, pero no la interrumpió.

—Lo vi conversar con mi suegro en el cementerio y pasarle un pliego de papel. En ese momento no lo reconocí, pero al describírselo a Henry esta mañana, me confirmó que era uno de los que trabajaba para mi marido. No hay duda de que era él.

—¿Creéis que ese hombre confesaría lo que vuestro marido hacía allí?

—Puede que sí. No lo sé, Erroll. Al fin y al cabo, la vida de una doncella no vale nada, por más que yo la apreciase como a una hermana —Los ojos de Dunstana se volvieron vidriosos—. Mas, si ese desconocido le asegura a mi suegro que trabajaba junto a otros y que todos habían resultado muertos a manos de Cat...

—La buscarán para saber si tuvo algo que ver —murmuró Erroll con las pupilas fijas en la gata.

Catherine los miró espantada y abrazó a Ronnie con fuerza. No podía ser. ¿Y si se equivocaban? ¿Y si no era ese hombre? ¿Si solo se trataba de un mísero mensaje que nada tenía que ver con ella? No podía dejar así como así su casa, su trabajo y a sus amigos. Miró a Erroll con pavor.

—Pero yo no...

—Lo sabemos, Catherine, pero no podemos correr riesgos. Debéis marcharos de Londres cuanto antes —dijo Dunstana poniéndole sobre el regazo un saco de tela.

—No quiero vuestro dinero —murmuró llorosa—. Quiero recuperar mi vida. Nada más.

—¿Podéis dejarnos a solas? —solicitó Dunstana.

Ambos hombres se miraron contrariados.

—Será solo un momento —insistió la dama.

Erroll cogió a Ronnie en brazos y lo acomodó en la cuna. Echó una última mirada atrás antes de salir por la puerta. Cat lloraba en silencio y no lo miró. Se prometió que le devolvería la vida que acababa de perder: una casa propia, amigos, un trabajo con el que sentirse realizada... cualquier cosa con tal de verla feliz, de que volviera esa gata que le había mostrado las uñas esa misma mañana, orgullosa de haber salido hacia delante sola y sin la ayuda de ningún hombre. Por supuesto que era muy capaz de vivir sin depender de un esposo, pero él estaría a su lado para hacerle el camino más fácil, para compartirlo junto a ella.

Dunstana sabía que la joven se opondría a cambiar su vida así como así. La entendía después de todo. ¿Cómo se lo habría tomado ella? Sus lágrimas eran de impotencia y le habló con el corazón, pues sería el único modo de convencerla.

—Nosotros partiremos mañana mismo a Roma. Mi tío lo ha dispuesto todo. Quiere que estemos lejos de Londres cuanto antes por si estalla la tormenta. Quizás tema que la verdad salga a la luz o que mi suegro intente llevarse a Elric con la excusa de ser su heredero directo. Sí, sé lo que pensáis. Seguro que Erroll os ha contado cómo es mi tío, pero le debo esta oportunidad. Mi suegro es poderoso, Catherine. No le importará que su hijo se hubiese vuelto loco, que matara a Ivy y os mancillara a vos.

—Él no... —se apresuró a desmentir.

—Mejor —sentenció firme Dunstana—. Lo que quiero que entendáis es que aquí no estaréis a salvo. Ni vuestro hijo, ni Erroll, ni vos. Sé cuánto lo amáis, que sois juiciosa y que sabéis al peligro que se expone cada día que pasa aquí...

Catherine contuvo las lágrimas y dio un hipido. Esa misma mañana había pensado solo en ella y en su bienestar. ¡Lo había visto todo tan fácil! Erroll conseguiría un trabajo, estaría cerca pero sin atosigarla demasiado y quizás... en un futuro... Dunstana tenía razón. Debían irse de la capital cuanto antes. Sus vidas corrían peligro. Ella había matado a tres hombres. A tres desalmados. Pero la pena sería la misma: la muerte.



Dunstana cogió las manos de Catherine entre las suyas y siguió hablando, respetando el silencio de la joven.

—He mandado una carta a la única persona cercana a la reina en la que confío rogándole que me mantenga al tanto de todo: la baronesa Wake de Liddell y condesa de Kent. También para que os concedan un salvoconducto con el que poder cruzar los distintos retenes reales, por si decidís volver a Escocia. No temáis. Ella confía en mí y no hará preguntas.

—No sé qué decir —aseveró la gata.

—No os preocupéis. Mañana mismo mandaré a alguien que os lo traiga, pues no sería prudente que ni Erroll ni vos os acercarais a la mansión a recogerlo. Aquí —dijo poniendo toda la atención en el saquito—, hay una carta con nuestras señas en Roma, así como las de la baronesa Wake en caso de necesidad. Aunque la suma no es nada despreciable, siempre hay cosas más importantes que el dinero. Lo sé.

—¿Cómo podré pagároslo?

Dunstana levantó la barbilla de Catherine para que la mirara a los ojos.

—Sed felices juntos...

La gata sollozó y asintió queda.

—E invítadme a la boda —añadió la dama para robarle una sonrisa.



## Capítulo 17

### LA IRA DEL REY

*Burgos, finales de julio de 1336.*

A medianoche, alguien aporreó con contundencia la puerta de la habitación donde se hospedaban Isabel y Malen. «¿Quién puede ser a estas horas?», se preguntó la de Ayala somnolienta. Dudaba mucho que se tratase de Don Alonso, pues esa misma tarde les había mandado recado con un chiquillo de que se encontrarían a la mañana siguiente en la capilla de San Nicolás, en el interior de la Catedral de Burgos. ¿Habrían sido imaginaciones suyas? No, Malen también se había despertado. La escocesa bostezó soñolienta y se recolocó su sencillo vestido. Quienquiera que fuese no había insistido o quizás se hubiesen equivocado de puerta simplemente, pensó. Aguardó a que Isabel estuviese presentable y hubiese encendido la mecha de la palmatoria para coger la daga que tenía oculta en su bota.

—¡Abrid en nombre del rey! —insistieron antes de que se acercase a la puerta siquiera.

Ambas palidecieron. Los goznes de la puerta chirriaron de forma agónica y dos encapuchados entraron sin esperar a que los invitaran. Hicieron a un lado a Malen y se descubrieron ante Isabel. La escocesa se sorprendió al ver que su amiga se arrodillaba ante uno de los recién llegados.

—Mi rey...

Malen tragó saliva y guardó la daga a buen recaudo. Entornó los ojos y reconoció la silueta de Don Alonso, al que le había crecido mucho el largo del cabello durante su ausencia. Si el rey había descubierto el ardid, estaban perdidas.

—¿Qué clase de locura es esta, Isabel? —preguntó el rey sin más preámbulos—. No os tenía por una joven caprichosa y espero que tengáis buenas razones que justifiquen vuestro desacato.

—Las tengo, mi señor.

El rey bufó y miró a su alrededor. La estancia era demasiado pequeña para que estuviesen cómodos los cuatro. En su vida había estado en un lugar tan mugriento como aquel. Se quitó la capa y suspiró antes de tocar con cierto asco el catre. Iba con sus habituales ropajes blancos y la faja de tafetán carmesí, propios de la Orden de la Banda de la que era fundador. Don Alonso llevaba el mismo atuendo, distinguiéndolo así como miembro. El soberano sopesó si debía sentarse a pesar de haber puesto la capa de por medio. Pero ya no le quedaba otra que averiguar qué se traían esos tres entre manos. Pidió a Isabel que se acercara. La joven de Ayala hizo lo que le ordenó y se arrodilló a sus pies.

—¿Qué es eso de que Don Ramiro está casado?

Isabel le lanzó una mirada asesina a Don Alonso, pero Alfonso XI la tomó de la barbilla y la enfrentó. Ella contuvo el aliento pero mantuvo la compostura, sin amedrentarse. «Digna hija de su padre», pensó Don Alfonso mientras la joven buscaba algo en un bolsillo oculto de su vestido. A continuación, tendió un documento al monarca. Este lo acercó a la llama para leerlo.

—¡Luego era cierto! —exclamó sorprendido el rey dando un respingo—. Don Ramiro lleva casado con Doña María González de Daza dos años. ¡Nos ha tenido engañados durante todo este tiempo!

Tras una pausa, preguntó:

—¿Cómo ha llegado a vuestras manos este acta de matrimonio?

—La conseguí yo, mi señor —replicó Don Alonso, que parecía enfadado consigo mismo.

—¿Desde cuándo lo sabéis? —preguntó el rey con enojo.

—Desde marzo.

—¿Desde marzo? ¿Y se puede saber por qué no me lo habéis dicho

antes? ¡Os he llegado a acusar de traición por el camino, por Dios Bendito!  
¿Acaso no sabéis la pena que conlleva tal acto?

Malen tembló. La pena por una acusación como aquella era la muerte. Miró con otros ojos al joven ricohombre después de aquello. Don Alonso parecía crecerse por momentos y la rubia llegó a sentir cierto orgullo por su forma de enfrentarse al rey castellano.

—En primer lugar, porque hay muchos hombres leales a Don Ramiro en el campamento. Alguno podría habernos seguido o escuchado que lo sabíais y haber actuado en consecuencia. En segundo lugar, no me lo habéis preguntado —declaró el joven con valentía.

—¡Tampoco ahora y aquí estáis sin aclararme lo más mínimo!

Don Alonso tomó aliento. Una vez descubiertos, tenían que convencer al rey de que se uniera a su causa.

—Tiene a su esposa recluida en Palencia con la excusa de cuidar a su madre, pero yo las he visto y la suegra goza de una salud envidiable. También he hablado con Doña María, pero se niega a volver a la corte hasta que Don Ramiro reconozca a su heredero.

—¿También tienen un hijo?

Don Alonso asintió y el rey rio con ganas.

—Mejor, así no podrá decir que el matrimonio no se ha consumado. ¡Un nieto! Me encantaría verle la cara al pobre Don Juan Ramírez de Guzmán y Cifuentes cuando sepa la noticia. Lleva años de desvelos intentando meter en vereda a su primogénito. ¡Y resulta que es abuelo! ¡Loado sea el Señor!

—A Don Ramiro no le hará ninguna gracia que aquel enlace salga a la luz, bien lo sabéis —masculló el joven, que no entendía cómo el rey podía estar tan contento.

—Me importa poco la gracia que pueda hacerle a ese petimetre. Se lo tiene bien merecido por mentirme. Lo que no entiendo es qué ganáis vos en esto, Don Alonso. Tengo entendido que vuestro padre quiere que seáis prior de la Orden de San Juan, pero es innegable lo que sentís por esta joven.

Isabel se envaró ante sus palabras.

—No os pongáis así, muchacha. Ahora estáis libre de compromiso y podría desposaros con cualquier ricohombre. Con Don Alonso, por ejemplo, si así lo quisiera.

—Es mi deseo regresar a Escocia, mi señor —protestó Isabel con rapidez.

La de Ayala se cruzó de brazos. El tono de su voz había sido inflexible, sabiendo que debía dejar claras sus intenciones antes de que el rey volviera a organizarle la vida sin su consentimiento.

—¿Con esos bárbaros? —gritó el soberano iracundo. Isabel se encogió y cerró los ojos un instante—. ¿Qué se os ha perdido en esa tierra si puede saberse?

—No lo entenderíais, mi señor —se atrevió a responderle sin una pizca del temple anterior.

El rey torció el gesto, algo asombrado por la respuesta.

—Es cierto, no lo entiendo. Don Ramiro está casado y el compromiso nulo. Podríais seguir bajo mi protección como habría sido el deseo de vuestro padre.

¿A la espera de que volviera a comprometerla con cualquier rico hombre como acababa de decirle? ¡Jamás! Isabel contuvo la lengua. Al fin y al cabo, Don Alfonso era su rey y ya estaba bastante enfadado, por cierto.

Don Alonso salió en su defensa.

—Mi señor, he de confesar que es certera vuestra intuición sobre mi persona. Pero Isabel ya ha decidido marcharse y Don Ramiro no cejaría en su empeño de tenerla cerca.

Isabel respiró tranquila por primera vez en aquella noche. Don Alfonso seguía con el ceño fruncido y no parecía muy convencido después de todo. Guardaron silencio a la espera de que se pronunciase. El soberano seguía sopesando qué hacer. La joven parecía decidida a marcharse, pero ¿cómo habrían pensado hacerlo? Había interceptado a aquel mocoso dándole un recado al más fiel de sus hombres y temió una traición, pero nunca esto. Don Ramiro casado y padre de un hijo. La última de los Ayala queriendo marcharse con aquellos bárbaros...

—Alguien viene —dijo de repente Malen.

Y para colmo, la sorda que creían muda hablaba. El rey suspiró.

—Debe ser Don Rodrigo Pérez de Villalobos. Le pedí que nos esperase abajo.

—¿Es de fiar? —preguntó la escocesa con la daga en la mano. Esta vez no la cogerían desprevenida.

—¡Por supuesto, mujer! —exclamó ofendido el rey—. Es miembro de la Orden y por ende su comportamiento y lealtad a mi persona son intachables.

—Tengo entendido que Don Ramiro también pertenece a dicha Orden...

Alfonso XI abrió la boca para replicarle por su descaro, pero esa joven rubia y de acento extraño estaba en lo cierto.

—Don Alonso, decidle que estamos reunidos y que no tardaremos en bajar. Dadle algunas monedas y que se convide, pero que pase desapercibido. Nadie debe saber que estamos aquí y no a las puertas de Lerma.

Don Alonso se llevó el puño al pecho, hizo una inclinación e interceptó al tal Don Rodrigo en el pasillo. Entretanto, el rey señaló con el dedo índice a Malen y le susurró:

—Os hago saber que me gustabais más sorda y muda.

Malen sonrió e hizo el gesto de mantener la boca cerrada.

—Mucho mejor. En cuanto a vos, jovencita —comentó dirigiéndose a Isabel—, decidme en qué consisten esos planes de viaje que tenéis y cómo pensabais convencer a Don Ramiro de que ceje en su encaprichamiento. Y os ruego que seáis convincente o me veré en la obligación de ordenaros monja de clausura yo mismo.

Isabel comenzó el relato desde su huida de la batalla de Villanueva de Barcarrota y cómo habían dejado pistas sobre que se había despeñado aprovechando que la habían herido. El rey las miraba de hito en hito. Admirado por que dos mujeres solas hubiesen conseguido llegar hasta Burgos con medio reino castellano-leonés sublevado y con revueltas.

—Vuestro padre estaría orgulloso de la mujer en la que os habéis convertido —dijo el rey cuando la joven acabó su relato y una lágrima zigzagueó por su hermoso rostro—. Me gustaría poder daros algunos hombres para que os escolten por el camino, pero cuantos más lo sepan, antes podría llegar rumores a oídos de Don Ramiro. Tampoco es que me sobren, el sitio de Lerma está durando más de lo previsto, aunque algo me dice que Don Juan Núñez III de Lara pronto entrará en razón. Sin embargo, permitiré a Don Alonso que os acompañe.

—No será necesario, mi señor. Hemos hecho todo el camino sin contratiempos.

—Insisto. Doña Leonor me retiraría la palabra si os pasara algo. Sé la amistad que os une.

Isabel bajó la mirada.

—Decidle que la echaré de menos.

Alfonso XI asintió. Don Alonso entró en la pequeña estancia como una exhalación y se quedó de pie.

—He tenido que acompañarlo en la primera ronda —se excusó—. A Don Rodrigo no le gusta beber solo.

—Está bien, está bien. Centrémonos en lo que de verdad importa. Mantendré ocupados a Don Pedro Ponce y a Don Juan Alonso en la frontera para que mantengan a raya a los portugueses unas semanas más. A Don Ramiro lo enviaré junto a Don Juan de Ruiz de Gaona a Valencia, donde le presentarán las reclamaciones pertinentes a Pedro de Aragón, que se encuentra reuniendo cortes allí, por lo que lo tendré alejado de cualquier rumor que pueda darse sobre vuestra persona —dijo el soberano señalando a Isabel y después se dirigió a Don Alonso—. Y a vos os encargo la doble tarea de acompañar a buen puerto a ambas mujeres y concertar una cita con los obispos de Rennes y Rodez para que medien en la tregua con Portugal después. Nadie sospechará así de vuestra partida, aunque debéis ser cauto. Volved en cuanto hayáis hecho ambas diligencias, amigo mío. Os necesito a mi lado. Mientras estamos reprimiendo rebeldías de súbditos venidos a más, los benimerines vuelven a hostigar la frontera. Ellos son el verdadero enemigo a combatir —terminó de exponer apasionado.

El rey sonrió a los presentes y se levantó del catre. Cogió la capa y se dispuso a salir de aquel antro.

—Lamento el discurso, señoras, que tengan un buen viaje. Don Alonso las esperará al alba en la salida de la villa.

Alfonso XI se marchó con la misma rapidez con la que habían venido. No le gustaban los dramas y tenía mucho que atender aún. Cuando llegaron al campamento, mandó llamar a su escriba de confianza e hizo distintas cartas. La más importante de todas dirigida a Doña María Díaz de Haro, señora de Vizcaya y esposa de Don Juan Núñez III de Lara, al que tenía sitiado en Lerma. Sabía lo complicado de la misma y se llevó su tiempo para pensarla. ¿Cómo debería hablarle a una joven de apenas dieciséis años, cuyo padre había sido asesinado en Toro años atrás por orden suya? El rey bufó ante la atónita mirada de su escriba.

Era crucial para su reino no solo recuperar a Don Juan Núñez III de Lara para su causa, sino Bilbao y su puerto como paso obligatorio de todo el comercio de Castilla hacia el mar. Sobre todo en ese momento en el que la villa de Bermeo había dejado de ser la más próspera. Para ello, le pediría encarecidamente en la misiva que intercediera ante su esposo para que rindiera Lerma ante su legítimo rey, así como que tuviera a bien permitir el

paso en el Puente de San Antón de tres viajeros que se encontraban bajo su tutela. Personas ejemplares, le había dicho con la intención de tranquilizarla y por las que sería recompensada. A la postre, le prometía negociar con su esposo la ratificación del Señorío de Vizcaya, así como dejar de usar él mismo ese título, como había hecho alguna vez antes.

—¿Qué os parece? —le preguntó a Don Alonso—. ¿Creéis que se atenderá a razones?

—Creo que el mismísimo Don Juan está deseando rendir la villa. El agua y los alimentos serán cada vez más escasos y el calor de este verano es impropio en estos lares. Además, mi señor, nadie vendrá en su auxilio. Con la intercesión de su mujer o sin ella, Lerma es nuestra.

—¡Dios os oiga! —exclamó el rey—. Porque necesitamos tener libre el paso al puerto y no habrá mejor ocasión que esta para negociarlo.

—Me ocuparé de ello en persona.

—Una obligación más que os encomiendo dentro de este viaje... —añadió el rey, mientras se sujetaba el puente de la nariz y alzaba las cejas repetidas veces para evitar el dolor punzante que se había instalado en sus sienes.

Don Alfonso parecía cansado. No había dormido y acusaba los estragos de la ida y vuelta a la villa.

—Debéis descansar, mi rey —suplicó el joven.

—Ya descansaré cuando mi cuerpo no aguante. ¿Tenéis todo preparado?

Don Alonso asintió. El soberano le explicó el contenido de cada una de las misivas que le había dado. Todas ellas lacradas y con un distintivo que las identificaba sin necesidad de abrirlas previamente.

—¿Sabéis bien lo que estáis haciendo, mi joven amigo? No os será fácil dejar marchar a Isabel. De hecho, sentiréis que os arrancan la vida del pecho.

Don Alonso suspiró.

—Sería más difícil verla languidecer a mi vera, que me odiase o que pensara en otro cuando mi cuerpo la posea.

Alfonso XI se quedó pensativo y admitió que el joven tenía toda la razón antes de dejarlo marchar.

—Id con Dios, amigo mío.

Don Alonso se arrebujo en su capa y puso su montura al galope sin



mirar atrás. La luna guió su camino entre las laderas y los montes. Espoleó su caballo para no llegar tarde a la cita más dura de su vida y, cuando las primeras luces rasgaron el horizonte nocturno, vio a lo lejos la catedral.

—Llegáis puntual —comentó Malen como saludo e Isabel le sonrió.

El ricohombre habría puesto alas a su caballo si con ello volvía a ser el destinatario de la sonrisa de la joven dama. Sin más dilación, pusieron rumbo hacia Miranda de Ebro donde cruzarían el caudaloso río tras pasar la noche en una posada a las afueras.

—¿Por qué nos hemos desviado tanto de la ruta? —preguntó la escocesa, que no entendía ese alto en el camino.

—Está prohibido cruzar el río si no es por Miranda o por Logroño. Así se controla el paso de mercancías y personas —le explicó Don Alonso diligente.

—Y un reino se hace vulnerable en caso de guerra...

—Podría ser, Malen. Pero son fueros que otorgan los reyes a las diferentes villas y que salvaguardan el orden público en el reino. Mañana cruzaremos el puente. Los miércoles son días de mercado y deberemos levantarnos temprano si no queremos esperar más tiempo del necesario.

Don Alonso se despidió de ellas y se fue a dormir al establo. Su montura valía una pequeña fortuna y muchos le habían preguntado al llegar a la posada si la tenía en venta. No permitiría que nadie le robara el caballo durante la noche.

—Llegáis puntual —le dijo el ricohombre a Malen al amanecer y parafraseando el recibimiento de ella del día anterior. Como respuesta, esta le hizo burla.

—¿Qué ruta debemos seguir, Don Alonso? —preguntó Isabel en un intento de poner paz entre ellos.

—En paralelo al río hasta que lleguemos...

—¿Al puente? Obvio, querido.

Don Alonso gruñó a Malen e Isabel suspiró.

—Aún nos queda un largo día de viaje. ¡No hagáis que me arrepienta! —exclamó la joven de Ayala.

Ambos accedieron a estar el resto del viaje sin dirigirse la palabra, firmando así el fin de las hostilidades entre ellos. Sin embargo, nada más llegar a las inmediaciones del puente de San Antón, único paso que cruzaba la ría de Bilbao, les dieron el alto a voz en grito. El caballo de Isabel se

encabritó y a punto estuvo de tirarla al suelo. Si no llega a ser por la rápida intervención de Don Alonso, que se hizo con rapidez de las riendas, la joven habría caído al suelo.

—Gracias... —apenas consiguió balbucir Isabel, con el corazón aún azorado.

—No hay de qué. ¿Estáis bien? —le preguntó cortés, aunque la hinchada vena del cuello masculino le advirtió a la joven lo cerca que Don Alonso estaba de tomar represalias por semejante atropello.

A Isabel no le dio tiempo a contestarle. La hicieron bajar de su montura sin miramientos y ser cacheada por un hombre tan fornido que pensó que estaría hecho del hierro que extraían de las canteras vizcaínas.

—Están limpios —dijo al otro, que se había quedado mudo al ver que el ricohombre llevaba las vestiduras de la Orden de la Banda.

El vizcaíno gruñó, lo hizo a un lado y lo cacheó él mismo.

—Y ahora, si habéis acabado, mandad a llamar a vuestra señora —le ordenó Don Alonso al hombre de hierro.

—La señora no recibe a nadie. No está su marido.

—A nosotros nos recibirá —le dijo el ricohombre mostrándole el sello del rey castellano.

El hombre de hierro asintió de forma hosca. Ató los caballos a un poste, recogió las armas del suelo y le dijo a su compañero que los aguardara.

—Seguidme.

Caminaron por callejuelas tortuosas, donde el olor a pescado podrido y sal se mezclaba con el de los residuos fecales. Poco a poco dejaron atrás la fetidez del puerto. Malen se había quedado la última a propósito. No se fiaba de ese hombre descomunal, que podría estar llevándolos a una trampa para quedarse con todo. Solo en caballos y armas habrían perdido una pequeña fortuna. La escocesa estudió con interés el terreno y memorizó los giros que tenían que hacer en caso de tener que salir huyendo. Sin embargo, respiró un poco más tranquila cuando en lo alto de la ladera descubrió el caserío.

Desde allí podían verse las murallas que delimitaban y protegían el asentamiento de la villa. También los barcos que llegaban justo al otro lado del puente, que había tomado su nombre por la Iglesia de San Antón, y que pagaban el requerido diezmo. Los navíos de mayor calado esperaban en alta mar y se accedían a ellos por botes. El trasiego de pasajeros y mercancías era constante. La escocesa inhaló la brisa marina, tan distinta a la de antes, y oteó

el horizonte. El ancho azul le produjo una infinita nostalgia.

—¿Entramos? —le preguntó Isabel.

—Prefiero quedarme aquí si no os importa.

—Está bien, Malen. Intentaremos ser breves.

En el interior, los aguardaba impaciente una joven con un bebé de pocos meses en sus brazos. Aferrada a sus faldas había una niña pequeña, de grandes ojos azules y suaves rizos, no tan dorados como los de su madre.

—Mi señora de Vizcaya —dijo Don Alonso muy solemne y rindiéndole pleitesía.

Isabel la miró sorprendida. Era muy joven, apenas una niña, y sobre sus hombros recaía una gran responsabilidad. Le hizo una esmerada genuflexión.

—¿Qué se os ofrece, castellano?

La de Ayala apretó los labios, rogando a Dios que Doña María Díaz de Haro, nieta homónima de la que todos llamaban «la Buena», lo fuese en realidad, o al menos justa.

—Sentimos haberos alejado de vuestras obligaciones, mi señora. Solo buscamos embarcar cuanto antes —dijo Don Alonso.

—¿Nada más? —insistió la dama.

Don Alonso se adelantó un par de pasos y le tendió la misiva lacrada. Doña María llamó a una sirvienta y esta se llevó al bebé con rapidez. La pequeña siguió al lado de su madre.

—Mi dulce Juana, ¿podéis haceros cargo de vuestra hermana?

La niña la miró con ojos tristes, pero asintió. Se despidió de los presentes con una venia y corrió tras los pasos de la sirvienta. Doña María esperó verla alejarse antes de abrir la misiva. Isabel se dio cuenta de que temblaba. La dama leyó con rapidez el contenido y se llevó la mano al pecho, aliviando la opresión con un suspiro. Cruzó una mirada con los recién llegados y comentó dirigiéndose a Isabel:

—Decidle a vuestra amiga que no habrá inconveniente alguno por mi parte. Don Alonso, ¿tendríaís a bien acompañarme? Solo será un momento.

El ricohombre salió del caserío al cabo de un rato. No había ni sonrisa ni ceño en su rostro que delatara de qué había ido la misteriosa reunión. Los tres guardaron silencio camino al puerto, aunque Don Alonso era el más taciturno.

—Iré a recuperar los caballos, las armas y veré qué puedo hacer con

los pasajes —comentó con mirada esquiva.

Isabel lo cogió por el antebrazo y lo frenó.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro?

—Nada, mi bella Isabel. Solo hablamos de la situación de su esposo, el señor de Lara, y poco más.

—Entiendo...

—Nada que os ataña. ¿De acuerdo? Id a descansar con Malen a la posada. Los muelles no son lugares para damas.

La escocesa no le respondió, les dio la espalda y comenzó a andar. Isabel corrió tras ella. ¿Qué le pasaba? Pero no consiguió sonsacarle ni una palabra. Don Alonso no regresó hasta bien entrada la tarde, parecía muy cansado y no traía buenas nuevas.

—La mayoría de los barcos son mercantes de lana o hierro. No quieren pasajeros.

—En realidad lo que no quieren son mujeres a bordo, ¿verdad? — afirmó indignada Isabel, que recordaba la cantidad de diligencias que había tenido que hacer su padre para encontrarle un pasaje en su anterior viaje a Escocia.

Don Alonso asintió, pero ese era el menor de sus inconvenientes en aquella ocasión. Solo había un barco de los atracados que hiciera escala en Escocia. El navío partiría en dos días y no habría otro que hiciera un recorrido parecido hasta pasado un mes por lo menos. Resopló. Necesitaba negociar los pasajes con el capitán del barco, pero se había pasado la tarde buscando a alguien de la tripulación sin resultado alguno. Habría que ir buscando otras posibilidades.

—Queridas, tenemos un problema.

*Reales Alcázares, Sevilla, agosto de 1336.*

Alfonso XI de Castilla, también conocido por muchos como «el Justiciero», sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a las demandas de Don Ramiro Flórez. El rey estaba cansado y deseoso de yacer entre las suaves curvas de su amada Leonor, pero los placeres de la carne tendrían que esperar

y atajar de inmediato el revuelo que ese petimetre estaba montando en palacio. Tomó aire, miró al techo y se dijo que con esto saldaba su deuda para con quien fuese casi un padre para él, su bien amado amigo y consejero Don Juan de Ayala. Accedió al salón del Trono con la misma ceremonia y compostura de siempre, sin perder los nervios. Don Ramiro Flórez no le saludó con venia alguna. Su rostro estaba enrojecido y apestaba a alcohol.

—¿Dónde está?

—¿Quién? —preguntó el rey castellano haciéndose el distraído y obviando la falta de decoro y educación de su súbdito por un momento.

—¡Mi futura esposa!

—¿Doña María? En Palencia con su madre, supongo.

—¡¡¡Isabel!!! —gritó con furia Don Ramiro haciendo que los pocos hombres que acompañaban al rey dieran un respingo y se retiraran unos pasos.

Don Alfonso se acercó con aparente tranquilidad y rabia contenida al ricohombre. Nadie había osado antes hablarle así y había visto un nuevo amanecer. Era hora de poner a ese mimado y engreído en su sitio y bien sabía Dios que llevaba esperando esa oportunidad hacía demasiado tiempo. Necesitaba de sus hombres para frenar a los benimerines en la frontera, de sus tributos para resolver de forma pacífica el conflicto que tenía con su cuñado Pedro «el Ceremonioso» y de la lealtad ciega de su padre, que por aquel entonces estaba firmando en su nombre la tregua con Portugal. Lo necesitaba, pero sometería a ese petimetre a sus pies o lo desterraría del reino castellano.

—Volved a gritar en mi presencia y sois hombre muerto —siseó Alfonso XI muy cerca de su rostro enrojecido y de camino al trono, dándole la espalda.

—¿Dónde está? —repitió enloquecido.

El rey no le contestó. Le tiró un pliego que Don Ramiro cogió al vuelo, esperando que esto solo hubiese sido una macabra broma orquestada por sus amigos de correrías. Él mismo había quemado el documento donde rezaba de su enlace con Doña María González de Daza, se había deshecho de los testigos y amedrentado a la joven. Ella no era más que una de sus múltiples amantes, rica heredera, eso sí, pero para nada la mujer que quería tener cada día esperándolo en su cama. Para colmo, en su día le había dicho que esperaba un hijo y las cuentas no le cuadraban. ¡Maldita zorra! ¡Lo había engañado! ¿Acaso había conseguido engatusar al rey con sus lisonjas? No, el rey tenía solo ojos para Doña Leonor... ¡Pero que lo asparan si no lo ponía contra las

cuerdas con la reina!

Enojado hasta el punto de faltarle el oxígeno, el ricohombre leyó la misiva de corrido, reconociendo su firma al instante. Miró atónito al rey. Debía ser obra del demonio.

—¿Qué es esto? —preguntó Don Ramiro circunspecto.

—Vuestra acta matrimonial —sentenció el rey.

—No puede ser cierto... —negó cegado por la ira—. ¡La quemé yo mismo! Todo esto se trata de un engaño de esa maldita mestiza. ¡Exijo ver a Isabel de Ayala ahora mismo!

Las palabras le quemaron la garganta nada más pronunciarlas. Él solo había caído en la trampa. El rey caminó unos pasos hacia la ventana y mandó llamar a Don Pedro Ponce de León el Viejo. Tenía a Don Ramiro contra las cuerdas y saboreó el triunfo como el que saboreaba una victoria tras una cruenta batalla.

—Mi señor... —se presentó Don Pedro.

—Tened a bien contarle a Don Ramiro lo que sabéis.

El buen hombre relató con todo lujo de detalles cómo Isabel y Malen se habían unido a su mesnada al paso por el convento y camino a Villanueva de Barcarrota. Lo único que no citó fue la conversación previa con Doña Leonor, como le había prometido a esta en su día y por temor a la ira del rey. La convicción que daba contar los hechos tal y como habían ocurrido era irrefutable.

—No tiene sentido —murmuró Don Ramiro cuando el comandante terminó la historia—. ¿Cómo iba a saber ella que yo me dirigía a Badajoz a apoyar a Don Pedro Fernández de Castro?

—¿Quién no sabe de vuestras gloriosas gestas en palacio? —replicó Don Pedro Ponce—. Aunque en todo momento le entendí a la joven que era vuestra prometida...

Don Ramiro apretó los dientes y el pliego que aún tenía en sus manos.

—La joven Isabel es muy querida en la familia —consiguió decir.

—Pues no sabéis cómo lo lamento. Soy portador de malas noticias.

El rey se hizo el sorprendido y le pidió al buen hombre que hablara sin demora.

—Cuando atacamos a los portugueses por sorpresa, estos nos recibieron con una lluvia de flechas. Todo fue tan rápido que no dejamos a buen recaudo a las mujeres. A la joven rubia la vi en el campo de batalla

huyendo de las refriegas de espada y a la joven Leonor...

—¡Hablad! —gritó Don Ramiro, que cada vez veía la posibilidad de hacer suya la herencia de la muchacha más lejos.

—Lamento ser portador de malas noticias —insistió cabizbajo Don Pedro—. Tanto Don Juan Alonso como yo mismo vimos como una flecha la alcanzaba por encima del pecho. Eran blanco fácil sin la cota de malla. Tras la batalla, la buscamos entre los muertos, pues nadie la había visto en Villanueva de Barcarrota. Puse a trabajar a mis rastreadores y hace unos días me trajeron esto...

Enseñó un retal del vestido que llevaba manchado de sangre.

—¿Era suyo? —preguntó el rey y el buen hombre asintió—. ¿Cómo no me lo habéis dicho antes? ¿Acaso no sabíais que la joven era mi protegida? ¿Que era fiel amigo de su padre?

Don Pedro soportó estoico la reprimenda, aunque el nerviosismo en su voz lo delataba. En todos sus años de vida, jamás el rey había tenido queja alguna de su persona.

—Lo-lo siento, mi-mi señor.

Don Ramiro había enmudecido sin quitar la vista de encima al retal mugriento. Alfonso XI lo conocía bien y sabía que dudaba.

—¿Dónde lo encontraron? —Movié ficha el rey.

—En un barranco cercano y de difícil acceso —explicó Don Pedro.

—¿No encontraron nada más que esto? —preguntó de nuevo el soberano desechando el retal a un lado.

—Fue lo que trajeron los perros, mi señor.

El rey observaba las reacciones de Don Ramiro en silencio, estudiando a su hombre. Este seguía con el rostro enrojecido, aunque con la cólera más apaciguada. Sabía que él mismo se jugaba mucho en esta empresa. Don Alfonso lo quería de su parte y lo quería ya. Se juró que si el ricohombre no atendía a razones, no saldría vivo de palacio.

—Esto cambia las cosas... —murmuró para captar su atención.

Mas fue Don Pedro quien le preguntó intrigado.

—¿Qué queréis decir, mi señor?

—Nada que os concierna a vos, mi buen amigo. Si Don Ramiro no tiene más preguntas, podéis retiraros.

El comandante se retiró y el rey pidió al resto que los dejaran solos.

—Si la joven Isabel está muerta, la corona puede dar la herencia a

quien se le antoje —murmuró pensativo.

Don Ramiro alzó una ceja, interesado por primera vez.

—¿De verdad creéis esa patraña?

—A tenor de vuestra condición de hombre casado, hecho que me ocultasteis y por el que podría mandaros hasta al calabozo, podría decir que hasta os favorece que demos a la joven de Ayala por muerta.

—¿Y si está viva?

—Nadie regresa de entre los muertos —sentenció el soberano—. Además, ¿a quién le interesaría que lo hiciera? A vos no, desde luego.

Don Ramiro bufó. Su intuición le decía que lo estaban engañando, que el rey se guardaba algo más. Sin embargo, no dudaba de la palabra dada por Don Pedro, pues sabía a la perfección cuándo le mentía un hombre y ese viejo había vivido la experiencia tal cual la había contado. Isabel, ¿dónde estáis?, preguntó para sí. Muchas lunas pasarían antes de que pudiese olvidarla, pero la cuantiosa compensación mitigaría su pérdida. Sonrió ladino.

—¿Y esa otra mujer? —preguntó Don Ramiro de repente.

—¿Vuestra esposa o la sorda?

—La tal Malen —contestó casi gruñendo.

—Yo no me preocuparía por una sirvienta. La herencia es vuestra en cuanto anunciemos la trágica muerte de la muchacha. Siento que no he cumplido la promesa que le hice a su padre de cuidarla... No he visto familia que tuviese peor suerte.

—Nada pudisteis hacer, mi señor —murmuró Don Ramiro—. Era demasiado joven y actuó con imprudencia.

El rey lo miró a los ojos y asintió, aunque en el fondo de su ser sabía que nunca podría confiar en ese mequetrefe.

—Gracias, amigo mío —le dijo palmeándole el hombro—. Pero dejemos atrás la tristeza. Tengo entendido de que no tenéis mal ojo eligiendo a las damas. ¿Doña María es tan bella como dicen?

Don Ramiro asintió. Doña María González de Daza era bella, como tantas otras, pero ninguna eclipsaría jamás a la joven de Ayala.





## Capítulo 18

### LA RECOMPENSA

*Londres, Inglaterra, julio de 1336.*

Erroll había dormido en el suelo, entre la cuna y la chimenea. Estaba exhausto. No había músculo en su cuerpo que no le recordara el empedrado cercano a la lumbre. Catherine no parecía gozar de buen humor tampoco. Después de que le hubiese notificado que al día siguiente partirían para Sutton, había caído en un mutismo absoluto. Él decidió aprovechar su última mañana en Londres y fue a visitar a Joe para recuperar su caballo. El guía lo abrazó con fuerza nada más verlo.

—¡Nos teníais preocupados! ¿Cómo está Catherine?

—Todo lo bien que se puede estar después de lo ocurrido en la mansión de los Pulteney.

—Entiendo... —musitó el guía—. ¿Y a qué se debe la visita?

—Vengo a por el caballo, Joe.

El hombre chasqueó la lengua y volvió dentro. Era lo que había barruntado nada más verlo en la puerta. Se despidió de Agnes, cerró tras él y continuó la conversación una vez se alejaron de la cabaña.

—Martha nos refirió algo de esa pesadilla y Dios le ha dado su merecido a ese malnacido. Me han llegado noticias de que lo encontraron

muerto hace unos días...

—Lo sabemos —sentenció Erroll a la defensiva.

Joe torció la boca y se rascó la barba rasposa.

—¿Por eso os vais? ¿Habéis tenido algo que ver?

El irlandés comprobó que no había nadie cerca.

—Sí y no.

—Me intrigáis.

Tizón los recibió piafando y acercando el morro a su dueño en busca de alguna manzana. Erroll lo agasajó con la fruta y lo cepilló con vehemencia mientras le resumía a Joe lo poco o mucho que sabía. El camino de vuelta a la cabaña del guía lo hicieron en silencio. Este resopló al llegar. Joe no era un hombre de palabras, pero quizás no volviese a ver nunca al *irlandesito*, como él lo llamaba, y se atrevió a sincerarse.

—No os veo muy feliz a pesar de que habéis conseguido lo que queríais...

—Ella no me ha perdonado, Joe.

—Lo hará.

—¿Tan seguro estáis?

El hombre rio con ganas, luciendo su negra sonrisa sin complejos.

—¡Claro! Me faltarán dientes en la boca, pero no ojos en el rostro.

Erroll aplaudió la gracia. Joe se puso algo más serio y le dio unas palmadas en la espalda al tiempo que le decía:

—Esa muchacha os quiere. ¿Acaso no lo ha demostrado? Nadie arriesga su vida en balde, muchacho. Os diré más, muchos hombres la han pretendido en este tiempo y, sin embargo, ha preferido seguir sola a pesar del qué dirán. Tened paciencia. Sus heridas se curarán.

El joven sabía que su compañero de viaje estaba en lo cierto. No era el primero que le aconsejaba darle tiempo y tiempo le daría, pues solo deseaba pasar el resto de la vida con ella. Se despidió con el deseo de volverlo a ver algún día.

—Ojalá tengáis razón, amigo mío.

Joe echó de menos no poder reprenderle por usar el gaélico. Se había acostumbrado al «*caraid*», a que no supiese lo que era el silencio, a su bravura y, sobre todo, a su nobleza. ¿Cómo había podido creer en otro tiempo que el «*irlandesito*» no tenía corazón? ¡Era un hombre sin igual! El idóneo para esa gata.

—Siempre la tengo —se jactó el guía a la vez que le mostraba su desdentada mandíbula.

Erroll se carcajeó y se despidió con un afectuoso abrazo. ¿Quién le iba a decir que terminarían siendo tan buenos amigos unos meses atrás? ¡Con el viaje que le había dado camino a la capital *sassenach*! ¡Pero, diablos, daba fe de que ya lo echaba de menos y aún no se había ido!

Regresó al hogar de Catherine al trote y con mil pensamientos enredados. Tizón agradeció el paseo con un relincho. Al llegar, anudó las riendas en la parte de atrás de la vivienda, lejos de miradas indiscretas y junto al caballo que Dunstana les había cedido para el viaje. Tuvo que calmar el temple de Tizón con caricias y con dos nuevas manzanas cuando el semental advirtió que tendría que compartir un espacio tan reducido con otro caballo.

La puerta principal estaba entreabierta y Erroll sacó su daga por precaución. Cat hablaba con alguien. No era la voz de Martha, tampoco la de Eda, pero parecían mantener una conversación amigable. Escondió la daga en la parte trasera de la cinturilla de sus calzas y entró.

—Os estábamos esperando —le dijo la desconocida.

Él mantuvo relajadas las facciones del rostro y miró a Cat en busca de su aprobación. La gata siguió recogiendo la colada y haciendo pequeños montones de ropa. No habían cruzado más que breves palabras entre ellos tras la marcha de Dunstana y Henry. Sabía que estaba molesta por tener que dejar su vida en la capital, que lo culpaba en cierto modo a él por tener que hacerlo. Le habría gustado que no hubiese nadie más en la estancia y poder abrazarla, rogarle que confiara en él, saborear sus besos antes de emprender un viaje a quién sabía a dónde.

Catherine lo miró como si pudiese oír sus pensamientos. Erroll pudo apreciar en sus ojos cansancio y miedo. Eso último lo inquietó. Se había pasado toda la noche en duermevela y al más mínimo ruido sacaba la daga en la oscuridad. Él había sentido su inquietud, pero se había esforzado por mantenerse al margen y darle espacio.

La mujer desconocida carraspeó. Erroll la miró con dureza, pero esta no pareció inmutarse.

—¿Quién sois y qué queréis? —terminó preguntando el guerrero.

A Catherine le sorprendió su falta de tacto, pero calló. Ella sabía quién era esa mujer y lo que iba a decirle. Aguantaría el chaparrón por la promesa que le había hecho a Dunstana. La mujer le tendió un sobre lacrado y dijo:

—Soy el ama de llaves de los Pulteney. Mi señora me ordenó que trajera esta carta cuando ellos hubiesen puesto rumbo a Roma.

Erroll miró el sobre con desconfianza y rompió el lacre. Había más de un pliego en su interior. Leyó la carta deprisa y resopló.

—¿Se han ido?

—Con las primeras luces del alba, señor.

Erroll tensó los hombros. Parecía desolado. Después masculló algo ininteligible y se fijó en el resto de papeles.

—Es un salvoconducto firmado por la baronesa Wake —dijo mirando a Catherine con sorpresa—. ¿Lo sabíais?

Catherine asintió.

—¿Por qué no me dijo que se marchaban hoy mismo? —preguntó más para él que para ambas mujeres—. Me habría gustado despedirme de ellos. Ver al pequeño al menos una vez. Quizás no vuelva a verlos nunca... —confesó con pesadumbre.

—Habría sido su deseo mostrároslo, pero no podían demorar por más tiempo su marcha. Tampoco podía correr el riesgo de que decidieseis...

—¡Yo jamás privaría a un hijo de su madre! —exclamó iracundo, recordando cómo Cat también lo había creído capaz de semejante atrocidad.

¿Acaso esa era la imagen que daba?, quiso gritarles a la vez que su desasosiego aumentaba. Él no era Kenion Strathbogie, ni el tío del pequeño, ni mucho menos el que había ejercido como su padre hasta hacía unos días. Él solo habría querido estrecharlo una vez en sus brazos y devolver ese milagro a Dunstana.

—Por supuesto que no, pero... —intentó justificar la mujer en vano.

Catherine apretó los labios y se cruzó de brazos con fuerza. Le dolía verlo así y el deseo de consolarlo era tan fuerte que la asfixiaba. Deseaba cobijar a Erroll en su pecho y desordenar sus rizos ensortijados. Deseaba decirle que realmente no pensaba que fuese capaz de semejante tropelía, ni aún perdiendo el juicio siquiera. Deseaba decirle que le había prometido a Dunstana que volverían a verse, quizás un lejano día, el día de su boda. Pero calló. Ninguno de los dos necesitaban palabras de futuro en esos momentos, sino hechos.

—Ambos amáis a otras personas. Tenéis un hijo en común, pero nada más —aseveró el ama de llaves con rotundidad y no falta de razón.

Catherine cerró los ojos, relajó los brazos y se obligó a respirar.

Erroll era el padre del hijo de Dunstana. ¿Alguien daba más? No había tiempo para lamentaciones. Tenía que ser fuerte, se instó y observó a Erroll desde el otro lado de la habitación. Nunca lo había visto tan afligido y ella no ganaría nada con reproches. Dunstana y Erroll se habían conocido en Edinburgh durante el cautiverio de él, mucho antes de conocerla a ella. Sin embargo, era el nombre de Kelsey el que él había repetido en sueños. Nada tenía sentido. Necesitaba pensar, serenarse y poner tierra de por medio. El ama de llaves estaba en lo cierto: Dunstana y Erroll podían tener un hijo en común, como también lo tenían ellos. Ya tendrían tiempo de hablar sobre su situación más adelante.

Era primordial salir de la capital y ponerse a salvo. El ama de llaves se retorció los dedos y la enfrentó. Catherine alzó una ceja ante el ímpetu de la mujer.

—No sé cómo deciros esto, pero las sospechas de Milady se han confirmado —dijo sacando un nuevo pliego de papel de un bolsillo de su delantal—. El viejo Lord Pulteney ha ordenado que claven esto en la puerta de todas las iglesias. Es mucho dinero, señora.

—¿Qué es? —preguntó Erroll mientras se acercaba a ellas.

—Mi retrato —alcanzó a decir Cat antes de sufrir un leve desvanecimiento.

Erroll llegó justo a tiempo para cogerla de la cintura y tomarla en brazos. ¿Acaso el destino les daría alguna tregua? El dibujo no era muy bueno, o no tan bueno como el que le había hecho Eda tiempo atrás, pero sus ojos eran fidedignos. Nadie tendría duda de que era ella. Catherine se refugió en el acerado pecho masculino durante unos segundos: el latido trémulo de su corazón, su respiración contenida, el aroma de su piel... En los brazos de Erroll se sentía segura como si el mundo se hubiese parado de repente y nada del exterior existiera. Solo ellos.

El ama de llaves rompió el hechizo y su burbuja de ensoñación. No quiso volver a mirar el retrato ni la alta cifra que daban por encontrarla o se desmayaría de nuevo.

—Señor, debéis huir como estaba previsto. No cojáis por los pasos más transitados por ahora, aunque el salvoconducto os ampare. Lord Pulteney no cejará en encontrar a alguien que pague por la muerte de su hijo. Sea quien sea.

Erroll dejó que Catherine se fuera recuperando del susto poco a poco

antes de dejarla en pie. Habría dado todo lo que tenía por que se quedara anclada a él de por vida, pero debían darse prisa.

—Esperamos la llegada de Sir Richard de Stone esta misma noche. Ojalá al señor se le haya ocurrido algo para contener la ira de Milord.

Erroll nunca pensó que tendría que agradecerle algo a ese malnacido, apretó los labios y guardó el improperio que siempre usaba al oír el nombre del antiguo Alguacil Mayor de Edinburgh. ¡El demonio se lo llevara como había hecho con su yerno!

—He de irme ya —murmuró nerviosa la mujer—. Id con Dios.

La pareja se despidió del ama de llaves y cerraron la puerta. Catherine no pudo soportar la angustia y lo abrazó. Erroll la apretó contra sí y le acarició los cabellos.

—Lo conseguiremos, Cat.

Ella asintió, secándose las lágrimas. Debían ser fuertes si querían sobrevivir. Erroll ayudó a Catherine a guardar todos sus enseres en las alforjas primero y después cogió una gran cesta de mimbre para transportar a Ronnie.

—¿Será seguro llevarlo ahí? —preguntó ella poco convencida.

—Mucho más que si lo lleváis en brazos en caso de tener que huir. Confíad en mí, lo sujetaré bien a vuestra montura.

Catherine aprovechó que él estaba atareado poniendo a punto a los caballos para darle el pecho a Ronnie y cambiarlo. Martha entró en la casa como un vendaval, sobresaltándola. La prima de Eda echó un vistazo a su alrededor y se puso en jarras.

—Agnes acaba de decirme que os vais y yo no podía creérmelo.

—Así es.

La gata le enseñó el retrato. Martha cogió el papel y puso cara de extrañeza.

—¡Maldición! ¿Por qué?

—Porque maté a los guardianes de Lord Pulteney y uno de ellos escapó —resumió la gata.

Martha se llevó la mano a la boca para sofocar un grito. Se apresuró a sentarse en el catre con el rostro lívido y cogió la mano de Catherine con intención de reconfortarla o consolarse ella.

—Él no dejará que os atrapen. Porque le habréis pedido que vaya con vosotros, ¿verdad? —preguntó esperanzada.

—Sí, Martha. Erroll viene con nosotros.

En realidad no se lo había pedido, ambos lo habían dado por hecho y eso hizo que prendiera una tenue chispa en su corazón. Quizás no estuviera todo perdido.

—¿A dónde iréis? —se interesó Martha.

—A Sutton. He de despedirme de mi abuelo.

—¿Y después?

—No lo sé. Quizás allí encontremos nuestro lugar... o nos vayamos lejos —La voz de Catherine se iba apagando a medida que hablaba.

—No os preocupéis, querida. Ya tendréis tiempo de ir pensando sobre eso. Decidle a Hamo que venga cada semana sin falta. Yo le informaré de cualquier novedad.

—Mejor no, Martha. Contádselo a Agnes y ella a Joe. Haced vuestra vida normal. Si descubren que conviví con vos, quizás os sigan y...

—Entiendo, entiendo.

La gata la abrazó con fuerza y ambas sollozaron. Ronnie se contagió.

—No lloreis, mi niño —lo arrulló Martha mientras lo cogía en brazos para consolarlo—. Tía Martha no se olvidará de su pequeño «*irlandesito*».

Catherine sonrió entre lágrimas.

—Nunca podré agradeceros suficiente lo que habéis hecho por nosotros, Martha.

—Vamos, vamos... Esto no es un para siempre. ¿Verdad que no, mi niño? —El bebé dio un hipido.

—Ojalá que no —murmuró Cat.

Martha puso a Ronnie sobre el hombro de su madre y el pequeño se acomodó. Erroll entró en ese momento en la estancia.

—Los caballos están listos —comentó antes de darse cuenta de que la gata estaba acompañada—. Buenas tardes, Martha. Temía que nos fuéramos sin despedirnos.

La mujer lo abrazó con fuerza y él se quedó quieto sin saber muy bien cómo responder a su entusiasmo. Terminó por devolverle el abrazo hasta que ella se separó de él y recompuso su atuendo. Catherine los observó risueña, aunque las lágrimas seguían cayendo silenciosas por sus mejillas. Martha se acercó a ella y las secó con la yema de su dedo, se giró hacia Erroll y le dijo solemne:

—Sé que la cuidaréis con vuestra vida y que seréis felices juntos...

hacedlo u os mataré.

Él se rio ante la amenaza, pero al ver el gesto decidido de Martha, se puso firme y serio. Ella en cambio le guiñó un ojo y suspiró antes de decirle a su amiga:

—Sé que lo cuidaréis con vuestra vida y que seréis felices juntos...

—¿O me mataréis? —se adelantó Catherine con una risa nerviosa, abrumada por la inminente partida.

—Debería hacerlo e irme con él. En serio, Catherine, ¿lo habéis visto bien? ¡Qué apuesto, qué...!

—¡Sigo aquí! —rio Erroll poniendo los ojos en blanco por la ocurrencia.

Los tres rieron. Había llegado la hora de despedirse. Martha cogió una de las alforjas y la llevó al exterior. El aire fresco le vendría bien para despejarse y vigilar que no hubiese nadie en los alrededores.

Al quedarse a solas, Erroll miró a Catherine con fijeza y esta sintió que las rodillas le flaqueaban, las mejillas se le arbolaban y le faltaba el aire. Su cuerpo reaccionaba a su mirada como si un hilo invisible los uniese y tirase de ella. Se humedeció los labios y él acortó las distancias que los separaban en dos zancadas. Frente a frente, Cat deseó que la besara con cada fibra de su ser, pero Erroll no hizo nada de eso. Le apartó el cabello de la oreja y la tibieza de su aliento la turbó.

—Yo también muero por besaros.

Ella jadeó ante sus palabras y paseó su dedo pulgar por el labio inferior de él. Erroll gruñó y lamió su dedo como si fuese ambrosía. Estaba tan excitado que no le habría importado tomarla allí mismo, pero así la perdería. Él no iba a conformarse esa vez con su cuerpo, quería su alma, robarle el corazón y cada uno de sus pensamientos. «Paciencia...», se apremió y, haciendo acopio de toda su voluntad, se dirigió hasta la puerta para alejarse de la tentación.

Catherine salió tras él pero no lo alcanzó. Erroll pasó de largo junto a Martha sin decir nada y esta lo miró intrigada. Un poco de aire fresco no lo calmaría. ¡Bien lo sabía él! Se quitó la camisa y fue directo a meter la cabeza en el abrevadero de las bestias. ¡No podría montar a Tizón en semejante estado! Martha se llevó las manos a la boca para contener la risa y Catherine abrió mucho los ojos al verlo empapado y cómo se sacudía el agua del pelo como un perro.



—Pobre hombre, ¿qué le habéis hecho? —le preguntó risueña.

—¿Yo? —respondió Catherine a su vez con gesto inocente.

Ambas eran incapaces de desviar la mirada del torso masculino desnudo y moteado en mil gotitas.

—¡Madre de Dios! Creo que yo también voy a necesitar tirarme al pilón.

—¡Martha! —exclamó Cat tan ofendida como de acuerdo con la sugerencia de su amiga.

Catherine le dio la espalda a Erroll para evitar que la pillase boquiabierta y alterada. Sus cinco sentidos debían estar puestos en escapar y no en ese cuerpo de Adonis que tantas noches había sido el centro de sus fantasías... No, no, ¡no!, se reprendió. Debía mantener la cabeza ocupada.

La gata dejó a Ronnie en brazos de Martha con cierta brusquedad, mientras comprobaba la fiabilidad del cesto donde lo transportaría. Erroll había hecho un trabajo formidable, incluso había puesto un almohadón mullido en la base para que el bebé dormitara a gusto. Martha colocó al pequeño como le indicó Catherine y esta montó.

—¿Estáis lista?

Su voz la sobresaltó. No había visto que Erroll se había acercado sonriente, fresco y con la maldita camisa puesta. Catherine asintió y acarició la testuz de su caballo para evitar mirarlo. Martha se acercó a ella y le susurró desde abajo:

—No luchéis contra vos, Cat. Sed fiel a vuestro corazón.

—Gracias, Martha. Eso haré.

La mujer esperó a que la pareja se perdiera entre las angostas callejuelas aledañas antes de regresar dentro del hogar. La casa se le antojaba vacía sin ellos. Se sirvió un tazón de estofado y lo dejó intacto, demasiado nerviosa para probar bocado. Se colocó un fino chal sobre los hombros y se dirigió a casa de Agnes. Prefería volverse loca con la cantinela de esos críos antes que estar sola y a la espera de noticias.

A las afueras de Londres, Erroll y Catherine se encontraron con un puesto de guardia. Los hombres conversaban tranquilos. El irlandés puso al trote su caballo y se adelantó. Los saludó con la amabilidad que lo caracterizaba y preguntó por el mejor camino para ir a Croydon. No quería correr riesgos.

—Tenéis que dirigiros unas nueve millas hacia el sur. Desde el valle

divisaréis el campanario y las aspas del molino. No tiene pérdida.

Catherine llegó a su altura y saludó con un gesto.

—¿Es vuestra mujer? —preguntó uno de los hombres mientras el pelirrojo rodeaba el caballo de Cat y husmeaba en las alforjas para ver su contenido.

—Sí y el del cesto nuestro hijo —aclaró Erroll sin quitarle la vista de encima.

—Bonita familia. ¿De dónde sois?

—Mi marido es de la frontera, del condado de Northumberland —contestó Cat con rapidez y con una sonrisa coqueta—. Allí hemos vivido desde que nos casamos, pero esos bárbaros no dejan de hacer incursiones desde que nuestro rey avanzó al norte. Quemaron nuestros cultivos y nos hemos visto obligados a buscar fortuna más al sur.

Ronnie comenzó a lloriquear y el hombre, el que parecía más prudente de ellos, se asomó.

—Será mejor que no lo entretengamos más. Id con Dios —dijo, pero el otro objetó.

—Deberíamos ver qué llevan en las alforjas y hacerles pagar el diezmo.

Erroll no pestañeó. Si miraban su equipaje descubrirían su espada, impropia para un labriego, además de un variopinto surtido de dagas, y harían preguntas de difícil contestación.

—Esta gente tiene poco más que la vida. ¿Acaso no veis lo flaca que está ella o las ropas que llevan?

Catherine se envaró en su silla y miró a Erroll. Este la apaciguó con un gesto. Parecía abochornada por las palabras del hombre y el irlandés apretó los labios, contenido.

—Pero este caballo es bueno... —objetó el pelirrojo y fue donde el cesto del bebé.

A Ronnie no le gustó que lo despertaran y lo apartaran para tantear el fondo del cesto donde dormía en busca de algo de valor. Menos aún que no lo cogieran en brazos después de todo el trajín. Su carita regordeta fue poniéndose cada vez más roja. Ya no lloraba, pero parecía estar a punto de hacerlo.

—Vamos, Robert. ¿Qué creéis que vais a encontrar ahí? —le preguntó el otro con sorna—. ¡Cómo se nota que no tenéis hijos!

—Con los mocosos de mi hermana tengo bastante —refunfuñó el pelirrojo molesto tras olerse la mano con disgusto—. Además, ¡este niño apesta, señora!

Catherine apretó tanto las mandíbulas que pensó que iba a desencajarlas de un momento a otro. Le habría gustado tener su juego de dagas a mano y haberle rebanado el pescuezo a ese cretino. ¿Que apestaba? ¿Acaso se había mirado él las manchas añejas de la chaquetilla del uniforme? ¡Para qué mencionar las calzas!, gruñó para sí.

Erroll puso en paralelo a Tizón con su caballo, temiendo que la gata sacase las uñas.

—Muchísimas gracias por todo, señores. Da gusto encontrarse con personas honradas vigilando los caminos. ¡Personas como vosotros es lo que necesita este país!

Los guardias no supieron ver la doblez de sus palabras. Quizás porque los muy necios se consideraban así. Mas Catherine tuvo que hacer un esfuerzo sobre humano para no echarse a reír mientras ponía en movimiento al caballo. Le encantaba esa faceta sarcástica de Erroll, tan traviesa y excitante. La joven echó una ojeada al pequeño y pensó que, en cuanto pusieran suficiente tierra de por medio, pararía para asearlo y darle el pecho. Ronnie había dejado esa expresión de profunda irritación al saberse observado por su madre y por el leve bamboleo que hacía la bestia al andar. Comenzó a chuparse el dedito con fruición y Catherine, más tranquila, puso el caballo al galope hasta ponerse a la altura de Tizón.

Tomaron el camino que le habían indicado hacia el sur. Harían noche en Croydon, se dejarían ver en diferentes lugares de la villa y dejarían pistas falsas sobre quiénes eran y a dónde se dirigían. Cualquiera precaución era poca si finalmente Sir Richard de Stone no era capaz de calmar los ánimos de Lord Pulteney o este quería seguir actuando por su cuenta.

Llegaron avanzada la tarde y como era de esperar a esas horas de la tarde ya no había habitación libre en ninguna de las numerosas tabernas del pueblo. En la última de ellas, Erroll tuvo que convencer al dueño para que les dejaran pasar la noche en el establo por unas cuantas monedas. Cuando fueron a dejar los caballos para que descansaran y refrescarse, se dieron cuenta de que tendrían que compartir el reducido espacio con otras tres familias, además de sus respectivas bestias.

—Lo siento, no he encontrado nada mejor —murmuró frustrado.

—En peores sitios hemos dormido —le dijo guiñándole el ojo.

—Sí, eso es verdad.

Catherine apoyó su mano en el hombro de él para consolarlo. Era lógico que no hubiera sitio en un lugar tan transitado como aquel. Siempre había sido así por su mercado, por el que hacía años que no paseaba. Cat cogió al pequeño del cesto y le cambió el piquillo sucio antes de darle de mamar. Sonrió al recordar la cara asqueada del pelirrojo al olerse la mano.

—Le está bien empleado, ¿verdad?

El pequeño le respondió con un gorjeo y un par de pataditas al aire, como si la entendiera. Se sentó al fondo del establo para darle el pecho y en busca de algo de intimidad. Ronnie apuró ambos pechos con ansia y Cat pensó que tendría que buscar leche de cabra y rebajarla con agua para las tomas siguientes, pues la demanda del bebé comenzaba a superar con creces su producción. Mientras tanto, Erroll quitó las monturas y las alforjas, agasajó a los caballos con fruta y esperó paciente a que ellos terminaran. Catherine le pasó al pequeño antes de dirigirse al pilón para lavar el piquillo sucio.

—De aquí a mañana estará seco —comentó como si él necesitase una aclaración.

Erroll asintió pensativo. Estaba en un establo, en un lugar de paso y sin lujo alguno. Sin embargo, jamás en la vida se había sentido tan a gusto en un lugar. Era feliz, ¡diablos! Y solo porque estaba ella. Ella con su pequeño y hermoso bebé en brazos. Sonrió.

—¿Damos un paseo?

Catherine recuperó al pequeño en cuanto se colocó una larga pieza de tela anudada delante y cruzada a la cadera por detrás para llevarlo con más comodidad.

—Por supuesto.

Erroll le ofreció su antebrazo. La gata dudó si era lo más conveniente, pero al final accedió. Había mucho ambiente en las calles. El mercado estaba atestado de personas que observaban, regateaban o pujaban por productos de toda índole. Los que más abundaban eran los de productos perecederos y aquellos que vendían la cerveza amarga directamente del tonel, que escanciaban sin descanso ante las enrojecidas narices de los viandantes.

—Hay competiciones sobre quién elabora mejor la cerveza.

—¿No son iguales? —se acercó al oído de ella y murmuró—: Bebida de flojos y de mujeres.

Ella rio. Su aliento le hizo cosquillas.

—¡Por supuesto que no! Para empezar depende del cereal que se emplee y del **gruit** utilizado.

Él alzó una ceja sorprendido.

—Sí, es una serie de plantas silvestres secas que se mezclan con resina de pino y que dan un sabor característico a la cerveza.

—¿En serio? —se carcajeó—. ¿Y cómo sabéis tanto vos de cerveza?

—Es bebida de mujeres —le dijo ella con mofa a la vez que le sacaba la lengua.

—Tentador —dijo arrastrando las últimas letras.

Erroll la miró lobuno y ella enrojeció al recordarlo en otros menesteres.

—¿Os apetece probar?

Los ojos de Erroll se oscurecieron y Cat contuvo la respiración. Deseó que cayese un aguacero en ese instante y que tuvieran que regresar al establo, pero en vez de eso, Erroll le tendió un cucharón de madera con cerveza y él tomó otro.

—¿Qué diríais que lleva? —comentó apurando su cerveza y sin quitarle la mirada de encima.

Catherine sintió que era a ella a quién se bebía con los ojos y un hormigueo le recorrió la piel.

—Romero y mirto —le contestó.

—Ahora que lo decís —comentó paladeando el regusto de la cerveza con una sonrisa, con esa sonrisa que a ella le gustaba tanto—, tenéis razón. ¿Probamos otra y vemos si notamos la diferencia?

Catherine sonrió complacida. Debería haber dicho que no, pero entre una cosa y otra cayeron al menos otras dos cervezas más. El alcohol comenzaba a caldear sus venas o quizás fuera él. Él con esa sonrisa que derretía carámbanos. Él con esos brazos fuertes que la abrazaban haciéndole que se olvidara del resto del mundo. Él.

Siguieron dando un paseo y llegaron a los puestos del gremio de curtidores. Allí se reunía un público más selecto y las artesanías no se vociferaban o se exhibían hasta la saciedad. A Erroll le sorprendió una larga fila de personas que daba la vuelta a la plaza. Catherine al ver su gesto, se rio y fue la que se acercó a su susurrarle:

—Esperan turno para moler el cereal. ¿De qué harían la cerveza y el

pan entonces?

La lengua se le trabó un poco y él sonrió. Catherine hizo un gracioso mohín como respuesta, lo que provocó que ambos se rieran hasta que Ronnie protestó. Erroll se llevó el dedo índice a los labios y ella se quedó mirándolo fija.

—Por Dios Bendito, Cat. No me miréis así que...

—¿Qué? —preguntó ella envalentonada por el alcohol.

Erroll la giró en redondo y farfulló muchos improperios a la vez que reanudaba la marcha. «Paciencia», se repetía para sí. «Necesita tiempo», imprecaba. La risa de ella era música para sus oídos hasta el punto de sentirse como hechizado. Pero no quería que fuera algo rápido y que, pasada la euforia de la pasión, pudiera reprocharle. La cortejaría. Por lo que tomaría aire, alejaría las manos de su cintura y se comportaría como un caballero de bien y no como un bárbaro. ¡Benditos ellos y sus costumbres!

—¿Conocíais la villa entonces?

Erroll le preguntó lo primero que se le vino a la cabeza y ella lo miró extrañada unos segundos, como si también hubiese despertado de esa burbuja de ensoñación compartida.

—Sí. Sutton está a cinco millas de distancia. Mi madre, mi abuelo y yo nos levantábamos al amanecer y veníamos a veces a pie y otras en carreta. No se tarda más de un par de horas andando. Recuerdo que escuchábamos misa antes de hacer los recados. Yo a veces dormitaba durante el oficio en los brazos de mi madre y el sacerdote a la salida nos echaba una reprimenda por mi falta de atención.

El irlandés sonrió. Se imaginó a Catherine de niña, con esos ojazos del color del acero, a veces más verdosos, otras más azules..., cansada tras la larga caminata. ¡Si hasta él mismo se habría dormido según qué sermón! Catherine continuó compartiendo sus recuerdos en voz alta. Le brillaban los ojos y parecía en paz.

—Mientras mi abuelo vendía los quesos o los canjeaba por otros productos de necesidad, mi madre y yo paseábamos por las calles de Croydon o nos acercábamos al gran molino. ¿Sabéis que no ha parado ni un día de moler el grano en cientos de años? Hay pocas construcciones como esta. Pues es de agua y sangre.

—¿De sangre?

—Sí, cuando el caudal del río no es suficiente para mover la

volandera, son los animales los que suplen la falta. Debido a la demanda, algunos caen rendidos hasta la extenuación.

—¿Y decís que vienen de todas partes? ¿Qué lo hace tan especial?

—Según me decía mi abuelo, la harina que cierne este molino es tan fina que parece polvo de hadas.

Cat se quedó en silencio bajo la atenta mirada de él.

—Vos sí sois un hada, una Brigit: diosa y musa de poetas, protectora de reyes y madre habilidosa de las técnicas terrenales, pues no solo sois la criatura más hermosa que mis ojos han visto, también sois inteligente, ingeniosa y diestra en cuanto hacéis.

El pulso de Cat se aceleró ante su declaración. Siempre la había cautivado con sus palabras, pero esta vez no se trataba de entretener a la audiencia con un cuento, tampoco de sacar unas monedas con una leyenda. Esta vez ella era la protagonista y solo ella. Dio un paso hacia él, pero se frenó por miedo al rechazo. Temblaba. ¡Deseaba tanto creerlo!

Erroll vio la lucha interior de Catherine: su amor y su recelo. Le había hablado su corazón, pero quizás las palabras no bastaran y, sin poder resistirse por más tiempo, la besó con ansia, con apremio, como el hombre enamorado que era. Ella dio un paso atrás, pero él la enlazó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—*I ndiaidh a chéile a thógtar na caisleáin* —le susurró mientras intentaba encontrar su propio sosiego—: No temáis, *mo baintighearna*. Os esperaré.



## Capítulo 19

### LA CABAÑA DEL PASTOR

*Sutton, Inglaterra, julio de 1336.*

Partieron al alba hacia Sutton. Erroll encabezaba la marcha y no parecía gozar de buen humor. El cansancio comenzaba a pasarle factura tras la pasada noche en vela. Estaba nervioso y tenso. Tom Berrycloth era el único pariente vivo de Catherine y temía no causarle buena impresión. ¡El buen hombre no sabía siquiera que había sido bisabuelo! ¿Cómo los recibiría? Agradeció al cielo que el abuelo de Cat fuese pastor y no un hombre ducho en armas, porque si por él hubiese sido... ¡Con lo fácil que habría sido casarse con ella y listo! ¡Si era lo que más ansiaba! Apretó las mandíbulas y se irguió en la silla. Pequeñas cabañas de adobe y madera empezaban a salpicar ambos lados del camino.

—¡Esperad! —exclamó Cat frente a una de las casas.

Erroll frenó a Tizón y dio media vuelta hasta poner testuz con testuz.

—¿Qué ocurre?

—Me gustaría avisar a Eda y Hamo de nuestra llegada.

Erroll bajó de un salto de Tizón y Cat hizo lo mismo, sin esperar su ayuda. Le habría gustado poder ayudarla, pero sabía que sería inútil. Catherine apenas le había cruzado palabra desde aquel beso en la plaza. Fue al cesto a



coger a Ronnie en brazos y aguardó en un discreto segundo plano.

El camino había sido un infierno para Cat. No solo llegaba soltera y con un pequeño en su haber a su pueblo natal, a eso debía añadirle una recompensa por su cabeza de la que pronto toda la región de Wakefield y alrededores tendría constancia y la compañía del padre del niño, que ni siquiera era su prometido, como remate. Debía haber sido fuerte en Londres, a más tardar en Croydon y haber separado sus caminos para siempre.

También estaba enfadada por no saber aclarar sus sentimientos. Lo mismo suspiraba rememorando la audaz lengua masculina que se reprendía por no ser capaz de arrancárselo del corazón, de decirle que volviera a su tierra, con los suyos, que no lo quería y que mucho menos la esperara, como él le había dicho. Pero al instante, se desdecía y admitía que, aunque él perteneciera a otro mundo, se alegraba de tenerlo allí durante el tiempo que fuera. Enfrentarían la ira y la decepción de una de las personas que más quería en la vida y lo harían juntos.

La gata respiró hondo y llamó a la puerta de la cabaña. La carreta no estaba en su lugar habitual, así que dedujo que Hamo no estaba en casa. Eda abrió el portalón y apenas pudo sofocar el grito que nació de sus entrañas.

—¿Qué hacéis vos aquí? ¿Qué ha pasado?

Catherine no supo que contestar, bajó los hombros y la miró apesadumbrada.

—¡No os quedéis ahí, pasad!

La pareja entró en silencio en el hogar. Desde fuera parecía humilde, pero dentro era espacioso y confortable. Tenía separada la zona de cocina con una pared de adobe y una lumbrera en el techo. Eda cogió al pequeñín de brazos de su padre y le besó la frente. La cara de su amiga mostraba lo difícil que tenía que estar siendo para ella el haber regresado a Sutton. ¿Pero por qué lo habían hecho? Miró si tenían alianzas de desposados en sus dedos pero no era esa la razón. Torció el gesto y se preparó para recibir la mala nueva.

—¿Qué ha ocurrido, por Dios bendito?!

Erroll le tendió el pliego de papel con el rostro de Cat y la cifra. Eda abrió mucho los ojos intentando asimilarlo. La gata le resumió la historia y omitió ciertos detalles escabrosos para no asustarla.

—Ya decía yo que no os habríais ido de Londres por otro motivo.

El guerrero marcó el ceño ante el comentario, recuperó a su hijo y se excusó, dejando a ambas a solas en la estancia y saliendo al exterior.

—Lo siento, yo no quería...

—No os preocupéis, Eda, se le pasará —agregó la gata convencida.

Quizás las palabras de su amiga habrían sido ciertas poco tiempo atrás, pero ahora ya no estaba segura de que no se hubiera ido de Londres, sobre todo desde que Dunstana le había abierto los ojos sobre lo peligroso que era que Erroll estuviese allí. Lamentó haber sido tan egoísta y no haberlo despedido con cajas destempladas si realmente no lo quería allí. ¿Pero a quién pensaba engañar con tal mentira? ¡A ella menos que a nadie!

—¿Os iréis... para siempre?

—¿Acaso tengo otra opción? No pasarán más que unos días antes de que alguien me reconozca y dé mis señas.

—Solo os dais un aire en los ojos...

—Lo sé, Eda. No tiene comparación con vuestro retrato, a Dios gracias. ¿Pero cómo voy a arriesgarme?

—Lleváis razón, desde luego. ¡Qué caprichoso es el destino a veces!

—¿Por qué lo decís?

—Porque quizás sea este el empujón que os hacía falta para... Bueno, ya sabéis para qué —Eda se sonrojó un poco y se pensó un poco el preguntarle —: ¿Estáis juntos?

Catherine se miró la punta de las botas, algo viejas y poco lustrosas tras el viaje. ¿Qué podría contestarle? ¿Estaban juntos? No, pero le había dicho que la esperaría, aunque no sabía durante cuánto tiempo.

—Revelador silencio —comentó Eda dándole un codazo y con una sonrisilla traviesa en los labios.

—¡No es lo que pensáis!

—¿Y quién os juzgaría si así fuera? Es el padre de vuestro hijo —enumeró mientras se contaba los dedos—, ha dejado todo por venir a veros y es tan apuesto...

¿Desde cuándo Eda había caído rendida a los pies de Erroll?

—No os falta razón, desde luego —No quiso añadir en voz alta que también era inteligente, audaz y buen amante. Sus mejillas se encendieron y Eda volvió a reírse. Cat carraspeó con disimulo y cambió de tercio—. Por cierto, ¿dónde está Hamo?

—Precisamente hoy le tocaba ir a la capital y le pedí noticias vuestras.

—Me he adelantado... —dijo apretando los labios para contener un sollozo.

—¡Oh, mi dulce niña! Veréis como al final todo sale bien. Él os cuidará. Solo hay que mirarle a los ojos para ver cuánto os quiere...

—¿Podré dejar el miedo atrás, Eda?

—Solo vos tenéis esa respuesta, querida. Queda un par de días para la primera luna de Leo y ya muchos han empezado a preparar la fiesta. Espero que os quedéis hasta entonces.

—Dependerá de cómo se tome mi abuelo nuestra llegada y de las noticias que traiga Hamo de Londres. Bien sabéis que no me perdería la fiesta —le dijo con los ojos húmedos pero con una sonrisa.

Catherine se despidió de Eda y quedaron en verse al día siguiente en la pradera. Al cruzar la puerta, se quedó embobada al ver a Erroll sentado bajo un árbol y con Ronnie sobre sus muslos. El bebé reía ante las cosquillas de su padre y lo jaleaba con un sonido gutural pidiendo más. Los caballos pastaban bajo la sombra de unos pinos y la luz del sol centelleaba sobre ellos moteándolos. Se quedó quieta un instante, memorizando cada gesto, rayo de luz y sonido. Erroll se dio cuenta de que los observaban y le sonrió como respuesta. No había rastro de enfado en su faz. Solo el deseo de que ella se acercara y compartieran juntos ese momento. Le tendió la mano y ella se la cogió sin dudarle esta vez. Ronnie gorjeó al descubrir a su madre y levantó las manitas en busca de su rostro. Catherine se emocionó. Era feliz, aunque se sintiese incapaz de reconocerlo. Tenía al alcance de su mano cuanto había soñado y, sin embargo, el miedo la dominaba por primera vez en la vida.

—Todo saldrá bien. Ya veréis —le dijo sin mirarla.

Catherine asintió, cogió al pequeñín en brazos y tras darle un beso en la punta de la nariz lo metió en el cesto. Ronnie protestó un poco, pero pronto encontró su dedo y se apaciguó solo.

—Deberíamos ponernos en marcha. La cabaña de mi abuelo está en lo alto de esa colina —Hizo una pausa—. Él estará en el valle vigilando las cabras junto al viejo Tom.

—Catherine, tengo algo que deciros —Erroll parecía estar buscando las palabras adecuadas, le cogió las manos y la miró a los ojos antes de hablar—. Voy a pedirle vuestra mano.

—¡No!

Erroll la miró desconcertado.

—¡Es mi deber, Catherine! ¡Sois la madre de mi hijo y la mujer a la que amo!

¿Su deber? ¡Ella no era el deber de nadie!

—Os eximo de vuestro deber —le respondió con la misma brusquedad con la que se soltó de sus manos y lo miró con fiereza—. No quiero a mi lado a nadie por obligación, así que seré yo la que os diga algo a vos, Erroll Flanagan de Lyon: coged vuestro caballo e idos por donde hayáis venido.

Él la interceptó por el brazo y la giró hasta ponerla frente a sí.

—¡Por supuesto que no! No me iré ni ahora ni nunca. Mi destino está ligado a vos y a la vida de mi hijo.

Catherine temblaba de furia, pero sobre todo de miedo. Estaba aterrada de llegar a la cabaña y enfrentarse a la mirada decepcionada de su abuelo; de enamorarse de nuevo de ese hombre y que él se fuera al final; de no darse la oportunidad de ser feliz. Bajó los tensos hombros y se rindió. Ella no era de las que lloraban, pero últimamente lo hacía mucho. Erroll aflojó su agarre, le quitó un mechón de cabello del rostro y la acercó. Ella suspiró sobre su pecho y se calmó con los latidos de su corazón.

—Si ese es vuestro deseo, no le pediré la mano a vuestro abuelo.

Ella contuvo el aliento, y sin despegar la oreja de su pecho, lo miró. Él la besó con ternura en la frente y la estrechó un poco más hacia él con deseo de fundirla en su piel.

—¿Haríais eso por mí?

—Lo haré, aún a riesgo de que me odie y quiera matarme.

Ella se rio por la ocurrencia y se limpió las lágrimas. Erroll era de esas personas que atraían por su don de gentes, dudaba mucho que su abuelo no lo viera tal cual era solo por el hecho de no haber dicho unos votos ante el altar. No quería que Erroll se casara con ella por Ronnie, quería que se lo pidiera por ella misma y por nadie más. Volvió al confort de su pecho y se dejó mimar un poco más. Cerró los ojos y respiró en paz.

—No lo permitiré —susurró convencida.

Erroll sonrió.

—¿Y cómo ibais a impedirlo?

Ella se separó con lentitud y lo miró traviesa.

—¿De veras dudáis de mi destreza? —le preguntó con la ceja alzada y la barbilla altiva.

Él se carcajeó.

—¿Me salvaríais de las viles garras de vuestro abuelo? —preguntó modulando la voz con mofa y como si le estuviese contando un cuento a un

niño.

—Solo con mis dagas, salvaré al príncipe de la torre y entraré en el castillo del malvado dragón —dijo ella con el mismo tono y siguiéndole la corriente.

—¿Vuestro abuelo es un dragón? Ahora entiendo esos ojos felinos y ese carácter del demonio... —le dijo entre carcajadas.

—¡Seréis bellaco! —exclamó ella contagiada por su risa. Le dio con el puño cerrado en el torso y soltó un grito de dolor—: ¡Maldición, qué duro estáis!

Él se mordió el labio un instante para no contestarle qué era lo que tenía en realidad duro solo con tenerla cerca. Catherine se puso como la grana al percatarse de sus palabras y titubeó. Erroll no pensaba dejar pasar cada oportunidad que se le brindase. Quizás aún tuviera que derribar muchas barreras antes de conseguir un sí de su boca, pero por sus ancestros que lo conseguiría. La cogió por la nuca, enredando su pelo en la mano, y la besó. Su contacto fue duro, exigente y necesitado. Ella gimió al enredar sus lenguas y él no se contuvo más. La abrazó por la cintura, ciñéndola a sus caderas, dejándole apreciar la excitación que le provocaba sin pudor alguno.

—Erroll —gimió totalmente subyugada.

El irlandés cerró los ojos sin dejar de devorar la miel de sus labios, de atesorar cada susurro, gemido o suspiro que escapaban de sus labios. Tan ensimismado estaba con su entrega que no escuchó que alguien se acercaba a ellos bufando y que los apartaba con brusquedad.

—¿Pero qué...?

A Erroll no le dio tiempo de preguntar más. Un desconocido le golpeó en el estómago y lo dejó doblado en dos y falto de aire. Catherine intentó parar al hombre pero este la empujó sin miramientos y cayó de bruces. Erroll estuvo a punto de gritarle que no volviese a tocar a su mujer, pero se contuvo. Disimuló para que el otro se confiara y consiguió así parar el segundo envite al capturar el brazo de su oponente y doblarlo contra su espalda. Le siseó cerca de la oreja:

—¿Quién sois?

El atacante forcejeó sin éxito con Erroll y escupió al suelo. Al irlandés le habría gustado devolverle el golpe multiplicado con creces, pero se limitó a sujetarlo. Acababan de llegar a la villa y no quería problemas. Supo que Cat y él se conocían por la forma en que se miraban.

—Es Derian Ackerman —contestó seca—. Mi vecino.

Catherine se puso en pie y se sacudió el faldón. No era la primera vez que Derian se metía por medio entre ella y un chico. La otra vez se lo agradeció con el tiempo, porque el joven en cuestión era un impresentable, pero esta vez no. Esa obsesión suya por alejarla de cualquier joven no era sana y había sido una de las razones por las que se había unido en otro tiempo a la caravana de artistas.

—¿Es vuestro marido? —le preguntó el susodicho con rabia.

A Catherine le hubiese gustado gritarle que a él qué le importaba, pero pronto lo sabría de todos modos, así que se limitó a contestarle en el mismo tono de antes un sencillo «no».

—¿Vuestro prometido? —insistió. Catherine volvió a negar a pesar de la mirada reprobadora del irlandés—. ¿Y os besáis con él como una cualquiera...?

Erroll estalló y le apretó el brazo hasta que Derian se retorció de dolor. No iba a consentirle que le faltara el respeto a su mujer y se lo advirtió:

—Pedid perdón a la señora.

—¿Qué señora?

—¡Seréis cretino! —exclamó iracundo por la osadía de ese imbécil y lo trastabilló con intención de hacerle morder el polvo.

Catherine lo frenó.

—Dejadlo, Erroll. Es un pobre infeliz.

Derian se carcajeó y volvió a escupir al suelo en cuanto se vio libre. Ronnie gimoteó en el cesto y el hombre la fulminó con la mirada.

—¿Le traéis un bastardo al viejo?

Erroll le dio un primer puñetazo en la mandíbula sin esperar a que Catherine le quitara la intención. A ese primero le siguieron otros, pues Derian no parecía amilanarse, muy al contrario, a cada golpe que recibía la injuriaba más. Finalmente, cayó de rodillas y escupió sangre y trozos de diente, aunque se mantenía obcecado en buscar pelea.

—Cuando se canse de vos, vendréis a mí y suplicaréis que os acepte.

Catherine lo cogió del pelo y lo enfrentó. Un hilillo de sangre corría desde su maltrecho labio hasta la barbilla. Se lamió la sangre del labio de forma obscena y volvió a repetir muy bajito:

—Me suplicaréis.

—¡Jamás! —exclamó ella enfadada por primera vez—. Y os diré más,

mi hijo no es ningún bastardo. Vos mismo acabáis de conocer a su padre. Jamás seré vuestra. ¿Lo entendéis? Ni ahora, ni mañana, ni nunca. Tampoco seré vuestra amiga desde hoy. Para mí, Derian Ackerman, habéis muerto.

Los ojos del hombre brillaron iracundos, pero no volvió a abrir la boca. No hizo por levantarse hasta que ellos se fueron.

—Me la pagaréis, puta. Esta vez no habrá nadie que os salve.

Erroll respetó el silencio de Catherine hasta que llegaron a lo alto de la colina. Se había mantenido en la retaguardia. Ella no había mirado atrás en ningún momento buscando su consuelo ni había permitido que la alcanzase. Sus mejillas aún tenían los vestigios de haber llorado y sus ojos resplandecían en un extraño verde grisáceo. Erroll contuvo las ganas de abrazarla, de besar sus pestañas húmedas y apartarle ese mechón de cabello empeñado en escapar de detrás de su oreja. Desmontó de Tizón y amarró las riendas a un árbol cercano. Esperó a que ella diese el siguiente paso anclado junto al caballo y se instó a no intervenir más hasta que no se lo pidiese.

Catherine cogió a Ronnie del cesto y se dirigió a la cabaña. Como ella había sospechado, su abuelo aún estaba en el monte con el rebaño. El hogar no estaba encendido y todo seguía tal cual lo había dejado meses atrás. Al salir, un escalofrío recorrió su piel. La mirada de Erroll la atravesó como un hilo punzante, que se cosía a su corazón y tiraba de ella, que la dejaba desnuda a sus ojos y sin palabras. Se humedeció el labio nerviosa. Sin embargo, Erroll se mantuvo firme y quieto como un soldado a la espera de la orden de su capitán, pero la tensión de su mandíbula lo delataba. Quería que se acercara a él, o una explicación... La que aún no podía darle.

A Catherine le habría gustado sonreírle, pero lo cierto era que aún estaba avergonzada por la escena de celos de Derian y arrebolada por haber participado tan gustosa en ese beso incendiario que le había hecho perder la razón. A esas horas, toda la villa sabría por boca de su vecino que era madre, que tenía un hijo bastardo y que se amancebaba sin pudor alguno por las esquinas. Suspiró. Mejor no dedicarle ni un pensamiento a ese malnacido, en pocos días retomarían el camino a ninguna parte. Bajó la mirada y comentó:

—Necesito ver a mi abuelo...

Él le cogió al niño y asintió. Seguía con las pupilas dilatadas y una fina

capa de sudor le perlaba la piel. La contención lo estaba matando. Ella no quería ser cruel, pero en esos momentos no podía darle más que unos besos robados. No podía. El miedo al rechazo y a quedarse sola era superior a ella. Catherine acarició la pelusilla rubia de la cabeza del pequeño y le depositó un beso en la mollera.

Erroll apretó los labios y la vio alejarse camino al valle. El pequeño llamó su atención y decidió entretenerlo antes de que echara en falta la presencia de su madre. Si se ponía a berrear, dudaba que él no se sumase al unísono.

Catherine hizo el recorrido hacia el valle de memoria, conocedora de cada piedra y arbusto del sendero imaginario que tantas veces había hecho de niña para acompañar a su abuelo. Dejó que los escasos rayos de sol que se colaban entre los árboles le caldearan la piel junto a la constante brisa que silbaba entre los helechos.

Vio al viejo Tom correteando entre las ovejas. Estas lo miraban de reojo y algunas se apartaban un poco a su paso para que las dejase en paz. Agradeció que el perro no la viera y no pudiese prevenir a su abuelo de su presencia. Él estaba donde siempre: en lo alto de una roca y a la sombra de un tilo como si fuera parte del propio paisaje. Parecía cansado, los años no pasaban por su cuerpo, pero se iban quedando grabados en su ajado y triste rostro.

Se acercó en silencio, aunque sin ánimo de asustarlo.

—Abuelo —apenas le salió un hilo de voz.

Tom Berrycloth cerró los ojos un instante. ¿La habría oído?, se preguntó Catherine. Por cómo el anciano exhaló el aire de sus pulmones y bajó sus fatigados hombros: sí, pero no se movió de donde estaba. Solo una lágrima furtiva recorrió su mejilla y ella se arrodilló tras él para abrazarlo con fuerza. Tom suspiró ante su contacto y ambos lloraron en silencio. Tom le acarició la mano que descansaba sobre su pecho. Su palma era seca y curtida por las labores del campo mientras que su dorso era suave y fino como la seda. No eran las manos que ella recordaba y sin embargo eran las mismas que la habían ayudado a levantarse del suelo tantas y tantas veces.

—Catherine...

—Sí, abuelo, soy yo.

Su presencia era real y no el intenso deseo de volver a verla que lo había estado consumiendo día tras día.



—¿Qué ocurre, mi niña? ¿Por qué habéis venido? Y no me digáis que para verme... que seré viejo pero no tonto.

Ella sonrió y se colocó a su lado. Su abuelo le secó las lágrimas con sus pulgares y volvió a cogerle de las manos.

—¿Cómo está el pequeño? ¿Lo habéis traído con vos?

Cat lo miró con sorpresa. Su abuelo siempre había sido un hombre que no se andaba por las ramas.

—¿Desde cuándo lo sabéis?

—Desde que os fuisteis a Londres con tantas prisas —Ella bajó la mirada, pero él le levantó la barbilla para seguirla mirando mientras hablaba —: ¿Niño o niña?

El rostro de Tom Berrycloth no mostraba un atisbo de enfado, más bien impaciencia por saber si sus pesquisas eran ciertas después de tanto tiempo.

—Es un niño.

—¿Y dónde está? —preguntó girándose.

Tom la cogió de la mejilla como cuando era pequeña y ella lo miró confusa.

—¿No estáis...?

—¿Enfadado? ¿Defraudado? —Tom rio ante la mueca de su nieta—. No, estoy ansioso más bien.

¿De veras esperaba que iba a enfadarse?, pensó el anciano. Sí, claro que sí. Se había pasado toda la adolescencia de su nieta advirtiéndola con: «mirad lo que le pasó a vuestra madre...». No había día que no se hubiese arrepentido de no haber confiado en su hija, de no haberle demostrado antes que estaría a su lado siempre. Pasase lo que pasase.

Siendo una niña de doce años, la madre de Catherine se enamoró del hijo del señor de aquellas tierras, Matthew Langton. Su amor era correspondido y el joven le había manifestado su deseo por desposarla, pero ni Tom ni los Langton dieron su consentimiento al enlace. Durante algo más de un año consiguieron que ambos jóvenes no mantuviesen contacto alguno. O eso creyeron. Ella solo tenía catorce años cuando se escapó con él hacia el norte con la clara intención de hacer realidad su sueño: el de casarse y formar una familia. Fueron felices a pesar de que Matthew tuvo que empezar a trabajar de jornalero de sol a sol y ella zurcía la ropa de los soldados ingleses. Incluso habían conseguido dejar atrás un invierno muy duro y de gran escasez. El destino les sonreía. Ella estaba embarazada y esperaban que sus padres

recapacitasen con la llegada del primogénito. Sin embargo, a medida que la primavera terminaba, las ofensivas escocesas se recrudecían en la frontera. La llamada a las armas fue inminente. La pareja nunca pensó que llegaría la noche en la que sacarían a Matthew del lecho y lo enviarían al frente sin más.

La negociación fallida en Bannockburn entre el soberano inglés y el escocés desembocó en una batalla donde el bando escocés resultó ganador y donde las bajas inglesas se contaron por miles. Muchos regresaron a casa, o lo que quedaba de ellos. Pero Matthew no regresó. No tuvo noticias de él durante meses. Ella esperó a dar a luz y volvió a Sutton: enferma.

Tom recordó con nostalgia cómo su bella hija fue languideciendo con el paso del tiempo y sin recuperación posible. Las pocas sonrisas que conseguían aliviar su alma eran provocadas por la pequeña Catherine, que era el vivo reflejo de su padre salvo por los ojos, tan parecidos a los de ella. El anciano suspiró al darse cuenta de que su nieta se había ido por miedo a no sentirse comprendida o a que él le diese la espalda. El destino le había vuelto a pagar con la misma moneda, pero esta vez él conseguiría enmendar su terrible error. Esta vez le demostraría que él era feliz si ella lo era y que juntos superarían cualquier adversidad.

Se interesó por el pequeño.

—¿Con quién está mi bisnieto? ¿Con Eda?

—No, está con su padre —dijo Catherine con cierto sonrojo.

Tom se quedó perplejo y necesitó ayuda para levantarse. ¿A qué venía tanto misterio entonces? Conocía muy bien a su nieta, lo había dicho sin pensar. La intriga lo estaba matando y él ya no estaba para muchos trotes.

—¿Lo ha reclamado?

—Algo así.

El anciano levantó una ceja.

—Pero no hay ningún anillo en vuestro dedo —comenzó a decir.

—No estamos casados ni comprometidos.

—¿Que me aspen si lo entiendo! —rio a carcajadas mientras se rascaba la coronilla.

Catherine estaba desconcertada con la actitud de su abuelo. Había esperado que se mostrara iracundo o que le exigiera que se casara inmediatamente con el que fuera. La palabra deshonor familiar la había atormentado muchas veces desde que salieran de Londres.

—Es... complejo.

—¡Y tanto! Pero no lo hagamos esperar. Bien sabe Dios que un hombre no puede estar a solas con un niño pequeño mucho tiempo.

Catherine cogió a su abuelo por el antebrazo y dejaron al viejo Tom guardando el rebaño en el chiquero. Cuando iban llegando a la cabaña, escucharon al pequeño Ronnie llorar.

—¿Veis? ¡Lo que yo os decía!

Sin embargo, Ronnie lloraba de impaciencia mientras su padre mitigaba su hambre con unas gotitas de agua y vino especiado.

—¡Por fin llegáis, Catherine! —exclamó Erroll sin percatarse de la compañía.

La gata cogió en brazos a Ronnie, contento al reconocer a su madre y a pesar del hambre, y puso los ojos en blanco al comprobar que su hijo olía como si acabara de pasar la noche entera en una taberna. Erroll siempre la sorprendía, pues a falta de leche, se las había ingeniado para darle un sustituto y calmar así su sed. De hecho, muchas mujeres le daban a sus retoños vino especiado rebajado en agua de forma habitual, pero a ella no le gustaba ese proceder, pues adormilaba a los niños en exceso. Se excusó y fue al interior de la cabaña para dar de mamar al pequeño. Los hombres la esperaron fuera. Erroll fue el primero que habló, nervioso por el escrutinio del anciano.

—Mi nombre es Erroll y...

—Sois el padre de mi bisnieto, lo sé.

Tom Berrycloth había esperado encontrarse con un hombre muy diferente. De hecho, el joven le había causado muy buena impresión y le había gustado verlo tan desenvuelto con el pequeño, pero se mantendría en su papel de abuelo-padre protector hasta conocerlo mejor. Erroll era muy distinto a los que componían la caravana de artistas, donde el único que en realidad le había parecido cabal era Stace. Quizás por eso había esperado que el padre de su bisnieto fuera un imberbe del estilo de Jacob o un cabeza hueca como Larkin. Agradeció al cielo haberse equivocado y que su nieta tuviese mejor gusto.

—Tengo intenciones honorables con su nieta.

—¡A buenas horas! —rió el anciano.

Erroll se rascó la barba de varios días. Le estaba resultando muy difícil entablar conversación con el anciano. Se lo tenía merecido, después de todo. Tampoco sabía qué le había contado ella sobre él, en el caso de que hubiese dicho algo. Se sintió estúpido.

—Sí, tenéis toda la razón... a buenas horas —admitió con pesadumbre

y se giró sobre sus talones para desensillar los caballos.

Tom torció el gesto. Quizás había sido demasiado brusco y decidió darle una oportunidad.

—Y según vos, ¿cuáles son esas intenciones?

Erroll terminó de bajar la montura y se secó el sudor de la sien con la manga.

—Es mi deseo casarme con Catherine y darle mi apellido a Ronnie.

«Ronnie», repitió el anciano para sus adentros, «Mi bisnieto se llama Ronnie».

—¿Y qué o quién os lo impide? —le preguntó Tom.

—Ella.

—Entiendo —comentó, aunque no comprendía nada en realidad—. Catherine es un poco terca cuando decide algo, pero a su favor os diré que tiene un gran corazón.

—Lo sé —comentó acercándose al anciano y pasándole el pellejo de vino.

Ambos se sentaron bajo el árbol mientras esperaban que la mencionada saliera con el niño.

—¿Y qué haréis? —le preguntó el anciano intrigado.

—Es complejo.

Eso mismo le había dicho ella bajo el tilo.

—Soy todo oídos.

Erroll se sinceró con el anciano y le contó desde el instante en que la conoció hasta lo cobarde que había sido cuando la dejó marchar. Omitió cualquier detalle íntimo que pudiera escandalizarle, y aunque un niño no se concebía así como así, no creyó necesario relatarle esa parte. Y Tom lo agradeció.

El anciano fue endureciendo las líneas del rostro cuando supo que su nieta había tenido que matar a tres hombres. Sabía que era muy diestra con el manejo de las dagas. ¿Cómo si no habría podido subsistir en una caravana de artistas tanto tiempo sin ser la amante de ninguno? Se fiaba de las palabras de Stace y de Erroll, del que no tenía duda alguna que era el padre del pequeño por cómo miraba a su nieta y a su bisnieto. Se estremeció al pensar qué pasaría si alguien la relacionaba con esos crímenes, pues no habría juez que tuviese compasión con ella.

—Lord Pulteney ha mandado buscarla —comentó Erroll como si

acabara de adivinarle el pensamiento al anciano pastor—. Cree que puede tener algo que ver en la muerte de su hijo.

—Queréis decir... —Le dio miedo hasta decirlo en voz alta, pero el joven se adelantó.

—Que la protegeré con mi propia vida si es necesario, señor.

Tom asintió quedo. Tenía muchas preguntas que hacerle, pues nada sabía de él en realidad. Dedujo que era ducho en el manejo de las armas por las finas cicatrices que pudo ver en sus fornidos antebrazos; que era instruido y del norte por su forma de hablar. No le importaba. Había visto en la mirada del joven y en sus gestos cuánto amaba a Catherine y al pequeño. Con eso bastaba. Erroll le había hablado con el corazón y sabía que no podría dejarla en mejores manos. Solo quedaba que su nieta pensara lo mismo para quedarse en paz.

El anciano se levantó al ver que Catherine salía con su bisnieto y se acercó a conocerlo. Estaba abrumado. Luchó porque las lágrimas no aparecieran, pero no las pudo evitar cuando el pequeño le agarró el dedo con la manita.

—Ronnie, os presento a vuestro bisabuelo.

Él, que nunca le había gustado cumplir años, agradeció haber llegado a viejo para ver al niño de sus ojos.



## Capítulo 20

### SE AVECINA TORMENTA

*Sutton, Inglaterra, finales de julio de 1336.*

Al atardecer del día siguiente, Hamo y Eda llegaron cogidos de la mano y con una amplia sonrisa. Erroll los vio acercarse por la vereda desde lo alto del tejado y avisó a Catherine de su llegada. Terminó de colocar la paja de centeno para evitar que hubiese goteras y se bajó de un salto limpio. Catherine dejó de tender la colada para recibirlos. Estaba nerviosa, aunque se tranquilizó un poco al ver que sus amigos sonreían. La impaciencia por tener noticias de la capital hizo que no esperaran a hablar dentro de la cabaña ni que se saludasen.

—¿Se sabe algo nuevo?

Hamo asintió.

—El cartel con vuestro dibujo solo estuvo expuesto durante un día y fue el mismo Lord Pulteney quien lo retiró.

—¿Sabéis por qué? —preguntó Erroll intrigado.

—Sí.

—Contádselo, Hamo —le incitó su mujer.

—Sir Richard de Stone llegó cubierto de sangre a la plaza del mercado. Iba montado a caballo y arrastrando a un hombre. Ambos venían en

tan mal estado que la gente se apartaba de su camino. Yo estaba con Joe en su casa cuando escuchamos la algarabía y nos acercamos para saber qué pasaba. Cuando preguntamos, nos dijeron quién era el jinete, pero nadie pudo asegurarnos quién era el otro. Aunque no era un pobretón, vestía y calzaba bien.

Erroll comenzó a dar cortos paseos de un lado a otro, mientras se frotaba la barba de escasos días. La sola mención de su antiguo carcelero le descomponía las entrañas. El corazón de Catherine comenzó a latir muy rápido con la mera mención de aquel detalle. Hamo continuó.

—De Stone parecía enajenado y solo pedía a gritos que mandasen a llamar a Lord Pulteney, que tenía algo importante que entregarle.

—¿Y qué pasó después? —preguntó nerviosa Catherine.

—Todos esperamos a que llegara Milord. Fue entonces cuando De Stone cogió a ese maltrecho hombre por la cabellera y lo arrastró hasta ponerlo a los pies del recién llegado. El susodicho confesó algo que no le gustó a Milord. Fue su sentencia...

—¿Queréis decir que...? —preguntó Catherine abriendo mucho los ojos.

—Sí, eso exactamente —La interrumpió Hamo—. Después Milord cogió vuestro dibujo, lo rompió y mandó que se deshicieran del resto. Sir Richard y él se fueron juntos. Lord Pulteney parecía estar muy agradecido con él.

—No tiene sentido. ¿Averiguasteis quién era ese hombre? —preguntó Erroll confuso y sin dar crédito.

—Más o menos. Por lo visto trabajaba a las órdenes del difunto.

Catherine contuvo el aliento ante la respuesta de su amigo y se guió de su intuición. ¿Se trataría del esbirro de aquel malnacido?

—Pero Dunstana nos dijo... —comenzó a decir Erroll.

—¿Cómo eran sus zapatos? ¿Tenían hebillas? ¿Parecían ser de un señor? —lo interrumpió nerviosa.

—Ahora que lo decís —recordó Hamo—, las hebillas de sus zapatos brillaban como la plata bruñida. ¿Es importante?

—Puede ser... —murmuró ella.

—Como os venía diciendo, Milord parecía conocer a ese hombre y le pidió una explicación. Le exigió saber quién era la mujer del dibujo y si era mentira todo lo que le había dicho con anterioridad. Discutieron. Sir Richard

no intervino en esa confrontación pero, antes de que el hombre confesara el crimen, Joe me dijo que se había fijado en que este había mirado al Alguacil de soslayo y el otro había asentido como si buscara su aprobación. Tras esto, Lord Pulteney le rompió el cuello al hombre sin dilación.

—¿Por qué confesaría tal cosa? —se preguntó Erroll en voz alta—. Ese hombre no mató a Lord Pet.

—Quizás para acabar con su sufrimiento —comentó Eda sin más.

Los tres la miraron y asintieron.

—Tiene sentido. Sir Richard de Stone no deja cabos sueltos. Ha cargado el muerto a otro. El único que podría dar alguna pista certera de lo que pasó aquel día en la mansión. El que puso en sobre aviso a Lord Pulteney sobre la existencia de Catherine... Le aplaudiría su astucia de ser otro —puntualizó Erroll.

—¿Se ha acabado entonces? ¿Nadie me busca?

—No, *mo piseag*. Ese hombre confesó el crimen y Milord vengó la muerte de su hijo delante de la muchedumbre.

—Sin embargo, debéis tener cuidado de todos modos —comentó Eda—. Fueron muchos los que vieron ese dibujo y, aunque no os parecéis mucho, la recompensa era alta. Podrían acusaros de ser su cómplice.

—Cierto. Nunca está de más ser precavidos —le agradeció Erroll.

—Entonces, ¿debería decirle a mi abuelo que han dejado de buscarme?

—Dejad que mañana pregunte si han dado el caso por cerrado y así nos cercioramos antes de comentárselo —dijo Hamo.

—Sí, creo que será lo mejor —asintió la joven.

Hamo retorció los dedos y miró a su mujer. No buscaba su aprobación, quizás el aliento para decirle una última cosa a Catherine antes de marcharse.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, que lo conocía bien para que se le pasase por alto.

—Derian ha ido contando que Erroll es viudo y un primo lejano vuestro a la que ha pedido ayuda con el bebé. Creo que debíais saberlo y advertir a Tom.

Catherine asintió pensativa. ¿Por qué Derian habría hecho eso? ¿Sobre todo después de la discusión que habían tenido nada más llegar a la villa? Erroll se abstuvo de comentar nada. Sabía muy bien lo que pretendía ese malnacido y se juró a sí mismo que no se acercaría a su mujer mientras él estuviese vivo.



Se despidieron con un afectuoso abrazo. Las mujeres quedaron en verse al día siguiente para organizar los preparativos de la fiesta. Siempre venían muchas personas de fuera con motivo del *Lugh-nassad*. De hecho, la recogida de la cosecha era una de las celebraciones más queridas por los lugareños porque siempre les acompañaba el buen tiempo y las noches seguían siendo lo suficientemente largas y cálidas como para pernoctar al raso.

Todos los habitantes de Sutton y alrededores ponían en común sus viandas en el ágape previo al baile que se organizaba en el valle. Incluso el clero estaba presente en la primera parte de la celebración, a pesar de las raíces paganas de la misma, y aprovechaba la congregación para sermonear a los presentes, advirtiéndoles de la bacanal en la que derivaba la fiesta y de los peligros que suponía para el alma sucumbir a la tentación de la carne.

Catherine aún no había pensado qué llevar, aunque casi seguro que serían quesos, como todos los años anteriores. Hamo y Eda ponían un pequeño puesto improvisado en la carreta y vendían desde pienso para el ganado hasta tartas de frutos rojos. Había mucho que hacer. La joven estaba exultante, no dejaba de hablar sobre lo hermosa que era esa fiesta ni de sonreír. A Erroll le gustaba verla así: despreocupada y con una sonrisa radiante bailándole en la mirada. No obstante, se sentía fuera de lugar.

Se alejó de ella sin mediar palabra, se sacó la camisa por la cabeza y comenzó a cortar madera con tal de distraerse. Acabó tan exhausto que ni siquiera cenó. Se echó sobre un montón de paja y se durmió, sin importarle estar al raso. Catherine se acercó de madrugada para echarle una manta por encima. Erroll hablaba en sueños, pero apenas conseguía escuchar lo que decía. La curiosidad le pudo y se arrodilló junto a él.

—Catherine...

Ella dio un paso atrás, pero un diestro giro, se vio atrapada entre sus brazos. Erroll tenía los ojos entreabiertos, pero parecía dormido. ¿Cómo era posible?

—No os escaparéis de mí. Sois mi fantasía, lo único que tengo.

Cat exhaló el aire de los pulmones e intentó desasirse sin éxito a la vez que le susurraba:

—Pero, ¡Santo Cielo! ¿Qué estáis diciendo?

—Sois mía, *mo piseag*. No me dejéis solo esta noche.

—Estáis loco, Erroll. Yo no...

—¡Qué bien sabéis! —exclamó mientras recorría a besos el camino desde su clavícula hasta la oreja—. Y tan deliciosa al paladar y tan entregada a mis caricias que...

—No prosigáis, os lo ruego.

—¿Por qué?

—Porque siento cómo vuestras palabras se enredan en mis entrañas y acarician mi piel.

—Decidme que no os soy aún indiferente.

—¿Acaso no os lo he demostrado ya con creces? —se atrevió a decirle ahora que no estaba despierto.

Él suspiró, enterrando su rostro entre sus senos, sin soltar su presa. Cat tragó saliva con dificultad, encendida como una tea... ¿Sería egoísta por su parte alimentar las fantasías de un hombre? ¿Del que ella tanto deseaba, con el que también soñaba de noche y por el que suspiraba de día?

Poco a poco fue quedándose dormido y Catherine aprovechó para regresar a la cabaña. Su abuelo acababa de despertarse y le quitó una brizna de paja del pelo sin hacer ningún comentario al respecto. Después salió al exterior y escuchó cómo le invitaba a irse con él a la pradera con la excusa de conocerlo mejor. Al anciano no se le había pasado por alto el rictus serio del irlandés y sospechaba que sería más fácil sonsacarle la verdad si ambos se encontraban lejos de su nieta. Erroll lo acompañó sin dudarle y ayudó en las labores del campo como uno más: cavar zanjas, quitar malas hierbas y recolectar las hortalizas maduras del huerto. También aprendió con diligencia a ordeñar el ganado.

Tom admiró su buena disposición y conversación, aunque le inquietaba la actitud distante de Catherine con él. No tenía ninguna duda de lo mucho que su nieta amaba al irlandés, pues cuando el joven estaba distraído, su mirada soñadora contradecía sus palabras y sus acciones. Sin embargo, parecía que hubiese forjado una barrera tan invisible como férrea cuando él se le acercaba o la hacía partícipe de algo. Temió que esa actitud terminara por desalentarlo, porque era un buen hombre después de todo. Y, aunque aún pensase que un matrimonio con Derian, entre iguales, sería más conveniente para todos, verla feliz era lo que más le importaba.

Cuando solo faltó un día para la celebración del *Lugh-nassad*, Catherine le pidió a Erroll que se quedase con ella y con el pequeño. No añadió nada más y el joven alzó una ceja, confuso. Tom sonrió ladino,

chasqueó la lengua y le dio una palmada en el hombro.

—No se puede contrariar a una mujer que tira las dagas como mi nieta —comentó jocoso.

A ambos les dio por reír mientras Catherine ponía los ojos en blanco y miraba al cielo implorando paciencia. Se despidieron de ambos, del anciano y del perro. Erroll esperó a que le dijera cualquier cosa, pero ante el mutismo de Catherine, aprovechó el tiempo cortando leña, cepillando al caballo y recogiendo las hortalizas maduras del huerto.

Eda llegó con un gran cesto a media mañana con una sonrisilla nerviosa en los labios.

—¿Se lo habéis dicho?

Catherine negó y buscaron con la mirada a Erroll. Este se incorporó y se sacudió la tierra de las manos.

—¿Decirme qué?

Ambas mujeres se quedaron sin habla al ver que no llevaba camisa y su formidable torso relucía dorado bajo una pátina de fino sudor. Las mejillas de Catherine se encendieron como ascuas y Eda suspiró un: ¡Madre de Dios! bajito, pero que las hizo sonreír como chiquillas.

—Que necesitamos probaros un par de prendas. Vais a formar parte de la función.

Erroll se puso en jarras y Catherine dio un paso atrás. Pudo ver la satisfacción en su rostro masculino, sabedor de lo que provocaba. Quizás no había sido tan buena idea que sustituyese al juglar después de todo. ¿Por qué tenía que haber abierto su boca la noche anterior y haber dicho que conocía a alguien que podría salvar la fiesta? El comediante podría haberse recuperado de las fiebres y haber dejado de visitar el excusado cada dos por tres... Pero no, ella había alabado el don de la oratoria de Erroll y aún podía escuchar los dientes de Derian rechinando a pesar de que se había sentado bien lejos de ella.

Después de la intervención de Catherine, todos los lugareños habían apoyado que fuera el pariente lejano de Catherine y no otro quien ocupase el lugar del bardo. Tenían curiosidad por conocerlo, aunque algunos afirmaban con rotundidad recordarlo de cuando era pequeño. ¿Cómo podía ser, por Dios Bendito? Entre unos y otros le habían inventado una vida de trágicas desventuras. ¡Si ellos supieran! Catherine y Eda intercambiaron una significativa mirada de reproche con Derian por haberse inventado esa patraña

y por obligarlas a seguirle el juego si no querían dar explicaciones.

Erroll se acercó a ellas con paso seguro y las sacó de su ensoñación. ¿Hacía mucho calor o eso les parecía?, pensaron ambas al unísono. Eda se abanicaba con la mano y Catherine sintió que le faltaba el aire. Estaba tan apuesto que le resultaba imposible dejar de mirarlo. Cada día le resultaba más difícil salvaguardar las distancias entre ellos. Se mostraba tosca, incluso hostil, con tal de que él no se percatara de su flaqueza.

—¿De bardo? —preguntó Erroll al ver el color azul de la camisa.

Eda se sonrojó. Era una mujer casada y no debía impresionarle ver un torso masculino desnudo, pero un cuerpo como aquel no era algo que viera todos los días. Catherine se apresuró a contestarle al ver que su amiga era incapaz de reaccionar.

—Sí, pero solo si os apetece. El comediante se ha indispuerto y... bueno, yo pensé en vos y en vuestras dotes... —se interrumpió alarmada ante la expresión traviesa de Erroll y sintió cómo su cuerpo se encendía como una tea sin remedio.

La desarmó el brillo lascivo de sus ojos. Su mirada era penetrante y juguetona. ¡Maldito fuera! Se estaba divirtiendo de lo lindo a su costa. Las mejillas le ardían.

—Mis dotes... —repitió Erroll paladeando cada sílaba y mortificándola un poquito.

—Sí —Fue capaz de articular de forma inteligible mientras el caos se desataba en su interior y un remolino de sensaciones devastaba su fuero interno, aunque consiguió aclarar a tiempo—: vuestras dotes oratorias.

Él se humedeció los labios y siguió mirándola de esa forma en la que desaparecía el mundo alrededor. Ambos suspiraron y compartieron una sonrisa tímida. La tensión sexual se respiraba en el ambiente. Erroll comenzó a sentirse demasiado expuesto y no tenía prenda alguna con la que disimular su creciente estado de ánimo. Estaba feliz. Ella aún le correspondía, por mucho que intentara demostrarle lo contrario. Desvió su atención a la prenda, con la clara intención de calmarse, pero evitó cogerla. Estaba sudado y no quería mancharla.

—¿Y qué he de hacer?

—Probáosla —contestó Eda, que había recuperado por fin el habla.

—¿Solo eso? —rio él.

—Para empezar —intervino Catherine contagiada por su risa—.

Mañana por la noche tendríais que amenizar la velada con una de vuestras historias.

—¿Alguna en especial? —le preguntó meloso, cada vez más cerca de ella, como un depredador que acecha a su presa.

Eda no se perdía detalle. Había conseguido recuperar el resuello y estaba disfrutando del coqueteo de la parejita. A ella le encantaban las historias de amor con final feliz y la vida no se prodigaba con ellas en demasía. Estaba cada vez más convencida de que Erroll era el hombre que su amiga necesitaba y estuvo tentada de sentarse para presenciar mejor la escena, incluso de aplaudir cuando Catherine le contestó:

—Sorprendedme.

Erroll se colocó a escasos dedos de la gata. Le gustaba que lo desafiara abiertamente y que coqueteara con él, hasta que luchara consigo misma por olvidarlo, pues sabía que sería inútil. Él lo había intentado y cuanto más grande era el empeño, más enamorado se encontraba de ella. Le gustó ver cómo su piel cremosa reaccionaba sonrojándose de nuevo ante su cercanía, cómo sus pupilas se dilataban y cómo se le erizaba el suave vello de los brazos. Tragó saliva, extasiado por cada curva de su cuerpo felino.

—No lo dudéis, *mo baintighearna* —apenas le susurró antes de dirigirse al pilón y echarse un cubo de agua por encima. Sería una mañana muy larga...

Hamo vino por la tarde y confirmó que todo Londres hablaba de la muerte de Lord Pet a manos de uno de sus guardias personales, pero que ya nadie comentaba nada sobre la misteriosa mujer. Conversaron distendidos. La ropa de bardo ya estaba lista para el día siguiente y Hamo bromeaba sobre si sabía dónde se iba a meter.

El viejo Tom se acercó corriendo y moviendo el rabo. Les olfateó los pies. Parecía contento por la visita. Ellos siguieron hablando y saludaron al anciano cuando llegó poco rato después.

—El tiempo es demasiado cálido para los músculos de este viejo —comentó a los presentes.

—En invierno decís lo mismo del frío, Tom.

—Sí, Eda. Pero en invierno son los huesos los que crujen como hojas secas. ¿A qué se debe la visita? Parecéis contentos. ¿Me he perdido algo?

Catherine se adelantó a darle la nueva.

—El hombre que me había delatado ha muerto, abuelo.

—¿Ya no os siguen? —preguntó el anciano incrédulo.

—Aún es pronto para saberlo y cualquier precaución es poca — interrumpió Erroll.

—¡Oh, vamos! ¡No seáis agorero! —rio Catherine, que no podía evitar que la sonrisa iluminara su faz.

Erroll calló. Dudaba que Lord Pulteney se conformara con haberle arrebatado la vida a ese pobre desgraciado. Tenía un extraño sinsabor en la boca del estómago. Se sentía feliz por Catherine, por supuesto. Pero le costaba admitir que fuera gracias a la farsa orquestada por Sir Richard de Stone que ella estuviera libre de sospechas y Lord Pet siguiera en boca de todos.

Estaban entretenidos con la charla, cuando el viejo Tom aguzó las orejas, empinó el rabo y gruñó. El anciano intentó calmarlo, pero el perro seguía con la vista fija en un punto muy concreto de los árboles. De repente, salió corriendo y no hubo manera de que volviera por mucho que lo llamaron.

—Habrà sido una liebre —murmuró Hamo, aunque nunca había visto al perro tan nervioso, ni siquiera con la presencia de lobos.

—O algún extraño —conjeturó Erroll, que seguía prestando atención en aquel punto particular por si podía ver algo más.

—Si fuese así, muchacho, no venía con buenas intenciones o se habría dejado ver.

—Me estáis asustando, Tom —dijo Eda tras un escalofrío.

Catherine pasó su brazo por encima del hombro de su amiga para reconfortarla. También ella presentía que algo acechaba ahí fuera y sintió la imperiosa necesidad de entrar en la cabaña para estar junto a Ronnie.

—La noche ha refrescado, ¿por qué no seguimos charlando dentro? — le preguntó Catherine.

—Sí, me apetece tener entre mis brazos a ese pequeño bribón.

Los hombres se quedaron fuera. Ya no se escuchaba al viejo Tom. El anciano estaba inquieto.

—¿Voy a buscarle?

—No, hijo. Os perderíais. Hamo me acompañará.

Erroll fue a discrepar pero el anciano fue tajante al respecto.

—Nos quedamos más tranquilos si vos los guardáis.

Hamo asintió. Erroll podía ver la preocupación pintada en su rostro. ¿Le estarían ocultando algo? Se despidieron y el joven montó guardia frente a la puerta de la cabaña tras haber inspeccionado en los alrededores más

cercanos. Las mujeres conversaban a media voz y a veces reían. Él siguió atento a cualquier movimiento de los alrededores y recibió a Eda con la daga en alto. La mujer se estremeció.

—Lo siento —susurró apenas.

—No importa, hombre. ¿Hamo y Tom dónde están?

—Han salido.

Eda torció el gesto y terminó de secarse las manos en el delantal.

—¿Hace mucho? —insistió.

Erroll afirmó quedo. Catherine preguntó desde el interior de la cabaña:

—¿Qué ocurre, Eda? ¿Por qué no entran? La cena se enfría.

Erroll se adelantó a contestarle.

—Vuestro abuelo y Hamo fueron en busca del viejo Tom. Temen que le haya pasado algo.

Catherine salió al umbral con el pequeño Ronnie agazapado sobre su pecho. Tenía restos de harina en la nariz y en la barbilla. Estaba tan hermosa que Erroll contuvo el aliento y desvió la mirada. ¡Era tan grande el impulso de besarla! Sin embargo, fue ella quien se acercó a él y le cogió la mano que no asía la daga. Erroll sintió que el corazón se le aceleraba con la caricia, pero siguió en sus trece y apretó los labios.

—Decidme, Erroll.

Su voz cálida y suave era la única capaz de abstraerlo del mundo. No obstante, sintió el peligro acechando entre las sombras de la noche.

—Nos observan.

Ella se ruborizó y apartó la mano. Antes no le habría importado que ni Eda ni nadie los viera juntos. Sintió frío y se abrazó a sí misma. Eda cogió al pequeño y entró en la cabaña sin hacer ningún comentario. Erroll agradeció que la mujer se fuera al ver la reacción de Cat, dejó a un lado la contención que se había impuesto para darle el espacio y el tiempo que creía que ella demandaba e intentó explicárselo mejor.

—No es por vos —susurró cerca de su oreja.

Cat se mordió el labio al sentir la calidez de su aliento recorrerle del lóbulo a la zona expuesta del pecho. Su olor a almizcle, madera y sal la embriagaba. Se apartó lo justo para que sus ojos se encontraran al fin, para cerciorarse de que ambos luchaban y sentían ese mismo deseo.

Erroll pensó que había sido imprudente dejarse llevar así. El latigazo en la entrepierna y su falta de aliento así lo corroboraron. Soltó el aliento y se

alejó tan solo un paso. Un abismo. Un mundo. Se sintió perdido sin su cercanía.

—Presiento que alguien nos está observando, mas la penumbra es grande y el que sea sabe bien cómo esconderse. Os ruego que entréis dentro. Los tres. Aquí no estáis a salvo.

—¿Y qué pasa con vos? —insistió Catherine, que se resistía a dejarlo solo.

—¿Conmigo?

Erroll se distrajo de su labor de guardián. La voz de Catherine denotaba preocupación y fue feliz cuando la escuchó decirle:

—¿Quién os protegerá?

Él sonrió burlón. Había salido indemne de batallas y de las manos de un carcelero sanguinario como Sir Richard de Stone. La sensación ominosa de que alguien los acechaba no era un peligro real a tener en cuenta. O quizás sí, pero, ¡relámpagos! Saborearía ese instante como si fuese ambrosía.

—¿Os preocupáis por mi bienestar? —le preguntó con una voz oscura y atrayente, tan cerca que podía sentir los latidos del corazón de ella en su propio pecho.

Catherine se sintió presa e intentó desasirse del embrujo que le suscitaba. Había momentos en los que no tenía ninguna duda de que no era una simple atracción lo que sentía por ese hombre. Era admiración, deseo, un querer que hacía temblar los cimientos de su vida entera... Era amor. A sí misma podía admitírselo, aunque al segundo lo negase mil veces.

—Es lo normal... Sois el padre mi hijo.

Le habría gustado que sonase menos vehemente, pero su contacto conseguía aturdirla.

—Repetidlo —suplicó él.

—¿El qué? —balbució la gata.

Le costaba horrores no dejarse llevar por el instinto, abrazar su cuello y ensortijar sus rizos mientras lo besaba con ese ansia creciente que la devoraba. Catherine no había estado ni pensado en otro hombre que no fuera él desde que lo conoció y a veces su cuerpo se rebelaba a lo que su razón le dictaba. «Porque el corazón no tiene medida por mucho que se le amordace o aconseje», le había dicho tantas veces su madre en vida. Y era verdad.

—Eso último. Repetidlo, por favor.

Erroll cerró los ojos para deleitarse con sus palabras. Eran su soplo de



aire fresco, la puerta abierta a sus anhelos más profundos.

—Sois el padre de Ronnie.

Catherine lo dijo con más aplomo, segura de que las sombras de la noche ocultarían su rubor. Él estaba tan cerca... apenas la tocaba y aún así, su cuerpo ardía en deseo por acariciarlo. Él se giró, pendiente un instante de la oscuridad de la noche. La luna llena bañó su rostro masculino e hizo que brillaran sus ojos como un mar nocturno y estrellado. Catherine deseó perderse en su boca y tan fuerte fue su anhelo que entreabrió sus propios labios. La conexión entre ellos seguía siendo devastadora e irreprimible.

Erroll volvió a mirarla, convenciéndose a sí mismo de no haber escuchado ese leve crujir de hojas tras aquellos árboles. Puso la mano derecha en su cintura y dejó que los dedos jugaran con los pliegues del vestido. Estaba hermosa. Tanto o más que siempre, pensó mientras le quitaba los restos de harina de la mejilla con la yema del dedo índice y se lo llevaba a la boca, provocador. Se miraron y, a pesar de la penumbra y de la falta de palabras, supieron que ambos querían y sentían lo mismo. Justo cuando iban a besarse, el silbido de una flecha rasgó el silencio nocturno. Apenas le dio tiempo de reaccionar a Erroll, salvo cubrirla con su cuerpo.

—¿Qué ha pasado?

—Nos atacan —alcanzó a decir antes de obligarla a que entrara en la cabaña.

Erroll cerró la puerta tras de sí, colocando un madero atravesado para que a Catherine no se le ocurriese salir a ayudarlo. El hombro le dolía como si le hubiesen clavado alfileres y una gran mancha negra había echado a perder su mejor camisa. Blasfemó mientras se ponía a cubierto tras un enorme tonel que servía para recoger el agua de lluvia y regar el pequeño huerto. Sopesó la situación. En la oscuridad no podía saber si los hostigadores eran uno o varios, pero no le cupo duda de que conocían el terreno como la palma de su mano por lo bien que habían sabido ocultarse. Tendría que esperar.

—Erroll, por Dios, abrid la puerta.

La voz de Catherine era temblorosa y parecía enfadada por no dejarla salir.

—No salgáis bajo ningún concepto y alejaos de los ventanucos. Decídselo a Eda y protegédlos —le susurró mientras colocaba su pequeño arsenal a mano en caso de que los asaltasen.

—¿Era una flecha, Erroll? —insistió Catherine.

Ella no había podido verlo ni sabía que estaba herido, gracias a Dios. Suspiró y apretó los dientes. Pero su silencio solo hizo acrecentar el desasosiego de ambas mujeres. Oyó que Eda rezaba.

—Tranquilizaos, amor mío, no os libraréis de mí con tanta facilidad — comentó fingiendo una templanza que no tenía.

Nunca antes había temido tanto un ataque como en aquella ocasión. La que consideraba su mujer, su hijo y la amiga de esta dependían por entero de él, de su habilidad o de la falta de esta por el lado contrario. Se tanteó la herida. No parecía muy grave, aunque si seguía perdiendo sangre se debilitaría.

—¿Estáis herido? —Silencio—. Contestadme u os juro que... — amenazó ella intentando abrir la puerta.

Él rechinó los dientes.

—No es nada, Cat.

—Estáis herido —sollozó sin preguntarle esta vez.

Otra flecha rasgó el aire y se clavó cerca del dintel de la puerta. El madero crujió. Catherine sofocó un grito y le rogó de nuevo que entrara. Parecía desesperada. Eda intentaba tranquilizarla sin éxito y Ronnie rompió a llorar. Erroll estuvo tentado a ceder a su sugerencia, entrar en la cabaña y atemperar su estado de ánimo, pero siguió oculto tras el tonel. Su vida no corría peligro, o no al menos uno inminente. Sin embargo, no podía cometer otro error. Mantendría alejado a quien quiera que fuese de ellos.

Se tanteó la herida y resopló. Su mejor camisa echada a perder y la sangre no dejaba de empaparle hasta la cinturilla del calzón. Se asomó con cuidado y una nueva flecha le advirtió que ese individuo seguía allí. Estaba preparado para repeler cualquier ataque, pero no para quedarse aguardando hasta agotar su paciencia.

La espera y la pérdida de sangre comenzó a cobrarse su precio. Erroll se frotó la cara con las manos en un intento inútil de espabilarse y sintió un pinchazo agudo en el hombro al moverlo. No había ningún ruido dentro de la cabaña y había perdido la noción del tiempo que llevaba agazapado allí. ¿Cuánto había pasado? ¿Minutos, horas...?

Alguien se acercaba con paso decidido. Se incorporó en silencio. La oscuridad de la noche lo envolvió como una sombra. Esperó a que el ruido de pisadas estuviese prácticamente encima para salir de su escondrijo y atacarle.

Tom tragó saliva y no se movió. Nunca antes en su larga vida había

sentido la hoja afilada de una daga tan cerca de rebanarle el cuello. El anciano controló lo que pudo los esfínteres por orgullo, pues no le era grato irse al más allá con aquella muestra de cobardía entre las piernas. Se giró con lentitud y resopló al darse cuenta de quién lo amenazaba.

—Erroll, hijo, soy Tom —acertó a decir con voz temblorosa.

La hoja acerada dejó de presionar su garganta y Tom respiró una bocanada de aire. Iba a excusarse por la tardanza cuando percibió que la mano del joven se quedaba laxa sobre su hombro. No le dio tiempo a sostenerlo.

—¿Qué tenéis ¿Qué ha pasado? —El silencio lo inquietó. Le tanteó el cuerpo y al descubrir la flecha soltó una imprecación.—. ¡Hamo! Dejad al perro y acercaos con el candil. ¡Por todos los Santos, venid pronto!

—¿Abuelo?

Tom miró a su alrededor contrariado. Su nieta comenzó a golpear la puerta y le rogó que la abriera, pero el anciano fue incapaz de moverse. Temblaba. Hamo llegó jadeante y alumbró la escena. Las manos y la ropa de Tom estaban manchadas de sangre. El hombre dio un respingo al escuchar a las mujeres aporreando la puerta.

—¿Pero qué...? —Hamo no supo ni qué preguntar primero.

—Están dentro —lo interrumpió el anciano—. Abridles, por favor, y acercad de nuevo la luz.

Nada más desatancar la puerta, Eda se echó en los brazos de su marido, aprisionando al pequeño Ronnie entre ellos. Decía frases inconexas y lloraba mientras Hamo la besaba con ternura para tranquilizarla. En cambio, Catherine cayó en tromba a los pies de su abuelo, que sostenía a Erroll en brazos.

—¿Está vivo? Traed la luz —dijo mientras le arrebatava el candil a Hamo de las manos.

Catherine no esperó a que su abuelo tartamudeara un débil «sí».

—Gracias a Dios —suspiró al comprobar que tenía aliento.

Después le rompió la camisa y comprobó la gravedad de la herida. La punta de flecha había salido limpia. La sangre manaba profusa por ambos orificios y si no se daban prisa, se desangraría. Tocó el plumaje distraída y arrugó el ceño un instante. ¿Por qué le resultaba familiar?

—Hamo, ayudadnos a llevarlo adentro.

El hombre la miró alarmado.

—¿Qué pensáis hacer?

—Lo que sea con tal de salvarlo. Hay que quitarle la flecha cuanto antes y sellarle la herida. Está perdiendo mucha sangre.

—¿Lo habéis hecho alguna vez? —preguntó su abuelo sorprendido.

—He visto hacerlo...

—¿Y con verlo es suficiente?

Eda se persignó con una mano, mientras con la otra seguía sujetando al niño.

—Tendrá que serlo —apenas murmuró Catherine.

Su abuelo asintió sin querer preocuparla más.

—Vamos, Hamo —organizó el anciano tomando el control de la situación—. Ayudadme a meterlo dentro. Cogedle por el brazo izquierdo, Catherine. Y vos, Eda, avivad el fuego para lo que podamos necesitar.

Todos asintieron y entraron en la cabaña. Eda dejó al pequeño en su canasto y se dispuso a avivar las brasas. El resto decidió sentar a Erroll en la única silla con respaldo que había en la estancia. El mimbre crujió con el peso del guerrero.

—¿Y ahora qué? —preguntó Hamo nervioso.

—Hay que sujetarlo mientras yo corto el astil de la flecha. Sentaos en ese taburete de madera y aprovechemos que no está consciente.

—¿Y si se despierta?

Hamo no se había visto nunca en una situación semejante. Solo ver la sangre lo mareaba, pero tragó saliva y se comportó como todos esperaban de él: como un hombre. Le debía la vida a Catherine. Ni Eda ni él estarían en el mundo de los vivos si ella no hubiese intervenido enfrentándose a aquellos asaltantes. Así que respiró hondo, evitó mirar la herida y apretó los dientes. Catherine puso una mano en su hombro para tranquilizarlo.

—Si despierta tenéis dos opciones —comentó resuelta—: o lo agarráis con todas vuestras fuerzas o lo dejáis sin sentido de nuevo, como veáis mejor.

El buen hombre tembló. Hamo era grande, pero no fornido. Dudaba que consiguiese abarcar el torso y los brazos de Erroll, mucho menos inmovilizarlo. Por lo que, si el guerrero se despertaba, optaría por la segunda opción sin lugar a dudas.

—¿Listos?

Todos asintieron. Incluso Ronnie calló su llantina ante el silencio del resto. Catherine cogió la daga de su abuelo y cortó la pluma de la flecha, agarró con fuerza la punta y tiró. Erroll abrió los ojos de repente y se

estremeció. Se deshizo con una habilidad pasmosa del abrazo de Hamo e intentó ponerse en pie, pero las piernas le flaqueaban y tuvo que sentarse de nuevo.

—¿Qué...?

—Os han herido, amor mío —le susurró Catherine muy cerca del oído, mientras taponaba la herida con un paño limpio.

Erroll pensó que el cielo no estaba tan mal después de todo. Su fragancia femenina lo envolvió en una nebulosa de ensoñación. Catherine apremió a Eda y murmuró un: «Sujetadle» a Hamo, pero este no se movió, seguía con las plumas de la flecha entre los dedos, pensativo. Catherine resopló, imploró al cielo y le dio un golpe en la nuca a Erroll con la empuñadura de hueso de la daga de su abuelo. Si al quitarle el astil se había despertado e incluso levantado, ¿qué no haría al sellarle la herida con el hierro candente?

—No va a ser necesario —murmuró Hamo.

Catherine levantó una ceja confusa. ¿A qué se refería? Eda había encendido un par de velas de sebo y cocinaba algo al fuego. Hamo olió el astil y se lo pasó a Tom. Este asintió de nuevo.

—¿Creéis que...?

—No podemos correr ese riesgo —dijo Eda—. Huele a ponzoña y no habrá cura posible si sellamos la herida. Limpiadla con esta infusión mientras busco algo con que coserlo.

Tom y Hamo sujetaron el cuerpo laxo de Erroll en la silla. Ambos apretaban las mandíbulas y contuvieron las ganas de expresar en voz alta sus sospechas. Todos habían reconocido el plumaje y todos se negaban a creer que esa persona pudiese hacer algo así. Tenía que haber una explicación y la obtendrían en cuanto Erroll se recuperase.

Catherine limpió la herida con mimo, aunque la sangre seguía brotando como un río manso y cálido por ambos orificios. La gata tenía las mejillas húmedas y las manos le temblaban. El miedo a perder a Erroll se le anudó al estómago hasta el punto de sentir que le faltaba el aire y las manos le temblaban. Eda la hizo a un lado y se sentó en el taburete.

—Esto nos llevará algún tiempo, Cat. ¿Por qué no aprovecháis para dar de mamar al pequeño?

Su voz era segura y firme.

Cat asintió en silencio, se dirigió al canasto donde la aguardaba el

bebé y lo cogió en brazos, necesitada de su contacto. Dio la espalda a la escena. Las lágrimas volvieron a sus ojos, pero se las enjugó enfadada consigo misma. Se pondrá bien, se repitió.

Eda hizo una labor magnífica y Catherine volvió a limpiar la herida antes de aplicarle el unguento. Entre todos consiguieron acostar a Erroll en el catre y resoplaron exhaustos.

—Debemos irnos —dijo Hamo, limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—¿Es seguro? —le preguntó Catherine—. ¿No es mejor esperar a que amanezca?

—Tenéis que descansar y nosotros aclarar esto.

Se despidieron con un abrazo y Catherine atrancó la puerta.

—¿Qué han querido decir?

—Sospechamos de alguien, abuelo.

—Derian no se atrevería a algo así.

Catherine apretó los dientes. Ella no había dicho de quién desconfiaban, pero no quiso discutir con su abuelo. El anciano no admitiría la implicación de Derian en el ataque con facilidad. Siempre lo había cuidado y defendido como a un hijo y le constaba que, en otro tiempo, había alentado las pretensiones de Derian por ella.

El pastor fue en busca del viejo Tom, que aullaba y ladraba lastimero. Hamo le había vendado la cabeza y la pata delantera izquierda antes de irse. El incidente de haberlo encontrado moribundo en el bosque había sido eclipsado ante la herida de flecha de Erroll. Suspiró. Su ajado corazón se negaba a creer que Derian pudiese ser el causante de semejante atrocidad, aunque su mente lo tuviese claro. Acarició al perro hasta que dejó de gimotear y se enroscó a su lado. Ambos se quedaron montando guardia junto a la puerta.

El anciano se quedó dormido sentado y echado sobre la pared. Su respiración era pausada y profunda. Catherine sacó una manta y se la echó sobre los hombros. Temía que se enfriara y sus huesos lo resintieran al día siguiente.

Erroll habló entre sueños y volvió al interior de la cabaña. Se sentó junto al catre para velar su sueño, con la cabeza apoyada en la mano abierta de él. Verlo en ese estado la desasosegaba. Tenía fiebre y la musculatura tensa. Su contacto avivó la inquietud de Erroll y comenzó a murmurar palabras en gaélico que ella reconocía, apodos cariñosos que evocaban algunos de los

momentos de pasión compartidos, incluso su nombre. Hecho que la hizo sonreír de forma inevitable. En su delirio, no nombró a Kelsey ni una sola vez. Catherine le enjugó el sudor de la frente con un paño húmedo y él abrió un instante los ojos, sin reconocerla. Le aprisionó la mano, pero ella no intentó zafarse.

—Me robó el corazón —murmuró Erroll.

Catherine tragó saliva, temerosa y a la vez necesitada de saber.

—¿Quién? —acertó a preguntarle.

—*Mo piseag*. ¿La habéis visto?

Catherine asintió.

—Ya no me quiere —sollozó febril.

Ella le cogió la mano y le besó los nudillos, dando voz a lo que era incapaz de decirle a los ojos.

—Nunca podría dejar de hacerlo.

Él cerró los ojos y suspiró. No volvió a despertarse durante el resto de la noche. Ronnie volvió a requerirla al amanecer. Su abuelo ya no estaba y Erroll tenía el sueño inquieto. Cat se quedó dormida con él en brazos. Unos golpes en la puerta la sobresaltaron, y, por la luz que entraba, debía ser cerca del mediodía. Colocó al bebé sobre el fornido pecho de su padre. Se levantó, bostezó y abrió la puerta.

—¿Cómo os atrevéis? —alcanzó a decir con expresión descompuesta.



## Capítulo 21

### LA RECONQUISTA

*Sutton, Inglaterra, último día de julio 1336.*

Catherine cerró la puerta tras de sí con cuidado. Sentía la rigidez de los músculos por la falta de descanso y los nervios a flor de piel. Le habría gustado golpear el rostro presuntuoso de Derian nada más haberlo visto, pero ¿de qué habría servido?

—¿Qué hacéis vos aquí? —repitió con un tono más beligerante.

No quiso pensar en la reacción de Erroll si se despertaba y lo encontraba allí. Lo cogió por el antebrazo de malos modos y lo alejó del hogar.

—¿Qué ocurre? ¿Está vuestro príncipe indispuerto? —inquirió con sorna, dejándose llevar por ella.

Catherine no se lo pensó, sacó una daga oculta de su corpiño y la colocó en el cuello de Derian. Su ceño fruncido le dejó claro que no aguantaría ni una tontería más. No tenía pruebas de que él fuese el causante del ataque, pero pocas veces su intuición le fallaba en algo así.

—Bien sabéis que está herido —siseó furibunda.

Un hilillo de sangre corrió por la garganta del hombre y la línea de su mandíbula se endureció. La noticia de que estaba malherido no le había



sorprendido, solo disgustado. ¡Maldito bastardo! ¿Se había vuelto loco? ¿Con qué derecho...? Las rodillas le flaquearon a Cat de solo pensar que podría haber matado a Erroll y paladeó la rabia convertida en hiel. Ella también podría acabar con Derian allí mismo, de hecho, pero no lo hizo. El hombre le habló con inquina a pesar de saber que su vida pendía de un hilo.

—Pero no muerto —sentenció.

—¿Debemos agradecerémoslo? ¿Es lo que sugerís? —lo enfrentó Catherine.

Derian tuvo la decencia o la cobardía de callarse.

—Largaos antes de que me arrepienta —le dijo Catherine tras empujarlo a un lado—. No quiero volver a veros cerca de aquí.

—Os arrepentiréis, tenedlo por seguro.

Catherine apretó los labios ante la amenaza y volvió a empuñar la daga. Dio un paso hacia él y Derian retrocedió, se tocó el cuello y se manchó los dedos con su propia sangre. La miró con animadversión y echó a correr. Cuando lo tuvo lejos de su vista, Catherine cayó de rodillas y sollozó.

Una mano sobre su hombro la sacó del aturdimiento. No sabía a ciencia cierta cuánto tiempo había estado así, pero las rodillas las tenía entumecidas y el alma ligera, como si llorar hubiese aligerado una pesada carga sobre sus hombros. Reconoció al instante la mano que la sujetaba con firmeza y se estremeció, siendo consciente de cada terminación nerviosa de su cuerpo.

La presencia del irlandés siempre le provocaba una mezcla de ansiedad y desasosiego, un querer y no querer constante que la dejaba exhausta. Se enjugó el rostro con el dorso de la mano e intentó incorporarse sin apenas mirarlo. Erroll la sujetó por el antebrazo para evitar que cayera o para tener la excusa perfecta para estrecharla contra sí. Su torso era tan firme y cálido como lo recordaba en sueños. Ninguno de los dos dijo nada. Sus respiraciones entrecortadas se mezclaron con los redobles de sus alterados y respectivos corazones.

Catherine sintió la penetrante mirada de él atravesarla e incendiarle la piel. Cerró los ojos e inhaló su inconfundible aroma. Los recuerdos pugnaron por romper hasta la última de sus impuestas corazas. Se dio el lujo de mirarlo y perderse en las serenas aguas azules de sus ojos, mares profundos llenos de promesas y aventuras, porque así era Erroll, una amalgama perfecta de sensatez y locura, capaz de desarmarla por completo.

—¿Estáis bien?

Catherine sonrió trémula. ¿No era ella la que debería preguntarle eso? Se humedeció los labios y capturó la mirada de él con el movimiento. El mar se volvió tormenta revelando un deseo contenido y compartido.

—No me miréis así, *mo piseag*. Yo...

—¿Qué? —preguntó sin quererse morder la lengua.

La gata sentía el cuerpo pesado, blando y débil en sus brazos, sensible a cualquier estímulo apenas imperceptible. Él se acercó hacia su boca, sin dejar de mirarla, hasta trabar la vista. Después acarició sus labios con los suyos, con una lentitud desconcertante, enredando su cálido aliento. Nunca antes la había sometido a una tortura tan exquisita. Erroll era vehemente, impulsivo y depredador, pero esta faceta de él la situaba al borde de la locura. La sangre le bullía como lava hirviente y hasta la raíz del pelo clamaba su atención. Catherine gimió ante la suave caricia y agarró con fuerza los poderosos brazos de él, arrastrándolos mimosa hasta rodear su cuello. Erroll se tensó.

—¿Os he hecho daño? —preguntó con temor de haberle rozado la herida.

Él la acercó más a cierta parte de su cuerpo como respuesta. Catherine entrecerró los ojos y no se intimidó, muy al contrario, dejó que solo las ropas se interpusieran entre ellos. Erroll gruñó ante la fricción. La habría tomado allí mismo, junto a la casa, en medio del bosque y como un salvaje. La deseaba tanto que la maldita herida del hombro era lo que menos le dolía. Ambos ahogaron un gemido en la garganta cuando escucharon al pequeño lloriquear en el interior de la cabaña.

Erroll dejó de abrazarla con todo su pesar y exhaló el aire en un bufido. Catherine se tambaleó, como si el punto de apoyo del irlandés fuese necesario para mantenerla en pie. Se frotó los brazos para quitarse la sensación de hormigueo que recorría su piel, pero solo acució la necesidad que tenía de sus besos y caricias. Él la observaba como una estatua de sal, solo la pasión que se leía en sus dilatadas pupilas le revelaba a la gata que no había sido un sueño, que Erroll la había besado con una ternura tal que le había robado no solo el corazón, sino el alma.

¡Maldita fuera! ¿Acaso no había tenido suficiente con haberlo visto partir una vez? Él pronto se cansaría de esa vida tan distinta a la suya. Era un hombre de acción y de inquietudes más allá de comerciar con pienso o cuidar

un rebaño de sol a sol. Volvería a Escocia, lucharía en el frente y jamás volvería a verlo. El labio inferior le tembló y los ojos se le humedecieron un instante. Encaminó sus pasos hacia la cabaña para consolar a su hijo, o para que el pequeño la consolase más bien. Ronnie era lo único que tendría de él para siempre y que nadie podría arrebatarse.

La mano de Erroll cogió la de ella al vuelo antes de que alcanzara la puerta y la hizo girar sobre sí. No le dio tiempo a protestar siquiera. El joven atrapó su boca con desesperación. Mientras su mano izquierda se anclaba en la cintura para retenerla y no mover el hombro en exceso, la derecha voló en sentido ascendente acariciando el contorno femenino hasta perderse en los cabellos de la gata. Catherine gimió cuando él atrapó su nuca y forzó un beso más profundo, más hambriento. La terminó estrechando contra la pared, sin dejar de repetir entre jadeos su nombre.

El contorno de su cuerpo acerado encajaba a la perfección en ella. Catherine añoraba su peso, su desnudez, la diablura que hacía que sus ojos brillaran traviosos. Lo deseó con desesperación, con la misma que él la anhelaba a ella. ¡Era tan fácil leer su alma en esos momentos!

—*Mo piseag...* —susurró excitado a la vez que le levantaba el bajo del faldón.

El frescor de la mañana se enroscó en las piernas de Catherine y la joven suspiró ante la estimulante caricia de los encallecidos dedos masculinos en sus corvas. Ambos jadeaban entre beso y beso, nublados por la innegable pasión que sentían el uno por el otro. El cuerpo de Catherine demandaba atención mientras que sus contradictorios pensamientos pugnaban entre sí. Los latidos de su corazón se mezclaban con los de Erroll, emulando la batida frenética de las alas de un colibrí en pleno cortejo. La mano de él tomó sin reparo sus redondeadas nalgas y los muslos de Catherine se tensaron.

—Erroll, el niño... —alcanzó a ronronear.

Aunque Catherine no deseaba que ese delicioso calor cesara, tampoco quería que su primer encuentro después de tanto tiempo fuera así, con prisas, y menos contra la pared de la cabaña de su abuelo. Sujetó la mano masculina con fuerza, sintiendo cómo se grababa en ella a fuego. La sostuvo un instante antes de entrelazar los dedos y separarla. La piel le ardía húmeda y apenas sentía el aire entrar en su pecho. Los dos se quedaron quietos sin dejar de mirarse, de desearse, mucho menos de prometerse el mundo, aun con los labios sellados. Se obligó a coger una bocanada de aire y cerrar los ojos o

terminaría mareándose.

Erroll no dejó de observar la reacción de Catherine, reprimió su deseo desbordante de hacerla suya y apretó los labios. Separarse de su abrazo fue duro y lo vivió con una lentitud agonizante, como si tenerla apretada contra sí mismo fuese el bálsamo para sus heridas.

Nunca la había sentido tan entregada desde que habían vuelto a reencontrarse. Era como si no hubiese pasado el tiempo, como si el destino le hubiese dado la oportunidad de repetir aquel fatídico día en el que había renegado de la felicidad, temeroso de volver a romperse. Le acarició la mejilla y sus pupilas titilaron. Catherine temió que se derrumbara.

—Erroll, cariño... —le dijo tomando su rostro entre sus manos y sin responder a la demanda de su boca.

Él se separó lo justo para mirarla a los ojos. La burbuja de ensueño en la que se había sumido desde que la viera arrodillada y llorosa en el suelo se rompió. Vio su incertidumbre y también su anhelo, la ansiedad con la que se agarraba al cuello de su camisa, el palpitar del pulso desbocado en su cuello y el rubor que la hacía parecer una sabrosa manzana madura. Paciencia, le imploró una voz en su interior. Apretó la mandíbula y dio un paso atrás, en un leve intento de recuperar la compostura.

—Lo siento, Catherine, no era mi intención asustaros.

La gata lo vio alejarse dirección al pilón. Se llevó la mano a la boca y contuvo una sonrisa entre sus dedos. Le parecía un sueño tenerlo allí, en la humilde casa donde había crecido, tan fuera de lugar de su propio entorno. Cogió al pequeño con premura y alivió su congoja en el acto al darle el pecho. Se mordisqueó el labio ante la ávida succión y miró al bebé con enojo fingido.

—Bribonzuelo... —le susurró, aunque terminó el reproche esbozando una graciosa mueca.

Ronnie la miró con los ojos muy abiertos y le concedió una sonrisa ladeada sin soltar el pezón. Ella lo apretó con fuerza contra sí y le dio un beso en el hueco del regordete cuello. El bebé gorjeó un instante hasta que otro ruido llamó su atención y miró de reojo para averiguar su procedencia. Catherine imitó el gesto y se quedó aturdida. Había visto a Erroll desnudo en numerosas ocasiones. Nunca las suficientes, si era sincera consigo misma. Tampoco tenía por qué sorprenderse de su soberbia apostura, ¿pero quién podía dejar de admirar ese cuerpo de pecado?

Tuvo que pellizcarse el brazo para cerciorarse de que no estaba

soñando, que sus besos eran tan reales como esa imagen tórrida de la que estaba siendo espectadora de excepción. Las gotas lamían su torso y ella siguió el recorrido hasta la cinturilla del calzón que, húmedo, parecía una segunda piel. La joven sintió cómo un intenso rubor teñía sus mejillas, cómo la garganta se le quedaba seca, los dedos de los pies encogidos y nacía un cosquilleo latente en el vértice de sus piernas. Tragó saliva y se obligó a mirar a Ronnie. Su hijo no fue distracción suficiente y volvió a admirarlo. Sus ojos se perdieron en cada movimiento masculino con embeleso. Erroll pasó por su lado y le guiñó un ojo.

—Cubríos, *mo baintighearna*, no soy de piedra.

La sonrisa traviesa del irlandés le dejó claro que sus pensamientos impuros se le reflejaban en el rostro y Catherine aún se sonrojó más, como si pudiese. De un tirón recolocó la prenda y Ronnie protestó.

—Aguardad unos minutos... —le chistó.

Pero el pequeño pataleó inquieto para reclamar la atención de su madre y ella tuvo que buscar refugio bajo un fresno de hoja estrecha que se encontraba a pocos pasos del redil. Apoyó la espalda en la pared y jadeó, de buena gana le habría pasado al vástago y lo hubiese emulado tirándose de cabeza al pilón. Las rodillas no la sostenían, sentía sus extremidades pesadas como si hubiese recorrido un largo trecho y no perdió detalle de lo que sucedía en el interior de la cabaña a través de la puerta abierta. El pequeño gorjeó al percibir que su madre volvía a descubrirse el pecho y tomó su juguete con anhelo.

—¿A quién ibais a salir si no? —preguntó risueña y en voz alta sin esperar respuesta por su parte.

—Pronto renegáis del pobre padre...

Catherine dio un respingo, pues no había escuchado llegar a Eda. Su amiga estaba a su lado con una cesta bajo el brazo y con la mirada prendida en Erroll. El joven se acercó a ambas con un platillo y su deslumbrante sonrisa.

—No esperábamos visita —murmuró sin querer parecer descortés—. Ahora mismo preparo otro tentempié mientras Ronnie termina. ¿Os quedaréis a comer?

Eda miró a Catherine en busca de alguna respuesta, pero esta atendía al pequeño con el ceño ligeramente fruncido y las mejillas arrojadas. Asintió algo desconcertada por la actitud de su amiga ante Erroll y por la situación en sí. Sostuvo el platillo sin quitarle el ojo de encima a las fresas con crema y

miel.

—Podéis coméroslo —le apremió Erroll con desenfado y sin esperar a que respondiera, regresó a la cabaña.

Cuando Eda supo que el joven no podría oírlas, preguntó:

—¿Qué ocurre aquí? ¿Vosotros...?

Catherine suspiró mientras negaba con la cabeza.

—¡Pues no será por falta de ganas! Se ve a leguas que lo tenéis encandilado —dijo mientras mojaba una de las fresas en crema.

La gata se mordisqueó el labio inferior, pero siguió en sus treces de no decir nada.

—¡Contadme, por Dios, me tenéis en ascuas! —exclamó Eda que, aunque no era dada a los chismorreos, estaba impaciente por saber detalles.

Catherine rio.

—¿Qué os cuento?

—¿A qué se debe ese sonrojo?

Catherine puso los ojos en blanco y se humedeció los labios antes de manifestar solemne:

—Hace unos minutos lo habríais visto sin camisa y os confieso que aún no me canso de verlo —Omitió que la había besado, aunque la sonrisa tonta en los labios y los ojos llenos de estrellas la delataran.

Eda suspiró. Nunca había visto a Catherine tan feliz y ya le tocaba después de todas las penurias que le había tocado por vivir desde la muerte de su madre. Cada día le gustaba más Erroll y nada tenía que ver su espectacular apariencia física, su ingenio o su inteligencia. Lo que más le gustaba del irlandés era cómo miraba a su amiga, como si no hubiese otra mujer en el mundo, con una mezcla de adoración, deseo y ternura. Se llevó otra fresa a la boca.

—Si ha estado pavoneándose como Dios lo trajo al mundo no preguntaré cómo se encuentra de la herida. Me asombra el poder de curación de algunos hombres. Mi Hamo estaría en puertas de la muerte por mucho menos —bromeó sentándose a un lado. Al sonreír mostró los dientes rosados por la pulpa de la fruta—. ¿Y por qué me habré entretenido buscando algunas cintas y peinas para vuestro pelo pudiendo haber venido antes?

Ambas rieron. Catherine volvió a cubrirse, flexionó las piernas y colocó a Ronnie en el faldón de cara a ella. Erroll no tardó en llegar y se acuclilló a su lado con otro platillo de frutas en la mano.

—¿De qué os reís? —preguntó intrigado mientras se atusaba un rizo rebelde que le caía sobre los ojos.

La camisa la tenía entre abierta, el cabello húmedo...

—¡Madre de Dios! ¿Por qué he tenido que perdérmelo?

Catherine le dio un codazo por haberle dado voz al pensamiento y ambas rompieron en carcajadas.

—¿Perderos el qué?

Erroll alzó una ceja y paseó su penetrante mirada por los rostros femeninos en busca de alguna respuesta, pero nada obtuvo.

—Ronnie, *[Is ó mhnáib do-gabar rath nó amhrath](#)*.

—¿Qué le habéis dicho al niño?

—¿En resumidas cuentas? —Ambas asintieron embobadas por haberlo escuchado hablar en gaélico. Era un deje primitivo, gutural y atrayente. Él tocó la punta de la nariz del pequeño, que lo miraba con suma atención—: Que no podrá vivir sin ellas aunque se ríen de uno.

—Ay, perdón, perdón... —solicitó Eda con las lágrimas saltadas—. No era nuestra intención reírnos de vos. No sé qué nos ha pasado y...

—Era broma, Eda —la interrumpió—. La vida a veces da pocas alegrías y hay que aprovecharlas todas al máximo.

La mujer asintió un poco abochornada por lo que el joven pudiera pensar de ella y se sentó un poco más retirada para terminar de comerse las viandas o para encontrar sosiego. Lo que fuera con tal de calmar su pulso. Las imágenes de ese maravilloso torso al descubierto la atormentaban desde la noche anterior cuando tuvo que coserle la herida. Se abanicó con la mano y se instó a recordar lo maravilloso que era su marido, en casi todos los aspectos.

Erroll aprovechó el hueco para sentarse al lado de Catherine y le puso una fruta enmelada en la boca. La gata se dejó hacer, arrobada. Entre ambos volvía a haber una complicidad y tensión tan palpable que el mundo desaparecía a su alrededor.

—Delicioso. ¿La crema la habéis hecho vos?

Erroll asintió antes de pasearle otra por los labios, de dulcificarlos con alevosía dejándolos brillantes y dulces como la misma fruta. No le importó que Eda estuviese cerca. Al fin y al cabo, él le estaba dando la espalda y estaba muy decidido a reconquistar a su mujer. De hecho, haría cualquier cosa con tal de ganársela. Para empezar, le robó un beso que le supo

a ambrosía y se deleitó arrebañando hasta la última gota dulce de la comisura femenina. Catherine había cerrado los ojos a su contacto y contenía el aliento.

—Ojalá pudiera guardar este instante en mi memoria para siempre.

Catherine tragó el trocito de fruta y entreabrió los labios. Todo su cuerpo ansiaba más. Toda su mente rogaba más. Sintió cómo la risa de él se desvanecía y, tras batir sus largas pestañas, abrió los ojos. La luz cenicienta del día la deslumbró tanto como su mirada, de un azul casi irreal, pareciera que le hubiese robado el color al cielo y lo guardase todo para él. Deseó lamerle una gotita de miel olvidada en sus labios, pero el chasquido de una rama los alertó de que no estaban solos.

Su abuelo venía por el sendero acompañado de Derian Ackerman. Su rostro enjuto y ajado por los años se mostraba serio. Parecían estar discutiendo por primera vez en su vida. Eda intercambió con su amiga una elocuente mirada, masculló algo y se puso en pie, sacudiéndose las faldas. Catherine no terminaba de reaccionar y parpadeó confusa, como si se tratase de un espejismo. No podía creerse que, después de lo que se habían dicho desde que regresara, siguiera insistiendo. ¿Acaso había perdido el poco juicio que tenía en la sesera? Ella solo tendría que confirmarle a Erroll su sospecha de que Derian era quien lo había herido y sería hombre muerto. Pero su vecino la conocía bien, sabía que no lo delataría sin pruebas, que le gustaba resolver sus cuitas por sí misma y sin la ayuda de ningún hombre.

Derian se despidió de ellos con una jovial sonrisa en los labios y siguió camino al pueblo. Sus ademanes eran distendidos y seguros, como si hubiese ganado una crucial batalla. Tom no se acercó, pero hizo un gesto a Cat de que se acercara. Eda se cruzó de brazos malhumorada.

—Nunca he visto a vuestro abuelo abandonar su quehacer antes del ocaso.

Erroll se mantuvo en silencio, expectante, y ayudó a Catherine a levantarse con el niño cuando ella se lo pidió.

—¿Podéis...?

—Claro —afirmó él apenas sin voz mientras entrelazaba los dedos con ella un instante y cogía a Ronnie con el brazo sano. El gesto la reconfortó.

Eda volvió a sentarse junto a Erroll y compartieron mutismo. Ronnie no tardó en quedarse dormido, acompañándolos en su sentir. Mientras tanto, Catherine entró en la cabaña. Aunque su abuelo probaba el guiso puesto en la lumbre y le daba la espalda, no se anduvo con rodeos.



—Me ha dicho que vino esta mañana y que le acusasteis del ataque de anoche. ¿Es cierto?

—Sí.

—Decidme que ocurre, Catherine. Seré viejo, pero no tonto. ¿Por qué sospecháis de Derian? ¿Por qué lo hacen Hamo y Eda?

Ella se negó a responder en un primer momento.

—Un pastor no solo sabe de cabras y de ovejas, observa el cielo y sabe lo que se le avecina.

—¿Qué queréis decir, abuelo?

—Que es difícil dejar sin aliento a un lobo.

Ella lo miró confusa.

—Acaba de pedir vuestra mano en matrimonio y si no os decidís de una vez por el guerrero, yo mismo os arrastraré al altar y os casaréis con Derian.

—No puedo casarme con ninguno —le dijo entre lágrimas.

Su abuelo tomó asiento y se frotó el rostro con ahínco. Estaba muy cansado, no había más que verlo.

—Decidme por qué, Cat.

Ella se arrodilló y puso la cabeza sobre sus rodillas, como hacía cuando era pequeña y le abrió su corazón como jamás había hecho antes. El anciano suspiraba y a veces mascullaba retahílas ininteligibles sin dejar de acariciarle el pelo. Ambos derramaron más de una lágrima, pero la voluntad del anciano era firme.

—Se matarán entre ellos si no os decidís pronto. ¿Acaso no lo veis? No cejarán en luchar por vos.

Catherine se puso en pie y en tres pasos cruzó el hogar. Estaba cansada de las continuas intromisiones de Derian en su vida. Desde el día en el que su abuelo le pidió que cuidase de ella, había sido como una piedrecita en el zapato: pertinaz y molesta. No la había dejado jugar con otros niños, bien porque los amenazaba o bien porque se enzarzaba en peleas sin ton ni son. Los demás dejaron de ir a buscarla porque siempre estaba él y ella dejó de salir por lo mismo.

—¿Qué hay que decidir, abuelo? ¡Yo no amo a Derian! —exclamó con desesperación.

—¿Aunque sea vuestra mejor opción? Es el único que me ha pedido vuestra mano. El único que ha asumido el error de otro.

—Pero...

Catherine lo miró con suma tristeza y dio un hipido. El duro reproche la atravesó de parte a parte. Ronnie no era un error. Era el regalo más hermoso que le había podido dar la vida y era fruto del amor. Le habría gustado rebatírsele a su abuelo, pero nada de lo que le dijera le haría cambiar de opinión. Para el anciano, el honor y la decencia eran indispensables. Era lo que definía a un hombre y una mujer de bien.

—Él mismo me ha confesado lo que os ha dicho preso de los celos — siguió el anciano—. Está arrepentido. Bien sabéis que en el fondo tiene buen corazón y que querrá a ese niño como suyo. Por otra parte, entiendo que Erroll os nuble el juicio. Es sagaz, valiente y buen hombre. No lo dudo, no me malinterpretéis. Además, parece de buena cuna y, según Hamo, tiene tierras en el norte. Él no las nombró y sus razones tendrá para no hacerlo.

Catherine esperó paciente a que empezaran a surgir los peros que inclinaban la balanza de su abuelo a favor de uno u otro.

—Si os soy sincero, no me hace gracia alguna quedar emparentado con un bárbaro, pero su interés por vos y por el niño parece innegable —Silencio—. No obstante, hay algo que se escapa a mi entendimiento por más que lo intento.

—¿Y es?

—¿Qué le impide desposaros de querer hacerlo?

—Una promesa.

El viejo frunció el ceño.

—¿Está comprometido con otra? ¿Es eso?

—No —se apresuró a negar ella—. Él es libre de hacer lo que quiera, abuelo.

—¿Entonces?

—Yo le pedí a Erroll que no os pidiera mi mano como condición.

Tom la miró intrigado y apretó los labios. ¡Que lo asparan si alguna vez entendía a las mujeres! ¿Qué ella le había pedido qué? ¿Y con qué derecho? Estuvo tentado a ponerla sobre sus rodillas y darle una buena azotaina, a ver si espabilaba de una vez por todas. Se sorprendió a sí mismo preguntándole:

—¿Condición a qué?

—A plantearme un futuro juntos.

«Increíble», pensó el anciano furibundo. Contó todos los números que

se sabía, incluso algunos los repitió sin lograr serenarse. El rostro ajado fue tornando a púrpura y una desconocida sensación de ahogo le oprimió el pecho.

—¿Por qué hicisteis tamaña estupidez? —estalló en cólera—. ¡Tiene una obligación como padre!

—¡Mas no como esposo! —le rebatió ella con total convicción—. Y por más que os pese, abuelo, yo no quiero a nadie a mi lado por cumplir con su deber, quiero que me ame por quien soy y no porque concebimos un hijo juntos.

—Amor... ¿Ese amor que llevó a vuestra madre a la tumba es el que deseáis?

Ella asintió, aunque no quería el final que tuvieron sus padres, por supuesto. El anciano se apoyó en el respaldo de la silla para levantarse. Sus arrugadas manos temblaban y era incapaz de mirarla. «Amor», masculló con resignación. No quería que se repitiese la historia con su nieta. Estaría más tranquilo si tuviese una vida apacible y sin sobresaltos; un compañero honrado que la cuidase y que no llevase en su sangre la sed de aventuras que ella misma llevaba en sus venas. Pobre iluso, eso era lo que quería él, pero no Catherine. Si algo había aprendido en todos los años de su existencia era a no interferir entre dos personas que se quieren. Apesadumbrado, le advirtió:

—Ese amor ya lo tenéis, niña. No luchéis más contra el destino. Esta noche me quedaré con Ronnie durante la fiesta y por vuestro bien espero que sepa corresponderos como merecéis.

—¿Nos daréis la bendición, abuelo?

Él la miró a los ojos y se acercó lentamente.

—¿La necesitáis?

El anciano la besó en la frente y abandonó la cabaña sin decir nada. Se despidió de Eda y Erroll con un leve movimiento de cabeza y estos esperaron a que saliera Cat.

La noche era oscura y a la vez clara por el resplandor de las hogueras. Olía a humo y a tierra mojada; a estofados, dulces y brezo. Erroll la esperó con impaciencia y sus desordenadas ondas así lo pregonaban a los cuatro vientos. Catherine no había dicho ni una palabra sobre la conversación mantenida con su abuelo y ninguno de ellos quiso interrumpir el hilo de sus pensamientos.

Eda le había curado la herida, aplicado unguento y colocado las vendas. Algún día le preguntaría qué llevaba ese fétido mejunje de resultados milagrosos. A pesar de que mover el brazo izquierdo se le antojaba harto doloroso aún, era obvio que estaba mucho mejor de lo hubiese esperado. Tras el almuerzo, volvió a la pradera y respetó el silencio del anciano, que no le quitaba la vista de encima, como si de otra oveja más se tratara.

Los nervios en el estómago le atormentaron durante toda la tarde y el malestar general se lo achacó a la herida, aunque bien sabía él que de eso no se trataba. Dejó que el anciano fuera unos pasos por delante y admiró el paisaje con la vaga sensación de que no lo volvería a ver. Acarició la cabeza del viejo Tom con cuidado y este le gimoteó dolorido y moviendo el rabo. Se sintió observado y se estremeció, pero a su alrededor no había más que bosque, maleza y camino. Cuando llegaron a la cabaña, Erroll prefirió quedarse fuera. Se acicaló con esmero en el abrevadero y esperó paciente que los Berrycloth salieran para unirse al *Lugh-nassad*.

El aire se le antojaba denso y sus músculos respondían con inusitada rigidez. Él mismo se había vuelto a curar y vendar la herida antes de colocarse la túnica azul. Era la primera vez que actuaría como un bardo, aunque muchas eran las historias en su haber y con las que había deleitado al gentío. Estaba enfadado y un tanto nervioso. No por la actuación, ni mucho menos, sino porque sería la primera vez que sería presentado en Sutton en calidad de primo lejano viudo. Se obligó a no pensar más en ello y a no apretar los puños. Pasó de nuevo las manos por el cabello aún húmedo y resopló. Tizón pifó a su lado y sonrió.

—Sois el único que me entiende —le dijo al caballo mientras le acariciaba el pelaje gris y brillante.

—Pensaba que era yo.

Erroll dio un imperceptible respingo. Catherine se encontraba justo en el otro flanco del caballo y se asomó sonriente por el hueco del cuello de Tizón. El guerrero sintió que enmudecía al verla. Llevaba flores de brezo prendidas en una trenza y los mechones sueltos del cabello apenas le llegaban a los hombros. El vestido era blanco y de corte sencillo, pero en ella resplandecía como un rayo de luna.

—¿Os gusta? —le preguntó ella con cierto sonrojo.

Asintió, convencido de la irrealidad de la escena, de que vivía una de sus fantasías nocturnas y de que, si la tocaba, se desvanecería. Exhaló el aire

con lentitud y se pasó los dedos por el cabello de forma distraída. Catherine sonrió ante el gesto y sus ojos y sus dientes resplandecieron como pequeñas estrellas en noche oscura. ¡Cómo había pensado que no tenía corazón! Si este golpeaba con fuerza su pecho, como uno de esos llamadores compuestos por una argolla de hierro unida a la cabeza de un león de bronce.

Ella se acercó y le recolocó los rizos desordenados del cabello sin cejar en su sonrisa. Erroll lo soportó como la más dulce tortura. Estaba tan hermosa que le dolía solo mirarla. Sus dedos delinearon el contorno del fino corpiño y ahogó un gruñido de satisfacción en la garganta. No quería asustarla. Tampoco despertarse si estaba dormido, pero la imperiosa necesidad de volver a hacerla suya era más fuerte que su voluntad esta vez. Estaba cansado de luchar contra él mismo, de apelar a la paciencia, de sentir que la vida se le escapaba sin darle la oportunidad de demostrarle cuánto la amaba y lo necio que había sido. El contacto frugal de la curva del pecho femenino encendió cada fibra de su cuerpo. Ella no se había apartado, sino que se había arqueado ante la caricia y ronroneado en sus brazos. La noche prometía, pensó travieso.

¡Dios bendito! Necesitaba más. Lo necesitaba todo de ella. La aupó con el brazo derecho con desenvoltura y la sujetó faz con faz. Ella derribó la última barrera que le quedaba al rodear su cuello con las manos, ensortijando su pelo con sus gráciles dedos. Lo miró a los ojos y el corazón de Erroll dejó de latir un instante. Pero a pesar de ello, jamás se había sentido tan vivo.



## Capítulo 22

### LUGH-NASSAD

*Sutton, Inglaterra, primeros de agosto 1336.*

Erroll le robó el aliento y la besó con exigencia. Catherine se rindió a la pasión de su demanda y entreabrió los labios gustosa, dejando que la ávida lengua masculina la tanteara, la incendiara y arrancara gemidos de lo más profundo de su ser. El mundo desapareció a su alrededor apenas un breve lapso de tiempo. Se aferró a su nuca y se ensortijó en sus cabellos como si le fuera la vida en ello. En realidad, así era. Él era su turbulento remanso de paz. Su hogar. Su destino.

El ocaso los envolvió con su agonizante calidez mientras el frenético compás de sus corazones retumbaba en el pecho del otro. Se besaban con ansia, casi con desesperación, como si temieran despertarse de repente. Erroll apenas tomó una breve bocanada de aliento y la aupó un poco más para tenerla más a su alcance. Esa vez no perdería la oportunidad de grabarse en su piel ni de recordarle quién era: su amante y su futuro esposo. Quería serlo todo. Como ella lo era para él.

Erroll inhaló el aroma a flores, a leche con miel y a sexo, extasiado. Sin tregua, devoró la suave piel descubierta del cuello, desde el lóbulo de la oreja hasta el borde de los voluptuosos pechos. Su endurecida verga palpó

en sus calzones cuando rondó el pezón con sus labios. Bien sabía Dios que solo la tela del vestido impedía que la tomara allí mismo. Jadearon. Ella se arqueó en sus brazos, exponiéndose a su arrebató, sedienta por sus caricias. Sus gemidos lo invitaban a seguir y derribaban las últimas puertas de la cordura. Los dedos del joven no se conformaron con acariciar los muslos femeninos y tantearon el vértice húmedo y trémulo. Los pétalos de la flor se abrieron a su paso y lo acogieron en su interior.

—Sois tan hermosa...

Ella gimió como respuesta y volvió a besarlo con denuedo. Enlazó sus piernas alrededor de él y dejó que sus cuerpos se enzarzaran en la búsqueda de su propia liberación. Se aferró a la cinturilla de las calzas con la clara intención de tomar entre sus dedos la inhiesta lanza y vengarse de esa maravillosa tortura a la que estaba siendo sometida sin compasión.

—Piedad —jadeó.

—Ninguna —gruñó con un gemido de satisfacción masculina cuando sintió los dedos de ella sobre su henchida verga.

Erroll a punto estuvo de derramarse con solo esa caricia. Catherine le sonrió burlona y él le introdujo otro dedo.

—¡Sois malvado!

—Y vos hermosa —sentenció él sin dejar a su vez de jugar y pellizcar cierto botoncito.

La gata apenas consiguió exclamar un: ¡Os repetís!

—Ya me gustaría repetir...

Catherine sofocó la risa nerviosa que nació en sus labios mientras un remolino de sensaciones inundaba su interior. Cada fibra de su ser la impelía a una tórrida venganza. Afianzó los dedos alrededor del aterciopelado y firme miembro masculino y le prodigó un divino tormento. Ella también sabía cómo acicatear su cordura y recordaba cómo provocar esos gruñidos primitivos que convertían en pura lava sus propias entrañas. Erroll gimió su nombre y una retahíla en gaélico que no supo descifrar pero que le produjo una profunda satisfacción. «Sois mío, como yo soy vuestra», pensó. Sin embargo, cuando estaba más cerca de alcanzar su objetivo, cuando el miembro de él palpitó trémulo entre sus dedos y ella fue incapaz de controlar el vaivén de su cuerpo ávido de sus envites, el caballo piafó inquieto. Ambos contuvieron la respiración apenas unos segundos.

—No será nada —comentó él con la voz ronca por el deseo mientras

dibujaba un sendero de besos por su escote.

Pero Catherine se había quedado quieta, a la espera de cualquier ruido.

—Alguien podría vernos. Debemos irnos... —consiguió balbucir ella entre jadeos a modo de protesta.

—*B'fhearr gun tòiseachadh na sguir gun chriochnachadh.*

Erroll sonrió y le mordisqueó la barbilla, sin dejar de tentar otras partes de su cuerpo.

—No sé lo que habéis dicho, pero... Ummm...

La mano de él siguió acariciándola entre los muslos haciendo que perdiera el hilo de la conversación. Sin embargo, sus sentidos estaban alerta. El crujido de unas ramas. La ausencia de cualquier otro sonido que no fuera el de sus corazones. ¿Se había imaginado esas pisadas? Algo no iba bien, su intuición nunca fallaba. Frenó la mano masculina con fuerza. Las sombras de la noche clara le recordaron lo cerca que habían estado de perder a Erroll hacía dos noches. Sentía una ominosa mirada puesta en ellos. Alguien rondaba el paraje. Estaba segura. Tizón bufó y coceó inquieto, confirmándose. Lamentó tener que ser ella quien rompiera el hechizo, pero necesitaba a Erroll y lo necesitaba vivo.

Catherine temió que se enfadara por el cambio de planes. Se cubrió lo mejor que pudo y le dio una palmadita en el dorso de la mano a Erroll, faltándole decir: «niño malo». El mero pensamiento la hizo sonreír y tuvo que carraspear para disimularlo. Se encomendó a Dios.

—Esperan vuestra actuación como si se trataran de las primeras lluvias. ¡Sois el alma de la fiesta! —se excusó con dulce frialdad.

Él la miró lobuno, le dedicó una sonrisa que habría derretido al mismísimo infierno y volvió a la carga.

—No podemos demorarnos —dijo ella con más firmeza—. Además, mi abuelo podría salir en cualquier momento de la cabaña y...

Erroll gruñó y luego suspiró con pesar. Entendía sus reticencias. ¡Por Dios que si la entendía! Miró a su alrededor y se percató de su torpeza. ¿Así pensaba convencerla de que fuera su esposa? ¿Seduciéndola? ¡Maldición! Tragó saliva con dificultad y se reprendió por no haber sido capaz de tomar las riendas de la situación antes. La dejó en el suelo y le dio parcialmente la espalda. Estaba abochornado y tan excitado que jadeaba más que respiraba. Se acomodó los ropajes y la enfrentó como si acabase de verla salir de la cabaña.



Le dedicó una breve genuflexión y le ofreció su brazo sin mediar palabra.

Ella agradeció el gesto, aunque no su silencio.

El camino se le hizo tedioso y, si no fuera porque su ausencia preocuparía a Eda y Hamo, Catherine habría desistido de ir al *Lugh-nassad*. El rostro de Erroll permanecía imperturbable salvo por un leve ceño fruncido y ella supuso que estaría algo enojado por su comportamiento anterior. ¿Acaso no veía que ella tenía tan pocas ganas de ir como él? ¿Que preferiría perderse mil veces por el bosque, entre sus fuertes brazos, y sofocar su anhelo? Pero no podía arriesgarse. La sensación de que estaban en peligro no mermaba. Ante el aullido de un lobo, entrelazó los dedos con los de él y Erroll alzó una ceja interrogativa.

—No deberías temer de él, sino de mí —le susurró con esa cadencia oscura y melosa de esas con las que ninguna terminación nerviosa quedaba a salvo.

Había sido una necia al pensar que podría olvidar a un hombre como él.

—¿Y quién dice que os tema?

Él entrecerró los ojos y suspiró. Catherine no pudo más que sonreír al «recuperarlo». Estaba decidido: se arriesgaría a perder su corazón de nuevo e intentaría de camino calmar al intrépido músculo, dueño y señor de sus mayores anhelos y desdichas, con la promesa de resarcirlo después. Inspiró el aire con lentitud y contuvo las imperiosas ganas de besarlo como hacía un instante, como siempre, pues cada nueva caricia eclipsaba un mal recuerdo y avivaba la esperanza de un futuro juntos.

A medida que se acercaban a la villa, la sensación de que no dejaban el peligro atrás se intensificaba. No quiso alarmarlo y siguieron avanzando por el bosque, candil en mano.

Llegaron a la cabaña de Eda y Hamo y llamaron a la puerta. Erroll le guiñó un ojo. No quería que Catherine pensase que estaba molesto. No al menos con ella. Aún le mortificaba no haber sido capaz de controlar el irrefrenable deseo que sentía por ella. No podía cometer ningún error y precipitarse. «Paciencia», se instaba de forma constante, pero cualquier gesto de ella lo desarmaba, llevándolo al límite.

La gata le acarició el mentón con embeleso. ¿Cómo podía ser tan condenadamente apuesto? Su tez dorada por el sol, disimulaba unas leves pecas en el puente de la nariz; esta era fina y recta, delimitada por unas cejas

trigueñas y dibujadas, ni demasiado finas ni demasiado espesas; la mandíbula era cuadrada y rematada por una airosa barbilla que invitaba a mordisquearla y entreabrir los jugosos labios que custodiaba. ¿Y qué decir de sus ojos? Tan azules como dos claros de cielo tras un límpido amanecer...

Erroll se estremeció ante su profunda mirada. Se sintió desnudo y expuesto. Las yemas de los dedos femeninos le abrasaban la piel a su paso. Contuvo el aliento. Ella tenía el poder de llevarlo al límite de sus fuerzas con uno de esos arrumacos distraídos que lo cautivaban y lo rendían a sus pies. Le costaba respirar, pero quería más. Lo quería todo. Como siempre.

El joven temió no poder contenerse esta vez. La sangre fluía por sus venas como hierro fundido. La lujuria se había adueñado de sus pensamientos. Rogó en silencio que no hubiese nadie en la cabaña y hacerla suya. La deseaba. Cazó los dedos de su amada entre sus labios y el corazón de la gata amenazó con dejar de latir. Catherine retiró la mano con premura y evitó mirarlo a los ojos. Insistió en la llamada de la puerta mientras recuperaba el equilibrio que la flojera de sus rodillas le negaban. Pero nadie abrió.

Erroll la aprisionó contra la puerta. No tenía escapatoria y tampoco la quería. Ella jadeó, agradeciendo que sus amigos no estuviesen en casa. Sentía el férreo torso masculino envolviéndola como una capa oscura. Su olor a bosque y a mar la embriagó. Su mano izquierda se aferró a su talle mientras que la otra ahuecaba su pecho y le pellizcaba el pezón. Deseó que la tomara allí mismo. En la casa de otro. ¿Qué más daba? Solo lo quería a él.

—Raptadme —susurró travieso junto a su boca, haciéndola estremecer—. Mañana estarán todos tan borrachos que no recordarán si el bardo hizo un gran papel, llegó a presentarse, o siguió plantando pinos por el bosque.

Catherine rio y arrugó la nariz al imaginarse semejante estampa. Era consciente de cada caricia, de la rugosidad de la madera sobre su cara, de su espalda arqueada, del deseo insatisfecho humedeciéndole las piernas. Él la enfrentó con brusquedad y tan ansioso como ella. Los ojos de Erroll se oscurecieron como dos lunas nuevas al mirarla.

—Podría pasarme el resto de mis días reflejado en esa mirada vuestra.

La voz oscura de Erroll se enraizó en el pensamiento de Catherine como una hiedra, trepando por su torrente sanguíneo, cubriéndola, pero sin privarla de su propia luz. La gata suspiró ante sus palabras, deshizo la lazada de la túnica azul ante la mirada prendida de él y llevó una de sus manos al acerado torso masculino. El cuerpo de Erroll vibró ante su caricia.

—Confesad, ¿es algún tipo nuevo de venganza?

—¿Eso creéis que hago?

Hubo un extraño silencio entre ambos.

—Lamento que penséis que juego al gato y al ratón —confesó al tiempo que intentaba alejarse.

—No lamentéis nada —le dijo a la vez que sujetaba la mano femenina y besaba el dorso de sus dedos.

Catherine dejó que esos labios aletearan como alas de mariposa sobre su piel, mientras que ella exploraba la firmeza cálida y acerada del torso de Erroll. De pronto, sintió el deseo de demostrarle que no era un juego.

—Cerrad los ojos un momento —le pidió.

Erroll la miró intrigado, pero no objetó nada. Le daría la luna si se la pidiera con tal de repetir ese instante en bucle infinitas veces. Tuvo la imperiosa necesidad de desobedecerla al notar los dedos de ella sobre su piel, a la altura de su corazón.

—¿Lo sentís?

¡Como para no sentirlo!, exclamó él para sus adentros. Si había alguna parte de su cuerpo que no estuviese enfebreceada con su contacto que le cayera un rayo sobre la cabeza en ese mismo instante. ¡Que Dios se apiadara de él si al abrir los ojos ella permanecía en sus brazos! Hizo amago de soltarla, pero ella se ciñó más a su cuerpo. Sentía las curvas redondeadas de sus senos tan fidedignamente que temió derramarse allí mismo. Ante su silencioso tormento, ella le aclaró:

—¿Sentís los latidos de vuestro corazón?

Erroll carraspeó para aclararse la garganta y abrió los ojos. Fijó sus pupilas en la deliciosa piel expuesta de ella. Craso error. Catherine contuvo el aliento y sus henchidos pechos se enaltecieron. La tensión crepitaba entre ellos como los leños de una hoguera. Cualquier intento de controlar sus instintos fueron inútiles por lo que bromear sería la única salida.

—¡Ah! ¿Pero no es una estampida de caballos que viene hacia nosotros? —bromeó jocoso.

Catherine le sacó la lengua como respuesta y él claudicó.

—¡Claro que lo escucho! —exclamó vehemente para luego apenas susurrarle al oído—. Gracias a vos late.

La gata no esperaba una confesión como esa. Intentó ponerse seria en vano.

—Si os oyera el sacerdote... —le reprendió ella sin dejar de tocarlo.

—Habría de milagros y consagraría su propio corazón a vos.

Catherine puso los ojos en blanco mientras reía y sellaba los labios de Erroll con los dedos.

—Chsss... No blasfeméis, insensato.

Un carraspeo inesperado hizo que ambos se envararan como niños pillados en terrible falta. ¿Quién demonios...?, fue a preguntar Erroll y agradeció no haber pronunciado palabra cuando se volvió. Ante su asombro, el anciano soltó una risilla que delataba que había bebido más de una copa y de dos.

—Sí, hacédle caso a la muchacha y poneos en marcha antes de que decline bendecir estas fiestas. Por vuestro atuendo, vos debéis ser el bardo ¿No?

Erroll asintió quedo y dio el tiempo suficiente a Catherine para que recompusiera su vestido, ocultándola de la posible mirada reprobadora del recién llegado.

—Y vos el sacerdote.

El anciano rio de nuevo.

—Muy ingenioso. Sí, señor. Creo que será la primera vez que lamente perderme el espectáculo.

—Podrías acompañarnos...

—Yo ya di mi sermón, hijo. Ahora os esperan a vos.

Antes de despedirse, el buen hombre no perdió la ocasión para puntualizar:

—Espero que ambos vengáis pronto a visitarme. No tenéis edad para hacer este tipo de travesuras. Además, a vuestro abuelo le haría muy feliz veros desposada, Catherine.

Ella apenas consiguió articular una frase entendible. Cuando volvieron a quedarse solos, Erroll se giró hacia la gata y comenzó a reírse a carcajadas. Ella lo miró con reproche y puso los brazos en jarras.

—¿De qué os reís, por Dios bendito? ¡Mañana apareceremos como ejemplo de lujuria en el sermón de la villa! —se compadeció Catherine.

Ante la situación y la blasfemia, Erroll rio hasta que le lloraron los ojos. ¿Por qué estaba tan enfadada? Cuanto más miraba ese ceño fruncido, esa boquita apretada y esa mirada furibunda más esfuerzo tenía que hacer para contener la risa. Para evitar el inminente y contrapuesto estallido de ambos, la

abrazó y la cobijó en su pecho. ¡Por todos los Santos! ¡Era su mujer y estaban de fiestas! ¿Qué importaba lo que ese sacerdote pensara de ellos? Sin embargo, Catherine siguió lamentándose.

—De entre todas las personas que podía encontrarnos en actitud licenciosa...

Erroll miró su semblante afligido y se dispuso a quitarle ese arrugado ceño en un instante. La abrazó con más fuerza, dejando un rastro de pequeños besos en su frente.

—Es un pobre viejo —intentó quitarle importancia al apreciar lo preocupada que estaba.

—Mañana toda la villa sabrá que...

—De eso se trata —la interrumpió con una sonrisa.

Mas ella negó con la cabeza. No quería forzar las cosas por mucho que las deseara. Erroll estaba a su lado, era cierto, ¿pero durante cuánto tiempo? Él no era un hombre de campo, era un guerrero; pertenecía a una familia de linaje y pudiente, no a una rodeada de miserias. Tarde o temprano se hartaría y ella... ¿Qué haría ella sin él después? Suspiró. Estaba perdida. ¡Se sentía tan agotada de luchar! Las dudas volvieron con la contundencia de una tormenta en alta mar. No había asidero ni vía de escape. Solo cabía esperar que la naturaleza siguiera su curso y fuera benévola con ellos.

Sin embargo, él no entendió su obstinada respuesta y levantó las manos a modo de rendición.

—Como vos queráis —claudicó sin rastro de sonrisa en su faz.

¿Acaso volvían a asaltarle las dudas? ¿Y todo porque alguien los había pillado en actitud comprometida? ¡Paciencia!, imploró al cielo poniendo los ojos en blanco. No solía ganarse una guerra en la primera batalla. Evitó mirarla, con sus pestañas húmedas y sus labios hinchados por sus besos. Quería borrarle cualquier incertidumbre. Tiempo al tiempo.

—¡Vámonos! Nos esperan... —respondió trémula y sin prestarle atención a los resoplidos de Erroll.

Cuando llegaron al valle donde se celebraba el *Lugh-nassad*, todos los lugareños los esperaban y los recibieron con los brazos abiertos. A nadie pareció importarle que llegaran juntos, aunque preguntaron por Tom y por el pequeño. No hubo mujer que no se sonrojara o murmurara lo bien parecido que era el recién llegado y Catherine pensó que, si otra se ajustaba el borde del corpiño para mostrar sus turgentes carnes o se ofrecía para cuidar al

pequeño Ronnie, gritaría.

Erroll no parecía estar pasándolo mucho mejor. Fue presentado como el primo lejano viudo y padre de un niño pequeño para evitar dar más explicaciones de las necesarias. Los dientes le rechinaban y era la primera vez que lo veía forzar una sonrisa. Instintivamente, Catherine entrelazó sus dedos unos segundos para calmarlo, pero él la rechazó. Sabía lo difícil que debía de ser para él seguirle el juego con esa mentira, pero como había intentado hacerle entender sin mucho éxito, tampoco importaba que fuera pariente, ¡pues cuántos de ellos se casaban!

El joven guerrero fue rodeado por un torbellino de mujeres, todas bien dispuestas y deseosas de su atención, a pesar de que él no se fijaba más que en una. Los hombres mandaron a Hamo para que rescatara al bardo de ese griterío, temiendo que el joven se perdiera entre tanta falda y no amenizara la velada. Hamo se acercó a él en cuanto se lo permitieron y fue recibido con protestas femeninas de toda índole. Hasta que no se alejaron lo suficiente y se acercaron a la carreta desde donde entretendría al gentío, no comenzó a hablar en voz baja.

—Os veo muy recuperado —Erroll no contestó— y molesto.

Hamo torció el gesto ante el mutismo del joven y quiso tranquilizarlo de algún modo.

—Nadie ha visto a Derian por aquí y dudo que se atreviera a atentar contra vos de nuevo.

—Que lo intente... —murmuró Erroll enfadado con los puños apretados y los hombros tensos.

Pero no era eso lo que le preocupaba, podía leerlo en sus ojos. Hamo miró a Eda un instante sin saber qué hacer y ella lo alentó con un sencillo gesto a que siguiera hablando. ¡Cómo si fuese fácil! Él era de origen humilde, no sabía hablar con un señor, tampoco con un guerrero... Nada tenían en común salvo que eran hombres y así le habló.

—¿Qué ocurre? Si no es por Derian por lo que estáis malhumorado. ¿Es por tener que hacer de bardo?

Erroll negó apenas. El nudo que tenía en la garganta no cedía. Catherine hablaba a lo lejos con algunas mujeres, acariciaba la cabecita de algunos niños y algunos hombres se le acercaban. Se sintió fuera de lugar. Quiso llevársela lejos de toda esa gente que la conocía y la apreciaba y tenerla solo para él. ¿Cómo explicar ese sentimiento tan infantil, posesivo y

burdo? Aún no tenía mucha confianza con Hamo, pero era el único que sabía quién era y por qué o quién estaba allí. Solo necesitó echar una rápida mirada a Catherine para que el otro asintiera.

—Entiendo, no os lo está poniendo fácil, ¿verdad?

El joven siguió sin contestar, aunque era evidente que rumiaba en silencio mil y una respuestas.

—Las mujeres son seres complejos, amigo. A nadie se le ha pasado por alto cómo la miráis ni cómo ella se enerva al ver cómo otras os miran. Tiene miedo y es lo más lógico después de que le rompierais el corazón con vuestra partida. No la juzguéis por eso. No he conocido a mujer más valiente que ella.

—Yo...

—Os entiendo. No estabais seguro y tampoco sabíais que estaba en estado. Todo un mundo os separa y, sin embargo, aquí estáis. Por ella.

—Sí.

—¡Pues decídselo! Sed el hombre que la enamoró. Raptadla si es preciso...

—No creo que a Tom le gustase la idea —rio Erroll ante la ocurrencia.

—Lo conozco bien. Habría preferido que se desposara con Derian por simple comodidad o como pago a una deuda. Entiendo por vuestro gesto que ella no os ha contado por qué se marchó de forma tan precipitada con la caravana de artistas...

—Abreviad.

—Debería ser ella... Está bien. Lo que os voy a contar son chismes de viejas, porque nosotros aún no vivíamos aquí cuando sucedió todo. Según dicen, el joven señor de estas tierras se encaprichó de Catherine. Nadie sabe muy bien cómo se conocieron, pero compartían ese gusto peculiar por lanzar cuchillos y por las telas de colores. Un día... —Hamo tomó aliento.

Erroll dejó que el hombre encontrara las palabras, aunque intuía lo que venía a continuación.

—El joven señor intentó forzarla y Derian llegó justo a tiempo, o eso dicen.

—Llegó —sentenció Erroll escueto.

Hamo comprendió a qué se refería y se retorció los dedos con nerviosismo.

—El señor del castillo fue alertado del suceso y envió a su hijo lejos

de estas tierras. Cuando regresó, estaba desposado y con la prohibición implícita de no volver a verla o lo desheredaría. Derian se hizo el héroe ante el triunfo conseguido. Dio el compromiso por hecho, pero Catherine se negó alegando que necesitaba alejarse de allí durante un tiempo hasta que las cosas se calmaran. Todo el mundo pensó que volvería pronto, pero solo mantuvo contacto con su abuelo a través de mensajes breves hasta que nos salvó de esos hombres en el camino.

—Derian aún la quiere.

Hamo asintió, aunque no hubiese sido una pregunta.

—¿Qué puedo hacer Hamo?

—No rendíos —le aconsejó como si fuera su hijo. Después le pasó una jarra de licor fuerte y le señaló al público que se iba sentando alrededor de la carreta—. Es la hora, amigo.

El cuarto menguante lo recibió con jirones de nubes que barruntaban una mañana pasada por agua y una noche cálida como pocas. Erroll se subió a la carreta mientras Hamo encendía las antorchas alrededor de la misma, como si de una enorme pira se tratara y después volvía junto a su esposa. Erroll siguió los movimientos pausados del hombre y aguardó a que se reuniera con Eda para alzar los brazos al cielo. El reloj del tiempo pareció pararse y el ulular de un búho lo anunció. Muchos se fueron congregando alrededor de la carreta y otros simplemente enmudecieron, atentos a lo que pudiese decir el bardo. El crepitar de los leños de las hogueras junto a la suave brisa fueron su telón de fondo. Erroll sabía lo que se jugaba y posó la mirada en su presa.

—Llegó la media noche —comenzó Erroll con voz profunda y clara, sin más preámbulos, y el valle calló— y con ella la frágil puerta que separa otros mundos y los sueños. Os contaré la historia de un hombre que vivió hace mucho tiempo, pero que puede estar sentado a vuestro lado hoy.

Algunos miraron a su alrededor inquietos cuando Erroll afirmó:

—Sí, Conn de las Cien Batallas, Alto Rey de Irlanda, está aquí —hizo una pausa y se dirigió al otro extremo de la carreta. Nadie pestañeaba—. Hombre sin igual y hábil guerrero, erudito, estratega, pero con un solo punto débil: su corazón. Conn respondía a la belleza femenina como una mosca a la melaza.

Muchos rieron y se dieron un codazo de aprobación. Erroll volvió a captar su atención con un movimiento de manos, agachándose en el suelo de la carreta, haciendo que las llamas de las antorchas le confiriera un aspecto



irreal.

—Por aquel entonces tenía dos hijos: Connla y Art. El primero, como digno hijo de su padre, se enamoró de Mag Mell, una bella hada, y sin importarle qué fuera de él, de su hermano o de su padre, fue tras ella en un barco de cristal a su morada del otro mundo. El joven Art se quedó solo y todos comenzaron a llamarlo Óenfer, el solitario.

Erroll alzó la vista al sentir de nuevo la ominosa sensación de que alguien lo observaba. Ridículo, cuando todo el valle estaba pendiente de él. Se mantuvo en cuclillas y tenso, esperando que en cualquier momento el silbido de una flecha rasgara el horizonte, pero esta no llegó y siguió con la historia ante la impaciente mirada de sus espectadores.

—El reino de Tara quedó resentido con el pueblo de las hadas. Mas Eithene Táebfada, hija de Cathair Mór, esposa de Conn, consiguió sosegarles a pesar de la pérdida de su primogénito, pues nada conseguirían reclamando a un hombre que, por voluntad propia, había entregado su corazón a una mujer de otro mundo. Sin embargo, la templanza de los hombres mermó el día que falleció su reina. La hermosura de las hadas cegó de nuevo a los hombres y una de ellas, de nombre Bé Chuille, se fijó en Art, al que todos conocían por Óenfer, el solitario.

Gemidos de consternación impregnaron de emoción el valle. Erroll no se hizo de rogar y siguió con su historia.

—A pesar de estar enamorada de Art, Bé Chuille era ambiciosa. ¿Por qué conformarse con el hijo pudiendo ser reina al lado del padre? Aceptó a Conn por esposo con la condición de que desterrara a Art durante un año y así poder olvidarle. Un año de hambruna asoló las tierras y todos lo achacaron a la injusticia cometida con el joven príncipe. ¡Sangre!, clamaban sin descanso y sedientos de venganza. Conn no renunciaría a Bé Chuille, a pesar de que ella se lo pidió con insistencia al ver que era incapaz de olvidar a Art. Él no la escuchó, pero sí al consejo de los ancianos.

Las antorchas parpadearon con la brisa y el valle quedó apenas un fugaz segundo sumido en la semioscuridad de la luna. La sensación de peligro había desaparecido y se puso de pie en la carreta para que todos pudieran verle.

—La tierra volverá a ser fértil cuando derraméis la sangre de un inocente en Tara, le dijeron. Conn, ávido de aventuras y de salvaguardar la riqueza de su pueblo, se adentró en esa extraña isla de manzanos y encontró al

único hijo de la reina. Con engaños, lo llevó a Irlanda, pero fue incapaz de darle muerte como le exigían los druidas. En cambio, juró protegerlo junto a su hijo y a Fionn mac Cumhaill.

Catherine se abrazó con fuerza y fijó la vista en Erroll al reconocer el nombre de Fionn de otras historias. Seducida por su voz, no perdía detalle.

—Justo cuando parecía que estaba todo perdido —continuó el irlandés—, apareció una mujer con una vaca y la sacrificaron en vez de al niño. Del animal salieron dos pájaros, uno con una pata y otro con doce. Ambos se enfrentaron en una encarnizada lucha y el de una pata ganó, que era aquel que simbolizaba a esa madre y reina de la isla de los manzanos frente a los druidas. Ella señaló al hada Bé Chuille con el dedo tembloroso y se dirigió a Conn: la hambruna terminará el día que la dejéis regresar a casa, le dijo. Sin embargo, Conn estaba enamorado de la bella hada y se negó a liberarla hasta el día de su muerte. Como su primogénito, le había entregado el corazón a un ser de otro mundo y, solo con su propia muerte, Conn pudo salvar a su reino.

Erroll terminó su historia con una floritura y los despertó del ensueño vivido con la narración. Sabía que algunos le preguntarían por la suerte de los protagonistas, otros que se quedarían satisfechos con el final abierto, lo que no había previsto era aquel silencio, aquellos cientos de ojos sedientos. Ante su desconcierto, Catherine comenzó a aplaudir, rompiendo el hechizo. Todo el valle clamó como si se tratase de una guerra al unísono.

Los aplausos dieron pie a la música y algunas parejas comenzaron a bailar alrededor de las distintas hogueras que salpicaban el valle. Erroll se bajó de la carreta con los ojos fijos en Catherine, pero una multitud los separaba. La perdió entre ese mar de cabezas y risas entusiastas, tentado estuvo de subir a la carreta de nuevo para asegurarse que seguía en el mismo lugar.

Algunos hombres se acercaron para felicitarlo por la historia y para agasajarle con jarras de licor. Los había que les presentaban a sus hijas, doncellas o viudas, y se la servían en bandeja como si se tratasen de un manjar. Él no quería nada que ellos pudieran ofrecerle, pero respondió con educación y se despidió en cuanto pudo. Cuando consiguió llegar hasta donde Hamo y Eda estaban, vio a Catherine bailando con un hombre de rica vestimenta.

Hamo lo cogió por el antebrazo con fuerza, como si adivinase lo cerca que estaba de protagonizar un ataque de celos y lo disuadió con la mirada.

—El joven señor cumplió su promesa hasta hoy.

—¿Es fiel a su esposa? —preguntó sin apartar la vista de la pareja.

—Lo fue, mientras vivió.

Erroll apretó los dientes y observó a Hamo con dureza.

—Nadie lo había vuelto a ver desde que ella muriera de fiebres el pasado invierno. De hecho, se narran heroicas gestas en el frente, pues no parece temerle a la muerte.

—Un gran partido... —murmuró Erroll evaluando a su rival con fría calma.

Hamo malinterpretó su gesto.

—¿Os amilanáis? ¡No puedo creerlo! Joe Patterson os tenía por valiente y sagaz. ¿Yo qué me encuentro?

—Un hombre que daría su vida por verla feliz, pero que, como Conn, es incapaz de renunciar a ella.

—Ese es su hombre —rio Hamo dándole una fuerte palmada en la espalda, pero sin dejar de sujetarle el antebrazo—. El que ella eligió.



## Capítulo 23

### LA CONDICIÓN

*Sutton, Inglaterra, primero de agosto de 1336.*

A Erroll Flanagan no le quedó otra que esperar a que las parejas terminaran de danzar el *estampie*. Hamo lo había sujetado por el antebrazo durante todo ese tiempo para evitar que hiciera alguna estupidez, cosa que no sabía muy bien si terminaría agradeciendo algún día. El joven guerrero tenía los nervios crispados y acezaba como si tuviese los perros de Sir Richard de Stone pisándole los talones.

—Es solo un baile —musitó Hamo, que empezó a hablarle de todo y de nada con tal de distraerlo.

Pero Erroll tenía puesta toda su atención en la pareja y apenas le respondía al marido de Eda con monosílabos. El humor del irlandés contrarrestaba con el del resto del valle, que seguía en plena fiesta, deseoso de dejar atrás las penurias de la guerra, aunque esta pareciera estar lejos de terminarse. Poco le importaba, entrecerró los ojos y estudió a su rival.

El joven señor podría decirse que era de rasgos armoniosos y atractivos, de cabello oscuro, tez clara y sonrisa mordaz. Cualquiera mujer suspiraría por la oportunidad de estar en sus brazos, había dicho Eda con

ánimo de acicatearlo y solo la mirada reprobatoria de Hamo la había hecho callar. No era necesario, estuvo a punto de decirle a ambos. Si supiesen que en su mente le había arrancado la cabeza a ese pusilánime unas cien veces, seguro que hasta aplaudirían. Pero Eda era así: espontánea y franca.

—Estoy algo cansada —dijo la mujer de repente—. ¿Os encargaráis del puesto? —le preguntó a su marido antes de añadir—: Voy a ver cómo se las apaña Tom con el pequeño.

Si no hubiese estado tan pendiente de Catherine, habría advertido el talante sombrío del matrimonio y, como cualquier persona que los apreciase, habría intentado que limasen asperezas entre ellos. No era justo que terminasen la fiesta así: uno como perro guardián y la otra como niñera, después de lo mucho que habían trabajado por que todo saliera bien. Mas toda la atención de Erroll estaba puesta en la magnífica pareja que hacían Catherine y «el pusilánime», como lo había rebautizado a falta de más datos. Gruñó. No le habría costado nada preguntarle a Hamo por él, pero era obvio que era un hombre versado no solo en armas, un digno rival, ¡tan distinto de Derian!

La pareja compartía confidencias mientras bailaba y «el pusilánime» se acercó a la joven más de lo que las reglas de dicha danza permitían en un par de ocasiones. A esas alturas del baile, no solo había imaginado que le arrancaba la cabeza mil veces y había disfrutado con ello, sino que había recreado e ideado un sinfín de nuevos tormentos.

¿Acaso ese *estampie* no terminaba nunca? Para más inri, el joven señor era un consumado bailarín y Catherine parecía flotar sobre la hierba como un hada con cada experto giro. La mano de aquel ingrato revoloteó las curvas de «su gata» y Catherine no solo no frenó tales libertades sino que le rio alguna chanza.

—Lo mato —sentenció Erroll sin más.

—No haréis tal cosa —rio Hamo, divertido por el ímpetu fogoso del joven guerrero y avisado por las jarras de licor que se había tomado.

Erroll maldijo y dio un paso adelante, mas Hamo lo frenó y bebió otro trago con avidez para disimular su sonrisa.

—¿Acaso estáis de su parte? —le preguntó desabrido.

—Hacen buena pareja...

Erroll resopló. Sí que la hacían. Enfurruñado como un niño pequeño y celoso como no lo había estado antes en su vida, pues ni siquiera cuando Darren estuvo interesado en Catherine se había sentido así de beligerante,

observó cómo «el pusilánime» le besaba el dorso de la mano a la gata con delicadeza al terminar la danza. Se instó a calmarse, pero sin éxito.

¿Podía ser más perfecto? Había conseguido trasladar los ademanes exquisitos de la corte a un valle en medio de la nada, a una fiesta del populacho, y sin embargo, todos parecían alabar su buen gusto y lo trataban como a uno más. La pareja se acercó a ellos y el joven señor no esperó a las presentaciones pertinentes.

—Sir Walter de Manny —dijo solemne.

Erroll mantuvo una pose hierática y el ceño fruncido. Ambos se miraron y se estudiaron con interés, sabiendo que había mucho más de lo que se veía en apariencia. El deseo de borrarle ese aire de superioridad de la cara llevó al irlandés a cometer una imprudencia.

—Erroll Flanagan de Lyon.

El respingo y tensión de los hombros del inglés no pasó desapercibido para ninguno. Sir Walter lo había reconocido. ¿Cómo no hacerlo? De Manny era uno de los capitanes más destacados del contingente inglés y conocía de sobra la historia de todos esos bárbaros norteños. Este miró a Catherine sin terminar de decidirse qué paso dar. ¿Debería de apresarlo allí mismo, ahora que se encontraba desarmado o con solo dos dagas ocultas a lo sumo? No obstante, después de las confesiones que Catherine le había hecho sobre lo que ese hombre significaba para ella, se vio incapaz. Peor aún, hasta le cayó bien a pesar de sus orígenes.

—Sois valiente para presentaros ante mí con vuestro verdadero nombre. Ya no sois un hombre perseguido por los Eduardo, pero tampoco bienvenido a este lado de la frontera.

Fue la forma más correcta que pudo hallar para decirle que sabía quién era y que se anduviera con tiento.

—Lo sé —se jactó Erroll sin más y sin descuidar vigilar cualquier gesto que evidenciara un posible arresto.

Sir Walter cogió a la gata por la cintura deliberadamente y la atrajo hacia sí. Le sonrió para restarle tensión a ella y provocarlo a él lo justo. Erroll rechinó los dientes ante el arrumaco.

—Sin embargo, Catherine os tiene en alta estima.

Erroll la miró apenas un instante y alzó una ceja como única respuesta. Pudo ver con satisfacción cómo la gata se sonrojaba a pesar de la oscuridad reinante y se apartaba con sutileza del abrazo. Erroll volvió a clavar la mirada

en el inglés.

—¿Y eso es importante para vos?

Sir Walter soltó una risotada.

—Por supuesto, Catherine es y será siempre para mí... —dejó en el aire las palabras—, una amiga. Por lo tanto, hacedle daño y os juro que acabaréis vuestros días como John Crabbe.

—¿Es una amenaza? —preguntó divertido Erroll, que conocía las andanzas y desventuras del redimido pirata flamenco.

—¿Acabar de Constable del castillo de Somerton y ser fiel a Eduardo III lo sería?

Erroll tuvo que apretar los dientes y callarse. *Touché*, le habría dicho de considerarlo amigo y lo habría dejado en tablas, pero sabía cuándo lo derrocaban y había aprendido a retirarse. No iba a ser tan necio como para proclamar lo contrario a voz en grito en un valle lleno de ingleses. Él no era un mártir. Muchos escoceses habían caído por ello, entre ellos hombres tan notables como Sir William Wallace. ¿Y de qué le habría servido? Apenas pudo farfullar un gruñido incoherente. Lo que provocó que Sir Walter se apiadara de él y se despidiera de ellos tras besarle de nuevo la mano a Catherine.

—Nos vemos pronto, querida —le prometió.

Ella sonrió apenas.

Erroll bufó y se sirvió una jarra de cerveza, de espaldas a ella. Se sentía humillado. Hamo comprendió su silencio y se apartó con la excusa de dar el pésame a unos conocidos. Catherine se acercó por detrás y lo abrazó por la cintura, dejando reposar la cabeza en su espalda.

—No es nadie para mí.

—¿No es vuestro amigo? —preguntó Erroll con retintín y sin girarse.

El joven sintió la sonrisa de ella a través de la túnica y contuvo un suspiro.

—Fue alguien muy querido, sí.

Erroll se giró indómito y la aferró por los hombros. Si no era un simple amigo, si todavía albergaba ciertos sentimientos hacia «el pusilánime» quería saberlo, quería leerlo en sus ojos y saber a qué atenerse. La enfrentó. Las hogueras se reflejaron en sus ojos felinos y le alzó la barbilla para que lo mirara. La silueta de Erroll se recortó en ellos como una sombra diabólica.

—¿Le queréis?

Ella abrió mucho los ojos y luego los entrecerró. Parecía molesta.

—¿Qué pregunta es esa?

—Una que necesita respuesta.

—No.

—¿No a que no me responderéis o no a que no lo queréis?

—No a ambas, podenco.

Erroll dio un paso atrás. Intentó aparentar estar muy ofendido, pero estaba feliz por esa negativa. La verdad era que le encantaba ese genio gatuno tan suyo y el desafío claro que representaba su apostura. Una mujer de armas tomar. Una a la que le gustaría despeinar y hacer gemir hasta que olvidase lo «podenco» que había sido. Nada había cambiado entre ellos. La sonrisa le bailó en los labios, aunque intentó disimularla lo mejor que pudo, incluso se cruzó de brazos para dar mayor credibilidad a su fingida indignación.

—¿Me habéis llamado...?

—¡Si! Porque si a estas alturas me preguntáis semejante estupidez, yo...

Catherine se quedó sin saber qué responderle. Se prendó de su boca, apenas dibujada por el brillo de las antorchas y la luna. Erroll parecía sacado de alguna bacanal divina y todos sus sentidos la alertaban de que se detuviera. Tarde. Aquellos besos compartidos, aquellas caricias robadas al destino los atesoraría siempre. Él pronto regresaría con los suyos y ella... ella no pertenecía a ningún lugar después de todo. Aprovecharía cada instante y lo recordararía hasta que hubiese llegado su hora. Esa noche era suya. Así lo había decidido antes de que apareciese Sir Walter, pero en ese momento no sabía cómo enmendarlo. Solo había sido un baile. Unas risas. Solo eso.

Erroll parecía enfadado, tenía un brillo extraño en sus ojos que no lograba identificar a causa de la oscuridad nocturna. ¿Serían celos? ¿Cómo podría tenerlos de Sir Walter? Le pareció imposible. ¡Ellos no eran más que amigos! A punto estuvo de reírse incluso, aunque ella sabía muy bien lo que era padecerlos. Los celos surgían sin base alguna y enraizaban en la inseguridad de su víctima hasta volverlo loco. Los había sentido cuando lo vio junto a Dunstana y no se los deseaba ni a su peor enemigo. Sin embargo, que Erroll pensara que Sir Walter y ella... ¿Cómo era posible? ¿Acaso ella no le había entregado su virtud? ¿No habían tenido juntos un hijo? Le halagaba que la codiciase de tal manera y a la vez la ponía furiosa que albergara dudas de



sus sentimientos.

Él observaba sus reacciones quieto, como un paciente depredador que espera que su presa se canse con sus propias diatribas antes de intervenir. ¿Tan previsible le parecía que era?, se preguntó Catherine. ¡Ja!, estuvo a punto de exclamarle en voz alta, pero se contuvo. El cazador sería cazado y de una vez, de una santísima vez, le quitaría cualquier duda o temor que albergara en su cuerpo. Que se fuera a la mañana siguiente si quisiese. Esa noche Erroll sería suyo. No se lo pensó más, Catherine acortó la distancia, enlazó sus dedos alrededor de su cuello y lo besó con tal hambre y desmesura que le robó el aliento.

Erroll se rindió nada más saborear la boca de su gata y no tardó en responder el envite. Entreabrió los labios plenos de ella con su lengua y se sumergió en ese festín de ambrosía. ¿Qué le había hecho cambiar de opinión? No lo sabía, pero que lo aspasen si iba a perder semejante oportunidad para preguntárselo. La atrajo más hacia sí por la cintura mientras la otra mano se perdía en la seda de sus oscuros cabellos.

—*Ar maith leat damhsa?* —le susurró sofocado.

—¿Qué me habéis dicho?

La sonrisa pícaro de Erroll la hizo estremecerse. Tenía dos opciones: decirle la verdad o ser mucho más explícito. ¿Por qué le había pedido un baile cuando acababa de saborear sus labios y quería más? ¡Necesitaba más! Lo quería todo de ella. Olió su natural perfume a limpio y flores y tragó saliva. Que Dios se apiadara de él, estaba enamorado hasta el tuétano de esa mujer.

Cat, impaciente, se puso de puntillas y le mordisqueó el labio inferior para que le prestara atención.

—Decidme...

—Os he pedido un baile —repuso obediente, aunque cada músculo del cuerpo del guerrero irradiaba poder y contenida fuerza.

—¿Eso me habéis dicho? —preguntó ella no muy convencida.

Él asintió.

Los ojos de la gata brillaron como espejos dorados por las fogatas y un leve sonrojo se adueñó de sus mejillas. Él le estaba pidiendo un baile... y ella solo pensaba en arrancarle esa fea túnica de un azul indescriptible.

—Me gusta como suena, repetídmelo otra vez —solicitó.

—¿Y qué gano yo con eso?

—Uhm... —ronroneó melosa—. Elegid.

Ella entreabrió los labios pensando que le pediría otro beso, pero él solo añadió un: «Después». Repitió la petición en gaélico de forma pausada, para que ella se embebiera de cada matiz. Le gustaba mucho ese interés por la lengua de sus ancestros. ¡Estaba tan hermosa! ¿Qué le pediría? Podría ser otro beso, de hecho, y sin resultar pretencioso por su parte, era lo que ambos esperaban. Sin embargo, ¿sería capaz de no querer más? ¿De no quererlo todo? Sus ojos y su voz se oscurecieron de deseo. Catherine sintió que las rodillas le flaqueaban como en su día ocurrió cuando la llamó: «*baintighearna*» y Ayden le explicó su significado. Ambos querían lo mismo... Esa noche sería suya, se repitió.

Por su parte, Erroll hizo una perfecta genuflexión, le tendió una mano para invitarla al baile y esperó su consentida respuesta, como si estuviesen en el mejor salón de baile de la corte y no en medio del valle, en pleno corazón de Sutton.

—Pero ahora no hay música... —respondió ella en un inesperado brote de timidez.

Erroll tomó aire y, sin abandonar la magnética sonrisa de sus labios, comenzó a tararear muy bajito una melodía. Su voz era armoniosa y atrayente. Todo él lo era, ¡pardiez!

—¿También sabéis cantar? —le preguntó jocosa.

Él solo le respondió con otro tarareado verso en gaélico y entrelazó sus dedos. Apenas se tocaban, guardando la prudente distancia que la pieza exigía, pero Catherine se sintió desnuda ante su mirada. Cada nota calaba en su alma y se grababa a fuego en su memoria. Dejó que la envolviera con ese acento bárbaro y excitante. Cerró los ojos y el resto de sentidos se despertaron. El olor a leña quemada, a hierba pisada, a ramilletes de flores. La textura del barro bajo sus botas, de la recia túnica en sus dedos, del contacto de su piel... El murmullo de las conversaciones, las risas frescas, los gemidos entretejidos con el crepitar de las llamas... Todo formaba parte de ese escenario idílico donde ellos eran los protagonistas.

Erroll también era un consumado bailarín, pero con él no se sentía una ninfa del bosque, ni etérea, ni volar sobre la hierba como le había sucedido antes. Muy al contrario, con él se sentía más viva que nunca, tanto que le resultaba imposible saber cómo iba a sobrevivir cuando él decidiese

marcharse de nuevo. Desterró ese funesto pensamiento y se convino a seguir con la danza, a deleitarse con el sabor de la boca de Erroll en sus labios, pues quería más. Ansiaba más. Sin embargo, cuando abrió los ojos, cuando creyó que el calor abrasador de su contacto iba a llevarla al borde del más oscuro deseo, él terminó la canción. No hubo silencio. Sus desmandados corazones estaban demasiado excitados como para guardar prudencia. La noche era clara y las hogueras mantenían una temperatura maravillosa. O quizás fueran ellos. Quizás.

—He aquí mi condición —comenzó diciendo Erroll y ella levantó una ceja—: Que me concedáis los restantes bailes.

Catherine negó con la cabeza sin abandonar la sonrisa. Las luces de la lumbre lamían sus cuerpos. Sintió envidia de ellas. ¿Qué debía hacer? Un baile se consideraba correcto, más de uno era una declaración de intenciones. Erroll había sabido jugar bien su baza, pero ella no se amilanaría.

—Si eso es lo que queréis: cantad de nuevo, bardo, o besadme —le espetó tan atrevida como ceremoniosa.

—¿Ya no os importa que nos vean? ¿Ni Sir Walter ni Derian? Porque yo no soy ese primo viudo que necesita de vos para sacar adelante a Ronnie. Lo quiero todo de vos. Quiero que seáis mi...

—¡Callad, os lo ruego!

¿Por qué se lo tenía que poner tan difícil? ¿Por qué no podían bailar, ser suya por una noche y nada más? ¿Sin ataduras, sin promesas, sin dejarle el corazón roto cuando partiera para siempre?

—¿Tanto me teméis?

—No-no os temo —titubeó ella.

Pero sí, Erroll sabía que temía a lo que él le provocaba y le hacía sentir, a la conexión infinita que se establecía entre ellos en cuanto se miraban, haciendo que el resto del mundo dejase de existir, carente de cualquier importancia.

—Dejadme entonces que sueñe con haceros mía de nuevo mientras bailáis entre mis brazos. A nadie hago mal.

—¿Quién dice que tengáis que seguir soñando? —Él la enfrentó y alzó la orgullosa barbilla femenina para que lo mirara. Cat no cedió—. Cantad o besadme, os repito, sin más proposiciones o juramentos.

—¿Es vuestra condición esta noche?

—Sí —respondió ella con firmeza.

Ante semejante elección, ¿quién iba a ser el necio que pensara en bailes? Él, desde luego, no. La cogió por el mentón y la atrajo de nuevo hacia sí. No les importó besarse a la vista de todos y tampoco nadie pareció interesarse por ellos. La fiesta estaba en todo su apogeo y hasta el más tonto se entregaba a otros menesteres, bien fuera de la carne, gula o lujuria según los distintos apetitos, o de los licores. Las hogueras languidecían mientras las risas, los gemidos y las conversaciones se prodigaban por el valle. La calidez inusual de la noche acompañaba al festejo, a irse al bosque y perderse entre los matorrales. Se despidieron de Hamo con un gesto impaciente y sin dejar de agarrarse la cinturilla de la ropa. El hombre contuvo la risa y les guiñó un ojo desde lejos.

La pareja no siguió un camino concreto, pues allanaban cada tronco con el que se cruzaban sin darse tregua. Las sombras los abrazaban bajo las copas de los árboles mientras las manos de los amantes se perdían impacientes y se arrancaban gemidos, o medias sonrisas ansiosas que devoraban antes de pasar a las siguientes. Estaban solos, solos en medio de ese paisaje oscuro y a la vez resplandeciente. El bosque era espectador mudo de sus pasos.

Catherine parecía saber muy bien a dónde se encaminaba. Erroll solo se dejó llevar. Tenerla entre sus brazos era un sueño cumplido, del que daría hasta su último aliento por no despertar. La piel del guerrero ardía en deseo y sentía abotargada la cabeza como si estuviese ebrio, pero era de amor. Ese sentimiento que durante tanto tiempo había estado esquivándole y que ahora se le presentaba tan natural e intrínseco como respirar.

La gata ronroneó cuando sintió la palpitante masculinidad latir impaciente en sus caderas y buscó arrancarle un gutural gemido. Le agarró del calzón, introdujo la mano y acarició la acerada verga en toda su longitud.

—¿Con que esas tenemos, *mo piseag*? —jadeó él.

Catherine puso cara inocente, aunque una sonrisa traviesa en sus labios la delató. Lo tenía cogido por los mismísimos y la pequeña arpía estaba disfrutando de lo lindo. La dejaría jugar esta vez y acataría sus reglas, o al menos lo intentaría. Ante todo quería que estuviera segura, que lo deseara, que no hubiera lugar de arrepentimiento alguno cuando las luces comenzaran a clarear... Porque después de esa noche, de sellar de nuevo su amor, nada ni nadie le impediría pedirle la mano a Tom Berrycloth y hacerla su legítima esposa.

Catherine estaba ajena a las elucubraciones de su amante. Se abrió el corpiño lo justo, tomó la mano de él y se la llevó a su seno. Erroll tragó saliva, fijó la mirada en el brote endurecido y acarició su contorno, desde la areola rosada que lo rodeaba hasta el cremoso valle. Exhaló todo el aire y se humedeció los labios. ¡Por San Ninian que deseaba hacerlo sin premura, pero cada vez se le antojaba más difícil llevarlo a cabo!

—*Mo luaidh...* —murmuró a la vez que tomaba el rostro femenino entre sus manos, acercaba sus labios y apenas la tocaba con su cálido aliento.

La gata se estremeció y él se agachó lo justo para coger el borde del faldón del vestido.

—Menudas vistas —comentó con traviesa alevosía y sin dejar de pasearse a un escaso dedo de la suave curva de su cuello.

Entretanto, su mano derecha ascendía desde el fino tobillo hasta sus torneadas piernas.

—Ah... —gimió Catherine cuando los rudos dedos del irlandés alcanzaron su corva y poco después la unión de sus muslos.

Él se anticipó a su caída y la sostuvo frente a frente. La tomó por la nuca e incursionó salvaje en su boca. Ella se fue despojando del chal. Cualquier prenda le estorbaba, solo quería sentir su piel, por lo que no se anduvo con rodeos y, con un movimiento certero, se aflojó el vestido por completo, cayendo este a sus pies. Lo apartó sin importarle que se arrugara. La finísima camisola apenas le cubría las nalgas y las manos de Erroll cobraron vida propia. No se conformaron con la piel que quedaba al descubierto, muy al contrario, sus expertos dedos buscaron la humedad de ella y se internaron entre sus oscuros rizos, explorándola. Cat se arqueó ante la invasión y gimió en su boca. Seguían de pie, pero no les importaba. Ya habría tiempo de tumbarse sobre la hierba cuando las fuerzas flaquearan. Y no era el caso, aún no.

—¡Oh, Erroll, cuántas veces he soñado con este momento...! —exclamó antes que el irlandés atrapara uno de sus labios y tironeara de él.

—¿Sí, cuántas? —quiso saber sin darle tregua a ese botoncito oculto que tanto le gustaba y con la voz ronca por el deseo.

—Demasiadas... —gimió.

—Nunca son demasiadas si se trata de yacer en vuestros brazos, *mo piseag*.

—Adulador...

—¿Eso os parezco? —le preguntó socarrón mientras le mordía el labio de nuevo y la desestabilizaba lo justo para que se dejara caer en sus brazos. Acto seguido, devoró la línea del mentón y se detuvo un instante en la carne más sensible del cuello.

—Eso me parecéis.

Él la apartó lo justo para mirarla un instante, dispuesto a demostrarle lo contrario. Recorrió el perfil femenino hasta su boca e introdujo uno de sus dedos en ella, como había hecho antes en otros labios más íntimos. Catherine lo lamio con deleite y su verga respondió con renovado ímpetu. ¡Maldita fuera! O tomaba resuello o iba a correrse allí mismo. Como si le hubiese leído el pensamiento, la lengua rosada repasó el dedo masculino con regodeo. Erroll cerró los ojos un instante, la cogió por las nalgas y la aupó hasta que tuvo los senos a la altura de su rostro. Participaría en ese juego, ¡por supuesto!, dejándole un camino húmedo desde el pezón hasta la piel más sensible del cuello.

—¿Y cómo podría este humilde adulator haceros cambiar de opinión? —le susurró al oído.

El cálido aliento en su oreja la hizo estremecer.

—Seguid, os lo ruego.

—Responded —insistió mientras guiaba el dedo aún húmedo por su cuerpo.

La miró extasiado. Estaba tan hermosa...

—Vais por buen camino.

La voz de ella era apenas un murmullo débil entre jadeos. Erroll estuvo a punto de contestarle que el buen camino lo había elegido ella hacía rato, pero no iba a interrumpirla. Se deleitó allí donde el pulso se blandía enfebrecido por su aliento y la piel le respondía sublevándose. Los gemidos se alternaban con los suspiros. Estaba lista. Pero solo ella podría decidir si seguían adelante o no. Solo ella, al menos esta vez.

—¿A qué estáis esperando, maldito bárbaro? ¿Vais a dejar que lo haga todo yo sola? —le preguntó entregada y con cierto enojo que no provocó más que una ancha sonrisa en él.

—Podría... ¿Y sabéis? Lo gozaríais con gusto sabiendo que yo no dejaría de lamer ninguna de vuestras mieles.

El cuerpo de ella se estremeció de anticipación y su mirada se oscureció.

Catherine tenía los labios suaves e inflamados, pero necesitaba más, lo necesitaba todo de él y no solo sus besos o incitantes caricias que le hacían hervir la sangre. Lo atrajo hacia ella por la lazada de la túnica con lentitud. Erroll se dejó hacer, cautivo por la elocuente y felina mirada. La tomó por la cintura y ella se balanceó entre sus dedos como si continuaran bailando. Su risa cristalina tensó su entrepierna aún más y secó su garganta. Ella le ronroneó, se dio media vuelta y se separó el espacio justo para iniciar un baile. Primero dio un paso a la derecha, uno hacia atrás, después una vuelta... Erroll la seguía sin perder ni el compás ni su presa hasta que el deseo por perderse de nuevo en su boca fue demasiado imperioso para él. La abrazó con fuerza y se apoyó desde atrás en su hombro, faz con faz.

—No puedo perderos, no puedo —le confesó trémulo—. Os llevaríais mi corazón, mi alma, mi vida, la razón de mi existir... prefiero compartiros y odiaros por ello que echaros de menos un día más.

—¿Por qué decís eso? —le preguntó a la vez que se daba la vuelta para mirarlo.

—Sir Walter...

—Él no es nadie para mí —refutó ella—, de quien tenéis celos no es más que el señor de estas tierras, un enamoramiento de juventud, un amigo al que creía muerto.

—*Mo piseag...* ¡Qué poco sabéis de los hombres! —le recriminó con ojos enamorados a la vez que hundía su mano en sus cabellos y la acercaba a su boca—. ¡Qué poco sabéis...! —repitió justo antes de tomar sus labios y perderse en la profundidad del beso.

Ella se dejó llevar por la tempestad de emociones que él le provocaba. Si el verla junto a Sir Walter había conseguido que Erroll aceptara sus condiciones... bienvenido fuera, aunque debía ser honesta consigo misma: él nunca había dejado de mirarla como si en realidad estuviera ¿enamorado? Desechó esa idea con rapidez para dedicarse a ese beso, con el que renunciaba a recuperar su corazón, aunque él jamás llegase a saberlo. Lo amaba. Su confesión repiqueteaba aún en sus oídos y hacía que un cosquilleo de suma felicidad la hiciese flotar en un ensueño del que no quería despertarse por nada en el mundo.

«Os llevaríais mi corazón, mi alma, mi vida...», repitió sin dejar de saborear con la punta de la lengua cada recoveco de la boca masculina, haciendo que él le abrazara el talle con más fuerza y dejándole claro a quién

pertenecía. Pues era suya no solo por ser el padre de Ronnie, sino porque había sido el único hombre capaz de robarle el corazón.

Deambularon un poco más entre besos hasta llegar a un manto de helechos. Catherine acomodó unas cuantas de frondas sin percatarse de que él seguía con atención cada uno de sus contoneos. Ella se giró y alzó una ceja. Miró la parcial desnudez del guerrero con deleite, sin dejarse montículo o valle de aquel magnífico cuerpo por admirar. Una vez más.

—Os veo... contento —le respondió con la mirada fija en sus ojos azules, aunque parecía seguir recorriéndolo mentalmente.

—¿Verdad? Habrá que poner remedio...

Las carcajadas de ella no le incomodaron. Muy al contrario, su risa era música y pronto haría que la melodía fuera otra. Se apoyó sobre el codo del hombro herido y emitió un leve siseo de dolor. Ella fue a consolarlo, pero él guió su mano hacia su miembro.

—Así está mejor —dijo mientras ponía los ojos en blanco ante la caricia.

Catherine volvió a reírse.

—¡Seréis bribón!

—Pero os gusta —sentenció firme.

—En realidad...

—¿Uhhh? —apenas consiguió articular palabra.

—Me encanta.

—¿Qué os encanta?

—¡No me estabais escuchando! —se carcajeó ella.

—¡Claro que sí! —exclamó ofendido y cambiando de postura—, pero escuchaba a vuestro cuerpo.

—¿Y qué os dice?

—Que os sobra esa provocadora túnica —respondió antes de tomar su boca y besarla en profundidad, perdiendo ambos hasta el aliento.

—¿Algo más?

Asintió.

—Que os calle a besos —citó mientras la acariciaba con los labios apenas.

La despojó de cualquier tela al tiempo que sus besos descendían por su cuerpo sin dejarse un palmo de piel, provocando un renacido deseo en ella, hasta llegar al vértice íntimo de sus piernas. Catherine aguardó con ansia el



momento, se mordisqueó el labio y lo miró a los ojos. Estaba nerviosa y, distraída, le acarició el mentón. Raspaba un poquito y la hizo sonreír. Erroll no lo hacía. La miraba con fijeza, como pidiendo permiso. Ella ensortijó el corto cabello y lo atrajo para besarlo, pero Erroll no se dejó. No quería seguir jugando. Ya no podía. El deseo nublaba su juicio. El guerrero atrapó sus dedos traviosos y los mordisqueó antes de añadir:

—Y que me alimente de vos.

Sin más, hundió su intrépida lengua entre los pétalos y la flor se abrió para él. Catherine se arqueó sobre el lecho de hierba y deseó tener algo a lo que aferrarse. Apenas conseguía mantener el corazón en su pecho, la boca se le antojaba seca sin los besos de Erroll y su mente solo pedía que él siguiera donde estaba un poco más.

Un claro rayo de luna bañaba de bruñida plata la piel de la gata en medio de aquella nada que era todo para ella en ese momento. No habría cambiado aquel manto de estrellas y aquel recóndito rincón del bosque por el más suntuoso palacio, porque no necesitaba más. Solo lo necesitaba a él. Por todo su cuerpo. Entre sus piernas. El orgasmo llegó como un trueno en medio de la tormenta, pero las caricias del amante no cesaron por ello.

Erroll buscó saciarse sin éxito. El suave aroma del sexo femenino lo tenía embrujado. Todo de ella, en realidad. Se incorporó lo justo para guiar su verga y penetrarla de una certera embestida. Después agarró a Cat por la cintura e impuso un ritmo rápido y acuciante. Los gemidos de ambos rasgaron el silencio. Ella se abrazó a él. Le fallaban las fuerzas. Desmadejada, se dejó hacer hasta que su cuerpo sintió una nueva descarga que la atravesó de parte a parte.

—Erroll...

De sus labios no brotó ninguna otra palabra, pero solo oír su voz hizo que eyaculara. Esa fue la primera de otras tantas veces esa noche. No tuvo la precaución de hacerlo sobre su vientre, ni de separarse siquiera. Había querido sentir cómo el cuerpo de su amante exprimía cada gota para sí y cómo sus labios íntimos lo aferraban. Se sintió tentado a blasfemar, a gritar que había encontrado el paraíso, pero se contuvo. Era feliz. Sus músculos comenzaron a relajarse tras la última liberación, aunque no lo suficiente. De hecho, podría seguir embistiéndola si así lo quisiera, pero ella se había quedado rendida entre sus brazos.

Dormitaron durante un rato indefinido. Aún era noche cerrada cuando

Erroll se despertó con cierta mano traviesa acariciando su glande. Insaciable, pensó con más orgullo que reproche. La dejó hacer y simuló seguir dormido. El aliento cálido le hacía cosquillas en el fino vello que circundaba su ombligo y sintió los labios femeninos explorar su piel. Sin quererlo, respondió con un gruñido lento y ella levantó la cabeza, en busca de sus ojos.

—¿Habéis encontrado lo que andabais buscando?

—Creo que sí —replicó ella triunfal.

La tumbó de espaldas y se clavó en su carne sin más preámbulos.

—¿Era esto?

—Podría ser... No estoy muy segura, ¿lo podríais repetir?

Erroll ahogó una carcajada y la embistió con la misma destreza, arrancando un jadeo de ambos.

—Justo eso. ¿Seguís?

No hizo falta que se lo pidiera más veces. La cubrió primero con pausa y después con premura. Ella le rodeó la cintura con las piernas y se aferró a sus brazos. Entre ellos se sentía segura, amada y en paz. Erroll le murmuraba frases en gaélico. Catherine no las entendía del todo, pero era como un arrullo de amor que la envolvía y la iba alzando a la cumbre. Le sonrió enamorada y él le mordisqueó el labio, antes de apresarla y devorarla de nuevo.

Le habría resultado imposible citar algún lugar de su cuerpo que él no hubiese agasajado aquella noche y cada fibra de su ser renacía en cada caricia. El orgasmo les llegó entre susurros, sonrisas y besos. Erroll le apartó un mechón húmedo de cabello de la frente y le besó la punta de la nariz. Se derrumbó a su lado y ella se recostó sobre el fornido pecho masculino exhausta, saciada y feliz. Se adormiló de nuevo escuchando el latido de su corazón, mientras acariciaba el suave vello. Todo había sido perfecto esa noche y deseó que no terminara nunca.

Sin embargo, a veces los deseos se cumplen y no siempre son para bien. Cuando emprendieron el sendero que conducía a la cabaña, iban cogidos de la mano. Ella llevaba la trenza un poco deshilachada, pues no habían dejado de besarse por el camino, cualquier árbol o claro del bosque era bueno para dar rienda suelta a su amor. Él, soros de helecho en el pelo. Eran la viva imagen de la felicidad. Sin promesas. Sin ataduras. Con la certeza plena de que estaban hechos el uno para el otro. El hogar del pastor no debía quedar muy lejos, pero no se veía nada. Una densa neblina acariciaba el bosque, engulléndolo a medida que se acercaban al hogar. Erroll se adelantó unos

pasos de repente. Parecía nervioso. La miró con la preocupación pintada en el rostro.

—Esto no es niebla, Cat. Es humo.



## Capítulo 24

### INFIERNO

*Sutton, Inglaterra, primero de agosto de 1336.*

«¿Quién anda ahí?», fue a preguntar el anciano en voz alta pero se contuvo.

Faltaba poco para amanecer. El caballo de Erroll relinchaba y no había rastro del viejo Tom por más que le había silbado para que volviese a remolonear bajo sus pies. «Ese condenado perro...», musitó el abuelo de Cat para sus adentros. Su fiel amigo jamás se hubiese alejado de su lado por propia voluntad. Tom Berrycloth no era hombre que se asustara con facilidad, pero en ese momento agradeció estar solo, sobre todo después del ataque que habían sufrido días atrás. Cogió el azadón que tenía detrás de la puerta y escudriñó la espesura de la noche con ojos vidriosos. Asomó la cabeza, sin apenas traspasar el umbral, y vigiló las sombras.

Otro chillido ahogado. El caballo volvió a relinchar nervioso y el vello de sus ajados antebrazos se erizó como las púas de un puercoespín. «¿Qué ha sido eso?». Miró hacia la cuna y exhaló el aire algo más tranquilo, poco más en realidad. Guió sus pasos con extremo sigilo hacia el exterior y se dirigió al chiquero. «Lobos», pensó, pero demudó el rostro al verlo. Habría jurado que los demonios no existían hasta ese mismo instante. Sin embargo, ahí estaba: bañado en la sangre de sus pobres animales. El tizne con el que

había querido ocultarse el rostro apenas camuflaba su verdadera faz. El anciano dio un paso atrás cuando sus miradas se cruzaron.

—Vos no deberíais estar aquí —sentenció el engendro sin más.

—Podría deciros lo mismo —se envalentonó el anciano—. Es mi hogar.

—He venido a cobrarme lo que me prometisteis. Si no es mía, no será de otro.

—Dejadla en paz, Derian. Regresad a casa y perdonaré esta afrenta por los lazos que nos han unido, pero si volvéis...

—¿Qué pensáis que podríais hacerme, viejo?

Derian dio un paso hacia Tom, que aferró con fuerza el azadón. Si había llegado su hora, no moriría solo y tampoco quieto.

—Ni siquiera ese engreído podrá pararme —añadió el joven mientras escupía a un lado y blandía una torcida sonrisa en su macabra faz—. No, estando herido y metido en ese camastro.

¿Cómo sabía que Erroll...? No, no podía ser cierto. Él, no. Sin embargo, las piezas encajaron y el anciano dio un paso atrás. Derian estaba detrás de todo y él no había querido creerlo. ¡Maldito loco! ¡No se saldría con la suya, no si podía impedirlo! Debía salir del chiquero con vida y llegar hasta la cabaña.

—He oído que Sir Walter de Manny también ha vuelto —le espetó Tom con arrojo, sin referirle la mejoría del irlandés, ni tampoco que se encontraban en la fiesta del valle.

La perversa risa le heló la sangre. No era un cobarde, pero a punto estuvo de orinarse encima cuando la bestia degolló ante sus ojos al último cabritillo y lo arrojó al rincón. Sus ojos estaban inyectados en sangre, como el resto de su faz. Su voz tronó pausada, destilando pura maldad.

—También yo he venido a por lo que es mío. Hacedos a un lado y dejadme terminar lo que vine a hacer.

—¡No!

—No tenéis opción, viejo. Al alba, ya no tendrá nada ni nadie más que a mí.

Tom echó a correr hacia la cabaña con todas sus fuerzas y atrancó la puerta por dentro con el azadón. Apuntaló los ventanucos con dos maderos atravesados como hacía en invierno y esperó con el alma en vilo, extrañado por no advertir movimiento alguno en el exterior.

¿Se habría ido? Rogó a Dios que Derian hubiese entrado en razón y hubiese desistido de su afrenta. De hecho, hasta llegó a pensar que todo había sido un mal sueño. Sin embargo, la pesadilla no había hecho más que empezar. El inequívoco olor y calor que desprende la paja de centeno lo hizo mirar hacia la techumbre. Finos hilos de humo urdían lazos entre la hojarasca, pequeña avanzadilla de un escuadrón de fuego y muerte.

El anciano buscó a su alrededor algo que pudiera sofocar las primeras llamas, pero pronto supo que sería inútil. El implacable fuego lo devoraba todo y las pavesas incandescentes llovían del techo como estrellas fugaces. Se asomó entre las rendijas de los ventanucos para cerciorarse de que estaba solo, de que Derian solo había querido darle un susto, pero allí estaba: de pie, donde mejor podía verle, cubierto de tizne y sangre, en una de sus manos llevaba un hacha, en la otra el cuchillo que seguía goteando la vida de su piara... Esperándolo.

—¿Os escudáis tras una mujer, un viejo y un pobre niño? —vociferó—. ¡Salid y enfrentaos a mí como un hombre!

Tom se dejó caer junto a la pared. Su jergón era pasto de las llamas. Apoyó los codos sobre las rodillas y ocultó su faz unos segundos. Derian estaba loco. Aquel al que había querido como a un hijo, al que había alentado para que lo fuera, estaba dispuesto a acabar con todo lo que quería y tenía en la vida. No lo iba a consentir.

—¿Es que no me oís, maldito irlandés? —volvió a gritar—. ¡Cobarde bastardo, hijo de mala madre!

Derian seguía vociferando insultos sin saber que Tom estaba solo, que allí no hallaría a nadie más que a ese pobre viejo. El joven, a esas alturas, no tenía nada que perder. Él siempre había estado allí, en esa villa inmunda, esperando a que ella volviera. Perdonaría que hubiese engendrado a un bastardo, que lo hubiese humillado trayendo de la mano a otro. La perdonaría y ella terminaría agradeciéndoselo.

—¡Coceré a vuestro hijo en un caldero después de que vea cómo descuartizo a su padre!

Tom cerró los ojos y se armó de valor. Se levantó tosiendo a causa del humo y quitó como pudo el azadón de la puerta. Las quemaduras de sus manos eran el menor de sus males en tan aciago momento. Abrió y esperó a que el diablo entrara y el fuego del infierno los engullera.

El humo daba un aspecto fantasmagórico al bosque. A medida que se

iban acercando a la cabaña, el calor era más sofocante, la humareda más densa y una extraña luz amarillenta recortaba la silueta de los árboles. Catherine se recogió los bajos del vestido y se echó a correr. Tenía el corazón desbocado y un mal presentimiento la azuzaba hasta el límite de sus fuerzas. Erroll corrió tras ella alertado por ese mismo mal presagio. Cuando llegaron a la cabaña, la humilde edificación se había convertido en una gigantesca pira funeraria. Las llamas lamían las copas de los árboles cercanos y los devoraban regurgitando pavesas incandescentes en un espectáculo de abrumadora belleza.

Erroll la cogió por la cintura con fuerza para que no cometiese ninguna imprudencia, sopesando cómo entrar y sacarlos de allí ilesos. «En el caso de que estén vivos», pensó un instante, pero desechó la idea con rapidez. El corazón le latía desbocado y pareciera que el humo hubiese entrado en su mente. Catherine le dio un puntapié y echó a correr hacia el que fuera su hogar. La joven quiso gritar, pero los sonidos se le enredaron en las cuerdas vocales y apenas consiguió respirar a causa del humo. Boqueó como una trucha fuera del agua, exhausta, cuando apenas había recorrido medio centenar de pasos. El guerrero la alcanzó de nuevo y la arrastró hacia una zona segura. En ese mismo instante, parte de los maderos del tejado se vinieron abajo. Ella luchó por liberarse angustiada, con una fuerza que a duras penas Erroll consiguió contener a pesar de ser un hombre sin par.

—Ronnie... mi abuelo... —gimoteó.

Erroll miró hacia el fuego y suspiró con el alma hecha pedazos. Miró a su alrededor. La puerta estaba siendo devorada por las llamas, pero permanecía cerrada, hecho que le extrañó. El calor era asfixiante. No lo dudó más. Se tiró al pilón antes de meterse en ese horno y ante la atónita mirada de ella. El corazón le decía que llegaban demasiado tarde, que la muerte rondaba ya por el altozano, pero había que cerciorarse. Catherine balbuceaba entre sollozos sin saber qué hacer o a qué acudir primero. Erroll la tomó por los hombros y la enfrentó.

—Si están ahí, yo los sacaré. Mientras tanto, necesito que desatéis al caballo y abráis el chiquero aledaño a la cabaña. Tom nos matará si se le chamusca una de sus cabras.

Catherine asintió. En cualquier otra ocasión habría sonreído incluso, porque eso era justo lo que su abuelo les haría si le pasaba algo a uno de sus animales. Hizo lo que Erroll le había sugerido, desató a un encabritado Tizón e intentó calmarlo. Mas el caballo puso tierra de por medio en cuanto se vio

libre. No se lo reprochaba. Quizás consiguieran atraparlo más tarde.

No había tiempo que perder.

Se dirigió al redil sin querer mirar hacia las llamas, pues sabía que le flaquearían las fuerzas. El viejo Tom aguardaba en la entrada y su hocico fruncido le advirtió que no la había reconocido. Intentó acercarse. El perro gruñó como respuesta, aún más tenso. Catherine se agachó lentamente y tendió su mano, sin tocarlo. Tampoco enfrentó su mirada, dejó que fuera el animalito el que se acercara, el que la reconociera sin hostigarlo. Cuando sintió un lametón en los dedos, lo abrazó bien fuerte. El viejo Tom palmeó con el rabo el suelo y brincó a su lado hasta que la vio abrir el portalón del pequeño recinto. Entonces gimoteó y dio pasos atrás.

—¿Pero qué...? —comenzó a preguntarle a sabiendas que no iba a responderle.

Sin embargo, fue mirar en el interior y el alma se le cayó a los pies al ver a todos los animales muertos. Sintió que se mareaba de la misma angustia. Ya no tenía duda alguna de que alguien había provocado esa barbarie y quería destruir cualquier rastro con el incendio. Sofocada, guió al perro cerca del abrevadero e intentó localizar a Erroll, pero había desaparecido en medio de la debacle. La luz del alba comenzaba a rasgar un horizonte nuboso con el mismo tono dorado y rojizo de las llamas.

Cuando la ansiedad la tenía al límite de sus fuerzas, el guerrero salió entre las llamas con alguien sobre sus hombros. Llevaba la nariz y la boca con un jirón de su túnica empapado en agua. El fuego no daba tregua y los muros se desmoronaban ennegrecidos de hollín a su paso. Había tenido que entrar en la cabaña por uno de los ventanucos al no conseguir desatancar la puerta, que estaba siendo devorada de forma implacable.

Erroll había podido ver y respirar gracias al medio tejado vencido. El pequeño no estaba en su cuna. Blasfemó. Sin embargo, dos cuerpos adultos yacían en el suelo. Uno encima del otro. El más grande se había llevado la peor parte, pues un madero ardiendo le había partido la cabeza en dos, dejando un amasijo sanguinolento en llamas. El otro hombre apenas se veía bajo su peso. Apartó al primero, que era el que bloqueaba la puerta, y las fuerzas le fallaron ante el esfuerzo. El guerrero se frotó los ojos con el antebrazo y sollozó al ver al anciano. Parecía muerto. Echó un último vistazo a su alrededor y se lo cargó sobre el hombro sano. Las rodillas le temblaron, pero debían salir de ahí cuanto antes.



Catherine los recibió con los brazos abiertos. Erroll lo depositó con cuidado sobre el suelo y, sin mediar palabra, volvió a la cabaña. La joven abrazó a su abuelo y el anciano abrió los ojos.

—Derian...

—No habléis, abuelo. Reservad las fuerzas.

—Fue Derian.

La gata lo miró con extrañeza y limpió con el borde de su vestido la cara llena de hollín del anciano. Este comenzó a toser. No tenía buen aspecto. Catherine intentó calmarlo y le dio de beber un poco de agua. No era el momento de buscar culpables, sino de encontrar a su hijo.

—Os pondréis bien, abuelo. ¿Dónde está Ronnie? —No quería pensar en el malnacido de su vecino. Cada pensamiento estaba con su hijo.

Mas su abuelo parecía demasiado cansado como para articular palabra. Catherine se consumía en la desesperación al no obtener respuesta ni indicio de que el pequeño se encontrara bien. Sollozó. Su niño, su dulce niño... Las lágrimas luchaban por salir, pero su cuerpo se negaba ese consuelo. Las llamas eran cada vez más altas, el humo negro le raspaba la garganta y apenas podía ver qué quedaba de su hogar. Suspiró aliviada cuando vio a Erroll salir de nuevo de ese infierno. Sacaba a rastras a otro hombre de la cabaña y lo dejaba a unos pasos al ver la reacción temerosa del pastor, pero ni rastro de su hijo.

—Está muerto —sentenció el irlandés antes de que alguno preguntara.

El joven se arrodilló frente a ella e intentó abrazarla, pero la gata no se dejó.

—¿Y mi hijo? ¿También está muerto?

Erroll no supo qué responderle, en la cabaña no estaba el pequeño, de eso estaba seguro, pero ella no le dio tiempo a explicarse.

—Alejaos de mí, si no hubieseis insistido en venir aquí... Esta noche jamás habría ocurrido.

Catherine acarició el rostro del anciano entre lágrimas, sin querer ver lo injusta que había sido liberando aquel cruel pensamiento. El terror de perder a Ronnie había hablado por ella y le había dado voz a su mayor miedo. La gata dejó a su abuelo con cuidado y ni siquiera reparó en el cuerpo del otro hombre. Si era Derian, si él había provocado toda esa barbarie, buen final había tenido. Fue directa al pilón en busca de un cubo de agua para sofocar las llamas.

—No está en la cabaña —intentó pararla Erroll en vano.

Pero estaba obcecada y quería asegurarse. Solo necesitaba encontrarlo y a ser posible vivo. Se zafó de un nuevo abrazo del guerrero y lo empujó. Las lágrimas comenzaron a brotar solas, empapando su rostro y escurriéndose por el cuello. Los regueros de tizne le daban un aspecto temible, de pura desolación.

Erroll entendía su agonía y su desesperación. Él mismo sentía un hondo vacío en el pecho. Un frío que ni mil incendios caldearían. No tomó en cuenta ni sus gestos ni sus palabras. La dejó hacer, sin acercarse, apremiado por buscar una nueva entrada al infierno, aunque ya no se veía otra cosa que humo y fuego. Rasgó otro retal de la túnica y la empapó en el abrevadero, dispuesto a entrar de nuevo en ese festín de llamas, mientras rogaba a cualquier santo o dios antiguo que lo ayudara a encontrar al pequeño con vida. El viejo Tom gimoteaba a su lado y le mordisqueaba la bota reclamando su atención.

—No es momento —le dijo apartándolo, pero solo consiguió que el perro insistiera una vez más—. ¿Qué ocurre?

Lo guió donde el anciano y este intentó hablar.

—Ron...nie... no... es...tá.

Erroll lo cogió por los hombros y sopesó zarandearle para que hablara, pero aguardó a que el anciano resollase. Se había quedado quieto, con la mirada fija en algún punto y apenas respiraba. ¿Se habría muerto? La angustia se apoderó de Erroll.

—*Is briste mo chridhe* —susurró al cielo.

—Lo... sé —afirmó con una sonrisa triste—. No... me miréis así, en..tiendo vues...tra lengua.

El pastor tomó la mano del guerrero. Aún le quedaba hacer una cosa antes de irse en paz.

—Catherine...

Erroll entendió que quería despedirse. Tragó saliva, reunió fuerzas y la llamó. Ella, al verlo junto a su abuelo, soltó el cubo y no tardó en acudir.

—Ronnie está con Eda —dijo muy lentamente.

—¡Oh, gracias a Dios! —sollozó Catherine.

El anciano tomó la mano de su nieta y la colocó encima de la del irlandés. Ella se mostró reticente al principio e hizo un triste puchero. Sabía lo que eso significaba y no sabía cómo podría soportarlo. Erroll volvió a darle

un poco de agua al anciano y aprovechó para mirarla a los ojos. A duras penas guardaban la compostura.

—Nada os une a esta tierra, Catherine. Quiero que os vayáis con él y que seáis feliz. Prometedlo.

El anciano aguardó su respuesta y tosió un par de veces.

—Lo prometo, abuelo.

—Y vos... —dijo refiriéndose a Erroll—. Cumplid vuestra promesa.

—Haré mucho más que eso.

Catherine lloraba con desconsuelo. Por un lado, no quería dejar a su abuelo, decirle un último adiós. Por otro, deseaba abrazar cuanto antes a su hijo. El anciano le acarició el rostro.

—Siempre estuve orgulloso de vuestra madre, como también lo estoy de vos —Su voz era débil, sentida y profunda. Tom apretó los labios. La guadaña esperaba cerca y le concedía su último aliento antes de partir—. Ya sabéis dónde guardaba lo poco que tengo. Es vuestro, pequeña. Recordadme en la pradera y no postrado aquí. Os lo ruego. Tampoco os pediré que no me lloréis hoy, pero mañana sed fuerte, no miréis atrás y cumplid lo prometido.

—Que así sea.

Cerró los ojos de su abuelo cuando estos abandonaron su luz y gritó desgarrada. Esta vez permitió que Erroll la abrazara hasta que no le quedaron lágrimas. La luz tornó a un azul mortecino mientras la brisa arrastraba los jirones de humo, avivando las pocas llamas que quedaban. El cielo se cubría de nubes y amenazaba con una implacable tormenta.

—Llega tarde —comentó Erroll mirando al cielo.

—Llegamos tarde —rectificó ella.

—¡Cuánto lo siento, *mo ghrà!*

Ella lo miró con la tristeza pintada en su rostro y se hundió en el hueco de su cuello. Lo abrazó con fuerza, entre hipidos.

—No fue culpa vuestra, Erroll.

—Ni de nadie.

Catherine miró el bulto que yacía boca abajo con amargura. Cumpliría su promesa e intentaría ser feliz. Dejaría atrás el rencor, la venganza y sus miedos.

—Debemos partir.

Erroll asintió y silbó con fuerza. Tizón apareció entre la espesura del

bosque al galope, aunque el último tramo lo hizo al paso. El irlandés se acercó al caballo para tranquilizarlo. Después cogió una manta de las alforjas y cubrió el cuerpo sin vida del anciano.

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer. Catherine había desaparecido junto al viejo Tom, que llegó al rato dando saltitos y acezando. El perro gruñó a Erroll cuando vio que subía a su amo a lomos del caballo.

—No le gustaba montar —le explicó ella, o quizás solo manifestaba un recuerdo.

Erroll amarró un pequeño fardo con los pocos útiles que había conseguido encontrar y que podrían servirles, agradeciendo en el alma haber dejado sus pertenencias junto a Tizón. Ella hizo lo mismo al otro lado de la montura. Se pusieron en marcha sin mirar atrás, dejando que la lluvia borrara sus huellas y convirtiera el fuego en cenizas.

Cuando llegaron a la villa, algunos hombres se apartaron al verles. Llevaban cubos en sus manos. Debían haber visto el humo, pero llegaban tarde. Ellos también llegaban tarde. Derian no había podido elegir mejor ocasión. Tras la fiesta, los lugareños se despertarían resacosos y, para cuando se hubiesen percatado del fuego, las llamas habrían devorado toda la colina. Nadie se atrevió a preguntarles qué había pasado. Era evidente. Se persignaban al paso de Tizón y se quitaban sus sombreros como muestra de respeto al anciano pastor.

Hamo salió en ese momento por la puerta y se los encontró frente a su hogar. El buen hombre arrugó el entrecejo al verlos tan desvencijados, sin entender qué pasaba hasta que se percató de lo que portaban. La pareja había venido todo el camino cogida de la mano. Catherine además sujetaba las riendas del caballo. El grito de su mujer lo envaró y lo hizo reaccionar. Eda había salido tras él con el pequeño Ronnie en brazos para comentarle algo y al ver a sus amigos corrió hacia ellos, olvidando el resto.

—Estáis vivo...

Catherine cogió al bebé y lo abrazó con fuerza. Eda los abrazó a ambos y los tres lloraron, por muy diferentes motivos. Hamo se acercó a Erroll y miró hacia lo que se adivinaba eran los restos de Tom.

—¿Qué ha pasado?

—Derian incendió la cabaña y mató al ganado.

—¿No estabais?

Erroll negó avergonzado y bajó la cabeza. Si hubiesen estado quizás el

anciano siguiera vivo. No quiso pensar en ello. ¿De qué serviría? Esperó una reacción muy distinta del buen hombre, quizás algún reproche, pero Hamo lo abrazó con fuerza y palmeó su espalda, visiblemente afectado.

—Gracias a Dios —le dijo convencido, después se dirigió a su esposa para evitar habladurías innecesarias—. Eda, entrad en casa. Os llamaremos cuando esté todo listo.

Las mujeres así hicieron mientras varios vecinos les ayudaron a cavar la zanja. A nadie le importó que el cielo tronara, Tom había sido un hombre muy querido por todos. Amortajaron el cuerpo y lo dispusieron todo para la ceremonia. El sacerdote llegó entre aspavientos sin terminar de creerse las distintas versiones que los chiquillos le habían contado por el camino.

Catherine salió aseada y ataviada como correspondía de la casa de Eda. Llevaba un humilde vestido prestado y recogida su media melena en un tirante moño bajo. Ronnie iba prácticamente tapado con una piel fina curtida para resguardarlo de la lluvia. Había tanta gente que Erroll prefirió mantenerse en un discreto segundo plano. Sir Walter de Manny llegó minutos más tarde y se puso en la cabecera de la comitiva, junto a Catherine, Eda y Hamo.

La joven estaba destrozada y apenas se sostenía en pie. El señor de las tierras la sujetaba por el hombro y ella le dirigía de vez en cuando alguna triste mueca. No lo buscó con la mirada y Erroll siguió el cortejo por la cola, junto a los niños y las viudas. Cuando las campanas repicaron tres veces para dar inicio a la misa, en el pequeño camposanto no cabía un alma más.

El sacerdote no aprovechó la numerosa congregación de fieles para dar un sermón, sino para dar gracias por la vida y por haber tenido la suerte de compartir muchas tardes con el fallecido. Muchos asentían y otras secaban sus lágrimas en silencio.

—Tom Berrycloth no solo ha sido un buen hombre y un buen amigo... ha sido un buen pastor —terminó diciendo el sacerdote—. Cuidaba del rebaño, con el esmero con el que yo cuido de vosotros, mis fieles. Dios lo tenga en su gloria.

Catherine vertió sobre el rústico cajón de madera el primer puñado de tierra. Todos la siguieron hasta que se cubrió por completo. A continuación, colocaron piedras para que las alimañas no lo desenterraran y fijaron un mojón de piedra esculpido con unas iniciales en la cabecera. Catherine agradeció la deferencia y recibió el pésame de los presentes sin

desmoronarse. Eda acunaba a Ronnie a su lado.

Al finalizar la ceremonia, el señor de esas tierras buscó a Erroll con la mirada, se acercó y le tendió su mano. Acto seguido, le dio el pésame. Otros le siguieron.

—He de hablar con vos... a solas.

Erroll asintió y se alejaron unos pasos. Catherine los miró de soslayo y Eda apaciguó su inquietud colocándole la mano sobre su hombro.

—¿Qué ha pasado? No quiero las versiones dulces de los niños. Quiero la verdad.

—Derian mató al rebaño e incendió la cabaña —dijo Erroll sin más preámbulos.

—¡Maldito sea! —blasfemó Sir Walter—. Tenía que haberme enfrentado a él hacía años, pero juro que esta vez las pagaré.

—Poco importa.

Sir Walter alzó una ceja interrogante y se cruzó de brazos. A Erroll empezaba a hastiarle el interrogatorio. Él no era un escudero que tuviese que estar justificándose ante su capitán, pero por Catherine que contaría su versión para esclarecer los hechos.

—Cuando llegamos...

—¿Cuándo llegasteis? —le interrumpió el inglés ceñudo y respiró hondo. Una cosa era que los hubiese visto juntos en la fiesta del *Lugh-nassad* y otra muy distinta imaginarse el porqué de la demora de la pareja en el regreso al hogar. Sir Walter buscó las palabras con temple y calma—. En fin, proseguid. Os lo ruego.

Erroll entendió el esfuerzo que estaba haciendo y se ajustó a los hechos.

—Derian estaba en el interior de la cabaña sobre Tom y estaba muerto. Un madero de la techumbre le había abierto el cráneo y dejado muerto en el acto. El cuerpo impedía que se pudiese abrir la puerta desde fuera y tuve que entrar por un ventanuco. Por la posición, debía estar atacando al anciano cuando el madero cedió.

—Justicia divina —siseó Sir Walter.

—La habría sido de haber podido salir Tom con vida.

—Cierto, pero el viejo no era su objetivo...

—No.

Un breve silencio se adueñó de los pensamientos de ambos. Sir Walter

analizaba con rapidez los datos mientras que Erroll lo enfrentaba con los brazos cruzados y sin apartar la vista de ella. El objetivo de ese bastardo era el irlandés y su hijo. No le cupo duda alguna al señor. Años atrás, él mismo había sido víctima del amor enfermizo que Derian sentía por Catherine. Como consecuencia, él había tenido que mantenerse alejado del hogar familiar y de ella. Una obsesión que había perdurado en el tiempo y que lo había llevado a cometer semejante atrocidad. Derian se había cobrado su cruel venganza con la única persona que lo había querido en aquellas tierras, curioso.

—¿Entonces el ganado...? —quiso saber De Manny.

—Todo degollado.

Sir Walter masculló por lo bajo, se rascó la coronilla y se mesó la barba.

—¿Catherine sabrá cuántas cabezas de ganado pertenecían a cada quién?

Erroll asintió.

—Yo me haré cargo de los gastos. No dejaré a nadie en la miseria, os lo prometo. En cuanto a vos...

—¿Qué ocurre?

—¿Cuándo partís?

Erroll cambió de postura y puso los brazos en jarras, pero luego dio un paso hacia Sir Walter y lo encaró. Ya había soportado bastante a ese engreído. ¿Cómo se atrevía? No obstante, la calma del señor y la chispa de diversión de sus ojos le hizo recular y rectificar su primera intención de hacerle morder un poco el polvo. De hecho, exhibió una ancha sonrisa antes de decirle:

—Cuando Catherine y el niño estén listos para hacerlo.

Sir Walter se carcajeó.

—Me habría encantado teneros en mis huestes...

—Y a mí no tener motivos para enfrentarnos.

Al que hubiese sido cuarto hijo de un señor menor, paje de la reina Felipa, soldado de fortuna y actualmente uno de los mejores capitanes del ejército de Eduardo III de Inglaterra, le sorprendió la respuesta de Erroll.

—¿Teméis la guerra, norteño?

—Temo lo que se deja tras ella.

—Sabias palabras para un señor de la guerra. Quizás seáis más bardo que guerrero —le dijo ufano.

—Quizás, pero nunca conviene subestimar al enemigo.

—Por eso os he preguntado cuándo os vais.

Ambos rieron. Podría haberle caído hasta bien ese inglés después de todo, pensó Erroll, pero tenían asuntos pendientes más acuciantes.

—Por mí esta misma tarde...

—El camino más corto sería yendo al norte, cruzando el condado de las tierras de Bucca, después Northampton...

—No.

—¿No?

—No podemos volver a cruzar las tierras de Worthing —aclaró Erroll tajante.

Sir Walter volvió a fruncir el ceño. ¿De qué conocía el irlandés al *sheriff* Worthing? ¿Qué estaba ocultando ese bárbaro? ¿Catherine y el niño estarían a salvo con él? Por la amistad que los unía que lo averiguaría antes de que saliese de la villa camino a ninguna parte.

—Es la vía más segura y yo mismo podría expedir los salvoconductos necesarios hasta que lleguéis a la frontera —insistió.

—No es necesario, pues ya tenemos. Como os he dicho, no podemos arriesgarnos a pasar por allí.

Sir Walter lo cogió por la ajada túnica con violencia. Erroll no hizo nada por evitar el envite. Estaba demasiado cansado y el hombro herido le latía por el esfuerzo. Su falta de respuesta encolerizó más al inglés, que apretó las muelas antes de decirle:

—Por Catherine os juro que no tomaré represalias por ello, pero explicadme con todo lujo de detalles como habéis adquirido esos documentos.

—La baronesa Wake de Liddell y condesa de Kent nos lo proporcionó.

—¿Por qué diablos esa señora, dama de la reina Felipa, iba a haceros tal favor?

—No me lo hizo a mí —replicó Erroll hastiado, pero el gesto fiero del inglés hizo que moderase las ganas de mandarlo a paseo—. Lady Pulteney los solicitó.

—¿La anciana o la joven viuda?

—¿Qué os importará eso a vos?

Erroll no era hombre que destacase por su paciencia y solo el cansancio acumulado había evitado que el capitán inglés no yaciera en el suelo pidiendo clemencia.

—¡Hablad! —gritó De Manny.



—Lady Dunstana —contestó Catherine, que sabía que su amigo se pondría de su parte en cuanto supiese lo acontecido.

Ambos se giraron sorprendidos por no haberla oído llegar.

—Es una larga historia. Poneos cómodo, amigo mío.

Sir Walter soltó la túnica del irlandés e hizo un gesto conciliador con las manos. Se alejó un par de pasos y accedió.

—Yo... No quisiera importunaros en estos momentos, Catherine.

La gata se colocó entre ellos y miró a su amigo a los ojos.

—Es necesario.

—Hablad pues —la incitó este, ofreciéndole un sitio en un banco de piedra cercano.

Erroll resopló. En ese banco solo había sitio para dos. Ellos dos. Debería quedarse, pero ¿Catherine lo había mirado siquiera? No, había comenzado a contarle la historia desde que se uniera a la caravana de artistas años atrás sin prestarle ni una pizca de atención. Estaba cansado. Ambos lo estaban. Se frotó los ojos, se olió la axila y torció el gesto. Necesitaba con urgencia un buen baño y descanso. Ya tendría tiempo de hablar con ella después.

—Si me disculpáis... —dijo con brusquedad antes de marcharse.

Sin embargo, no había dado más que unos pasos cuando una fuerte mano lo sujetó por el antebrazo y lo paró en seco.

—Nada tenéis que temer de mí —aclaró De Manny.

—Y nada temo.

Erroll obvió a su contrincante y la miró un instante a los ojos. Catherine le dedicó una breve sonrisa. Suficiente. Después de haber conseguido escapar de aquel infierno, no necesitaba más. Ajeno a ese intercambio de miradas, Sir Walter de Manny le preguntó socarrón:

—¿Tan seguro estáis?

El irlandés se deshizo molesto de la sujeción del capitán. Sabía que se trataba de una broma, pero no estaba para juegos.

—Sí, pues confío en su criterio.

—¿Y qué criterio es ese? —se carcajeó el otro.

—El que os permite seguir con vida.

De Manny se giró intrigado hacia Catherine. Ella se excusó.

—Aún no me ha dado tiempo de contarle esa parte de la historia, Erroll.



## Capítulo 25

### ARENA Y SANGRE

*Puerto de Bilbao, España, agosto de 1336.*

—¡No podéis estar hablando en serio, Don Alonso! ¿Sabéis lo que tardaríamos en hacer el camino por tierra?

Isabel no dejaba de dar paseos en la pequeña habitación como si fuese un animal enjaulado. Malen seguía en su estado de mutismo y afilaba el filo de su daga con una piedra. A Don Alonso le exasperaba el sonido del acero, el no haber sido capaz de encontrar al capitán del navío y la falta de comprensión por parte de Isabel. ¡Por supuesto que sabía que hacer el viaje por tierra era un peligro añadido! Pero no veía otra solución. A la mañana siguiente partiría el navío y aún no había conseguido negociar los malditos pasajes.

—Eso sin contar con que Inglaterra y Francia están a punto de declararse una guerra abierta —siguió la joven con las lecciones de historia de su padre bien aprendidas—. Eduardo III se la tiene jurada a los galos desde que derrotaran a las fuerzas de su padre en la Guerra de los San Sardos.

Malen sonrió ladina ante el nombramiento de aquella guerra. Resumir que Eduardo II, rey de Inglaterra y duque de Aquitania, había sido derrotado, era ser demasiado benévola con aquel malnacido, perseguidor de escoceses. Había sido el instigador de la revuelta de sus señores feudales contra la

corona francesa. No disponía de dinero ni de hombres y, por más veces que intentó desligarse de aquel entuerto ante el poderío francés, se vio con las tropas galas en la frontera de Aquitania. Aquello fue una masacre rápida. Su recordatorio le había alegrado el humor sin duda.

—¿Habéis conseguido vuestro barco al menos? —siguió preguntando Isabel y, por un instante, Malen sintió lástima por Don Alonso.

—¡Por supuesto que no!

—¿Y a qué estáis esperando, por Dios Bendito? —Ambos se sorprendieron por oírla blasfemar—. El rey os ha pedido cumplir una misión.

—Pues tendrá que esperar —replicó él con tozudez.

Isabel lo cogió por los hombros e hizo que la mirara.

—Nadie hace esperar a un rey. Si mañana perdemos ese barco, Malen y yo nos la ingeniaremos para ir por tierra o por mar a Escocia, pero vos partiréis de inmediato a entrevistaros con el obispo.

—¿Tantas ganas tenéis de perderme de vista?

El rostro de Isabel se contrajo afligido.

—¿Cómo podéis decir eso, Don Alonso? ¡Sobre todo después de lo que hemos vivido juntos!

Él la miró con ojos ciegos, prendado de su boca, deseando enroscarse en su aliento. Cada fibra de su ser la clamaba. ¿Por qué Dios le imponía tan dura prueba? ¿Por qué era tan cruel? Sería tan fácil forzarla y hacerla suya... Se frotó el rostro con dureza, haciendo a un lado esos pensamientos tan impropios de un hombre enamorado y de fe.

—He de irme.

—¡Pero si acabáis de llegar! —exclamó ella que no entendía nada.

—He de buscar al capitán.

—¿Así vestido? —preguntó Malen después de un día de silencio.

Don Alonso fulminó a la escocesa con la mirada. ¿Acaso esa mujer solo hablaba para menospreciarle?

—¿Qué le ocurre a mis ropas? —dijo abriéndose la capa.

—Alguien podría reconocerlos, mi buen amigo. Malen tiene razón. ¿Cómo explicaríais vuestra presencia tan al norte? Nadie debe saber que el rey quiere que los obispos ratifiquen la tregua antes de que el rey de Portugal se pronuncie.

Don Alonso levantó las manos y capituló.

—Está bien, vosotras ganáis. Me he paseado durante todo el día por

estos muelles distinguido como miembro de la Orden de la Banda y teniendo al señor de estas tierras sitiado en Lerma por Alfonso XI, ciertamente es lo más estúpido que he hecho en mucho tiempo.

Malen alzó una ceja.

—¿En serio?

—Sí —afirmó rotundo.

La escocesa se levantó, le dio una palmadita en el hombro y le dijo:

—Debéis vivir más, Don Alonso, mi buen amigo —parafraseó como si fuese Isabel.

La de Ayala contuvo la risa. La escocesa y el ricohombre debían tener la misma edad. Una había vivido demasiado y al otro apenas lo habían dejado salir del cascarón. Don Alonso se quitó la sobre túnica blanca y la banda carmesí, quedándose en camisa y con unas ajustadas calzas de cuero. Se sintió observado y decidió marcharse a enfriar sus sentimientos en cualquier parte. En cualquiera que le hiciese olvidar esos ojos verdes, esa piel como la nieve y esos labios dulces. Dio un portazo.

—¿Sabéis vos que le ocurre ahora?

—Que le aprietan las calzas —musitó Malen.

—Yo he visto que le quedaban muy bien, ¿por qué lo decís? —preguntó Isabel con la inocencia que la caracterizaba.

La mirada traviesa de la escocesa lo dijo todo.

—¿Os referís a...?

El rostro como una amapola de Isabel confirmó que por fin lo había entendido. Se abanicó con una mano, necesitada de aliento.

—Ya veo que estáis mejor y que habéis dejado de castigarnos con vuestro silencio.

Malen torció el gesto ante el reproche y se excusó.

—Necesitaba pensar en los pasos a seguir y darle un poco de espacio al pobre Don Alonso.

Isabel sonrió y miró por el ventanuco hacia el exterior. Lenguas de oro y grana lamían el horizonte. El molesto rugido de sus tripas le recordó que tenía hambre. No hizo falta que le dijera nada a la escocesa, que ya se había guardado el alma y abría la puerta presta.

—¿No deberíamos esperarle?

—Lo que deberíamos hacer es no perderlo de vista. En el estado en el que estaba, no es de extrañar que se busque problemas.

Isabel se apresuró a salir y bajar las escaleras. El salón de la posada estaba a rebosar y el olor a estofado grasiento le provocó una arcada.

—¿Qué tal si buscamos cualquier otro sitio donde comer?

Les fue difícil abrirse paso entre los marineros, que a la mínima oportunidad las agarraban por la cintura y las sentaban en su regazo. Isabel les palmoteaba las manos e intentaba desasirse, lo que provocaba las carcajadas de los que estaban alrededor y aún más interés en su captor. Malen solo tenía que ponerle la punta de su daga bajo el mentón para que la dejaran en paz.

—Creo que voy a tener que enseñaros muchas cosas si queremos sobrevivir —murmuró la escocesa cuando consiguió sacar a su amiga de aquel tugurio.

Solo pensar que tendrían que volver a pasar por lo mismo cuando terminaran de su paseo nocturno le daban escalofríos. Respiró el aire del mar. La marea estaba comenzando a bajar y con ella arrastraba hacia el fondo la podredumbre del puerto. Isabel debería haber cogido la capa, pensó al verla temblar y su intuición fue abrazarla para darle calor. Se quedaron frente a la orilla durante mucho rato, escuchando el sonido suave de las olas. El cielo lucía oscuro y las estrellas lo moteaban. Apenas una franja decreciente de la luna lo rasgaba y se reflejaba en el mar en calma.

—Hermosa noche para encontrar sirenas...

Malen se envaró y puso a Isabel tras ella. Eran cuatro hombres. Demasiados. Reconoció a uno de ellos. El filo de su daga había besado su cuello un rato antes. El muy bastardo debía haberlas seguido y buscado refuerzos. Miró a su alrededor, pero el mar les cortaba la retirada. Le pasó una daga a Isabel. Seguía temblorosa, pero esta vez no era por frío, sino por miedo.

—¿Qué vamos a hacer? —le musitó en la oreja.

Malen seguía con la vista fija en los recién llegados, calculando sus pasos. Estaban borrachos, pero no lo suficiente. Los maldijo.

—¿Sabéis utilizarla? —le preguntó la escocesa, refiriéndose a la daga.

—Lo suficiente —aunque Isabel no parecía muy convencida cuando lo dijo—. ¿No sería mejor gritar y pedir auxilio?

—¿Acaso cuatro violadores no os parecen suficientes?

Malen se arrepintió de haberle hablado con tanta dureza. Al fin y al cabo, Isabel era una joven dama que había vivido gran parte de su vida en un convento.

—Yo los entretendré y vos correréis en busca de Don Alonso. Si alguno os alcanza, rebanarle el cuello o hundidle la daga en la ingle. ¿Lo sabréis hacer?

Isabel asintió.

—¿De qué habláis, sirenitas? —preguntó el que había intentado sobar a Malen en la taberna—. ¿Decidiendo cuál probará mis mieles primero?

—Seguro que sabe a hiel más bien —le contestó ella con provocación a la vez que le daba la señal a Isabel de que echase a correr.

Los hombres estaban riéndose por el desparpajo de la rubia y solo uno se dio cuenta de que la otra se marchaba. Se lo comunicó al que parecía el jefe de ellos, pero este estaba concentrado en hacerle tragar a la rubia su verga y sus palabras.

El bravucón acortó los pasos y esquivó el tajo lo justo para salvarle la vida, pero no un corte en la cara. La abofeteó. Malen escuchó los gritos de Isabel a lo lejos pidiendo auxilio. El bastardo la tenía cogida por el pelo y ella le mordió el antebrazo. Le dio un puñetazo y la dejó aturdida.

—Tendremos que hacer que esta putita disfrute un poco antes de que nos abra la boca con gusto.

Los otros dos rieron como tontos las gracias del jefe.

—¡Sujetadla!

Malen se vio aprisionada en el suelo y le escupió en la cara. Quería enfurecerlo. Quería que le pegara hasta perder el sentido y así no recordar. Ella solo había querido iniciar una nueva vida lejos de todo aquello, pero el destino parecía querer recordarle a cada paso lo que era: una puta. Sintió como le abrían las piernas y pataleó. Después sintió todo el peso de ese desgraciado encima y pensó que moriría aplastada. Un extraño calor viscoso le empapó el abdomen. Estaba aturdida y boqueaba por falta de aire. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas y caían por la arena.

Alguien la liberó de aquel peso inerte y sus pulmones reclamaron aire. Malen se incorporó lo justo para ver a aquel vizcaíno fornido que les había dado el alto aquella mañana y a Isabel manchada de arena y sangre. Su amiga corrió y se arrodilló a su vera. Sin importarle nada más. Lloraba y hablaba entre hipidos. No la entendía. La escocesa no era de las que se desmayaban, pero de repente el cielo se volvió negro en su totalidad.

El vizcaíno cogió en brazos a la muchacha tras comprobar que seguía viva y le pidió a Isabel que lo guiara. Había sido una suerte encontrarla en el

muelle al terminar la ronda y reconocerla. Parecía asustada y gritaba el nombre de Don Alonso con una angustia desgarradora. Debía de ser del ricohombre que las acompañaba por la mañana, pensó y le extrañó que anduviera sola por el puerto sin la compañía de la otra mujer. ¿Le habría pasado algo?

Doña María le había pedido que los vigilara hasta que se hubiesen embarcado, pero el ricohombre se había pasado la tarde indagando sobre un navío concreto y las mujeres no habían salido de la habitación hasta entonces. Se había olvidado por completo de ellos. ¡Maldición! Si les pasaba algo, tendría que vérselas con la joven señora y perdería su puesto de trabajo. Doña María era joven y todos la conocían por la Buena, pero dejaba de serlo cuando se la contrariaba, floreciendo un genio impropio en alguien tan joven.

Decidió acercarse y vio tras la muchacha a un marinero con mal pelaje. Se arremangó y, sin pedirles cuentas, fue al encuentro del maleante. Isabel se tropezó con él y la daga se le cayó. Él la apartó y la cubrió con su cuerpo.

—¡Yo la vi primero!

—Hasta eso podríamos cuestionarlo —le contestó el vizcaíno, que lo cogió con fuerza por los hombros, le dio un cabezazo y lo noqueó.

Isabel había recuperado la daga y la asía con más fuerza.

—¿No me reconocéis? Soy el de esta mañana. El que casi os tira del caballo —La joven no reaccionaba—. ¿Dónde está vuestra amiga?

Los ojos de Isabel miraron a la playa y el hombre echó a correr con ella detrás. Al llegar, miró enfurecido a los hombres, que no se percataron de que tenían compañía. El vizcaíno pensó que quizás no llegara a tiempo de socorrerla pero por San Bidun que impediría que esos tres disfrutaran del ultraje. Hincó su daga en el costado del que estaba sobre ella y después le cortó el gaznate. Uno de los que sujetaban a la mujer fue a apartarlo y defenderse pero, sin limpiar su arma, le clavó la daga en el corazón. El otro dio un par de pasos atrás en un intento de huir, pero tropezó. Estaba pendiente de él, por lo que no vio cómo por detrás se le acercaba la otra joven y le arrancaba la vida de cuajo, clavándole la daga en el cuello y sacando el filo de la misma por la nuez.

El vizcaíno la miró a los ojos y asintió con admiración. Había sido un estoque digno de un buen carnicero. Volvió sobre el que estaba encima y lo cogió del pelo, apartándose. La rubia estaba viva y podía contarle. Él no

tenía que saber más. La llevó en volandas a la habitación.

—¿Puedo pedir os un último favor? —preguntó Isabel al ver que él se marchaba.

—Claro, mujer.

—Si lo veis, no le digáis nada. A Malen no le gustaría.

El vizcaíno miró a la rubia que dormía en el camastro, salvo por algunas magulladuras y el corte del labio, no parecía haber salido muy mal parada. Asintió y se aseguró de que cerraban bien la puerta al salir. Iría en busca del ricohombre y le explicaría lo que había pasado. Estaba siendo una noche muy larga para ser verano.

Lo encontró en medio de una timba de cartas y esperó hasta que ganó la mano. Don Alonso apretó los labios al reconocerlo y recogió las ganancias. Se despidió de los presentes y estos refunfuñaron entre aliviados y descontentos por no darles la revancha.

—¿Qué queréis? —preguntó sin más preámbulos—. ¿Os manda la señora?

El vizcaíno negó, esperó a que salieran del tugurio y se aseguró de que no hubiese nadie.

—Os ayudaré a encontrar al capitán.

—¿Cómo sabéis que...?

—Yo sé todo lo que pasa en este puerto —lo interrumpió sin más—. El capitán que buscáis se llama Tello, es oriundo de aquí y se casó con una inglesa a la que todos llamamos «Ani». Lleva veinte años haciendo la misma ruta y nunca le ha importado las guerras que se cuezan en aquella isla, porque así vende toda la mercancía a precios más altos. No viven muy lejos de aquí, puedo llevaros a pesar de las horas, pero no os garantizo nada. No acostumbra a llevar pasajeros.

—¿Por qué lo hacéis? —le preguntó antes de encender una antorcha y echarse a andar.

—Por ellas, ya han sufrido bastante.

Don Alonso apretó el paso y se puso frente a él. El vizcaíno le sacaba casi una cabeza y no habría podido abarcarlo con los brazos aunque quisiera, pero lo frenó con la mano puesta en el fornido pecho.

—¿Qué habéis querido decir?

—Apartaos, o regreso a mi casa y aquí os dejo.

El joven se quedó contrariado con la respuesta. ¿Qué le estaba



ocultando ese hombre o lo había dicho por decir? Sin embargo, necesitaba esos pasajes. Podría buscar al tal Tello por sí solo, pero seguro que un vecino conseguiría convencerlo antes que un desconocido. Además no podía arriesgarse a que el barco zarpara sin ellas al día siguiente. Se tragó las bilis y resopló.

—Está bien. Pero después me lo contaréis. ¿De acuerdo?

—Ya veremos.

Siguieron andando y cruzaron una pequeña huerta. La cabaña era de madera, más grande que las de su alrededor, pero en vez de la acostumbrada techumbre de paja esta era de lascas de piedra. Llamaron al portalón y un perro les salió al encuentro ladrando con ferocidad. El vizcaíno se agachó y acarició la cabeza del cachorro, aunque el animal seguía gruñendo.

Un hombre de mediana edad se acercó a ellos.

—Fernán, por Dios Bendito, que zarpo mañana. ¿Qué puedo ofreceros a estas horas impías? —le preguntó socarrón mientras se recolocaba el calzón—. Ani se enfadará si tardo. Ya me entendéis.

El vizcaíno fornido, de nombre Fernán, se carcajeó. Don Alonso se sintió incómodo al saber que habían interrumpido a la pareja y fue a decir que volverían a la mañana siguiente, pero Fernán se adelantó.

—Necesito que llevéis mañana a dos damas en vuestro barco.

El hombre frunció el ceño.

—Sabéis que no me gusta llevar a mujeres en mis viajes. Los hombres se amotinan y se entretienen más de la cuenta con tal de ver un canalillo.

—Lo sé, lo sé. Pero os debería un favor y a la señora le quitaríais un quebradero de cabeza de encima.

—¿En qué puerto debería de dejarlas?

—En Ayr —respondió Don Alonso, que por primera vez intervenía en la conversación.

—¿Y quién es este? ¿Un nuevo amigo? —preguntó Tello ignorándolo con descaro.

—Uno de la Banda.

El capitán miró de arriba abajo al ricohombre.

—No se ve gran cosa.

Don Alonso se mordió la lengua con tal de no mostrarle el acero de su espada, por mucho menos se había peleado con un hombre.

—¿Las llevaréis con vos?

—Si no surge ningún contratiempo...

—Quizás esto haga que no aparezca ninguno. ¿No os parece? —le dijo poniéndole una bolsa de monedas de oro y plata en la mano—. ¿Hay trato?

El capitán Tello miró a su vecino a los ojos y este se encogió de hombros. Calculó cuánto podría haber dentro y una sonrisa le iluminó el rostro fugazmente.

—Es mucho hasta por llevar a dos mujeres. ¿De qué huyen?

—De un demonio. Poco más tenéis que saber.

Al capitán no pareció agradarle la respuesta y fue a devolverle la bolsa. Era supersticioso.

—El demonio tiene nombre y apellido. Es un ricohombre castellano que se quiere casar con una de ellas a la fuerza cuando ya tiene esposa e hijo que lo aguarden —les explicó Don Alonso.

Quizás con la verdad por delante consiguiera mucho más con esos hombres.

—¿Y el rey lo permite?

—El rey les ha permitido marcharse como ellas desean.

—¿Quién quiere marcharse a un país en guerra? —preguntó el capitán, que sabía las penurias que estaban empezando a pasar los escoceses con el hostigamiento inglés.

—Quizás uno que nació allí.

—Ya decía yo que la rubia tenía un acento extraño —comentó Fernán rascándose la barba y torciendo un poco la boca.

Alonso sonrió, con ese gesto el hombre no parecía tan fiero.

—No es tan mala como parece. Solo necesita una oportunidad —masculló Don Alonso que sin saber muy bien por qué, tuvo la necesidad de defender a Malen.

Fernán, el vizcaíno, demudó el rostro y miró de nuevo a su amigo, que aún sopesaba una respuesta. A Don Alonso no se le pasó por alto el detalle, pero no le insistiría a ese grandullón hasta que no hubiesen cerrado el trato.

—Y yo se la daría si pudiera —comenzó a decir el capitán, devolviéndole el dinero—. Hay más en esta bolsa que lo que pueda sacar por el cargamento, pero el camarote ya estaba apalabrado. Hace unos días llegó a puerto El Misericordia, el que cubre mi ruta pero sale de Santa María del Puerto —aclaró el capitán y Don Alonso asintió, pues el ricohombre era muy aficionado a los barcos y había viajado precisamente en ese en un par de

ocasiones—. Había sido atracado cerca de Bermeo y había sufrido daños de diversa índole. Llevaba un pasajero con ellos. Uno que su capitán me hizo jurar que lo llevaría a puerto y pagó por adelantado y bien. Solo tengo un camarote y una palabra.

Don Alonso rebuscó entre sus ropas y sacó otra bolsita.

—Ese buen hombre podrá esperar al siguiente barco.

—Lo hablaré con él al alba, pero no os prometo nada. Esos hombres son tercos como mulas y este parece tener tantas ganas como vuestras damas de meterse de lleno en una guerra.

—¿Entonces hay trato?

—De momento, lo hay.

No era el mejor trato del mundo. Don Alonso estaba acostumbrado a otro tipo de negociaciones, donde la verborrea y la diplomacia imperaban. Pero menos era nada, había conseguido hablar con el esquivo capitán del *Auria* y arrancarle lo más parecido a un trato, aunque sin garantías. Debería haberle preguntado más datos sobre aquel desconocido pasajero, haberle buscado él mismo y haber llevado la negociación del pasaje sin intermediarios. Demasiados «debería» en su vida como para arrepentirse a estas alturas de su existencia. El capitán cerró la puerta en sus narices sin despedirse y Fernán, el vizcaíno, no esperó que le iluminara el camino con la antorcha, simplemente se marchó.

—¡Esperad!

—¿Qué queréis ahora? —gruñó enfadado Fernán.

—Tenemos que hablar.

—No tengo nada de qué hablar a estas horas. Regreso a casa. Al alba estaré en el paso del puente.

¿Aquello era una invitación? Sin embargo no le dio tiempo a preguntárselo, pues estaba solo en un abrir de ojos. ¿Dónde se había metido ese hombre? Don Alonso iluminó las distintas direcciones del camino, pero hasta la luna parecía burlarse de él, convertida en apenas una línea curva e insolente. Suspiró. Él también estaba cansado y bien haría con dormir unas horas antes del amanecer.

Un crujido de rama seca lo sobresaltó y dejó de andar para encarar las sombras de la noche con la antorcha. No había nadie. Un extraño silencio lo envolvía todo. Aceleró el paso con la insidiosa sensación de ser observado en la nuca. «Debe ser el cansancio, que comienza a pasarme factura», pensó. No

obstante, cogió la antorcha con la mano izquierda y con la otra acarició el pomo de su espada. Al fin y al cabo estaban en un puerto y por mucho menos de lo que llevaba encima matarían a cien hombres.

A la mañana siguiente, Fernán dejó a medias la conversación de su compañero en cuanto vio al ricohombre al otro lado del puente. El castellano era cansino como una mosca en la época de la vendimia. Cruzó el paso a grandes zancadas y lo cogió del antebrazo de malos modos. Don Alonso era un guerrero curtido en lides, pero ese hombre tenía la fortaleza de un toro bravo.

—¿Qué hacéis aquí?

—Tenemos una conversación pendiente —le respondió Don Alonso zafándose del agarre.

El ricohombre no estaba de humor. Había dormido poco, por decir algo, y las ojeras ennegrecían su semblante dándole un aspecto poco saludable. Se recolocó las ropas. Se había dirigido al puente nada más despuntar el alba y antes de ir en busca de las mujeres.

—No deberíais ir vestido así por aquí —volvió a gruñir el guardián del paso.

—Eso me han dicho —le respondió desafiante.

—Pues bien podíais haberles hecho caso —le dijo cerrándole la capa y ocultando así el fajín carmesí propio de la Orden de la Banda—. ¿Cuándo os vais?

¿Cómo se atrevía a hablarle así a uno de los hombres del rey?

—Embarcaré rumbo a Rennes en cuanto las señoras hayan zarpado en el Auria.

—No deberíais dejarlas partir solas... —siseó.

—Es su deseo.

¿Cómo se atrevía a juzgarlo sin conocerlo?

El compañero de Fernán lo llamó para que ayudara y el vizcaíno lo dejó allí plantado. Una carreta se había quedado bloqueada en medio del puente. Junto a su compañero y otros dos hombres consiguieron que la rueda superase un agujero y siguiera su camino al muelle. Fernán se sacudió las manos y compartieron unas chanzas entre ellos. Don Alonso parecía estar viendo a otro hombre, uno que no le respondía a gruñidos, hastiado y con ganas de quebrarlo a cada instante.

—Os ahorraríais mucho trabajo si alguien rellenara ese agujero con gravilla.

Fernán volvió el rostro hacia el lugar de la incidencia y asintió.

—Es posible, pero entonces no sería tan divertido.

—Decidme, ¿a qué vino ese «ya han sufrido bastante»?

—Sois más curioso que una vieja. Lo dije por decir. ¿Contento?

Don Alonso se cruzó de brazos y le impidió el paso. Sabía que no tendría oportunidad alguna en una lucha cuerpo a cuerpo, pero debía de intentarlo. Ese hombre sabía más de lo que decía y quería averiguar qué era.

—Creo que deberíais ir a la posada y contarle la nueva de los pasajes. El tiempo apremia y yo no quiero problemas.

El tono sosegado de la voz de Fernán le hizo desistir. Quizás solo hubiese sido una forma de hablar, sin más, y él se estaba devanando los sesos por una tontería.

—Está bien. Vos ganáis —dijo alzando las manos a modo de rendición—. Que tengáis un buen día.

Fernán volvió a cerrarle la capa, que con el gesto se había abierto, y le advirtió.

—Sed cauteloso si queréis llegar a viejo. Id con Dios.

Don Alonso cerró la boca y aceptó el consejo. Últimamente estaba distraído y le costaba pensar con claridad. Pronto volvería a ser el de antes, un poco más vacío, un poco más muerto, pero el de antes. Dejar marchar para siempre a Isabel estaba siendo un martirio. ¿Cómo iba a poder acostumbrarse? Ella era su sol, su risa, sus ganas de volver y su hogar. Isabel lo era todo y, quizás por ello, Dios había elegido bien su sacrificio.

Tomó bocado antes de reunirse con las mujeres. Estaba inquieto y miró a su alrededor en busca de respuestas. Alguien lo observaba desde la otra punta del local con ávido interés. Don Alonso le sostuvo la mirada hasta que el otro apuró la jarra, pagó y se esfumó. Sin embargo, la sensación de que lo vigilaban había vuelto. Dejó una moneda sobre la mesa y subió las escaleras con el corazón acelerado. ¿Estaría haciendo lo correcto? Si alguien iba tra él, lo más prudente habría sido avisarlas y quedar en cualquier parte. Pero allí no conocían a nadie más que a Fernán y a Doña María. Dudaba que ninguno de los dos se ofreciera a ayudarlos más de lo que habían hecho.

Isabel abrió antes que él se decidiera a llamar.

—¿Cómo lo habéis sabido?

Ella sonrió y la penumbra del pasillo desapareció como si hubiesen abierto un gran ventanal.

—He reconocido vuestros pasos —le dijo mientras se hacía a un lado para que él entrara—. Decidme que tenéis buenas noticias.

—Las tengo.

El olor a jabón y limpio llenó las fosas nasales del ricohombre. La tina aún estaba humeante y el pelo de ambas, húmedo. Quiso tocar esa seda negra con sus dedos. Olerla. Perderse. Habían tomado un baño. Se obligó a no recrear ciertas imágenes. El calzón se le tensó dolorosamente. Debía salir de allí cuanto antes. Volver al muelle, contener el aliento en sus apestosas calles. Sin embargo, la burbuja se rompió en cuanto Don Alonso advirtió el labio partido de la escocesa.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién os ha hecho esto?

Las palabras de Fernán se hicieron eco en su cabeza.

—Mataré a quien os haya hecho esto —prometió fuera de sí.

—Llegáis tarde —comentó la rubia con una dolorosa sonrisa—. Pero gracias, amigo, por ofrecerlos.

Don Alonso miró a Isabel en busca de respuestas.

—Salimos a dar un paseo y nos atacaron anoche.

Cerró los ojos esperando los gritos y la reprimenda del ricohombre, pero este solo se sentó en el catre vacío, hundió los hombros y se cubrió el rostro con las manos. Temblaba. Malen se acercó a él y lo abrazó.

—Fuimos imprudentes y lo sentimos, Don Alonso. No volverá a pasar.

Él no dijo nada, solo asintió.

—Estamos bien. El vizcaíno vino en nuestro auxilio.

—¿Fernán? ¿El del puente? —Ellas asintieron—. Ahora lo entiendo todo...

Malen se puso en pie y le dijo a Isabel que bajaría a por algo de comida. La joven fue a protestar, pero la escocesa quería recuperar cuanto antes la normalidad.

—No necesito un perrito faldero, amiga mía. Y tenéis mucho de lo que hablar.

Se quedaron a solas. Isabel permanecía rígida y abrazada a su cintura. Don Alonso reprimía a duras penas las ganas de hacerlo él mismo.

—He reservado dos pasajes en la nao Auria y partiréis rumbo a Escocia hoy al mediodía. Es una nave mercante y solo tienen un camarote. No he podido conseguir nada mejor —expresó el ricohombre con la pesadumbre propia de quien sabe que ha de despedirse para siempre del amor de su vida.

Isabel dejó a un lado su propia aflicción. Si Malen había decidido dejar atrás los aciagos recuerdos de la noche anterior. También lo haría ella. Una nueva vida las esperaba en Escocia. ¡Vivirían! Tomó las manos del hombre entre las suyas y se las besó. Le debía la vida, en realidad, le debía mucho más que eso, sabiendo cuánto la amaba y al futuro que renunciaría, de familia e hijos, por ella.

—Es mucho más de lo que merezco, mi buen Alonso.

Él retiró las manos como si le quemara el contacto de esos labios en su piel. ¡Tanto los había deseado! Tanto... que él mismo había deseado matar a ese bárbaro extranjero. Sin embargo, había sido un cobarde y había aceptado los designios de su padre. Sería el hombre de honor que su familia había educado desde la cuna que fuese y enmendaría los errores cometidos, entregaría su alma a Dios como prior máximo de la Orden de San Juan hasta que el Altísimo dispusiera llevarlo a la derecha del Padre y su Gloria.

Había renunciado a ella, pero no a dejar de ver la luz de sus ojos. El saber que sería la prometida y futura esposa de ese malnacido de Don Ramiro lo había hecho reaccionar. Isabel jamás se casaría con el hombre que había mandado matar a su familia. Renunciaría a ella, sí, pero solo por verla feliz, aunque fuese en brazos de otro.

Se persignó en silencio y miró con intensidad a la joven de Ayala.

—No es nada en comparación con lo que merecéis. No os demoréis en demasía, os espero en el muelle.

Se despidió con prisas y se cruzó con Malen en la puerta. Poco quedaba de su habitual gallardía y su porte orgulloso. Isabel sabía lo que era tener el corazón roto y no se lo deseaba a nadie, menos aún a él. Quiso alcanzarlo, darle consuelo, compartir su desdicha... pero Malen la frenó.

—Dejadlo estar. Él solo necesita tiempo.

La joven asintió con el rostro compungido y la rubia la abrazó.

—Lo queréis, pero no lo amáis. ¿No es cierto?

Obtuvo un sollozo como única respuesta.

—Nada podéis hacer contra eso. El destino entreteje sus hilos como quiere y a nosotros solo nos queda desenredar la maraña.

—Dejo a un buen hombre por alguien que se fue sin decirme adiós...  
—sollozó.

—Temía por vuestra vida —alcanzó a decir Malen sabiendo que se refería a Alex—. Vuestro destino está en Escocia junto a él y el de Alonso en

el de ser prior. No os lamentéis, más. Si os ve triste, esa imagen le atormentará mientras viva. Necesitará ver que ha hecho lo correcto. ¿Lo entendéis?

Sin más, recogieron sus escasas posesiones y tomaron las viandas que Malen había traído. No era momento de echarse atrás. La rueda del destino giraba de nuevo.





## Capítulo 26

### UNO MENOS

*Sutton, Inglaterra, agosto de 1336.*

Era bien entrado el mediodía cuando Sir Walter de Manny acompañó a Catherine hasta el hogar de Hamo. Erroll tenía a Ronnie en brazos y este berreaba por su madre. La joven lo cogió con premura en cuanto entró por la puerta y se apartó para darle el pecho sin dar mayor explicación. Ambos hombres se desafiaron abiertamente con la mirada. El matrimonio estaba en el valle recogiendo la carreta que en el *Lugh-nassad* había servido también de puesto. No tardaron en llegar, gracias a Dios.

Eda le ofreció un cuenco con estofado a su señor cuando supo que aún no habían tomado bocado alguno desde por la mañana, pero este rehusó con amabilidad. Catherine dejó al pequeño en un mullido cesto, aprovechó para ayudar a su amiga a descargar los víveres y colocarlos en la alacena con el claro propósito de despejar su mente y quitarse de ese duelo mudo de miradas.

La gata arrastró el medio saco de harina hacia su rincón habitual. Se enjugó el sudor de la frente con el dorso de la mano y Eda sonrió al ver que se había manchado el rostro.

—Dejad que os limpie.

Eda lo hizo con mimo. Catherine siempre había sido para ella como

una hermana pequeña y le preocupaba mucho cómo iba a afrontar lo sucedido.

—¿Qué vais a hacer? —le preguntó sin más.

—No lo sé, Eda.

—Algo sabréis cuando sigue aquí.

No hizo falta que le dijera a quién se refería de los dos. Catherine subió los hombros apenas para después bajarlos como si portase una pesada carga sobre ellos. Sus labios hicieron un mohín lastimero.

—Quiere que nos vayamos cuanto antes.

—¿También él?

Eda se cruzó de brazos y esperó que se explicara mejor. Podía entender que, dados los trágicos y recientes acontecimientos, Catherine marchara al norte con su hijo y junto al hombre que amaba. Pero no le cabía en la cabeza que sopesara quedarse aquí y mucho menos como «la mantenida» de otro hombre.

—Me ha pedido matrimonio.

—¿A él si le habéis permitido ofrecer esa posibilidad?

La gata la miró con enfado y se cruzó de brazos. Eda no se amilanó, se llevó las manos a las caderas y arrugó el ceño.

—Os repito, Catherine. ¿Qué hace aún aquí? Porque le habréis dicho que no, ¿verdad?

Cat negó poco convencida. Eda la cogió por la barbilla e intentó leer en sus bellos ojos lo que su amiga escondía.

—Teme que volvamos al norte y jamás volvamos a vernos. Estamos en guerra, Eda —Su amiga alzó una ceja. No le estaba contando nada que no supiera y ninguna razón para quedarse—. Sir Walter quiere... Quiere reconocer a Ronnie incluso. No tendría que irme, ni dejaros. Mi vida seguiría igual...

—Pero sin él.

—Pero sin él —repitió Catherine al borde del llanto.

Su amiga la abrazó con fuerza. Comprendía que hubiese llegado a dudar, que por primera vez en su vida deseara el camino fácil, pero la vida no lo era. La felicidad no era maná caído del cielo. Para los pobres como ella, la felicidad había que lucharla de sol a sol y junto a la persona amada. Sí, era cierto. No tendría que irse, sería dueña y señora de estas tierras, tendría cerca a sus amigos, pero seco el corazón. No, no podía hacer eso. No cuando el destino había puesto en su vida a un hombre como Erroll.

—Ya habéis elegido. ¿No es cierto?

Catherine asintió.

—¿Cómo se lo diréis?

—No lo sé, Eda.

Harto del mutismo reinante, Erroll se levantó de la silla y salió al exterior, Sir Walter lo siguió con aire decidido y Hamo no tardó en meterse sofocado en la alacena.

—Catherine. No sé qué está pasando, pero si no salís pronto, esos dos se matarán.

La joven interrumpió el abrazo y salió corriendo detrás de su amigo. Hamo no era de los que exageraban, pero cuando llegaron a la parte trasera de la cabaña, solo vio a Sir Walter y a Erroll hablando. Este último no parecía muy contento. Quizás fuese por el cansancio acumulado o por su propio deseo de que ese día terminase sin más incidentes, pero Catherine no supo prever lo que se avecinaba. Sir Walter se encontró en el suelo tras un rápido movimiento y con la rodilla de Erroll aprisionándole la garganta. El inglés era incapaz de moverse y maldecía sin reparo, algo muy impropio de alguien de tan alta cuna.

Catherine se acercó a Erroll e intentó apaciguarlo.

—Erroll... Él solo me ha brindado una opción —le comentó con suavidad—. Soy yo la que decido.

—¿Veis lo que os decía, querida? Este hombre no os conviene. Carece de honor. Es impetuoso y violento. ¿Qué vida puede daros a vos y a vuestro hijo? ¡Pensadlo! Solo un país en guerra, hambre y muerte.

El irlandés apretó los labios y el agarre de su prisionero unos instantes más. De Manny acezó hasta amarotarse, después Erroll lo soltó con rabia.

—Nada sabéis de mí, inglés. Ni lo que llegaría a hacer por ella ni lo que a su abuelo he prometido. ¡Nada! —exclamó para luego dirigirse solo a ella—. Mañana parto al alba, como bien habéis dicho, vos decidís.

Catherine dejó que Erroll se fuera sendero abajo y que rumiara su hiel. Le habría gustado acercarse a él, abrazarlo y apoyar su cabeza sobre su pecho, recuperar la paz con los latidos acelerados de su corazón. Lo necesitaba. Él era su hogar. ¿Acaso no se daba cuenta?

—Os ruego que disculpéis a Erroll, Sir Walter. Hoy ha sido un día

desolador y extenuante para todos nosotros.

Sir Walter de Manny se sacudió el polvo de sus caras ropas y miró de reojo cómo se perdía su rival entre los árboles. Estaba avergonzado por el nefasto espectáculo dado y por haberlo subestimado tan a la ligera. El *highlander* era un hombre sin par y él lo había aguijoneado sin medir las consecuencias. Se lo tenía bien merecido después de todo. Lo que no se esperaba era la entereza mostrada por Catherine hasta entonces.

—También os ruego que me disculpéis por declinar vuestra oferta. Hoy por hoy, no me veo casada con vos ni con nadie. Tampoco necesito protección, ni más dinero del que pueda obtener con el sudor de mi frente.

El señor fue a protestar, pero ella lo frenó en seco.

—Hoy lloraré la muerte de mi abuelo. Mañana Dios dirá. No tengo nada más que hablar.

Con las mismas, entró en el hogar de Hamo, dejando a ambos hombres boquiabiertos. Eda hizo un gesto de desaprobación con la cabeza y cerró la puerta tras su amiga. Sir Walter dio una patada a un tocón de madera y aulló de dolor. Hamo solo miraba el horizonte con el ceño fruncido.

—¿Qué pensáis que hará mañana, amigo? —le preguntó Sir Walter, aunque bien sabía cuál sería la respuesta.

—Se irá.

—¿Por qué?

Hamo le clavó la mirada. Era obvio que ambos habían rehecho su vida tras ese primer amor de juventud, que de aquello solo quedaba una bonita amistad y que, si insistía, la perdería. ¿De verdad estaba preguntándose? Lo tenía por un hombre cabal.

—Llegasteis tarde. Ellos se aman, tienen un hijo y deberíais dejarla marchar.

—Sí, supongo que eso sería lo más correcto.

—¿Vos no lo creéis? —le preguntó volviendo a otear el horizonte.

—No lo sé. Apenas lo conozco. ¿La merece?

—Creedme, jamás conoceréis a mejor hombre que él.

Sir Walter suspiró, aunque sus gestos eran nerviosos. Hamo percibió que aún le quedaba algo por decir antes de marcharse y no se equivocó.

—¿Qué cuitas pendientes tienen con Worthing?

—El *sheriff* quiere matarlos —resumió Hamo haciendo honor a su

parquedad en palabras.

—¿Por qué?

—Por una deuda de juego de otro, por una espada... No sabría ponerlos la historia en pie — continuó ante la insistencia del señor—. La cuestión es que ella recuperó el arma y, de regreso a Sutton, nos salvó la vida a Eda y a mí.

Sir Walter masculló algo por lo bajo. Hamo se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Sir, ¿qué ocurre?

—Entiendo lo que queréis decir con «recuperar». Catherine me ha contado una vida durísima, una que jamás habría creído de no haber sido escuchada de sus propios labios. También me ha demostrado lo que puede hacer con unos meros estiletes, no quiero ni pensar lo que haría con ese juego de dagas al que parecía tener tanto cariño. Pero estoy preocupado, Hamo. No porque tenga la sensación de que ya no conozco a Catherine, o no lo suficiente. Cuando le pedí su mano sabía que no quedaba nada de la inocencia de la joven que me enamoró antaño, pero la seguía queriendo de todas maneras. Ella sigue siendo importante para mí. ¿Lo entendéis? —Hamo asintió y lo dejó hablar—. Ella ama a Erroll, pero el irlandés es solo un hombre. Uno bravo y con agallas, sí, pero solo un hombre. Worthing tiene cada vez más poder en la región. Es un perro leal al rey. Le mantiene limpia de escoria los bosques, es diligente en la entrega de diezmos y mucha suerte han tenido si no se lo han encontrado hasta hoy, pero temo que lo hagan mañana. Las hostilidades con Francia van en aumento. Nuestro rey no perdona su alianza con el norte ni cesa en su empeño de dominar el condado de Flandes.

Los ojos espantados del buen hombre dieron rienda suelta a su lengua. Él era amigo de Catherine, debía saber a lo que se exponían, hacerla entrar en razón. Si había decidido partir con Erroll, que así fuera, pero bajo su protección. No podrían salir del país de otra manera.

—Han reforzado los pasos fronterizos y muchos son hombres de Worthing. La conocen, Hamo. ¿Quién olvidaría esos ojos?

«Nadie», pensaron al unísono.

—Southampton está a solo un día de camino —sopesó el marido de Eda.

—Cierto, pero si alguien los reconoce, están perdidos. Nadie puede huir con un niño tan pequeño sin ponerlo en grave peligro. Worthing es un ser

ruin y vengativo. Tuve el aciago placer de enfrentarme con él en su día.

—¿Y qué proponéis? Porque no tenemos mucho tiempo.

—Se irán mañana, de eso estoy seguro.

—Es lo lógico. Nada les queda aquí.

La expresión de Hamo era triste. Tom Berrycloth había sido un buen vecino: humilde, trabajador y generoso. Lo echarían muchísimo de menos.

—Si le contamos esto ahora pensarán que solo estamos ganando tiempo para hallar el modo de que se queden y bien sabe Dios que es mi mayor deseo, pues hacen muy feliz a mi Eda, pero su lugar no está aquí.

—Lo sé, lo sé. Por eso necesito vuestra ayuda.

—¿La mía? ¿Qué habéis pensado?

—Lo mejor será que los escoltemos.

—¿Estaríais dispuesto a hacer eso por ella?

—¿Qué pensáis, que solo el bárbaro puede bajarle la luna si así lo quisiera?

Hamo le sonrió. Sir Walter la seguía queriendo a su modo, no le cabía duda. Pocos hombres renunciarían a una mujer de forma tan honorable como él lo estaba haciendo. Agradeció al cielo que su señor fuera uno de esos hombres.

—Una cosa más... Si tan claro teníais que ella se iría con él, ¿a qué ha venido la trifulca?

—Necesitaba saber que era recíproco, Hamo. O juro por Dios que al menos habría intentado matarlo.

El marido de Eda se rio por el matiz. Lo habría intentado, sí, pero él habría apostado todo lo que tenía por Erroll aún estando herido. Miró hacia su cabaña y suspiró. Lo primero que haría sería buscar a Erroll. No podría andar muy lejos y convencerlo de la buena voluntad de su señor. Sir Walter se despidió hasta el nuevo día tras detallarle el plan y él tomó el camino opuesto. Convencer a ese bárbaro cabezota sería la parte fácil, otro cantar sería consolar a Eda tras la partida.

*Al día siguiente...*

—Llegan tarde.

Catherine puso los ojos en blanco y resopló. Si volvía a quejarse, le lanzaría una bota, un pedrusco o cualquier cosa. Erroll podía ser insufrible cuando quería. Había revisado la cincha que sujetaba el cesto con Ronnie a Tizón unas diez veces. La gata apenas había pegado ojo en toda la noche y las pocas veces que había conseguido echar una ligera cabezada había soñado con su infancia y con su abuelo. Se secó una lágrima furtiva y respiró hondo. ¡Lo echaba tanto de menos! Mas no era momento de lamentaciones, pues una nueva vida le esperaba a ella y a su pequeño.

Hamo cabeceó divertido ante la escena. Sabía perfectamente que Erroll mantenía esa actitud quejosa por mero orgullo. Admitir que necesitaban la ayuda del «pusilánime» para salir de Inglaterra no le agradaba en absoluto, pero jamás pondría en riesgo la vida de su mujer y su hijo. Eda no dejaba de sollozar y Catherine la abrazaba con fuerza. ¡La echaría tanto de menos! La mujer había sido para ella como una hermana mayor, una segunda madre...

—Lleváis otro vestido más —comentó Eda entre hipidos—, dos túnicas y un par de calzas que le he comprado al hijo del herrero, que sé que las utilizabais en vuestros viajes. También viandas para el camino y algunas cosillas más sin importancia.

—¿Cómo podré pagároslo, amiga mía?

—Con sonrisas.

—Mi dulce Eda... —La congoja apenas dejaba respirar a Catherine.

—No lloréis, por Dios —le pidió Eda—, que ya tuvisteis bastante ayer.

—Vos lo hacéis.

Eda sonrió entre lágrimas que se perdieron en sus labios y en su cuello.

—Sed feliz...

Una veintena de jinetes cruzaron la villa al galope e interrumpieron la senda despedida. Los lugareños se hicieron a un lado por temor a que los arrollaran. Sir Walter encabezaba la alocada marcha. ¿Qué diablos pretendía?

—Debemos irnos —anunció sin disculparse, dar los buenos días o descabalar.

Los presentes lo miraron sorprendidos y Erroll, además, ceñudo.

—¿A qué viene tanta prisa? —le preguntó Hamo despidiéndose de su esposa con un rápido beso en la mejilla.

—Worthing viene hacia aquí —aseveró entregándole una nota doblada—. El mensajero dijo que estaban a un día a caballo, pero no me fio de nadie que le pueda ser leal.

Erroll la leyó con avidez en voz alta y miró a Catherine con preocupación. La misiva era clara: Estáis dando cobijo a un traidor.

—Podría tratarse de otro —gimoteó Eda.

—Por ningún otro desplazaría a sus hombres hasta aquí —dijo Catherine.

Sir Walter asintió.

—Pero, ¿por qué os advierte?

—Porque así me tendría entretenido haciendo averiguaciones sobre el supuesto traidor mientras él va a tiro hecho y se apunta el tanto.

—Hay que reconocer que es listo —masculló Hamo.

Erroll montó en Tizón de un salto y sujetó las riendas con firmeza. Acercó la montura a la de Sir Walter y le tendió la mano.

—Vuestro viaje acaba aquí.

De Manny lo miró contrariado y sin entender cómo rehusaba su apoyo cuando más lo necesitaban.

—Ni hablar.

—Si nos escoltáis y se descubre que vos nos ayudasteis, seréis acusado de traición —sentenció el irlandés con calma.

La nuez del señor bailó en su garganta.

—Nos seréis de más ayuda si vuestros hombres se dedican a dejar pistas falsas por los distintos senderos. Además, si no os encuentra en el castillo, será como admitir que sois cómplice.

Le devolvió el pequeño pergamino.

—Jamás olvidaré lo que habéis hecho por nosotros, habéis demostrado ser un buen amigo.

—De acuerdo, mis hombres y yo haremos todo lo posible por distraerlos. Lo mataré si es preciso, pero Hamo irá con vosotros, necesito saber que llegáis a puerto sanos y salvos.

Catherine acercó su montura y se despidió de Sir Walter. Él tomó su mano y besó su dorso.

—Tengo algo para vos. Pensaba dároslo esta noche pero... — interrumpió sus palabras y puso sobre sus manos un fardo de buen cuero.

—¿Qué es esto?



—Un humilde presente. No, no lo abráis ahora. No hay tiempo —la apremió con una sonrisa triste en los labios que provocó una extraña sensación de vacío en Catherine. Después Sir Walter se dirigió a Erroll y, por más que quiso evitarlo, su voz sonó afectada—. Cuidadla con vuestra vida si es preciso.

—Así sea.

El señor palmeó los cuartos traseros de la montura de Hamo y esta respondió al instante poniéndose en marcha. Eda no dejó de llorar y no volvió al hogar hasta que apenas fueron un punto en el horizonte.

Durante el resto del día, Sir Walter de Manny dividió por parejas a sus hombres y les ordenó que fueran a Taunton, Maidston, St. Mawes y Brymoostonnin con mensajes ficticios alertando sobre la presencia de traidores en la región. Con los restantes y de mayor confianza, borró cualquier huella que pudiese alertar sobre la huida.

No fue necesario que alertara al vulgo. Todos conocían de oídas las andanzas del temido *sheriff* y nadie estuvo presto a colaborar con las preguntas, que siempre fueron contestadas de forma vaga y negativa. Cuando el *sheriff* estuvo frente a Sir Walter no pudo contener su ira.

—¡Sois señor de un atajo de necios! —le increpó desesperado el *sheriff* y mirando a su alrededor como si esperara a alguien.

Pero ese alguien, el soplón, no llegó. El *sheriff* agradeció que Derian hubiese sido lo bastante listo como para no haber dado su nombre a quien quiera que fuese, pues habría sido muy difícil de explicar su reciente muerte. El cuerpo quemado yacía en un foso común y la colina del pastor no se oteaba a simple vista.

—Podría daros la razón en eso —le dijo con tono hastiado—, pero son buenos trabajadores y pagan sus rentas puntuales. ¿Qué más se le puede pedir a esta gente?

—Dejadme que interroge a uno. Quizás el sacerdote sepa más de lo que dice... —le susurró Worthing.

Sir Walter soportó el olor a sudor y alcohol sin arrugar el gesto. Puso su mejor cara de espanto y siguió en su perfecto papel de no enterarse de la mitad de lo que pasaba.

—¿Y enemistaros con la Iglesia por un chisme infundado? Lo que deberíais hacer es matar a latigazos al estúpido que os hizo venir aquí para nada.

En ese instante, uno de los hombres de Worthing le susurró algo al oído al *sheriff*.

—¿Habéis mandado emisarios recientemente? —le preguntó con intención de cazar a De Manny en alguna mentira.

—En cuanto vuestro mensajero me dijo que había un traidor en los alrededores —respondió sin inmutarse—. ¿Puedo saber de quién se trata?

—De Erroll Flanagan de Lyon.

—¿Ese que estuvo preso en Edinburgh y que se escapó?

Worthing asintió.

—¿Y qué hacía tan al sur? ¿Se dirigía a Francia?

—Todo es posible. Ese hombre es peligroso...

—Es solo un hombre, *sheriff* —le interrumpió quitándole importancia.

—Uno al que le tengo ganas. ¿Hacia dónde dijisteis que habéis mandado a vuestros hombres?

—No lo he dicho —le dijo a la vez que le guiñaba un ojo y el rostro de Worthing se amorataba—. Pero si os quedáis más tranquilo, hacia Taunton, Maidston, Southampton, St. Mawes y Brymoostonnin. ¿Se os ocurre algún destino más donde podría esconderse ese malnacido?

Worthing le clavó la mirada y estudió sus gestos largo rato, pero De Manny estaba acostumbrado a todo tipo de interrogatorios y no dudó un ápice. Las direcciones concordaban con las huellas que habían encontrado más recientes, pero algo se le escapaba. Raras veces le había engañado su intuición.

—Son los que yo habría elegido.

—Me complace saberlo.

—¿Os importa si seguimos nuestra ronda? Estaremos lo mínimo en vuestras tierras, tenéis mi palabra.

—Por supuesto —le dijo y aceptó la venia, simulando su desagrado.

Sir Walter despidió al pequeño grupo de siete hombres y llamó en seguida a su segundo.

—Seguidlos a prudente distancia y, si se dividen, avisadme sin dilación.

Aguardó con desasosiego el regreso y las nuevas confirmaron lo que sospechaba. Worthing había mandado seguir a sus emisarios: uno hacia Tauton, St. Mawes y Maidston; dos hacia Southampton y Brymoostonnin.

—¿Hacia dónde se ha dirigido él?

—Hacia Southampton, mi señor. Le acompañaba ese hombre negro.

—Venid conmigo, debemos darles alcance antes de que él lo haga. No podrán ir muy rápido con el niño...

Volaron como el viento y aún así llegaron cuando la lucha estaba más encarnizada. Erroll se batía con Worthing a espada, mientras ese descomunal negro permanecía quieto, en una actitud más protectora que intimidatoria. El *sheriff* bufaba como un toro y sudaba como un cerdo a pleno sol. Sus mandobles eran cada vez más lentos y erráticos.

—¡Atadlos y ayudadme con este bastardo! —le gritó jadeante a su subordinado.

Pero para sorpresa de Sir Walter, su segundo y del propio Erroll, el negro no se inmutó.

—Tened el arco preparado —le susurró Sir Walter a su hombre y este se puso en posición, aunque sin saber muy bien a dónde apuntar.

El capitán inglés admiró la pulida técnica del bárbaro. Lo mismo atacaba que recibía los golpes sin dar un mínimo traspiés, guardando siempre el equilibrio. Sus movimientos eran elegantes y se deslizaba por el terreno sin apenas levantar los pies, lo que favorecía que sus estocadas fueran contundentes y que su oponente retrocediera cada vez más cansado. Estaba muy concentrado y prefirió no interferir.

De pronto, Erroll hincó una rodilla al suelo y Worthing contraatacó ciego, sin sopesar los flancos indefensos que dejaba en la arremetida. El irlandés frenó el contundente envite por encima de su cabeza, con los codos flexionados y cerca de su cuerpo. Catherine tuvo que hacer un esfuerzo notable por no gritar. Sir Walter sonrió artero, conocedor de lo que estaba por llegar. Erroll cargó con todas sus fuerzas y lanzó la espada de su oponente por los aires con un giro perfecto. Worthing supo que había llegado su final. No le dio tiempo más que a mirar cómo el acero de la que había sido su espada rajaba su abdomen de parte a parte. La maldita *claymore* brillaba como la plata y lucía triunfal su sangre. Cayó de rodillas boqueando sangre y cerró los ojos, lamentando no haber ido ese día a cualquier otra parte.

Sir Walter descabalgó con premura y aplaudió mientras se acercaba al irlandés a buen paso. Erroll seguía de rodillas, con la frente perlada en sudor y un rictus de dolor en el rostro. El guerrero se tocaba el hombro y lo giraba con dificultad. El hueso crujió.

—¿Estáis bien? ¿Os ha herido?

Erroll negó, pero Sir Walter se tomó la licencia de descubrirle el hombro y gruñó.

—La herida es muy reciente —comenzó a decir mientras lo miraba extrañado—. No se ha abierto, pero deberéis guardar reposo.

—¿Sois un matasanos?

Sir Walter rio.

—No, pero como vos, sé hacer más cosas a parte de empuñar una espada.

—Os felicito...

—Yo también. No habéis luchado precisamente como un bardo.

Erroll sonrió.

—¡Mi señor! ¿Qué hago?

El segundo se mantenía a lomos de su caballo, con el arco tenso y apuntando hacia el hombre de Worthing. Catherine se interpuso en el camino de la flecha antes de que su amigo diera la previsible orden.

—Apartaos, señora.

—¡No!

El subordinado miró hacia Sir Walter esperando su orden. Este se acercó a Catherine e intentó hablar con ella, pero la joven no parecía atender a razones.

—Este hombre me ha salvado la vida.

—Cejar en sus funciones no es salvaros la vida. Ha visto demasiado y podría contarlo —espetó Sir Walter perdiendo la paciencia.

—No lo hará. Este hombre me salvó la vida el día que recuperé la espada de Erroll —dijo Catherine señalando el arma— y me ayudó a escapar. Sin él, no habría sido posible.

—¿Y por qué lo hizo? ¿Acaso no le debía lealtad a su señor?

El telamón negro los miraba con los labios sellados y los brazos cruzados a la altura del pecho. Impresionaba. Sir Walter miró hacia Erroll y le preguntó poco convencido:

—¿Qué opináis?

—Me gustaría saber sus razones.

—Creo que no habla... —intervino Catherine.

—¿Alguna sorpresa más? —preguntó Sir Walter algo socarrón mientras su segundo seguía apuntando al gigante negro sin temblarle el pulso.

Catherine se negó a revelar nada más. Ese hombre le había salvado una

vez la vida, los había escudado durante la pelea y saldría ileso. Hamo seguía con el miedo en el cuerpo y sin abrir la boca.

—Quiero serviros.

Todos lo miraron boquiabiertos. Catherine se giró y lo enfrentó. El hombre repitió las palabras y sobrevino un incómodo y breve silencio.

—¿No decíais que no podía hablar y ahora quiere serviros?

—¡Walter, sabéis tanto como yo! —exclamó ella enfadada, con la confianza propia de una amistad de muchos años y sin los formalismos del título.

Erroll dio un paso adelante, colocó sus manos sobre los hombros de Catherine en un gesto tan tranquilizador como posesivo y lo enfrentó.

—¿Por qué? —preguntó sin más.

—Porque nadie se mete en la boca del lobo para que vos sigáis empuñando esa espada.

Era una buena razón, por supuesto, pero a Erroll no le parecía tan buena idea tener a ese gigante merodeando a su mujer todo el tiempo como una sombra.

—Vos decidís su suerte —le susurró al oído a Catherine y dio un paso atrás.

—Se viene con nosotros.

—¿Estáis segura? —le preguntó Sir Walter sin importarle que ese gigante del demonio lo mirase tan serio. Ella no tardó en asentir—. Podéis marchad en paz. También vos, Hamo. Aprovechad para no regresar solo a Sutton.

El buen hombre se acercó y le besó las manos.

—En cuanto tengáis un hogar fijo, mandad vuestras señas. Eda agradecerá saberos bien.

—No lo dudéis, mi querido Hamo.

Catherine contuvo las lágrimas. ¡Qué duro era despedirse de tan buenos amigos! Dio un paso hacia Sir Walter y el estómago se le encogió de forma inevitable. Le había gustado mucho verlo de nuevo después de tanto tiempo.

—Gracias por vuestros desvelos, amigo mío.

—No hay de qué, mi preciosa Catherine.

Emprendieron el camino sin mirar atrás, dejando que las alimañas hicieran su trabajo en ese claro del bosque. El gigante había dejado algunas

pertenencias desperdigadas, simulando una emboscada. Erroll vigilaba cada uno de sus pasos y prefirió quedarse en la retaguardia.

Hicieron un alto en el camino. La gata aprovechó para darle el pecho al pequeño y lo arrulló hasta que se durmió. Después lo dejó en el cesto con cuidado de que no se despertase. La tensión era palpable y se sentía incómoda. El primer día de su nueva vida no estaba saliendo como esperaba. Las lágrimas pugnaron por salir. Erroll se inclinó, tomó su barbilla y buscó en sus ojos.

—¿Qué ocurre, Cat?

—¿Preferiríais haberlo matado? —le susurró Catherine—. Parece un buen hombre.

El joven se removió inquieto en la montura y clavó la vista en el recién llegado.

—Uno que hasta hace unas horas era fiel a Worthing. ¿Qué sabéis de él?

—Poco... casi nada en realidad.

Volvió a mirarla, pero esta vez con la dulzura de siempre. Ella tembló al verse reflejada en sus brillantes ojos azules.

—No dudéis jamás de vuestra intuición. Si creéis que es un buen hombre, posiblemente lo sea. Ambos estaremos prevenidos hasta que se gane nuestra completa confianza. ¿De acuerdo?

Ella asintió. Dejó que Erroll acariciara el óvalo de su rostro y que la besara afectuoso en la frente. Los sentimientos se enredaban contradictorios en sus entrañas. Lo quería con toda su alma, lo deseaba con cada fibra de su cuerpo... pero era demasiado pronto. Estaba de duelo.

—¿Estáis bien? —le preguntó con voz temblorosa.

—No os preocupéis por mí, *mo baintighearna* —susurró antes de guiñarle un ojo.

—Sois insufrible —le contestó sonriendo.

Se marchó de su lado con el corazón henchido y algo más liviana, pero antes de montar de nuevo, se acercó al gigante y le preguntó su nombre.

—Temür.

—Encantada, Temür. Mi nombre es Catherine y él es Erroll.

—Lo sé, mi señora.

Ella miró de reojo al irlandés, que usaba ese mismo apelativo pero en la lengua de sus ancestros y sonrió queda.

—No es un nombre muy común en estas tierras...

El gigante rio por primera vez desde que lo conocía. A Catherine le gustó su sonrisa franca y muy blanca en contraste con el tono de su piel.

—Tampoco es común ver hombres negros —comentó Temür con algo muy parecido a la nostalgia.

Aunque Erroll no era el primero que veía. Guió a Tizón con sigilo hacia ellos.

—¿Qué significa? —le preguntó curiosa a Temür.

—¿Mi nombre? —Ella asintió—. Hierro.

—¿Por qué os creían mudo? —interrumpió Erroll, que había seguido la conversación con interés.

—Ver, oír y callar. Es algo que aprendí pronto, mi señor.

—No soy vuestro señor.

—Entiendo —replicó confuso y Catherine se explicó mejor.

—Sois libre, Temür.

—No sé qué es ser libre, mi señora. Nací esclavo y pasé por varios amos antes de que me comprara Worthing.

—Pues tendréis que aprender a serlo. No busco la lealtad de un esclavo, sino la de un hombre libre.

Los ojos negros de Temür brillaron como un cielo nocturno cuajado de estrellas.

—¿Mi lealtad?

—Sí. Cuando lleguéis a Southampton tendréis dos opciones: venir con nosotros a Escocia en calidad de amigo o marchar al continente.

No hablaron nada más. Retomaron el camino y pasaron sin dificultad los controles fronterizos gracias a los salvoconductos de la baronesa. Temür siempre daba un rodeo para evitarlos. Un hombre como él jamás habría pasado desapercibido y muchos lo conocían. Erroll no respiró tranquilo hasta que llegaron a Southampton al atardecer como habían previsto y a pesar de los contratiempos del camino.

Catherine le dio una bolsa con suficientes monedas para comprar un pasaje a Temür en cuanto este puso un pie en el suelo.

—¿Habéis pensado qué queréis hacer? —le preguntó Erroll.

—Me gustaría tener un amigo.

El irlandés arqueó una ceja y sonrió.

—Además, en verano hace demasiado calor para irse al sur —dijo

echando una mirada al vasto horizonte marítimo.

—¿Vendréis a Escocia aunque estemos en guerra?

—Aunque no me dejéis decirlo señor.

Erroll se rio de nuevo.

—Siendo así: bienvenido, *caraid*.

—Gracias, mi señor.

Erroll miró al cielo y suspiró con una sonrisa. «Paciencia», iba a tener que hacer acopio de mucha paciencia.

Cogieron dos habitaciones en una posada del puerto, una de ellas para Temür, y negociaron los billetes. Tuvieron suerte. El barco saldría a la mañana siguiente y arribaría en varios puertos. Uno de ellos el de Ayr. El capitán del navío exigió el doble de lo que en un principio había pedido por los pasajes al conocer que llevarían a un gigante negro, a una mujer y a un bebé de pocos meses. Erroll blasfemó y se alejó unos pasos. El próximo barco no saldría hasta dentro de una semana y el siguiente capitán podría acabar diciéndoles lo mismo.

—¿Qué os han dicho?

—Me piden el doble.

—¿De repente?

Erroll asintió con un gesto tosco. No quiso decirle que el precio había aumentado por ellos, por la guerra y por los usureros que se aprovecharían siempre de la necesidad ajena. No tenía mucho sentido.

—¿Os venís a la posada a por el resto? —le preguntó aunque en realidad lo afirmaba.

—Yo me quedo aquí —sentenció el gigante hosco.

Erroll alzó ambas manos en son de paz. Temür podía ser temible solo frunciendo el ceño. Sonrió. Podría llegar a ser un gran aliado, desde luego. Se perdió entre las callejuelas del puerto camino a la posada. Cuando el irlandés regresó, el capitán del navío fue a su encuentro balbuciendo mil perdones y cobrándoles el primer precio convenido por los pasajes. Extrañado, Erroll miró a Temür, que lucía una cara de inocencia que no le pegaba nada.

—¡Maldito bribón! ¡Decidme que no habéis tenido nada que ver! —exclamó jovial en cuanto el capitán del navío se hubo marchado, pero el gigante seguía con la misma expresión en su semblante—. ¿Qué habéis hecho?

—¿Yo? —Erroll asintió—. Aprovechar el tiempo. Por cierto, va a llover.





## Capítulo 27

### LA LLAMADA

*Ayrshire, Escocia, agosto de 1336.*

La travesía la habían hecho sin grandes contratiempos. El insaciable Ronnie había tenido ocupada a Catherine todo el tiempo. También apartada del resto de los hombres de la tripulación, que se persignaban al verla y evaluaban cualquier posible cambio del viento. El bebé iba cogiendo peso y estaba cada vez más rollizo y saludable. Le gustaba estar en brazos y la primera vez que Temür lo cogió, abrió mucho los ojos, pero no lloró. De hecho, con él dormía durante toda la noche.

Erroll lo miraba con el orgullo de un padre primerizo y le tallaba figuritas de madera, como habría hecho su abuelo Tom, para matar el tiempo. Sabía que el pequeño no podría jugar con ellas hasta años más tarde, pero para entonces tendría una amplia colección de animalitos y de fieros *highlanders*.

—Será tan grande como vos, pero tiene los ojos de brujo de su madre —le comentó Temür sentándose a su lado sobre un barril y con el bebé dormido en el regazo.

Al irlandés le hizo gracia la predicción de su nuevo amigo.

—¿Veis? Tiene los huesos fuertes y largos —siguió comentando el

gigante a la vez que descubría la tierna pierna del infante—. Y los ojos de un gato, me parecieron azules, pero serán grises como los de ella.

Ronnie ronroneó por las caricias e hizo una burbuja de saliva entre sus sonrosados labios. Era un pequeño hermoso y saludable.

—Se os dan bien los niños, algún día seréis un buen padre —le dijo Erroll sin apartar la mirada de la figurita de madera.

Temür se envaró.

—¿No os lo ha dicho?

—¿Decirme el qué? —comentó el irlandés dejando de tallar un instante.

—Me castraron siendo un recién nacido.

Erroll perdió el color del rostro. ¿Qué podía responder ante semejante confesión? Era un coloso, no querría la compasión de nadie... Él no la querría.

—No os preocupéis, de eso hace ya mucho tiempo.

Sopesó bien qué contestar, respiró hondo y le dedicó una expresión neutra.

—Que no podáis tenerlos propios no quita que podáis llegar a ser un buen padre.

—¿Y qué mujer querría estar con un eunuco como yo? Se espantan solo de verme.

—Alguna habrá, Temür. No perdáis la esperanza.

Se quedaron en silencio hasta que Ronnie comenzó a despertarse y gimotear. Erroll dejó la talla a un lado, lo cogió con cuidado y fue en busca de Catherine. Ronnie gorjeó al reconocerlo e hizo pucheros en cuanto se separó de él.

—Vais a tener que quedaros un rato hasta que coja bien el pecho.

Erroll la miró a los ojos y asintió. Era la primera vez que le pedía que se quedase a su lado, aunque fuese por el niño. Apenas había conseguido robarle un par de besos desde que partieran de Sutton. Él entendía el dolor por la pérdida de su abuelo, sus dudas sobre el futuro incierto que se avecinaba, sobre él... Ronnie le cogió el dedo y no lo soltó hasta que se quedó dormido, paladeando con su pequeña lengua el pezón de forma instintiva. Ella sonrió. Era la imagen más tierna y hermosa que había visto en su vida. Eran su felicidad. Su familia.

El grumete que andaba amarrado al palo mayor anunció: «Tierra» y

todos los de a bordo respiraron tranquilos por primera vez desde que salieran de Southampton. Ayrshire era la primera de las escalas y por fin podrían seguir su viaje sin esos pasajeros con tan mal agüero.

Nada más pisar puerto, Temür les dedicó una florida genuflexión y la tripulación se persignó al unísono. Erroll aguantó como pudo las carcajadas ante la mirada extrañada de Cat, que no entendía a qué había venido aquello. Ese gigante era una caja de sorpresas, detrás de ese porte adusto, fiero e imbatible había un hombre con un corazón de oro. Catherine no se había equivocado. Temür era un tesoro por descubrir.

*En la Torre de Barr...*

—¡*Mo maighstir, mo maighstir!* —gritaban desde lo alto de la torre como si acabasen de ver al mismísimo diablo.

Sir Symon Lockhart dejó a un lado el libro de cuentas y se llevó la mano derecha al puente de la nariz. Estaba cansado y solo, aunque Elsbeth hubiese llegado esa misma mañana de sus largas estancias en el monasterio de Pasley, donde ayudaba a los heridos y refugiados de la guerra que no podían huir a las montañas ni de las masacres.

—¡*Mo maighstir, mo maighstir!* —insistieron en ese momento al otro lado de la puerta.

—¿Qué ocurre? ¿A qué vienen esos gritos?

—¡Un demonio, *mo maighstir!*

Sir Symon suspiró.

—¿Uno solo?

—Uno negro como un tizón.

Eso sorprendió al *Laird* Lockhart, que había supuesto que se trataba de algún emisario inglés. Se levantó y apartó la pesada silla. El joven temblaba como una hoja y el tono de su piel era macilento.

—Veamos de quién se trata.

Desde que Lord John de Eltham atacara la torre de Barr un año atrás, los pocos hombres que no se habían marchado a luchar al frente bajo las

órdenes del Guardián de Escocia eran demasiado viejos o estaban lisiados. Él hacía la caridad a su modo entrenando a los más jóvenes, apenas niños que no alcanzaban la altura de una *claymore*, cualquier cosa antes que mantenerse ocioso y ver cómo su clan se hundía sin que él pudiese evitarlo.

Bajó a recibir al supuesto demonio y se quedó sin habla. Ante él, un gigante negro se cruzó de brazos y exhibió una sonrisa perlada. Tuvo que alzar la barbilla para mirarlo pero no se amedrentó, acariciando el pomo de su espada.

—No será necesario —dijo una voz conocida tras ese mastodonte.

—¿Erroll? —preguntó sin verlo—. ¿Erroll Flanagan de Lyon?

El gigante se hizo a un lado y vio a su rubicundo amigo.

—El mismo.

Se abrazaron con fuerza. Erroll se sorprendió de lo mucho que había envejecido el *Laird* Lockhart en solo unos meses. Mantenía su porte distinguido, su melena larga y recogida en un singular moño, pero las canas plateaban sus sienes.

—¿Cuándo tiempo hace...?

—Demasiado.

Los dos bajaron la vista, embargados por los recuerdos. La última vez que se habían visto estaban despidiendo a una persona muy querida, a alguien que no olvidarían jamás. Sir Symon fue el primero en reaccionar.

—Pero entrad, amigo mío, y contadme qué os trae tan al norte. Supe que andabais tras una gata...

—Y conmigo viene.

—¿Sí? —miró de reojo al gigante negro—. ¿Y este?

—Su nombre es Temür, un buen amigo.

—Os tomáis muy a rajatabla eso de tener amigos hasta en el infierno...

Los tres hombres rieron y Sir Symon saludó al gigante.

—Sois bienvenido —miró a su alrededor esperando encontrar a alguien más—. ¿Y esa famosa gata, no la habéis traído?

—Está en la villa, desde que bajamos del barco, la salud del pequeño se ha resentido y una anciana se ha ofrecido a ayudarnos al oírlo llorar.

—¿Tiene un hijo?

—Tengo un hijo.

Sir Symon volvió a abrazar a Erroll con fuerza. Estaba tan contento como sorprendido.

—A Elsbeth les gustará veros. Id a llamad a vuestra señora —le dijo al vigía, que seguía sin recuperar el color en el cuerpo. El muchacho asintió y corrió como si huyera del mismísimo diablo—. Pasad, pasad.

La torre de Barr no gozaba su mejor aspecto. Parecía algo abandonada y necesitaba una urgente reparación de sus muros. Sir Symon apreció que Erroll se quedaba ensimismado en la chimenea, llena de ceniza y tocones desde el invierno. Aprovechó que Elsbeth tardaría un rato en bajar para ponerlo al corriente de las nuevas.

—Elsbeth no pasa mucho tiempo aquí —Erroll lo miró con tristeza, pero lo dejó hablar—. La muerte de Leonor, el no poder engendrar un hijo y esta maldita guerra me la arrebataron del todo. Solo es feliz cuando dedica sus horas a los más necesitados. La culpa se la come, por más que su hermano y yo hemos intentado hacerla entrar en razón y quitarle importancia al hecho.

—Dadle tiempo.

—Hace mucho que su alma se fue al mundo de los espíritus. Sus pocos ratos de felicidad los hago míos, pero se apaga como una vela.

—¿Y Ashlyne? Pensé que cuidarla la haría reaccionar y ser feliz.

—Al principio sí, pero su presencia le recordaba su duelo de forma constante y cada vez se fue distanciando más de ella, como venía haciendo de todos los que la queríamos. Las noticias del frente empezaron a ser poco halagüeñas. Perdíamos tierras con cada avance inglés. Muchos se refugiaban en las montañas y quemaban sus propias cosechas con tal de que no sirvieran para el ejercito de los Eduardo. Un día, llegaron unos monjes benedictinos del monasterio de Pasley y se entrevistaron con ella largamente. Venían buscando comida y útiles, mujeres que atendieran a los heridos en el propio recinto anexo a la abadía. Elsbeth hizo un hatillo y se fue con ellos sin mirar atrás. Pasadas unas semanas, fui en su busca en un intento de traerla y acabar con esa locura, pero allí la vi feliz, Erroll. Feliz por primera vez en tantos meses. Prometió volver de vez en cuando, se queda unos días, se desvive por la pequeña y vuelve allí.

—¡Cuánto lo lamento! ¡Sé lo mucho que la queríais!

Sir Symon se quedó un rato en silencio. Se acercó a la gran mesa del salón principal y llenó tres copas.

—Bebed, estaréis sedientos después de tan largo viaje. He olvidado lo que es ser un buen anfitrión, perdonadme.

Erroll bebió sin dejar de apoyar su mano sobre el hombro de su viejo

amigo.

—Y decidme, ¿lo habéis visto?

No hizo falta explicar a quién se refería. Erroll negó con la cabeza.

—Ayden me dijo que seguía buscándolo sin éxito.

—Un tal *Hareman* va tras su pista. Dicen que lo han visto en el frente y que lo acompaña un cuervo.

Erroll alzó una ceja interrogante. A Neall siempre le habían gustado los halcones, pero de ahí a que hubiese tomado a un cuervo como animal de compañía...

—A la gente le gusta mucho hablar por hablar —respondió ceñudo.

Sir Symon resopló de forma suave. Lo comprendía. Erroll siempre había sido el mejor amigo de su cuñado. Él mismo había dudado al principio de los rumores, pero cuando el río suena...

—Se cuentan historias sobre un hombre despiadado que lo mismo corta cabezas con sus dos espadas que atraviesa cotas de malla con su arco. Podría no ser él, por supuesto. ¿A quién le gustaría ver al más joven de sus cuñados como un ser del mismísimo averno? Pero va en la avanzadilla del Guardián de Escocia sin temor a la muerte, o más bien buscándola, y se coloca a la derecha de Arthur Murray, su hermano.

—Arthur nunca fue un hermano para él —replicó Erroll, que nunca había visto con buenos ojos al primogénito de los Murray.

Sir Symon asintió.

—Al menos él ha vuelto de entre los muertos.

—Con más razón para no perder la esperanza con Elsbeth.

—Quiero que sea feliz, Erroll. Ella ahora lo es a su manera. Nada más importa.

Si lo que Sir Symon decía era cierto, Erroll se entristeció por Ayden y por su mejor amigo. ¿Cómo podría ayudarlo? ¿Cómo traerlo definitivamente de vuelta? Elsbeth llegó en silencio y se quedó quieta a los pies de la escalera. Su rostro parecía contrariado y había perdido peso.

—¿Erroll?

El irlandés hizo una breve genuflexión antes de responder.

—Milady, os presento a mi buen amigo Temür.

Ella dio un paso atrás al percatarse de la presencia del gigante.

—No temáis. Es mi amigo y salvó a mi mujer en un par de ocasiones.

—¿Vuestra mujer? ¿Os habéis casado?

Erroll se rascó la coronilla, gesto que le recordó tiempos mejores a Elsbeth, tiernos y felices, propios de la infancia.

—En realidad no. Es algo que espero remediar más pronto que tarde.

El matrimonio sonrió y cruzaron una mirada. Por un instante, Erroll había logrado que todo pareciera como antaño. Las mejillas de Elsbeth se ruborizaron levemente y consiguió dar unos pasos hacia los recién llegados sin titubear, pero la cercanía de Temür la atemorizaba.

—¿Habéis estado alguna vez en Saltcoast? —le preguntó sin más al gigante.

Sir Symon se envaró al escuchar el nombre de esa villa. Allí había empezado todo el principio de su desgracia.

—No, Milady. Nunca vine tan al norte.

Elsbeth exhaló el aire del cuerpo y se colocó a la vera de su esposo. Sir Symon habría dado hasta lo último que tenía por abrazarla, por hacerla olvidar aquel maldito secuestro.

—¿Y dónde está ella? —preguntó la dama sin dirigirse a nadie en concreto.

—En la villa, Bethia debe estar ayudándole —la informó su marido, que temía la reacción de Elsbeth cuando supiera que Erroll había sido padre.

—¿Se encuentra enferma?

—No, Elsbeth —le dijo Erroll tomando sus delicadas manos entre las suyas—. Soy padre de un hijo, en realidad de dos, pero eso es una larga historia.

El irlandés parecía incómodo ante su falta de respuesta. Ella no pareció inmutarse en un primer momento, como si le costase asimilar sus palabras. Sin embargo, fue mirarlo a los ojos y una chispa de vida se encendió en ellos.

—Espero que el pequeño se encuentre mejor pronto. Bethia no lleva mucho tiempo entre nosotros, pero ha demostrado sus dotes medicinales en numerosas ocasiones. Podéis estar tranquilo, le aliviará de cualquier mal.

—Gracias, Elsbeth.

No le gustaba que lo tratara como a un extraño al que acababa de conocer, pero la vio mucho mejor de lo que Sir Symon le había descrito. De hecho, le sorprendió que le dijera:

—Me encantaría conocerlos a ambos y que compartáis nuestra humilde

mesa esta noche. Podéis alojaros aquí durante el tiempo que estiméis oportuno, o elegir una cabaña, lo que preferáis. ¡Hay tantas vacías! Vos también...

—Temür —le recordó el gigante.

—Sí, Temür. Ahora, si me disculpáis, veré de lo que disponemos en la despensa. Nos vemos al caer el sol.

—Milady —Los tres hombres la despidieron con un ligero movimiento de cabeza.

Erroll permaneció callado, saboreó su copa y después la dejó en la mesa. Temía que la nueva sobre su paternidad hubiese empeorado el frágil estado de nervios de la melliza Murray.

—Se ha alegrado —comentó Sir Symon sorprendido y más para sí que para los presentes.

—¿Vos creéis?

—¡Desde luego! Por un instante, me ha parecido ver a la Elsbeth de siempre.

—Por raro que parezca, a mí también.

Se despidieron del *Laird*, pasaron el resto del día en la villa y al caer el sol se acercaron a la torre como habían prometido. Catherine había conseguido adecentar su sencillo vestido y unas niñas le habían trenzado la media melena con esmero. Estaba preciosa, aunque el cansancio se reflejara bajo sus bellos ojos, y nerviosa.

—Nada tenéis que temer. Os lo prometo.

Ella asintió y comenzó a guardar los pocos enseres que tenía en las alforjas de viaje. Habían elegido una cabaña deshabitada para pasar unos días antes de decidir qué hacer. Varias mujeres de la villa la habían ayudado con la limpieza mientras Temür había estado cortando leña para el hogar y Erroll había arreglado la desvencijada puerta. Se sintieron muy satisfechos. La cabaña era lo bastante grande como para que el gigante tuviese un catre propio y la pareja cierta intimidad. Catherine había intentado decir que ellos no eran un matrimonio al uso, pero por el bien de Ronnie, sonrió y dejó que pensarán lo que quisieran.

Las mujeres la habían puesto al día de todo lo que ocurría por allí. La zona de Ayrshire no estaba en guerra, aunque la cruenta batalla se desarrollaba muy cerca. La cosecha había sido pésima y los pocos frutos que había dado la tierra se pudrían en los árboles a la espera de ser recogidos por unas manos



que nunca llegaban. Las mujeres los recogían rendidos tras pasar demasiados días bajo el tibio sol y los confitaban en un intento de hacerlos comestibles y de llenar sus despensas de cara al invierno.

—¿Alguna sabría decirme algo sobre el condado Agus? —preguntó Erroll de repente y se hizo un incómodo silencio.

El este y nordeste de Escocia estaban siendo las zonas más atacadas del país y el asentamiento en Perth hacía muy difícil el acceso al castillo de Glamis y alrededores, que solo podía ser abastecido por mar.

—Dicen que los hombres se preparan para la lucha y que se encuentran atrincherados en el valle de Strathmore.

Erroll bufó, dejó bien encajada la puerta y salió sin decir más. La gata pudo ver el tremendo dolor que le producía la noticia y supo que tarde o temprano acudiría a la llamada de los Lyon a las armas. La sangre de los guerreros corría por sus venas y su madre seguía allí, al amparo de su clan. Por primera vez en mucho tiempo, Catherine tuvo miedo. Ella era inglesa en tierra extraña. Una tierra azotada por la furia de sus congéneres. Si Erroll caía en el campo de batalla... No, no quiso dar pábulo a esos funestos pensamientos. Él jamás los dejaría solos a ella y a Ronnie. Se lo había prometido.

Erroll y Temür se habían bañado en el río y lucían sus mejores atuendos. El gigante, navaja en mano, aprovechó el sol tardío para afeitarse fuera de la cabaña. Sin embargo, Erroll entró. Los mechones rubios caracoleaban sus cabellos y le daban un aspecto travieso. Catherine deseó desenredarlos con sus dedos, pero prefirió no alimentar un fuego que no podría apagar de momento, cogió el peine de madera de las alforjas y se lo tendió. El hatillo de cuero labrado que le había regalado Sir Walter quedó expuesto.

—¿Qué contiene? —preguntó Erroll con curiosidad mientras intentaba domar su cabello, ya que no había tenido ocasión antes de preguntarle sin parecer celoso. Que lo estaba.

Catherine cogió el hatillo y lo desenvolvió ante la apreciativa mirada del irlandés. El juego de seis dagas debía valer una fortuna y era indudable que habían sido realizadas por un maestro orfebre. Sus empuñaduras eran de hueso envejecido y tallado con motivos celtas. Las guardas y los pomos eran de plata. Estos últimos tenían un mismo trenzado grabado y circundaban una piedra preciosa justo en el centro. Dicha piedra era lo único que las

diferenciaba entre sí, añadiéndoles un valor extra. Las vainas eran de cuero repujado, hueso y plata, con una pequeña piedra incrustada del mismo color que la daga.

—Es realmente hermoso —confesó al tomar uno entre sus dedos.

Catherine miró el puñal entre los finos dedos de Erroll y sonrió, agradecida porque no se hubiese enfadado por aceptar semejante presente de otro hombre. Mas aún cuando en el interior de la funda había encontrado una pequeña nota con la caligrafía alargada y casi ilegible de su amigo en la que citaba: «Espero sea vuestro primer regalo de bodas. Tuyo por siempre, W.M.» y que había guardado como un pequeño secreto.

Emprendieron camino a la torre. El gigante llevaba al bebé en brazos unos pasos por detrás de la pareja y observaba en silencio los grandes esfuerzos que hacía el irlandés por no acercarse más de lo necesario a Catherine.

—Ha de acostumbrarse a esta nueva vida —le había aconsejado Temür durante el baño, aunque Erroll no le había pedido su opinión ni hablado al respecto—, y vos no presionarla tanto.

—¿Eso hago?

Temür asintió y Erroll frunció el entrecejo. No lo había pensado. Era tanto el deseo de estar con ella que no había tenido presente que acababa de perder a su abuelo y de admitir que aún sentía algo por él. No se atrevió a definir ese algo por miedo a salir escaldado.

—Está bien, lo intentaré.

Y sí, lo estaba intentando, aunque con escaso éxito. Su cara de orgullo y adoración lo delataba.

Al entrar en la torre fueron recibidos por el *Laird* Lockhart en persona, que se acercó a Catherine y le besó el dorso de la mano.

—Mi señora...

Catherine respondió al gesto con una titubeante genuflexión. Elsbeth llegó en ese preciso instante y los recién llegados repitieron la inclinación de cabeza, a la vez que hacían las correspondientes presentaciones.

—Gracias por invitarnos, *Laird* y Lady Lockhart. La hospitalidad en estas tierras es encomiable —La joven no pudo evitar responder más rápido de lo que habría deseado.

—Por vuestro acento deduzco que sois del sur —comentó Sir Symon afable—. ¿De la frontera quizás?

—De Sutton.

Si a los Lockhart les había incomodado saber que era *sassenach* no lo mostraron.

—Bellas tierras de valles —reseñó Elsbeth por primera vez—, y este debe ser el pequeño Erroll.

—Ronnie —la corrigió Erroll.

—Muy apropiado —Catherine le descubrió el rostro para que pudiera verlo. Elsbeth miró a su viejo amigo y sonrió—. ¡Se parece a vos!

Erroll hinchó el pecho con paternal orgullo.

—Es muy hermoso... ¿Se le pasó el malestar? —preguntó interesándose.

—Bethia le dio un masaje en la barriguita y aguó la leche con una tisana. Su mejoría desde entonces es notable —explicó Catherine.

—¡Cuánto me alegro! —Elsbeth hizo un gesto a los hombres para que se acercaran—. Por favor, pasad. La cena está lista.

El salón había recuperado algo de lustre, aunque la mayoría de las mesas estaban vacías. Elsbeth pidió a Catherine que se sentara a su vera en la mesa principal y Erroll lo hizo al lado de Sir Symon, sin seguir la habitual costumbre. Los presentes siguieron temerosos cualquier movimiento del gigante negro y no ocuparon sus respectivos lugares hasta que él accedió a darle el bebé a una joven sirvienta.

—Lo-lo llevaré con-con Susan, Milady —titubeó la muchacha sin quitarle ojo al imponente invitado.

—¿No nos acompañará a la mesa hoy? —preguntó el *Laird*.

—Os pide disculpas, mi señor, pero la pequeña Ashlyne está con fiebre y prefiere atenderla en sus aposentos.

Catherine se removió inquieta en el asiento. Elsbeth colocó su mano sobre la de ella para apaciguarla.

—Ashlyne es mi sobrina. Su fiebre se debe a que le están saliendo los dientes. Vuestro hijo no puede estar en mejores manos.

La gata asintió y forzó una sonrisa en sus labios. Había oído hablar a Erroll de la pequeña y de sus desventurados padres. No recordaba que le hubiese citado a una tal Susan con anterioridad, pero debía ser algo más que una nodriza si esperaban que acudiera a la mesa del señor. Tomó la jarra que había frente a ella y se la bebió de un sorbo. Quizás el licor apaciguara sus nervios, pero nada más beberlo, los ojos de Cat se llenaron de lágrimas y

sintió como si acabara de tragarse una piedra candente, pero no tosió. Los hombres la miraron sorprendidos y Elsbeth con verdadera admiración.

—Querida mía, bebéis *cuirm* como un verdadero *highlander*.

Cat se sonrojó ante lo que no sabía si era del todo un cumplido.

—Pensé que era vino especiado... —se disculpó con las mejillas teñidas de un rubor que la hacía aún más adorable.

—No os disculpéis, mi señora, por saber apreciar una bebida de nortños —dijo Sir Symon alzando su propia jarra y el resto se le aunaron en el gesto.

La joven sirvienta, que se había llevado a Ronnie con la tal Susan, le llenó de nuevo la jarra para que se uniera al brindis, pero esta vez bebió con moderación. Elsbeth le preguntó cómo había conocido a Erroll y ella le relató la historia.

Entretanto, al otro lado de la mesa, Sir Symon felicitaba a Erroll.

—No solo es preciosa, *caraid*, tiene muy buenos modales para no ser de alta cuna —comentó sin acritud alguna.

—Y sabe manejar los cuchillos.

El *Laird* Lockhart miró boquiabierto hacia la muchacha.

—¡Cualquiera lo diría!

—Se ganó la vida en una caravana de artistas durante un tiempo.

—¿Tan joven? ¿En serio? —Erroll asintió. Sir Symon no era hombre que se sorprendiera fácilmente, no al menos desde que Leonor se cruzó en su vida años atrás—. ¡Y qué ojos!

El irlandés torció la boca divertido. Catherine le había causado una grata impresión por lo que le advirtió en broma:

—Recordad que yo la vi primero...

—Y que no os quita los ojos de encima —replicó el *Laird* en un tono cómplice.

Erroll se quedó clavado. No se había dado cuenta de que Catherine lo observase, pero en ese momento, cruzaron una mirada y él sonrió.

—Juro que jamás pensé en veros en tal estado después de lo de Kelsey Haldane.

—Katherine, condesa de Stafford, para los amigos —replicó el irlandés con fingida solemnidad.

—Como quiera que se haga llamar ahora. Esa muchacha no os convenía. Era presumida y caprichosa. Un buen castigo de por vida para el

gallito de Ralph.

—¿Lo conocéis?

—Era asiduo en la corte.

Erroll se abstuvo de comentar que la había visto en Londres. Menos aún que había intentado seducirlo y que el matrimonio Stafford hacía aguas. Quería desterrar a Kelsey de su pensamiento de una vez por todas. Agradeció que Sir Symon siguiera poniéndolo al día.

—La zona de Perth ha sido muy castigada por la guerra y nuestros hombres tardarán en reconquistar el bastión después de que atacaran Aberdeen y Elgin con tanta dureza. De hecho, han obligado a cualquier persona mayor de seis años a trabajar de sol a sol para construir una gran muralla defensiva y fortificada. Los monasterios están que trinan porque han de sufragar todos los costes y no están siendo respetados los lugares de oración.

Temür comía en silencio, sin perder detalle.

—La humanidad se pierde en todas las guerras. Será difícil recuperar la ciudad en tales condiciones.

—Es cierto, se necesitará dinero y nuevas alianzas —Sir Symon sopesó si contarle la nueva, pero claudicó, pues debía prevenirlo—. He sabido que vuestro primo se ha comprometido hace poco con una rica heredera. Cualquier ayuda será poca si quieren salir indemnes en medio de esa barbarie.

—Supongo que habrán buscado a alguien del agrado del viejo.

—Del agrado de su bolsillo, más bien —Ambos sonrieron—. ¿Se la presentaréis a vuestro abuelo?

Erroll hizo un mohín. Conocía a su familia materna como a la palma de su mano. Su abuelo no era mal hombre, pero anteponía la fortaleza del clan a la felicidad de sus congéneres. Así había sido de joven y así seguía siendo de viejo, solo que más autoritario y cascarrabias. Sabía que admitirían a Cat de buena gana si él les daba algo a cambio, algo que llevaban décadas exigiendo de él: sumisión y lealtad.

—A mi madre más bien.

Aunque tampoco las tenía todas consigo. Eileen Flanagan, anteriormente Eileen de Lyon, su madre, había transigido ante cualquier demanda de su padre con tal de proteger a su hijo. No era la primera vez que se posicionaba en su contra con tal de evitar la ira del *Laird*. No se lo reprochaba. Se había quedado viuda muy joven y había hecho lo necesario

para subsistir.

Sir Symon esperó paciente a que Erroll volviera a mirarlo antes de preguntar:

—¿Por qué? ¿Teméis que el viejo león la rechace?

—Viniendo de mi tío y de mi abuelo todo es posible.

Sir Symon apuró la jarra y en seguida rellenaron el recipiente. El viejo *Laird* Lyon no le gustaba. Era altanero y autoritario, muy distinto a su nieto. Habían tenido sus dimes y diretes en vida del rey Robert Bruce, cuando él solo era una espada, un caballero de fortuna sin más.

—Si me permitís hablar con franqueza os diré que ese carcamal ya tiene un heredero y nietos que hereden en caso de caer su hijo en la contienda. Mas, yo no iría a Glamis con Catherine y con el pequeño. No antes de saber cómo van a recibirla siendo inglesa y plebeya.

—Es un buen consejo, desde luego.

Comieron durante un rato en silencio.

—¿Y qué me decís de vos? ¿Dónde se ha ido el grueso de vuestro ejército?

—Reconstruyendo Glasgow y restableciendo la ruta de comercio por mar. Desde aquí superviso toda la mercancía que entra en los distintos puertos y la distribuimos según las necesidades más urgentes.

—Sueno aburrido para un hombre de acción como vos.

—Y lo es, pero alguien tiene que hacerlo y esta vez me ha tocado a mí.

—Al menos estáis cerca de los vuestros y protegéis vuestras tierras del invasor.

—¿Cuándo partiréis?

—En dos días, cuando me asegure que Catherine no me necesita y el bebé está recuperado por completo.

Sir Symon miró de reojo a Temür y este dejó lo que estaba comiendo para afrontar lo que tuviera que decirle.

—¿Y vos?

—¿Yo?

Aún le costaba participar en las conversaciones o que se interesaran por su opinión.

—¿Hay alguien más? —preguntó el *Laird* mirando a su alrededor.

Temür le mostró una ancha sonrisa.

—Yo acompañaré a mi señor, por supuesto.

—Que no me llaméis así, hombre de Dios —murmuró Erroll entre dientes.

En cambio, Sir Symon se sintió satisfecho. No le gustaría que su amigo cabalgara solo las ciento veinte millas de distancia que había, casi doscientas si quería evitar los asentamientos ingleses y la batalla.

—Dejadlo, Erroll, no sabe lo que le espera.

—Un atajo de ingleses y bárbaros en guerra —masculló Temür indolente y dando un bostezo.

—Haya paz... —intercedió el irlandés, que también comenzaba a sentir el cansancio del viaje—. Catherine, *luaidh*, deberíamos irnos. Mi querida Elsbeth, ¿podrías mandar traer al pequeño?

—Solo si prometéis acompañarnos mañana en el almuerzo.

—Claro, si no es molestia, vendremos.

Lady Elsbeth mandó llamar a la sirvienta y esta se apresuró a traer al pequeño, que dormía con placidez y chupándose un dedo. Temür se adelantó para cogerlo en brazos y Catherine agradeció la velada, siguiendo los pasos del gigante. Erroll se quedó unos pasos atrás y Elsbeth lo alcanzó.

—Será un placer saber vuestra versión de la historia, «robacorazones».

Erroll puso los ojos en blanco y una sonrisa traviesa en los labios. Si no se andaba con cuidado, el apelativo acabaría como mote como le había pasado al «picaflor».

—¿Qué os ha parecido?

—Digna de vos.

—Espero que eso signifique algo bueno.

—No es bueno, es mejor —le respondió con un guiño y un beso en la mejilla antes de anunciar que se iba a descansar.

Sir Symon la vio alejarse y sintió cierta envidia. Elsbeth rara vez era la mujer risueña y cariñosa que lo enamoró en su día. Se había vuelto introvertida y dedicaba sus días a la oración y la caridad. Él no quería que renunciara a lo que le daba paz, pero habría dado todo lo que tenía por recuperar el brillo de sus ojos y una sincera sonrisa. El corazón le saltó un latido y se llevó la mano al pecho. Debía ser una señal.

—Podría considerar haceros mi segundo, Erroll...

Con tal de que siempre obréis este milagro en Elsbeth, calló el *Laird*

para sí. Permaneció sentado en la silla principal del salón viéndolo marchar. Sin embargo, el irlandés se giró justo antes de cruzar la puerta, se despidió con una esmerada venia y le guió un ojo antes de excusarse:

—Lo siento, Symon, prefiero seguir respondiendo ante mí mismo y no compartir la gata con nadie.

El *Laird* se echó a reír. Había personas que no cambiaban... Gracias a Dios.





## Capítulo 28

### EL CERCO

*Castillo de Glamis, Escocia, agosto de 1336.*

Temür cogió al pequeño Ronnie en brazos y dejó a la pareja a solas. La noche anterior habían llegado nuevas sobre Glamis a la torre de Barr. Un centenar de hombres habían acampado frente a la muralla defensiva de los Lyon a pesar de que su tío había firmado una reciente tregua con los invasores. Una provocación clara que no había tenido su inminente respuesta. El *Laird* Lockhart había intentado apaciguar los ánimos de su amigo, arguyendo que alguna razón de peso tendría para no haberles plantado cara hasta entonces.

Las tierras de los Lyon eran conocidas por sus bosques y su caza, de ahí que la edificación fuese más un pabellón de caza que un castillo al uso. Conquistar Glamis antes de que llegase el invierno era fundamental para la subsistencia de las huestes inglesas, que habían arrasado con la mayoría de las cosechas. Erroll supo que debía adelantar el viaje y ponerse a disposición de su tío antes de que el cerco se cerrara.

Catherine escuchó en silencio la conversación de los hombres. Ella no tenía nada que decir. Habría preferido que Erroll no sintiera que esa era su guerra, pero lo era. Su madre estaba allí. Era lógico que quisiese verla y asegurarse de que estaba bien.

—¿Cuándo partís?

Erroll suspiró, se giró y enfrentó sus hermosos ojos de gata.

—Al alba —Y antes de que ella pudiese decir algo, añadió—: Iré solo.

Ya lo habían discutido y Catherine solo había accedido a sus demandas por la seguridad de Ronnie. No iba a insistir más. Intentó sonreír, pero la mueca le contrajo aún más el gesto. Había contado con tener unos días para acostumbrarse a la nueva situación, para buscar quehaceres y trabar alguna amistad en la villa... Pero la situación de los Lyon era dramática, el mismo *Laird* Lockhart lo había confirmado la noche anterior.

Erroll se acercó un poco más a ella. Percibía su angustia y su desánimo. La cogió por la cintura a sabiendas de que ella podía rechazarlo, como tantas otras veces tras el incendio, pero Cat se aferró a él con fuerza, conteniendo las lágrimas. Él aprovechó para calmarla con una caricia. Tenerla en sus brazos era un pequeño triunfo que lo alentaría a volver.

Él fue a decir algo, pero ella lo acalló con un tierno beso en los labios. Sus ojos prometieron lo que sus corazones eran incapaces aún de decirse. Erroll miró hacia el suelo para no flaquear en su deber. Después de ayudar a los suyos, de hablar con su madre, volvería con su verdadera familia y partirían a Irlanda, se juró a sí mismo.

—Sabíamos que tarde o temprano llegaría este momento —dijo la gata con un hipido. Las palabras se quebraron nada más pronunciarlas—. Pero no iréis solo, Temür os acompañará.

—No es necesario...

—Insisto. Aquí se aburrirá y lo tendré todo el día pegado a mi espalda —Erroll sonrió porque eso era justo lo que hacía: no separarse de Ronnie. Un gigante negro y letal convertido en niñera. ¡Ver para creer! —. Será más útil con vos.

—Está bien. Si él está de acuerdo, vendrá conmigo.

Temür se sorprendió por el cambio de planes, pensaba que lo dejarían de guardián de la señora y del pequeño. Sin embargo, conocer mundo y tener algo de acción le vendría bien para desentumecer los músculos.

—Mi señora, ¿es lo que queréis?

Catherine resopló. Había dado por perdido que la llamase de otra manera.

—Sí, Temür. Necesito que lo traigáis de vuelta sano y salvo.

El gigante se llevó el puño cerrado al pecho y asintió.

A la mañana siguiente, llovía a chuzos. Catherine se echó un *plaid* por encima y los acompañó fuera aprovechando que Ronnie estaba dormido. Llenaron las alforjas con las viandas imprescindibles e hicieron un recuento de armas.

—¿Lo tenéis todo? —le preguntó Cat a Erroll mientras terminaba de meter algo de cecina y queso.

—Todo lo que un hombre puede desear. Os tengo a vos.

—No malgastéis lisonjas, no os llevarán a buen puerto... —le mintió Cat entre risitas, pues no había momento más esperado en el día que esos coqueteos con él.

Erroll tenía el don de dejarla sin palabras, de hacer que se ruborizase con una mirada y que sus entrañas se caldearan con su voz. El cómo lo hacía era un misterio para ella. Reconocía que el irlandés era un hombre muy atractivo, con un cuerpo de pecado del que los clérigos deberían prevenir en sus sermones ... ¿Qué mujer querría que la tentase una manzana con una serpiente teniendo semejante hombre a su vera? ¡Pobre Adán, no debía parecerse en nada a Erroll!

Su innegable atractivo físico no era su fuerte. Lo que más le embelesaba de él era su intelecto, ese espíritu travieso que a veces rallaba en arrogancia. Muchos hombres eran valientes y diestros con las armas, pero la lealtad de Erroll, esa forma de entrega sin medida, la cautivaba.

Por él, había aceptado ir a un país en guerra. Uno que no sentía suyo. Uno en el que la mayoría de las personas la verían como una enemiga, una paria sin tierras. Por él no le importaría volver a ser nómada y vivir en una caravana en cualquier parte. Pero no se lo había dicho. Esos días de viaje había preferido mantenerse distante, pensar qué era lo que en realidad quería hacer en su vida y qué estaba dispuesta a dar. Ahora, que el momento de decirse adiós se acercaba, se arrepentía de no haberlo aprovechado mejor de otro modo. Sonrió con tristeza. Aquella noche mágica siempre quedaría empañada por la tragedia, pero la guardaría en su corazón de igual manera, sin olvidarse de ningún detalle.

La despedida fue muy dura. Se había mostrado serena y les había ayudado con los preparativos del viaje con una sonrisa para que no se preocuparan, pero nada más ver que se alejaban, se había puesto a llorar sin

remedio. El cielo tronaba y agradeció que la lluvia borrara sus lágrimas. Cerró tras de sí la puerta de la cabaña y abrazó al pequeño que aún seguía dormido. Así estuvieron hasta que no le quedó otra que reaccionar, por él, por su pequeño Ronnie... La fuente de su fortaleza.

Era la primera vez que Catherine estaba sola desde la muerte de su abuelo, aunque Dios quisiera que no fuese por mucho tiempo. Erroll formaba parte de su vida. No podía negarlo por más tiempo. Había intentado distanciarse, culparlo incluso del desastre de la cabaña, aferrada al dolor de la pérdida del anciano, pero no podía seguir negando lo que su corazón clamaba a voz en grito: lo amaba. Erroll le corría por las venas.

Esa noche habían dormido abrazados y él le había contado una historia mientras le acariciaba el pelo. Se quedó dormido sin contarle el final y no quiso despertarle. Veló su sueño, algo inquieto hasta que ella lo abrazó con más fuerza y él suspiró su nombre. Nunca había sido más feliz. ¿Por qué no se lo había dicho? Lo había dejado marchar sin decirle lo mucho que lo amaba...

Él le había prometido regresar pronto. Rezó por que lo hiciera sano y salvo. Temür y Erroll tendrían que atravesar Perth, que llevaba meses tomada por los ingleses, para llegar al condado de Angus. «No hay nada imposible, *mo piseag*», le había dicho Erroll para tranquilizarla, «esos hombres podrán acampar por centenares, pero no conocen estas tierras tan bien como yo». El *Laird* Lockhart le había mostrado un pergamino con un mapa de la región y ella había estudiado con interés los emplazamientos. Entrarían en la boca del lobo y ella, mientras tanto, dedicaría su tiempo a esperar. Le habría gustado decirle que no se hiciera el héroe, pero sabía que esa parte indómita y valiente que tanto lo caracterizaba, se habría visto agujoneada por su inseguridad.

Alguien llamó a la puerta y se sobresaltó. Sin dejar de abrazar a Ronnie y con una daga en la otra mano, abrió. Seguía lloviendo, aunque el agua caía más mansa. Lady Elsbeth entró y se quitó la capa empapada de encima. La lumbre estaba encendida y se acercó para entrar en calor. Catherine la dejó hacer sin decir nada. Después de todo, la villa y aquellas tierras eran suyas por derecho.

—Vengo a proponeros algo...

*Camino a Glamis.*

El mal tiempo los acompañó durante todo el viaje. La única ventaja era que no tenían que borrar sus huellas. Los caminos estaban vacíos y la desolación que se respiraba en el paisaje minó el espíritu optimista de Erroll. Los campos ennegrecidos convertían en barro el agua que en otro tiempo los había hecho florecer. Los ríos estaban desbordados y sus aguas bravas, en sus orillas a veces encontraban cadáveres en descomposición.

Cabalaron serpenteando el bosque para evitar las patrullas *sassenachs*. Los sentimientos del irlandés estaban a flor de piel. Él era un guerrero curtido en la batalla, pero miraba su alrededor con ojos extraños. En ellos Temür apreciaba nostalgia, pero también amargura. El gigante lo acompañó en silencio, sin quitarle el ojo de encima, preocupado por ver cómo Erroll se iba apagando a medida que se acercaban a Perth. Sin embargo, los ojos azules del irlandés brillaron de repente y se envaró en su montura. Temür miró a su alrededor sin entender nada. Erroll dio el alto de repente y desenvainó su *claymore*.

—¿Qué ocurre, mi señor?

—¡Rápido, por el río!

No dudó en seguirlo al galope a pesar de que seguía sin ser consciente del peligro al que se enfrentaban. El gigante abrió muchos los ojos al ver por dónde quería llevarlo Erroll. El Tay era de por sí un río caudaloso, pero con las recientes lluvias había subido su nivel bastante. Su caballo relinchó inquieto, temeroso de meterse en el caudal.

—¿Mi señor estáis seguro de esto? La corriente podría arrastrarnos...

Una lluvia de flechas cayeron a escasos pasos de ellos. Erroll no hizo por contestar, metió a Tizón en el río y dejó que este fuera arrastrado en diagonal hasta que cruzó a la otra orilla. El gigante suspiró e invocó algún poder sobrenatural del cielo. Tardó un poco en hacerse con las riendas del caballo, pero al final consiguió meterse en las turbulentas aguas. Le consoló ver que Erroll lo esperaba en el otro lado y que las flechas se hundían cada vez más lejos de ellos.

—¿Quiénes eran? ¿Ingleses?

—Salteadores.

—¿Cómo lo habéis sabido? Parecíais absorto en vuestros pensamientos... No los vi venir.

Erroll le palmeó la espalda, restándole importancia. Estaban empapados y apartaron lo poco que quedaba útil en las alforjas antes de

escurrirlas.

—Crecí en estas tierras. Aprovechan el río para acorralar a los incautos y robarles lo que tienen. Siempre fue así.

Evitó decirle que había sido una suerte el ver un movimiento extraño entre los árboles. Porque sí, era cierto, cada vez que Erroll regresaba a Glamis, al lugar que debía sentir como su hogar, los recuerdos le acicateaban el alma. En ese momento recordaba un episodio de su infancia. Uno que se le había quedado grabado a fuego y que había sido un antes y un después en su vida.

Fueron muchas las veces que lo habían arrastrado por el barro, la consiguiente paliza por haber destrozado la ropa y no haber sabido defenderse convenientemente. Eran mayores que él, casi hombres, pero eso no les importaba. Erroll era considerado un bastardo, la diana en la que descargar todas las injusticias y desplantes de los Lyon y su legítima prole.

Hasta ese día todo había quedado en unos cuantos empujones, en embadurnarlo de barro y en hacerle acarrear cubos de estiércol. Hasta ese día que fue rodeado y agarrado entre dos, para el desquite del resto. No pudo defenderse de los puñetazos, las patadas y tampoco de los insultos. Cuando llegó al gran salón, arrastraba un pie, estaba lleno de moratones y de la nariz manaba sangre.

Su madre había corrido hacia él y se había arrodillado para socorrerlo. Poco le duró su consuelo, pues la apartaron sin miramientos y lo llevaron ante su abuelo, que le recriminó su estado y su cobardía, la vergüenza que sentían todos al verlo así. Ese día no temió que le dieran una paliza. Le dolía tanto el cuerpo que los últimos golpes ya no los había sentido y por eso lo habían dejado marchar. Quizás de haberse hecho el valiente habría muerto.

Recordó cómo se había enfrentado a su abuelo con la rabia del que espera el golpe de gracia. ¿Contra veinte? ¿Querías que les plantara cara a los veinte? Las palabras resonaban en su cabeza como si las estuviese viviendo en ese mismo instante. No se había arrepentido nunca de haberlas dicho. Por ellas, su abuelo le abofeteó el rostro y él, en un acto de valentía, le había escupido un diente a sus pies. ¡Retíradlo de mi vista hasta que se haga un hombre!, había bramado colérico. No hubo castigo alguno para los que lo habían dejado maltrecho.

Ese día, Erroll había aprendido la lección más dura de todas: allí estaba solo. Ese día, él se había jurado a sí mismo que no daría la oportunidad

de reprocharles una nueva falta a ninguno de los Lyon y así hizo, pidió ser escudero de Sir William Brisbane y se había marchado lejos. Hasta hoy.

—¿De verdad queréis ir a ese lugar?

Le había contado a Temür algunas anécdotas para que se hiciera una idea de lo que iba a encontrarse allí. No esperaba una gran bienvenida ni mucho menos.

—No, pero debo despedirme de mi madre.

Temür resopló. El gigante entendía que, hasta que no cerrase esa puerta, Erroll no sería feliz. Él no había tenido nunca una familia ni nada parecido. No tenía más que recuerdos atroces de su infancia. Las penurias que le relataba Erroll eran apenas migajas comparadas con las suyas, pero no se lo dijo. Si algo había aprendido era que cada cual medía el dolor y la felicidad en aras de lo que había vivido.

Pasaron la noche en una pequeña cueva y consiguieron encender un fuego. Apenas les quedaba comida y estaban asqueados de beber agua de río.

—Llegaremos a Glamis mañana al anochecer.

Temür se recostó en el suelo y Erroll hizo el primer turno de guardia. Cuando se despertó se encontró rodeado de gente. En realidad no lo rodeaban a él, pero dormían acurrucados alrededor del fuego.

—Se han quedado sin hogar —dijo el irlandés como única excusa.

—Como nosotros —respondió el gigante y Erroll asintió.

Si esas pobres personas los habían encontrado, lo haría cualquiera. Pero Temür no estaba allí para discutir con su señor ni tampoco para pasar por el cuchillo a mujeres y niños. Esa vida le parecía ya muy lejana y hasta pensaría que había sido un mal sueño si no tuviera el cuerpo lleno de cicatrices que le recordaban quién había sido y era a cada instante.

Ocupó su puesto y se mantuvo ojo avizor. La noche volvía a amenazar tormenta y eso era lo único que los salvaba de encontrarse con una patrulla, bien de *highlanders* cuatrerros o de ingleses. No sabía cuál de ellas sería peor. Desde pequeño le habían inculcado que los norteños eran demonios. Él había arrasado aldeas, perseguido a inocentes, mutilado y presenciado violaciones. Todo bajo las órdenes de su amo. ¿Quiénes eran los verdaderos demonios? Había conocido demonios en todas partes. También gente de bien, aunque muchas menos.

Avivó el fuego y añadió los últimos troncos. Las brasas mantendrían caliente la cueva hasta el alba. Un pequeño se sentó a su vera y lo miraba con

grandes ojos tristes. Se los refregaba con evidente sueño, pero no parecía querer tumbarse y estaba inquieto.

—¿Qué ocurre? ¿No podéis dormir?

—Tengo miedo a la oscuridad.

—Yo soy la oscuridad —le dijo con una sonrisa para tranquilizarlo.

—¿Cómo ese hombre del cuervo? —respondió señalando la puerta.

Temür se giró con rapidez maldiciendo haber dado la espalda a la entrada apenas un segundo y resopló más calmado al ver que no había nadie. Se asomó a la entrada y comprobó el perímetro que habían establecido. No había nadie a simple vista, pero alguien estaba allí, observándolo. Podía sentirlo. Estuvo a punto de despertar a Erroll cuando voló sobre su cabeza un cuervo. Poco después, vio alejarse una sombra entre los árboles. Él no era muy supersticioso, pero juraría que había visto la muerte. Las nubes corrían jaleadas por el viento.

—Os habéis puesto blanco, ¿cómo es posible? —bromeó Erroll a su lado y se sobresaltó.

El irlandés se vio con una daga en la garganta y el semblante lívido de su nuevo amigo.

—¡Menudos buenos días, hombre de Dios! —exclamó risueño mientras hacía a un lado el arma y respiraba hasta tener los pulmones plenos.

—Temí que fuera la parca.

A Erroll le sorprendió la respuesta y decidió indagar un poco más. Quizás Temür necesitara más descanso.

—¿La habéis visto?

—He visto a su cuervo.

El gigante seguía con la mirada perdida en el bosque. Erroll lo cogió por el *cotun* tachonado de cuero y lo enfrentó.

—Describídmela, Temür.

El gigante dudó. Frunció el ceño y volvió a fijarse en los árboles donde la había visto, intentando recordar los detalles.

—Era tan grande como yo y vestía de negro. El cuervo me distrajo y desapareció.

—¿Podría ser un hombre lo que habéis visto?

Temür asintió. Su gesto huraño le advirtió que estaba preocupado y que desconfiaba de las intenciones del misterioso visitante, pero Erroll no sabía si debía compartir las sospechas de quién era.



—¿Lo conocéis?

Erroll apretó los labios y miró al cielo. No había rastro del vuelo de ningún cuervo. Solo nubes, como los días anteriores. Temür lo cogió del brazo. Era la primera vez que lo hacía, demostrando igualdad y no sumisión. Si quería que fuese su amigo, no podía haber secretos entre ellos, aunque el gigante negro lo considerase un loco.

—Era mi mejor amigo —El tono nostálgico de la voz del irlandés volvió a sorprender a Temür.

—¿Está muerto?

Habían escuchado conversaciones alrededor del fuego esa misma noche. Un ánima de los infiernos que cabalgaba junto al Guardián de Escocia para salvar a los desamparados y liberar el país de las garras del opresor. Todos alababan su hacer en el campo de batalla pero se persignaban al nombrarlo, temerosos de invocarlo, como si del mismo diablo se tratase. Erroll suspiró.

—Como si lo estuviera —respondió al fin—, pero juro que lo traeré de vuelta.

—Yo no estaría tan seguro...

Erroll no quiso escuchar sus palabras. Neall estaba cerca y lo había reconocido. Se había acercado a la cueva para cerciorarse de que estaba bien. No concebía otra explicación. Tampoco volvió a sacar el tema, pero su ánimo había mejorado bastante.

Recogieron las alforjas y apagaron los rescoldos de la hoguera antes de irse. Los que habían compartido refugio esa noche con ellos se despidieron hasta más ver. Siguieron la vereda del río Tay hasta que llegaron a su estuario, cercano a Perth. Desde allí se internaron en los bosques y anduvieron con cuidado. Era una zona tomada por los ingleses y había retenes en los cruces de caminos.

Para Erroll, esos montes habían sido su hogar durante años. Se conocía atajos, cuevas y senderos que pasarían inadvertidos a cualquiera que no fuera de allí. Tomaron la precaución de ir bosque a través. El calor era sofocante a pesar de estar nuboso. Se refugiaron de la tormenta de verano bajo la frondosidad de los abetos y siguieron el resto de ladera arriba a pie. Estaban ya muy cerca. Anochecía. Desde lo alto de la colina podían ver la torre del castillo y los diferentes pabellones anexos, muy visitados por la corte en tiempos del rey Bruce para organizar la caza del corzo. El perímetro de la

pequeña muralla estaba rodeado en sus frentes por esa hueste de hormigas, pues eso parecían en la distancia. Podría haberse alegrado porque eran muchos menos de los que había pensado que habría, pero en vez de eso, se enfureció. ¿Por qué su tío no había movilizó a sus hombres y liberado Glamis del asedio?

La escena le revolvió el estómago. El grueso del campamento sitiaba la puerta, pero la vigilancia del resto de la muralla era anecdótica. Hizo como que aplastaba a esas hormigas con su dedo y se le ocurrió una idea. No iban a rodear la muralla y escalarla como había pensado en un primer momento.

—¿Estáis bien?

El rostro del irlandés hablaba por sí solo. El gigante empezaba a conocerlo.

—No sé qué será más fácil, Temür. Si romper el cerco y atravesar el campamento *sassenach* ilesos o enfrentarme a mi abuelo.

El gigante sonrió.

—¿Habéis pensado en cómo hacerlo?

—En un primer momento, pensé en rodear la muralla y rebanar solo un par de pescuezos, pero viendo que no son tantos...

—Apenas centenar y medio, dos a lo sumo —bromeó Temür.

Erroll sonrió.

—Como no son tantos, quizás agradezcáis un poco de diversión. No me gustaría que pensarais que los escoceses somos gente poco hospitalaria y aburrida.

—Lo de poco hospitalaria no lo pienso —comentó el gigante siguiéndole la chanza—. El resto está por ver. ¿Qué proponéis?

—Podríamos pasar al galope con las primeras luces del día y arrasar con todo lo que esté a nuestro paso. Carretas y tiendas incluidas. Si nada les advierte de nuestra presencia, conseguiríamos llegar a las puertas del castillo antes de que se armen siquiera y dejarlos sin víveres.

—Suena divertido...

Se turnaron para dormir. Temür durante su turno de guardia fabricó un par de antorchas. Al rayar el alba, Erroll lo dejó a cargo de Tizón. Bajaría la colina a pie y se desharía de los dos guardias que vigilaban el perímetro del campamento. Al menos ese era el plan hasta que apareció un niño de unos diez años justo cuando le rebanaba el cuello a su segunda víctima e iba a dar la señal a su amigo de que tenía el camino despejado. Cuando Tenür apareció

con los caballos, el niño seguía mordiéndole el brazo y pataleando. Se lo quitó tras darle un contundente golpe en la cabeza y solo así el pequeño soltó el agarre.

—Si hubiese chillado...

—Ahora estaríamos muertos, lo sé. Pero no se me ocurrió otra cosa que callarlo de esta forma y defenderme...

Temür cabeceó y le miró el brazo en busca de alguna herida grave. No tenía nada salvo las huellas de la mordida del pequeño en el guardabrazo de cuero.

—¿Qué hacemos con él?

—Amordazarlo y atarlo. No quiero tener la muerte de un niño en mi conciencia.

Así hicieron. Erroll se acercó al fuego después y encendió las dos antorchas. Le pasó una a Temür y ambos montaron sobre sus caballos. Quedaba poco para que despuntara el alba.

—Si mi tío estuviese alerta, aprovecharía el revuelo para atacar. Podrían acabar con la primera línea de defensa antes de que se alzase el sol en el horizonte —aunque el cielo seguía nuboso y el aire olía a lluvia, Erroll miró a su amigo y le ordenó más que sugerirle—. Si caigo, decid que sois hombre de Worthing y que veníais persiguiéndome para darme caza. Solo así os dejarán en paz.

—No será necesario mentir.

—Eso espero. ¿Preparado?

Erroll azuzó a Tizón al galope sin esperar respuesta. La montura de Temür volaba a la par a pocos pasos. Ambos tenían la espada en una mano y con la otra comenzaban a prender todo lo que se cruzaba en su camino: tiendas, carretas con víveres... Los gritos de confusión de los *sassenachs* quedaron a sus espaldas. Llegaron a las puertas de la muralla y aporrearon con fuerza. Erroll pidió el paso a gritos. ¿Cómo no se habían dignado siquiera a abrirles después de haber roto el cerco? ¿Cómo no salían en su defensa? ¡Malditos fueran! ¿Iban a dejar que los masacraran a las puertas de Glamis?

El ejército inglés comenzó a organizarse. Temür lo miró intranquilo. En sus labios pudo leer un: «¿Y ahora qué?». Una primera lluvia de flechas llovió sobre ellos cuando la puerta comenzó a abrirse. Sintió un dolor lacerante en el hombro a pesar de que no lo habían herido. El brazo debía haberse resentido al sujetar la antorcha durante tanto tiempo. Se sintió

mareado, pero no dijo nada. En el patio de armas había mucho revuelo. Reconoció a su tío entre los que empezaron a rodearle a él y a apartarse del gigante negro. Envidió la envergadura de su amigo por un instante, pues odiaba que lo cercaran así.

—¿Acaso os habéis vuelto loco?

«Menudo recibimiento», pensó Erroll, que se limitó a mascullar algo entre dientes y palmear la testuz del caballo. Si esas eran las palabras de bienvenida de su tío no quería imaginar las de su abuelo.

—Yo también me alegro de veros —comentó sin prestarle toda su atención.

Quitó las alforjas y las colocó en el suelo. Los hombres de su tío iban armados, pero no habían aprovechado la brecha para presentar combate y echar a los *sassenachs*. Su tío era un reconocido parlamentario de las cortes, pero como estratega y guerrero dejaba mucho que desear. Un extraño silencio le hizo rodear al caballo y enfrentarse a los presentes, colocándose entre el gigante y ellos.

—Bajad las armas. Temür es mi amigo.

—¿Tenéis un demonio negro por amigo? —preguntó con socarronería el segundo de su tío, un tal Alfred, hombre fornido, pecoso y con menos sesera que una mula.

—Hasta al demonio tengo por amigo... —le espetó Erroll con insolencia y sin amilanarse, pues recordaba las veces que ese necio le había hecho tragar barro cuando era niño a pesar de la gran diferencia de edad que había entre ellos. Pero el irlandés ya no era un imberbe y ese gallito engreído no iba a acobardarle. Bien podía hacer su trabajo y dejarle en paz de una vez.

—¡¡¡Abrid paso!!!

Su abuelo llegó renqueante. Había perdido peso, estaba nervudo como el bastón que lo sostenía y con el mismo mal carácter de siempre.

—No me podía creer lo que me estaba contando vuestra madre...

—¿Dónde está? —Era lo único que le importaba de los Lyon.

—Con las mujeres, donde debe estar.

Erroll apretó las mandíbulas. Odiaba que tuviera a su madre confinada en la torre, tendría que esperar hasta más tarde para verla.

—¡¡¡*Mo Laird, mo Laird!!!* —llegó un muchacho jadeante—. Se acercan jinetes del Guardián.

El viejo *Laird* hizo a un lado a su hijo sin miramientos y le preguntó:

—¿Estáis seguro?

—El mismo Sir Andrew los encabeza junto a Sir Arthur y al fantasma del cuervo.

Muchos de los presentes se persignaron. Erroll vio el horror en sus semblantes a pesar de que «ese ser», como muchos lo habían llamado la noche anterior en la cueva al describirlo, estaba de su parte. ¿Pero qué habéis hecho, amigo mío?, preguntó para sí con sumo pesar. Dio un paso adelante y algunos retrocedieron.

—¿Acaso no vais a hacer nada? ¡Han venido a socorreros! Temür y yo hemos abierto el cerco y han aprovechado la oportunidad para brindaros el apoyo que necesitabais.

—Son apenas unos cincuenta hombres... —murmuró su tío que acababa de ser informado.

—¿Cincuenta escoceses y el Guardián de Escocia entre ellos! ¿Acaso los vais a dejar morir solos en el campo de batalla? ¡No me lo puedo creer! —resopló Erroll, dirigiéndose hacia su montura de nuevo.

—¿Comandaréis vos a los Lyon? —le preguntó su abuelo.

Erroll se giró y dejó suspendido el pie en el estribo. Su tío apretó las mandíbulas, pero no habló, temeroso de que el anciano enviase a su primogénito o a él al frente.

—Pero, *mo Laird*... —se quejó Alfred, que había estado esperando la oportunidad de destacar durante años.

—Decidme, Erroll, ¿los comandaréis vos?

El sonido de un cuerno silenció el valle por un instante. La refriega había comenzado y no había tiempo de ser orgulloso o negociar.

—Lo haré junto a Temür por el flanco izquierdo. Alfred y mi tío irán por el derecho. Os prometo que alejaremos a los *sassenachs* de vuestras tierras, pero nada más.

Desde la montura, Erroll pidió a Alfred un grupo de hombres. El pecoso aún estaba aturdido. Había esperado que lo tratase como a un subordinado más y no como a un igual. Eso era lo que él habría hecho, pero se había equivocado. Miró al joven Flanagan con otros ojos y dejó a un lado la rivalidad que se profesaban. Dividió a sus hombres en dos grupos equilibrados mientras el *Laird* se ponía la cota de malla y le preguntaba a su anciano padre.

—¿Estáis seguro de esto? —preguntó Sir John Lyon a su padre.

El viejo lo miró con resignación.

—Si no fuera porque sois sangre de mi sangre... Luchad como un hombre y demostrad que sois digno de ser el *Laird* de los Lyon, que no me equivoqué al elegirlos a vos en vez de a ese bastardo. Huevos no le faltan, desde luego.

—Pero padre...

—No os preocupéis tanto por morir en el campo de batalla. Tenéis un hijo y la sucesión asegurada —El rostro de Sir John se puso blanquecino—. Alfred os defenderá.

—¡¡¡Abrid las puertas!!! —gritó Erroll espada en mano, ajeno a la conversación entre padre e hijo. Jaleó a los Lyon al grito de—: ¡¡¡[\*Alba gu bràth\*](#)!!!

—¡¡¡*Alba gu bràth*!!! —tronaron los hombres antes de salir por las puertas de la muralla y unirse al grupo del Guardián.

Erroll encabezó el ataque seguido muy cerca por Temür. Los lanceros iban protegidos con escudos y protegían a los arqueros mientras avanzaban. Los jinetes cercenaban cabezas y trinchaban a los enemigos con el filo de sus aceros pero estaban mucho más expuestos. Erroll blandía la *claymore* de su padre con destreza y pronto despejaron el flanco izquierdo, uniéndose a la encarnizada pelea que lidiaban los hombres de Sir Andrew.

Tras varias horas de combate, los ingleses se replegaban ante la falta de organización y las numerosas bajas que estaban sufriendo, avasallados por el empuje de esos bárbaros. Lo que en principio había sido un sencillo asedio se estaba convirtiendo en una carnicería. Muchos huían monte arriba hacia Perth.

Sir Andrew Murray tomó la bandera escocesa y galopó alrededor de la muralla. El castillo de Glamis se unió al clamor de la victoria. Se abrieron las puertas y muchos corrieron a unirse a los vencedores. Erroll palmeó el hombro de Temür y ambos sonrieron al ver que el bando escocés había sufrido pocas bajas. Sin embargo, la dicha no era completa, necesitaba ver a Neall. Asegurarse de que era aquel que había visto luchando con ambas espadas y con una destreza más propia de Ayden. No llevaba su arco. ¿Sería realmente su amigo o sus ganas de volver a verlo le habían jugado una mala pasada?

Miró a su alrededor para intentar localizarlo, pero eran muchos los que se arremolinaban para celebrar la victoria. Erroll fijó la vista en el cielo y

descubrió al cuervo sobrevolando un punto en concreto. ¡Allí estaba! Aunque el irlandés no supo si alegrarse, pues Neall no era más que la sombra alargada de su hermano Arthur en aquellos momentos.

El rostro del más joven de los Murray carecía de expresión alguna y lo estaba observando. Erroll se estremeció. Esa sombra no podía ser su amigo. Dirigió a Tizón hacia allí para cerciorarse, brindar su hombro o lo que hiciera falta. Neall era como un hermano para él y lo traería de vuelta de ese purgatorio al precio que fuese. Estaba decidido. El caballo de su amigo coceó inquieto y dio un paso atrás. Tizón, no. Sin embargo, el Guardián de Escocia le cortó el paso para agradecerle su valerosa intervención en la contienda y Erroll perdió de vista su objetivo.

—Gracias a vos, *mo maighstir* —respondió su tío por él.

Erroll agradeció con una sonrisa la deferencia de Sir Andrew para con él, saludó con un sencillo gesto de cabeza a los dos hombres y dejó al *Laird* Lyon que recibiera las felicitaciones. Él solo había cumplido con lo prometido. Tizón reanudó la marcha, pero Neall y el cuervo habían desaparecido.



## Capítulo 29

### LADY FLANAGAN DE LYON

*Castillo de Glamis, Escocia, mediados de agosto de 1336.*

Los robles susurraban la gesta mientras los moribundos exhalaban su póstumo aliento. Los cuerpos, aún calientes, yacían amontonados en el valle de Strathmore, que había quedado convertido en un lodazal de sangre, hierba y barro. Las aves carroñeras sobrevolaban en círculos a la espera de dar cuenta del preciado botín. No se acercaban demasiado y voznaban para ahuyentar las ánimas de los caídos. Al fondo, los pendones de los Lyon ondeaban sobre la vieja muralla.

Erroll fue el último en abandonar el campo de batalla junto a Temür. Había aguardado con la esperanza de que Neall se dignara a volver y le diera alguna explicación sobre su extraño comportamiento. Ambos se habían reconocido y, sin embargo, su amigo había impuesto una insalvable distancia entre ellos. No entendía nada. El pecho le dolía como si hubiese sido diana de un flechazo certero. Los Murray siempre habían sido su verdadera familia. La que él había sentido como propia y no la que lo unía por sangre.

—¿Lo habéis visto? ¿Era real, verdad?

Temür asintió con la cabeza. El gigante negro creía haberlo visto todo en la vida, menos caminar a un muerto. Ese día incluso lo había visto manejar



dos espadas con una asombrosa maestría, quitarse una flecha del costado como si tal cosa y seguir luchando. Apretó los labios sin saber muy bien qué decir. No era supersticioso, pero ese lugar debía estar embrujado.

—¿Volvemos a casa? —preguntó con un deseo desmesurado por volver.

Había algo enrarecido en el aire que lo inquietaba.

—Aún he de ver a mi madre, Temür.

—Como dispongáis.

El gigante siguió a Erroll en silencio y dejó que un mocoso se encargara de los caballos cuando traspasaron la muralla. Los Lyon los recibieron con gritos de júbilo y esta vez no se apartaron como si estuviesen aquejados de la peste. El joven *Laird* vino al encuentro de su sobrino.

—Mi hermana Eileen os espera —le dijo Sir John con el cariño que habría esperado recibir esa misma mañana.

—Gracias —alcanzó a decir Erroll, abrumado por las miradas de admiración de su propio clan.

Aunque el buen sabor de boca le duró poco.

—Vuestro amigo puede dormir en el granero si lo desea, mandaré que le envíen todo lo necesario allí —comentó su tío como si nada.

Erroll fue a protestar y a decirle que si no tenían sitio para Temür en la torre o en los barracones tampoco habría sitio para él, pero el gigante se adelantó:

—Mi señor, decidme por dónde queda el granero, me apetece descansar y vos tendréis que poneros al día con los asuntos de vuestra familia.

Erroll Flanagan cruzó los brazos a la altura del pecho y torció el gesto. Sabía que necesitaba ponerse al día con su familia de todo lo ocurrido durante su ausencia y hablar con su madre largo y tendido, pero no le gustaba que tratasen a Temür como a un animal. Incluso el establo estaba mejor acondicionado que el granero, pero calló ante la locuaz mirada del gigante. No habían venido en busca de problemas y tampoco estarían mucho tiempo. Un día, dos a lo sumo, y regresarían al que sentía verdaderamente su hogar: entre los brazos de Cat.

Ambos hombres se despidieron con grandes muestras de afecto, con la clara intención de hacer ver que el gigante era intocable y debía ser respetado por todos. Después, Erroll siguió a su tío al interior de la torre y se sorprendió de que el Guardián de Escocia estuviera sentado junto a su abuelo en la mesa

principal. Algunos rostros les resultaron conocidos y lo saludaron al entrar. Sir Andrew se levantó para recibirlo y le señaló el lugar vacío que había a su lado. Lugar que debía haber sido para su tío Sir John y no para él. Erroll no quería dar pie a la confrontación. Después de su madre, la única persona que había mostrado algo de interés por su bienestar y su persona había sido Sir John y no quería que eso cambiase por semejante nimiedad.

—Vuestro nieto ha demostrado un gran valor en el campo de batalla, podéis sentiros orgulloso del hombre en el que se ha convertido —comentó Sir Andrew a los presentes y en especial al viejo *Laird*.

Muchos dejaron incluso su jarra para escuchar al Guardián, hombre honorable y respetado por todos. Su abuelo masculló algo ininteligible como respuesta y Erroll deseó que se lo tragase la tierra. El barón de Fonteviot, *Laird* de los Lyon y también conocido como John «el Viejo», no había estado jamás orgulloso de ninguno de sus hijos. Menos aún de sus nietos. Ni siquiera de John, su heredero, que a sus cuarenta y seis años de edad hacía todo lo que le ordenaba su padre. Erroll no se lo reprochaba. Había sufrido con creces el carácter caprichoso y déspota del anciano.

Miró a su tío sin saber muy bien a qué atenerse. Él nunca se había sentado en la mesa principal. Entre los congregados en el gran salón, alguien comenzó a hacerle señas y aguzó la vista al contraluz. Un salvador de pelirroja cabellera había venido en su auxilio. Un bribón al que creía desaparecido o medio muerto. ¡Maldito fuera! ¡Qué ganas de ver por fin un rostro amigo!

—Muchas gracias, *mo maighstir* —comenzó a decir Erroll, dispensando a la vez una venia—. Es un honor para el clan Lyon no solo que comparta mesa con mi abuelo y mi tío, sino que podamos celebrarlo todos ilesos.

Los hombres rieron. Habían tenido pocas bajas y los *sassenachs* tardarían en aparecer de nuevo, para entonces, estarían prevenidos y sabían cómo romper el cerco. O eso pensaban tras varias jarras de cerveza y *cuirm*. Su tío Sir John lo miró con extrañeza e intentó exhibir una ancha sonrisa que quedó en mueca.

—Si me lo permitís —continuó Erroll—, me gustaría que me dispensarais durante el almuerzo, Sir Andrew. Acabo de ver a un amigo del que no tenía noticias desde hace tiempo.

El Guardián siguió comiendo tan tranquilo al ver que se trataba de uno de sus mejores hombres. Erroll se marchó con paso apresurado, sin esperar

respuesta y con la mirada de los anfitriones clavada en su cuello. No le importaba. Darren Stewart lo recibió con los brazos abiertos y Erroll respiró por primera vez tranquilo desde que había entrado en la gran sala.

—¿Qué hacéis vos aquí?

—Lucho junto al Guardián de Escocia.

Erroll lo miró atónito y lo cogió por el antebrazo para que salieran a tomar el fresco a pesar de que Darren no había terminado de comer y él no había empezado siquiera a hacerlo. Darren lo acompañó al exterior sin rechistar y parpadeó deslumbrado por el sol.

—¿Lo habéis visto?

El pelirrojo Stewart respiró hondo antes de responder. No le importó que no le preguntara qué tal estaba y qué había sido de su vida desde que no se veían. La honda preocupación que compartían tenía nombre propio.

—Claro —dijo con un suspiro.

—¿Por qué? —consiguió preguntar Erroll finalmente.

Eran tantas las preguntas que quería hacerle que su cerebro las resumió todas en una. Estaba desbordado. ¡Echaba tanto de menos a Neall! ¡Tantas las ganas de ayudarlo a pasar de la mejor manera posible su duelo! Darren resopló y se sentó en el brocal del pozo. Parecía angustiado y necesitado de compartir con alguien sus desvelos.

—Necesita tiempo, Erroll. Nosotros apenas cruzamos palabra a pesar de estar todo el día juntos. Me evita. En realidad, nos evita a todos menos a Arthur y Andrew. Pero no penséis que con ellos es muy diferente tampoco. Neall parece necesitar justo eso: soledad y superar su culpa.

—¿Qué culpa va a tener Neall de que Leonor muriera? —Enfadado, Erroll dio una patada a un rastrillo y este cimbrió en el aire antes de caerse al suelo—. ¿Acaso habría cambiado algo que llegara antes? Sir Lockhart y el picaflor me contaron que su sangre parecía agua, que era un milagro que la niña sobreviviera...

—Pero él lo cree así.

—¿Y por qué nos evita a Ayden y a mí? No tiene ninguna lógica.

Darren evitó la mirada y sacó un cubo de agua fresca para beber.

—No la tiene, Erroll. Pero es su forma de enfrentarse al duelo y debemos respetarlo.

—¿Aunque vea como eso lo consume?

El pelirrojo asintió.

—No puedo, Darren. No lo dejaré morir en vida.

—Ha vuelto a tener pesadillas, Erroll, y casi no duerme por temor a ellas. Se fue sin prometerle a Leonor que sería feliz y que cuidaría de Ashlyne. La culpa no lo deja vivir. ¿Es que no podéis entenderlo?

No, realmente no lo entendía. Neall debía de estar allí y enfrentarse a él. Escuchar lo que se negaba a oír, llorar la muerte de su amada y seguir adelante. Por ellas. Por Leonor y por su hija.

—¿Y así lo remedia? ¡Santo Dios! Esa niña está al cuidado de una ama de cría y no arropada por su padre. Alguien debería decírselo.

El pelirrojo se puso a la defensiva.

—¿Creéis que no lo he intentado?

—No lo sé, Darren. Ayden lleva meses buscando alguna noticia de su hermano y resulta que estaba con vosotros jugando a ver quién lo mataba primero.

La tensión entre ellos crecía como una ola de marea viva, incesante y devastadora, hasta dar en el rompiente. Darren no estaba dispuesto a que Erroll dudara de su buena intención y de la lealtad que se habían jurado antaño.

—Para empezar, Neall no hace más de dos lunas que está con «nosotros», como vos decís con evidente desprecio. ¿Y qué podría haber hecho yo? ¡Decidme! ¿Tendría que haberle mandado una paloma mensajera a Ayden diciéndole que sabía dónde estaba Neall pero que este no quería verle? ¡Oh, vamos! Se habría ido a Dios sabe dónde y le habríamos perdido la pista para siempre.

Erroll bufó. Darren tenía razón, pero todo lo concerniente a Neall empezaba a superarle. Necesitaba enfrentarse a él y hacerle reaccionar de una condenada vez.

—Estoy preocupado, Erroll, pero no sé cómo ayudarlo. Esa es la verdad. En el campo de batalla actúa como un loco, pasa las horas domesticando a ese cuervo y ¡le habla!

La voz del pelirrojo era como un desgarrador susurro y Erroll dejó a un lado su actitud belicosa para pasarle un brazo por el hombro y calmarlo. Darren no podía hacer más de lo que hacía. Nadie podía hacer más que darle tiempo y esperar que la muerte no lo encontrara antes de que abriera los ojos. Ambos amigos juntaron las cabezas y siguieron hablando en voz baja.

—Desde luego que es preocupante, *caraid*. Hablan de él como si fuese

un alma errante vengadora, una especie de demonio y látigo de los ingleses.

—Algo de razón tienen en eso —comentó Darren que, al ver quién llegaba, se bajó del brocal del pozo y se recolocó el *cotun* para estar presentable ante la dama.

—¿Erroll? —la voz de Lady Eileen de Lyon sorprendió a su propio hijo, que se giró poco a poco.

El pelo rubio trigueño de su madre se había vuelto canoso y las arrugas poblaban su frente pero no sus ojos, que parecían dos pobres charcos de agua estancada. Era infeliz. No había más que verla. Las manos las tenía callosas y enrojecidas, no suaves como antes; los labios brisados por el aire y la tez manchada por las largas horas al sol. Erroll sintió cómo la ira se adueñaba de su cuerpo e intentó dominarse. Jamás entendería por qué su madre había elegido vivir con su familia cuando para ellos era poco más que una sirvienta. Quizás ni eso.

—*Mamaidh* —susurró y la abrazó con ternura.

Los ojos de Lady Eileen se llenaron de lágrimas. Le había costado mucho escabullirse de las cocinas y cruzar el gran salón sin ser vista. Había merecido la pena correr el riesgo con tal de ver a su hijo, calco vivo de su difunto esposo, aunque sin el tono oscuro de sus cabellos. Le acarició el rostro sobrecogida por los recuerdos y se dejó abrazar hasta que las rodillas volvieron a responderle.

Darren quiso excusarse y dejarlos a solas, conmovido por el emotivo reencuentro de madre e hijo, pero no quiso interrumpirlos y los siguió en silencio. Le extrañó que no hubiese nadie en el adarve que vigilara las murallas ni se encargase de los desperfectos. Solo un par de hombres oteaban el horizonte desde lo alto de la torre y desde allí podía escuchar la amena conversación que mantenían. El resto debía seguir festejando la victoria en el gran salón. Inaudito. Solo Dios sabía por qué Glamis no había caído antes en manos de los ingleses.

Lady Eileen anduvo cogida del brazo de su hijo hasta que llegaron a la parte trasera de la gran torre, junto a la fragua del herrero, se recolocó un mechón rebelde de su moño bajo y se irguió. Darren se cruzó de brazos y se apoyó en un poste de madera, dispuesto a disfrutar de la reprimenda que le iba a caer a su amigo en breve.

—Estoy muy enfadada, Erroll —le regañó la dama con el tono que

usaría con un niño travieso—. Estaba en las almenas cuando os vi romper el cerco seguido de ese diablo negro. Temí por vos.

Su hijo sonrió y echó una ojeada a su amigo, que también contenía la risa. A pesar de su baja estatura y su conocido buen carácter, ambos habían visto a Lady Eileen poner firme hasta al más corpulento de los hombres.

—No tenéis de qué preocuparos, *màthair*. Temür es un buen amigo.

—Sí, vi cómo os cubría las espaldas en el campo de batalla... —La voz de Lady Eileen tembló un poco. Estaba emocionada. Erroll podía leer la incertidumbre y la esperanza en sus ojos—. Me alegra mucho teneros aquí, *leanabh*, tanto como me da miedo. Sabéis muy bien lo que requerirá vuestro abuelo de vos ahora. ¿Estáis dispuesto a asumir el sitio que os corresponde en el clan?

Erroll resopló. Iba a ser muy difícil decirle que había decidido marchar a Irlanda, que quería empezar una nueva vida, que tenía un hijo y una futura esposa... Pero sobre todo, que quería alejarla de esa familia ingrata que nunca le había dado el sitio que le correspondía por derecho. Tampoco le había dado tiempo de comentárselo a Darren, que se había situado a su derecha, muy interesado por su respuesta. Clavó la mirada en la fragua encendida antes de enfrentarla con un hondo pesar en el corazón.

—No, *màthair*, he venido para despedirme.

Lady Eileen dejó de escapar un sollozo y se alisó las imaginarias arrugas del faldón para serenarse. Darren se paseó entre el yunque y la mesa de herramientas. Conocía bien a Erroll y sus sueños de tener su propia tierra en la isla esmeralda. ¿Quién no los tendría? Sin embargo, viendo el caos que reinaba en el clan Lyon, sería absurdo que lo dejaran marchar así como así. El viejo *Laird* era conocido por sus tretas sucias y quiso prevenir a su amigo sin alarmar demasiado a la dama.

—Dudo que os dejen marchar así como así después de demostrar con creces vuestra valía... Vuestro tío no sabía ni dónde tenía su mano derecha durante la batalla y eso que salisteis bien organizados para atacar los flancos.

Erroll apretó los labios. Al pelirrojo no le faltaba razón. Las estocadas de Sir John eran erráticas y bajaba el escudo tanto que apenas lo resguardaba. Si no llega a ser por Alfred, su tío habría caído preso o muerto. No obstante, ponerse en forma con los entrenamientos no era asunto suyo.

—No es negociable, Darren. Mi mujer y mi hijo me esperan en tierras

de los Lockhart.

Erroll esperó a que su madre y su amigo reaccionaran de algún modo, pero no lo hicieron. Dudó por un momento que lo hubiesen escuchado siquiera, aunque por la expresión boquiabierta de Darren dedujo que el pelirrojo trataba de asimilarlo simplemente.

—Se llama Catherine... —continuó en busca de alguna reacción más locuaz.

Lady Eileen exhaló el aire del cuerpo al escuchar otro nombre distinto al de Kelsey. Habían llegado rumores al castillo, habladurías que de ser ciertas podrían hacer muchísimo daño a su hijo. La condesa Stafford era la misma niña consentida que a punto había estado de llevar a su único hijo a la perdición y la quería lejos, muy lejos, de su persona. Darren no perdió la oportunidad brindada y con cara inocente le preguntó:

—¿La gatita?

Erroll sintió cómo enrojecía y reprochó a su amigo en silencio que no fuese capaz de mantener la boca cerrada. ¡Maldito pelirrojo del demonio! Darren sonreía de oreja a oreja, saboreando su pequeña venganza por no haber sido el elegido por la gata. Esa muchacha le había impresionado nada más conocerla y pocas eran las que conseguían atraer su atención con tal intensidad. Se alegraba por el bribón de su amigo, aunque aún le dolían los huesos de la paliza que le había dado por haberle manchado de barro delante de ella. Era la primera vez que se peleaba en serio por una mujer y, aunque había perdido, no podía dejar de recordarlo como uno de los mejores días de su vida. Sonrió aún más. En cambio, el rostro de la dama seguía sin recuperar color.

—¿Habláis de Lady Pulteney? —La voz de Lady Eileen apenas superó el tono de un murmullo.

Erroll se sorprendió un poco de que su madre estuviese al tanto de su relación con Dunstana y prefirió actuar con cautela.

—No, bueno... —Se rascó la coronilla en un vano intento de encontrar las palabras adecuadas. Su confesión comenzaba a complicarse por momentos. ¿Cómo iba a contarle ciertas cosas a su madre sin escandalizarla? Se encomendó a Dios y a todos los Santos habidos y por haber—. Sería muy recomendable que os sentarais antes de escuchar lo que tengo que decir.

—Me estáis asustando, *leanabh*...

—¡Ni que hubieseis tenido un hijo con las dos! —rio Darren. Sin

embargo, ante el silencio de Erroll y su cara de «os libráis de una muerte lenta y dolorosa porque estamos delante de mi Santa Madre», preguntó—: ¿En serio?

Lady Eileen se abanicó con la mano y se aflojó las cintas del corsé. Un súbito golpe de calor la hizo boquear incluso. No podían estar hablando en serio. Con total seguridad, su hijo no tardaría en desmentir a su amigo y darle un pescozón por soliviantarla, pero la ansiada reacción de su amado Erroll no llegaba. Era más, daba la callada por respuesta. ¡Ay, Dios, era abuela de dos nietos! No sabía si reírse o llorar de puros nervios. Debía de tratarse de una broma. Una de esas que ella nunca entendía y a las que no le encontraba gracia alguna, ¿verdad?

—Id a buscar sales aromáticas, Darren —solicitó Erroll con urgencia al ver cómo su madre se había tomado la noticia.

Pero Lady Eileen recuperó las fuerzas como pudo. Si averiguaban que estaba allí, no permitirían que siguiera hablando a solas con su hijo. Cogió la mano de Darren al vuelo antes de que marchara y les imploró un poco avergonzada por haberlos preocupado:

—No será necesario.

—¿De verdad? —preguntaron al unísono.

—Sí, de verdad. Pero por favor, *leanabh*, no os demoréis más en explicarnos eso de que sois padre de dos hijos.

—Está bien —Erroll tomó aire antes de empezar—. Cuando estuve sirviendo en casa de Dunstana de Stone...

—¿Dunstana es esposa de ese tal Lord Peter Pulteney? —interrumpió su madre de nuevo, perdiendo el color del rostro.

—Era esposa. Lord Pet ha muerto.

—Gracias a Dios —dijo ella santiguándose—. Ese hombre era conocido por su depravación, Erroll. ¡No me digáis que frecuentabais su amistad, por Dios Bendito! —exclamó sofocada llevándose la mano derecha al corazón y la otra a los labios temblorosos.

El joven habría preferido no tener esa conversación con su madre, que lo miraba con una expresión horrorizada. Al fin y al cabo, él había tenido que renunciar a Elric y nadie salvo unos pocos sabían la verdad. Miró con fiereza a Darren. Él y su manía constante de meter la pata en el momento más inoportuno.

—No, *màthair*. Es cierto que lo conocía, pero jamás fuimos amigos.



—¿Y de Dunstana? Porque estaba casada con un demonio y de ella no dicen cosas mejores en la corte, *leanabh*. No me digáis que...

—Tengo un hijo con ella —sentenció de forma tajante.

Los tres se quedaron en silencio. El tiempo apremiaba.

—Darren, por favor, necesito hablar con mi hijo a solas. Si nos disculpáis...

—Por supuesto, Milady. Estaré en el gran salón junto al resto de invitados —respondió el pelirrojo con desgana pues se iba a perder los detalles más jugosos de la historia.

Lady Eileen tuvo la prudencia de esperar a que no hubiese nadie cerca y cogió a Erroll de la mano para guiarlo a sus aposentos. Allí nadie los molestaría al estar alejados de la torre principal. El joven hacía años que no entraba en la que fuera la alcoba de sus progenitores. ¡Cómo era posible que lo tuviera tan nítido y presente después de tanto! Los recuerdos de su padre abrazándolo y revolviéndole el pelo le abrumaron y suspiró.

—Yo también lo añoro, Erroll —le comentó su madre a la vez que se sentaba frente a él—, pero necesito que me expliquéis y pronto qué relación manteníais con Lord Pulteney y con su esposa. ¿Qué es eso de que sois el padre de su primogénito? ¿Es cierto que se parece tanto a Kelsey Haldane? —Esto último lo preguntó sin pensar y se arrepintió en cuanto vio el gesto ceñudo de su hijo.

—Como os decía, cuando estuve al servicio de Dunstana, ella y yo...

—Sé cómo se hace un hijo, *leanabh*. Ahorraos ciertos detalles, pues os recuerdo que estuve casada con vuestro padre y que vos no caísteis del cielo.

Erroll carraspeó. Su madre debía entender que no era fácil para él hablar de ciertos temas con ella. Parecía enfadada y eso le tranquilizó en parte, aunque preferiría que demostrase esos arrestos con los Lyon y no con él.

—Bueno, ella había tenido dos maridos antes y nunca se había quedado en cinta —intentó excusarse.

«Por ahí vais mal, *caraid*», se dijo a sí mismo. La contestación de su madre no hizo más que constatarlo.

—Y llegasteis vos demostrando el vigor de vuestra simiente, ¡qué generoso! —ironizó.

Erroll resopló.

—¡Por Dios, *màthair*, no me lo estáis poniendo nada fácil! —exclamó Erroll y ella hizo el gesto de mantener la boca cerrada—. No supe de la

existencia de ese niño hasta que llegué a Londres. De hecho, si Lord Pulteney se hubiese enterado de que su primogénito no era legítimo...

—Habrían sido víctimas de escarnio público.

—Peor que eso. Habría matado a su esposa y al pequeño.

Erroll no previno la impresión que semejante confidencia causaría en su madre y a punto estuvo de no sujetar su cuerpo en el aire antes de que perdiera el conocimiento. La recostó sobre el lecho de pieles y le palmeó el rostro con suavidad hasta que abrió los ojos.

—¿Estáis mejor? —le preguntó, sabiendo el sermón que le esperaba.

—¿Cómo voy a estar mejor? Soy abuela de dos niños y soy la última en enterarme... —refunfuñó de forma infantil, quitándose de un plumazo cuarenta años de encima.

Erroll estuvo a punto de echarse a reír a carcajadas pero, ante el gesto de reproche de su madre, resopló y se sentó a su lado, en el lugar que esta le había indicado.

—Contádmelo, os lo ruego.

—Sí, se parece mucho a Kelsey, pero al contrario que la condesa Stafford, Dunstana me salvó la vida. Renuncié al pequeño Elric, *màthair*, días antes de que a Lord Pet lo encontrasen muerto.

—¿Os arrepentís?

—No. Elric lo es todo para Dunstana. Jamás privaría a un niño de estar con su madre.

El joven intentó resumir la historia lo mejor que pudo y Lady Eileen no lo interrumpió. Las lágrimas le caían por las mejillas pero ella no se las enjugaba, con tal de no soltar la mano de su hijo. Solo asentía o negaba con la cabeza, según fuera el caso. Se mostró muy interesada cuando Erroll le habló de Catherine y de lo valiente que había demostrado ser a pesar de su juventud. Sin embargo, al llegar al punto en el que le explicaba su enfriamiento con la gata a raíz del incendio, Lady Eileen tuvo que consolarle. Ambos compartieron lágrimas.

—Ha sufrido mucho, Erroll. Debéis...

—¿Tener paciencia? —la interrumpió su hijo y ambos sonrieron—. ¡Me lo repito tantas veces!

—Lo más cómodo para ella habría sido quedarse en Sutton o volver a Londres con su amiga. Sin embargo, lo dejó todo por acompañaros. ¿Acaso hay mayor muestra de amor que esa?

Las tupidas pestañas de Erroll brillaban húmedas. Lady Eileen conocía bien a su hijo. Sabía que esa muchacha, la gatita a la que había hecho referencia Darren, había sido capaz de devolverle la ilusión y le estaría agradecida siempre por ello. Debía ser una mujer muy especial.

—Mi único deseo en esta vida es veros feliz.

—Lo sé, *mamaidh*.

—Quiero conocerla. A ella y al pequeño Ronnie. Seguro que estará deseando volver a veros. Me habéis dicho que Catherine es una joven valiente y decidida. Superará esos miedos, ya veréis. Después buscaremos el modo de que vuestro tío y vuestro abuelo la acepten.

—Ese es otro cantar...

—¿Qué queréis decir?

—Que es mi deseo marcharme a Irlanda con ellos.

Lady Eileen apretó los labios y contuvo las lágrimas. Era cierto, con todo el lío de la paternidad había olvidado que su hijo había venido a Glamis a despedirse. Erroll era lo único que le quedaba de Cullen, su gran y único amor. Si marchaba y reclamaba la herencia de su padre, quizás no volviese a verlo jamás. ¿Qué podría hacer ella para convencerlo de que se quedase? ¡No podía renunciar a él sin más!

Alguien llamó a la puerta y la voz grave de su abuelo reverberó en los maderos.

—*Nighean*, ¿está vuestro hijo aquí?

Lady Eileen se envaró y recompuso el semblante, exhibiendo una amplia y fría sonrisa, a pesar de que Sir John «el Viejo» aún no había hecho acto de presencia en la alcoba. Erroll miró con disgusto el cambio de actitud en su madre y se levantó para dar paso al anciano.

—Aquí estoy, *Laird*.

—Siempre tan formal, ¿verdad? —preguntó con cierto orgullo, aunque de su abuelo no podía esperar más cumplido ni afecto que ese—. Sir William Brisbane consiguió hacer de vos alguien de provecho. Creedme si os digo que pensé que no lo lograría —rio.

Erroll respondió con una mueca sencilla y su abuelo siguió con su disertación.

—Muchas veces le he comentado a vuestro tío que bien podíamos haber mandado con Sir William al pusilánime de mi nieto en vez de a vos.

—Él también es vuestro nieto —murmuró Lady Eileen.

El viejo la miró con fiereza y levantó la mano para abofetearla por su insolencia. Erroll se interpuso entre ellos y lo cogió por la muñeca en una clara advertencia.

—Si tocáis a mi madre no dejaré una tripa en vuestro cuerpo.

El *Laird* intentó zafarse del agarre, pero solo consiguió que se le cayera el bastón al suelo.

—Ingrato... Después de todo lo que este clan ha hecho por vosotros.

Erroll alzó ambas cejas. No le debía nada, bien había pagado su madre con el sudor de su frente la manutención de ambos cuando él era pequeño. Y de mayor, había renunciado a su derecho en la línea de sucesión sin pedir nada a cambio. Solo por salvaguardar el bienestar de su madre.

—Mañana partiremos al alba de regreso a las tierras de los Lockhart —le dijo a su madre, dispuesto a salir de la estancia y dejar de respirar el mismo aire de su abuelo. No fuera a debérselo después...

Gruñó. Temür y él acababan esa mañana de romper un cerco que habría llevado a la miseria a Glamis. Él mismo había dirigido a los leones para liberar las tierras de su tío de los ingleses. ¿Qué le debía él a los Lyon? ¡Nada! Pero el viejo *Laird* no había ido hasta allí para agradecerse lo precisamente, recuperó con brío el bastón y golpeó enérgico el suelo con él para captar su atención.

—¡No! —exclamó el anciano al mismo tiempo.

Erroll, malhumorado, se frenó en seco.

—¿Cómo que no?

—Los ingleses volverán en cuanto se reagrupen y el Guardián de Escocia se haya ido de mis tierras. Os necesito aquí.

—¿Y si prefiero irme?

—Vuestro amigo sufrirá las consecuencias.

Erroll cogió a su abuelo por los ribetes de piel de la lujosa capa sin mangas y lo enfrentó.

—Si le pasa algo a Temür os juro que...

—Ahorraos las amenazas, bastardo. Haréis lo que os he pedido y lo haréis de buen agrado. No saldréis de aquí hasta que esa pandilla de gandules sepa defender mis tierras del invasor. ¿Lo habéis entendido?

—¿Acaso soy vuestro prisionero?

—Si preferís verlo así... —Después miró a su hija y la sermoneó con

su habitual desdén—. ¿Y vos a qué estáis esperando? Hay muchos heridos a los que atender en el dispensario. No os alimento para que estéis cruzada de brazos.

Erroll quiso matarlo allí mismo. Lentamente. Lady Eileen abrazó a su hijo con todas sus fuerzas para que no diese un paso más.

—Por favor...

El ruego de su madre se le clavó en la piel cual espinas de tojo. Dio un paso atrás y dejó que se marchara el viejo *Laird*. No temía por Temür, el gigante sabría defenderse. No así su madre. Suspiró y dio un puñetazo en la pared de piedra. La sangre corrió limpia por los nudillos. Su madre se abrazaba a sí misma y temblaba. Erroll blasfemó por lo bajo y la abrazó con fuerza. No quería asustarla.

—Lo siento, *màthair*.

—Él es quien debería de sentirlo, Erroll —sollozó—. Mi padre nunca fue un hombre que supiera ganarse el respeto y el afecto de sus hombres.

—Pero vos sois su hija.

—Y vos el vivo reflejo de quien se la arrebató.



## Capítulo 30

### HAREMAN

*Puerto de Bilbao, España, agosto de 1336.*

—¡Por Jacques Fournier! —venía blasfemando Don Alonso a la vez que estrujaba con su manos la bolsa con las monedas y regresaba a la iglesia de San Antón, donde ellas lo esperaban al cobijo de la muralla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Isabel alarmada al oír el nombre seglar de Su Santidad, el nuevo pontífice de Roma, y ver el evidente estado de nervios del ricohombre.

Desde que partieran de Burgos, Malen no había visto a Don Alonso así. ¿Acaso se había encontrado con esbirros de Don Ramiro? ¿Lo habrían reconocido? Tembló de solo pensarlo. El joven parecía enfurecido consigo mismo, enrabiado como un niño pequeño, y la miraba de soslayo, sin encontrar las palabras adecuadas. La rubia se cruzó de brazos a la altura del pecho y no tardó en taconear con el pie.

—Hablad de una vez. Estar a plena luz del día es lo que menos nos conviene.

Don Alonso resopló y dijo de corrido:

—Hemos perdido la reserva del camarote, alguien ha duplicado mi oferta y el capitán ha cedido a la demanda.

Isabel contuvo la exclamación que salía de su boca con ambas manos. Malen comenzó a maldecir en gaélico palabras que la de Ayala desconocía, pero que no le cabía duda, eran malsonantes.

—¿Cuándo saldrá el próximo barco? —preguntó Isabel, poniéndose en medio de ambos.

—No habrá más cocas hasta dentro de un par de semanas.

—La señora de Vizcaya no nos dará más tiempo, bien sabéis que desea que zarpeamos cuanto antes. Fue tajante al respecto. Si no es en ese barco, tendremos que ver la forma de viajar por tierra.

—¿Y cruzar toda Francia? ¡Sin contar con que Inglaterra y Escocia están en guerra! ¡Habéis perdido el juicio! —exclamó el ricohombre llevándose las manos a la cabeza.

—Podríais acompañarnos buena parte del trayecto, Don Alonso. ¡Tenéis las diligencias del rey!

¡Debería estar contento por la oportunidad de pasar más tiempo junto a Isabel! Pero no lo estaba. Cada día aumentaba la probabilidad de que fuera reconocido por alguien, que estuviera acompañado de tan exóticas mujeres no pasaría por alto en cualquier conversación masculina que se precie.

—No puede ser —convino, prevaleciendo la sensatez—. Levantaríamos sospechas y podría llegar a oídos de Don Ramiro. Mal que me pese, nuestros caminos deberán separarse aquí.

—¿Qué podemos hacer entonces? Debemos llegar a Ayr. Pronto llegarán las lluvias y el menor de nuestros problemas será que en Escocia se haya recrudecido la guerra —sentenció Malen quejumbrosa.

Don Alonso e Isabel la miraron desconcertados. La escocesa no era mujer de ruegos, pero el cansancio acumulado comenzaba a pasarle factura en el ánimo. La rubia hizo acopio de compostura, se irguió y recuperó su pose indolente al instante.

—¡No me miréis ambos así! —exclamó orgullosa—. Por mis difuntos que subiremos a esa coca aunque sea en calidad de polizones.

Isabel dejó escapar una exhalación, pues sabía que hablaba muy en serio. Malen la tranquilizó con una sonrisa y le guiñó un ojo para hacerle ver que era la misma de siempre. O que al menos lo intentaba. Justo después, se ciñó las cintas del corpiño del vestido para realzar su figura, gesto que hizo que la de Ayala se persignara.

—Perded cuidado. No hay hombre que se resista a lo que una mujer

pueda ofrecerle y quizás podamos negociar de nuevo el pasaje con el nuevo comprador.

Don Alonso alzó una ceja, perplejo. ¿Estaba diciendo que iba insinuarse al pobre desdichado que había osado pujar el doble por sus pasajes? No, no podía ser eso. La tenía por descarada, pero no tanto. Además, aún no había recuperado su habitual lozanía tras el ataque... Se abstuvo de salir de dudas por Isabel y por no darle ideas a la escocesa. Por su parte, la mente de Malen bullía en búsqueda de posibles soluciones y terminó por preguntarle:

—¿Quién es nuestro opulento contrincante?

—Aquel de allí —señaló despectivo Don Alonso, que sabía que a partir de ese instante sería motivo de burlas.

Dicho y hecho, Malen soltó una carcajada al ver que se trataba de un escocés, no muy alto pero con buena planta.

—Os habéis dejado vencer por un hombre con «falda», recordadlo —le espetó risueña mientras el rostro de Don Alonso se volvía como la grana.

—Malditos isleños —murmuró ofuscado.

Isabel puso los ojos en blanco. Si tenía que aguantar unos días más los continuos rifirrafes entre Don Alonso y Malen, volvería a Sevilla sin dudarlo. Bueno, eso quizás había sido exagerar demasiado, se recriminó al fin y miró a la escocesa que parecía trazar un nuevo plan.

Por otro lado, Malen pensó que era su día de suerte. Si tenía que negociar, necesitaba de la máxima fluidez posible en el idioma. No se lo pensó y dejó a la joven pareja a solas, preguntándose a dónde iría ahora. A pesar de las consejos de Isabel, se bajó el corpiño hasta rayar lo indecoroso y se pellizó las mejillas para darles algo de color. No había habido hombre que ella hubiese querido amancebar que no cayera rendido a sus encantos. El que se humedeciera los labios fue casual al interceptar la mirada del desconocido.

Como había apreciado de lejos, el desconocido era de su altura, poco más o poco menos; de complexión delgada y de movimientos gráciles. A medida que se iba acercando, sintió una extraña atracción que le cosquilleaba la piel. Le agradó apreciar cómo los brazos del escocés tensaban las mangas de la camisa, escondiendo un cuerpo más ejercitado de lo que aparentaba ser. Se quedó embobada en los detalles, como si fuera el primer hombre que acicateara su interés. No obstante, lo que más subyugador le resultó fue su mirada. Sus ojos eran tan negros que podía verse reflejada en ellos



perfectamente, hecho que la turbó.

El escocés esperó a que ella dijera algo o se presentara, pero al ver que no reaccionaba, se excusó en gaélico para que entendiera que no sabía castellano. Malen sonrió y fue el momento de que él se prendara de ella. Era un poco flaca para su gusto, pero nada que no pudiera remediarse a base de comida y cama. Se sorprendió a sí mismo por el derrotero que llevaban sus pensamientos con eso último, pues su libido había huido hacía tiempo tan lejos como él de su condena. Se preguntó qué buscaría esa mujer y si él podría encontrar algo en ella.

—Mi amiga y yo necesitamos ir en ese barco. Le pagaremos bien.

Él no se sorprendió tanto por encontrar una paisana en aquellas tierras como por su descaro. Echó un vistazo a la amiga y al hombre que la acompañaba, después la miró a ella de arriba abajo. Le dio una orden al pilluelo que lo ayudaba con el equipaje para que fuera a embarcarlo y volvió a prestarle atención. Era lo más interesante que le había pasado en semanas después de la infructuosa búsqueda.

—Yo no soy el capitán, *mo baintighearna*. Ni tampoco es cuestión de dinero. Debo partir en él.

—Lo sé. Sois quien pujasteis por nuestro camarote.

El escocés torció el gesto. No sabía que el capitán hubiese hecho negocio a su costa. El precio por la travesía le había resultado excesivo, pero no pensaba quedarse ni un día más en esa tierra de olores fuertes, de gente que se ofendía con solo mirarla y que no dejaba de reírse de su atuendo. Lo sentía por las jóvenes pero él tomaría esa coca rumbo a Ayr. Una idea descabellada se le cruzó en la mente y antes de pensarla ya le estaba preguntando:

—¿Solo seríais vosotras?

Malen asintió, dejando que la esperanza hiciese brillar sus ojos azul zafiro. El escocés volvió a poner ese gesto y le chistó a su conciencia por no haberse callado antes. No obstante, prefirió hacerse de rogar un poco más, ya se preguntaría después el porqué. En vez de estar gozando de las comodidades de su camarote, estaba conversando con aquella rubia de avispados ojos y turgentes... Carraspeó para recuperar la compostura. Solo quería no perder de vista a una joven tan hermosa tan pronto, se dijo para sí y sin mucha convicción.

—¿Y qué tendría que ver yo en eso? —preguntó haciéndose el tonto.

—Necesitamos el camarote, *mo maighstir*. Como comprenderá, un

viaje de tal índole no es seguro para dos mujeres desamparadas.

—Dudo que «desamparada» sea la palabra que mejor os defina —expresó dándole un buen repaso a su escote.

Solo veía una solución, pues no tenía intención alguna de renunciar al camarote. Tendrían que compartirlo con él y con Charlie de mutuo acuerdo o se quedarían en tierra. No había más que hablar.

—Lo necesitamos.

—¿Por qué?

—Somos fugitivas —sentenció Malen en jarras, un poco cansada de que el hombre le hiciera requiebros y la conversación no avanzara. Quizás diciéndole la verdad lo ablandase, aunque por su gesto no parecía muy convencido.

—¿Y de quién huís si puede saberse? —preguntó él con mofa, pues el brío de la joven lo endurecía y le hacía volver a pensar en catres, pajares, sábanas tan blancas como su piel cremosa...

Malen resopló.

—De un ricohombre castellano.

—¿De ese? —preguntó arrugando la nariz.

Malen rio ante la osadía del escocés. Don Alonso le sacaba más de media cabeza y había demostrado ser muy habilidoso con la espada.

—No de ese.

—Entonces, ¿de quién?

—De un prometido inconveniente.

Los ojos negros del hombre se agrandaron como dos lunas nuevas y en contraste con sus puños níveos. El corazón de Malen comenzó a latir más fuerte. El tono de su voz, la forma con la que la miraba...

—¿Vuestro?

—¿Acaso importa?

«¡A mí sí me importa!», estuvo a punto de exclamar el escocés, pero calló. Un gruñido ronco escapó de sus entrañas y se dio la vuelta, dispuesto a marcharse. Malen corrió tras él y lo cogió del brazo para pararle. Sintió un hormigueo extraño en la yema de los dedos y ambos se miraron a los ojos. Él también lo había sentido. Estaba segura.

—No es mi marido del que huimos, en realidad, no es marido de nadie... aún.

El escocés exhaló el aire contenido. ¿Por qué iba a complicarse la

vida? Solo tenía que alejarse de esa beldad, subir al maldito barco y zarpar. ¿Fugitivas? ¡Menuda historia se estaba inventando!

—Si no es marido aún..., ¿por qué huís? ¿Tan feo es?

—Ella está enamorada de otro hombre.

Cada nueva contestación de su paisana hacía que se acrecentara más la curiosidad de él por saber. ¿Qué demonios le pasaba? Él tendría que estar ya en esa coca, volver a su país y seguir buscando. No podía demorarse en caprichos de mujercitas...

—Lamento mucho lo de vuestra amiga pero Charlie y yo debemos ir cuanto antes a Ayr.

Malen sintió que perdía la oportunidad y fue a por todas. Si debía volver a las andanzas, al menos que fuera por una buena causa.

—Haré lo que sea, *mo maighstir*. Lo que sea... —repitió con algo de menos temple en la voz—. Ayudadnos, os lo suplico.

Él la miró aún más sorprendido, admirado y confuso. Incipientes lágrimas pugnaban por acariciar las mejillas de la joven. No lo permitiría. Se las pellizó para devolverles color y que sonriera. El suave contacto de su piel lo acicateó de nuevo. ¿Qué demonios le pasaba al tocarla? Estaba tan cerca que apenas los separaba el aliento.

—¿Por qué... por qué es tan importante esa joven?

Su voz ronca y profunda la envolvió como si de un abrazo se tratara. No sabía qué le había impulsado a abrir su alma a ese hombre: si la necesidad, el que fuera de su tierra, o la confianza que le inspiraba.

—Porque le debo mi nueva vida —apenas le susurró.

Los labios de él percibieron las cosquillas de su aliento con cada palabra. No quiso saber más.

—Decidle a vuestra amiga que tendréis que compartir camarote con...

—Ella no está incluida en el trato —se apresuró a interrumpirle, temerosa por primera vez.

Él le sonrió con condescendencia.

—Tampoco vos. No temáis, *mo baintighearna*. Pero tendréis que haceros pasar por mi esposa y ella por vuestra criada. Hablaré con el capitán. Zarpamos en breve.

El escocés selló sus labios con un rápido beso y volvió junto a su equipaje como si tal cosa. Malen lo hizo a su vez junto a la pareja sin saber muy bien qué decir. Lo había conseguido, pero ¿a costa de qué? Suspiró y

recompuso su semblante. Ninguno de ellos dijo nada. Quizás no le habían visto besarla, porque la había besado, ¿verdad? ¿O tal era el deseo de que lo hiciera que se lo había imaginado? Hallaría el modo de decirle a Isabel que compartirían camarote con un hombre y un chiquillo. Pero se lo diría cuando Don Alonso no estuviese presente. ¿Para qué soliviantarlo? El joven se negaría a dejarlas subir a la coca con esas condiciones y el tiempo apremiaba. Además, él podría regresar con el corazón destrozado, pero con la conciencia tranquila. Quizás ingresar en la Orden de San Juan y ser prior de León y de Castilla después de todo, como le había dicho Isabel que quería su familia. «¿Qué padre desea ese futuro a su hijo? ¿Uno en el que su felicidad no era posible?», se preguntó. Ella no lo concebía.

Malen sintió pena al despedirse del ricohombre castellano. Lo echaría de menos después de todo. Era un buen hombre. Subieron a la pequeña embarcación que las llevaría a la nave. Los remeros las miraban de reojo, entre lujuriosos y hastiados. Malen los ignoró. Los marineros siempre habían sido muy supersticiosos y llevar mujeres a bordo era para ellos una maldición. Subieron a la coca y despidieron a Don Alonso desde la cubierta. La escocesa apretó los dedos en el talle de la sureña para transmitirle fuerza, sabía lo que estaba sufriendo al verlo allí, apostado en el muelle, y con el desamor pintado en el rostro. El barco comenzó la travesía.

Junto al timón, su nuevo compañero de viaje las observaba con total discreción y aire pensativo.

—*Maighstir*, he preparado el camarote como ordenó. El oficial no estaba muy contento, aunque me ayudó con las hamacas, como dispuso el contraмаestre. No entiende que...

El pilluelo no terminaba de hablar y el hombre hizo un ademán con la mano para que prosiguiera.

—¿Qué no entiende?

—Que os quedéis con las dos, pues la morena no es vuestra esposa.

El escocés maldijo entre dientes. El capitán no debía haber confiado sus palabras en el oficial y en el contraмаestre, pues había pagado una gran cuantía por su silencio. ¿Qué les importaba a ellos lo que hicieran en el camarote? Al menos se habían creído que la rubia era su esposa... «Su esposa», se repitió con una sonrisa tonta en los labios. Nunca pensó que volvería a referirse así a alguien de nuevo.

La travesía sería larga y, en cierto modo, se sentía responsable de que

ambas mujeres llegaran indemnes a su destino. No quiso preguntarse por qué, tampoco qué habría pasado con ellas si él no hubiese accedido a compartir camarote en ese barco. Fugitivas... ¿era posible? Las había observado mientras subían a la coca ayudadas por los últimos remeros. Debería comportarse como un esposo y ayudarlas a instalarse... Sin embargo, había preferido mantenerse en la distancia. ¿Cómo iba a reprimir el impulso de besarla de nuevo cuando la tuviese cerca? El capitán se aproximó hasta donde estaba con aire enfadado.

—¡No me dijisteis que fueran... así!

—¿Así cómo? —preguntó con aire inocente.

—¡Hermosas!

—Me alegro de que encontréis a mi esposa bien parecida...

El capitán gruñó y miró al cielo. Sí, la travesía sería muy larga y cuanto menos pisaran las mujeres la cubierta mejor que mejor.

—Señor Shaw, espero por su bien que controle a las damas. No quiero un motín en mi barco.

Acompañadlas al camarote cuando sea la hora del almuerzo y que sea lo que Dios quiera —comentó mientras se persignaba y se dirigía a su puesto de mando.

El puerto apenas era una línea de horizonte en mar abierto. Malen e Isabel seguían junto a la toldilla, viendo como la estela del barco rompía la mansedumbre de las aguas con sus miles de destellos vibrantes. No hacían falta palabras. No había marcha atrás. Para los castellanos y su prometido, Isabel había sido víctima de una desafortunada caída del caballo o de un fortuito accidente cuando iba a su encuentro. Sin más. Ella era el punto final de una estirpe maldita años atrás. El mismísimo rey Alfonso XI cubriría su huida como adeudo a la muerte de su fiel amigo y consejero Juan, al que había querido como a un padre. Doña Leonor de Guzmán así se lo había pedido a Don Alfonso y había ayudado a disponerlo todo. Isabel suspiró. Nunca volvería a la tierra que la vio nacer, que le había sesgado la vida...

Atrás quedaba un Don Ramiro que, sin ser viudo, ganaba una cuantiosa herencia, y la oportunidad de contraer nupcias con la madre de su primogénito; también Don Alonso, un hombre dispuesto a entregar su valerosa espada a la

causa del rey y su alma a Dios, pues sin corazón partiría en busca de su pronta muerte. Atrás quedaban sus recuerdos de la infancia, de una solitaria adolescencia, los restos de quienes más quería...

Isabel se sobresaltó ante el suave tirón de su falda. Malen seguía con sus bellos ojos azules puestos en el horizonte. Se giró para saber quién la llamaba y la traviesa cara del pilluelo la sorprendió.

—Mis señoras, pronto se servirá el almuerzo —comentó en gaélico—. Los marineros dejarán sus puestos y sería bueno que no las encontraran en cubierta.

Sin moverse siquiera, Malen le contestó al chico:

—Decidle a vuestro señor que nos espere abajo, será solo cuestión de unos minutos.

Isabel frunció el cejo.

—¿De qué conocéis a ese niño?

—Dormirá con nosotras. También su señor...

—No entiendo.

—El hombre nos cedió sitio en su camarote.

—¿Así sin más?

Malen no contestó y se dispuso a seguir al niño. Isabel la cogió por el antebrazo y, con inusitada fuerza, la frenó.

—Decidme cuál ha sido el pago.

Isabel habría preferido verse sin una triste moneda, fuera noven, cornado o maravedí antes que el silencio de su amiga, pero no había salido dinero alguno de la bolsa y, ahí estaban, rumbo a las costas de Escocia.

—¡Malen!

La rubia se sacudió rebelde de la mano que la sujetaba y la enfrentó con el índice en alto, amenazante.

—El precio convenido es cosa mía. No os atreváis a juzgarme.

—Jamás lo haría... Pero no quiero que os veáis en semejante lance, eso es todo.

—Mejor yo, que sé a qué atenerme, que vos.

Isabel apretó el mohín para que el sollozo no se escapara de sus labios.

—¡Ninguna, maldita sea! —exclamó con lágrimas en los ojos y Malen la abrazó. La de Ayala quiso distraerse con el ancho mar para no llorar o con la punta de sus desgastados zapatos, pero cuando finalmente la miró, perdió de

nuevo el temple. Malen la tranquilizó.

—Todo irá bien mientras nos tengamos la una a la otra, ¿de acuerdo? Y ahora vayamos tras el niño, nos hará bien acallar el estómago y quitarnos del sol.

El escocés había estado observándolas todo ese tiempo. Desde que hubiese mandado a Charlie para que les dijera que las esperaba en su camarote, habían empezado a discutir. Temió que la verdad saliese a la luz tan pronto. Cruzó la cubierta en unas cuantas de zancadas, cogió a «su esposa» por el antebrazo y arrastró con su ímpetu a la joven morena hacia el camarote. Isabel fue a protestar, pero al reconocer quién era, calló.

Isabel, a cada paso que daba, iba pensando en cómo vengarse de ese supuesto benefactor que, sin conciencia alguna, se aprovechaba de la necesidad y el desamparo de dos jóvenes. Quizás hasta se atreviera a decirle cuatro cosas bien dichas cuando llegaran a puerto. No antes, pues no quería acabar dando de comer a los peces o poniendo en mayor diatriba a Malen... Sonrió al venirle a la cabeza un par de frases ingeniosas. «Ojalá no se me olviden», pensó.

Mas fue entrar por la puerta y mejorar en parte su opinión. Ya no le parecía un monstruo abominable al más puro estilo *addanc*. El ancho catre había sido dispuesto y apuntalado en vertical, como si fuese un murete, dividiendo el espacio y dando algo de intimidad. Dos hamacas colgaban de cada lado y sus petates parecían intactos.

—¿Se puede saber por qué discutíais en cubierta? —Fue su presentación—. ¿Desde cuándo una sirvienta discute a viva voz con su señora?

Isabel se quedó boquiabierta y sin saber qué decir. Todo esto era demasiado nuevo para ella. El escocés las observaba cruzado de brazos y con la ceja en alto.

—Disculpados, señor... —comenzó a decir Malen.

—Shaw, Elman Shaw —completó él y prosiguió en un tono más bajo para dirigirse a Isabel—. Supongo que vuestra amiga os habrá dicho que, para no tener problemas con la tripulación, ella se hará pasar por mi esposa y vos por su sirvienta. ¿Tenéis algún problema con eso?

—No, señor Shaw —contestó Malen y le dio un codazo a Isabel para que repitiera lo mismo, pero no lo hizo.

—¿Qué le ocurre? —le preguntó a la escocesa—. ¿Nos entiende?

—Perfectamente.

—No le he debido caer bien —musitó Elman torciendo la boca y chasqueando la lengua.

—No es eso.

—¿Y qué es si puede saberse?

—Es por nuestro trato.

—¿Nuestro trato? —El escocés se mantuvo en silencio durante unos segundos hasta que supo de qué se trataba—. Entiendo. Decidle que no tiene por qué preocuparse. Ella será la sirvienta —bromeó.

Isabel bufó y se cruzó de brazos. Empezaba a arrepentirse de haber subido a bordo...

—¡No se refiera a mí como si no estuviera!

Elman Shaw sonrió. ¡Por fin había hablado! ¡Menudas fieras! Dos en un mismo barco. La travesía no solo sería larga, se volvía por minutos más interesante.

—Pensé que no me habíais entendido.

—Y así era. Me cuesta acostumbrarme al acento al principio.

—¿En serio? —Su mirada asesina lo coartó y ahogó una carcajada para no empeorar las cosas. Al fin y al cabo tendrían que convivir un mes juntos. Ofreció una tregua—. Debí deducir por vuestro aspecto que no erais escocesa, perdonadme.

—Os estamos muy agradecidas por compartir vuestro camarote con nosotras, señor Shaw. Esperamos no causaros ninguna molestia —respondió Malen de carrerilla y recogiendo la ofrenda de paz, comenzaba a entender cómo debía haberse sentido Isabel cuando ella discutía con Don Alonso...

A Elman le costaba concentrarse en la conversación. La presencia de ambas mujeres le ponía nervioso. Sobre todo la mirada apreciativa de Malen. Sin embargo, era necesario atar muy bien los cabos de su historia en común antes de salir a cubierta de nuevo. Cualquier error podría poner a las damas en un aprieto. Lo primero era alertar a Charlie. Dio un silbido y el crío apareció trotando escalerillas abajo. Isabel puso cara de disgusto.

—Hay otro Charlie en el barco —se excusó Elman, aunque no fuera necesario. Las alentó con la mano para que ellas mismas se presentaran.

—Mi nombre es Malen. Mi padre no quiso darnos su apellido, así que podría decirse que mi hermano y yo pertenecíamos al clan Murray de Blair



Atholl.

Isabel percibió que los hombros de Elman se tensaban. ¿Conocería a los Murray? ¿Tendría algo en contra de sus cuñados? Optó por no decir palabra y Malen la presentó.

—Ella es Isabel de Ayala, cuñada del hermano menor del *Laird* del clan.

—Neall —sentenció Elman, despejando cualquier duda de la joven y recordando cuánto le había hablado Ayden de su hermano.

—Sí, Neall. ¿Le conocéis? —se interesó Malen.

—A él no, a su hermano Ayden. Coincidimos ambos en St. Margaret.

—¡Qué horror! —alcanzó a decir la escocesa, sin querer preguntarle el motivo por el que había estado en presidio.

—Bueno, omitiremos el apellido ya que sois fugitivas —Esto último lo dijo con retintín— y como os maneáis bien con el gaélico, os llamaremos Iseabail, que es lo más parecido.

—De acuerdo.

Isabel se sentó al fondo del camarote, en el suelo. No estaba de humor. Esperaba encontrar un monstruo al que odiar y resultaba ser un hombre encantador, de ojos negros e inteligentes. Resopló. Elman torció el gesto por su parte. La joven morena parecía refrendar la historia de su amiga. Quizás fuera una mentira concertada o una verdad a medias. No por ello le parecía menos interesante. Malen interrumpió sus pensamientos.

—Dado que voy a ser vuestra esposa, ambos os referiréis a mí como la señora Shaw. Somos originarios de...

—Stirling —completó Elman—. Soy artesano, o al menos lo era antes de ser apresado durante la feria del ganado de la ciudad. Desde entonces soy cantero, prófugo y buscador de tesoros perdidos.

—Suena interesante... ¿Qué tipo de tesoros? —preguntó Isabel, más por educación que porque creyera tan inverosímil historia.

—Personas perdidas.

—¿Y eso os ha traído aquí? —se interesó Malen.

—Sí —afirmó escueto.

—¿Habéis encontrado a quién buscabais? —insistió la escocesa.

—No exactamente. He descartado sitios donde pudiera estar y tengo una pista fiable.

—Entiendo... —comentó Isabel distraída mientras abría el hatillo

donde llevaba sus escasas pertenencias.

—¿Y ese prometido vuestro no os seguirá hasta Escocia?

—Eso espero.

Elman se hizo a un lado para dejarla que siguiera con su labor y se arrimó a Malen.

—Luego, es verdad que huís de alguien —le susurró más cerca de lo necesario.

Le gustaba cómo la calidez de su aliento movía los caracoles de sus cabellos rubios y le erizaba la cremosa piel. Se imaginó sus pezones tersos, deseosos de liberarse del corpiño. No recordaba la última vez que se había sentido así. En realidad sí, pero era demasiado doloroso para recordarlo. Dio un paso atrás. Ella, en cambio, acertó la distancia, buscando la misma reacción en él.

—Tan cierto como que alguna vez fuisteis orfebre.

Elman la miró atónito. Embrujado por esos ojos color zafiro y esos labios tan rojos como rubíes. Él había dicho artesano. ¿Cómo había adivinado esa mujer a qué gremio pertenecía? Se fijó en sus propias manos. Ya no eran las cuidadas manos de un orfebre, sino callosas como un cantero. Engarzó una mirada interrogante y ella le respondió con un guiño.

—La comida se enfría.

—Si esto os parece comida es que en algún momento habéis pasado mucha hambre —ironizó él.

Malen apretó los labios, a punto de contestar alguna impertinencia. ¿Pero qué culpa tenía el señor Shaw de que el cocinero fuera un incompetente? Forzó una sonrisa que no le llegó a los ojos y probó el cucharón. Sabía tan mal como aspecto tenía. Si la travesía duraba más de un mes ninguno sobreviviría. Isabel se acercó a ellos, comió su ración sin una queja y se sentó en una de las hamacas.

—Sé cocinar —aseveró.

Los escoceses la miraron sin comprender.

—Puedo ayudar al cocinero si me da permiso el capitán. No tardaremos en enfermar comiendo este engrudo.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Malen soltando la cuchara de golpe.

Elman torció la boca y terminó de masticar los grumos.

—¿Tan buena es? —le preguntó a su paisana, sabiendo que la joven sureña frunciría el ceño por ignorarla.

—Mejor, la enseñaron las monjas del convento y mentiría si os digo que tiene las manos de un ángel.

Isabel se ruborizó. Malen nunca se había referido a ella en esos términos. De hecho, solo había probado algún guiso y unos pasteles. Nada especial, pero cualquier cosa era mejor que «eso».

—No creo que os ponga ningún inconveniente al respecto. Al fin y al cabo, sois una sirvienta. Debéis de cuidaros de no mostrar vuestros modales de alta cuna y hablar lo mínimo. ¿Entendido?

—Alto y claro.

Isabel salió seguida de Malen apartó el cuenco y quiso saber algo más de él.

—¿De dónde sois, señor Shaw?

—Vivía en Stirling...

—Sí, eso habéis dicho. Pero, ¿sois de los Shaw de Lanarkshire, los que en su día firmaron el Estatuto Ragman, o de las Highlands?

—¿Por qué lo preguntáis? —Malen le sostuvo la mirada, desafiante, hasta que él cedió—. Mi padre luchó por llevar al trono a los Bruce y soy primo hermano de Seumas Ian MacKintosh por parte de madre. De hecho, ese Estatuto que citáis se firmó el mismo año que él nació en Moray. ¿Está suficientemente al norte para vos?

—Lo está.

—Y ahora, contestadme, ¿por qué queréis saberlo?

—Porque me gusta saber con quién hago tratos.

—A cuenta de eso...

—Decidme algo más —le interrumpió—. ¿Es a Neall Murray a quién buscáis?

Elman contuvo cualquier gesto que pudiese delatarle. Su investigación era un secreto y, aunque no parecía chismosa, no podía comentar la misión con nadie.

—¿Anda desaparecido? —mintió mientras se llevaba a la boca la última cucharada de engrudo. Ella alzó una ceja como respuesta y él contuvo la risa. Le gustaba esa mujer... mucho—. No, busco a un niño, señora curiosa.

—¡Oh! —exclamó apenas.

—Parecéis desilusionada. ¿Ese hombre es importante para vos?

¿Y qué le importaba a él eso?, se preguntó a sí mismo, pero mentiría si no deseaba una respuesta negativa.

—Lo ha sido.

Elman le sostuvo la mirada. Sabía que había mucho más de lo que dejaba entrever. ¿Habían sido amantes? Seguro que sí, rumió con una amargura extraña. Se levantó del taburete y dio por terminada la conversación.

—¿A dónde vais? —preguntó Malen al ver que la dejaba allí plantada.

—A tomar el aire y quizás un poco de sol. Es lo único que voy a echar de menos de esta tierra.

—Sois afortunado.

—¿Por qué?

—Por solo echar de menos unos cuantos rayos de sol.

Malen lo desconcertaba. Su voz denotaba desamparo. Su cuerpo parecía reclamarle que la abrazara. Toda ella le creaba una necesidad de protegerla, de averiguar sus secretos. Giró sobre sus pasos y la cogió del brazo, sin importarle que esa extraña conexión hormigueara en sus dedos.

—¿Qué dejáis atrás que os pone tan triste?

—La única persona que jamás me juzgó.



## Capítulo 31

### REMOVIENDO EL PASADO

*Glamis, condado de Angus, mediados de septiembre de 1336.*

Temür resopló. Ese era el quinto hombre que tiraba al suelo, pero el único al que había tenido que mantener inmovilizado con el pie apretando su cuello. A la orden de Erroll, lo dejó libre con todo su pesar. El muy cobarde había sacado una daga oculta de su bota en una pelea cuerpo a cuerpo con el gigante y se la había clavado en el muslo cuando había visto las de perder. A Temür le habría gustado romperle el cuello, pero acató la orden de su adalid y lo empujó con el resto de hombres.

—Ya está bien por hoy —dijo Erroll para dar por finalizado el entrenamiento—. Mañana haremos duelos a tres con espada.

Se acercó a su amigo para ver la gravedad de la herida y le hizo un torniquete por encima del muslo para que dejara de sangrar. Debía haber previsto que Alfred no jugaría limpio. Era el único que aún cuestionaba sus órdenes, incluso su tío había tenido que intervenir más de una vez y mandarlo al barracón como castigo. El grupo de guerreros se dispersó en silencio bajo la atenta mirada del viejo *Laird*, que los observaba con interés desde el torreón.

—¿Qué me decís? ¿Están listos? —preguntó el anciano.

El Guardián de Escocia asintió. La última reyerta le había mantenido en vilo. Ese gigante negro tenía una técnica de lucha exótica e impecable. Habría aplaudido incluso que le hubiese dado su merecido al segundo de Sir John, pues jamás aprobaría actos tan deshonestos como el que acababa de presenciar en el entrenamiento. Él le habría crujido el cuello y un cobarde menos del que preocuparse.

—Vuestro nieto ha hecho un trabajo formidable con esos hombres, aunque deberíais tener cuidado con Alfred —le confió al anciano.

—No es más que un siervo negro...

Sir Andrew disimuló su sorpresa volviendo a mirar por el hueco de la ventana. El tal Temür y Erroll habían conseguido que una pandilla de gañanes mal organizados supieran enfrentarse y manejar sus *claymores* como verdaderos guerreros. De ser rey, él mismo le habría dado tierras para que las defendieran contra el invasor. Hombres tan diestros eran necesarios en el bando escocés si querían ganar esta guerra. Los Eduardo seguían atrincherados en Perth y Glamis había conseguido repeler dos nuevas incursiones sin su ayuda desde la última vez que se vieron. El viejo *Laird* debería estar agradecido, sin embargo no lo estaba. No entendía el odio a ese gigante por su color de piel como tampoco entendería nunca el desprecio con el que trataba a Erroll.

—El gigante es la mano derecha de vuestro nieto y el otro actuó como un cobarde, deberíais estar ojo avizor —sentenció el Guardián con firmeza. Se ahorró decir que ese engreído merecía un castigo. No era su clan ni sus tierras y, de repente, le habían entrado unas terribles ganas de marcharse.

El anciano chasqueó la lengua como única respuesta.

—He venido a Glamis porque necesito un favor —siguió hablando el Guardián mientras Sir John «el Viejo» seguía el movimiento de los labios con ojos de liebre—. Supongo que os han informado de que Lord John de Eltham ha muerto.

—Eso he oído —comentó desabrido el viejo Lyon y, acto seguido, escupió a la vez que maldecía—. Que ese engendro de Satanás no halle paz en su tumba, bien podía haberse muerto antes de arrasar el valle Clyde.

—Lamentablemente, ya es tarde para eso y creedme si me conformo con que haya dejado de ser Comandante de las huestes enemigas... —pensó en voz alta el Guardián, pues eran muchas las veces que había tenido que enfrentarse al joven hermano del rey Eduardo y todas habían quedado en

tablas.

Lord John de Eltham había guiado a sus tropas con cabeza y tesón, insuflando un valor desconocido hasta entonces en los *sassenachs*. De hecho, luchaba como su primo Neall, como si nada en esta vida ya le importara y eso era muy peligroso. El ejército inglés era más numeroso, mejor instruido en el arte de la guerra y con aparentes e inagotables recursos. La única baza a favor de los escoceses era su bravura y el deseo de recuperar su tierra. Hombres como Lord John minaban el ánimo de los nortños.

Sir Andrew no creía que Lord John hubiese sido el instigador del incendio del priorato de Lesmahagow. Hasta lo que sabía, era un hombre pío. No habría masacrado a enfermos, ancianos, mujeres y niños. Aunque fuese sanguinario en el campo de batalla, era un hombre de honor. Y sin él para frenar las huestes, se enfrentaban a un ejército descabezado y sediento de acción, deseoso de volver a sus hogares y de borrarlos de la faz de la tierra. El pillaje y las violaciones se habían multiplicado. Tenían la oportunidad de contraatacar y asestarles un duro golpe. Uno que hiciera que los *highlanders* despertaran y dejaran de esperar las migajas y promesas de un gran ejército francés.

¿Cuánto tiempo tardarían los embajadores ingleses en informar a su rey de que Felipe VI de Francia pensaba invadir Inglaterra? De hecho, el 22 de agosto del presente año había mandado atacar villas y capturado de paso barcos reales mercantes anclados en la Isla de Wight. Eduardo III no pasaría por alto semejante ofensa por parte de su tío. Lo que le extrañaba era que nadie le hubiese puesto al tanto del asunto, quizás esperando a que pasase el duelo por la muerte de su hermano menor.

Sin embargo, lo que en realidad preocupaba al Guardián de Escocia era saber qué pasaría si Inglaterra y Francia se enzarzaban en una interminable guerra. ¿Eduardo cejaría en su empeño de someter Escocia? ¿Francia les ayudaría a remontar el invierno con los víveres, oro y hombres prometidos? No, Escocia sería la gran olvidada. Nadie vendría en su ayuda. Estaban solos. Los cargamentos de comida no serían suficientes. Los campos eran ceniza y el ganado había sido masacrado. ¿Qué pasaría tras el invierno? La hambruna traería más desolación y muerte que las batallas. Por eso debía actuar pronto. Debía hacerlo ya y necesitaba a los mejores hombres a su lado para tal hazaña. Se fiaba del criterio de su primo Neall. Erroll era un hombre sin par, aunque ese negro que lo acompañaba le ponía los vellos en punta.

Sir Andrew observó al viejo *Laird* y pensó cómo resarcirlo por la pérdida. Por todos era sabido el escaso cariño que sentía por el joven, pero era un hombre astuto y no dejaría desprotegido Glamis así como así.

—Necesito asestar el golpe definitivo a esos *sassenachs* —comenzó a decir con voz segura y firme, pero Sir John le interrumpió.

—¿Y qué tiene que ver eso con mi nieto?

Sería viejo, pero no tonto. Sir Andrew respiró hondo. No se le había pasado por alto que no lo había llamado «bastardo», como solía hacer a pesar de que no lo era. Con la mera mención de parentesco le dejaba claro que había subido «el valor» de su persona y que no sería tan fácil convencerle.

—Ahora es el momento de contraatacar. Eduardo Balliol está nervioso. Está preocupado porque su homónimo retire sus efectivos y se centre en reclamar la corona de Francia. Henry de Lancaster sigue en Aberdeen, o en lo que queda de ella. Debemos recuperar los puertos, además de Perth y Fife. Erroll ha demostrado con creces su valía cuando rompió el cerco de vuestras tierras. Ha llegado a oídos de su majestad su hazaña y quiere que lidere la ofensiva. Lo quiere encabezando sus filas —«Y no confinado aquí», calló.

Ahí estaba su baza. Si se negaba a la petición del niño-rey, podría acusarlo de traición incluso. Sir John lo miró con acritud y apretó los labios.

—¿Durante cuanto tiempo? Tengo planes para él.

Sir Andrew alzó una ceja. Empezaba a peinar alguna que otra cana, aunque se sentía en la plenitud de la vida. Nunca fue tonto, quizás por eso era uno de los hombres más poderosos de Escocia y seguía vivo. Contuvo la sonrisa y la enhorabuena. No se fiaba del viejo Lyon. Si pensaba en una nueva alianza, él mismo supervisaría el enlace. Aunque Erroll había renunciado a su herencia escocesa, nunca se sabía las vueltas que daba la rueda del destino.

—Comandará las tropas junto a Douglas de Liddesdale y romperemos el cerco de Perth antes de que Eduardo regrese con refuerzos. Con suerte lo confinaremos en algún castillo durante el invierno, mientras mis hombres recuperan Dunnotar, Lauriston y Kinneff.

—Muy seguro estáis. ¿Y si los castillos no se rinden?

—Prefiero verlos destruidos antes que en manos enemigas.

—¿Eso quiere el niño-rey? —le preguntó en un tono tan desconfiado como desafiante el viejo *Laird*.

Sir Andrew contuvo una risotada y se cruzó de brazos. David II de Escocia era un adolescente con demasiados consejeros a su alrededor. Para él



todo era fácil y sencillo desde su cómodo exilio francés. No conocía a los hombres que luchaban por él y por Escocia hasta la muerte, mucho menos los veía perecer entre sus brazos o cómo las viudas se desmayaban entre sollozos y con sus niños en brazos al saber que su hombre jamás regresaría. Tres enclaves como los citados no podían seguir en manos de los *sassenachs* si querían tener alguna posibilidad de victoria en esta guerra.

—David quiere la victoria. Nada más.

Sir John se quedó en silencio ante la vehemente respuesta.

—Está bien. Permitiré que Erroll sea la mano derecha de Douglas de Liddesdale con la condición de que regrese a Glamis en *Samhuinn*. Es importante. Después podrá seguir de recadero si quiere.

Sir Andrew apretó las mandíbulas hasta el punto de rechinar los dientes y dio por zanjada la conversación. ¿Cómo podía Sir John estar tan ciego y no ver la valía del joven Flanagan? Soltó el aire contenido y le dio la espalda al viejo *Laird*. A continuación, le hizo una seña a Darren Stewart y le pidió que buscara a Erroll. Cuanto antes partiesen, mejor para todos.

Erroll no tardó en llegar e iba acompañado del pelirrojo. Su gesto era adusto y sus ojos reflejaban desconfianza. Por su parte, Darren tenía arrugado el entrecejo y llevaba los brazos cruzados a la altura del pecho en una clara actitud defensiva. Era obvio que habían discutido por algo y al Guardián le hizo gracia que dejaran evidenciarlo con tanta facilidad. Cuando llegó a su altura, Erroll no lo miró a los ojos, sino que los fijó en su abuelo.

—¿Me buscabais?

El viejo cogió aire, apretó los nervudos dedos y se enderezó lo justo antes de hablar. La barbilla altanera le temblaba un poco por la edad, pero el resto de su pose exudaba arrogancia.

—Partiréis con ese negro, amigo vuestro, rumbo a Perth —comentó despectivo—. Estaréis bajo las órdenes de Douglas de Liddesdale. ¿Aunque si no recuerdo mal, Sir Andrew, no está Liddesdale en manos de los ingleses?

Sir Andrew miró a Erroll y forzó una sonrisa antes de dirigirse al anciano. Ese hombre lo enervaba, hacía que las cualidades del nieto deslumbrasen aún más ante ese arrogante mentecato. Sintió palpar la vena de su cuello y el enrojecimiento de sus sienes. No le daría el gusto de verlo perder los nervios y se instó serenidad. Darren dio un paso atrás, pues conocía lo suficiente a su adalid como para saber que, si no lo remediaba alguien pronto, estallaría su cólera. Se sorprendió al escuchar el tono sosegado de su

respuesta.

—Es nuestra intención devolver Liddesdale a su legítimo dueño cuanto antes, como hicimos en su día con Glamis.

—Nosotros no perdimos el castillo, Guardián —comenzó a responder el viejo.

—Vosotros estabais sitiados, *Laird* Lyon —aclaró Sir Andrew, que una cosa era sosegar y otra muy distinta dejar que se fuera de rositas después de lo que les había costado recuperar el sitio—. Si no hubiese sido por vuestro nieto...

—Abuelo, era mi intención regresar a la torre de Barr en cuanto vuestros hombres estuviesen listos —interrumpió Erroll.

¿Acaso nadie iba a preguntarle qué quería hacer con su vida? Pronto se dio cuenta de que no. Su abuelo se había colocado frente al Guardián y lo miraba desafiante aunque sus palabras iban dirigidas hacia él.

—Como os decía, iréis con la «flor de la caballería» —resaltó con evidente desagrado su abuelo, al que el buen hacer de Douglas le traía sin cuidado, pues nunca había sido hombre al que le importasen los códigos e ideales caballerescos—. Es una orden del niño-rey y cumpliréis con vuestro deber. Mas es condición *sine qua non* que regreséis a Glamis por *Samhuinn*, aunque después tengáis que partir de nuevo a donde se tercie. Sir Andrew os explicará los detalles. Yo me retiro, de momento.

Los tres hombres se despidieron del anciano, aunque este no esperó dicha formalidad y se marchó dando órdenes a todo aquel que se encontraba a su renqueante paso. Sir Andrew resopló y se pasó las manos por el rostro. Y, sin importarle que el nieto estuviese delante, dijo:

—Vuestra madre y vuestro tío tienen el cielo ganado de antemano. Os lo juro.

Darren sonrió, pero Erroll parecía ausente y no participó de la broma. En realidad, repetía para sí las palabras de su abuelo. Él podía desafiar una orden del viejo, no era la primera vez que lo hacía y no sería la última tampoco. Mas no podía desacatar una orden del niño-rey. Tendría que servir a Sir Douglas y aprovecharía el permiso que le darían en *Samhuinn* para ir a las tierras de los Lockhart. No había nada que deseara más que estrechar a Cat y al niño entre sus brazos. «Ya queda menos, *mo ghrà*», se prometió para sí.

—¿Qué ocurre? —preguntó el Guardián ante la falta de entusiasmo del

joven guerrero.

Sir Andrew esperaba un abrazo y gritos de júbilo por alejarlo de ese carcamal decrepito. Sabía de las precarias condiciones en las que había estado viviendo desde que liberaran Glamis del cerco inglés y no entendía cómo el tío del muchacho no le había colmado de honores ni puesto un altar después de tal hazaña. Menos aún cuando había conseguido que esa panda de gandules Lyon actuara con diligencia y presteza tras una orden.

—Quizás nos hayamos equivocado, Darren, y él prefiera quedarse aquí hasta que lo desposen con la mujer que elija su abuelo —Sus palabras captaron por fin la atención del irlandés y el Guardián jugó su mejor baza—, o con la que no quiera su primo de dieciséis años pero que le asegure al clan hombres, riquezas o terrenos.

Erroll apretó los puños y dio un paso al frente.

—Eso jamás.

—¿Ah, no? ¿Y para qué creéis que tenéis que regresar en *Samhuinn* si no? Vuestro abuelo necesita forjar alianzas que aseguren la paz en sus tierras. Es lo que cualquiera en su sano juicio haría, incluido yo.

—¿Por qué habéis venido, si puede saberse? Hombres magníficos tenéis de sobra y dudo que Sir Douglas haya escuchado alguna vez hablar de mí.

Sir Andrew miró a Darren y se mesó la barba. Sus ojos se adelantaron a lo que iba a decir, refulgían emocionados.

—Es cierto, Sir Douglas no os conoce en persona, pero ¿quién no sabe lo que hicisteis por mi primo en su día? Sois una leyenda, *balach*. El que liberarais Glamis, con la única ayuda de ese esclavo, solo ha hecho reavivar la llama de la rebelión. Os necesitamos al frente.

Erroll resopló.

—Temür no es un esclavo y vuestros hombres acudieron a nuestro auxilio o ya no quedarían de nosotros más que despojos y huesos.

—Puede ser —aseveró el Guardián—. Pero si no hubieseis roto el cerco, no habría movido un dedo por ayudar a vuestro abuelo.

Erroll frenó la espantada de Sir Andrew cogiéndolo por el antebrazo. Necesitaba una explicación.

—¿Por qué?

—Porque él no es un hombre de palabra como vos.

Erroll frunció el entrecejo. Debería sentirse halagado, pero no lo estaba. ¿Glamis había sufrido el sitio inglés porque el Guardián no se fiaba de su abuelo? ¿Y qué pasaba con el resto del clan? ¿Acaso no estaba su tío al frente? Ciertamente era que su tío delegaba mucho sus funciones en terceros pero era un hombre de honor, el único Lyon que le había mostrado algo de afecto. Miró a Darren y supo que no era momento para seguir haciendo preguntas. Asintió apenas y fue a los barracones en busca de Temür. La suerte no parecía acompañarle, pues por el camino se encontró con Alfred, «el indeseable», como muchos habían empezado a apodarlo tras las calabazas recibidas por varias sirvientas en cuestión de semanas, aunque Erroll prefería nombrarlo por «el traicionero».

—Me han dicho que «la carbonilla» y vos os marcháis... —comentó socarrón.

Erroll lo cogió por el cuello de la camisa y, sin importarle lo grande o fuerte que fuera, lo encaró. El rostro de Alfred se enrojeció por falta de oxígeno y por la rabia contenida por no conseguir zafarse. No echaría de menos estar allí. Mil veces prefería la primera línea del frente que estar en un lugar donde no dabas un paso sin ser cuestionado.

—Llamadle de nuevo así y la próxima vez yo mismo haré carbón con vuestros restos.

—¡Uy! ¡Qué gallito nos ha salido el mochuelo! —masculló Alfred con apenas un hilo de voz.

Erroll lo soltó. Daba pena verlo.

—Alejaos de mí y de todo lo que me concierna.

—¿Es una amenaza?

—Bien podría serlo, Alfred. Avisado quedáis.

El pecoso se fue con paso apresurado hacia la torre principal. En cambio, él retomó el camino al barracón. Temür lo esperaba apoyado en la puerta. Por su semblante, debía haber presenciado el rifirrafe.

—Cuidaos de él, irlandés. Ya veis cómo se las gasta.

—En estos momentos no me preocupa lo más mínimo.

—¿Ah, no?

—Hemos de marcharnos...

—¿Regresamos a casa? —preguntó con una ancha sonrisa que desdibujó sus rudas facciones por un instante.

—No exactamente.

—¿Entonces?

Erroll se agachó y palpó el vendaje de su amigo. Lo miró con desconfianza.

—¿No os duele?

Temür se cruzó de brazos, exhibiendo su musculatura hercúlea que contrastaba con el mohín infantil de su rostro.

—Ni penséis en dejarme aquí.

Erroll sonrió. Antes tendrían que matar al coloso que poder obligarlo a quedarse allí sin él. Le apretó la herida a través de la venda y el negro ni se inmutó.

—¿De veras podréis cabalgar?

—Y rematar a ese mequetrefe si me lo permitís. ¿A dónde vamos?

—A combatir.

Temür abrió mucho los ojos. Al menos tendría ocasión de probar sus nuevos juguetes. Sonrió.

Los recibieron con una lluvia de flechas al llegar al Gran Bosque de Etrick. Darren maldijo en voz alta en gaélico y el ataque cesó tras un rotundo clamor. Erroll bajó el escudo y comprobó que sus amigos estaban bien. ¿Acaso nadie les había avisado de su llegada? La rabia se apoderó de él y desmontó de un salto. Habían estado muy cerca de dejarlos como un colador. ¿En qué estaban pensando? ¿No habían visto los escudos y *tartanes*? Comenzó a quitar las puntas de flecha del escudo con tanta fuerza que las lascas de madera cedían ante su ímpetu. Finalmente, lo tiró a un lado y se encaró con el primero que pilló por medio. Darren intentó impedirlo en vano al percatarse de quién se trataba.

—Si recibís así a los escoceses no entiendo cómo queda un inglés vivo en Perth.

Algunos rieron la ocurrencia del recién llegado, pero no el hombre que tenía en frente. El susodicho gozaba de la envergadura de Temür pero era tan rubio que su pelo veteaba en cano. Llevaba la barba trenzada, las sienes rapadas y un medio casco que endurecía sus rasgos nórdicos. Iba con una irrisoria capa de piel de conejo a pesar de que las temperaturas habían bajado mucho esos días tras dos copiosas nevadas, sin armadura, pero con una

*claymore* que bien podía romper la primera línea de piqueros con solo ensartarla.

—Debéis ser Erroll Flanagan, ¿me equivoco?

—No os equivocáis. ¿Quién sois vos?

—El que os arrancará la lengua si no avisáis de vuestra llegada con antelación —le espetó con crudeza y con las mismas le dio la espalda, camino al bosque.

—Avisado estabais cuando de antemano conocéis mi nombre —le respondió el irlandés con cierto desdén, provocado por el horrible recibimiento dado por sus compatriotas en general y por ese en particular.

El otro desanduvo sus pasos, evidentemente molesto porque lo contrariaran y, sin más, colocó la punta de la *claymore* a la altura del corazón de su oponente de un giro limpio. Erroll contuvo el aliento. Esa mole bien podía haber perforado su armadura con un poco más de empuje. Sin embargo, no quiso jactarse de lo cerca que estaba su propia espada de rebanarle el *cotun* y, por ende, rajarle las tripas. Aguantó estoico hasta que Darren vino en su auxilio con un carraspeo y le indicó con una bajada de ojos a su oponente que bajase el arma. El hombre se sorprendió al ver que estaban en tablas.

—Sois tan bueno como dicen —murmuró con orgullo.

—Eso parece —respondió Erroll con cierto tono de diversión en la voz, aunque no bajó la guardia por si volvía a enfrentarlo con el acero de su espada.

Pero para sorpresa de todos, el hombre lo miró a los ojos, soltó la *claymore* y lo abrazó como si se tratase de la llegada del hijo pródigo. Erroll recibió desconcertado tal muestra de afecto y euforia entre los vítores de aquellos que hacía un momento los habrían ensartado con sus flechas.

—Bienvenido seáis, Flanagan. Vuestro heroico acto en Glamis acicateó la moral de los hombres. Muchas veladas son las que hemos amenizado con vuestra hazaña. Nos han tocado vivir tiempos difíciles, pero moriremos si es necesario antes que ver Escocia en otras manos que no sean las del niño-rey.

Erroll acalló la respuesta en sus labios. Jamás querría ver ese hermoso país bajo el yugo inglés, pero dudaba mucho que el joven heredero fuera lo que necesitaba Escocia en esos momentos. Un niño criado en una corte extraña y al que le movía más el orgullo que la pérdida de sus hombres. Sí, debía guardar silencio, dar su vida por la causa si fuese necesario y solicitar viajar

lejos cuando la contienda acabase. Darren se presentó en su auxilio y por segunda vez en tan poco tiempo.

—Sir Douglas de Liddesdale, es un placer servirlos. Soy Darren Stewart y nos acompaña Temür, el coloso del que todos hablan.

Erroll miró de reojo a su amigo y juraría que se había sonrojado. Sonrió. Era un hombre reservado y le costaba relacionarse con la gente como un igual. Entendía su desconcierto cuando se dirigían a él alabando sus proezas. Respiró hondo para apartar el desasosiego que se adueñaba de sus tripas. ¿Qué le pasaba? Estaba entre escoceses, buenos hombres sin tierras y sin nada que perder. Sin embargo, se sentía inquieto y fuera de lugar.

—El placer es nuestro —respondió Sir Douglas—. Lamento la pérdida de Doune. Esta salvaje guerra se está cobrando un alto precio —expuso con añoranza.

Todos habían perdido mucho en esa guerra sin fin. Todos, repitió Erroll para sí con el pensamiento puesto en su viejo amigo Neall. Cuyo distanciamiento le afectaba más de lo que jamás admitiría ante nadie. Respiró hondo de nuevo y forzó una sonrisa. Ya tendría tiempo de hacerlo volver de las tinieblas si era preciso. Debía centrarse en el presente, en el ahora, si querían salir vivos de tamaña empresa.

—Estamos aquí —afirmó Erroll con rotundidad—. Mirar atrás no cambiará nuestro pasado, pero desalentará nuestro futuro.

Sir Douglas asintió ante tan sabias palabras. Ese irlandés le caía bien. Sir Andrew no se había equivocado.

—La muerte es una vieja amiga para mí, ¿sabéis? —comentó mientras se hacía paso con sumo cuidado entre las piedras para no dejar huellas.

Erroll sonrió al ver cómo algunos se santiguaban y murmuraban viejas oraciones mientras copiaban con exactitud los pasos dados por su señor en una singular danza. Este siguió sin darle importancia a sus supercherías y les invitó a seguirlos mientras continuaba con su disertación.

—¡Me ha rondado tantas veces que ya ni las cuento! Y sin saber cómo, todas ellas las he esquivado.

—¿En serio? —preguntó Darren que no tenía a Sir Douglas por hombre exagerado o dado a tales vehemencias.

—¡Sois un hueso duro de roer! —exclamó alguien y otros muchos rieron.

Darren se azoró y prefirió ir junto a Temür, dejando que Erroll fuera al

lado de Sir Douglas. Varios escuderos se habían hecho cargo de los caballos y ellos podían seguir a buen paso la caminata. El bosque de Ettrick era tan frondoso que apenas dejaba pasar el sol entre las copas de sus árboles. Sir Douglas siguió con su animada charla.

—Jamás habría pensado que caer prisionero en la batalla de Dornock me libraría de la escabechina perpetrada en Halidon Hill, donde tantos y tantos notables escoceses fueron aniquilados. En su momento bramé y deseé haber luchado hasta la muerte. ¡Cuántos clanes destruidos en una sola contienda! ¿Pero quién quedaría ahora para enfrentarse a sus indeseables huestes? ¿Luchasteis allí?

—Luchamos —sentenció Erroll sin dar más pie y buscando la complicidad de Darren para que guardara silencio.

—Recordarlo debe ser una tragedia...

Erroll calló. Halidon había sido el principio de muchas desgracias y quería dejar aquella trágica batalla atrás. Miró a su alrededor. La espesura del bosque era abrumadora.

—Desde entonces, podría considerarme un hombre con tierras —continuó Sir Douglas—pero sin recursos ni arrendatarios para trabajarlas. Un hombre que debía haber optado por rezongar en una corte extraña antes que seguir los pasos de su tío y luchar hasta el fin de sus días. Aquella captura cambió mi destino. Tras mi liberación, estuve bajo las órdenes de John Randolph y conseguimos grandes gestas hasta que lo hicieron prisionero y decidí probar suerte solo. En realidad no lo estaba, como podéis ver, una compañía de hombres diestros en armas me secundan con una fe casi ciega. En ellos he encontrado una nueva familia y no lo lamento.

Un joven escudero apareció de la nada y sin resuello. Todos acariciaron sus armas.

—Ramsay y los suyos os están esperando en el campamento, mi señor —comentó a media voz el joven, sin esperar a que le dieran permiso para hablar o hacerlo en privado.

—¿Y Thomas?

—Asegurándose de que no toma nada prestado.

Sir Douglas asintió y apretó el paso, dejando atrás a los recién llegados. Erroll aprovechó para situarse entre Temür y Darren. Decidió dar voz a su inquietud.

—No termina de convencerme...



Darren apretó el entrecejo. No era momento de dar marcha atrás, aunque compartiese la misma desazón que su amigo. Él también había esperado alguien más parecido al legendario Sir James Douglas el Bueno. Su sobrino guardaba parecido en la apariencia y en el discurso, pero algo en su mirada le advertía de que no era trigo limpio.

—Sir Andrew confía en él, Erroll, o jamás habría solicitado que nos ayudaseis. Es cierto que a veces se muestra beligerante y ambicioso, pero su labor en la frontera y en la recuperación de castillos de manos de los ingleses está siendo encomiable —repitió las palabras del Guardián de Escocia sin titubeo.

Aún así, Erroll no parecía muy convencido. Temür seguía la conversación en silencio, como había convenido estar desde que partieran de Glamis.

—¿Y qué me decís del tal Ramsay?

—Debe ser Alexander Ramsay... —susurró el pelirrojo Stewart, asegurándose de que nadie estaba prestándoles atención—. Entre ellos hay una sana rivalidad. Es también guardián de la frontera y uno de los principales comandantes al servicio del niño-rey. El año pasado, bajo el mando de John Randolph derrotaron al conde de Namur y a los mercenarios franceses cerca de Edinburgh. Poco le duró a Guy de Namur el título del condado. La casa Dampierre parece estar maldita, pues en menos de un año han muerto sus dos herederos. Este último en un torneo en Flandes la pasada primavera.

—Algo escuché sobre eso. La batalla de Boroughmuir fue una gran victoria para los nuestros, pero no sabía que Ramsay había participado.

—Eso no es todo, él y sus hombres de Lothian ayudaron a tomar el castillo de Leuchars poco después.

—Todo un héroe. ¿Y qué creéis que hace aquí? Sir Douglas no parece muy contento a pesar de que ambos luchan en el mismo bando.

—No quiso estar bajo su mando. Ramsay y sus hombres prefieren vivir en cuevas, se alimentan de lo que les proporciona el bosque y el pillaje de caminos. La pobreza es el pago por su libertad. Son hombres valientes, que solo responden ante el Guardián de Escocia y el niño-rey. Ahí están, pronto lo averiguaremos.

Llegaron a un pequeño claro y un numeroso grupo abrió el cerco para recibirlos. Sir Douglas había desenfundado su *claymore* y todo su cuerpo irradiaba hostilidad. Frente a él, quien debía ser Alexander Ramsay, engullía

el muslo de un ave asada con hambre de días y manifiesta calma.

Erroll no estaba interesado en la particular pelea para ver quién guardaba mejor la frontera. Si los escoceses estaban divididos, los ingleses vencían. Esa había sido una de las grandes verdades que había aprendido de su maestro Sir William Brisbane. Observó el campamento con interés. Al fin y al cabo, esa sería su morada durante el menor tiempo posible, o eso esperaba.

El enclave era hermoso y alejado de cualquier camino. A pie de suelo solo estaba el fuego, algunos enseres y una lona inclinada y sujeta entre dos árboles. Entornó los ojos y giró sobre sus talones en busca de algo más. ¿Cómo era posible? ¿Dónde estaba el resto? Sonrió al descubrir la entrada a la cueva, que pasaba inadvertida gracias a la agreste maleza. Un lugar sencillo e invisible a cualquiera que no supiese de su existencia. Perfecto.

El tono de la conversación se fue elevando a medida que la comida iba perdiendo interés para Alexander Ramsay.

—Volved a Hawthorndean, Ramsay —sugirió Sir Douglas de mal talante—. No os necesitamos aquí.

—¿Ah, no? ¿Queréis impedir que Balliol siga fortificando Edinburgh y no me necesitáis ni a mí ni a mis hombres? ¿Y cómo pensáis hacerlo?

Se produjo el más absoluto silencio. Erroll tragó saliva al percatarse de que muchos de los allí presentes lo miraban. No podía ser. Sir Douglas no podía estar hablando en serio. Debía de tratarse de algún error. Mas con dos palabras sentenció su suerte.

—Con él —dijo señalando abiertamente con el dedo a Erroll.

No había vuelta atrás. Ese hombre estaba loco. Edinburgh era uno de los bastiones más guarnecidos por los *sassenachs*. ¿Cómo pensaba atacar la muralla y salir vivo para contarlo? Al menos, Sir Richard de Stone y sus queridos perros hambrientos no estarían en Edinburgh para recibirlos. Algo es algo.



## Capítulo 32

### LA MURALLA

*Alrededores de Edinburgh, primeros de noviembre de 1336.*

—¿Estáis seguro de lo que vais a hacer?

—De lo único que estoy seguro, Darren, es de querer volver a Ayr cuanto antes.

—Pero es muy arriesgado, Erroll. ¿Cómo sabéis que la muralla cederá o que no la reconstruirán antes de que Sir Andrew pueda usar el socavón?

—Eso ya no será asunto nuestro. Haré lo que me han pedido: paralizaré las obras de la muralla con el derrumbe y sabotaremos la cantera de Barnton para que les sea más difícil encontrar las piedras. El resto no nos incumbe.

—¿Cómo que no? ¿Acaso no os duele verla rendida a los ingleses?

—Es Balliol quien la gobierna —quiso discutir Erroll, al que empezaba a hastiarle la pugna por la corona, porque fuera quien fuese el que ostentara el real cargo, era el pueblo llano quien sufría.

—Han hecho de Edinburgh un bastión inexpugnable y su prosperidad crece día a día. Quien controla la ciudad y el castillo, controlará el corazón de Escocia.

—¡Exageráis, *caraid!* —Aunque sabía que Darren estaba en lo cierto

—. ¿Inexpugnable? Esa muralla aún dista mucho de ser infranqueable. Yo mismo estuve en las canteras y, para ahorrar costes, las piedras no se labraban en sus caras, sino que se aparejaban como buenamente se podía y se rellenaba el resto con arcilla y mampostería.

—¿Y qué me decís de su altura?

—He visto torres de asalto y arietes más altos.

Darren frunció el ceño. Si fuera tan sencillo conquistar Edinburgh, ¿por qué diablos seguía en manos *sassenachs*? Muchos y buenos hombres habían perecido en el intento. Quizás ellos fueran los siguientes.

—Cuanto más tiempo pase, más fuerte se hará nuestro enemigo en ese fortín.

—Tranquilizaos, Darren. Será más difícil atravesar el terreno pantanoso de Nor' Loch y ascender por sus estrechos callejones sin ser vistos que sabotear la construcción de la muralla.

—¿Eso le diréis a Sir Douglas?

—Cuanto menos sepa él, más imprescindibles seremos —le comentó Erroll guiñándole un ojo a su amigo.

—Seguís sin fiaros...

—No digo que sea mal hombre, entendedme, pero hay algo en él que me pone en alerta.

—A mí tampoco me gustó como trató a Alexander Ramsay. Al fin y al cabo, es un compatriota más que da su vida por la causa.

Desde esa conversación habían pasado dos semanas y cada vez estaban más cerca de alcanzar su objetivo. Era muy útil contar con hombres que se habían pasado buena parte de su vida escondiéndose entre galerías y cuevas bajo tierra. La labor de dejar los cimientos debilitados había sido la parte del plan más fácil de ejecutar, que estuviesen de acuerdo con el procedimiento y con quien daba las órdenes había sido otro cantar. De hecho, Sir Douglas cada vez se mostraba más hosco y cuestionaba cada decisión tomada por Erroll, por nimia que fuera.

La última había sido por cómo inhabilitar la cantera. Corstorphine, en cuya pendiente más abrupta se asentaba la cantera de Barton, era un lugar rodeado de bosques y frondosa vegetación. La colina era en sí una amalgama de enormes rocas que parecía no tener fin. Debían aislar el enclave para retrasar al máximo el comercio de piedras y eso solo lo conseguirían saboteando los caminos. Las copiosas lluvias habían enlodado el terreno pero

eso no era suficiente.

Temür carraspeó, alertando a sus compañeros de que se acercaba alguien. Erroll y Darren siguieron sacando filo a sus *claymores*. En ese momento permanecían en silencio, cada uno en sus pensamientos y siguieron así, pero expectantes.

—Os andaba buscando —afirmó Sir Douglas en jarras, con su habitual tono hostil.

—Aquí me tenéis. ¿Qué se os ofrece? —preguntó Erroll levantándose y envainando la espada—. Pensé que habíamos dejado todo listo para mañana.

—Los hombres están nerviosos. Algunos piensan que sería mejor escalar hacia el castillo en vez de seguir haciendo agujeros en el suelo como ratas.

—¿Y eso se les ocurre ahora cuando todo el trabajo está hecho? —preguntó Erroll elevando las manos al cielo en busca de paciencia.

—Dicen que es arriesgado escurrirse como anguilas por esos túneles, que podrían quedarse sepultados en el intento...

—¿Alguno de ellos ha estado en Edinburgh antes? —preguntó Darren antes que Erroll se expusiera a otra confrontación con el comandante. Sir Douglas torció el gesto como única respuesta—. Porque esa roca volcánica es una vertical que hace un blanco fácil a cualquiera que quiera encaramarse a ella.

—Eso les he dicho yo...

Aunque los tres amigos supieron por el tono que semejante propuesta había salido del propio Sir Douglas. A este le costaba que el rubiales irlandés, como se refería despectivamente a Erroll, supiera más sobre estrategia que él y que Sir Andrew le hubiese dado el mando de dicha operación.

—Estad tranquilo, Sir Douglas. Solo necesitaremos esas carretas llenas de abono y a vuestros hombres apostados entre los callejones para asegurarnos la retirada. Mañana será día de mercado y los guardias estarán demasiado ocupados intentando que toda esa mierda no obstruya el paso en la Royal Mile. Nadie se anticipará al derrumbe de la puerta de la cara sur. Si vuestros hombres temen meterse en esos agujeros que ellos mismos han hecho y apuntalado. Darren y yo lo haremos.

El pelirrojo Stewart apretó los dientes, pero no evidenció disconformidad alguna. La mínima protesta le habría valido a Sir Douglas para desautorizar a Erroll y relegarlo del puesto de mando. Aun así, el gigante

rubio no parecía muy conforme.

—¿Y con eso será suficiente?

—La red de túneles ha dejado sin cimentación la estructura y con solo quitar los puntales, la muralla cederá en el tramo excavado. Vos mismo lo habéis visto hoy. La lluvia nos ha hecho parte del trabajo. Por si hiciera falta, mañana le daremos el empujoncito definitivo.

—Si es vuestro pellejo el que está en juego, se hará como decís.

Erroll cerró los puños con fuerza y se contuvo. Estaba harto de tener que rendirle cuentas a alguien que no confiaba en él. Continuó.

—Una de las carretas volcará llegando a la explanada del castillo y la otra quedará bloqueada en el callejón de Vennel. No puede haber errores. Los primeros deberán huir por la escalinata que conduce al Grassmarket y desde allí lanzar una flecha incendiaria. Después de eso, desaparecerán. Si los persiguen, no podrán reunirse con el resto.

—¿Y vosotros?

—A la señal, Darren y yo tiraremos abajo los puntales de los túneles. Temür nos esperará al otro lado de la muralla con los caballos y nos dirigiremos hacia Corstorphine.

—Sigo diciendo que lo mejor sería incendiar el bosque y...

—¿Qué ganaríamos con eso salvo privar del sustento a muchísimas familias? El bosque es nuestra vida —proclamó Darren—. La mayoría de los que trabajaban en la cantera son presos. Pondremos en libertad a los cabuqueros y entalladores, que son los que extraen la piedra, y el resto que decida por sí mismo si prefiere huir o morir.

—¿Quién os dice que no volverán al trabajo en cuanto las aguas se calmen?

—Solo los canteros cobran un sueldo mínimo. ¿Creéis que no estarán encantados de volver a sus hogares ahora que el rey inglés no está?

—Tiene su razón de ser...

—Y ahora, si nos disculpáis, hemos de prepararnos para mañana —comentó Erroll, deseoso de quitarse a Sir Douglas de encima.

Cuando se quedaron solos, Darren se sentó al lado de su amigo y le dio un leve empujoncito, hombro con hombro, para animarlo.

—¿Qué os ocurre? Y no me digáis que nada, es obvio que algo está rumiando esa cabecita vuestra.

Erroll lo miró y suspiró antes de negar apenas.

—Si me ocurriese algo mañana...

Darren abrió mucho los ojos.

—¡Acabáramos! ¿Qué nos va a pasar?

Para Darren era inconcebible que Erroll, el más optimista de sus amigos, barajara la mera posibilidad de no salir indemnes de la empresa.

—¿También tenéis la misma sensación de que Sir Douglas nos la ha jugado?

La voz susurrada de Darren se perdió entre jirones de vaho. El pelirrojo Stewart no tenía la templanza de antes y la falta de respuesta de su viejo amigo hizo que sintiera escalofríos. Se abrigó mejor. La noche se auguraba más fría y Temür avivó la lumbre en silencio. El coloso miró de reojo a Erroll al ver que este no contestaba.

—Si os ocurriese algo mañana, yo cuidaré de ellos.

—¡Oh, vamos! —exclamó Darren y se cruzó de brazos, ocultándose casi el rostro con ellos y con la mirada fija en la lumbre.

—Durmamos —sentenció Erroll sin querer dar voz a lo que le corroía las entrañas—. Solo es un mal presentimiento. Nada más.

Darren lo miró, apretó el ceño y, enfurruñado, asintió. El irlandés no era de presentimientos funestos. Pero el también sentía en sus carnes que iban directos al matadero. Escuchó el aleteo de un ave surcar el cielo muy cerca de ellos y se estremeció. Alguien los observaba y Dios solo sabía si con buenas intenciones. El sueño terminó por vencer su inquietud y asumió como otro más su turno de guardia.

A la mañana siguiente, amanecieron con una capa fina de escarcha sobre los *plaid*s. Los sacudieron con brío, como si con el gesto consiguieran quitarse la desazón de encima. Esperaban lluvias, una ligera llovizna quizás, todo menos una inminente tormenta de nieve.

—¡Maldita sea! —masculló Darren con las pestañas tan perladas por el rocío como el resto.

El cielo era una masa nubosa blanca de principio a fin.

—¿Será seguro meterse en esa madriguera? Si Edinburgh amaneció nevado...

—No tenemos otra opción —sentenció Erroll, que ya había pensado en lo poco fiables que serían los túneles con el lodo de los últimos días y el peso de la nieve extra.

Un ave volvió a surcar en círculo el cielo. Los escoceses se

persignaron. Nunca se sabe lo que puede presagiar un cuervo. Temür chasqueó la lengua y recogió lo poco que quedaba del campamento. Empezaron el viaje a Edinburgo sin mirar atrás y sin esperar nuevas de Sir Douglas, otro pájaro de mal agüero.

La ciudad les recibió blanca. Los hilos de humo de los hogares eran la única nota de color junto al castillo y la muralla. Erroll apretó los labios al fijar la vista en la explanada. Esa que había tenido que recorrer hasta perder el resuello. El corazón de Escocia seguía en manos de sus enemigos. Se acercaron a la entrada del primer túnel, alejada de miradas curiosas por las tapias del huerto, y despidieron al niño que la custodiaba. Estaba tal cual había indicado. Erroll acarició la empuñadura de su espada. Al menos habían hecho algo bien. No había nadie en los alrededores, habían despejado de nieve los alrededores y el suelo no estaba tan embarrado como lo esperaban.

El niño volvió a acercarse.

—Es la hora, *mo maighstir* —dijo antes de echar a correr de nuevo.

Darren asintió. Era su turno. Abrazó al irlandés con el estómago encogido.

—*Caraid...*

Erroll sonrió. Seguían sin tenerlas consigo, pero tendrían que encomendarse a los dioses, o a cualquiera que pudiese oírles.

—Aún tengo que presentaros a mi hijo —le dijo a la vez que le guiñaba un ojo para restarle importancia.

—¿A cuál de ellos? —le preguntó Darren socarrón.

—Tendréis que contentaros con Ronnie.

—Seguro que ya es todo un irlandés de pro.

Ambos sonrieron. Darren se quitó el abrigo y estiró los músculos antes de meterse en el agujero.

—Nos vemos en el camino a Corstorphine.

—Allí nos veremos —se despidieron ambos.

Temür y Erroll se marcharon hasta la entrada del otro túnel. No estaba muy lejos y ambos sabían bien el camino. A ambos les extrañó que el muchacho no hubiese aparecido para escoltarles, aunque ninguno lo mencionó. También que no hubiese ni un alma por las calles. Un silencio tenso que aumentaba el ritmo de sus latidos de forma inevitable.

El callejón de Vennel era uno de esos lugares por los que no parecía pasar el tiempo. Desde allí, podían escuchar a los mercaderes que se habían



aventurado a vender sus productos en los desvencijados puestos en la Royal Mile. Nada parecía fuera de lugar y, sin embargo, la inquietud y el temor a una emboscada era cada vez más grande. Según los cálculos de Erroll, los hombres de Sir Douglas estarían a punto de bloquear el paso con las carretas para tener entretenidos a los guardias y darles tiempo a escapar. Todo parecía seguir el plan previsto. Todo, menos la nieve. La copiosa nevada había dejado bloqueada la entrada del segundo túnel en su totalidad y el irlandés no maldijo en voz alta para que no le temblara la voz.

Erroll sintió el miedo en sus entrañas. Algo desconocido y que llegaba en el peor momento de todos. Miró a su alrededor buscando algún signo de alarma, pero estaban solos. Temür aguardaba a su lado, como una larga y reconfortante sombra. Erroll se obligó a centrarse en el plan. No podía fallarle a Darren, no había tiempo para echarse atrás. Pidió ayuda al coloso y se afanaron en despejar de nieve la entrada. Cuando lo consiguieron, apenas sentían las manos.

—Os diría que mearais en ellas, pero seguro que preferís que os las amputen antes —bromeó Temür.

Erroll arrugó la nariz con asco y las frotó con fuerza. Se las llevó a la boca y exhaló vaho cálido sin conseguir entibiarlas siquiera.

—Avisadle a la altura de St. Giles de que me he retrasado. No os vayáis de celebración sin mí, ¿eh?

—¿Estáis seguro, Erroll? ¿Y después qué? Si bloquean la entrada a este callejón y la calle principal, no podré volver aquí.

—¿Creéis que me perdería un buen *cuirm* después de esto? —bromeó intentando disimular que el estado de los puntales del túnel le inquietaba tras la fuerte nevada.

—¿Nos vemos a las afueras entonces?

Erroll asintió y Temür resopló como respuesta. Le dio un fuerte abrazo y se marchó sin despedirse. El irlandés miró el lúgubre agujero, cogió una bocanada de aire y se encomendó a Dios. Al que fuera, no tenía preferencias en eso. Debía darse prisa, pronto nevaría y las entradas de aire del túnel se cubrirían de nuevo, privándolo de oxígeno dentro. Un punto negro sobrevoló el cielo a gran altura y captó su atención. Le resultó familiar. ¿Se estaría volviendo loco?

Se metió en ese nicho húmedo en cuclillas y gateó a ciegas hasta que se topó con una pared de piedra. El muro. Mas en ese mismo momento, un

inesperado estruendo precedió a una gran sacudida. El suelo y las paredes a su alrededor comenzaron a vibrar haciendo que una nube de polvo lo cubriera por completo. Erroll comenzó a toser, apenas podía respirar y si no se daba prisa, quedaría sepultado allí dentro. Tanteó el muro hasta encontrar el puntal y tiró de él con todas sus fuerzas. Las piedras apenas se movieron, como había previsto para darle tiempo suficiente a salir al que fuera. Se dispuso a volver sobre sus pasos, pero el túnel parecía menguar por momentos. Necesitaba aire, necesitaba salir y sobre todo necesitaba volver a ver por última vez sus rostros.

La nube de polvo no se disipaba. Había perdido la noción de cuánto le faltaba para encontrar la salida y la angustia por morir allí sepultado le hizo golpear las paredes con sus últimas fuerzas. A pesar de estar adormilado por la falta de oxígeno, sintió una fuerte sacudida que lo sacaba de ese atolladero y la luz blanca que tantos aseguraban que precedía a la muerte lo cubrió todo.

—¿¡Erroll!?

La voz le sonó familiar, pero las brumas de la inconsciencia pesaban más que sus párpados. Entre sueños, recordó al pájaro. Ese bichejo negro que había sobrevolado como una sombra sobre sus cabezas durante días. Sonrió, o eso creyó antes de que las sacudidas se repitieran con insistencia.

—¡Maldito irlandés del demonio!

—¡Menuda bienvenida me dais, San Pedro! —exclamó Erroll incapaz de abrir los ojos y sin claridad de ideas.

Alguien lo aprisionó entre sus brazos hasta el punto de rematar lo que ese nicho de barro y nieve había empezado hacía un momento. Pero esa voz... Realmente debía haber abandonado el mundo de los vivos. ¡Cuánto había deseado volver a escuchar esa voz, sentir su abrazo, traerlo de entre los muertos!

—¿Neall?

El abrazo cesó en intensidad un breve instante. Solo eso. Su amigo lloraba. Erroll podía notar cómo su fornida envergadura temblaba por los sollozos. ¡Cuánto habría deseado tener las fuerzas suficientes para abrazarle!

—¡Creí que os perdía, maldito irlandés! —justificó el más pequeño de los Murray mientras deshacía el abrazo y recomponía el semblante.

Erroll parpadeó confuso y se limpió la suciedad de los ojos antes de abrirlos. El que tenía ante sí era su amigo y, sin embargo, solo parecía una sombra del hombre que en su día fue. Nunca había visto que la muerte se

arrepintiera de llevarse a alguien. ¿Habría empeñado su alma al diablo con tal de seguir su existencia? Justo pago era si con ello volvía a ver a Cat, a Ronnie y a él. Porque mil veces se habría expuesto a morir bajo ese túnel de haber sabido que compartirían este momento.

—Soy duro de roer —se excusó Erroll con apenas un hilo de voz.

Neall hizo una mueca, lo más parecido a una sonrisa, y el irlandés se dio por satisfecho.

—No tenemos tiempo. Esto no tardará en venirse abajo. ¿Podéis andar?

Antes de intentarlo, Erroll le cogió del antebrazo y lo frenó.

—¿Cómo sabíais...?

—Os espera una emboscada en Corstorphine —lo interrumpió.

El semblante de Neall era preocupado y todo su cuerpo irradiaba tensión. Parecía que intentara hallar las palabras adecuadas, pero por más que lo endulzara, solo le venía a la mente la de traición. Cogió a Erroll por el costado y comenzaron a andar. Las piernas del irlandés parecían responder con normalidad, aunque la herida del muslo le preocupaba. El muro seguía sin ceder. ¿Tanto riesgo para nada? Se mordió la lengua y miró a su amigo como si por ellos no hubiesen pasado los años, le hizo un torniquete en la pierna para evitar que se desangrara y le contó lo que sabía, pero Erroll no parecía reaccionar.

—Los hombres de Sir Douglas no han seguido el plan previsto. Se encuentran en el bosque que circunda a la cantera de Barnton y de momento solo han conseguido bloquear el camino talando un par de árboles. Con lo húmedo que está todo dudo que sean capaces de prender los troncos, pero han formado la suficiente algarabía como para atraer a la guardia. Poca cosa.

El silencio de Erroll lo crispaba.

—¿Que cómo sé todo esto?

El irlandés asintió.

—Mi primo no es de los que dejan las cosas al azar. Conoce a Sir Douglas desde niño, lo necesita de su lado, pero no se ciega. Sabía que pondría trabas a compartir el mando de sus hombres.

—¿Y por qué me puso en esa tesitura entonces?

Llegaron al callejón donde habían dejado los caballos y sus pertenencias. Erroll respiró tranquilo al ver que los de Darren y Temür no estaban. Habían sobrevivido. Tizón lo recibió con un relincho, pero no se

acercó. No se encontraba aún con fuerzas para subir a su montura. A Neall no se le escapó el gesto de alivio y a la vez de tristeza de su amigo y lo encaró. Quizás fuese la última vez que se viesen.

—Porque habéis sido la chispa que ha avivado la rebelión y porque necesitábamos de vuestro ingenio para abrir una brecha en la muralla.

El ceño de Erroll se frunció, pero contuvo decir lo que pensaba. ¿Por nada más? Esas razones habrían sido una buena respuesta para un simple conocido, pero no para él. Sin ser de su sangre, a Neall, a Ayden y a Darren los consideraba su familia. ¿Hasta qué punto su amigo seguía siendo el de siempre y no un secuaz de su hermano mayor Arthur o de su primo el Guardián? Se apoyó sobre el muro y fue recolocando sus escasas pertenencias en las alforjas.

—Como veis, he fracasado.

Erroll se sentía herido y no precisamente por el estado de su pierna. ¿Desde cuándo sabía Neall que Sir Douglas actuaría por libre? En ese momento, un majestuoso cuervo sobrevoló tan cerca de su cabeza que su reacción fue la de enarbolar su espada. Mas cuando vio posarse el ave sobre el hombro de Neall lo comprendió todo.

—Prefería al halcón.

La mirada de Neall se empañó de una infinita tristeza y Erroll sintió el deseo de consolarle.

—Yo también.

—¿Qué ocurre, Neall? Sé que vuestro mundo, el que ambos compartimos, dejó de existir en cierto modo, pero la vida sigue y ella os necesita.

Erroll podía sentir la amargura carbonizar como lava la entereza de su amigo. Su intensa lucha interior. Aún había esperanza. Aún podía salvarlo de esa condena autoimpuesta... El cuervo abrió sus alas y emprendió el vuelo entre estridentes graznidos que alertaron a ambos. Neall se agazapó tras el muro y susurró:

—Viene alguien.

Erroll acarició la testa de Tizón para asegurarse de que se mantuviera quieto. Pasado el peligro, Neall se acercó lo justo para no dejar de vigilar la entrada.

—Solo era un guardia de paso.

—Lo tenéis bien enseñado —comentó el irlandés mirando de reojo al

pájaro que sobrevolaba en círculo sobre sus cabezas.

Neall refunfuñó.

—Debéis iros ya, el guardia podría volver y dar la voz de alarma si os descubre.

Erroll cruzó los brazos sobre el pecho. Estaba aterido, sucio y aún las rodillas le flaqueaban, pero decidido a no irse de allí sin arrancarle la promesa de volverse a ver. ¿Así iba a acabar todo entre ellos? ¿No iba a añadir nada más? ¿Acaso no había pensado siquiera en regresar con él a las tierras de Sir Symon, asumir su rol de padre y mandar al cuerno esa soledad impuesta? Porque Leonor había muerto. Sí, y todos llorarían su muerte por siempre, pero estaba enferma y ni él ni todos los ángeles del cielo habrían podido salvarla. ¿Por qué no quedarse con lo que aportó a sus vidas y mantenerla viva en sus corazones? Era incapaz de ponerse en la piel de su amigo, de aconsejarle sobre cómo afrontar el dolor de semejante pérdida, pero no podía dejarlo morir en vida y solo, no se recuperaría jamás.

—No me moveré de aquí si no me dais respuestas —respondió Erroll con decisión.

El capitán Murray dudó un segundo. En silencio, dejó su posición junto al portalón y lo ayudó a montar sobre Tizón.

—Os las daré. Os lo prometo. Ahora dirigíos al encuentro de Darren y ese amigo vuestro y atravesad el bosque. Hacia Glamis, hacia Ayr, hacia cualquier sitio lejos de esa maldita cantera. E id con Dios.

—¿No venís conmigo?

—¿Y quién os cubriría la espalda entretanto?

Los ojos le brillaban como dos perlas de rocío sobre el musgo. Solo por eso Erroll asintió. Sabía que Neall cumpliría su promesa y que tarde o temprano se verían de nuevo. Tenía sentido salir por separado de allí. Su amigo no levantaría sospechas por sí solo, pero él, de esa guisa y herido, tendría que dar muchas explicaciones. La tierra vibró bajo sus pies y el estruendo que le siguió hizo que Tizón se encabritara. Neall pudo controlar las riendas y devolvérselas a Erroll.

—¿Estáis bien?

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el irlandés.

—Creo que al final vuestro plan ha sido todo un éxito. Es más, yo diría que una parte de la muralla ha cedido por la polvareda que cubre todo.

Sonreía, Neall sonreía. Erroll podía irse con el corazón henchido, pues

ese gesto valía más que cualquier reconocimiento.

—Bendita nieve, después de todo —susurró antes de espolear a Tizón y dejar atrás a su mejor amigo.

Emocionado, Erroll apretó los dientes y afianzó las riendas, apelándose a no mirar atrás. No habría despedidas. Pronto se verían. Neall era un hombre de palabra y él hallaría la forma de traerlo de vuelta. Se lo debía. Le había salvado la vida. No solo esta vez.

Temür fue a su encuentro en cuanto lo divisó al final de la calle. Puso su caballo en paralelo a pesar de que Tizón corcoveaba ante la proximidad del otro animal y cogió el rostro de Erroll entre sus manos para cerciorarse de que estaba vivo.

—Al final conseguiréis que este endiablado caballo me tire y me remate —refunfuñó el irlandés cuando Temür le pellizcó las mejillas como si se tratara de un niño.

—Si esa maldita muralla no os ha engullido, imposible.

Darren se acercó con el rostro lívido.

—¡Maldito seáis por darme este susto! Cuando Temür vino a verme, yo ya había salido del túnel. Me dijo que os habíais retrasado por culpa de la nieve, que con toda probabilidad aún estabais dentro y, de repente, el suelo tembló. El acceso se vino abajo y la esperanza de ir a vuestro encuentro se esfumó en cuanto nos percatamos de que los hombres de Sir Douglas no habían cumplido su parte. ¡Nos han dejado solos en esto! Nada de carretas volcadas, hombres apostados, solo aquel niño que lo mismo había actuado por su propia cuenta...

Erroll lo miraba sin decir nada y Darren se inquietó.

—¿Estáis bien?

El irlandés asintió.

—No os sorprendéis...

—Neall me ha puesto al corriente de las nuevas. También que nos espera una emboscada en Corstorphine.

—¿Neall? ¡Diablos! Os habéis debido dar un golpe muy fuerte...

Erroll apretó el gesto, azuzó a Tizón y los dejó atrás. Darren miró a Temür, este se encogió de hombros y ambos lo siguieron a buen trote por el camino a Ayr. Sin embargo, el pelirrojo Stewart no tardó en hablar.

—¿Qué ha pasado? ¿De verdad habéis visto a Neall?

Erroll alzó una ceja, dudando de si contarle la historia a su amigo y la

mera vacilación lo ofendió.

—Por supuesto.

Darren exhaló el aire que llevaba en los pulmones poco a poco. Le parecía increíble que el joven Murray hubiese aparecido de la nada y en el justo momento, pero así era él. ¿Por qué dudarle? Erroll estaba sucio de pies a cabeza y no parecía importarle. De hecho, tenía una extraña alegría en la mirada que hacía mucho que no veía. Tenía que ser cierto. El pelirrojo Stewart lo observó en silencio. Conocía a sus amigos como cada cicatriz de su piel. Erroll no era de los que se mantenían en silencio durante mucho tiempo.

Temür los siguió cubriendo la retaguardia y en cierto modo agradeció no tener que decir nada. Él no era hombre de palabras ni de asustarse y por ese día ya estaba bien servido. Erroll había salido con vida y no había más que añadir. Suspiró aliviado. El trío cabalgó sin descanso hasta que el cielo se desangró en el horizonte. Tan distraídos iban cada uno en sus pensamientos que no vieron llegar al grupo de jinetes hasta que los tuvieron demasiado cerca. Tizón relinchó brioso dejando clara su supremacía frente al resto de corceles.

—¿Quiénes son? —preguntó Temür, acariciando la empuñadura de su espada con inquietud y sin reconocer las figuras que se avecinaban—. ¿Amigos?

—Eso parece... —comentó con el ceño fruncido Erroll al percatarse de quién abanderaba la comitiva, pues el emblema de los Lockhart era inconfundible.

A Sir Symon le quedó claro que su presencia no era bien recibida y dio el alto a los suyos. Se acercó solo. Llevaba demasiados días buscando al irlandés y haría que regresara a sus tierras a rastras si era preciso. O se casaba pronto con Catherine o él renunciaba a cumplir su promesa dada de cuidar de ella y del niño en su ausencia.

—¿Les ha ocurrido algo?

Sir Symon no esperaba un recibimiento con pompa, pero sí un trato menos hurra por su parte. Erroll no parecía el mismo, llevaba los ropajes desaliñados, el cabello revuelto y barba de días. Eso por no mencionar el extraño olor a lodazal que desprendía. Pasó por alto la falta de entusiasmo al verlo y se cercioró de que nadie pudiese oírles. Le enseñó una misiva lacrada con el emblema de los Lyon y se preparó para su reacción. Entretanto, Darren se mantuvo al lado de Temür.

—¿Que hizo qué? —vociferó el irlandés sin dar crédito.

Con las mismas, el joven guerrero se bajó de un salto de Tizón y Sir Symon le imitó de mala gana. Darren incluso se apiadó de él en esos momentos, aunque recordaba lo pomposo y distante que había sido con él desde que perdiera sus tierras y decidió no ir a su rescate.

—Vuestra madre vino hace dos semanas. Os esperaban para *Samhuinn* según dijo vuestro abuelo.

—¿Acaso el viejo león la acompañaba? —preguntó sorprendido Erroll.

—Y hasta habría venido vuestro tío si no estuviese preparando las nupcias de vuestro primo —respondió jocoso Sir Symon en un intento de sosegar las bravas aguas.

Sin embargo, Erroll no estaba ni para chanzas ni para chismes. Lo que hiciese el joven Lyon, futuro heredero de lo que le había tenido que pertenecer por derecho, no le importaba nada. Mas la visita de su abuelo y su madre a las tierras de los Lockhart solo podía significar una cosa: habían ido a conocer y a ahuyentar a Cat, respectivamente. Sintió cómo las piernas le flaqueaban y una piedra megalítica usurpaba su estómago. Quería respuestas. No se dio cuenta de que Sir Symon había seguido hablando hasta que le oyó decir:

—No tenían nuevas algunas vuestras y, bueno, el viejo echaba espumarajos por la boca porque le habíais desobedecido. ¿Cómo no se os ocurrió mandar recado sobre vuestra ausencia? Todos estábamos muy preocupados. ¡Ni que decir de Catherine!

Sus palabras parecían sinceras, pero no era normal en él hilar frases inconexas y a trompicones. Había más y cuanto antes se lo dijera, antes conseguiría tomar resuello. Erroll le apremió con un gesto para que desembuchara.

—Conoció a Catherine —dijo al fin.

Silencio.

—Me fue imposible disuadirlos. Sabían de su existencia... yo... vuestra madre...

Erroll decidió sentarse en el suelo. Sin importarle la fría nieve ni nada. Sir Symon lo imitó a disgusto, por segunda vez.

—Necesito saber qué pasó para obrar en consecuencia. ¿Lo entendéis?

Sir Symon respiró hondo y formó una nube de vaho cálido al exhalar. Sus hombres habían empezado a montar el campamento y a encender una



hoguera. Las copas de los árboles los aislarían de una posible nevada pero no del frío. Darren y Temür se unieron a los preparativos. La noche se preveía larga.

—Vuestro abuelo no sabe de la existencia de Ronnie. Si lo sé es porque Elsbeth llegó con el pequeño en brazos seguida de Catherine. A ella le gusta cogerlo y el niño no la extraña...

—Seguid, Sir Symon. Os lo ruego.

—Está bien —asintió el *Laird* Lockhart serio y con la mirada fija en ninguna parte, pues le costaba relatar los hechos—. Felicito a Elsbeth por haber podido engendrar por fin a un heredero. Le dijo: Ya os podéis sentir digna señora de todo esto....

Erroll se mordió el interior del carrillo para no blasfemar. Había tenido que ser muy duro para Elsbeth dicho comentario. El no tener hijos había distanciado al matrimonio de forma irremediable. Los ojos de Sir Symon brillaban y reflejaban las primeras llamas de la fogata con total nitidez.

—Juro que le habría matado en ese momento, Erroll. Aún me arrepiento de no haber respondido en consecuencia. ¡Pero las vi tan estoicas a ambas! Catherine me pidió silencio y Elsbeth le siguió la corriente al viejo con una sonrisa, incluso le mostró a vuestra madre al pequeño. Lo llamó por su nombre y vi la complicidad en sus ojos. Él quiso saber quién era Catherine y al mencionar su nombre...

—¡Proseguid! Quiero las palabras exactas, Sir Symon.

Más que un ruego parecía una amenaza, pero el caballero obedeció sin rechistar.

—Ella se mantuvo firme y en silencio ante las acusaciones de que solo era una buscona y que no conseguiría más que un plato de comida y un lecho caliente si seguía con vos.

Erroll lo miraba atónito. Conocía el mal carácter de su abuelo, pero, ¿con qué derecho hablaba de ese modo a la mujer que amaba, a la madre de su hijo?

—¡Condenado viejo! ¿Y qué dijo Catherine?

—No supo responder y, sinceramente, creo que hizo lo correcto. Vuestro abuelo desvaría y la soberbia lo ciega. Quizás consigáis ablandarlo en Glamis.

—No regresaré allí —replicó el joven tajante.

—Sí, comentó algo sobre eso y sobre que dejaría en la más absoluta de

las miserias a Lady Eileen si no volvíais antes de *Yule*.

—¿Y mi madre no se defendió ante tal amenaza?

—¿Pareciera que no conocéis el talante de vuestro abuelo! —exclamó Sir Symon airado—. Hizo lo que tenía que hacer ante tales circunstancias: achantó la cabeza y lo siguió para no empeorar las cosas.

—¿Algo más?

Sir Symon tragó saliva.

—Desde entonces, no he dejado de recibir propuestas de matrimonio por ella.

Erroll alzó una ceja, incrédulo.

—¿Por quién? —Silencio—. ¿Por Cat?

Sir Symon asintió.

—¡Malditos buitres! ¡Es mi mujer! —exclamó Erroll, levantándose de un salto—. ¡Pero si está prometida!

Sir Symon lo imitó por última vez y se sacudió la nieve de su rico abrigo de pieles. Estaba cansado, exhausto y Erroll no se lo estaba poniendo fácil.

—No es eso lo que vociferó vuestro abuelo a todo aquel que se le cruzaba por el camino. ¡Si hasta ofreció una bolsa de monedas de oro a quien la desposara en el acto! ¿Cómo no le hablasteis de ella? Quizás...

Erroll gruñó con desesperación. Sin dilación, se dirigió hacia Tizón con la clara intención de cabalgar hasta Glamis y despedazar a su abuelo, pero Sir Symon lo frenó. El irlandés se deshizo del agarre con rabia y lágrimas en los ojos.

—Tenéis que calmaros, *caraid*. Así no ganaréis nada y hay mucho en juego.

La voz sosegada del *Laird* Lockhart lo reconfortó. Darren y Temür lo observaban quietos a una prudente distancia. Lo seguirían a donde fuese. Al final, Erroll claudicó.

—Vos mismo veis el reguero de sangre y podredumbre que mi abuelo deja a su paso. Necesito vuestra ayuda, Sir Symon. En cuanto regresemos a Ayr, organizaremos el viaje a Irlanda y le haréis llegar recado a mi madre para que nos encontremos en el puerto.

Sir Symon chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—¿Aún hay más? ¿Cómo es posible? —preguntó Erroll.

—De hecho, habría sido un buen plan si ellas no se hubiesen ido.



## Capítulo 33

### LA ABADÍA

*Torre de Barr, Ayrshire, mediados de noviembre de 1336.*

Sir Symon estaba en lo cierto: Catherine se había ido. De nada había servido poner al límite a Tizón esa mañana y rogar a Dios que fuera un mal sueño. En la cabaña, la lumbre llevaba días sin encenderse y una pátina de polvo cubría los escasos muebles que había en su interior. Un escalofrío le recorrió la espalda. Abrió los dos baúles esperando encontrar algo, pero salvo baratijas y prendas viejas: nada. Ni rastro de ella ni del niño.

¡El camino de regreso a Ayr había sido tan extraño! No había vuelto a cruzar palabra alguna con el *Laird* Lockhart, que le rehuía la mirada incluso. Pero él intuía que había algo más. Algo que estallaría en sus manos sin tiempo a detenerlo. Necesitaba pensar, actuar con cautela y decidir qué hacer. Erroll cerró la puerta con contundencia y se encontró con la mirada indescifrable de Temür. Darren había preferido ir directo a la torre en cuanto supo que su hermana, su cuñado y el pequeño Cailéan estaban allí.

—¿Ni una pista?

Erroll negó y, con el alma tan maltrecha como su atuendo, fue hacia la torre. Temür prefirió quedarse junto a la puerta, como una escultura enorme y pétrea. En el gran salón, solo el parloteo del infante rompía el silencio.

Cailéan se bajó de los brazos de su tío Darren en cuanto vio entrar a Erroll. Al principio no lo reconoció y se escondió tras las faldas de su madre. Leena se sonrojó y forzó al pequeño para que diera un paso al frente.

—¡Menudo *highlander*! —exclamó—. ¿Acaso no veis quién es?

—¿*Bràthair-athar*... Erroll?

El irlandés agradeció de corazón las palabras del niño, digno hijo de sus padres, que le dijera tío paterno le llenaba de orgullo, pues lo consideraba de la familia Murray, de la única familia que en realidad había tenido. Más aún cuando estaba irreconocible con esa barba de días y ropajes de pordiosero. Cailéan se acercó con el bamboleo inseguro de quien no termina de saber andar pero sí correr y se agarró al sucio *plaid*. Arrugó la carita con asco al verse las manitas sucias y Erroll no pudo sofocar la risa.

—Sin duda, debe ser tío vuestro —comentó Leena con sorna.

Todos rieron brevemente. Después, Erroll le dio un beso en la coronilla al pequeño y le explicó porqué esta vez no iba a cogerlo en brazos.

—Estoy sucio.

—Hombre de barro... —sentenció el pequeño.

—No le digáis eso o traumatizaréis a vuestro tío de por vida, *luaidh*. Os esperaremos aquí mientras os dais un baño —«Ayden siempre tan sutil», pensó Erroll con una sonrisa—. Tenemos todo el día para planear qué hacer. ¿No os parece?

El irlandés asintió y se dispuso a seguir a una sirvienta cuando el pequeño preguntó:

—*Athair*, ¿Erroll viene con nosotros?

—Eso espero.

Erroll se giró con curiosidad y miró a Ayden a los ojos. ¿Qué había querido decir con eso? Su amigo le quitó importancia con un gesto y solo le dijo: «Después», para que se quedase tranquilo. Se despidió de los presentes y se cruzó con Susan en un recoveco tras abandonar el gran salón. Llevaba a la pequeña Ashlyne cogida de la mano. ¡La niña se parecía tanto a su madre! Una Leonor en miniatura con su mismo porte y gallardía, pero con los ojos de Neall.

Erroll se obligó a ponerse en la piel de su amigo y pensó en lo difícil que sería para él criar al vivo reflejo de su difunta esposa. Sin embargo, también lo veía como la oportunidad que le daba el destino de mantener a

Leonor siempre con él. Esa niña tenía un aura especial, era un sueño cumplido.

—Señor, ¿qué os ha pasado? —le preguntó Susan sorprendida al verlo de tal guisa.

—Un percance...

—Me alegra que al menos hayáis salido ileso de él.

Erroll sonrió apenas. Susan le devolvió el gesto y retomó el paso al ritmo de la niña. Él se giró para admirarla. Esa mujer era un claro ejemplo de superación. «No está todo perdido», pensó volviendo a pensar en su amigo. A Susan, la vida no le había mostrado nunca su cara más dulce, mas ahí seguía, luchando por ser feliz y encontrar su sitio en el mundo. Ashlyne fue a decirle algo a la joven en ese momento y lo pilló embobado. Tironeó de la falda del vestido azul de Susan y esta se agachó para cogerla en brazos. Se fueron entre risitas, pero sin volver la vista atrás.

Cuando recuperó su apostura de siempre, Erroll regresó al salón. Leena se despidió de su esposo con un beso en los labios y del resto con una sonrisa breve. Habían estado hablando. Podía sentir la tensión en sus rostros y la falta de consenso. Darren había hecho piña con Temür cerca de la chimenea y se servían otra jarra de licor. Sus leales, por así decirlo. Sin embargo, sabía que era con el *Laird* Lockhart con quien tenía que tratar el asunto, pues el destino de Elsbeth también estaba en juego. Ayden se mantuvo al lado de su cuñado y fue el primero en hablar. Eso le sorprendía.

—Sir Symon acababa de comentarme que es vuestra intención reclamar la herencia de vuestro padre en Irlanda.

—¿Y qué más os ha comentado? —preguntó Erroll con cierta suspicacia.

—Que pensáis llevaros a Catherine y a Ronnie con vos.

Ayden estaba nervioso, podía percibirlo y eso le inquietaba. Nunca había sido hombre de rodeos. Tampoco era nuevo que él quisiese recuperar el legado de su padre, tras la renuncia a ser el heredero legítimo de Glamis, pues era lo único que le garantizaría un futuro digno. Observó los rostros de sus amigos. Uno a uno. Y tardó en contestar un escueto:

—Por supuesto.

—Y que ella marchó con el niño y con Elsbeth a la abadía de Paisley tras la visita a estas tierras de vuestro abuelo y vuestra madre.

Ahí estaba. Todos sabían dónde se encontraban y con quién y nadie se lo había dicho. ¿Por qué? Se juró a sí mismo que lo averiguaría muy pronto.

Erroll miró con fiereza a Sir Symon y cruzó la estancia en apenas tres zancadas.

—¿Desde cuándo sabéis eso y por qué no me lo habéis dicho antes?

Ayden medió entre ellos y, sin perder la compostura que lo caracterizaba, le tendió un pliego para que lo leyera. Erroll declinó la oferta de sentarse y devoró las letras.

—¡Maldito insensato! ¿Acaso no aprendisteis la lección? ¿Cómo dejasteis que se marcharan sin apenas guardias por esos caminos de Dios? ¡Estamos en tiempos de guerra! —gritó Erroll a la vez que le tiraba la misiva a Sir Symon y lo zarandeaba.

Los custodios del *Laird* Lockhart dieron un paso al frente, rodeándolos. Temür salió de la nada y cubrió la espalda de su amigo. No les dejó acercarse.

—No es necesario —masculló el irlandés, aunque Temür no se movió.

Sir Symon los frenó a su vez con voz estrangulada, apenas un hilo que hizo recuperar la cordura de Erroll. El irlandés lo dejó caer al suelo de mala gana, sin dejar que ninguno de los hombres se acercara un paso más a su señor.

—¡Id a preparar las monturas! —ordenó Erroll—. Partiremos en cuanto ajustemos cuentas.

Nadie osó objetar su orden, aunque por sus rostros, ninguno de los allí presentes apostaba que las famosas cuentas estuviesen a favor de su *Laird* esta vez. Ayden se pasó las manos por el rostro, como Leena bien había vaticinado, partirían esa misma tarde.

Temür volvió junto a Darren al calor de la chimenea. No tenía muy claro a quién había salvado de ser un saco de huesos rotos esta vez. Sir Symon esperó a que sus hombres se hubiesen marchado lo suficientemente lejos antes de hablar.

—Los ingleses están a muchas millas y concentrados en no perder los bastiones de Perth y en sumarse otros. Vos lo sabéis mejor que nadie, pues habéis hecho frente a la incursión que perpetraron en Glamis a mediados de agosto —hizo una pausa, a la espera de que el otro dijera algo, pero al ver que mantenía su actitud beligerante, continuó—: Además, las miras de los *sassenachs* siguen puestas en el norte, ¿no? Apenas quedan trescientos soldados guardando Glasgow y dudo que se acerquen a la costa sin refuerzos. Ellas solo han ido a ayudar a los menesterosos y moribundos de la abadía de Paisley, ¿qué teméis?

Erroll lo escuchaba en silencio, con el cejo fruncido y las facciones contenidas. Nunca había tomado a Sir Symon por un insensato. Por todos era sabido que un gran ejército tenía sitiada Escocia desde el muro de Adriano hasta Perth, barriendo a su paso con todos aquellos que osaran hacerles frente. ¿Que qué temía? Podría haberle enumerado un sinfín de razones por las que dos mujeres con un niño de pecho no deberían andar solas por ahí, pero cualquiera de ellas solo haría evidenciar el mal momento por el que estaba pasando el adalid Lockhart. Sin embargo, la callada por respuesta sembró las dudas en Sir Symon.

—Dos de mis mejores hombres las acompañan...

El guerrero resopló, cruzó sus fornidos brazos a la altura del pecho, temiendo que el arrebató de cogerlo por el cuello volviese. Evitó mirarlo a los ojos, centrándose en los preparativos de los hombres y en el piafar de las monturas.

—¿Solo dos? —terminó preguntando más para sí mismo que para su viejo amigo.

—¿Acaso pensáis que...?

El recuerdo del secuestro de Elsbeth le enmudeció, velando sus ojos de una profunda amargura. El devenir de su matrimonio no había sido el esperado. Ambos se habían casado profesándose un cariño mutuo y sincero, pero la falta de hijos había hecho que la amargura se apoderara del carácter risueño de la joven, llegando a aislarse de todo y de todos, salvo de los más necesitados. El poco tiempo que pasaba fuera de la torre de homenaje lo dedicaba a visitar a enfermos y a supervisar el cuidado de Ashlyne, aunque últimamente, ni siquiera el cuidado de su sobrina iluminaba su rostro.

La llegada de Erroll, Catherine y Ronnie había sido un soplo de aire fresco para los Lockhart. Elsbeth los había recibido con frialdad al principio, pero al conocer su historia, cambió de proceder, acogiendo a la joven como otra más de sus desfavorecidas. En el tiempo que Erroll y Temür habían estado en Glamis apenas se habían separado la una de la otra. ¿Qué iba a hacer él? ¿Negarle lo único que mermaba su desdicha?

Tras la visita de los Lyon a sus tierras, no había pasado día que Sir Symon no recibiera peticiones de matrimonio por Catherine. Era una muchacha preciosa, lozana y podía dar hijos robustos. Algunos pensaban en herederos y otros en la bolsa de oro que había prometido el viejo John Lyon al que antes la desposara. La vida en Ayr se había vuelto insostenible para la joven. A cada



paso los asaltaban para mostrarle sus respetos, coger en brazos al niño sin ella quererlo y colmarla de baratijas.

Cuando Sir Symon supo de los preparativos orquestados por su mujer para ir a la abadía de Paisley, no se negó. Muy al contrario. Lo vio como la respuesta a sus plegarias. Hacía semanas que no sabían nada de Erroll y Catherine había empezado a creer que la había abandonado a su suerte. Él fue su paño de lágrimas cuando los rumores de que iban a darle una gran fiesta a la nueva prometida del bastardo de los Lyon en Glamis. Él mismo las acompañó parte del camino de ida a Paisley y llevó a sus hombres a peinar los caminos en busca de Erroll para decirle cuatro cosas bien dichas.

Temür aprovechó para ir a las cocinas y llenar las alforjas. El *Laird* Lockhart y Erroll parecían dos moruecos a punto de topar y prefería no estar presente. Haber permitido que las dos mujeres y un bebé de apenas seis meses marcharan a la abadía con la única compañía de dos custodios con los peligros que entrañaban los caminos había sido una locura.

Erroll daba unos cuantos pasos y después volvía sobre ellos. Estaba inquieto. Ayden seguía en sus trece de protector de su cuñado y eso no mejoraba su humor. Sir Symon lo miró de reojo y el irlandés accedió a responderle un tanto huraño.

—Después de lo que sucedió en Saltcoast y en el priorato de Lesmahagow pienso cualquier cosa, Sir Symon —dijo Erroll al fin.

—Lo que ocurrió en el priorato nunca se sabrá, irlandés. A los *sassenachs* no les interesa que se sepa, desde luego. Mujeres, niños, ancianos, heridos y enfermos... Todos calcinados. Una masacre que nadie quiere atribuirse. Dudo que quieran repetir semejante atrocidad en Paisley o en cualquier parte. Lord John de Eltham discutió con su hermano el rey después de aquello y ahora está muerto. Muchos aseguran que no ha sido algo natural —medió Ayden.

—¿Lo dudáis? ¡Tenía veinte años, era el mejor de los comandantes del ejército de los Eduardo y mano derecha de su hermano el rey! Era honorable a pesar de ser inglés, pero poner el corazón donde no debía le ha costado la vida —incredulo a su viejo amigo sabiendo que daba donde más dolía.

—¡Maldita sea, Erroll! ¿Cómo podéis insinuar siquiera...? —Levantó las manos a modo de rendición—. Hasta aquí he llegado. Hablad, mataos si queréis, pero recordad que yo no dejé a mi mujer por voluntad propia.

Erroll se tragó sus merecidas palabras como si fuesen piedras. Estaba

enfadado. Estaba desolado y lo había pagado con quien menos culpa tenía. ¡Condenado viejo! ¡Toda su vida se la había pasado jodiendo al resto! Ayden abandonó la sala y Sir Symon rumiaba en voz alta sin percatarse de que lo estaba haciendo.

—¿Acaso son ciertos los rumores?

Erroll asintió. Le vendría bien sosegar ahora que Ayden y Temür no estaban para frenarle.

—En el testamento se confirmó que ha dejado unas tierras en Irlanda a Lady Leena Murray.

—Inaudito. Es por eso que... —murmuró Sir Symon y guardó silencio antes de preguntar—: ¿De veras creéis que podrían atentar contra la abadía?

—Podría ser. El rey Eduardo ha marchado al sur para enterrar a su hermano con todos los honores en la abadía de Westminster. Dicen que ha mandado construir el más bello sepulcro esculpido en mármol blanco y que no ha habido día que no celebre una misa en nombre de su hermano.

—Eso no concuerda con que lo haya asesinado...

—O solo espera expiar su culpa. ¿Qué más da? Lo importante de todo esto es que ha dejado desatendidas sus tropas. El Guardián de Escocia ha recuperado villas importantes desde su partida y el ejército de los Eduardo ha comenzado a replegarse en Perth.

—Eso es una gran noticia, ¿a qué viene entonces tanto temor por vuestra parte?

—Sin nadie que los guíe, los *sassenachs* se han descontrolado y dedicado al pillaje. Los caminos no son seguros, Sir Symon. También he conocido a los que están de nuestra parte y lamento decir que no son mucho mejores.

—No soy un necio y entiendo el peligro que entraña. No debí dejarlas marchar. Pero aquí la situación era insostenible. Incluso pensé que estarían de vuelta cuando regresáramos, pero creo que es bueno que sepáis todos los detalles.

Hablaron hasta que se puso el sol. Temür, Darren y Ayden escucharon apostados en la escalera que daba a las estancias superiores. Finalmente ese día no saldrían, pero la confesión de Sir Symon no solo hizo que Erroll se replanteara su actitud con él. Ayden estaba preocupado por el estado mental de su hermana, por cómo se tomaría la ausencia de Catherine y el pequeño, a los que todos le decían había tomado tanto apego. Elsbeth seguía sin estar bien.

Cuando ellos se marcharan de Escocia, ¿qué sería de ella? Sir Symon había perdido la esperanza de recuperarla. Elsbeth estaba viva, sí, ¿pero a qué precio?

A la aurora siguiente, un nutrido destacamento de hombres se concentró en la plaza. Algunos portaban un azadón como única arma y apenas se mantenían en pie debido a los años. Sir Symon seleccionó un grupo de diez y al resto le encomendó la tarea de proteger sus tierras en su ausencia. Todos quedaron conformes. Con las mismas, el *Laird* Lockhart llamó a uno de los elegidos para preguntarle si estaban listos y los hombres asintieron al unísono. Temür regresó con las alforjas llenas de la cabaña, donde había pasado la noche, y le tiró la suya a Erroll. El irlandés la cogió al vuelo e hizo una mueca de fastidio.

—¿Lleváis aquí piedras? —preguntó mientras echaba un vistazo dentro.

—Traed, he debido de equivocarme —respondió el coloso como única explicación.

Erroll se acercó con aire curioso y alzó una ceja interrogante a su amigo.

—¿Qué son estas bolas?

—Un juguete que pedí al herrero de Glamis por ayudarlo a afilar algunas espadas.

Temür le enseñó una especie de mango de cuero trenzado de dos cuartas de longitud y con una argolla en un extremo. Era duro pero flexible. La mirada socarrona de Erroll al restallarlo sobre su palma le hizo explicarse y pronto, pues todos parecían estar muy interesados en el artilugio.

—Lo llaman mangual. Estas bolas van unidas por una cadena a esta argolla y sirven tanto para abrir un cráneo de un solo golpe como para romper una armadura en dos.

—Interesante... —comentó Erroll que iba haciéndose al peso y al tacto del arma—. ¿Me las dejarás algún día?

—Las bolas no se prestan, amigo mío —le replicó Temür con picardía y ambos se echaron a reír.

Sir Symon envidió la complicidad que había entre Temür y Erroll a prudente distancia. Aunque parecía que había solucionado gran parte de su confrontación con el irlandés, todo dependía de que encontrasen a Elsbeth, Catherine y Ronnie sanos y salvos. Entretanto, Leena bajaba a Cailéan del

caballo de su padre y Darren se despedía de su hermana.

—¡Vos no venís! —sentenció el *Laird* mientras acercaba su montura en dirección a estos últimos.

Darren miró hacia atrás, pensando que se lo decía a otro, pero no había nadie más tras él.

—¿Os referís a mi persona? —El color del rostro del joven Stewart poco distaba del anaranjado de su pelo—. ¡No podéis estar hablando en serio!

Leena se interpuso entre su hermano y la montura del *Laird*.

—*Bràthair*, ¿no querréis dejarnos a Susan, a vuestro sobrino y a mí desprotegidos, verdad? Dos mujeres solas entre tanto desconocido...

Darren alzó una ceja. Su hermana había demostrado valerse por sí misma a la perfección mil veces y no era de las que pedían favores. No le gustaba quedarse de «niñera» de nadie, menos aún cuando no era necesario. Primero miró a Sir Symon con el ceño fruncido para dejar constancia de que estaba disgustado por haberlo elegido a él y después a su hermana. Quería saber qué excusa pondría y si trataría al menos de ser convincente. Todos los observaban. Hasta Cailéan.

—¿No debería ser labor de vuestro esposo hacerlo? —le replicó con retintín y con las manos cruzadas sobre su fornido pecho.

—Sin lugar a dudas, pero el que vaya tendrá la obligación de traer los pedazos de Sir Symon cuando Erroll lo despedace. ¿Seréis vos?

El *Laird* Lockhart fue a protestar, pero se lo pensó mejor. Se suponía que Leena estaba ayudándole.

—¡Para eso está Temür! —exclamó Darren con disgusto. Si querían una escenita, él se la daría, ¡por supuesto!

Sir Symon entrecerró los ojos y refunfuñó. Hasta ese momento, no le había parecido tan mala idea dejar a alguien conocido y con experiencia militar para custodiar sus tierras. Los hermanos Stewart seguían entre dimes y diretes. Ayden se bajó del caballo con intención de mediar. Últimamente parecía que solo viviera para eso.

—¡Temür no moverá un dedo, bien sabéis por quién tiene debilidad! —refutó la *petirroja*, sin atender los ruegos silenciosos de su marido.

—¿Y vuestro esposo no la tiene? —aguijoneó su cuñado.

Leena se puso en jarras con Cailéan pegado a ella, muy derecho.

—Si se queda aquí, bien sabéis que estaría todo el día asomado a las

almenas y preguntándose cuándo volveréis.

—¡Leena! —protestó Ayden ante las risitas que había provocado el comentario entre los presentes.

—¡Luego no queréis que os proteja, queréis mi compañía! —exclamó Darren glorioso como broche final, pues se quedaría de «niñera», pero solo por salvar el futuro conyugal de los tortolitos.

—¡Menos mal que caéis en la cuenta, *ionmhainn*! —rio Leena.

Ayden la tomó por la cintura y le robó un apasionado beso a su esposa. Uno que la dejó sin aliento. Al separarse con intencionada lentitud de ella, le dio una cachetada en el trasero antes de susurrarle con voz ronca y cargada de deseo:

—Lo mismo habéis elegido mal la compañía...

Ella se mordisqueó el labio, traviesa, y solo algunos se giraron para darles privacidad en un beso que poco o nada tenía que envidiar al primero. Sir Symon carraspeó y puso fin a la escena:

—¿Nos vamos?

—¡Después de vos! —corearon todos.

Marcharon prestos en dirección a Paisley con la intención de estar a mediodía en la abadía y poner fin a sus temores. Erroll dio gracias por encontrar el camino despejado de *sassenachs*, pero se sorprendió del goteo incesante de menesterosos que se cruzaron por el camino.

—¿Esto es siempre así? —le preguntó a Ayden.

—Escocia está sumida en la miseria y el niño-rey no parece darse cuenta del alto precio a pagar.

—¿Acaso preferís a Balliol como monarca? —le preguntó socarrón.

—Balliol no tiene ni tendrá herederos, Erroll, y David es solo un niño.

¿Acaso es mejor tener al país enfrentado y sometido, que llegar a un ventajoso acuerdo?

—No os quito la razón, pero mientras sean otros los que luchen sus guerras...

Uno de los hombres de la avanzadilla de Sir Symon trotó hacia ellos con el rostro descompuesto y no presentó excusas siquiera por interrumpir. La información que traía justificaba su falta de respeto.

—Hay una reyerta en una de las veredas del río Cart, *mo caiptean*.

—¿Qué tiene que ver con nosotros? —se anticipó Erroll, aunque el muchacho se había dirigido a Ayden.

—Se trata de vuestra señora, de la mía y de lo que parece un nutrido grupo de cuatreros.

Erroll puso al galope a Tizón sin esperar más. Ellas estaban corriendo peligro y podían estar en desventaja. Sin embargo, cuando los jinetes llegaron, Catherine estaba amordazando y maniatando al último de los ladrones de ganado y cargaba las tinajas llenas de agua en las alforjas que portaban las mulas. Elsbeth tenía a Ronnie en sus brazos y era la única que tenía aún el rostro lívido y el vestido manchado de salpicaduras de sangre.

Erroll desmontó de un salto con la intención de abrazar a su mujer, pero como esta no lo esperaba, se pensó que venían más y lo recibió a punta de cuchillo.

—*Leannan*... —susurró para calmarla de espaldas a ella—. Soy yo...

El joven sintió el filo del arma acariciarle la garganta antes de escuchar la voz risueña de ella.

—Os lo tendríais merecido. Me habéis asustado.

Él asintió, sabiendo lo duro que había tenido que ser para ella soportar estos meses de ausencia en tierra extraña. Lo que nunca sabría es lo mucho que él los había añorado también.

—Os prometo que no me separaré de vos hasta que lleguemos a Irlanda —juró en firme.

—¿De verdad, lo prometéis?

Su voz sonaba cargada de emoción. Erroll se giró y la acogió entre sus brazos. No había lugar en el mundo mejor que aquel. Catherine había cogido algo de peso y estaba más lozana, tan preciosa que deseó que el séquito desapareciera y estar a solas con ella. Su cuerpo reaccionó presto cuando las manos comenzaron a descender por la cintura femenina de forma inevitable.

—Aquí no, rufián... —le dijo ella palmoteándolo como a un niño cogido en falta, pero halagada por sus atenciones.

Erroll se llevó la mano al corazón como si lo hubiese herido de muerte y muchos rieron.

—Vengo a por vos, *mo piseag*.

—Pero yo ahora no puedo irme —Ante la cara de desconcierto de su

amado, la gata se explicó mejor—, en la abadía necesitan el agua. Las nieves han dejado inutilizada la acequia y no hay otro modo de abastecer al asentamiento que llenando las tinajas en el río.

—Es peligroso...

—Más lo es beber solo vino —le replicó ella en tono divertido.

Erroll había esperado verla ojerosa y en apuros. Sin embargo, allí estaba: su valiente y tenaz gata, la mujer de la que se había enamorado perdidamente, intentando montar sobre una mula cargada de tinajas.

—Os ayudaremos. Arreglaremos esa acequia, ¿verdad?

Todos asintieron. Un poco de trabajo extra los desentumecería del frío y se había hecho muy tarde para regresar.

—Buena falta hacen más manos —comentó Elsbeth, saliendo de su mutismo.

Ayden fue el encuentro de su hermana, le limpió el rostro y le guiñó un ojo con complicidad. Ella sonrió apenas.

—Yo llevaré al pequeño —dijo cogiendo a Ronnie con desenvoltura—. Nos vemos en la abadía.

Los hombres de Sir Symon cogieron a los cuatros y los echaron sobre las grupas sin miramientos. Ya ajustarían cuentas con el *sheriff* de la zona en cuanto se personase y ayudarían en los trabajos de reconstrucción si no querían morir de hambre entretanto. Ninguno esperó las órdenes de su *Laird*, sino que siguieron la estela de Tizón rumbo a la abadía. Solo Sir Symon y Elsbeth quedaron rezagados. Él se acercó a paso lento, sabiendo que el final se acercaba.

—¿Estáis bien?

—Mejor que nunca —respondió ella—. Aquí me siento útil.

—Siento que...

—Yo también —lo interrumpió Elsbeth. Después de todo lo pasado juntos, no era fácil decirle adiós, tampoco poner fin a su matrimonio, quizás incluso a su amistad... para siempre, pero era necesario—. A partir de hoy nuestros caminos se separarán para siempre, Sir Symon. Vos necesitáis una mujer que os ame, os respete y os dé los hijos que yo jamás os podré dar.

—¿No hay otra manera? Yo...

Elsbeth le puso un dedo en los labios para acallarlo.

—Yo no volveré a ser aquella mujer. No es justo que os arrastre conmigo. Aquí me necesitan. Aquí seré feliz el tiempo que me quede.

Sir Symon la abrazó con fuerza.

—¡Yo también os necesito! ¡Y Ashlyne! ¡Y vuestra familia! Esto no es más que una mala racha. ¡La superaremos! Juntos podríamos...

—No me lo pongáis más difícil —comentó Elsbeth entre sollozos—. La decisión está tomada y he mandado las alegaciones pertinentes para que seáis libre. Sois el hombre que más he querido en mi vida, al único que querré, en realidad. Pero necesito descansar, necesito encontrar la paz y redimirme. Espero encontrar algún día el perdón en vuestro corazón.

—No hay nada que perdonar...

—Hay demasiado que perdonar, me temo, pero aceptad mi regalo y vivid. Por ella. Por vos. Por los dos. Haced que merezca la pena.

Derrotado, Sir Symon asintió. La subió a su grupa en silencio y cabalgaron hasta la abadía. Nadie preguntó nada cuando los vieron con los ojos enrojecidos tomar diferentes caminos. Ella junto a los menesterosos y él junto a su clan.

Acabaron de arreglar la acequia bien entrada la mañana siguiente.

—¿Es esto lo que queréis? —le preguntó su mellizo poco convencido—. Aún puedo hablar con él y regresar todos juntos.

—Este es ahora mi hogar, *bràthair*. Espero noticias vuestras desde Irlanda y, si veis a Neall, decidle que rezo cada día por ambos.

Ayden bajó la mirada y tragó saliva. En sus bellos y tristes ojos imploraba perdón. Uno que él no podía darle, ni siquiera Neall. En esa abadía se quedaba una parte importante de él, su otra mitad. El mellizo sintió frío en el corazón y en los huesos. Le dio un casto beso en la frente a Elsbeth y se negó a mirar atrás. Nadie lo hizo. Las despedidas duelen. Siempre.

El resto del grupo retomó el camino de vuelta en silencio. Ayden cabalgaba inquieto y de vez en cuando movía el pie con un tic nervioso.

—¿Os duele? —le preguntó Catherine cuando puso a Tizón en paralelo.

Ayden asintió. Su amigo cabalgaba en la retaguardia junto a Temür. Erroll le mostraba un pergamino y parecía explicarle algo. La gata sonrió al ver su interés.

—Discuten sobre si deberíamos ir a Glamis con él —le explicó.

—¿En serio? ¿Y quién gana? —preguntó curioso.

—Quién maneje mejor sus armas —rio ella.

Ayden arqueó las cejas, sorprendido. Ella intentó explicarse mejor.



—Erroll es muy diestro, pero ¿habéis visto las bolas de Temür?

Ayden se carcajeó con ganas antes de decir:

—No, pero he oído algo de eso. Si me permitís un consejo: no se lo digáis a Erroll. Un hombre es muy susceptible cuando su mujer se fija en las «bolas» de otro.

Catherine se sonrojó mucho, tanto que pasó por alto que la había nombrado como la mujer de Erroll. Este le hizo una broma sobre que dejara de hacerle ojitos a su gata o tendría que hablar seriamente con cierta *petirroja* y todos rieron. Ayden pensó que ese momento habría sido perfecto si todavía estuviesen todos juntos, como antes. Su mirada verde trigo se ensombreció.

—Estará bien —lo consoló Catherine al comprender qué camino habían tomado sus pensamientos.

—¿Vos creéis?

Ayden sabía que Catherine se refería a Elsbeth, pero él quiso añadir también en ese deseo a su hermano menor.

—Solo necesita tiempo.

—El tiempo no lo cura todo, ¿sabéis? —comentó Ayden con pesar—. Algunas cicatrices se quedan tiernas de por vida. Como la de este pie, que me está diciendo que esta noche habrá tormenta, por ejemplo.

—¿En serio? —le preguntó ella asombrada al comprobar que el cielo estaba despejado y que no olía a lluvia—. Me tomáis el pelo, ¿no es cierto?

Ayden sonrió.

—Lloverá, os lo prometo.

—¿Qué os ha dado a los escoceses con las promesas?

—¿Qué os han prometido? ¿El sol? —preguntó divertido.

—No, claro que no.

—¿La luna?

Ella rio y volvió a negar.

—Pues entonces, Erroll cumplirá lo que os haya prometido.

Catherine inspiró el aire poco a poco. En su interior, quería creer que cumpliría su promesa, que seguiría ahí, que nunca se marcharía. Tenía miedo de soñar. Tenía miedo de despertarse y volver a sentirse vacía. Abrazó la suave piel que resguardaba al pequeño del frío invierno y le preguntó a Ayden:

—¿De verdad creéis que esta noche habrá lluvia?



## Capítulo 34

### LA PRETENDIENTA

*Castillo de Glamis, Escocia, finales de noviembre de 1336.*

—¿Cómo se os ocurre regresar a Glamis sin haberos casado con ella? ¿Estáis loco?

Lady Eileen de Lyon le dio un capirotazo a su hijo para que espabilara. Erroll puso expresión de asombro primero y después de dolor. ¿Cómo una mujer tan pequeña y frágil podía hacerle tanto daño con un simple dedo? La miró a los ojos, la llevó a un lugar más reservado y la cogió por los hombros para asegurarse de que esta vez lo escucharía.

—Quiero que recojáis vuestras pertenencias y os vengáis con nosotros a Irlanda, *mamaidh*.

Ella resopló. No tenía a su hijo por un necio, pero era evidente que algo de sangre de los Lyon corría por sus venas.

—¿Por eso habéis venido? ¿Porque dijo que me desahuciaría?

—¿Por qué si no?

Eileen cerró los ojos y se llevó las manos al corazón. Las lágrimas humedecieron sus mejillas. Erroll no había entendido nada y se había metido en la boca del lobo. ¡Bien lo sabía Dios! Su padre estaba como loco con los preparativos de la boda y el novio se había servido en bandeja tristemente. Y

todo por ella. Lloró con desconsuelo y Erroll la abrazó con ternura. Sin embargo, tras una breve concesión a la flaqueza, dio un enérgico paso atrás. Los tirabuzones rubios, casi blancos, revolotearon alrededor de su cabeza con el obstinado gesto.

—¿Cómo habéis podido? —preguntó enfadada.

¿Alguien entendía a las mujeres?, se preguntó Erroll mientras observaba atónito el cambio de actitud de su madre. ¡Que lo asparan si él lo hacía, Dios bendito!

—¡Solo he venido por vos! —exclamó tratando de justificarse.

—¿Y dónde está ella?

—A salvo.

—Ella no estará a salvo jamás en Glamis.

Erroll torció el gesto. Nadie osaría tocarle un cabello a la madre de su hijo, a su mujer. Para empezar, porque ella era muy capaz de enfrentarse hasta con el mejor de la guardia de los Lyon y para terminar, porque él jamás lo consentiría.

—No lo entendéis, ¿verdad? —insistió su madre—. Vuestro abuelo está decidido a desposaros. Quiere las tierras y los hombres que aportará el enlace con la joven Cathcart para no verse jamás bajo el yugo inglés y, de camino, no perderos.

—Jamás le ha importado qué era de mi vida. Además, si tan poco le gustó verse cercado, bien podía él mismo haber comandado a los suyos. No me casaré con nadie que no sea Catherine y él debería saberlo. Renuncié a mi herencia para ser libre... Un momento, ¿habéis dicho Cathcart?

Eileen asintió con disgusto.

—Esa «pretendiente» vuestra tiene de todo menos clase, saber estar y gusto por otra cosa que no lleve calzones.

Erroll nunca había oído hablar de ese modo a su madre.

—Desde que ha llegado a Glamis, tiene a todos los hombres comiendo de su mano y babeando por sus vertiginosos escotes. Incluido a mi propio hermano, que ha llegado a decirme que podíais estar agradecido por un enlace así, ya que su primogénito había tenido que conformarse con un compromiso mucho menos halagüeño. Todo porque Lady Margery St John, su prometida, es más recta que un palo. ¿Pero qué espera el cabeza hueca de mi hermano que sea una niña de siete años? ¿Y por qué diablos ha consentido el enlace si no estaba de acuerdo con la elección?

Erroll seguía la perorata con atención y cada vez más decidido a salir cuanto antes de Glamis.

—Para más inri, mi cuñada Alice no dice esta boca es mía, salvo para que se den prisa con los preparativos de los enlaces, deseosa de no tener que aguantar a la pizpireta Cathcart y a la melindrosa Margery correteando por el castillo.

Erroll la interrumpió. Él no se casaría con otra que no fuera Catherine. Seguir dando pie a esa sarta de tonterías era una pérdida de tiempo. Uno precioso del que ellos no disponían a decir verdad.

—Dudo que Alane Cathcart acceda a casar a su única hermana con un bastardo. Nunca le caí demasiado bien —respondió feliz, pero al ver que el gesto adusto de su madre no se contagiaba un ápice de su entusiasmo, frunció el ceño para escucharla.

—Alane murió el pasado agosto, Erroll. Fue justo después del compromiso del joven John con Margery. Precisamente por eso, vuestro abuelo ha conseguido entablar negociaciones con los Cathcart. Están desesperados por meter en cintura a Lizzie y no hay nadie mejor que vos para educar al heredero.

—¿Quieren que me despose con la hermana para que eduque al sobrino? Suena retorcido hasta para el abuelo.

—Lo es, por eso solo os diré que no piséis Glamis bajo ningún concepto. Mi padre es asunto mío.

—No dejaré que os deje en la indigencia o que os ingrese en un convento.

—Quizás esté mejor en uno que aquí... —murmuró ella con obstinación, cansada de obedecer los deseos de su padre y de su hermano.

—*Mamaidh*, solo hablaré con él y le expondré los hechos. Que despotriqué todo lo que quiera después. Vendréis con nosotros y empezaremos una nueva vida lejos de Glamis.

—Siempre tan optimista, *mo bhalach beag*. Pero esta vez tenéis a todos en contra. Incluso vuestro primo, que no hace más que perseguir como un perrito faldero a vuestra prometida.

—No es mi prometida...

—Cierto, pero ellos no cejarán en el empeño. Y ahora decidme, ¿dónde está Catherine y Ronnie?

—Nos esperan más allá de la colina junto a Temür.

La dama resopló, gesto que tampoco la había visto hacer nunca en todos sus años de vida.

—¿De veras? Porque juraría que acabo de ver a ese amigo vuestro cruzar el patio de armas.

—¡Maldita sea! —exclamó Erroll, saliendo de su escondrijo seguido por su madre.

—Nunca subestiméis a vuestro abuelo, *mac*. Deberíais haberos ido. Glamis no es lugar para vuestra mujer y vuestro hijo. Nunca os aceptarán como un verdadero Lyon y a ellos tampoco.

—Nunca me sentí como tal.

Sin embargo, en el fondo de su corazón, siempre había querido ser aceptado por ellos, por su familia, por su sangre. Eileen acarició la mejilla de su hijo y asintió con tristeza.

—Está bien, *leanabh*. Iré a mis aposentos y recogeré mis cosas, pero dudo que el perro suelte el hueso después de haberlo probado.

Erroll apenas atendió a las palabras de su madre, más pendiente de lo que ocurría a pocos pasos de donde se encontraba. Catherine entraba en la torre principal muy erguida y escoltada por guardias de su abuelo. El pequeño Ronnie parecía dormir en sus brazos, sin inmutarse por el alboroto que había causado su llegada. Si el viejo John veía al pequeño sabría la verdad. Si no la sabía ya, claro. Un frufú de faldas le hizo envararse.

—¿Erroll? ¿Sois vos?

A pesar de los muchos años que habían pasado sin verse, reconoció esa voz. El irlandés se giró con lentitud para no asustarla, pero ya no quedaba nada de la jovencita huidiza que fuera entonces. Lizzie Cathcart lo miraba boquiabierto y con las mejillas arreboladas. Su sonrisa se ensanchó luminosa al darle un descarado repaso de arriba abajo y se recolocó el escote aún más bajo de lo que lo llevaba. Erroll dudó un instante. No podía ser la misma. Tuvo deseos de huir. ¿Tanto habían podido cambiar los roles en ese tiempo?

Lizzie hizo una exagerada genuflexión y le mostró con generosidad sus protuberantes atributos. ¡Que lo asparan si no había podido llegar a verle el ombligo incluso! Sin esperar a que él reaccionara, lo cogió del brazo y lo arrastró hasta las inmediaciones del salón principal.

—Ya era hora de que vinieseis a verme. ¡Glamis es tan aburrido! Estoy

deseando que pasen las nupcias e instalarnos en Renfrewshire. Al norte es todo tan... ¡agreste!

Erroll consiguió zafarse de su amarre y se frenó en seco.

—Lizzie...

—Adoro cómo pronunciáis mi nombre. Hace que me cosquilleen los dedos de los pies.

Erroll abrió los ojos sorprendido por el insulso comentario y se instó a centrarse en lo importante mientras ella seguía jugueteando con la lazada de su escotado corpiño. Sin embargo, antes de que pudiese articular palabra, la joven se le aferraba al cuello con una mano mientras que con la otra le recorría el cuerpo.

—Todo esto es un malentendido, Lady Cathcart —masculló Erroll a la vez que ponía freno a las atrevidas intenciones de ella manteniendo la muñeca femenina pegada a la espalda. Ella sacó pecho para compensar, creyendo que se trataba de un juego. Erroll no se amilanó cuando le dijo—: Yo ya tengo mujer y un hijo.

—¡Ah, eso! No os preocupéis —replicó coqueta—. Vuestro abuelo ya me informó de vuestro pequeño desliz y resolverá el problemilla.

Si alguna cualidad, que no fuera física, tenía Lizzie era su capacidad de sorprenderlo y enfadarlo. ¿Qué demonios decía sobre un pequeño desliz y problemilla? ¿Y qué era eso sobre que su abuelo lo resolvería? ¿Acaso esa mujer tenía algo de sesera bajo sus hermosos cabellos? Furioso, la cogió por el antebrazo y entraron en el salón principal. Catherine apretó los labios y bajó la mirada. ¿Qué diablos estaba pasando? Su abuelo sostenía al pequeño Ronnie en su regazo y Erroll soltó con malos modos a Lizzie. Los custodios de la joven se llevaron las manos a la espada.

—¿Qué maneras son esas de tratar a vuestra prometida? —vociferó su abuelo.

Su tío, a la derecha de su padre, se mantuvo impertérrito.

—¡No es mi prometida!

—Me temo que no tenéis alternativa —comentó jocosamente el viejo *Laird*, que parecía estar disfrutando y mucho de aquel entuerto.

Su tía Alice cogió a Ronnie en brazos a la orden de su abuelo y la reacción de sus padres fue la de luchar. Sin embargo, una muralla de escudos le impedía llegar al pequeño y cualquier escaramuza podía tener consecuencias fatales para el niño.

Catherine abandonó el gran salón seguida de Temür y sin dirigirle una mirada. ¿Con qué la habían envenenado en su contra en su ausencia? A pesar de los ruegos de Lizzie por que se quedara, corrió tras la gata y la enfrentó.

—Decidme qué ha pasado.

Supo que la gata no hablaría por el mohín porfiado de su rostro. Se dirigió a Temür, le imploraría incluso de ser necesario.

—Nos tendieron una emboscada al poco de haberos ido. Creo que salieron a nuestro encuentro más hombres de los que conté en la batalla del cerco —comenzó el coloso.

Hubo un breve e incómodo silencio.

—Venían buscando a Ronnie. Suponemos que a vuestro abuelo le informaron de que Sir Symon seguía sin tener un heredero y ató cabos. Vuestro tío habló con Cat a solas y por mi parte no sé nada más.

Tras esto, Temür los dejó a solas y se sentó junto al muro. Aunque disimulaba estar distraído, no perdía detalle de su alrededor. Erroll aprovechó la privacidad para dar un paso hacia ella y Catherine se puso en guardia con el cuchillo en alto.

—¡Hablad, Cat! Estamos juntos en esto.

—¿De verdad? Porque solo teníais que dar recado a vuestra madre y regresar.

—¿Acaso hubiera llegado a tiempo? ¿No decís que fue al poco de irme?

—¡Qué más da! ¡Tienen a Ronnie! —lloró ella sin soltar el cuchillo—. Él es lo único que me queda y si no hago lo que me dicen...

A Erroll le dio igual que pudiese herirlo. La abrazó y acarició su media melena para calmarla. Catherine contuvo el aliento apenas un segundo, lo justo para recuperar el temple y aflojar el nudo que le atenazaba la garganta. Tenía los nervios crispados y las lágrimas se sucedían unas tras otras sin poder pararlas. Todo había pasado muy rápido: la emboscada, el chantaje, la determinación rayana a la locura en los ojos de aquel viejo...

Cuando había visto entrar a Erroll en el gran salón con paso decidido y acompañado de esa mujer, había temido mirarlo y derrumbarse. Erroll había discutido con su abuelo, le había dicho que aquella mujer no era su prometida... Por un momento, había sentido que todo era una farsa, una mala jugada del destino, que él cumpliría su promesa. Serían una familia. Estarían juntos. Sin embargo, las palabras de su tío resonaban en su cabeza cada vez

más fuertes.

«No sois mujer para él, Catherine», le había dicho el *Laird* Lyon antes de llegar al castillo. «¿Acaso queréis para Erroll una vida de mercenario? ¿Sin un hogar donde caerse muerto? La herencia de Irlanda no existe, mujer. Él es hijo de un bastardo. ¿Lo entendéis? Con lo que yo os ofrezco, ni el pequeño ni vos pasaréis hambre. Mi padre no renunciará jamás a él».

Si ella quería recuperar a su hijo, tendría que dejar marchar al amor de su vida. Cat se encomendó a sus ancestros antes de hacerle partícipe de lo ordenado por Sir John:

—Vuestro tío me ha asignado un escolta que nos asegure llegar salvos al muro de Adriano. Ronnie y yo partiremos al alba.

No le dio la oportunidad de replicar. Cat se zafó de su abrazo y corrió hacia el castillo para que no la viese llorar. Los guardias, esos que él mismo había adiestrado meses atrás, le negaron el paso. Desesperado, Erroll fue a pedirle consejo a su madre. Ella era la única que podría ayudarle en esos momentos. La encontró en su alcoba y se arrodilló a sus pies, rodeándola por el regazo. Lady Eileen tenía sus pocas pertenencias guardadas en un hatillo bajo el catre, como él le había pedido, pero al instante supo que algo no marchaba bien, que su padre había vencido. Acarició el ensortijado pelo de su hijo con tristeza. Las pocas sirvientas que aún la trataban con algo de deferencia y cariño le habían informado de lo sucedido en el gran salón. Pero no podía ser por eso por lo que su hijo se encontraba así. No sabía cómo abordar el tema y las preguntas se precipitaban en su mente necesitadas de respuestas.

—¿Es por Catherine? —consiguió pronunciar al fin.

Erroll asintió con pesar, evitando la mirada de su madre. Ella le cogió la barbilla con firmeza y le obligó a clavar sus pupilas en ella.

—¿Y?

—No sé cómo recuperarla —comenzó a decir con voz ahogada—. Cat no deseaba venir a Escocia tras la muerte de su abuelo. Accedió por mí, por un futuro juntos. Sin embargo, desde que llegamos, nuestros destinos han tomado caminos distintos.

—Si el sentimiento es mutuo y sincero volverán a enlazarse...

—He visto determinación en sus ojos. El que la separen de nuestro hijo ha sido la puntilla. Se va, *màthair*. El tío John lo ha dispuesto todo.

Lady Eileen sintió remordimientos por no haber hecho frente a su



padre y a su hermano cuando la hicieron partícipe de los planes matrimoniales que tenían para su hijo. Se avergonzó de haber juzgado a su nuera como en su día lo hizo su padre con Cullen, su marido. ¿Cómo decirle a su hijo que había visto a Cat indigna de él? ¿Que los rasgos y cualidades que en su día tanto había valorado en su marido habían pesado menos que un tocado y vestido bonitos? Después había conocido a Lizzie y había reconocido su gran error. Otra Kelsey... Tenía que rectificar. Al fin y al cabo, ellos podrían estar ahora rumbo a Irlanda si no fuera por ella. Se lo debía.

—Mi hermano habrá dispuesto una parte, pero yo tuve un hijo dispuesto a pelear hasta el final. No os habéis rendido nunca, *mac*. ¿Por qué ibais a hacerlo ahora? ¿Sabéis cuánto he rezado para que Kelsey Haldane saliera de vuestro corazón? Aquella mujer no os convenía por motivos muy distintos y su desamor casi os lleva a la tumba. El destino os ha dado una segunda oportunidad y bien sabe Dios que nunca lo pone fácil, pero la ocasión está ahí y debéis demostrar que sois digno de ella.

Él apenas reaccionó a sus palabras. Lady Eileen supo que tenía que esforzarse más, debía prender la mecha que devolviera la luz a los ojos de su hijo.

—Erroll —lo llamó con dulzura para captar su atención de nuevo.

Su hijo la miró con ojos húmedos.

—¿Es ella? —Él la miró sin comprender— y ella intentó explicarse, con un nudo en la garganta—. ¿La joven gata que os refirió la madre de Màiri?

Él asintió y se abrazó a su madre durante unos segundos, después se secó las lágrimas incipientes y ahogó un sollozo. ¿Cómo decírselo o, mejor aún, cómo enmendarlo? Ella quería la felicidad de su hijo por encima de todo y, si Catherine era la mujer de su vida, además de la madre de uno de sus nietos, por San Ninian que conseguiría enmendar el entuerto.

—Ella os ama.

Aunque lo afirmó, Erroll titubeó:

—Yo diría que sí, *mamaidh*, pero...

—El resto no importa, Erroll, deberíais saberlo.

El joven asintió. Sus padres habían sido claro ejemplo de ello. Su madre, a pesar de ser la heredera de una gran fortuna por ser la primogénita, había renunciado a su legado y se había fugado con el hijo bastardo de Sir Walter de Burgh.

—Recuperaréis al pequeño y pondréis toda la distancia que podáis de

vuestro abuelo —continuó su madre—. Empezaréis de cero en Rathlin, como siempre habíais soñado. Nadie puede obligaros a desposar a Lizzie. Yo os ayudaré. Ahora debéis buscar a Catherine y convencerla de que es posible. ¿Lo haréis?

Él asintió, se levantó y se sacudió las ropas. No tenía nada que perder y mucho que ganar. Besó a su madre en la frente y se despidió.

Buscó a Cat en la estancia que le habían asignado en el torreón pero estaba vacía. Una doncella le dijo que la joven estaba paseando por el bosque. No le sorprendió. Él mismo necesitaba salir de ese tétrico castillo y respirar. Glamis era como una gran ballena que todo lo engulle, sin importar qué o a quién. Bien lo sabía él.

El día era frío, pero soleado. La nieve helada crujía bajo sus pies. Nadie le impidió cruzar la muralla y adentrarse en el bosque en pos de ella. La vio a lo lejos y quiso correr tan rápido como sus piernas le permitieran. Tenía que arrancarle una promesa. Apeló a todo su control y se acercó con naturalidad para no asustarla. Temió tanto su reacción al verlo como la falta de ella. Ella lo amaba, pero la conocía bien, su decisión de abandonar Escocia y a él era firme.

—¿No deberíais estar con vuestro tío organizando el gran banquete?

La dureza de su voz le dio escalofríos y se recolocó la piel que se había echado sobre los hombros para no pasar frío. Entendió de repente por qué nadie le había salido al paso. Todos estaban ultimando los preparativos previos a la ceremonia.

—No habrá banquete y no habrá ceremonia. Deberíais saberlo.

Cat lo miró de reojo y siguió con su mohín obstinado.

—Y vos sois muy mayorcito para saber que un solo hombre no se puede enfrentar a toda la guardia de vuestro tío. Tienen a Ronnie y a Temür.

—¿A Temür?

—¡Ah! ¿Que no lo sabíais? Vuestro querido abuelo se os ha anticipado y lo ha encerrado en las mazmorras. He de decir a su favor que han hecho falta nueve hombres para dejarlo inconsciente.

Erroll no daba crédito a lo que estaba oyendo, apretó los puños y contuvo las ganas de blasfemar contra todos sus antepasados franceses por parte de madre que en su día llegaron a instalarse en Perthshire. Él había renunciado a su título y a las tierras de Glamis, pero no haría lo mismo con su vida. Si su tío y su abuelo pensaban que habían dado la última palabra en ese

asunto, estaban listos. ¡Retener a su hijo, encerrar a Temür y obligar a su mujer a regresar a Inglaterra! ¿Acaso podría perdonar algún día tamaña afrenta?

Volvería al salón, reclamaría que le entregasen a su hijo a punta de espada si fuese necesario y no volvería jamás a pisar esas tierras. Él ya había elegido quien sería su esposa y no era esa viborilla de manos largas y carita de no haber roto un plato. Si tantas ganas tenían de aunar sus clanes, que la prometieran con su primo John, que bien dispuesto parecía mostrarse siempre ante ese tipo de beldades.

Erroll conocía a su tío a la perfección. Era capaz de renunciar a la felicidad conyugal de su hijo con tal de hacer lo mejor para el clan y satisfacer los deseos de su padre. Si hasta su madre se había percatado del interés del joven John por Lizzie Cathcart, este debía ser más que evidente. Era obvio que su primo, a sus veintidós años, prefería desposarse con aquella casquivana de ojos verdes y redondeadas formas antes que con Margery St John, que no había cumplido aún los siete.

El joven guerrero resopló, tenía que reconocer que su tío le había sorprendido, pues no era hombre que destacase por su inteligencia. Sin embargo, con esa boda, la suya, mataba dos pájaros de un tiro. Se aseguraba un vasto ejército para salvaguardar Glamis y un capitán para dirigirlo. Con todo, no había tenido en cuenta lo más importante: los sentimientos de su sobrino.

A Erroll poco le importaba a esas alturas comandar un ejército de fieros hombres Cathcart, la fidelidad de dicho clan con la causa Bruce y que la tal Lizzie «manos largas» se supusiera tan fogosa en el lecho como aparentaba. Él amaba a su gata. No renunciaría a ella por nada en el mundo y tampoco se sentía en deuda con nadie. Nada lo ataba a su clan. De hecho, nunca le habían tratado como a uno más ni hecho sentir sus colores como propios. No le debía nada a su tío salvo unos cuantos desvelos cuando estuvo preso. Reclamaría su herencia irlandesa, como tenía decidido hacía tiempo, y dejaría que su madre eligiese dónde quería vivir.

Lamentaba mucho que las relaciones con sus parientes acabaran de esa manera, pero si debía elegir entre Catherine o Glamis, se quedaba con la gata sin dudarlo. Mañana partirían al alba y con el niño, pero no hacia la frontera inglesa, sino hacia puerto, le pesara a quien le pesase. Se dio cuenta de que no había pronunciado palabra desde que ella le hiciera partícipe de los últimos acontecimientos y que lo observaba con la confusión pintada en el rostro.

—Mañana regresaremos a Inglaterra...

—Ni hablar —se negó en rotundo Erroll, a la vez que se cruzaba de brazos y sacaba a relucir su envergadura, con las piernas un poco flexionadas, en posición defensiva. Lo había decidido. Pero, ¿cómo convencerla de que se fuera con él sin presionarla?

—¡Claro que sí! Es la única forma de que me devuelvan a mi hijo.

—Ronnie también es mío.

—Pronto tendréis más y legítimos —le espetó haciéndolo a un lado para regresar al castillo.

Catherine sollozó al notar los brazos de él alrededor de su cintura, frenándola, y temió no ser capaz de mantener esa mirada de color del cielo que tanto la subyugaba. Estaba condenadamente atractivo y ni siquiera el cansancio que arrastraban de esos días parecía hacer mella en ese semi-dios. Quiso zafarse y lamentar su mala suerte en soledad, pero Erroll aún tenía mucho que decir, aunque ella no deseara en esos momentos escucharle.

—Yo os amo y no hay más hijo que Ronnie para mí.

La gata calló. Eso no era del todo cierto. El hijo de Dunstana de Stone también tenía un padre, que no era otro que el hombre de sus sueños, aunque él hubiese renunciado a cuidarlo y darle su apellido por expresa petición de la dama.

—No soy la mujer que quieren para su hijo, sobrino y nieto. Pero sabían que no renunciaríais a Ronnie así como así. Será por eso que me han dado una segunda opción.

—Debe ser tan mala como la primera cuando seguís empeñada en sacrificarme.

Cat se secó una lágrima furtiva. Él la abrazó con ternura, rompiendo una a una sus barreras y a sabiendas de que no le gustaría en absoluto lo que iba a decirle.

—Vuestro abuelo permitiría que me quedara en Glamis y que formara parte del servicio. Viviría en una cabaña en la villa. No podría reconocer a Ronnie como propio, pero sí verlo.

Erroll cerró los puños, cegado por la rabia. ¿Con qué derecho...? Ella lo sujetó con firmeza esta vez.

—No he viajado casi mil millas para ver cómo otra cría a mi hijo.

—Y yo no me he cruzado un país en guerra para que me digan a quién amar o con quién he de casarme.

Catherine sollozó en sus brazos, necesitada de consuelo. Sabía que no era la mujer idónea para él, en eso tenían razón su tío y su abuelo, pero no habría nunca nadie que lo amara como ella. ¿Era suficiente con eso? ¿Con amarse? ¿Lo sería para él?

—Ronnie debe estar en los aposentos de mi tía Alice. Dudo que Lizzie sepa algo sobre niños. Mi madre nos ayudará.

—¿Y Temür?

—Mandaré recado a un viejo amigo y él se encargará. No podemos levantar sospechas. Todos deben creer que seguimos con el plan que han trazado para nosotros.

—Es demasiado peligroso y si...

—Pase lo que pase hasta mañana sabed que es por «nosotros». ¿Confíais en mí?

Catherine gimoteó antes de asentir y él consiguió aliviar el nudo en la garganta que le atenazaba. La quería y haría lo que fuera para demostrárselo.

—Dadme una bofetada —le pidió señalando la mejilla.

Ella entrecerró sus gatunos ojos y soltó una risita, pero él no bromeaba.

—¿Creéis de verdad que nos han dejado salir sin vigilancia alguna?

Cat se envaró.

—No miréis. Hay alguien detrás de los árboles. Haced como que os enfadáis mucho y no escatiméis la fuerza.

Erroll sintió el golpe y se tambaleó. No hizo falta fingir nada. Sacudió la cabeza para espabilarse y Cat aguantó la sonrisa. ¿Acaso le había dado la excusa perfecta para resarcirse a la muy bellaca? Erroll le gruñó bajito y ella puso cara de inocente. Jamás olvidaría que bajo esa apariencia de gatita frágil había una mujer de armas tomar. Catherine se fue muy digna rumbo al castillo y él tomó otro camino de vuelta.

Esa tarde y noche estuvieron separados. Erroll dejó que Lizzie coqueteara, brindó por el día venidero e incluso participó en algunos juegos de destreza con los hombres del clan. Su abuelo lo miró complacido por primera vez en todos sus años de vida. Él aguantó estoico y en apariencia feliz a la izquierda de su mesa. Catherine estuvo confinada a sus aposentos durante el día y rumió sus amargos pensamientos desde un recodo del gran salón por la noche. Cuando estuvo cansada de ver la pantomima, bajó a las mazmorras para interesarse por Temür. No hizo falta que el carcelero la dejara pasar, roncaba

a pleno pulmón, completamente borracho.

Las mazmorras eran oscuras a pesar de estar iluminadas por algunas antorchas, la inmundicia enrarecía el aire y el goteo continuo de las rocas rezumadas podría volver loco a cualquiera. Cat anduvo con tiento y con miedo a caerse por culpa de las ratas que correteaban entre sus pies. La asqueaban. Entretanto, un gato gordo dormía en una esquina tan plácido como el carcelero.

—Aquí —la guió una voz.

—¡Por fin os encuentro! —exclamó ella con alegría.

—Shhhh... —chistó Temür.

—¿Cómo estáis? —Aunque se sintió ridícula nada más formular la pregunta.

—No os preocupéis por mí, mi señora. He estado en sitios peores — intentó consolarla el hombre.

—Pensé que os liberarían en cuanto acepté el trato.

Temür desvió la mirada y bufó. Catherine se agarró a los barrotes, implorante.

—No tenía otra opción.

—Eso me han dicho —respondió hosco.

—¿Erroll?

Temür negó.

—A Erroll no lo he visto, me lo ha contado su madre.

Catherine soltó los barrotes como si quemaran.

—¿Que aún no ha venido a interesarse por vos?

—Confíad en él, mi señora —susurró el coloso.

—Ya sabéis que no me gusta que me llaméis así —quiso desviar la conversación, pues lo que habría querido compartir con él en realidad se atoraba en su garganta.

Catherine había visto disfrutar a Erroll con su clan, coquetear con esa descarada y no mirarla ni una sola vez en toda la velada. Ya no sabía qué pensar. No sabía a quién creer.

—Cat, él os quiere. No ha habido día que no os nombre. Seguid sus indicaciones.

Ella respondió con una sonrisa triste. A veces solo con querer no era suficiente.

—Pero yo no puedo irme mañana y dejaros aquí...

—Estaré bien. Lady Eileen me cuidará hasta que la muerte nos lleve.

Catherine abrió mucho los ojos.

—Sí, yo también me sorprendí cuando la señora me lo dijo, pero luego entendí el mensaje.

—Su madre ha venido... —Temür asintió— y os ha dicho que...

—Exacto.

—¿Y aún así estáis tan tranquilo? —Catherine lo miraba atónita. Lo único que ella entendía era que su amigo se había vuelto loco en aquel lugar.

—Sí, la muerte le salvó la vida en Edinburgh y confío en su palabra. Algún día nos reuniremos en Irlanda, mi señora. Yo mismo llevaré a Lady Eileen junto a su hijo. Ahora marchaos y descansad —Temür le cogió la mano y le acarició el dorso con el pulgar. Los ojos felinos de Catherine resplandecieron con el fulgor de las llamas—. Rezad por mí antes de llegar a puerto. Mañana conoceréis a un rey.

La gata se fue con la inquietud en el cuerpo y las misteriosas palabras de Temür grabadas. Eran una especie de acertijo, tenían que serlo, pero cómo descifrarlo sin ayuda. Oír a Temür hablar de la muerte como si fuera una persona real y la conociera le había dejado mal cuerpo.

Al día siguiente, la gata marchó rumbo a Arbroath con Ronnie y un escolta que no podía ser otro que Alfred, «el indeseable». El segundo del *Laird* no le quitaba ojo, y no solo por el hecho de que pudiera escaparse.

—Una verdadera lástima que no os hayáis quedado en Glamis, podríamos haberlo pasado muy bien...

Catherine hizo caso omiso a sus palabras y se aferró al niño. El apelativo de «indeseable» se le quedaba corto. No habían cabalgado muchas millas, pero las suficientes para saber que no iban rumbo a la frontera inglesa como habían convenido. Su cuerpo reaccionó tenso. ¿A dónde la llevaba?

—Sir John es un hombre muy devoto, ¿verdad? Jamás pensé que se preocuparía tanto por el bienestar espiritual del prójimo —mintió la joven y cambió su pose por una más relajada—. Me prometió que podríamos hacer una parada antes de llegar a nuestro destino y rezar por nuestras almas. ¿Sabéis vos dónde podría cumplir tal propósito?

Alfred frunció el ceño y torció la boca de forma bobalicona.

—No me ha dicho nada. Solo que os llevara al puerto de Arbroath y os metiese en el primer barco que zarpara rumbo a Inglaterra.

Ella siguió dándole conversación.

—Debió olvidar comentároslo. Después de todo, preparar una boda

con tan poco tiempo no debe ser fácil.

—¿Y no os importa? Pensé que el «irlandesito» y vos...

Ella cogió la bolsa con monedas de oro que llevaba atada a la silla de montar y la hizo sonar.

—No hay desamor que el dinero no haga olvidar.

Alfred rio de buena gana. Odiaba a ese maldito bastardo con cada fibra de su ser y él mismo se encargaría de que «la carbonilla» no viese un nuevo amanecer en aquella infesta mazmorra. Sí, realmente le apenaba no haber tenido más tiempo para meter en vereda a esa potra. La condenada era hermosa, con esos ojos gatunos de color indescifrable.

—Quizás podamos cumplir las órdenes de mi adalid y hacer una parada en la abadía de Arbroath. Allí podréis expiar vuestros pecados, o cometer otros... —sugirió con lascivia.

Catherine se obligó a mostrar la más radiante de las sonrisas y asentir. Si ese pelirrojo del demonio osaba ponerle un dedo encima, ni estar en suelo sagrado le salvaría de degollarlo. ¿Sería ese el lugar?

—Dicen que allí mora un rey —replicó amigable.

Alfred volvió a reír. Catherine detestaba su forma de hacerlo, de mirarla y de hacerla sentir inferior cuando no lo era.

—Si a morar os referís con que yacen sus restos, pues sí.

Llegaron a la abadía a mediodía. Era un lugar impresionante. No tenía nada que ver con la de Paisley, tan pequeña a su lado que parecía un humilde priorato venido a menos. La guerra no parecía haber llegado a sus muros, aunque los alrededores estuviesen llenos de personas sin techo. Alfred trataba a todos por igual con desprecio y los apartaba a punta de espada en cuanto alguno osaba acercárseles por el motivo que fuera.

—Es día de mercado, por eso hay tanta escoria pidiendo aquí —la informó—. Los monjes deberían mostrar mano dura y poner a trabajar a esta panda de holgazanes en la tierra. ¡Ociosos y cobardes, eso son!

Catherine no quiso preguntarle si se refería a los pobres, en su mayoría tullidos y desahuciados, o a los monjes benedictinos que dirigían la abadía, considerada la más rica de Escocia por su activo comercio.

—¿Sabíais que los monjes no pagan impuestos ni peajes salvo cuando comercian en Londres? —Catherine negó con la cabeza y Alfred prosiguió su despectivo discurso, como si con ello fuera a congraciarse con ella por ser de origen humilde—. Privilegios que tienen, ¡como si les hicieran falta! ¿Y veis



la gran torre? Sirve de faro y guía para los barcos. No hay quien se libre de pagar su diezmo.

Cat miró hacia la cúspide. El cielo estaba blanquecino y un copo de nieve le cayó en la nariz. Arrebujó a Ronnie en la manta y este protestó a pesar de estar dormido. Alfred la guió hasta la puerta y se recolocó el calzón

—¡Vamos! No tengo todo el día —la arengó para que entrara—. Yo os esperaré fuera. Estos sitios me dan grima.

Él sí que la daba, pensó Catherine antes de entrar en el templo. Los altos muros hacían que todo aquel que se adentraba en la abadía contuviera el aliento. El altar, al final del pasillo central, irradiaba una extraña luz mística y Catherine se dirigió a él sin pensarlo, se puso de rodillas y oró. No era mujer devota, pero sintió paz y consuelo entre aquellos muros. Una mano huesuda y ajada se posó en su hombro.

—Hermana, no debéis estar aquí...

—Mi lugar es estar junto al rey —susurró ella apenas, como en trance.

—Alguien os espera entonces. Venid conmigo.

—Pero... —dijo Catherine mirando hacia la puerta.

—Dios se encargará de él. Os lo aseguro.



## Capítulo 35

### LA HUIDA

*Abadía de Arbroath, Escocia, finales de noviembre de 1336.*

El monje cubrió a Catherine con una capa negra con capucha distintiva de su orden y le pidió que lo siguiera sin hacer más preguntas. Ella mantuvo a Ronnie oculto entre sus brazos y fue tras él. Salieron por una puerta secreta que había tras el altar y atravesaron los huertos. ¿Habría interpretado las señales bien? A lo lejos, se escuchaba la algarabía del mercado y miró atrás. La abadía se elevaba perezosa entre las nubes bajas con su gran torre. Frente a ella, el ancho mar abarcaba todo el horizonte, rugiente. A pesar de la edad del monje, tuvo que apretar el paso para no perderlo de vista.

Esa parte de la abadía no debía ser muy frecuentada, solo se encontraron con algunos monjes que regresaban de la villa y que saludaron al anciano a su paso con amable gesto, casi de forma reverencial. Los copos de nieve comenzaron a caer mansos, cubriéndolo todo con su mágico y fino manto. Salvo en la zona del puerto, donde apenas tocaban la superficie quedaban convertidos en barro.

—Quedaos ahí y bajo ningún concepto salgáis hasta que lo ordene.

Para ser un anciano y hombre de la Iglesia estaba habituado al mando, pensó la gata, que se cobijó tras los señalados barriles sin rechistar. Desde ahí

podía observar todo sin ser vista, pero la larga espera le hizo preguntarse si había hecho bien al seguir al monje. Al fin y al cabo, Alfred tenía los caballos y difícilmente podrían escapar sin ellos.

Una carraca con bandera portuguesa se encontraba fondeada cerca del puerto, pero sin tocar muelle. El miedo a los saqueos en tiempos de guerra hacía que los capitanes de navío no escatimaran en precauciones. Los botes iban repletos de mercancías de diversa índole para llenar la bodega del barco y volvían vacíos al muelle una y otra vez.

Para cuando una joven morena y lozana llegó preguntando por el abad Geoffrey, Catherine ya tenía entumecidos los dedos de las manos y las últimas barcas comenzaban a llenarse con la tripulación. El abad le dio una bolsa de dinero a la recién llegada y esta la abrió para comprobar que estaba todo correcto, hizo un rebujo con un *plaid* y lo cogió como si fuera un... ¿bebé? La gata observó sorprendida cómo el anciano despedía a la muchacha y dos marineros la ayudaban a subir al bote rumbo a la carraca. Parecían conocerla por cómo la acomodaban y conversaban con ella.

El anciano abad se quedó junto al muelle hasta que la pequeña embarcación llegó a la nave principal. Catherine fue a dejar su escondrijo cuando alguien pasó por su lado como una exhalación. Se echó atrás con prudencia al ver de quién se trataba. Alfred bajó de su caballo y comenzó a preguntar a unos y a otros. Parecía nervioso y muy exaltado. Alguien debió comentarle que habían visto al anciano abad con una joven y, sin miramientos, cogió a Geoffrey por la túnica y lo zarandéó.

Tres marineros acudieron al auxilio del respetado hombre de Dios y redujeron a Alfred. Otros más se sumaron y señalaban el barco para aplacar la ira del pelirrojo, que apenas era capaz de articular palabra de lo enfadado que estaba. Tan ensimismada estaba en la reyerta que Catherine no se percató de que alguien se había sentado a su lado.

—Como siga así, dormiré a la intemperie y con más de un hueso roto.

La gata sujetó a Ronnie entre sus brazos, cerró los ojos y se deleitó con el sonido de su voz. Erroll.

—¿No os alegráis de verme? —reclamó preocupado.

Sin mediar palabra, Catherine lo besó. No habría mejor forma de callarlo, se dijo, y todo sería por que no lo descubrieran... Erroll llevaba tiempo esperando la oportunidad de besarla de nuevo y no tardó en reaccionar, cogió la cabeza de su amada entre ambas manos y paladeó los labios

femeninos como si fueran ambrosía. Un sollozo ahogado les recordó que no estaban solos y que si Ronnie rompía a llorar, los descubrirían.

Entretanto en el muelle, dos fornidos marineros se llevaban a Alfred inconsciente y a rastras.

—¿Qué os dije? —susurró jactancioso en su oreja, provocándole cosquillas en la piel—. Camino despejado.

Sin embargo, algo en el interior de Catherine le pedía cautela. Desde que le diera tamaña bofetada en el bosque de Glamis, Erroll no se había puesto en contacto con ella para decirle qué iban a hacer. Ella apenas había pegado ojo pensando en si sabría interpretar el acertijo de forma adecuada y ahora el muy granuja aparecía allí, tan apuesto, arrogante y simpático como siempre.

—¿Qué tal si continuamos con ese beso? —le preguntó para colmo de males.

La gata gruñó. A veces detestaba no poder enfadarse con él.

Erroll levantó ambas manos a modo de rendición. El rostro de Cat era transparente como el agua de un manantial. Estaba enfadada, aunque no sabía muy bien por qué. Quizás debería haber tomado *porridge* en vez de ajetes esa mañana, pensó distraído. La ayudó a levantarse y cogió a Ronnie en brazos. El pequeño estaba despierto y se chupaba el dedo con ganas. Erroll le hizo una burla y el bebé le respondió con una gran sonrisa, justo el gesto contrario que lucía su madre.

—Tiene hambre —murmuró seca.

La gata recuperó a Ronnie y miró a su alrededor en busca de algún lugar apropiado donde satisfacer al pequeño. Erroll pensó que solo se trataba de una excusa, pues cuando Ronnie tenía hambre, solía buscar su sustento manoteando el busto de la gata o con un sonoro berrinche. Intentó darle espacio suficiente para que se calmara. Mal empezaban...

—Está bien. Recogeré vuestro caballo y me despediré del abad.

Catherine asintió. Se sentía extraña. Deseaba volver a estar entre sus brazos y, sin embargo, su cuerpo reaccionaba arisco y anhelante según el momento. ¿Qué le pasaba? Aprovechó para cambiar a Ronnie y poner en orden sus pensamientos.

Pasado un rato, Erroll llegó caminando con el caballo cogido por las riendas y una sonrisa que iluminaba ese día nublado como un rayo de sol. Pequeños copos de nieve adornaban sus rizos y Cat deseó deshacerlos entre

sus dedos.

—El abad Geoffrey me ha estado hablando sobre los inconvenientes de viajar a Irlanda sin estar casados —expuso tras darle un casto beso en la frente e interesarse por el pequeño.

Catherine alzó una ceja divertida sin terminar de creérselo, aunque ese tipo de comentario era muy típico de un hombre de la Iglesia. De pequeña, Cat les había tenido mucho miedo a los hombres de Dios. Los veía como seres de otro mundo que maldecían y castigaban a los pobres pecadores. En realidad, su percepción había cambiado poco con los años, solo que les concedía el beneplácito cuando bendecían los bautizos, oficiaban las bodas y despedían a los difuntos.

Erroll parecía nervioso y lo dejó hablar.

—Se ha ofrecido a officiar la ceremonia.

Cat rio con ganas, atrayendo la mirada de algunos hombres. Él la cogió del brazo y la llevó aparte.

—¿Se puede saber de qué os reís?

La gata se zafó con facilidad del agarre y torció el gesto.

—¿Acaso hablabais en serio?

—¡Por supuesto!

—¡Por el amor de Dios, Erroll! Hemos cruzado un país en guerra y no os ha importado el qué dirán. Las circunstancias son las mismas. Nada ha cambiado entre nosotros y porque os lo sugiera un viejo...

—El abad Geoffrey —corrigió el joven.

—¡Como si se trata del mismísimo Papa! No me casaré así.

—Pensaba que lo importante era con quién os casabais y no cómo —rugió enfadado sin ver más allá.

—¡Pero no así! —insistió ella con lágrimas en los ojos.

¿Cómo Erroll no podía entenderlo? ¿Algo tan importante como unir sus vidas para siempre lo iban a hacer deprisa y corriendo? ¡Ni siquiera habían hablado sobre ello desde que dejaran Inglaterra! Un viejo..., un abad, se corrigió Catherine mentalmente, le sugería a Erroll que lo mejor era que estuvieran casados y allá que iba él, como buen caballero, a salvar los «inconvenientes». ¡Inconvenientes! Inconveniente era la forma en la que le había insinuado que quería casarse, porque ni siquiera se lo había pedido. Catherine tuvo deseos de decirle cuatro cosas a ese viejo entrometido y se echó a andar hacia el muelle sin saber muy bien por qué.

Erroll fue consciente de su falta y corrió tras ella.

—No os vayáis muy lejos... Os necesito —le susurró meloso, enlazándola por la cintura.

Catherine se liberó del abrazo. Tenía los ojos húmedos. Él le apartó un mechón oscuro de cabello del rostro y le acarició el lóbulo de la oreja. Ella ronroneó con los ojos cerrados y expresión triste.

—Yo también os necesito y quizás sea ese mi mayor temor —le confesó—. Deberíamos separar nuestros caminos ahora que aún podemos guardar un buen recuerdo del otro.

Erroll alzó una ceja, sin terminar de entender a qué se refería. Ella abrió los ojos al ser consciente de que había dado voz a su mayor miedo. Él dio un paso atrás, contrariado.

—¿Me estáis pidiendo que me vaya? ¿Por qué?

Catherine sintió un hondo dolor en su corazón, pero no se sentía dueña de sus actos. Era como si sus miedos más profundos brotaran solos por su boca, sin poder pararlos.

—Vuestra familia tiene razón. Necesitáis una esposa acorde con vuestro rango. Lizzie Cathcart podría daros todo y más. ¿Es que no lo veis?

Erroll bramó un insulto. Pocas veces en su vida se había alterado tanto. ¿Pero se podía saber qué estaba diciendo? ¡Hoy era un día de celebración! La cogió por el brazo y la enfrentó. Cuando la gata se ponía tozuda, era más terca que una vaca Angus... Su fingida frialdad le enfureció más si cabe.

—Lo que veo es que necesito una esposa que me remueva las entrañas y me pellizque el corazón. Una mujer, una amante y una compañera. No una dote y alguien a quien no deseo.

—La amareis... Ella es hermosa, educada y podría satisfacer cualquiera de vuestros sueños en el lecho.

—No dudo que pudiera... pero es que no quiero. ¡Yo os amo a vos!

—¡No seáis niño, Erroll!

—¡No seáis cabezota, mujer! No sé a qué viene todo esto. ¿Es por cómo os he dicho que deseo haceros mi esposa? ¿Es eso? —Su voz perdía cualquier atisbo de templanza—. ¡Os amo! Os lo repetiré mil veces hasta que me creáis si es necesario. Decidme que no consigo que vuestras rodillas tiemblen con solo verme, que no suspiráis mi nombre cuando os complacéis sola...

Ella se sonrojó y miró hacia la cristalina superficie del mar.

«Arrogante, vanidoso y con más razón que un santo», como le habría dicho su amiga Martha de haber estado allí para aconsejarla.

—Decidme que no me queréis a vuestro lado... y me iré.

Dos lágrimas se deslizaron por las mejillas de la gata. Su gesto era obstinado e infantil. ¡Estaba tan bonita! ¿Cómo iba a poder contenerse sin besarla? ¿Cómo no se alegraba de que renunciara a dirigir un clan como el Lyon por ella? Su silencio lo estaba matando. ¿Acaso se había equivocando? ¿Acaso ella no sentía lo mismo que él? En sus brazos, Erroll se sentía seguro, se sentía rey, amo y señor del mundo; un príncipe sin necesidad de tener un castillo, ni tener hombres a su cargo, porque con ella no necesitaba ser nadie y era alguien. Era él.

La seguridad en sí mismo comenzó a desmoronarse ante la falta de respuesta.

—Es por eso que no os queréis casar conmigo —dilucidó—. No porque lo sugiriera el abad o porque yo haya sido un necio a la hora de pedirlo...

Ella dejó de prestar atención a la superficie del mar y se centró en él. Pasó el dorso de su mano por la mejilla masculina y sonrió ante las cosquillas que le hacía la barba. ¿Cómo podía ser tan arrogante y tan inseguro a la vez?

Erroll suspiró con los ojos cerrados ante su contacto y contuvo el aliento después. Catherine iba a negarse, como había hecho tantas veces antes y, para colmo, sentía lástima de él. Ella aprovechó que estaba callado y quieto para ponerse de puntillas y robarle un tímido beso.

El joven abrió los ojos de repente, como si los labios de Cat le hubiesen quitado de encima el peso que le había impedido respirar. Deseó besarla, mas pidió permiso para ser invitado con la mirada. Ella se humedeció los labios como respuesta. Él no aguardó más y se lanzó como un lobo tras su presa, devorándola, llenándose de su alma, ahogando su angustia en todos los gemidos que le arrancaba al paso firme y resuelto de su lengua.

—Decidme...

—Iremos juntos a Irlanda, Erroll.

Catherine no quiso añadir nada más. Su corazón desbocado era prueba evidente de que lo seguiría hasta la muerte, aunque a veces dudaba de si era lo más correcto. Él no insistió, seguro de sí y de su mutuo amor. Ronnie estaba bien despierto y babeaba su pequeño puño con ansia. Lo cogió en brazos y se fue junto a Tizón. Cuanto antes se alejaran de Glamis y de su maldito influjo,

mejor para ellos. Catherine los siguió en silencio y miró a su alrededor extrañada.

—Se quedó en la abadía —repuso Erroll al imaginarse a quien buscaba.

—Me habría gustado despedirme...

—No os preocupéis. Lo entenderá.

El abad Geoffrey siempre había sido un buen amigo de su madre y conocía a Erroll desde pequeño. Por aquel entonces, Geoffrey era un humilde monje benedictino más a la sombra del gran Canciller de Escocia, el abad Bernardo de Linton. Él mismo convenció a su superior para que intercediera por el joven Flanagan para que Sir William Brisbane lo tomase como pupilo. No se habría considerado un buen cristiano si hubiese mirado hacia otro lado ante los continuos desplantes que sufría el joven por parte de su clan. Los Lyon no se opusieron. Al fin y al cabo, el muchacho no era más que un escollo en los planes trazados por el *Laird* John el Viejo.

Era por eso que Erroll siempre había tenido muy en cuenta los sabios consejos de Geoffrey, aunque esta vez hubiese errado en las formas, en lo esencial estaban de acuerdo. Él no quería desposarse con Cat porque tuviesen un hijo en común. Ni porque su tío y su abuelo se hubiesen empeñado en imponerle «pretendientes», o media Highland se interesase por ser el gato de su gata, hecho que le hacía de todo menos gracia, cabía añadir. Tampoco porque emprendieran viaje. Él quería unir sus caminos y avanzar juntos como uno solo, ser la mitad de un todo, quien la completara, quien despertara su sonrisa e hiciera brillar sus ojos.

—¿Mejor? —le preguntó preocupado, en un intento de limar asperezas.

—Solo si olvidamos el tema de antes.

Él asintió y la abrazó con Ronnie entre ellos. Le gustaba sentirlos cerca, deleitarse en su calor. Necesitaban tiempo después de todo lo que había ocurrido desde que volvieran a reencontrarse. Había actuado de forma precipitada e imprudente. Nunca más. Estaba dispuesto a descubrir hasta el más íntimo de sus secretos y la próxima vez no cabría otra respuesta entre ellos que un rotundo «Sí». La conquistaría, como ella le había robado el corazón en su momento, y le demostraría que no había otro hombre mejor que él.

Antes de subir a sus respectivas monturas, Catherine puso al pequeño en su regazo y el guerrero tomó una fina vara para explicarle el plan a seguir.



Usó el suelo nevado como improvisado mapa. Ella lo observaba en silencio.

—Cruzaremos el valle de Strathmore por Forfar y haremos noche en una antigua aldea abandonada llamada Battledykes —dibujó sobre la nieve tres puntos, los dos últimos muy próximos entre sí.

—¿De qué me suena el nombre de ese valle? —lo interrumpió Catherine—. ¿No hay que cruzarlo para llegar a Glamis?

Erroll asintió.

—Pero..., ¿no hay otro modo de llegar a Ayr que atravesar las tierras de vuestro clan de nuevo?

—Es lo más conveniente si no queremos perder hasta la última moneda en unos pasajes en barco. Tenemos dos opciones: o rodeamos por Blair Atholl —dijo mientras señalaba otro punto— y cruzamos las Trossachs hasta llegar a Glasgow, o atajamos por Stirling y nos encomendamos a Dios para no caer en manos *sassenachs*. Ambas elecciones pasan por cruzar las tierras de mi abuelo.

Catherine puso un mohín de fastidio.

—Tenía entendido que Blair Atholl también estaba bajo dominio inglés.

—Y lo está o lo estaba. Desde que murió Sir Kenion Strathbogie, su viuda e hijos se encuentran atrincherados en el castillo. Conozco a los arrendatarios de los alrededores y a los aldeanos desde pequeño. Ninguno osaría delatarnos. Además, es el mejor lugar para abastecernos de provisiones, pues cualquier peso de más nos ralentizaría la huida.

—Entiendo...

—Después de Blair Atholl, tendremos otro día de viaje a través de las Trossachs.

—He oído hablar de sus hermosos paisajes...

Ante la nueva interrupción, Erroll se cruzó de brazos y dio unos golpecitos en la nieve con la puntera del pie. Ella se envaró ante la velada reprimenda y cerró la boca de golpe, en actitud digna. Él sonrió triunfal y breve, sabiendo que la gata aún podía sacar las uñas. Ese geniecillo suyo lo enardecía y le hubiese gustado besarla hasta hacer desaparecer ese obstinado mohín de su rostro. Se obligó a centrarse en los trazos hechos en la nieve.

—En invierno son tan hermosas como peligrosas —corroboró él a la vez que dibujaba nuevos enclaves—. Iremos junto a la orilla oeste del *loch*

Lomond para evitar cansar en demasía a los caballos. A los pies del Ben Lomond está Rowardennan, una aldea próspera, pero dudo que alguien nos vendiera provisiones hasta primavera.

—¿Qué haremos entonces?

—Acamparemos en Clachan dhu. No es tan grande como Rowardennan, pero Sir Robert de Colquhoun juró lealtad a la casa Bruce y no negará auxilio a una mujer desamparada con un hijo. Le diréis que sois amiga de los Murray de Atholl.

—¿Yo? ¿Y si me pregunta por los Murray? ¿Qué voy a decirle?

—Os contaré todo lo que tengáis que saber sobre ellos, pero a mí nadie puede reconocerme hasta que lleguemos a las tierras de los Lockhart, o la vida de mi madre y Temür podrían correr peligro. Esa noche, yo dormiré en el bosque. Conozco varios refugios en los árboles usados por los MacGregor.

Ante la sorpresa de la gata, él le guiñó un ojo y la calmó.

—No os preocupéis por mí. Sabré apañármelas.

—¡No estaba preocupada por vos, irlandés engreído!

—¿Ah, no? —le dijo picarón e imitando la pose digna de ella minutos antes.

—Pero pasaréis mucho frío...

—Dormiré pensando en vos —sentenció clavando sus azules pupilas en ella.

Catherine se estremeció de placer y desvió la mirada. Ronnie rompió el hechizo con un berreo.

—¿Los dientes? —se interesó él. Catherine negó—. ¿De nuevo hambre? —Ella rio y volvió a negar—. ¿Entonces?

—Aburrimiento —le dijo vivaracha y enseñándole la lengua.

Erroll suspiró, lamentando tener que emprender viaje, pues lo que le apetecía era atrincherarse en alguna cabaña y disfrutar del calor del hogar junto a su familia. Ellos daban sentido a su existencia y por ellos daría la vida de ser preciso. Además, no había mejor modo de hacer las paces que poner a ronronear a la gata bajo una buena manta.

Marcharon en cuanto colocaron las alforjas en los caballos y afianzaron el cesto donde iría Ronnie durante el camino. Erroll se puso un sombrero de ala ancha que llevaba enganchado al faldoncillo de su montura para evitar que alguien pudiera reconocerlo. Las inmediaciones del mercado estaban atestadas. Salieron por separado para que no los relacionara nadie y

se reencontraron en el camino principal.

Ninguno de ellos se interesó por Alfred. El abad había acordado con Erroll en mandar aviso al caer la tarde para darles tiempo a escapar, por si aún le quedaba alguna duda de que Catherine hubiese cogido el barco rumbo a ninguna parte. Cualquiera ventaja era poca en caso de que se percataran del ardid.

Erroll le narró hasta el detalle más nimio de sus andanzas con los Murray como le había prometido. Las anécdotas se sucedían en cascada y ella lo escuchaba con embeleso, a pesar de querer mantener una actitud distante. La voz masculina a veces se preñaba de nostalgia, otras de profundo cariño, de forma que le mostraban a un Erroll más genuino al que difícilmente podía resistirse.

Llegaron a Battledykes sin incidencias a media tarde. Las cinco cabañas que componían la aldea estaban cerradas a cal y canto. La llovizna les había acompañado durante todo el trayecto y las capas estaban empapadas, si no las secaban pronto corrían riesgo de enfermar.

—¿Habrà alguien? —preguntó ella al pasar por esa aldea fantasma.

—Mejor no tentar a la suerte y hacer noche en el castillo. Estamos demasiado cerca de Glamis.

Catherine abrió mucho los ojos y acunó a Ronnie para que dejara de gimotear. El pequeño jugueteó con el borde del corpiño de su madre y cambió el lloriqueo por bullitas.

—Pronto pararemos, *luaidh*, y podréis darme envidia.

—¿Habéis dicho en el castillo? —preguntó Cat sin poder evitar castañetear los dientes.

Ronnie estornudó como respuesta a ambos. Erroll se rio, rebuscó dentro de una alforja y los cubrió con su propio *plaid* para que no pasaran frío. Las temperaturas bajaban de forma considerable en cuanto empezaba a descender el sol.

—No me refería a Glamis, sino a ese castillo —dijo apuntando con el dedo índice al lugar.

Llamar «castillo» a esas ruinas era desolador, pues solo quedaban en pie dos paredes y media, parte de una desvencijada techumbre y un centenar de piedras desperdigadas por el suelo. El rostro de Catherine reflejó desaliento.

—¡Vamos, *mo piseag*! Solo será una noche y en peores sitios hemos

dormido. Podría enumeraros unos cuantos. Despejaré aquella esquina mientras Ronnie...

—No tiene hambre, Erroll. Solo le están saliendo los dientes.

Erroll asintió con tristeza.

—No os preocupéis por nosotros. Estaremos bien —dijo ella al ver los esfuerzos de él por acondicionar el lugar lo mejor posible.

No era el mejor lugar para pasar la noche, pero era el único que tenían. La techumbre los resguardaría del frío y hasta de una ventisca de nieve dado el caso. A Erroll le fue imposible encontrar leña seca, por lo que tuvieron que descartar encender un fuego. Desesperado, dio una patada a un leño y lo mandó lejos. ¿No iba a salirles nada bien?

Catherine puso la mano sobre su hombro para calmarlo y él besó la palma con dulzura.

—Sentémonos. Mañana nos queda un largo viaje —añadió la gata.

Erroll pegó su pared al muro, al cobijo de la escasa techumbre, y la invitó a acompañarlo. Catherine hizo una genuflexión, que muchos habrían confundido con una torcedura de tobillo, y aceptó. Compartieron *plaid*, abrazos y besos robados. Ronnie durmió sobre su padre, aferrado al antebrazo derecho. Catherine, en cambio, lo hizo sobre su corazón. Erroll jamás había sido tan feliz como en aquella noche, a pesar del hambre, del frío, de no tener nada...

Cuando la gata abrió los ojos se encontró con su mirada azul. Fue inevitable besarle.

—¿Cuánto lleváis despierto? —ronroneó.

—Desde que salió el sol.

—¿Y cuánto hace de eso?

El astro brillaba por su ausencia, aunque debía de ser bastante tarde por el gracioso ademán que Erroll hizo con la mano y por cómo resopló. Un gris plomizo cubría el horizonte y auguraba más lluvia. Ella se irguió un poco y sintió frío al separarse de su abrazo. Él también. Engarzaron las miradas y se vieron reflejados en las pupilas del otro.

—Sois tan hermosa... —confesó con embeleso mientras le acariciaba la mejilla.

—Y vos un redomado rufián si creéis que me rendiré a vuestros encantos...

—¿Mis encantos? ¿Hay más de uno? Me agasajáis en demasía, *mo*

*baintighearna* —le susurró seductor.

—¡Oh, vamos! —exclamó azorada como si la hubiesen pillado en falta.

Sus mejillas se arrebolaron y, para disimularlo, se levantó con brusquedad. Erroll hizo caso omiso de la supuesta indignación, se cambió a Ronnie de brazo y le habló como si este le entendiera.

—No hay mujer más bella y peligrosa que vuestra madre. ¿La habéis visto tirar cuchillos?

Ella taconeó con los brazos en jarras, pero él siguió hablando a su hijo.

—Será mejor que os portéis bien de mayor y no seáis muy travieso, puede alcanzaros desde distancias extraordinarias.

—¿Cómo se os ocurre decirle eso al niño?

—Los hombres nos entendemos. Es bueno que sepa hasta dónde llegar desde bien pequeño.

—¿Y cuál es vuestro límite? —preguntó ella desafiante y con la barbilla alzada.

Erroll rio por lo bajo.

—Mi límite es donde llega esa ceja vuestra alzada.

Cat frunció el ceño.

—¡Yo no he alzado nada!

—¡Oh, sí! ¡Sí que lo hacíais! Y no diré lo mucho que me gusta porque hay niños pequeños delante.

Catherine bufó risueña y se cruzó de brazos.

—¡No tenéis remedio!

—Pero os gusta...

¿Cómo podía conseguir sacarle siempre una sonrisa?, pensó ella, desarmada por su carisma.

—No me gusta... me encanta —le concedió.

—Ahora sí deberíamos irnos, mi querido Ronnie. Eso o cerrad los ojos y dormíos muy profundamente.

Ella puso los ojos en blanco y se carcajeó. Tomó al pequeño en brazos y lo colocó en el canasto con mimo. Ronnie estaba inquieto y no tardó en protestar.

—Démonos prisa. O no llegaremos a Blair Atholl antes de que descargue la tormenta —aconsejó Erroll.

Aunque por más prisa que se dieron, no llegaron a su destino hasta bien entrada la noche. El antiguo glacial de Strathmore se había transformado en un auténtico cenagal con las últimas lluvias y cruzarlo había sido una pesadilla. El mal tiempo había evitado que se encontraran con partidas de caza de los Lyon o con cualquiera que pudiese reconocerles al menos. Sin embargo, la suerte no podía estar de cara siempre. Unos negros nubarrones los habían alcanzado rodeando el *loch* Lintrathen y descargado sobre ellos una lluvia intensa durante tres cuartas partes del camino. Agotados, empapados y muertos de hambre llegaron a la pequeña aldea donde residían la mayoría de los sirvientes del castillo de Blair Atholl y labriegos.

Erroll se bajó de Tizón a duras penas y ayudó a Catherine a hacer lo mismo. Ronnie había llorado la mayor parte de la travesía y dormía exhausto en el cesto. Su respiración era entrecortada y de su pecho brotaba una especie de silbido. Aporreó la puerta y esperaron apoyados sobre la pared.

—¿Quién va? —preguntó alguien desde el interior.

—Flanagan —susurró él.

La puerta se abrió apenas para comprobar que era cierto.

—¡Bendito sea Dios! ¿Es posible?

Erroll sonrió y el hombre terminó por arrastrarlos al interior. Catherine llevaba al pequeño arrebujado en la manta y su cara mostraba preocupación.

—Ella es mi mujer y mi hijo —los presentó mientras se calentaba las manos en el fuego del hogar.

—*Mo bana-mhorair*, acérquese a la chimenea —la invitó el hombre con humildad al ver que la joven se quedaba junto a la puerta y le cedió el único taburete de la estancia—. ¿Le pasa algo al niño?

Catherine a duras penas aguantaba las lágrimas. Erroll la miró a los ojos y cruzó la estancia en dos zancadas.

—¿Qué ocurre?

La gata no reaccionó, parecía haberse convertido en una estatua de sal. El guerrero cogió al pequeño entre sus brazos. Tenía los ojitos y puños cerrados con fuerza. Su frente ardía y respiraba con dificultad.

—¡Maldita sea! —murmuró preocupado—. ¿Qué podemos hacer?

Ronnie gimoteó entre sueños, preso de la fiebre. El aldeano se acercó y tocó la frente perlada del pequeño.

—Id a por nieve. Yo iré a buscar a Elly al castillo.

—¿Elly? —preguntó la pareja al unísono, aunque ella por no saber de quién estaban hablando y él por que la anciana sirviera en Blair Atholl.

—Es una curandera —aclaró Erroll—. No suele quedarse durante mucho tiempo en ningún lugar. Hemos tenido suerte.

Catherine asintió apenas y dejó su mirada fija en la carita rolliza y sudorosa de su hijo.

—Se pondrá bien, *mo bana-mhorair*. Tened fe.

Erroll le devolvió al niño y ambos hombres salieron en direcciones opuestas. La noche se iba cerrando y la ventisca de agua-nieve se adueñó de los alrededores. Las pieles que cubrían las ventanas se arremolinaban, dejando entrever la sombra agitada de los árboles. Cat sintió miedo. Apoyó su mejilla sobre la frente del pequeño y sollozó.

—No me dejéis. Sois lo único que tengo de verdad ...

Erroll entró sin anunciarse y se persignó al ver semejante estampa. La impotencia desmoronó su habitual temple. Ella apenas lo miró. La vida de Ronnie dependía de aquella noche.

—¿Tardarán mucho?

—No lo sé, Cat. Espero que no —comentó mientras se asomaba por la puerta.

Cat volvió a romper el silencio.

—Fuimos imprudentes al cabalgar bajo la lluvia.

El tono de su voz reflejaba pesadumbre y algo de reproche. Erroll se puso en guardia. Él también lamentaba que Ronnie estuviese enfermo, pero no habían tenido otra opción.

—Teníamos que alejarnos de Glamis a toda costa —dijo como única respuesta.

—Quizás esto sea un castigo por no acatar los designios de vuestro clan.

A Erroll le cogió por sorpresa semejante comentario. ¿Se estaba arrepintiendo? ¿De qué para ser exactos? ¿De huir con él, de darle una oportunidad..., de haberlo conocido? Iracundo, dio una patada al cubo, tirando parte de su contenido.

—¿Cada vez que surja un percance volveréis con esas? ¿En serio?

Ella le dedicó una mirada de felino reproche y apretó el gesto.

—No, claro que no. Lo siento. Estoy asustada... Es la primera vez que Ronnie se pone enfermo y no sé qué hacer.

Erroll también estaba asustado y agradeció que el aldeano no tardara en llegar seguido de Elly. La anciana se sacudió los pies antes de entrar en la cabaña y dejó el bastón junto a la jamba. No llevaba más que un zurrón desgastado atado a la cintura con un cordel.

Erroll se acercó a ella y la abrazó.

—Pensé que no volvería a ver un rostro amable en estas tierras — comentó emocionada.

—Yo también me alegro de veros, *ban-draoidh*.

—Supe de vuestra llegada en sueños, Erroll. Pero ya habrá tiempo de hablar después, mostradme al niño.

Elly cruzó una significativa mirada con Cat antes de centrarse en el pequeño. Con ayuda de la gata, le descubrió el pecho y lo auscultó directamente durante largo rato. Después le abrió la boquita y le tocó las encías con las yemas de los dedos.

—Tiene inflamada y enrojecida la garganta. ¿Babeaba más de lo normal esta mañana?

—No, pero ha llorado mucho por el camino. Eso sí. No le gusta viajar en el cesto, pero llovía y... —respondió Cat.

—No os preocupéis, hicisteis bien en llevarlo a resguardo — respondió la anciana con una serenidad envidiable.

Después, la curandera le palpó el vientre al pequeño y rumió algo ininteligible.

—El niño no ha hecho sus deposiciones hoy. ¿Cierto?

Cat miró extrañada a Erroll y ambos asintieron.

—¿Qué tiene que ver con la fiebre? —Quiso saber la joven madre.

—Eso trato de averiguar. A veces la fiebre es por alguna afección concreta o la suma de muchas cosas. El viaje, el cansancio, el cambio de rutina o comidas, la salida de algún diente, el estreñimiento... ¿Las últimas heces tenían el color y olor habitual?

El aldeano arrugó la nariz como si las oliera y les dio la espalda. La gata volvió a asentir.

—Muy bien. Masajaremos esa tripita y le daremos una tisana mágica. A ver cómo responde.

La vieja cabeceó ante el gesto escéptico de la joven y se acercó renqueante a la chimenea, cogió un cazo y puso agua a hervir.



—No es mágica —le aclaró risueña y sin dejar de darle la espalda—, pero la mezcla de estas hierbas es ancestral y cura muchos males. Su composición es un secreto bien guardado.

Catherine se levantó del taburete con Ronnie en brazos y le susurró a Erroll:

—¿Confíais la vida de vuestro hijo a esta mujer?

—No habría permitido que viniera de no ser así.

La anciana la invitó a sentarse de nuevo en el taburete y recolocó al niño de forma que tuviera su cabecita sobre las rodillas de su madre y las piernas flexionadas, descansando sobre su pecho. Después cogió las manos de la joven y las movió en círculos sobre el vientre de Ronnie. El niño gimoteó a la vez que se estremecía.

—¿No cogerá frío?

—No. De hecho, cuanto antes baje la temperatura antes nos iremos todos a dormir —Sonrió.

Catherine siguió con los movimientos, mientras Elly soplaba sobre la jarra que tenía la tisana para enfriarla. Los hombres no sabían muy bien qué hacer. La anciana los miró de reojo y les espetó mordaz:

—¿Y vosotros qué hacéis aquí? ¿Por qué no vais a cortar leña, arreglar tejados o matar alguna gallina para hacer un caldo? No hay cosa peor que un hombre ocioso, bien lo decía mi madre que en paz descanse.

Erroll no quiso contrariar a la anciana, pero ¿cuándo había visto esa mujer que se hicieran esas cosas en noche cerrada? Sin embargo, ambos obedecieron de inmediato a pesar de la ventisca. Cualquier cosa antes que sentirse inútiles u objetivo de la *ban-draoidh*.

Entretanto, ellas pusieron paños tibios y otros más fríos sobre el cuerpecito del pequeño. También le dieron de beber sorbitos de la tisana hasta que no quedó ni una gota. Poco a poco, el rostro de Ronnie fue cogiendo un tono más natural y dejó de apretar los puños o retorcerse.

—Realmente parece una tisana mágica —murmuró Cat.

Elly sonrió y a la gata se le antojó el rostro ajado de la anciana como un mapa. Sus rasgos eran duros y sus arrugas profundas, pero a su lado sentía una extraña paz interior. La curandera dejó que la observara y aprovechó para palpar al pequeño de nuevo.

—Tiene el vientre más flojo. ¿Lo sentís?

Catherine colocó las manos en la posición que le había enseñado y

asintió.

—Quizás un poquito de aceite ayude... En cuanto haga la deposición, le daremos otra tisana para que le limpie por dentro y algo para engañar al hambre.

La gata se secó una lágrima furtiva y se mordisqueó el labio nerviosa.

—La fiebre se irá por completo pronto. Ya veréis. Es un niño fuerte como sus padres. Si alguna vez vuelve a pasarle, seguid las indicaciones que os he dado —la consoló mientras le ponía un saquito con hierbas en su mano derecha.

—¿Me dais vuestro máspreciado secreto?

Elly se carcajeó.

—Soy vieja. Tengo muchos secretos, pero este lo compartiré con vos.

—Gracias... Esta noche nos habéis salvado la vida.

La *ban-draoidh* le acarició la mano con ternura.

—También os vi a vos en mi sueño —confesó—. Sois la que estábamos esperando...

—No sé a qué os referís —Cat se puso tensa al oír sus palabras. La caricia de la curandera le provocaba un hormiguelo en el dorso de la mano. A punto estuvo de quitarla, pero se contuvo.

—Ese muchacho ha sufrido mucho en la vida y ya lo daba por perdido. Nada podía hacer por él. Sin embargo, el día que os conoció le cambiasteis la vida. Le enseñasteis lo que es amar de verdad y ser correspondido... Que hasta el corazón más roto puede curarse. Hay mujeres que tienen el don de sanar los corazones. Mujeres como vos.

—Yo no he hecho nada.

—¿Os parece poco amarlo sin reservas ni condiciones?

Catherine bajó la mirada y quitó el contacto.

—No está siendo fácil.

—Nunca lo es, *bòidheach*. ¿Es por eso que aún no se lo habéis dicho?

La gata dio un respingo y miró a la anciana a los ojos.

—¿Cómo...?

—Soy un poco bruja —replicó sonriente.

—No quería condicionar su elección.

—¡Ay, esta juventud! ¿Acaso él ha dudado alguna vez de que erais su gata desde entonces?

Catherine fue a preguntarle de nuevo cómo sabía tantas cosas de su vida, pero a todas luces la anciana le respondería lo mismo, que era una bruja y ella un poco tarda... Negó con una sonrisa y se tocó el vientre. Apenas se le notaba, pero la ilusión por darle un hermanito o hermanita a Ronnie estaba ahí, floreciendo en su vientre.

—Encontraréis el mejor momento para decírselo. No os preocupéis — le dijo.

Elly tomó al pequeño Ronnie en brazos y dejó que Catherine avivara el fuego. Pronto amanecería.

—¡Vaya, vaya! Pareciera que estabais esperando que yo os cogiera — comenzó a sermonearle al niño, aunque su tono era amigable.

Cat la miró con incredulidad. En ese momento, alguien llamó a la puerta. El aldeano y Erroll esperaban nuevas con la intranquilidad pintada en sus rostros.

—¿Ronnie está bien? — fue lo primero que preguntó el joven.

—Tan bien que ya no tiene fiebre y un tufillo me dice que ha hecho de las suyas — canturreó la anciana.

—En ese caso, debemos irnos, Cat — la apremió Erroll—. Una patrulla *sassenach* acaba de entrar en el castillo.



## Capítulo 36

### EMPEZAR DE NUEVO

*Puerto de Ayr, mediados de diciembre de 1336.*

Ayden aguzó la vista y resopló. Le había parecido ver a Catherine, pero descartó la idea al reconocer a Sir Robert de Colquhoun. Sin mejor cosa que hacer esa mañana, se fijó en el navío que estaba anclado en el puerto. Parecía nuevo y se interesó sobre el capitán que lo gobernaba. Dos marineros le contaron que era uno de los pocos barcos que zarparía rumbo a Irlanda en semanas y el único que tenía una tripulación lo suficientemente experimentada para surcar las bravas aguas del Canal del Norte en invierno.

Lo invitaron a subir a cubierta y verlo por dentro. Desde allí, la costa de Irlanda parecía estar al alcance de la mano. Le explicaron que las condiciones del mar no eran buenas en esa época y que muchos marineros aprovechaban para estar con la familia. De hecho, solo los más intrépidos se atrevían a cruzar las pocas millas que separaban ambas costas. El oleaje y remolinos dificultaban la travesía y habían llegado noticias del naufragio del último navío. Ambos hombres se persignaron y volvieron a tierra firme.

Leena le esperaba en el muelle con Cailéan de la mano. La carita del pequeño estaba enmelotada de miel, pero sonriente. Eso calmó parte de su mal humor.

—No desesperéis...

—No lo hago, *petirroja*, pero quizás deberíamos demorar nuestra partida un poco más.

—¿Y volver a la torre de Barr?

Ambos negaron al unísono y sonrieron.

—Es cierto, no es el mejor momento. Desde que Sir Symon y Elsbeth se separaron, el carácter de mi cuñado se ha vuelto huraño e inaccesible.

—Por no decir inaguantable.

Ayden rio y asintió. Leena lo abrazó e intentó apaciguarle.

—Dadle tiempo, *mo mathan*. Aceptar algo así no es fácil, pero es lo mejor para todos.

—Si no lo critico, ni mucho menos —negó Ayden con un aspaviento—. Mi hermana no es la que era y, por mucho que me cueste aceptarlo, hace mucho que la perdí. Sir Symon ahora lo ve todo negro, pero se recuperará y quizás nos visite algún día, como prometió.

—Lo hará —lo consoló—. Sir Symon es un hombre de palabra.

Ayden se dejó abrazar un poco más y la besó con dulzura. Cailéan palmoteó feliz.

—¿Dónde están Susan y Ashlyne? —preguntó sin separarse apenas del rostro de su amada.

—Nos esperan en la posada. La pequeña se ha quedado dormida tras la comida y Susan la ha subido a la habitación.

—¿Estamos haciendo lo correcto, Leena? —preguntó Ayden con un tono de voz afectado.

Ella le tomó de la mano, le miró a los ojos y asintió. Había sido muy difícil plantearle a Sir Symon que lo mejor para Ashlyne era vivir en el seno de una familia, de «su» familia, que la dejase marchar con ellos. Al *Laird* Lockhart le había costado despedirse de la pequeña, pero entendía que Ayden tuviese la esperanza de que algún día Neall se hiciese cargo de su hija.

—Conozco a vuestro hermano, Ayden. Algún día Ashlyne será su razón de vida.

Ayden suspiró. Necesitaba aferrarse a la idea de que Neall aún podía salvarse. Regresaron a la posada cogidos de la mano. Erroll les salió al encuentro tan de sopetón que el mellizo acarició la empuñadura de la espada, temeroso de que fuese un asaltante.

—¡Maldito seáis, irlandés! ¡Qué susto me habéis dado!

—¡*Bràthair-athar!* —exclamó Cailéan feliz echándole los brazos.

Erroll cogió al niño sin importarle que le ensuciara la camisa con su carita sucia.

—¡Quién os ha visto y quién os ve! —exclamó Leena, más sorprendida por lo bien que Erroll manejaba al niño que por haber salido de la nada—. Os estábamos esperando. ¿Dónde está Cat y ese amigo vuestro?

—Ha habido un cambio de planes —casi gruñó.

El matrimonio se miró desconcertado. Ayden lo cogió por el antebrazo, deseoso de saber.

—Me ha parecido ver antes a Catherine con Sir Robert de Colquhoun... ¿Es posible?

El irlandés volvió a gruñir. Leena cogió a Cailéan en brazos a pesar de las protestas del pequeño y le dijo con voz firme.

—*Athair* tiene que hablar con tío Erroll.

—¿Se ha portado mal? —preguntó con inocencia el niño.

—Seguramente —bromeó Leena—. ¿No veis que no viene con tía

Catherine?

—Ay... —suspiró el pequeño.

Los hombres pusieron los ojos en blanco y apretaron los dientes para no reírse. Había mucho que contar y poco tiempo. Despidieron a la *petirroja* y a su polluelo. Pidieron que les sirvieran una jarra de licor para cada uno en la mesa y se sentaron.

—Contadme, ¿qué ha pasado? —preguntó Ayden sin más preámbulos.

—¿En resumidas cuentas?

El capitán Murray asintió.

—Sir Robert quiere cortejar a mi gata.

Ayden levantó las cejas y apuró la jarra.

—Creo que vais a tener que contarme la versión extendida de la historia, Erroll.

Este se frotó la cara con ambas manos y rehusó beber más.

—Debería de haberla acompañado a Clachan dhu, pero no quería que mi familia supiese de mi paradero tan pronto.

—¿Por qué?

—Mi tío y mi abuelo acordaron un matrimonio con los Cathcart. Con Lizzie... ¿Os acordáis de ella?

Ayden asintió. Buenas curvas, un poco tonta y con un hermano que le había hecho la vida imposible en más de una ocasión. Digna elección del viejo *Laird Lyon*.

—Pues rompí el compromiso con ella poco antes de marchar hacia la abadía de Arbroath. Lizzie no se lo tomó muy bien, intentó seducirme incluso, pero al final la convencí de que era lo mejor para todos.

—¿Y cómo conseguisteis que «manos largas» cediera?

—Le dije que podrían obligarme a casarme, pero que jamás yacería con ella. Que Ronnie viviría conmigo y sería mi heredero.

Ayden se carcajeó.

—Fuisteis valiente...

—Fui un hombre desesperado por no perder a la mujer que amaba. Vos habríais hecho lo mismo. Mi abuelo había metido a Temür en las mazmorras mientras mi tío persuadía a Cat para que regresara a Inglaterra. ¿Qué otra opción tenía?

—Ninguna, pero no desesperéis, lo importante es que ella está aquí.

—Con ese «canta-mañanas»...

—Supongo que Sir Robert se ofreció a acompañarla.

—Suponéis bien. Si no hubiera tenido que esconderme en el bosque... Pero bien sabéis lo bocazas que es. Le gusta jactarse de sus buenas acciones. Tarde o temprano habría ido con el cuento de que me había visto.

—Hicisteis bien, Erroll. No os atormentéis.

—¡Cómo que no! ¡Ese necio no la ha dejado ni a sol ni a sombra! Más de una vez he tenido que morderme los puños con tal de no ir y romperle su bonita nariz.

—Sí, la tiene bastante recta —bromeó Ayden.

Erroll gruñó.

—¡Vamos, *caraid!* Ella siguió vuestras indicaciones. Las noches han sido muy frías para pasarlas al raso y ella interpretó el papel que le disteis. Dudo que se divertiera a su lado precisamente.

—¡Maldito gañán!

—Sir Robert ha hecho lo que todos ante una bella mujer —intercedió Ayden al ver el malhumor de su amigo—. Cat es preciosa. No podéis pretender que no se fije en una mujer así.

—¡Pues tenéis que ayudarme, *caraid!*

—¿Y cómo podría hacerlo?

—Catherine ha debido de contarle que iba a reunirse con vosotros en Ayr. Él habrá querido acompañarla por eso. Debéis salir a su encuentro y despedirlo con cajas destempladas.

—¿Y si se quiere venir a Irlanda o la rapta? —le preguntó Ayden burlón y metiendo el dedo en la llaga.

—Lo mataré... Os lo juro.

Ayden rio.

—¿Por qué no contarle la verdad y listo?

—Porque si Sir Robert de Colquhoun se va de la lengua...

—Se la cortaríais, supongo —respondió Ayden con doble sentido y ambos rieron.

—Sin dudarlo.

—No esperaré menos —rio el mellizo—. Está bien. Os ayudaré, pero no sé cómo podremos sacar a Temür y a vuestra madre de Glamis sin que corráis el riesgo de salir casado con otra que no sea la gata.

—Tranquilo, confío en Neall.

—¿Neall? ¿Qué tiene que ver mi hermano en esto?

Erroll suspiró.

Catherine soportó lo mejor que pudo las continuas atenciones de Sir Robert de Colquhoun, que a terquedad, no le ganaba nadie. Por más que le había jurado y perjurado que podía hacer el resto del camino sola, él había insistido en acompañarla hasta Ayr y así despedir al bueno de Ayden, según había dicho.

Tres días con sus respectivas noches había aguantado la perorata del *highlander* con una sonrisa congelada en los labios. ¡Qué hombre más insufrible, Santo Cielo! Le había dado parte y norte de cada batalla en la que había luchado, cada acre que poseía y los títulos que ostentaba. Pero, ¿cómo declinar su ofrecimiento de acompañarla sin levantar suspicacias o, mucho peor, herir su orgullo? Sir Robert le había ofrecido su hospitalidad, su comida y hasta su lecho. Mejor no pensar en eso último, o no solo fulminaría con la mirada a Erroll cuando volviera a verlo escondido tras los árboles, sino que tendría que vérselas con ella. Los dos.

«Cobarde», masculló, pero lo que Catherine habría querido era echarse a correr en realidad y lo habría hecho, de haber tenido ocasión de darle esquinazo en algún momento. Refunfuñó. Al menos, Sir Robert había cumplido su palabra y no se había propasado. Eso sí, había perdido la cuenta de las veces que le había dicho lo hermosa que era y lo feliz que lo haría si accediera a ser su amante.

Cuando llegaron a Ayr, estaba tan agotada que ni siquiera se le ocurrió avisar a Erroll. Paseó distraída por el puerto en busca de los Murray y se quedó adormilada apoyada en un tonel. El sol de invierno le templaba el rostro y dulcificaba sus facciones con un velo rosado. El murmullo del trajín del puerto quedó en un segundo plano.

—¿Catherine?

La gata abrió los ojos y parpadeó antes de reconocer quién la llamaba.

—Leena... He debido quedarme dormida —se excusó.

La *petirroja* cogió a Ronnie en brazos y Cailéan tironeó de la falda de su madre.

—¿Queréis verlo? —le preguntó a su hijo y este asintió.

Leena puso a Ronnie a la altura de Cailéan e hizo las presentaciones formales y pertinentes. El pequeño Murray se puso muy derecho cuando dijo



su nombre y ambas rieron por la pose del niño.

—Lo traen en la sangre... —comentó la madre.

—Desde luego —corroboró la gata.

—¿Estáis bien?

Cat asintió y siguió a Leena de cerca.

—Nos hospedamos en aquella taberna —continuó la *petirroja*—. Habéis venido justo a tiempo. El barco que nos ofrece mejores garantías zarpa mañana mismo. ¿Habéis visto a mi marido?

Leena lo dijo con un tono más agudo del habitual al ver que Sir Robert se acercaba a saludarla y cogía por la cintura a Cat con una confianza impropia de personas que apenas se conocen. La gata se zafó de su abrazo con rapidez y se recolocó el corpiño. ¿A qué había venido semejante proceder?

—¡Vaya! ¿Conocéis a nuestra Catherine? —preguntó tirante Leena al recién llegado.

—Sí, una joven encantadora. ¿Verdad? Insistió en que la acompañara —dijo Sir Robert como si nada.

Cat abrió mucho los ojos y la boca atónita ante tan fragante mentira. Él siguió en su papel de buen galán.

—¿Y cómo no iba a hacerlo, sabiendo que erais amigas?

—Muy caballeroso de vuestra parte, pero supongo que tendréis mil cosas que hacer. ¿No es cierto? —le respondió la *petirroja* sin medias tintas—. Un hombre tan ocupado como vos... Realmente ha sido una suerte que nos la trajerais sana y salva. Los caminos están infectados de asaltadores y delincuentes. Ayden se alegrará cuando le refiera tan noble gesto.

Sin embargo, Sir Robert no estaba dispuesto a zanjar la charla tan pronto.

—¿Es cierto que partís a Irlanda? ¿A ocupar unas tierras cedidas por Lord John de Eltham?

Leena se envaró ante la indiscreción.

—Sí, he heredado esas tierras como compensación al arresto impropio al que fui sometida en Edinburgh.

—Algo de eso se habló en la corte —murmuró De Colquhoun.

El rostro de Leena comenzaba a tomar la tonalidad de sus flamígeros cabellos y Cat medió, temerosa de que al final, todo su sacrificio cayese en balde.

—¿Os gustaría almorzar con nosotros antes de partir? —preguntó

cordial.

—Nada me gustaría más —respondió sin esperarlas y yendo delante.

Ambas mujeres cruzaron una significativa mirada. Cat cogió al pequeño Cailéan en brazos y este puso sus manitas frías en el rostro a modo de juego.

—¿Qué confianzas son esas? —le susurró Leena al oído.

Catherine resopló.

—Estos tres días han sido un infierno —respondió en el mismo tono de voz.

—Erroll cree que os ha pedido en matrimonio. Echaba chispas esta mañana.

Cat no respondió.

—¿Os lo ha pedido? —preguntó Leena algo más alto y sofocando un grito con la mano.

—Me ha pedido que sea su amante, que para el caso es lo mismo.

Leena la cogió por el antebrazo y la frenó.

—Erroll no debe enterarse de eso. Sir Robert no es mal hombre, solo impetuoso y engreído... Porque os habréis negado, ¿verdad?

Cat bufó y se echó a andar sin esperarla, que dudara de algo así era la puntilla que remataba esos días. Estaba exhausta, necesitaba dormir, un buen baño y mandar al cuerno a todo el mundo. Leena la alcanzó antes de llegar a la posada.

—Lo siento, Catherine. Ha sido un comentario fuera de lugar.

La gata torció el gesto y dejó al pequeño Cailéan en el suelo. Ayden hablaba de forma amistosa con Sir Robert y lo invitaba a sentarse junto a él. No había rastro de Erroll por ninguna parte, aunque había una jarra de más sobre la mesa. Las mujeres se sentaron con los pequeños sobre sus rodillas y Leena le comentó a Cat que Susan y Ashlyne también irían con ellos a Irlanda.

El almuerzo fue copioso y, a pesar del hambre que tenía, la gata apenas probó bocado. El sueño le cerraba los párpados y aprovechó para despedirse pronto de los presentes con la excusa de cambiar al pequeño.

—Gracias por todo, Sir Robert. No sé cómo me las habría arreglado sola por esos caminos —mintió cortés.

—No es nada, *ghràidh*. Ha sido un placer —le dijo cogiéndole la mano y rozando con sus labios su dorso.

Catherine enrojeció y titubeó. Leena salió en su auxilio para no demorar más la despedida. Se levantó y se ofreció a ayudarla a instalarse.

—Gracias —alcanzó a decir la gata.

Cuando subieron las escaleras que llevaban a las habitaciones, Leena murmuraba en gaélico maldiciones. Catherine lo supo por el tono y por cómo daba patadas a los escalones a su paso. El nombre de Robert aparecía en cada una de ellas.

—Espero que Ayden sepa deshacerse de él a tiempo...

—Lo hará por la cuenta que le trae —sentenció Leena un poco más ufana. Después señaló una puerta y la abrió sin más—. Erroll no tardará en volver. Aprovechad y descansad. La travesía es corta, pero el camino será largo.

Catherine entró y se cambió de brazo a Ronnie. La estancia era humilde pero limpia. Una ventana amplia daba al callejón de atrás. La cortina que lo cubría era gruesa y arrastraba, en otros tiempos habría sido una mullida manta. Oyó hablar a Susan y a Leena en la habitación de al lado. Los niños rieron. Ronnie, con los ojos muy abiertos, se chupaba el pulgar. ¡Se parecía tanto a su padre! Se sentó en el catre dispuesta a esperarlo despierta, dejó a Ronnie que se acurrucara junto a ella y, sin poder evitarlo, se durmió. Cuando Erroll llegó, los últimos rayos de sol se colaban por la rendija de la puerta. La habitación estaba a oscuras y agradeció llevar un candil encendido. Se acercó al catre con sigilo y le acarició la mejilla. Deseó besarla, pero temió despertarla. Ronnie lo recibió con bullitas.

—Shhh... Venid conmigo —le susurró al pequeño—. Dejemos dormir a vuestra madre.

Cerró la puerta muy despacio y bajó con él al salón. Algunos marineros jugaban a las cartas, otros canturreaban. El que más y el que menos llevaba una jarra de licor de más en el cuerpo. Al día siguiente, muchos barcos dejarían puerto y los hombres apuraban sus últimas horas en tierra firme. Lo miraban con extrañeza a su paso. No era habitual ver a un hombre con un niño en brazos.

Ayden llamó su atención desde la entrada principal. Estaba sentado en un taburete de corcho con Ashlyne sobre sus rodillas. Justo en ese momento, la posadera dio a un marinero en la cabeza con un cazo de madera por haberle sobado la delantera. Muchos rieron y Ashlyne hizo palmas. Ayden la reprendió.

—¡Pero si hasta vos os habéis reído! —intervino el irlandés—. Además, le estaba bien empleado, ¿verdad?

La niña le miró con sus profundos ojos verde musgo y asintió feliz. El parecido con su madre fue tan notorio que ambos hombres exhalaban el aire al unísono. Al ver la carita de extrañeza de la pequeña ante su silencio, Erroll le sacó la lengua para que sonriera y después le preguntó:

—¿Y Cailéan?

—Sueño —bufó ella, haciendo el gesto de dormir.

—Por fin —añadió el padre del susodicho—. Como Ashlyne y yo nos aburríamos en la habitación, hemos bajado un rato. De hecho, nos lo han pedido con una amabilidad que rayaba en el soborno, pues nos han prometido dulces.

Ashlyne se relamió los labios, golosa.

—Susan está ayudando a Leena con el equipaje —aclaró el mellizo Murray—. Queremos tenerlo todo listo para mañana temprano. ¿Habéis podido hablar con Catherine?

—Estaba dormida y no quise despertarla.

—Habéis hecho bien. Durante el almuerzo, por un momento pensé que se dormía sobre el plato.

—Parecía agotada... Por cierto, ¿cómo se lo tomó Sir Robert?

Ayden torció el gesto y puso a la niña en el suelo. Erroll se cambió a Ronnie de brazo. El pequeño seguía con atención la conversación sin dejar de chuparse los nudillos.

—¿Antes o después de querer tomarse unas vacaciones y venirse a Irlanda con nosotros?

—¡No se lo habréis permitido! —exclamó Erroll más furioso que sorprendido.

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me tomáis? Le recordé que estaba prometido con la heredera de Luss y que una amante como Catherine solo traería problemas para su bolsillo. Ya sabéis lo poco dadivoso que es.

—¡Y tanto! —respondió más aplacado el irlandés, sin caer en lo que en realidad le había dicho—. Estuvo detrás de Darren para que le devolviera aquella moneda durante todo el verano.

—Después lo desplumé jugando a las cartas y lo dejé con lo justo para regresar a sus tierras, como habíamos acordado. Así que a esta ronda, invito yo.

Al día siguiente, los Murray, Susan y la pequeña Ashlyne los esperaban asomados por la borda. Erroll subió con dos alforjas y los saludó brevemente. Ayden hizo amago de darle una colleja por llegar tarde, pero el rubiales la esquivó sin esfuerzo. Leena puso los ojos en blanco y suspiró. Esos dos eran como niños por muy crecidos que estuviesen. El irlandés volvió a la dársena del puerto a recoger a su mujer, a su hijo y el resto de equipaje. Apoyó a Ronnie contra su pecho y Catherine los siguió. La pasarela se balanceó un poco a su paso y la gata se aferró al brazo del guerrero con fuerza. Él sonrió.

—No os soltaré.

Ella gruñó bajito. Apenas les había dado tiempo a hablar esa mañana y tendrían que esperar a llegar a tierra para hacerlo. El capitán les instó a darse prisa para soltar amarras.

—Pensábamos que habíais cambiado de idea. ¿Dónde os habéis entretenido? —indagó Ayden socarrón cuando sus amigos terminaron de instalarse en cubierta, aunque justo después hizo unos aspavientos muy graciosos y exclamó—: ¡No me lo digáis, prefiero no saberlo!

Ojalá hubiera sido por eso, resopló Erroll para sí. Ayden ejercía a la perfección el rol de padre, pero él ya no era un niño. El irlandés ocultó que aún le temblaban las manos y miró a Cat, esperando que ella dijera algo, pero la joven parecía distraída comprobando que Ronnie no hubiese humedecido el piquillo de tela que lo cubría. Dejó al pequeño con su madre y se alejaron unos pasos. Ayden esperó paciente que su amigo hablara, lo que menos esperaba era lo que le iba a relatar.

—Sir Robert ha tenido la feliz idea de sorprenderla pidiéndole que se case con él —soltó Erroll de corrido.

Ayden frunció el ceño preocupado.

—¡Si me juró que se iría ayer mismo!

—Por lo visto se lo pensó mejor.

El mellizo se fijó en la magulladura que lucía su amigo en la mandíbula y bufó.

—Espero que haya salido peor parado que vos al menos.

Erroll alzó las cejas y se tocó la mandíbula.

—¿Lo decís por esto? —Ayden asintió—. Tiene un buen derechazo, lo

reconozco, pero Sir Robert regresará a sus tierras con un ojo más negro que un tizón.

El mellizo sofocó la risa.

—Contadme qué ha pasado.

—Pues que no se le ocurrió nada mejor para pedir su mano, que esperarla escondido que saliera de la habitación. Menos mal que ya os habíais ido, porque menudo espectáculo...

—¿Y ella qué ha dicho?

—Nada. Sigue enfadada por haber tenido que pararle los pies...

—Esperad, esperad, esperad... —repitió Ayden—. ¿Que ella es la que le puso el ojo como decís?

—¡Claro! La asaltó en el pasillo y ya sabéis el genio que se gasta.

Ayden comenzó a reírse a carcajadas y no hubo alma en el barco que no lo mirara. Cogió a Erroll por el antebrazo y se alejaron un poco más.

—¿Y cómo no salisteis en su defensa?

—¿Acaso le hizo falta? Yo estaba con Ronnie dentro de la habitación y todo sucedió muy rápido. Además, si llego a pillarle besándola os juro que...

Ayden volvió a reír con ganas.

—Iba decidido a cobrarse el premio y acabó mal parado —rio el mellizo.

Pero Erroll no estaba de humor.

—¿Y cómo...? Bueno, ya sabéis... —dijo Ayden señalándole el morado incipiente que decoraba el mentón.

—Esto fue por reírme cuando lo supe, justo como vos estáis haciendo.

Ayden palmeó el hombro de su amigo y se acodaron en la borda.

—Ahora entiendo que llegarais tarde y que Cat apenas haya saludado. Se le pasará, Erroll, ya veréis.

—Eso espero —susurró el irlandés con la mirada perdida en las labores del puerto.

La carraca se fue alejando lentamente de la costa.

—No creí que llegara el día en el que os viera abandonar Escocia —murmuró Erroll.

Ayden tomó aire y miró con nostalgia la tierra que lo vio nacer.

—Y jamás nos habríamos decidido de haber tenido la esperanza de recuperar a Ruari.

—¿Habéis sabido algo más?

—Desde que murió Kenion, Elman Shaw y su primo han seguido más de una pista sin éxito. La última nos llevó hasta tierras castellanas, pero se ha esfumado tal cual vino. Como las demás.

—¡Qué lástima! ¿Y qué haréis?

—Rezar y seguir adelante. No nos queda otra.

Erroll asintió.

—Esas tierras nos ayudarán a empezar de nuevo. Como a vos.

La voz de Ayden sonó ronca, teñida de una profunda emoción. Su amigo temió preguntarle, aunque la curiosidad por saber sobre las misteriosas tierras de las que todo el mundo especulaba era grande.

—Nos encontramos con el conde a principios de verano en Edinburgh —continuó—. Sé que debería haberos puesto al día en Londres, pero bueno, todos teníamos problemas más importantes a los que prestar atención por aquel entonces, ¿verdad?

Erroll asintió y le dejó hablar.

—Fue un encuentro fortuito y nos felicitó por nuestro enlace. Leena llevaba a Cailéan en brazos y Lord John preguntó si teníamos pensado tener más hijos. Ella se echó a llorar. Acabábamos de perder la última pista fiable sobre el paradero de Ruari y Margaret. Me habría gustado mandarlo al infierno solo por cómo la miraba..., pero su interés por la felicidad de Leena parecía sincero e insistió en que dispusiéramos de las tierras prometidas cuando quisiéramos. Nos despedimos y la cosa quedó ahí. Cuando regresamos a las tierras de Sir Symon, nos esperaba un paquete. En él había la documentación del feudo y una bolsa repleta de peniques de plata.

—Vaya... —alcanzó a decir Erroll.

—Sí, eso pensé yo. Le habría devuelto todo gustoso, pero después nos enteramos de las extrañas circunstancias que habían rodeado su muerte y decidimos dejarlo estar. Leena es de la opinión de que es una mísera compensación por todo lo que la han hecho sufrir.

—Y no está falta de razón, *caraid*.

Ayden agradeció la comprensión de su amigo. Necesitaba saber que había sido la elección acertada, que el dolor por haber perdido la esperanza de encontrar a su hijo no le había obnubilado el juicio. Echó una ojeada a donde las mujeres estaban. Cat parecía más risueña, aunque no tenía buen color. Erroll se tocó la mandíbula distraído y Ayden no pudo evitar sonreír. ¡Menudas garras tenía la gata!

Llegaron a la costa de Ballycastle y un inesperado aguacero les sorprendió a la llegada. A Dios gracias que fue breve. Ronnie berreaba bajo la capa de su madre y Cailéan se le sumó a gusto con una pataleta, emperrado en cruzar la pasarela a pie él solito. Ayden no dudó en cogerlo como un fardo, ante el suspiro resignado de Leena, que cogía el hatillo donde guardaba lo más básico y daba una moneda a uno de los marineros para que le bajasen el resto a puerto. Susan iba detrás con la pequeña Ashlyne.

—¿Puedo? —le preguntó Erroll solícito a Catherine, con la necesidad de pedirle perdón, aunque no tuviera por qué.

Sus ojos gatunos se fijaron en las motitas doradas que salpicaban el iris azulado de él y, tras un mohín de aceptación, le sonrió. Erroll aprovechó la concesión para tomarla por la cintura, se acercó a su rostro, tanto que podía sentir la calidez de su aliento, con la clara intención de besarla. Aguardó. La lluvia había empapado los cabellos de la joven y los negros mechones se le ondulaban, pegados a las sonrosadas mejillas. El guerrero despejó con sus pulgares el rostro de Cat y recolocó el cabello tras las orejas de ella, dibujando sinuoso el recorrido de vuelta por el mentón hasta la barbilla, separándole el labio inferior, invitándose él mismo a tomar su boca.

Catherine se aferró a los bordes tachonados del *cotun* y se puso de puntillas. Sus labios cosquillearon con los de Erroll como si fueran alas de mariposa. Ambos jadearon, ansiosos por firmar una tregua y rendirse a lo que ansiaban sus almas. Sus anhelos eran tales que olvidaron que Ronnie había dejado de llorar y los miraba con boca de puchero, pero conteniendo hipidos, arrullado por el calor de los cuerpos de sus padres.

—¿Podéis bajar, hombre de Dios? ¡Que no son horas para tales menesteres! —vociferó el capitán, ávido por zarpar y seguir su recorrido.

Erroll sonrió en la boca de Cat, nariz con nariz y ella habría jurado que su corazón se derretía literalmente.

—¡Vámonos! —convino con una sonrisa radiante y la mano fija en el talle de la gata.

Ronnie, como si lo hubiese entendido, gorjeó. Erroll le besó la pelusa rubia y suave de la coronilla, dedicándole un ronroneo a su madre cerca del oído, muy bajito.

—¡Me las pagaréis! —susurró ella con voz que, a pesar de querer parecer fría, sonó melosa.

—Daré gustoso la vida por ello —sentenció solemne y con una



excesiva floritura que atrajo de nuevo la mirada de los allí congregados.

—¡Seréis rufián! —exclamó risueña y sin mover apenas los labios, para no dar más que hablar.

Cat no se privó de darle un suave codazo en las costillas que solo consiguió ensanchar más la sonrisa de él y que la mano bajara de la cintura al trasero, tanteándolo sin prisas.

—Erroll...

—Perdonadme, os lo suplico, las manos se me van al pan.

La gata evitó en vano no reírse, quitándole la mano que seguía amasando sus posaderas con descaro. Con gusto la habría dejado ahí para siempre, ¡por Dios qué calores! Y no se trataba del tiempo, que seguía encapotado y amenazando de nuevo lluvia.

—Para lo vuestro no hay cura —le susurró como si le sermoneara, con el dedo índice en alto.

—Alguna habrá —bromeó él—, no me deis aún por desahuciado.

Cat no entendió del todo la doblez de sus palabras, quizás por el beso rápido que le había dado tras ellas y que le había dejado la miel en los labios. Ruborizada, por el deseo contenido pintado en el rostro, lo ocultó tras el cuerpecito de Ronnie para dar un instante de sosiego a su atribulado corazón. Sintió la ausencia de sus labios sobre los suyos y deseos ardientes de llorar.

Las últimas palabras de Sir Robert antes de irse habían sido hirientes. «Deberías estar agradecida porque un hombre de mi posición se fije en vos. No sois nadie, una pobre ramera, madre de bastardos...». Poco le había golpeado después de todo.

La gata contuvo el mohín. ¿Y si había perdido la oportunidad de ser la esposa de Erroll? Ella quería su corazón, su alma, compartir su vida... Nunca había sido ambiciosa hasta que lo conoció. No quería ser su esposa, lo quería todo de él. Se tocó los labios con dedos trémulos y Ronnie los cazó para chupetearlos, ansioso por encontrar consuelo a sus encías.

Aún recordaba con tal nitidez sus caricias que el pulso se le desbocó sin remedio. Suspiró. Estar junto al hombre que amaba y no tocarlo era un castigo divino. Autoimpuesto, eso sí. Uno de esos castigos que le abrirían las puertas de San Pedro sin dudarlos. Erroll era su tentación. Su carácter la subyugaba, su cuerpo le atraía como si el hilo del destino lo hubiese enlazado con el suyo como una crisálida.

Una mano fugaz en su talle y un beso robado le hicieron reconducir sus

pensamientos al presente en cuestión, marcándola como un fuego al rojo. Entreabrió los labios para decir algo, para quizás pedir más, pero él ya no estaba. No iba a quejarse, por supuesto. La sonrisa titilaba en la comisura de su boca de forma traviesa. Su contacto cosquilleaba aún sobre su piel, provocándole una herida de la que no quería sanar nunca, pues avivaba los latidos de su corazón. Estaba enamorada de ese hombre. Lo estaría siempre, aunque él no la correspondiera como ella quería.

Cat consiguió fijarse en su alrededor. Esa isla no difería mucho de la que acababan de dejar atrás: su paisaje, el rostro de su gente, el modo en el que observaban a los forasteros y se aferraban con temor al zurrón o sacaban pecho a la vez que acariciaban el pomo de su espada... Esa isla sería su oportunidad de ser lo más parecido a una familia.

Leena carraspeó y la saludó con una sonrisa. La *petirroja* llevaba a Cailéan entre sus faldas y el niño simulaba agarrar las riendas de la yegua que, paciente, solo movía las orejas atentas a las órdenes balbucidas por su joven señor. La gata le devolvió el gesto apenas y esperó paciente a que los hombres llegaran con nuevas.

A lo lejos, Erroll seguía departiendo con un tendero y este a veces señalaba puntos en el horizonte, hecho que hacía asentir a Flanagan. Se percibía la contrariedad en la pose del irlandés, que cualquiera diría que ese alfeñique de tendero le estuviese dando duros golpes y no que mantuviese una cordial charla.

Cat meció al pequeño en sus brazos de puro nerviosismo. La espera se le estaba haciendo interminable. Allí, en el puerto, rodeadas de bultos, bestias, voces y olores nauseabundos, ocultó a Ronnie de cualquier mirada indiscreta, se deleitó en el perfil de su hijo y apretó su pequeño cuerpo contra su pecho un poco más. Leena seguía rígida sobre su montura con Cailéan entre sus brazos. La gata admiró su temple y su fortaleza. Ella no habría sabido elegir como lo había hecho la *petirroja* con los gemelos, antes preferiría haber muerto. Se reprendió por lo cobarde del pensamiento y deseó no tener que estar nunca en semejante ni parecida vicisitud.

—Es hora de mirar el futuro con algo más que resignación —le comentó Leena como si le hubiese leído el pensamiento y con la mirada perdida donde el irlandés, aunque irlandeses eran todos allí.

Cat asintió y echó un último vistazo al barco. No se arrepentía de lo poco que había dejado atrás. En realidad, nada. Tenía las manos vacías, pero

nunca le había tenido miedo al trabajo. Se desenvolvía con maestría con el lanzamiento de cuchillos y con los tintes. No sería una carga para nadie. Tampoco le importaba trabajar en los campos de sol a sol, aunque preferiría un oficio que no la tuviese tanto tiempo apartada de su pequeño Ronnie.

Sin saberlo, las tres mujeres rezaron en silencio para que no surgiese ningún contratiempo. Pero la aventura no había hecho más que comenzar.



## Capítulo 37

### LA BIENVENIDA

*Mar abierto, rumbo a Ayr, finales de agosto de 1336.*

Elman siguió con la mirada el contoneo de caderas de su supuesta mujer y tragó saliva. No había previsto lo difícil que sería compartir el camarote con esas bellezas llevando meses necesitado de algo de atención femenina. Imprecó en gaélico al darse cuenta de que no solo habían captado su atención. No había hombre que no las mirara con deseo contenido, algunos incluso se aliviaban con disimulo cuando paseaban por cubierta.

Habían pasado tres semanas desde que dejaran puerto y la relación con Malen era tan fluida como inexistente con Iseabail, como él llamaba a Isabel. La joven morena no le había dirigido la palabra desde aquella conversación en la que le había expuesto qué se esperaba de ella y cómo debía comportarse para que nadie desconfiara. De hecho, lo miraba como si del demonio se tratase. Más de una vez estuvo tentado de preguntarle a Malen por el motivo, pero era hablar con la escocesa y el resto de preocupaciones se eclipsaban.

Cada vez que Isabel iba a ayudar al cocinero de la coca a elaborar unas comidas decentes, él aprovechaba para estar a solas con la rubia. Se estaba dejando una pequeña fortuna en pagar a Charlie para que no apareciese por el camarote. Sin embargo, ese día estaba solo. El cocinero se había puesto

enfermo y Malen se había ofrecido a echar una mano.

—Señor, los hombres hablan... —comentó el niño cuando estuvieron solos.

—¿Sobre?

—Vosotros.

Elman no sabía muy bien a qué se refería, pero sí a quiénes: a él y a Malen.

—¿Y qué dicen? —se interesó.

—Que os tiene hechizado.

—¿Tanto se me nota?

Charlie rio.

—¿Qué más dicen?

El niño desvió la mirada y eso le intrigó. Él se acercó un poco más y le dio un empujoncito para animarlo a hablar.

—No puede ser tan malo... —bromeó, aunque el silencio del crío le dejó un regusto amargo.

En ese momento, entraron las mujeres con una pequeña olla humeante, un coscorrón de pan duro y una botella de vino. Malen tenía las mejillas coloreadas y se atusó el cabello hasta recogerlo en un moño bajo. Estaba preciosa. A sus ojos, no había mujer como ella.

—Hablares luego —le susurró Elman a Charlie antes de encomiarlo a que ayudara a poner la mesa y, alzando la voz, comentó—: Huele bien.

—¡Por supuesto! —sonrió feliz Malen.

Isabel comió en silencio mientras el resto charlaba. La complicidad entre el falso matrimonio era envidiable y el malhumor de la sureña creciente.

—¿Y va para largo lo del cocinero? —preguntó Elman al ver el rictus sombrío de Isabel.

—Imposible saberlo —respondió Malen al ver que su amiga no decía nada—. Se ha vuelto de color verde y tememos mute a sapo, ¿verdad Iseabail?

Peró la joven siguió sin contestar. A su lado, Charlie mantenía la cuchara suspendida en el aire, boquiabierto. Malen se centró en el niño.

—Es una exageración, mi joven amigo. Quizás solo probó uno de sus engrudos...

Todos rieron salvo Isabel, que aprovechó que había terminado su ración para levantarse con brusquedad.

—Estoy cansada. Si me disculpáis...

Elman asintió serio mientras que Malen, desconcertada, acertó a decir:  
—Os acompaño.

—No es necesario. Disfrutad de la velada.

Isabel se acurrucó en su hamaca y les dio la espalda. La escocesa dejó de comer y comenzó a recoger. Tenía los ojos vidriosos y era evidente que algo no iba bien entre ellas. Elman sintió deseos de abrazarla, de decirle que estaría ahí pasara lo que pasase, pero se mordió la lengua. Seguramente, Malen pensaría que estaba loco si le decía todo lo que rondaba por su cabeza. Lo dejó estar.

Al día siguiente, Isabel se levantó muy temprano y subió a cubierta. Se echó un chal sobre los hombros y se quedó contemplando el mar. Malen se despertó poco después y salió tras ella. Habían vivido mucho juntas como para dejar que un malentendido las separara. No estaba dispuesta a pasar por lo mismo otra vez.

—Me preocupáis.

Isabel contuvo el aliento cuando notó la mano de ella sobre su hombro.

—Recordad que soy solo una criada —musitó.

—¿Es por eso? —preguntó Malen.

—Claro que no —negó la sureña, volviendo su mirada al mar.

—Entonces, decidme. ¿Qué ocurre? Porque lleváis días que apenas habláis.

—Estoy cansada de rumores. Todos en el barco hablan sobre vosotros. ¿Qué sentís por ese hombre?

—¿Por mi esposo? —bromeó.

Isabel la miró con dureza y su amiga guardó silencio.

—No soy ciega, Malen.

—No sé a qué os referís...

—¿Os obliga?

Malen levantó ambas cejas y sofocó una carcajada. ¡Ni siquiera se habían besado y no por falta de ganas, podría asegurarle! ¿Qué diablos chismorreaban esos marineros cabezas huecas?

—¡Claro que no! Es demasiado correcto...

—¡Santo Cielo, os gusta!

—Tiene algo —admitió traviesa.

Isabel puso cara de no entender y Malen resopló. A veces no recordaba que su amiga era poco ducha en lides amorosas. Algo que pronto

tendría que cambiar.

—Elman me atrae —confesó—. No me preguntéis por qué. Es más bajo que yo, a veces es huraño y otras saca a relucir un ingenio que me encanta. Me embelesan sus manos, rudas como un cantero y hábiles como un artista. Me trata como a cualquier mujer. ¿Lo entendéis? Él no sabe nada de mi pasado. No me mira como si fuera una posesión, él me adora como a una joya.

—¿Y qué pasa si lo descubre? ¿Y si os enamoráis? ¿Qué ocurrirá entonces?

—Que seguiré mi camino como hasta ahora, Iseabail. Por eso voy a disfrutar cada día de esta travesía como si fuese el último. ¡Queda tan poco para llegar a puerto! Quiero saber qué se siente cuando un hombre mira como él me mira a mí.

—Entiendo.

—¿De verdad?

La morena asintió, aunque Malen no parecía muy convencida de que ambas estuviesen hablando de lo mismo.

—Le diré a Charlie que me ayude hoy. El resto... es cosa vuestra.

Volviéron al camarote. Elman había comenzado a afeitarse, ayudado por una daga bien afilada y un plato bruñido. El barco se balanceó en ese momento y se hizo un pequeño corte. Maldijo al mar y a todas sus olas.

—¿Os ayudo? —preguntó Isabel.

El hombre la miró con los ojos entrecerrados y le tendió la daga después de unos segundos. Evitó mirar a Malen.

—Relajaos. No os haré daño.

La nuez de Adán vibró en su garganta. No temía que lo degollara. No la veía capaz de eso, pero su cambio de actitud lo desconcertaba.

—¿Lo habéis hecho alguna vez?

—Tantas que ni me acuerdo. Yo también tuve un padre.

Fue a asentir, pero ella contuvo el gesto con firmeza. Deslizó con una facilidad innata la hoja por el mentón, sin temblarle el pulso por el balanceo de la coca. Terminó de afeitarlo y limpió la hoja de la daga antes de devolvérsela.

—Listo.

Elman se pasó el dorso de la mano por el rasurado y sonrió.

—Gracias...

—¿Podría llevarme a Charlie conmigo? —preguntó solícita—.

Necesito de unos brazos fuertes para remover el caldero.

El pecho orgulloso del muchacho se infló como un palomo e Isabel apretó los labios para no sonreír. Elman la miró un poco alucinado y asintió sin pensar en por qué prefería la compañía de ese patoso a la de su amiga. Los observó salir por la puerta del camarote en silencio y después miró a Malen.

—¿Estáis bien?

Ella se acercó sin responderle, le desanudó la lazada de la camisa y le abrió el *cotun*. Sus cuerpos se tocaban prácticamente y él contuvo la respiración, prendado en los labios de Malen.

—¿Qué... qué hacéis? —titubeó cuando las manos de ella siguieron el curso de sus propios deseos.

—Lo que haría cualquier esposa... —comentó jovial.

Elman tragó saliva con dificultad. Estaba muy excitado y esto no podía ser más que el producto de sus fantasías. Empezaba a soñar despierto y tentado estuvo de pellizcarse. Pero no, no era un sueño y él le había dado su palabra. Contó hasta diez antes de rendirse y sujetarle las manos.

—He de irme... Yo... No podría cumplir mi promesa si sigo aquí.

A Malen no le dio tiempo a responder esta vez. Elman se escurrió como la liebre a la que hacía gala su sobrenombre. ¡Malditos hombres con honor!, resopló la joven. Sentía calor, el propio que anticipa a una basta tormenta. La coca se balanceó y acunó las hamacas. Pero ella estaba demasiado sofocada como para prestarle atención a la mar picada. Se aflojó el corpiño antes de sentarse al fondo del camarote y paseó distraída sus dedos por las piernas. Su cuerpo reaccionó presto.

—Elman —gimió bajito.

Apoyó la cabeza en el mamparo del barco y cerró los ojos. Hacía demasiado tiempo que no se daba un merecido homenaje. Tampoco necesitaba un hombre para llegar al orgasmo. No necesitaba a nadie, pero sus pensamientos estaban con él. Se acarició el interior de sus muslos con hambre, acarició su hendidura sin prisa y saboreó su propia humedad. Se mordió los labios con saña para no gritar al sentir los dedos en su interior. Impuso un ritmo lento, pero incesante, mientras se acariciaba los pechos por encima de la tela. El orgasmo le llegó como una ola sobre el acantilado. Sintió que se hacía espuma, sal, arena y vida. Abrió los ojos y su corazón se desató al descubrirlo frente a ella.

Elman la miraba extasiado, con los labios entreabiertos y la prueba



evidente de lo mucho que la deseaba palpitando entre los pliegues de su *feileadh mor*. Había vuelto para advertirle de que la tormenta se había adelantado y que lo mejor sería que se quedara en el camarote, que él regresaría por Isabel. Sin embargo, había sido verla y olvidar a qué había venido. Cada fibra de su ser estaba pendiente de ella.

Malen se sintió poderosa y le regaló unas buenas vistas antes de levantarse. Él seguía contenido, pero sin dejar de mirarla. Lo deseó más si cabe, porque había vuelto, pese a su palabra dada, que para él significaba todo. La joven se acercó y delineó los labios masculinos con sus dedos. Él cerró los ojos y se deleitó con su aroma de mujer. Ambos respiraban con dificultad. Ella bajó su dedo índice por su barbilla y recorrió su garganta hasta que la tela no cedió más. Elman abrió los ojos. La intensidad de su mirada era abrumadora. Malen se arrodilló y liberó el miembro masculino, sonrojado, henchido y suave. Acarició la punta del glande con el dedo pulgar y lo oyó gemir.

—Malen... apartaos —balbució apenas.

Pero ella no quiso hacerlo. Acarició sus nervudas nalgas con fuerza y él gruñó algo ininteligible. Quería hacerlo. Por primera vez en su vida, ella elegía el cuándo, el cómo y el con quién. Se dejó llevar y disfrutó cada caricia hecha con su boca. Al principio, Elman intentó frenarla. Jadeaba, gruñía y maldecía su nombre con el corazón a mil. Después ensortijó sus dedos en los dorados cabellos de ella como si se tratasen de cuerdas de salvamento. Esa mujer lo llevaba a la locura y bien sabía Dios cuánto le gustaba. Las rodillas le temblaban y el corazón amenazaba con estallarle en el pecho, pero ella no tuvo piedad y apremió el ritmo. Como consecuencia, Elman engurruñó los dedos de los pies. Podía sentir la sangre correr como lava, devastándolo todo.

—Malen... No puedo contenerme... —tembló él.

Los labios femeninos lo torturaron un poco más. Se sintió sin escapatoria. El final estaba cerca y la liberación estuvo a punto de desmoronarlo sobre ella, fulminándolo de parte a parte.

Malen siguió de rodillas, con el rostro apoyado en su ingle, sintiendo como suyo cada espasmo. Cuando Elman se recuperó, le tendió la mano y la ayudó a levantarse. Se miraron sin saber muy bien qué decir. Ella dio un paso atrás y él la enlazó por la cintura.

—No os vayáis... —susurró.

Ella le acarició el rostro y él ronroneó sobre su mano.

—He de irme —contestó Malen, poniendo distancia entre ellos.

—¿Por qué?

—Podrían murmurar...

—¿Acaso no sois mi esposa? —le preguntó con voz profunda y cargada de deseo.

La escocesa sonrió.

—No a los ojos de Dios —replicó burlona.

—¿Qué me importará ahora lo que el Altísimo piense?

—¡No seáis blasfemo! —rio ella.

—¿Os importa?

—¿Uhm? —preguntó ella sin entender a qué se refería y evitando mirarlo a los ojos.

—Terminar lo que hemos empezado.

Malen dio un paso inseguro atrás. El mar parecía embravecido, meciendo con violencia todo a su paso, pero a ellos no parecía importarles.

—Dudo que...

Él tomó la mano femenina y la llevó a su potente erección.

—Pero no es eso lo que quiero.

Malen lo miró desconcertada y supo que no debería de preguntarle, pero la curiosidad pudo más que ella.

—¿Y qué... queréis?

Él la giró con soltura y le habló al oído, desde atrás, mientras le levantaba el faldón del vestido de forma sugerente.

—Quiero lo mismo que vos.

Malen creyó que la tomaría allí mismo, que saciaría su hambre y la olvidaría. ¿Acaso no era eso lo que hacían los hombres? ¿Lo que habían hecho siempre con ella? Sin embargo, los planes de Elman eran otros. *Hareman* dejó que se apoyara en la mesa y, cuando ella creía que la embestiría, le separó los muslos y suspiró sobre sus íntimos pliegues. Malen gimió. La calidez del aliento masculino le hizo cosquillas y quiso más. Él tomó las redondeadas nalgas con ambas manos y se deleitó todo lo que quiso y más con su intimidad. La sostuvo cuando sus rodillas flaquearon y no cejó hasta que la oyó suspirar su nombre. Satisfecho y sin bajarle la falda, se descubrió el miembro hinchado y la acarició con él desde atrás. Malen se arqueó para recibirlo en su interior, pero él le chistó muy bajito, mientras le amasaba los senos.

—Insaciable...

Ella se carcajeó, pues había pensado lo mismo de él.

—Mirad quién habló —respondió traviesa.

—¿Yo? Solo quiero prolongar el momento con mi mujer.

Isabel entró sin avisar en el camarote y calada hasta los huesos. Se le descompuso el semblante al verlos en tales lides y salió tan presta como había venido. Malen recompuso con rapidez sus ropas y fue tras ella sin darle a Elman más explicación. El agua corría por la escalerilla como si fuese un manantial y se sorprendió al descubrir el escenario dantesco que se vivía en cubierta. El timonel se afanaba por controlar los envites del mar mientras el capitán evaluaba los daños y daba órdenes por doquier. Algunos marineros achicaban agua, otros recogían cuerdas y los más desafortunados caían por la borda sin que nadie pudiese evitarlo. El viento soplaba con fuerza y había roto parte del velamen. El aguacero precedía a la tormenta.

Malen deseó volver al camarote y olvidarse del mundo, pero antes buscó a Isabel para darle una explicación y ponerla a salvo. La de Ayala estaba amarrando los bidones de agua potable y vino a duras penas para evitar que rodasen, se rompiesen o hiriesen a alguien. La coca escoraba con las olas. Afanada, no la oyó llegar.

—Iseabail... poneos a cubierto.

La morena se sacudió, enfadada y siguió con la tarea. Malen la frenó en seco e Isabel sacó la rabia que llevaba guardada tiempo dentro.

—¿Lo hacéis por dinero? Yo os prometí que os pagaría.

—Dejé de hacerlo por dinero cuando abandoné la tierra de Blair Atholl, ya os lo dije —repuso Malen entre divertida y molesta, pues aún le aguijoneaban las ganas entre las piernas.

—¿Entonces? Porque ibais a hablar y me encuentro... ¡Me encuentro con eso!

Malen no pudo evitar sonreír. Ella no le había dicho que iba a hablar. ¿O sí? ¿Qué más daba? Era una entrega mutua y ella no tenía que responder ante nadie. Era una mujer libre.

—No tengo que daros explicaciones sobre lo que hago o dejo de hacer con mi vida privada. Tampoco os lo pido. No me arrepiento más que de que nos hayáis visto.

—¿Y después? ¿Qué haréis mañana, o pasado, o cuando desembarquemos? ¿Os olvidaréis de él sin más? Ese hombre esconde cosas,

Malen. Hasta un ciego puede verlo.

—Y nosotras, Iseabail. No lo olvidéis. Y ahora, haced lo que os digo y regresad al camarote conmigo. Ya nos preocuparemos por el señor Shaw si salimos de esta.

La coca aguantó el temporal, pero el capitán convino arribar a puerto lo antes posible. El más cercano era el puerto de Brest, donde se repararía la estructura dañada del navío y se reemplazaría la tripulación para poder continuar el viaje. Habían perdido siete hombres, sin contar con los heridos de gravedad y necesitaban con urgencia agua potable. A partir de ahí, seguirían el itinerario establecido, harían escala en Duibhlinn, Isla de Man y Ayr. Eso demoraría el viaje un mes o dos pero garantizaría la entrega de la carga.

Elman no se mostró muy contento con los nuevos cambios. Brest era villa *sassenach* desde que Eduardo III se la arrebatara a los duques de Bretaña. Tendría que mandar aviso a Ayden de la demora. Pero no todo era malo después de todo, ese tiempo lo aprovecharía para estar con Malen, a la que apenas había tenido ocasión de ver desde la tormenta. Sin embargo, cuando llegaron al puerto, ambas jóvenes se esfumaron como por arte de magia. Las buscó de manera incesante, pero pareciera que se las hubiese tragado la tierra, el mar o que, simplemente, jamás hubiesen existido. Desconcertado, se juró a sí mismo que las encontraría y reordenó en su mente los datos que durante ese tiempo había podido saber de ellas.

*Torre de Barr, Escocia, diciembre de 1336.*

El camino había resultado ser mucho más peligroso y lento de lo que esperaban. Pero por fin llegaban a su hogar, si se le podía llamar hogar a aquella tierra que tantas lágrimas le había hecho verter desde que naciera. Malen suspiró y se acercó al fuego. La nariz la tenía fría como un carámbano y qué decir del corazón. Maldito fuera, lo echaba de menos. Isabel se sentó a su lado y la abrazó.

—¡Habéis tenido que renunciar a tanto por mí! Me comporté como una niña consentida y egoísta. No sabéis cuánto lo lamento.

Malen puso su cabeza sobre el regazo de su amiga y sollozó.

—Elman no era hombre para mí, Isabel. ¿Qué creéis que hubiera hecho cuando se enterase de mi pasado? Lo mejor fue marcharse con un bonito recuerdo de lo que hubo entre nosotros y de lo que podría haber sido si mi vida fuese otra.

Isabel se limpió las manos en el delantal que protegía su vestido y acarició los cabellos dorados como haría una madre. La escocesa lloraba. Nunca la había visto llorar y el estómago de la de Ayala se encogió ante su desconsuelo.

—Algún día llegará ese hombre, *bancharaid*. Uno al que no le importe quién fuisteis, sino quién sois y quién llegaréis a ser.

Malen no contestó. Se abrazó a Isabel con más fuerza, necesitada de consuelo. Al día siguiente llegarían a Ayrshire y sentía aprensión en el pecho. Le había contado a Isabel en qué había ocupado su tiempo desde que dejara Blair Atholl, su inútil intento de ser una más en el clan y de alejarse de su vida anterior. No se lo habían puesto fácil. La sombra de quien había sido la había perseguido inexorable sin darle apenas una tregua, de ahí que se hubiera sentido en deuda con la única persona que le había brindado algo de aliento.

Muchas habían sido las noches en las que Isabel y ella se habían dormido entre risas, lágrimas y anécdotas de su niñez. Esa era una de esas noches. Habían creado unos lazos nacidos de la propia supervivencia, de la necesidad extrema y del desamparo más absoluto. Habían emprendido un largo viaje con el único propósito de virar el rumbo de su destino a otro más propicio. Esos meses habían sido muy difíciles. Más de una vez, Malen había estado tentada a volver a vender su cuerpo por dinero para salir de las penurias. Sin embargo, habían salido adelante. Juntas. Sus caminos se habían entretejido como una férrea urdimbre. Había rescatado a Isabel de las garras de ese mal hombre con la ayuda de Don Alonso. Había merecido la pena, convino.

—Todo se arreglará —la animó Isabel.

Por la mañana, recogieron sus pocas pertenencias y la lona que las había protegido de la intemperie. Había nevado y estaban ateridas.

—¿Preparada? —le preguntó la de Ayala con un nudo en la garganta, pues tampoco ella las tenía todas consigo.

Malen asintió. Sin embargo, cuando llegaron a la villa, nadie se les acercó. Muy al contrario, las recibieron con rostros circunspectos, dejando

muy clara la sorpresa reinante por el regreso de la oveja descarriada.

Silencio. Solo las recibió el más absoluto silencio. Algunos a su paso se persignaban y evitaban mirar a Isabel, como si de un espectro se tratase.

La joven de Ayala no esperaba un gran recibimiento, pero tampoco que se alejaran de ellas como si tuviesen los bubones propios de la peste. Deseó gritarles y pasar de largo, seguir su camino y buscar información en otra parte, pero Sir Symon era el único que podría ayudarla a encontrar a Alex, a Ashlyne y a Neall. El único que podría proporcionarles lo necesario para seguir adelante.

Pero, ¿y si no se encontraba en la torre de Barr? Se estremeció de solo pensarlo. No había contado con la posibilidad de que estuviese ausente o combatiendo en los frentes de Perth y St. Johnstone. Sir Lockhart tenía que estar ahí, al frente de su clan y de las labores de reconstrucción. Él las ayudaría, aunque solo fuese por la memoria de Leonor y de su padre.

Hizo de tripas corazón y siguió adelante. Sin importarle cómo pudiera recibirlas Lady Elsbeth. Si Neall no se había llevado a la pequeña Ashlyne consigo como aseguraba Malen, solo habría una persona que podría haberse hecho cargo de ella: su «otra» tía y ella no estaba dispuesta a dejar así como así a la única persona en este mundo que llevaba su sangre.

Algunos aldeanos las rodearon. Sus miradas eran hostiles y canturreaban una letanía incomprensible mientras besaban las cruces atadas a su cuello. Isabel miró a su alrededor y sopesó si abrir una brecha entre ellos y echar a correr hacia la torre. Esa gente empezaba a darle miedo.

Malen, a su lado, apretaba la mandíbula y sujetaba con disimulo una daga. Isabel no estaba dispuesta a dejarse avasallar ahora después de lo que habían luchado por llegar. Cogió la otra mano de su amiga, dispuesta a romper el cerco.

—¡Apartaos! —gritó la de Ayala con furia y algunos de esos hombres dieron temerosos un paso atrás.

Isabel alzó una ceja, intrigada por la reacción de los lugareños.

—Creen que sois una reencarnación de vuestra hermana y que venís a atormentarlos por no haber evitado el enfrentamiento con *Milady* —apenas le susurró la escocesa y sin dejar que se le escapara cualquier movimiento premonitorio de lucha—. Pero no dejarán que os marchéis conmigo. Me creen un demonio. Yo no tenía ninguna amiga aquí salvo Leonor y la canastera que me dio cobijo. Debéis dejarme aquí y correr hacia la torre. No sabemos

cuánto se contendrán.

—Jamás os dejaré.

Malen suspiró. Si no aparecía pronto Sir Symon Lockhart, estaba segura de que sus huesos descansarían en una zanja y a merced de las alimañas al finalizar el día. Tenía que pensar algo y pronto.

—Deberíamos haber mandado recado al *Laird* en cuanto llegamos...

—¿Y se os ocurre ahora, Malen?

Ya era tarde para todos esos «debería», incluso para encomendarse a Dios, vista la trayectoria que había llevado su vida hasta entonces. Malen tragó saliva e intentó sonreír ante el semblante ceniciento de Isabel, que debía estar pensando en lo lejos que habían llegado para nada. La de Ayala apenas podía contener unas lágrimas rabiosas al borde de sus pestañas, negras y tupidas como las plumas de un cuervo. Las hizo desaparecer con un rápido mohín obstinado, que la semejava aún más al brío de su fallecida hermana. Se enorgulleció de que la muchacha no quisiera que nadie más la viese triste.

Sir Symon fue avisado de la llegada de Malen y de alguien más. Quien se lo dijo estaba blanco como la nieve y con el rostro descompuesto. El *Laird* dejó que su segundo dirigiera a los hombres y terminaran de apuntalar el muro.

—¿Qué tenéis? ¡Ni que hubieseis visto a un muerto! —exclamó sin más.

Pero el mensajero se limitó a señalar hacia un lugar y a tartamudear. Sir Symon resopló y tomó esa dirección seguido de tres guardias. Al ver el tumulto, apretó el paso, preocupado por lo que pudiera pasar. Algunos aldeanos arrastraban a Malen, que se defendía de sus captores a patadas y zarpazos. No había nadie más. Una soga pendía de un árbol y los hombres parecían dispuestos a tomarse la justicia por su mano. Sin perder más tiempo, el *Laird* rompió el cerco como un ariete y consiguió hacer frente a los principales hostigadores.

—¡Ella trajo la desgracia! —gritaron unos.

—¡Debe morir! —instigaron otros.

Sir Symon no los escuchó. Cogió a Malen en volandas y los guardias que los escoltaban flanquearon su paso.

—Isabel... —musitó la escocesa al borde del desmayo, exhausta.

—¿De Ayala?

Malen asintió y el caballero miró a su alrededor.

—¿Estaba con vos?

Malen volvió a asentir antes de apoyarse sobre el fornido pecho del *Laird* y dejarse llevar por la negrura más absoluta. No escuchó la imprecación de este. Ni tampoco sintió cómo era otro quien la llevaba a la torre con premura. Nada.

Sir Symon noqueó a uno de los hostigadores mientras al otro le preguntaba por Isabel. No supo responderle. El campesino nunca había visto a su adalid tan fuera de sí y se cubrió la cabeza con los brazos. Una mano huesuda le tocó el hombro y se giró con brusquedad. La anciana que intentaba atraer su atención dio un respingo.

—Yo sé dónde está la *banshee*, *mo Laird*.

—Llebadme con ella. Os lo ruego.

La siguió hasta la aldea y no hizo falta que le señalara dónde se encontraba. Los golpes, los sollozos y los gritos se escuchaban desde lejos.

—¡Alejaos de la puerta! —gritó él y justo después la tiró abajo.

Isabel salió como una deflagración y cayó en sus brazos. Parecía desesperada. Por un instante, Sir Symon la confundió con Leonor y sintió que su corazón se rompía en mil pedazos. No podía ser ella, pero ¡cuánto se parecían! Isabel tenía el pelo más oscuro y los ojos verdes, la tez más clara y las formas más curvilíneas que su primer amor, pero nadie podía negar que eran hermanas.

—Tranquilizaos, *mo baintighearna*. Malen está en la torre...

Isabel dejó de golpearle el pecho y se limitó a dar hipidos, entre lágrimas. Él la abrazó con fuerza. Se preocupó al percatarse del lamentable estado en el que se encontraban sus cabellos y sus ropajes. Estaba demacrada y al borde de la desnutrición.

—Os hacía casada con un ricohombre castellano.

Isabel se secó las lágrimas y le regaló una sonrisa triste.

—Malen me ayudó a salir de ese infierno.

Sir Symon apretó la mandíbula y la cogió por la barbilla para que lo mirara. Él no sabía nada, pero el porqué la escocesa se había quedado en tierra extraña comenzó a tener sentido.

—¿Cómo encontrasteis a Malen?

—Ella lo hizo, bendito el día. Me abrió los ojos y me mostró el camino a seguir. Yo estaba muy perdida por aquel entonces.

—Sorprendente... —comentó serio, pero sin acritud.



—Gracias a ella sigo viva, Sir Symon —insistió.

A Isabel le habría gustado partir una lanza por su amiga, preguntarle qué había pasado, saber algo más. Pero el caballero parecía estar más interesado en resolver sus propias dudas que en disipar las que pudiera tener ella.

—¿Qué os ha hecho regresar?

Isabel se humedeció los labios y tardó en contestar.

—Allí ya no me quedaba nada ni nadie.

El *Laird* se mantuvo en silencio hasta que llegaron a la torre. ¿Cómo decirle que Ashlyne no estaba con él? ¿Que no tenía noticias de Neall? ¿Que Elsbeth y él se habían separado? Dejaría que ambas descansaran, les ofrecería lo que necesitaran... pero nada más. No podía hacerse cargo de Isabel, ni mirarla a los ojos sin recordar a Leonor. Su vida era un auténtico caos en esos momentos. Cuidar de una jovencita de buena cuna no estaba en sus planes, desde luego. Se mataba a trabajar durante el día en la reconstrucción de la aldea y se pasaba las noches en brazos del alcohol. No podría hacerse cargo, aunque quisiera.

Isabel lo observó todo el camino y entrevió las dudas que lo atormentaban. Lo cogió por el antebrazo y lo frenó, justo antes de entrar en la torre. Las facciones de él mostraban dureza. Se armó de valor.

—Quiero llevarme conmigo a mi sobrina y buscar a Alex Mackenzie.

Sir Symon soltó un bufido y puso los ojos en blanco. La primera parte se la esperaba, pero la segunda lo había dejado totalmente descolocado. ¿Mackenzie? ¿Qué tenía que ver el jodido picaflor en esto? Necesitaba una jarra de licor y bien fuerte.

—Me temo que deberías tomar asiento antes de escuchar lo que os tengo que decir.

Isabel se esperó lo peor.



## Capítulo 38

### LOS DE BURGH

*Puerto de Ballycastle, Irlanda, diciembre 1336.*

Ayden no entendía cómo su amigo podía guardar la compostura después de lo que les habían contado. El tendero había sido una fuente inagotable de información y les iba a poner en contacto con el mejor guía de la región, un tal Eoghan Ó Madadhan, al que todos parecían tener en alta estima. Mas eso era lo único bueno que habían sacado de todo aquello.

—¿Qué pensáis hacer? ¿Iréis con Cat y Ronnie a Dunluce?

—No —dijo como única respuesta Erroll.

—¿Entonces?

Erroll hizo a un lado a Ayden y le ayudó con la carreta que habían adquirido. Parecía perder la templanza por momentos y rumiaba por lo bajo. Al fin, explotó.

—¿Creéis que me recibirán con los brazos abiertos? Mi padre era un bastardo, Ayden. Pero mi abuelo quiso tener una deferencia con él. No sé por qué ni a estas alturas preguntaré los motivos que tuvo para hacerlo, pero el testamento es válido. Rathlin me pertenece por derecho. O eso creía antes de saber que anda tras ella Sir Hugh Byset.

—Antes de que el rey Bruce se refugiara en ella, no era más que un

islote abandonado y desértico. ¿Ahora todos lo reclaman como propio? ¿Por qué, Erroll? ¿Qué valor tiene?

—No lo sé, pero lo averiguaré.

—¿Por qué vuestra madre no os contó nada al respecto?

—Quizás tenía la esperanza de que me adaptase al clan Lyon y que no la reclamase nunca.

—¿Y qué le vais a decir a Cat?

—La tierra no es algo que le preocupe. Sería feliz en cualquier lugar, soy yo el que quiere tener algo que dejarles en caso de que muera. Renuncié a Glamis por mi libertad y por un terreno donde poder vivir sin depender de nadie.

—Si es eso lo que necesitáis, mi hogar es vuestro entretanto. Bien sabéis que necesitaré hombres a mi lado para reconstruir la casa y para cultivar la tierra. Hay suficientes acres para abastecer una pequeña aldea.

Erroll lo miró con afecto. Ayden y Neall siempre habían sido sus hermanos. Daba igual que no los uniese la misma sangre. Ellos eran su verdadera familia.

—Gracias, *caraid*. No desdeño semejante oferta. De hecho, mandaré una misiva al castillo de Dunluce anunciando mi llegada. Mientras tanto, aceptaremos vuestra hospitalidad en Loughareema. Nos vendrá bien tener un techo donde pasar el invierno.

Ayden sonrió al ver un poco de luz al fin. La lluvia caía sobre ellos mansa e incesante. Los hombres subieron los baúles y el resto de equipaje dentro de la carreta. Susan se subió a ella con los niños y Erroll insistió en ir con Cat. Ella asintió con una sonrisa apenas esbozada. La gata estaba nerviosa, como si no supiese cómo decirle algo importante.

—¿Qué tenéis? —le susurró al oído mientras la abrazaba desde atrás.

Ella cogió las manos de su talle y las llevó a su vientre. Aun sin poder verlo, supo que Erroll había abierto mucho los ojos. Después el guerrero apoyó la frente en el hombro de ella mientras la acariciaba con ternura extrema.

—¿Desde cuándo lo sabéis?

Su tono de voz era contenido, pero afable. Sin embargo, ella guardó silencio. Erroll la tomó de la barbilla para mirarla a los ojos.

—Cat...

Sus ojos felinos estaban turbios.

—Nacerá para finales de abril.

Erroll perdió el color del rostro y se sintió herido. Estaba de cinco meses... ¿y él no se daba cuenta hasta ahora? ¿Qué clase de hombre era? Desde que habían pisado Escocia, no habían tenido ocasión de encuentros íntimos y no había percibido los sutiles cambios de indumentaria en ella. Sus curvas se habían pronunciado, pero no lo suficiente como para hacerlo sospechar de que llevaba un hijo en su vientre. Su carácter era más voluble. Lo mismo reía que lloraba con más facilidad, sin contar con las innumerables veces que sacaba las uñas, pero lo había achacado a la pérdida de su abuelo, al viaje y a las penurias que habían pasado para llegar allí. Había tenido todas las pistas delante de sus ojos y no había conseguido verlas.

—Ahora entiendo que no quisierais casaros con un hombre como yo — se jactó con tristeza, poniendo a Tizón al trote.

Cat fue a contradecirlo, pero calló. Tenía que darle tiempo para que asimilara la idea. Quizás no había elegido la mejor ocasión para hacerlo, pero se le hacía cada vez más difícil ocultarlo. Leena la había apremiado en numerosas ocasiones a que se lo constase. Y era cierto, ¿a qué esperaba? Erroll era un buen hombre. A sus ojos, el mejor de todos. Se dijo que la llegada de este nuevo hijo le alegraría.

La rigidez de los hombros del guerrero contrastaba con la ternura con la que le acariciaba el talle. La gata poco a poco se fue dejando vencer por el sueño y se durmió entre sus brazos. El nudo que había atenazado su corazón todos estos meses por fin se disolvía. Ya no habría secretos entre ellos. ¿Verdad?

*Lough Loughareema, Ballycastle, Irlanda.*

Eoghan Ó Madadhan se sumó al contingente a las afueras de Ballycastle. No era un guía a la usanza, vestía ropajes caros y tenía porte de guerrero. Se interesó por los recién llegados y la situación política en Escocia. Leena lo observaba sin intervenir en la conversación de los hombres. Algo en Eoghan le inquietaba. Demasiado instruido para ser un simple guía.

El Loughareema estaba a tan solo ocho millas del puerto. Cuando

Eoghan les indicó que habían llegado, unos a otros se miraron incrédulos. Solo había nieve hasta donde alcanzaba la vista. Contrariada, Leena se fijó en detalles de su indumentaria, más propia de un señor. ¿Se trataría de una trampa? ¡Allí no había ningún lago! Solo un precioso valle nevado coronado en la colina por un pequeño robledal.

—Debe de tratarse de un error, buen hombre. Aquí no hay ningún lago —indicó Leena confusa.

Eoghan rio por lo bajo, aunque la mirada de advertencia del capitán Murray le hizo quitarse el sombrero y excusarse.

—Disculpadme, mi señora. Pensé que os habían hablado de vuestras tierras y que se trataba de alguna broma.

Ayden alzó una ceja y el supuesto guía se revolvió incómodo en su montura, sabiendo que tendría que esmerarse un poco más con la explicación.

—Es un lago encantado. A veces desaparece ante nuestros ojos y otras todo lo inunda.

—¿Cómo puede ser eso? —intervino Erroll, al que siempre le habían fascinado este tipo de leyendas.

—La gente dice que es cosa de brujas —siguió Eoghan, aunque su tono no resultaba convincente—. Desde que acusaron y condenaron a Alice Kyteler, todo lo inexplicable es obra del demonio, de herejes y de ella.

—Algo he oído sobre esa mujer. La acusaron de matar a varios esposos y de efectuar ritos satánicos en el sótano de su posada. ¿Pero qué tiene que ver que desaparezca el lago con eso? —lo interrumpió Erroll, cada vez más interesado.

—El año en el que condenaron a muerte a esta mujer hubo una gran sequía y el lago desapareció. Coincidió con la huida de Alice al Reino de Inglaterra y muchos fueron los que relacionaron ambos sucesos, como si el lago fuese parte de ella o de su destino.

—Supercherías —espetó Leena sin poder evitarlo.

—Posiblemente, mi señora. Pero el Loughareema quedó como un valle desde entonces. Ni rastro de agua hasta que tuvimos noticias de la muerte de Lord Eltham y la herencia que os dejó a vos.

Su velado reproche incomodó a la *petirroja*, que prefirió tomar una actitud más propia de una dama de cortas entendederas.

—A Lord Eltham le habría gustado saber que su muerte no fue en vano y que rompió tan terrible hechizo.

El hombre asintió sombrío.

—Puede ser, aunque yo me inclino a pensar que la turba y los matorrales que crecen en el lecho calizo donde descansa el lago terminaron por acondicionarlo como embalse. Además, este año no ha dejado de llover y los campos lucían espléndidos hasta las primeras nevadas.

Eoghan puso su caballo de nuevo en marcha camino a la gran casa y Leena apretó los labios. No le gustaba que la dejaran por estúpida y menos aún un desconocido. Si había una explicación racional a lo del lago, ¿por qué no se lo había dicho antes? ¿Qué pretendía, asustarla? Refunfuñó y Ayden se acercó a su montura y le robó un beso.

—Adoro cuando ponéis morritos —le susurró meloso y cerca de su oreja.

Sin embargo, eso no hizo más que intensificar su obstinado mohín.

—Ese hombre es tonto —sentenció.

Ayden se echó a reír.

—Pobre, solo quería regalarnos una historia. ¡Vamos, animaos! ¡Tenemos nuestro propio lago encantado! —exclamó mientras le hacía cosquillas y la hacía reír.

—Está bien. Veamos en qué condiciones está la casa. ¿Habéis hablado con Erroll?

—Sí, y tengo una gran noticia que daros. Catherine está embarazada.

Leena ni se inmutó.

—¿Lo sabíais?

—Desde que nos vimos en la torre de Barr.

—¿Y cómo no me dijisteis nada?

—Porque empezaríais a dar saltitos y se lo habríais acabado diciendo.

—Yo no pego saltitos —gruñó Ayden.

—Solo porque estáis montado a caballo —respondió lo más serio que pudo, aunque estaba feliz de que la muchacha se hubiese sincerado con Erroll al fin—. ¿Y él cómo se lo ha tomado?

—No sé qué deciros. Está entusiasmado con la idea de ser padre de nuevo, pero hay algo más. Sé que no ha querido hablar de ello por si Catherine se despertaba.

—Hacen una bonita pareja —murmuró Leena.

En lo alto de la colina, entre dos grandes robles, la gran casa coronaba el valle. Desmontaron y ayudaron a bajar los bultos de la carreta. Ashlyne

tenía a los niños absortos con el movimiento y tintineo de un sonajero de plata. Chapurreaba palabras y su primo Cailéan asentía muy convencido, como si la entendiera. Susan cogió en brazos a Ronnie y se lo entregó a su madre, que protestó al alejarse de la niña.

—No han dormido, pendientes de cualquier cosa que hiciera su prima —notificó risueña Susan.

—¡Pero si Ronnie es apenas un bebé de meses! —exclamó Catherine, que tenía mejor semblante tras el sueño reparador.

—Pues los ha tenido embobados como si estuviese representando el espectáculo más magnífico de sus vidas.

Las mujeres entraron en el amplio salón y miraron a su alrededor. Las paredes eran de piedra y el tejado parecía sólido. Era una construcción de tres alturas, unidas por una escalera serpenteante. En todas las habitaciones había chimenea, incluso en la más pequeña. También había una despensa, una cocina con fogones de hierro y varias estanterías en buen estado.

Subieron hasta el pequeño torreón y se enamoraron de las vistas. Una ventana daba al valle nevado y la otra al mar.

—Es un lugar espléndido para coser —comentó Susan.

—Para leer, pintar o no hacer nada —apuntó Leena feliz—. ¿Qué decís, Catherine? ¿Os gusta?

Los ojos de Catherine brillaban de emoción.

—La casa tiene muchas posibilidades y quedará muy acogedora cuando las paredes se cubran de tapices y las ventanas de cortinas.

—¿Verdad? —preguntó soñadora la *petirroja*—. Y eso que no os habéis enterado de que tenemos un lago fantasma y todo.

—¿En serio? —Los ojos de la gata se abrieron desmesuradamente.

—En serio, yo también preferiría haberme quedado dormida sobre un hombre como el vuestro antes de escucharlo —bromeó Susan sonriente.

Leena las abrazó. Se sentía feliz de poder contar con ellas en su nueva vida y sabía que el sentimiento era mutuo. Tras el emotivo gesto, las tres bajaron las escaleras.

—¡Vamos! Aún queda mucho que hacer antes de la cena —comentó la *petirroja* tras secarse una lagrimilla—. Y por cierto, parece que ya es oficial que estáis en estado. ¿No es cierto?

Cat asintió feliz.

—¡Mi enhorabuena! —exclamaron Leena y Susan al unísono.

Las tres se echaron a reír y volvieron a abrazarse. Catherine nunca había tenido amigas. Por primera vez, la gata sintió un lugar como suyo y sintió alegría y temor a la vez. Adecuaron el salón principal mientras los hombres cortaban leña y arreglaban algunas ventanas. Eoghan trabajó como uno más bajo la atenta mirada de Leena. Quizás sus sospechas habían sido infundadas, pensó.

A poca distancia de la casa principal estaba la cabaña del pastor. Era de madera y tenía el techo de pizarra, algo poco común en aquellos lares. Erroll se enamoró del lugar nada más verlo, rodeado de moreras y brezo, pero no dijo nada. La cabaña tenía dos estancias, una chimenea grande y un pequeño salón. Lo necesario para empezar una vida familiar. Siguió cortando leña hasta bien avanzada la tarde con la idea rondándole la cabeza.

Al caer la tarde, Ayden fue a su encuentro e hizo dos montones con los tacos de madera. Acarreó uno de ellos para la casa y el otro lo dejó intacto. Cuando el irlandés fue a ayudarlo con el que faltaba, su amigo le comentó:

—Lo necesitaréis mañana para vuestra cabaña.

Erroll alzó una ceja y miró la pequeña edificación. Ayden le guiñó un ojo y estiró la musculatura de la espalda.

—Es vuestra, *caraid*. Tanto si lo de Rathlin prospera como si no, tenéis aquí un lugar donde quedaros con Catherine y los niños.

Erroll no supo qué decir. Emocionado, solo lo abrazó.

—¿Qué dirá Leena de esto?

Al irlandés le preocupaba que su amigo pudiese tener problemas por no haber hecho partícipe a su esposa de una decisión tan importante. Al fin y al cabo, todo lo que había allí era de ella.

—Yo solo he sido el mensajero —repuso el mellizo, como si él no hubiese tenido nada que ver en la decisión. A claras luces, mentía.

—¿Cómo podré pagaros?

—¿Os parece poco todo lo que hay que hacer aquí?

Ambos hombres rieron. Esa noche, durmieron todos en el salón principal. Al día siguiente pondrían a punto el resto de estancias. Erroll hizo suyo un rincón alejado de la chimenea y dispuso las pieles para no pasar frío. Ronnie dormía con placidez en su canasto y Catherine parecía dudar dónde acomodarse. Él la acogió entre sus brazos y la abrazó. Deslizó sus dedos hasta su vientre con sumo cuidado.

—Soy tan feliz...



—¿De veras?

—¿Cómo no serlo? —le preguntó mientras inhalaba el aroma a candela de sus cabellos—. No puedo aspirar a más.

Enero pasó en un suspiro y tanto la casa señorial como la cabaña quedaron listas del todo. Eoghan se había marchado hacia el sur a los pocos días y con la promesa de que se verían pronto. Leena no había podido evitar sentir un escalofrío ante sus palabras, aunque ni Susan ni Catherine parecían compartir sus temores.

«El mozo no es mal parecido», había llegado a decir Susan entre risas.

—No me puedo creer que lo podáis considerar un buen partido, señorita Collins —la amonestó la *petirroja* risueña.

—Siento ser una aguafiestas... Pero está casado con una prima lejana de Erroll —afirmó Catherine, que parecía haberse informado bien.

—Para lo que tenía pensado, tampoco es que fuera un problema...

—¡Susan! —exclamó Leena sorprendida.

—¿Qué? A ver... Soy una mujer y tengo mis necesidades como cualquiera. Soy soltera, pero no juré celibato.

—Eso es cierto. Habrá que ponerle remedio —sentenció Catherine muy seria.

Leena no salía de su asombro.

—No le deis alas, Cat —la amonestó.

—¿Por qué no? Yo misma estoy amancebada con Erroll. No voy a ser tan hipócrita como para decir que no lo haga.

—¡Es distinto! —exclamó Leena.

—¿En qué lo es? —preguntaron ambas.

—Catherine y Erroll tienen un hijo y otro en camino. Además, no estáis desposados por falta de ganas, precisamente. De hecho, no entiendo por qué no lo habéis hecho aún.

Cat recogió las cortinas y dio por terminada la conversación sin contestarle. Era un tema espinoso. Erroll era un espíritu libre. ¿Cómo atarle? Se conformaba con lo que pudiera darle, con dormir en sus brazos, con sentir los latidos de su corazón y con saber que no renunciaría a un futuro mejor por ella. Sus amigas jamás lo entenderían.

La gata bajó las escaleras aferrada a la maroma que servía de pasamanos. Se sentía más segura así. Las piedras en invierno estaban húmedas y temía resbalarse. Cuando llegó al gran salón, Ayden y Erroll hablaban en tono bajo y parecían preocupados.

—¿Qué ocurre? —les interrumpió.

Erroll le enseñó un pergamino lacrado y la invitó a unirse a ellos. La nota era escueta y la letra elegante, de mujer.

—Mi prima Aveline me invita a Dunluce. Ha convocado a mis otros primos para resolver el tema de la herencia de una vez por todas.

—¿Iréis? —preguntó trémula.

Él asintió.

—¿Cuándo partimos?

Erroll resopló por lo bajo y Ayden prefirió dejarlos a solas.

—Eso quiere decir que partiréis solo. ¿No es cierto? —preguntó a pesar de que sabía la respuesta.

—Es lo mejor. Los caminos están nevados y son peligrosos, Catherine. No sé qué me voy a encontrar al llegar.

—¿Es necesario que os vayáis ahora?

—Si queremos estar en Rathlin para cuando el bebé nazca, sí.

—Este también es un buen lugar... —dijo ella con voz rota.

Erroll cogió el rostro de la gata entre sus manos y la miró con intensidad. Nunca habría palabras que describieran cuánto la amaba sin quedarse cortas. Ella era su mundo, toda su vida. La besó en la punta de la nariz y le acarició el vientre. Catherine dio un hipido y se llevó el puño a la boca para evitar sollozar. Él la abrazó sin prisa.

—Volveré pronto, *mo baintighearna*. Nada deseo más.

*Castillo de Dunluce, condado de Altrim, Irlanda, primeros de febrero de 1337.*

Erroll azuzó a Tizón. El castillo de Dunluce resaltaba soberbio sobre el cielo de Irlanda. Las nubes parecían lamer las torres y las banderolas refulgían al sol. Nunca había visto estampa igual. Un cuerno anunció su llegada y el puente

levadizo se bajó. A lo lejos, un jinete parecía pisarle los talones, pero él no aguardó su llegada.

La guardia le hizo bajar del caballo y le despojó de cualquier arma. Lo miraban con desdén, pero mantuvo la barbilla alta. Demasiados años en Glamis sufriendo desaires le habían curtido bien la piel.

—Seguidme, la señora os espera.

La oscuridad que reinaba en el interior del castillo le hizo entrecerrar los ojos. Intentó seguir el paso del escolta, pero cada detalle del mobiliario y del ornamento le llamaba poderosamente la atención. Un extraño sentimiento de reconocimiento le embargó de repente. Por un momento, sintió que le faltaba el aire y dejó de andar. El guardia se cruzó de brazos y esperó a que reanudara la marcha para seguir andando.

—¿Qué os ocurre? —le preguntó el hombre curioso mientras abría los cortinajes de una gran sala y abandonaba la estancia sin esperar respuesta.

—No es nada. Solo tuve la sensación de que había estado aquí antes —susurró Erroll apenas al creerse solo.

Pero no lo estaba. Una sombra se movió tras él y el guerrero echó mano al cinturón vacío de su espada. Blasfemó por lo bajo. El contraluz le impedía ver más allá que la silueta de una mujer.

—Nunca pensé que volvería a veros —tembló la voz—. Acercaos.

El joven dio un paso al frente y la luz del ventanal bañó su rostro. La mujer se persignó. Era enjuta como una vara de junco pero no tan mayor como le había parecido en un primer momento. Iba vestida de negro y el contraste con el blanco de su piel era abrumador.

—No me reconocéis, ¿verdad?

Erroll apretó los labios y se sintió incómodo. Apenas recordaba haber estado en ese castillo y sin embargo todo le resultaba familiar.

—Soy vuestra prima Aveline, esposa de John de Bermingham, I conde de Louth.

Él conocía los datos más relevantes de aquella historia, pero evitó mostrar cualquier reacción. John había llegado a ser virrey de Irlanda al decapitar al hermano del rey Bruce y llevar su cabeza como presente al rey inglés. Su suerte se truncó en Braganstown siete años atrás. Cuando John ajustició al propietario de un horno de cal por mantener una disputa con uno de sus hombres. Nadie pudo prever que la aldea de Ardee se rebelaría contra su señor y los suyos. Aveline fue la única superviviente de la masacre.

—Mi padre siempre dijo que erais la viva imagen del abuelo. ¿Queréis una copa? Mi hermano y los primos no tardarán en llegar.

Erroll asintió, aunque no bebió hasta que ella lo hizo. Aveline sonrió al percatarse del gesto.

—No os he hecho llamar para envenenaros.

—¿Y para qué me habéis hecho llamar entonces? Tengo entendido que Rathlin es de los Byset por un convenio y que en el testamento se citan cláusulas que me niego a aceptar.

—Si tan claro lo tenéis, decidme, Erroll Flanagan de Lyon, ¿por qué habéis venido?

—Quizás simple curiosidad.

—Me subestimáis —respondió ella fingiendo pesar.

—Jamás subestimo a alguien que no tiene nada que perder.

Aveline clavó su mirada cerúlea en él y Erroll sintió frío en sus venas. Debía controlar su lengua ante esa mujer y recordar que su familia irlandesa era afín a los Balliol – Plantagenet.

—Han llegado —comentó seca justo antes de que la puerta se abriese de nuevo y entraran tres hombres seguidos de sus respectivos custodios. Discutían y no repararon en que la estancia estaba ocupada.

Aveline tocó una campanilla para poner fin a la discusión como si fuesen niños pequeños. Los tres hombres dejaron el altercado *ipso facto* y se miraron contrariados. La mayor de los de Burgh los presentó sin formalidades.

—Mi hermano Edmond y nuestros primos: Edmond Albanach y Sir Uilleag —los presentó Aveline con cierto desdén.

—De Burgh —añadió el último—. ¿A quién tengo el placer de conocer?

—Soy Erroll Flanagan de Lyon —dijo como única presentación y, por sus rostros, no había más que añadir. Sabían de sobra quién era y a qué había venido.

Los tres hombres lo miraron con ojos codiciosos y eso le inquietó. No había dejado Glamis para meterse en un nido de buitres. Le habría gustado tener a mano su espada, único legado material que tenía de su padre. Con ella se sentiría más seguro.

Aveline los guió por los pasillos sombríos hasta que llegaron al gran salón. Los invitó a sentarse a la mesa y fue la anfitriona de un succulento festín.

Erroll se fijó en que el castillo debía haber pasado tiempos mejores. La chimenea negreaba de hollín, había telarañas en los candelabros que pendían del techo y algunos tapices estaban apolillados. Se abstuvo de intervenir en las continuas pullas que, entre bocado y bocado, se regalaban sus parientes, que solo parecían guardar las ganas de trincharse los unos a los otros por encontrarse presente la dama.

Edmond de Burgh guardaba cierto parecido en las facciones con Aveline, aunque él debía rozar la cuarentena y ella era bastante mayor. Parecía el más comedido de los tres. Por lo que pudo saber, el mayor número de sus propiedades se encontraba en el condado Limerick y era padre de dos pequeños.

Edmond Albanach, como todos conocían a este para diferenciarlo del legítimo, era el más violento de los tres. Sus respuestas eran audaces y a veces hirientes. En más de una ocasión, Aveline tuvo que sujetar la mano de su hermano para evitar que ambos hombres se enzarzaran en una pelea. Erroll no daba crédito. ¿Qué les pasaba? Sir Uilleag acercó su silla más a la suya y le habló en confidencia.

—¿No sabíais nada de esto, eh?

—¿Qué debía de saber? —preguntó Erroll sin afirmar ni desmentir nada.

—Desde que el heredero de vuestro tío murió...

—¿Os referís a mi sobrino William? —aclaró Erroll, dando muestras de conocer la genealogía familiar.

Sir Uilleag asintió, aunque torció el gesto. La familiaridad y el afecto con los que Aveline trataba a Erroll le intrigaba. Él no era un necio como Sir Edmond, ni tampoco un cabeza hueca como el Albanach. Él quería saber con qué mano iba a jugar la partida y, a ser posible, adelantarse a la jugada. Ese joven escondía algo. Nadie exponía su pellejo por una isla como Rathlin.

—Vuestro sobrino fue asesinado, dejando a una niña de corta edad de heredera —aseveró Sir Uilleag para ver su reacción.

—La pequeña Elizabeth de Burgh —apostilló Erroll, sin perder detalle de la conversación que mantenían el resto de comensales.

Sir Uilleag siguió tanteando a un posible futuro aliado.

—Exacto. Vuestro primo Edmond asumió, como hijo mayor y superviviente del II conde, el control de las propiedades.

—Y ahí entráis vosotros dos, que no estáis dispuestos a que se salga

con la suya —replicó divertido.

—¿Vos dejaríais que lo hiciera?

—No sabría qué responder sin saber qué está en juego.

—Edmond Albanach pretende el condado Mayo, que está en el norte de Connacht; mientras que yo lucho por hacerme con el sur.

—Pero esta guerra no es solo por tierras —dijo más para sí que para su interlocutor.

—Sois tan listo como parecéis.

Erroll se mordió la lengua. Debía haber prestado oídos y guardado su opinión, pero Sir Uilleag era de esos hombres que sabían sonsacar información con buenas maneras y manteniendo llena la copa de vino.

—Walter Liath era el hermano mayor de Edmond Albanach. A la muerte del conde de Ulster, tanto vuestro primo Edmond como él fueron nombrados guardianes de la paz de tres señoríos: Connacht, Tipperary y Limerick. Nunca se llevaron bien entre ellos y yo preferí mantenerme al margen por aquel entonces. Walter quiso apropiarse de Connacht y Edmond lo encarceló en el castillo Northburgh. Para que no os aburráis con detalles nimios, os resumiré que Walter murió de inanición.

Erroll entrecerró los ojos. Lo que le describía Sir Uilleag distaba mucho de la primera impresión que había tenido de su primo. Evitó mirarlo por si su rostro revelaba alguna emoción. Sir Uilleag parecía deseoso de ponerle al día con toda la historia familiar.

—Gylle de Burgh, otra hermana de Edmond Albanach, convenció a su marido y a un tal Logan para que asesinaran al heredero del conde un año después.

—Ojo por ojo...

—Hermano por hermano más bien. La cuestión es qué pintáis vos en todo esto y qué pensáis hacer después de todo lo que os he dicho.

La mesa se quedó en completo silencio y Erroll acaparó todas las miradas. De hecho, sabía que de su respuesta dependía ver un nuevo amanecer. Tomó aire y habló con firmeza.

—No he venido a guerrear, Sir Uilleag. Vuestros señoríos no me interesan lo más mínimo. Solo tengo mi vista puesta en Rathlin.

—¡Brindemos por eso! —exclamó su primo Edmond—. Aunque no me importaría teneros de capitán en mi ejército. No solo seríais señor de Rathlin, pensadlo.

Edmond Albanach golpeó con el puño la mesa y se levantó en el acto. Por lo visto, Erroll no era el único que había estado pendiente de conversaciones ajenas.

—¡Por encima de mi cadáver!

Aveline intervino y calmó los ánimos del más rebelde de sus primos.

—Calmaos, Albanach. Erroll no es un mercenario, es un guerrero leal a la dinastía Bruce.

Su tono había sido neutro, pero irrigado de veneno. Muchos en la isla odiaban a los Bruce tras la fallida invasión de 1315 llevada a cabo por el hermano del loado rey. La cara de los tres hombres mostraron su disgusto y cambiaron el tema por uno más banal. Mejor así, pensó el joven, aunque el respiro le duró poco.

Antes de retirarse a sus aposentos, Sir Uilleag le susurró:

—Vuestra fama como guerrero es bien conocida por aquí, Erroll. Es lógico que os disputen.

—¿Vos no?

—Yo prefiero buscar lealtades por otros medios. Me gustaría enseñaros mis tierras, que vierais cómo vive mi gente y decidáis si queréis ser parte del Clanricarde.

Erroll se quedó intrigado. No había oído ese nombre anteriormente.

—En el señorío de Galway seréis siempre bienvenido, decidáis lo que decidáis.

Erroll asintió y cerró la puerta de su habitación tras de sí. Tuvo la precaución de bloquear el pomo con una silla. Solo será una noche, se dijo. El notario llegaría al día siguiente y por fin sabría a qué atenerse.

El castillo de Dunluce era majestuoso, pero había algo siniestro en él, como si la codicia de los que lo habitaban respirara a través de sus muros. Esa noche no pegó ojo. Al rayar el alba, paseó por el adarve para contemplar el mar. Las olas rompían en el acantilado de basalto y pulverizaban millones de gotas a su alrededor, creando un efecto de bruma y arcoíris magnífico. Se apoyó sobre el muro e inspiró el aire salino. Cerró los ojos. La brisa enredaba sus cabellos. Un leve carraspeo lo sacó de su ensoñación.

—¿Es hermoso, verdad? —preguntó Aveline—. Da la sensación de que el cielo no queda tan lejos y que estamos más cerca de ellos.

Erroll dedujo que hablaba de su marido e hijos perdidos, asintió solemne y la dejó desahogarse.

—He perdido mucho, primo. Más de lo que una madre, hija y hermana puede soportar. Todo hombre tiene un precio. Decidme cuál es el vuestro e idos por donde habéis venido.

Erroll se cruzó de brazos, mostrando su envergadura, pero ella no se achantó. Muy al contrario, subió la barbilla desafiante. A la intemperie, la blancura de su piel era cegadora.

—Nosotros no somos vuestro enemigo. Rathlin no nos interesa. Es tierra de nadie, pero Sir Hugh Bysset tiene puestas sus miras en ella desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Eduardo III se la había prometido.

Erroll resopló y se rascó la coronilla. Podría luchar contra cualquier hombre, pero jamás contra un rey. Su prima prosiguió.

—Sir Hugh es un hombre poderoso y despiadado. Leal a los Plantagenet e íntimo amigo de John de Islay, señor de las Islas, no os conviene estar a malas con él.

—¿Ese es vuestro consejo?

—Sí. Por cierto, el notario ha excusado su presencia. Hoy no vendrá. Algo sobre que le han envenenado el ganado o sobre que su mujer está enferma. Tanto da. Hasta primavera dudo que volvamos a tener noticias de él. Deberíais regresar con vuestra mujer y vuestro hijo, se avecina tormenta.

Erroll la miró contrariado, se había esforzado mucho porque no supieran nada de él. Aveline sonrió al ver su expresión.

—Yo también he hecho mis deberes. ¿Qué creéis?

Se acercó lo suficiente para cogerlo por el antebrazo, aunque Erroll apenas notó la presión de sus dedos. Si hubiera sido otra, habría jurado que coqueteaba con él por la forma en que lo miraba y modulaba su voz. Hoy su rostro era sereno, muy distinto al de la noche anterior. Pero no se engañaba, ninguno de los Burgh lo considerarían parte de la familia. Jamás.

Erroll volvió la vista al horizonte salado y dejó que las gotas motearan su piel. La mujer admiró el perfil de sus antepasados y le concedió una tregua. A pesar de ser un bastardo y de haber elegido la causa equivocada, su padre siempre lo había admirado y seguido sus pasos. Solo por ello, tomó una decisión.

—No me interpondré en que conozcáis mejor a mi hermano, a ese demonio de Albanach, o a Sir Uilleag si así lo queréis, pero no forméis parte



de esta guerra. Os lo suplico.

Sorprendido, Erroll dejó que se marchara con el sigilo propio de un fantasma. Aveline tampoco había esperado una respuesta. Sin más dilación, el joven decidió marcharse de allí cuanto antes. Se dirigió al patio de armas y mandó a un mozo que le trajera a Tizón. Entretanto, un guardia le trajo su *claymore* y su variopinto surtido de dagas. El cielo se cerraba sobre sus cabezas y deseó tener el don de la ubicuidad.

No había hecho más que montar a Tizón y echarlo a andar, cuando Uilleag apareció de la nada y se cruzó en su camino. Frenó al caballo de golpe, haciendo que se encabritara. Pero su primo siguió su camino sin mirarle, sin advertir el peligro. Su paso era renqueante y tenía el ceño fruncido.

—Tendréis nuevas mías muy pronto —rumiaba Sir Uilleag a medida que se alejaba.

Erroll apretó los dientes sin saber qué decir. La nuez de Adán vibraba aún en su garganta. Miró por instinto hacia el lugar por donde había salido su primo. Edmond Albanach dio un paso atrás al verse descubierto.



## Capítulo 39

### MÍO POR DERECHO

*Lough Loughareema, Ballycastle, Irlanda, primeros de marzo de 1337.*

Tras las nieves, un tapiz púrpura de brezos en flor cubría la colina. Cailéan correteaba cerca de la orilla del lago mientras Ashlyne lo dejaba atrás entre saltitos. Ronnie gateaba a su ritmo y de vez en cuando se miraba las manos sucias con cara de asco.

—No podréis negar que es vuestro —rio Ayden.

Erroll le limpió las manos al pequeño, que volvieron a ensuciarse en cuanto volvió al suelo. Resopló y le dijo:

—Os tendréis que acostumbrar.

Esa misma mañana, Erroll había recibido una invitación de su primo Sir Uilleag para que visitara sus tierras, pues tenía novedades. Eso le había intrigado mucho. ¿De qué se trataría?

—¿Qué vais a hacer?

—No lo sé, Ayden. La invitación ha llegado en el peor momento. Catherine no se lo ha tomado muy bien que digamos.

—¿Insiste en que vayáis juntos?

Erroll asintió.

—No sé si me va a perdonar que la deje sola estando tan cerca el día

del alumbramiento.

Ayden prefirió callar y no decirle que aún quedaban dos meses para ello. Él mismo veía una locura que fuera a Galway a entrevistarse con Sir Uilleag. ¿A cuento de qué? ¿Le ayudaría a conseguir Rathlin por ejemplo? Erroll no era un mercenario, aunque tampoco eran ganaderos. El mellizo bufó y cogió a Cailéan en brazos a pesar de las protestas del niño.

—Catherine ha venido hasta aquí por vos. ¿Qué más pruebas queréis de que os ama?

—No lo sé, Ayden. Temo que nada sea suficiente a sus ojos, que estas manos vacías no sean capaces ya de acariciarle el alma o de que se pregunte qué diablos hace aquí. Estamos bien, pero...

Pocas veces había visto a Erroll tan inseguro de sí mismo. ¿Acaso no veía como ella lo miraba?

—Erroll, lo entenderá.

—Quiere acompañarme al sur de Connacht, en el condado de Galway, para conocer a Sir Uilleag. El viaje será largo, pues quiere mostrarme sus tierras y venderme las mieles de los Clanricarde.

—¿Solo por eso?

—No quiere oír hablar de los de Burgh. Sobre todo desde que el notario mandó una copia del testamento y leyó las cláusulas.

Ayden se carcajeó.

—Vuestra familia os quiere casado a toda costa.

—Hasta yo quiero verme así... pronto.

—¿Volveréis a pedírselo?

—Me gustaría, pero no es el mejor momento.

—¿Y ese Sir Uilleag es de fiar?

—No lo sé, *caraid*. Por lo poco que pude presenciar cuando llegamos al castillo de Dunluce, parecía el más cuerdo de los tres.

—Sin embargo, hasta no cercioraros de sus intenciones, no queréis que él conozca vuestro talón de Aquiles, por supuesto —dedujo de inmediato el mellizo Murray.

—Exacto.

—Pero si no recuerdo mal, vuestra prima Aveline sabe de Ronnie y Cat. ¿No se lo habrá contado a su primo y hermano?

—No lo creo, ella me quiere fuera de todo esto.

—Me intrigó mucho lo que me contasteis de ella.

—Si la hubieseis visto, la querríais lejos.

—Es lógico que la gata reaccione como un basilisco si os escucha hablar así de los de Burgh. Es más, ¿no habéis pensado que quizás sea por otros motivos?

Erroll arrugó el ceño pensativo.

—¿A qué os referís? —preguntó el irlandés intrigado.

—A que os echará de menos, por ejemplo.

—Ojalá.

No había cosa que deseara más que conseguir el corazón de Catherine sin reservas. Él no aspiraba a gozar solo de su cuerpo, quería conquistar su alma, lo quería todo de ella. ¿Por qué no entendía que quisiera protegerla?

—Cuidadlos hasta mi regreso, Ayden. Ellos son mi vida, mi familia...

—Luego lo tenéis decidido, iréis.

Ayden le echó un brazo por encima del hombro al ver el mar de dudas en el que intentaba flotar su amigo. Cailéan pataleaba por bajarse al suelo y echar a correr tras Ashlyne, que lo saludaba desde la gran casa. Al final, cedió a las demandas de su hijo. Cuando los dos se quedaron solos e iniciaron la marcha tras el pequeño, Ayden le guiñó un ojo cómplice a su amigo y le dijo:

—Finalmente conseguí robaros el corazón.

—Y la vieja *taibhsear* se salió con la suya. Lo sé —replicó Erroll sonriente.

—No temáis. La cuidaré como si fuese mía —bromeó el mellizo con la mano derecha a la altura del corazón.

—No os hacía tan gracioso —gruñó.

—Todo lo malo se pega, *caraid* —volvió a burlarse Ayden.

—Pues que no tenga que pegaros por ello —le contestó Erroll con sonsonete.

Ambos se rieron, pero antes de llegar donde se encontraban tendiendo la colada las mujeres, el mellizo le prometió:

—Lo haremos con mucho gusto, perded cuidado. Leena está encantada con tenerlos aquí y parece haber congeniado bien con Susan.

—El cariño es mutuo. Por cierto, ¿qué decía vuestra correspondencia? ¿Noticias de Sir Symon?

Ayden asintió.

—Sigue con el proyecto de reconstrucción de la aldea y da el

matrimonio por perdido.

—¿Así os lo ha dicho?

—Sí.

Erroll chasqueó la lengua y lamentó que no hubiesen llegado a ningún acuerdo. Ayden continuó.

—Mi cuñado me contaba que ha conocido al señor Elman Shaw, que acababa de regresar de tierras castellanas siguiendo un rastro y que la pista se perdía en Perth.

—¿Ruari en Escocia?

—No lo sabemos con certeza, pero preferiría que Margaret y el niño estuvieran lejos de la contienda. Las tropas del lugarteniente Henry de Grosmont han vuelto a asolar el sureste escocés. No están dejando piedra sobre piedra.

—Pero si Ruari está en Escocia, vuestro hermano o *Hareman* lo encontrarán tarde o temprano.

—Dios os oiga, pero aún hay más —apenas susurró Ayden.

Las palabras se le anudaron en la garganta y sus ojos del color del trigo joven resplandecieron vidriosos.

—¿Más?

—Son muchos los que hablan de un ángel negro despiadado, que sesga vidas a su paso sin importarle nada. Un arquero encapuchado sin distintivo alguno que lo identifique. Erroll, sé que es mi hermano...

—Sí, es él —le confirmó.

Ayden resolló.

—No está todo perdido, *caraid*. Neall me salvó en Edinburgh. Volverá algún día y conocerá a su hija. Ya veréis. No podemos perder la esperanza. He puesto la vida de mi madre y de Temür en sus manos y confío en él.

Ambos se miraron largamente sin decirse nada, pero Erroll cayó en que había algo que no terminaba de entender.

—Por cierto, ¿qué hacía *Hareman* en Ayrshire?

—No os lo vais a creer, pero iba tras las faldas de dos damas y su rastro se perdía en Ayr.

—¡Maldito bribón...!

—No es lo que creéis... —negó divertido Ayden ante las expresiones del irlandés.

—Mirad, ambas misivas venían lacradas juntas —dijo sacándolas de

un bolsillo secreto del *cotun* de cuero—: la de *Hareman* y la de mi cuñado.

Erroll leyó el pliego con avidez y, al llegar a cierto punto, abrió con desmesura tanto la boca como los ojos.

—¡No es posible! —Erroll no salía de su asombro y el mellizo Murray prosiguió:

—Eso me dije.

—¿Malen e Isabel con Hareman? ¿No se había casado la joven de Ayala con un ricohombre castellano?

—Por lo visto no y que ya me pondrá al día cuando nos veamos.

—¡Menudo es el destino a veces! ¿Sabe vuestra hermana que...?

—Sí y no —lo interrumpió Ayden—. Alguien debió contárselo y regresó a la torre de Barr, pero Malen e Isabel ya se habían ido.

—¿Con qué propósito?

—Con el de saldar cuentas pendientes.

Erroll alzó una ceja confuso.

—No quiere dejar este mundo sin haberles pedido perdón, al menos eso poner Sir Symon en su escrito.

—¿En serio?

Ayden también lo dudaba. Su melliza siempre había sido una mujer dulce y primorosa, pero de armas tomar. Cuando una idea se arraigaba en su mente, era temible. No era de las que daban su brazo a torcer cuando erraban y solo Lady Annabella había conseguido hacerle ver que no siempre poseía la razón gracias a su infinita paciencia. Mas su madre había vuelto a casarse y el matrimonio se encontraba sitiado por los *sassenachs* en las tierras de Brisbane.

—No lo sé, Erroll. No la reconozco. No es la misma que amé y con la que crecí. Mi cuñado ha mandado varios emisarios a la abadía en su busca, pero todos vuelven sin más respuesta que la de desear permanecer allí. Su intención de separarse es firme.

—¡Vaya! Y yo preocupándome por trivialidades como hacer valer mi derecho sobre Rathlin y mi deseo de casarme con Cat.

Ayden entrecerró los ojos y escrutó las facciones de su amigo.

—Eso último no es trivial.

—No, no lo es.

—Tampoco el interés de Sir Hugh Bysset en la isla. Tenía entendido que había una cláusula en el testamento de vuestro tío sobre la obligación de

desposaros con una de Burgh.

—Sé lo que dijo ese condenado viejo, ¡pero que me aspen! No me casaré con otra, ya tenga que renunciar al resto. No lo hice con Glamis y no lo haré ahora.

—Si tan claro lo tenéis, ¿por qué iréis a Galway?

—Voy a intentar negociar la cláusula con mis primos y, en el caso de que no den su brazo a torcer, cederé Rathlin y reclamaré solo la compensación económica por defecto. Cat no quiere que renuncie, pero no le daré un motivo para que me abandone.

—Ella os ama, hasta un tonto podría verlo.

—Pues este tonto no se lo ha oído decir desde Southampton. A veces dudo hasta de mí mismo —expresó con un mohín lastimero.

Ayden torció el gesto. Si la gata no se lo había vuelto a decir desde entonces, sus motivos tendría, pero que lo amaba era un hecho. No había más que ver cómo le seguía a donde quiera que fuese y su rostro arrobado cuando él hablaba o sonreía. Estaban hechos el uno para la otra.

—A otro con esos lobos. No os preocupéis más por ello. Quizás esta luna sin veros la ablande... —le dijo guiñándole un ojo.

—Ojalá —susurró sin tenerlas todas consigo, mientras se dejaba abrazar de nuevo por Ayden—. Porque os confieso que ya ha rechazado mi propuesta dos veces y temo una tercera como a una vara verde.

Ayden abrazó a su amigo entre risas. La gata no era tan fiera como la pintaba, aunque tenía su geniecillo. Pronto el destino les daría una ansiada tregua, de eso estaba seguro. Tantas desgracias, tantos agravios y tanta lucha tenía por fin que traerles algo bueno. Él cuidaría de Cat y de Ronnie el tiempo que Erroll estuviese fuera.

Ambos regresaron a la casa principal entre bromas y enmudecieron al entrar al salón. Leena y Cat conversaban muy animadas junto a la ventana. La *petirroja* bordaba, mientras Cat sostenía en una rodilla a Cailéan y en la otra a Ronnie, que hacían palmitas. El sol vespertino acariciaba sus rostros, dorándolos en su contraluz. Los hombres pensaron que habían llegado al paraíso que relataban las escrituras, llegando incluso a pellizcarse para no saberse en un sueño.

—Creo que Ronnie necesita que llegue ya el hermanito —le chistó risueño el mellizo, incluyendo un codazo en las costillas a su amigo.

—Lo mismo podría deciros a vos —respondió el irlandés, imitando el

gesto—. El mío está en camino al menos.

—¿Quién ha dicho que no he hecho ya mis deberes? —Ayden se llevó el índice a los labios, ocultando su orgullosa sonrisa—. Aún es pronto para decirlo.

Catherine se envaró en su asiento al notar la presencia de Erroll y desvió la mirada para no enfrentarlo. No quería seguir discutiendo con él, comprendía sus razones, pero no le gustaba que fuera solo a Galway. Desde que había hablado con Leena y Susan estaba más tranquila. Ambas le habían recordado que Erroll no era de los que se dejaban engatusar con facilidad y que debía confiar en que supiera resolver el problema por sí solo. No le quedaba otra. Ella estaba en avanzado estado de gestación y Ronnie la necesitaba también.

Por su parte, ellos tomaron en brazos a sus respectivos hijos de su regazo, momento que aprovechó para alisar el faldón y retomar su costura. La *petirroja* la estaba enseñando a bordar y ella había descubierto que era hábil con la aguja después de todo.

Cenaron entre risas y los Murray se despidieron de Erroll pronto con Cailéan berreando porque quería jugar más con el pequeño Flanagan.

—Mañana... —le susurró su madre, pero el pequeño puso morritos y se cruzó de brazos dejando claro que no le gustaba el plan.

Erroll aprovechó el encuentro familiar para acompañar a Cat y Ronnie a la cabaña, acechando paciente en la puerta a que ella claudicara y lo dejara entrar. La gata lo miró y se puso en jarras, sin saber muy bien a qué estaba esperando ahí plantado. Tanto ella como el niño lo recibieron con los brazos abiertos. Erroll esperó a que Ronnie se durmiera para llevarlo a su cuna de madera y volvió al lecho desvestido.

Su virilidad se mostró presta a dar su mejor servicio y un inmejorable perfil. Sin embargo, quería tomarse su tiempo. Se arrebujó contra la espalda de Cat, delineó el perfil de su cuerpo con sus dedos e inspiró el aroma a flores de su cabellera. La piel de ella le respondía cálida, trémula y vibrante. Sabía que estaba despierta, contenida quizás por la discusión de antes, tan ávida de sus caricias como indicaba su respiración entrecortada. Quería más. Ambos necesitaban más.

Amasó uno de los senos por encima de la camisola hasta que el pezón despuntó altivo. Como respuesta, su verga palmeó con insistencia el trasero femenino, consiguiendo que la sonrisa naciente en los labios de ella terminara



en un largo gemido que enardeció aún más su deseo. No podría esperar mucho más y así se lo hizo saber despojándola de la tela que cubría su cuerpo.

—Cat... —le susurró con voz ronca mientras la rodeaba por la cintura y la enfrentaba.

Ella siguió en silencio, deleitándose en esos dos pozos negros de deseo en los que se habían convertido sus ojos azul cielo, subyugada por el inmenso placer que despertaban sus manos en cuanto la tocaban. La gata se puso de rodillas en el lecho y frotó ligeramente sus senos en el acerado abdomen de él, provocándolo.

—¡Santo Dios! —jadeó Erroll, echando la cabeza hacia atrás, momento que aprovechó ella para auparse y morderle la barbilla—. ¿Acaso queréis matarme mujer?

—¿Podría?

Erroll la miró con ojos golosos. ¡Claro que podría! Solo con un suspiro podría, ¡bien lo sabía él! La alzó por las nalgas y la devoró sin dejar un solo recoveco. Ella enlazó sus manos alrededor de su cuello y algunas veces recuperaba el equilibrio clavando sus uñas en su hombro. Extasiada, sin dejar de besarlo, saboreando cada gruñido que manara de su boca como un triunfo.

La gata se retorció en sus brazos, arqueó la espalda y dejó que tomara sus pechos henchidos con la promesa de alcanzar sus cumbres. Su redondez solo la hacía más apetecible a los ojos de su amado. Erroll succionó y se deleitó con los pezones hasta que su propio cuerpo demandó saciarse de otras mieles. Sin soltarla, la tendió sobre el lecho con una ternura infinita y colocó la cabeza entre sus piernas.

Cat se llevó el puño cerrado a la boca para evitar gritar y que Ronnie se despertase. Miró al techo de soslayo, entre jadeos cada vez más incontrolados y no pudo luchar contra la tentación que suponía verlo tomarla con la boca. Esa maldita lengua desatada la estaba llevando al paraíso. La estaba marcando con un rastro invisible de fuego, saliva y hambre. Dejó de mordisquearse el puño e introdujo los dedos entre los rizos dorados de su cabello. Él la miró lobuno, con esa sonrisa socarrona que se gastaba a veces y que hacía líquido sus entrañas. Solo un instante... demorándose con los labios en atrapar, soltar y soplar el centro de su deseo. El orgasmo la convulsionó al paso lánguido de la lengua por sus pliegues.

No había terminado. Recorrió con su lengua desde el vértice de sus

piernas hasta el cuello, el mentón y su boca, sintiéndola vibrar en sus brazos y suplicar que entrara... No se lo pensó más, dirigió su dureza y se adentró en ese paraíso prieto del que no querría salir en la vida.

Cat fue recuperando temple en cada embestida, sumándose al ritmo cadente de sus caderas y dejando que sus pechos bambolearan sobre el torso acerado del guerrero, sabiendo que su locura se hallaba cerca. Se vengaría por cada día que la dejara sola, ella también lo marcaría para que no desease otra cosa que volver a su lecho.

Los jadeos se mezclaron con los gruñidos, los gemidos con el de las embestidas... Se susurraban el nombre del otro con la excusa de calentar la oreja con su aliento, de avivar unas llamas más que encendidas. Eran uno divididos en dos almas y como tales subieron al cielo cuando los convulsionó el éxtasis.

—Catherine...

—No digáis nada, *mo ghrà*, ya habrá tiempo a vuestro regreso.

La gata no quería promesas, palabras vanas que hasta una leve brisa evaporaba para el recuerdo. Se arrebujó contra él como justo antes de despertarse y se rindió al sueño en cuanto Erroll la aferró por la cintura, emocionado aún por el apelativo dicho. «*Mo ghrà*», le había dicho y habría gritado de júbilo de no haberle importado despertar a todo el mundo.

Al día siguiente, el joven partió con la primera luz, dejándole una carta sobre el almohadón del lecho y con un suave beso que le cosquilleó en los labios, pero que no consiguió despertarla. Ronnie dormía con placidez a su lado, con las mejillas sonrosadas y la boca un poco reseca. Enjugó con agua un paño limpio y vertió unas gotas en su boquita entreabierta. El niño las paladeó y sonrió con expresión satisfecha. Erroll le devolvió la sonrisa y le acarició la mejilla. Deseó volver y aún no se había ido.

*Castillo de Ballinduff, Galway, Irlanda, finales de marzo de 1337.*

Atrás quedaron los frondosos bosques que circundaban el *lough* Loughareema, atrás su familia, sus sueños y sus amigos. Puso al galope a Tizón para no mandar todo al infierno y desistir de hacer el largo viaje.

Cuando llegó al *lough* Neagh, se dejó orientar por el sol como único guía de viaje. El silencio comenzó a molestarle y Erroll se pasó las jornadas silbando o canturreando alguna canción. Sin embargo, prefirió el silencio cuando tuvo que atravesar el condado de Mayo, señorío de Edmond Albanach. Debía haber cogido por el itinerario trazado por Ayden, pero habría demorado el viaje unos días más.

Se sintió observado, mas nadie salió a su encuentro. Tenso como una vara y presto para el combate, temió ser objeto de cualquier flecha perdida. No se fiaba de su primo Albanach. Era inmaduro, obstinado y belicoso. Tenía la misma edad que Sir Uilleag, pero los hermanastros eran bien distintos. O eso le había parecido a él.

Erroll respiró tranquilo cuando se adentró en las tierras de este último. Eran fronterizas en el noroeste a las del condado de Mayo y se extendían hasta el río Shannon, en el este. Eran hermosas. Un dulce goloso que Albanach no dejaría pasar con facilidad.

Sir Uilleag le recibió con honores, como si de un hijo pródigo se tratase. Le presentó a su mujer Emmeline, de los O'Fhaherty, y a los pequeños MacWilliam Richard y Richard. ¿Habría escuchado bien? Pues eran tan parecidos como el nombre que compartían. No pudo por menos que sonreír.

Su primo obvió el motivo por el que lo había invitado a sus tierras adrede. Quería ganarse la confianza de Erroll con una única intención: si no terminaba siendo su aliado, que al menos no fuese su enemigo. Sir Uilleag era firme con sus hombres y un líder nato, de ahí que Erroll no entendiese que los más veteranos se dirigieran a él como *Bod-an-Balcuigh*. No quiso preguntar el porqué de tan inusual mote, no fueran a querer mostrarle la procedencia del mismo. ¡No quisiera Dios!

Sir Uilleag era un hombre inteligente, la poca destreza que tenía con las armas la suplía con eficacia con su sapiencia. Parecía honorable y, por mucho que se había esforzado para encontrarle defectos, eran mínimos y propios de la edad.

Sin embargo, durante una excursión a la torre de Castlegar, algunos hombres se enzarzaron en una vana discusión en la que ambos tomaron partido, pero con posturas muy distintas. Al final, los hombres terminaron por darle la razón a Erroll, que terminó rebatiendo todos los argumentos con su habitual maestría. Todos se mostraron afectuosos y conformes, todos salvo su primo, al

que descubrió mirándole como habría hecho su hermanastro Edmond Albanach.

Le habría dado por reír de ser otra la compañía y por lo infantil del gesto, mas se contuvo. A las personas las conocerás por los detalles, le habría dicho su madre y cuánta razón tenía. Él no subestimaría a los Edmond como tampoco lo haría con Sir Uilleag. Un líder debía saber cuándo se equivocaba y ser lo suficientemente humilde como para admitirlo.

Esa noche, Erroll no quiso bajar al gran salón con los Clanricarde alegando cansancio. Una de las sirvientas de Emmeline le trajo una bandeja de asado y una jarra de vino a su habitación. Era hermosa, esbelta y curvilínea donde debía serlo, pero Erroll tenía las miras en una gata de otro tejado y apenas se fijó.

Ante su falta de atención, la joven se demoró más de lo necesario, con un excesivo contoneo de caderas y un escote que rayaba lo ordinario. ¿Acaso se le estaba ofreciendo? ¿Era un presente de su primo o una treta para cazarlo, según rezaba en la cláusula del testamento de su tío? Se inclinó por esto último ante el descarado, falta de experiencia, y la timidez de ella. Al final, tuvo que despedirla con cajas destempladas, sabiendo que el tiempo de más que la chica pasara en su alcoba podría traerle innecesarios quebraderos de cabeza.

A la mañana siguiente, Erroll compartió mesa con los Clanricarde como si tal cosa, dejando caer que con la luna llena marcharía, pues necesitaba arreglar unos asuntos en el norte. Su primo tensó la mandíbula imperceptiblemente, sabiendo que se le había escapado la oportunidad y barajando las últimas cartas de las que disponía para no perder la mano.

—Lamentamos oír eso, Erroll —apenas susurró Emmeline.

Su esposo la miró desaprobador y ella siguió picoteando de su plato para evitar su mirada por haber hablado sin pertenecerle. Sir Uilleag recompuso su rostro y mostró una brillante sonrisa, palmeó el hombro de Erroll y se dirigió tanto a él como a los presentes:

—Mañana mismo organizaremos una fiesta en vuestro honor, querido primo. La mejor que se haya visto en Ballinduff en mucho tiempo. Engalanaremos los alrededores de la orilla del *lough* Corrib para que todo el mundo se sienta invitado a la fiesta.

Los hombres clamaron como uno solo el lema de los Clanricarde y elogiaron la decisión de su señor. Cualquier excusa era buena para una gran fiesta. El vino y las viandas correrían a raudales, las mujeres se mostrarían

prestas y ellos sofocarían su sed de acción por la convenida tregua.

—No he podido venir en mejor momento —tronó una voz grave en tono afable.

Los murmullos cesaron de repente. Varios hombres se levantaron de sus asientos, dejando asomar un palmo de acero de las vainas. Erroll miró al recién llegado sin saber de quién se trataba a causa del contraluz. Presumió que era enemigo de los Clanricarde o, al menos, no era una visita del todo bien recibida por muchos de ellos.

—¿A qué se debe vuestra presencia en mis tierras, Sir Hugh Bysset?

Erroll escrutó al susodicho más interesado aún. Ese era el hombre que pugnaba con él por Rathlin y del que tanto había oído hablar a Sir William Brisbane. Su tutor coincidió con él en más de una batalla. Los años no pasaban en balde, pero se mantenía en forma. La vida lo había tratado bien. ¿Era ese el hombre que su primo deseaba que conociera?

Sir Hugh había comenzado prestando su lealtad al bando inglés y después a Robert Bruce, granjeándose la enemistad de muchos y la pérdida de bastantes tierras en Irlanda. Era conocido por haber llevado a la muerte a trescientos escoceses veinte años atrás, cuando se opuso a la invasión del rey Robert Bruce. Por un lado, su sangre escocesa bullía indignada, mientras que la irlandesa clamaba abrazar a un hombre que había luchado por enfrentar a un invasor. O al menos eso habría hecho si ambos no compitiesen por el control de Rathlin.

—Oí que el hijo de Cullen Flanagan había tenido la deferencia de visitar las tierras de sus ancestros y quise venir a conocerlo en persona.

Y medir de camino contra quién se enfrentaba, pensó Erroll.

—Pues ya lo conocéis —sentenció Sir Uilleag señalándolo en la mesa principal e impidiendo que su primo tomase la palabra.

—Ya veo —apuntó el otro cortante, aunque con rapidez simuló la misma sonrisa que lucía Sir Uilleag—. Con vuestro permiso, abusaré un par de días de vuestra hospitalidad y asistiré a la fiesta. Mis hombres y monturas están cansados, por favor, proseguid sin nosotros, que no os condicione nuestra presencia...

Erroll tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reír, admirando el quiebro del veterano, pues no solo se había invitado a sí mismo, también había ejercido de anfitrión y señor de esas tierras sin serlo.

La fiesta había comenzado mucho antes de ponerse el sol. Después de un día nuboso, el ocaso había perecido límpido y las estrellas moteaban el aterciopelado azul del cielo. Las antorchas iluminaban el camino y las mesas lucían siempre llenas por muchos comensales que por ellas pasaran.

Erroll inspiró el aroma floral de los adornos que pendían de las ramas de los árboles y deseó poder estrechar a Cat en sus brazos. Era un paisaje idílico y le hubiese gustado compartirlo con ella. La imaginó danzando alrededor de la hoguera central, con su vestido de lino azul verdoso y su media melena al viento y apenas recogida con un trenzado de tardíos nomeolvides. La música de las gaitas amenizó el derrotero de sus pensamientos hasta que su primo se puso a su lado y le llenó la copa de vino.

—Espero que estos días hayan sido de vuestro agrado, mi querido Erroll.

Sir Uilleag tenía la mirada brillante y los pómulos algo enrojecidos. Brindaron. Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa y Erroll estaba decidido a llevarse un buen recuerdo de allí.

—Lo han sido, *mac-bràthar-athar*.

Su primo se veía contento, aunque no relajado, si uno era lo bastante observador como para advertir el tic nervioso que le hacía acariciar el pomo de la espada de forma reiterada.

—¿Lo suficiente como para luchar por estas tierras?

—Estas tierras tienen dueño, Uilleag —le tuteó obviando el título.

—Es cierto. La pequeña Elizabeth de Burgh es la cuarta condesa del Ulster, hasta ahí lo admito, pero no dejaré que esos dos se repartan las tierras de Connacht, no si yo puedo impedirlo. Estos señoríos me pertenecen. Todo lo que has visto, pues soy tan de Burgh como lo son ellos.

Erroll no intervino. No había nada como el vino para desatar la lengua y las verdaderas intenciones que motivaban el corazón de los hombres. Si Sir Uilleag no era el hombre íntegro que decía ser, lo sabría.

—Juntos podríamos reclamar la baja Connacht, incluso el vizcondado de Mayo. Dejad a Sir Edmond de Burgh con el título de conde del Ulster. Eso no me interesa. Por cierto, ¿de qué conocéis a Eoghan Ó Madadhan?

Erroll alzó las cejas confuso.

—Os hizo de guía hasta el *lough* Loughareema y no es de los que hacen un trabajo a cambio de nada —aclaró Sir Uilleag.

—No sé a qué os referís, primo. Se le pagó su trabajo y se fue sin más.

—¿Sabíais que es yerno de mi primo Edmond? Es su mano ejecutora y tengo con él una cuenta pendiente.

—Una cuenta de sangre, supongo.

—Suponéis bien, Erroll. Ese bastardo mató a nueve de los Clanricarde y por mi vida que le haré pagar tal afrenta. Sin embargo, no es de él de quien deberíamos temer. La víbora es mi hermanastro.

—¿Edmond Albanach? —preguntó como si no supiera bien de quién estaban hablando.

—Sí. Él y mi tía Gylle odian a nuestro primo Edmond desde que encarcelaron a mi tío Walter en Northburgh y terminó muriendo de hambre. Creo que por eso acabaron con William Donn.

—Un hermano por otro...

—Si fuera solo eso —suspiró—. Desde niño, Albanach ansía ser el más poderoso señor de las costas de Connacht, del oeste de Shannon y los Clanricarde. Su ambición no tiene límites. Nunca perdonará a mi primo. Pero decidme, ahora que nos conocéis a los tres, ¿qué bando elegiréis vos?

—Ninguno.

—¿No apoyaréis a ninguno?

Erroll observó cómo los dedos crispados mellaban el metal de la copa de su primo, pero no se inmutó. Paladeó un sorbo de vino y le contestó afable:

—No he venido a participar en una guerra que no me pertenece.

—Entiendo —sentenció Sir Uilleag entre aliviado y rabioso por no haber conseguido un aliado más—. Aunque me esperaba algo más del hijo de Cullen Flanagan, como que no fuerais un cobarde.

El filo del *sgian dubh* en la yugular le reveló a su primo que podría ser de todo menos un cobarde. Ni siquiera le había dado tiempo a echar mano a su espada, a pesar de haber estado todo el tiempo jugueteando con el pomo.

—Es tan fiero el león como lo pintan...

Sir Uilleag tragó saliva sabiendo que era la ocasión idónea para retirarse. Al fin y al cabo, no le había ido tan mal sin ese gallito engreído. Sin embargo, y aún estando en clara desventaja, se tiró un farol:

—Dudo que os conforméis con lo que os dio el viejo. Además de Rathlin, también se dispuso que os dieran mucho oro. ¿Acaso renunciaréis a tan cuantiosa suma? Yo no lo haría.

—Solo vine a por lo que es mío. Nada más.

—Entonces estamos de suerte.

Los ojos de Sir Uilleag le mostraron con cierto resentimiento que no era por falta de ambición el no entrar en guerra abierta. Era lo suficientemente listo para saber que se encontraba en inferioridad de condiciones respecto a los de Burgh y los Albanach. No era por falta de ganas.

Erroll suspiró y retiró el *sgian dubh* con una estudiada sonrisa. Había creído ver en él un tipo distinto, alguien en quien poder confiar, pero era igual que los otros dos. ¡Allá ellos que se repartieran el hueso como buenas hienas! Él no sería la cabeza de turco de nadie.

—*Is fhearr bloigh bheag le bheannachd, na bloigh mór le mallachd*—replicó solemne Erroll.

—Desde luego, la isla es bonita, aunque será de Sir Hugh Bysset, me temo—carraspeó a la vez que tanteaba el lugar que acababa de ser acariciado por el acero de su primo—. Por mi parte, tenéis la bendición, solo queda que esos dos accedan a cederos con tanto gusto su parte.

Nunca fue vuestra, quiso decirle Erroll, pero calló. Sir William Brisbane siempre le había dicho que, mientras pudiera evitarlo, no hiciese enemigos. Muchas veces, su ansia de hacer prevalecer lo que pensaba en su juventud le había llevado a iniciar peleas sin sentido. El pobre caballero había tenido que separarlo del terco de Darren en numerosísimas ocasiones. No, esta vez no quería un enemigo y, con la mejor de sus sonrisas, le dijo:

—Agradecido.

Ambos entrechocaron sus copas más como un tanteo de fuerzas que como un brindis. Sir Uilleag era de los que le gustaba decir la última palabra y así hizo.

—No dudéis en venir a mí si no llegáis a un acuerdo. Mi casa es vuestra casa.

Ni muerto, pensó Erroll.

Erroll paladeó el vino en la boca, aunque se le estaba agriando. Él no había ido a Irlanda para ser el segundo de nadie, ni jurar lealtad a un hombre del que no podría sentirse orgulloso. Se despidió con una bajada de cabeza leve y con la excusa de aliviar la vejiga para poder seguir bebiendo. A su regreso, se cuidó de estar lejos de Sir Uilleag ni de nadie conocido para meditar en paz. Sin embargo, la solaz le duró poco, ya que alguien se atrevió a sacarlo de su ensimismamiento y trabarle la retirada.



—No esperéis que vuestro primo mueva un dedo por ayudaros. Es el mejor de los tres, pero también el más necio.

Erroll chasqueó la lengua y se revolvió, mirando con desaprobación manifiesta la mano que le sujetaba el antebrazo con fuerza. ¿Quién era ese hombre y cómo sabía lo que pensaba?

—¿Quién...?

Las palabras se atoraron en su garganta al reconocerlo: Sir Hugh Mac Eoin Bysset.

—No habéis cambiado nada, Erroll Flanagan de Lyon.

Él podría haberle dicho lo mismo, pero enmudeció. ¿Cómo un curtido guerrero como él podía acordarse de un niño? ¿Era cierto que había hecho tan largo viaje solo por verle? ¿Y por qué no había preferido presentarse en Loughareema siendo prácticamente vecinos?

—No me miréis así —se carcajeó el hombre, reajustándose el cinto de la espada a la ligera curvatura de su abdomen. Seguía en forma, apreció el joven, mientras que el otro se explicó—: Fui amigo de correrías de vuestro padre antes de que se enamorara sin remedio de esa leona. ¡Menuda hembra! ¿Aún me pregunto cómo pudo elegirlo a él y no a mí? Pero así es la vida, hay que saber perder...

Erroll no tenía la noche para fingimientos y Sir Hugh se anticipó al gesto nervioso y fiero del joven, riéndose aún más. A Flanagan no se le pasaba por alto el hecho de que ese hombre había cambiado de bando en repetidas ocasiones y de que jamás podría fiarse de él por completo. Tampoco creía que su padre, un simple bastardo y afín a la dinastía Bruce, hubiese sido su amigo. ¿Qué se traía entre manos entonces? «¡Voto a Dios que lo averiguaré!», exclamó para sí, sin dejar de ver cómo un cerco invisible parecía instarlo a asumir partido por uno u otro bando.

El caballero había vengado con creces la pérdida de gran parte de sus tierras y no respondía al jefe de ningún clan, haciendo y deshaciendo a su antojo. Lo miró con desaprobación, como habría mirado a su difunto tío de haber tenido la oportunidad de tenerlo delante, pues nunca entendería cómo Sir Richard Óg pudo alzarse en armas contra su propio yerno Bruce, el legítimo heredero de la corona escocesa. La nueva carcajada de Sir Hugh hizo que recuperara su atención.

—Igual que vuestro padre, sin duda. Es como verlo frente a mí, treinta años atrás.

—¿Y eso os incomoda? —le preguntó Erroll casi rechinando los dientes.

—No, por supuesto, le debo la vida.

Ante el gesto de estupefacción de Flanagan, esta vez el caballero solo sonrió. ¿Sería cierto? Muchos lo habían dado por muerto tras la aciaga escaramuza con los escoceses, pero ahí estaba. ¿Habría tenido algo que ver su padre?

—No os lo contó vuestra madre por lo que veo...

El rostro de Sir Hugh se mostró circunspecto, mientras sus pequeños ojos azules buscaban cualquier resquicio donde trepanar su compostura. Mas era cierto, Eileen de Lyon jamás le había nombrado tal heroicidad de su padre, quizás porque lamentara haberle salvado la vida al sujeto en cuestión o solo Dios sabía por qué.

—¿Qué queréis de mí, Mac Eoin Byset?

—Saldar mi deuda con vuestra familia.

«A otro con el cuento», se dijo enfurruñado porque lo creyera un memo.

—Él ha muerto.

—Bien lo sé, pero me aseguraré que Rathlin sea vuestro.

Erroll enarcó una ceja y se cruzó de brazos, mostrando su complexión de guerrero. No le gustaban las argucias. Si había regresado a Irlanda era para reclamar lo que le pertenecía por derecho y no para entrar en una guerra de herederos.

—La isla de Rathlin es mía —le dijo Erroll convencido y tirándose el farol. Había algo que no le gustaba en ese caballero—, como vuestro es el castillo de la cañada con el mismo nombre. No quiero problemas.

El caballero resopló, parecía aliviado, incluso. ¿Acaso solo lo había estado tanteando? No quería enemigos, menos uno emparentado con John de Islay, mano derecha de Eduardo de Inglaterra.

—No seré yo quien os los dé.

—¿Por qué, Sir Hugh? Dudo que sea por esa antigua deuda.

—Digamos que os prefiero a vos de vecino antes que a cualquiera de vuestros primos.

Pudiera ser cierto, pero Erroll no era de los que se convencían fácilmente. Aún le quedaba una duda antes de sopesar qué actitud tomar con su vecino más próximo:

—¿Tuvisteis algo que ver con la muerte de mi primo William?

Aunque Erroll ya sabía la respuesta por lo que había confesado Sir Uilleag, quería estar seguro de no hacer negocios con un asesino.

—¿Qué habría ganado yo con eso?

—Quizás que el condado terminara por debilitarse con la guerra entre herederos de Burgh, dejándoos a vos como legítimo dueño.

—¿Y si así fuera?

—No sería yo quien os diera problemas —sentenció Erroll, repitiendo como suya la frase dicha antes por el caballero—. Esa guerra no me atañe.

Sir Hugh lo miró con cautela. Ojalá contara con más hombres como Flanagan en su bando, pero si el hijo se parecía al padre, ni todo el oro del mundo lo persuadiría para atraerlo a la causa Plantagenet. Causa que, por otro lado, cada vez le provocaba más ardores de estómago y más quebraderos de cabeza.

—¿No? —El joven negó—. Corre sangre de Burgh por vuestras venas —sentenció, como si el simple hecho refutara algo.

—No me interesa más que aquello que fue prometido como herencia a mi padre.

—Luego son ciertos los rumores que apuntan que no luchasteis por Glamis...

—Son ciertos, no lo hice.

—Lo dicho, os ayudaré a conseguir esa maldita isla y a instalaros en ella.

Y, sin más, lo dejó allí plantado en medio de la vorágine de la fiesta, intentando dilucidar cuán provechoso era tener un aliado como aquel. Bebió un par de copas más de vino especiado y se sentó junto al fuego. No estaba de humor. Poco o nada había avanzado en las negociaciones. Ninguno de sus primos parecía tener mayor sabiduría que la joven heredera, Elizabeth de Burgh y cuarta condesa del Ulster, pues se peleaban como hienas por una carroña que, en cuanto la niña alcanzara la mayoría de edad o se casara, dejaría de ser suya.

No tenía nada mejor que hacer, hasta que el alba tiñese de rojo el horizonte, que participar de la *feis*. Se echó una nueva jarra de vino y sonrió a todos y a nadie, departiendo algunas conversaciones vanas y escuchando con atención otras sobre la infancia de su padre. Rio con algunas anécdotas de

Cullen Flanagan de niño y pronto se ganó la camaradería de los presentes con sus breves, pero contundentes, intervenciones. Se sentía desconocido, ¡él que siempre había buscado ser el centro de atención de cualquier fiesta! No obstante, debía reconocer que había disfrutado mucho. Brindó una última copa por sus amigos, por que volviesen las risas de antaño y por escuchar el ronroneo meloso de su gata...

Al alba, sintió esa tierra un poco más suya, aunque más pesado el corazón. Deseó encontrarse de regreso en las tierras de Ayden y Leena, donde había dejado a buen recaudo a Catherine y Ronnie. Verlos era lo único que necesitaba para olvidarse de los tejemanejes de sus parientes. Dormitó entre cuerpos que apestaban a sexo, a sudor y a alcohol. Tenía que descansar para retomar camino y tomar una decisión, mas solo verlos pronto le importaba. Regresaría con las manos tan vacías como se había ido hacía una luna, pero con la convicción de que esta vez no renunciaría por nada en el mundo a lo que era suyo por derecho.



## Capítulo 40

### ENTRE HERMANOS

*Lough Loughareema, Ballycastle, Irlanda, primeros de abril de 1337.*

Ronnie lo recibió con los brazos abiertos. El bamboleo inseguro de sus primeros pasos le encogió el corazón. ¡Cuánto lo había echado de menos! Lo aupó y lanzó al aire entre las risas del pequeño. Catherine salió al umbral a ver qué pasaba y Susan se retiró para dejarlos a solas.

—Erroll...

Las lágrimas de alegría brillaron como gotas de rocío en sus largas pestañas. Catherine se llevó una mano al corazón. Erroll le dedicó una ancha sonrisa. Estaba más bella que nunca. Dejó al pequeño en el suelo y le dio la manita para llegar hasta su madre. Había cogido peso gracias al embarazo y su tez mostraba un particular esplendor. Quiso abrazarla, pero la pronunciada curva de su vientre se lo impedía. Ambos sonrieron. Él la rodeó y abrazó desde atrás, apoyando el mentón en su hombro.

—Solo Dios sabe lo mucho que os he echado de menos —susurró.

—Habéis vuelto sano y salvo. Es lo único que me importa —contestó con la voz estrangulada por la emoción.

Erroll la tomó por la barbilla para embeberse de sus ojos.

—¿Acaso pensabais que no volvería?

El breve silencio lo enmudeció y la abrazó con más fuerza.

—Vosotros sois lo que más quiero en este mundo, Catherine. No lo dudéis nunca. Este viaje me ha servido para terminar de abrir los ojos.

—¿Si?

—Sí, pero ya habrá tiempo de hablar de ello. Decidme, ¿cómo estáis?

Las manos masculinas dejaron los hombros para perderse por la inexistente cintura. Ella sonrió.

—Estamos bien. Algo cansadas y con ganas de vernos ya las caras a estas alturas.

—¿Cansadas? ¿Creéis que será niña?

Los ojos de la gata resplandecieron.

—Eso dice la partera. ¿Qué os parece? ¿Habríais preferido otro niño?

—La verdad es que me encantaría tener una gatita con vuestros ojos, aunque menos brava —rio él.

Catherine se puso de lado y apoyó la cabeza en su fornido pecho. Le pasó las uñas por encima de la camisa, mientras desabrochaba el *cotun*. Erroll contuvo el aliento y le sostuvo la mano.

—Queréis matarme...

—Bien sabéis que no me mancharía las manos de querer hacerlo —dijo solemne, aunque el brillo travieso de sus ojos la delataba.

Erroll rio a carcajadas.

—Eso decídmelo esta noche cuando este pequeño bribón se duerma.

Catherine se sonrojó.

—Estáis tan hermosa que no sé cómo me contengo.

—Apaciguaos, león. Alguien viene... —le susurró melosa.

Los Murray llegaron haciendo ruido suficiente para alertar a la joven pareja de su llegada. Erroll se acomodó las ropas y Ayden le guiñó un ojo.

—Veo que no perdéis el tiempo.

—Tampoco vos —comentó al comprobar el sutil cambio en el perfil de Leena.

—Os dije que tenía los deberes hechos, pero que aún era pronto para decirlo —expuso feliz.

—Bienvenido, Erroll. La cena estará lista en breve, por si queréis asearos antes.

Leena y sus sutilezas, pensó el guerrero, agradecido porque nada hubiese cambiado.

—Aprovecharé para darme un baño en el lago. ¿Quién se viene?

Ronnie y Cailéan alzaron las manitas al unísono. Erroll se echó a los pequeños a los hombros como si fuesen fardos y corrió colina abajo con ellos. Ayden suspiró un:

—No tiene remedio.

Las mujeres se rieron. Leena le dio a su marido unos lienzos limpios para que se secaran. Entretanto, Catherine rebuscó en un cesto.

—También necesitarán una muda —añadió la gata.

Ayden cogió todo y fue tras su amigo. Cat contempló cómo el irlandés se iba desprendiendo de la ropa en la orilla. Los niños lo esperaban impacientes.

—Ya lo tenéis aquí —le susurró sonriente Leena antes de entrar de nuevo en la gran casa.

Catherine se sentó sobre un tocón y los esperó. La felicidad de tenerlo cerca, de verlo jugar con su hijo la abrumaba. Se acarició el vientre pensativa.

—Seréis gata y brava. El león tendrá que sacar las uñas, me temo.

—¿Con *quién* habláis? —le preguntó Ashlyne curiosa.

Cat dio un respingo. No había oído llegar a la niña.

—Con el bebé.

—¿Ella *ezcucha*?

La gata sonrió. ¿Qué responderle? Ella no sabía a ciencia cierta si el bebé podía escucharla, pero le gustaba pensar que sí, que la oía. Asintió. Ashlyne la miraba con expresión seria, como si meditara bien la respuesta.

—¿Cómo *ze* llama?

—No podemos darle nombre hasta que haya nacido.

—¿Por qué? —preguntó interesada la niña.

—Los duendes podrían reclamarla.

Ashlyne miró hacia el lago. Erroll estaba a medio vestir y secaba a Ronnie. Ayden corría tras Cailéan, pero el pequeño conseguía esquivarlo.

—Él no dejará *paze* nada malo a la niña —sentenció muy seria en su media lengua y volvió a la casa, desde la puerta dijo—: *[Piuthar-athar](#)*, cena en mesa.

Catherine agradeció a la niña que le diese el recado. Le había sorprendido que alguien tan pequeño pudiese tener tanta sabiduría. Erroll amenizó la velada con anécdotas sobre el viaje. Algunas de ellas provocaron

risa, otras preguntas o exclamaciones de pavor. La gata lo escuchó atenta y sin perder detalle a sus gestos. Los niños pidieron más historias entre bostezos, pero ya era hora de que se fueran a descansar.

Las mujeres se retiraron a sus aposentos a dormir a los pequeños. Ayden y Erroll se quedaron en el gran salón un rato más. Las noches empezaban a ser más cálidas, pero se sentaron al abrigo de la chimenea.

—¿Lo tenéis decidido? —le preguntó el mellizo cuando se cercioró de que nadie más los escuchaba.

—Después de todo lo que he visto y oído, creedme, es la mejor opción.

—Mi oferta sigue en pie. La cabaña es vuestra, podéis disponer del terreno que queráis y construir algo parecido a lo que tenemos. Nos vendrá bien teneros cerca si la guerra de los Burgh se recrudece.

—Os lo agradezco, pero si todo sale como espero. Tendremos dinero suficiente para hacernos con las baldías tierras de Cushendun, limítrofes con las vuestras y con los Bysset.

—¿Qué interés tiene esa desembocadura?

—Podríamos tener acceso directo al mar, Ayden. No quiero depender de Sir Hugh, señor de las Veletas.

Ayden rio por el nuevo apodo y abrazó a su amigo. Serían vecinos después de todo.

—Bien pensado, *caraid*. Esperemos que nada se tuerza —dijo cruzando los dedos.

*Isla de Rathlin, Irlanda, 19 abril de 1337.*

A la hora de la Misericordia del día siguiente, se estaría reuniendo con los Edmond en el castillo de Dunluce. En cuanto supo que Sir Hugh Bysset también asistiría a la reunión, fue a verlo.

Después de haberlo hablado con mucha calma con Ayden, había llegado a la conclusión de que lo mejor era coger el oro y negociar con Sir Hugh el valor de Rathlin. La guerra entre los de Burgh se había recrudecido en ese mes y la ambición jamás había aguijoneado el alma de Erroll. Mucho



menos entonces, cuando lo único que deseaba era hacer efectiva la herencia y olvidarse de rencillas sin fundamento alguno.

Ni los Edmond ni Sir Uilleag eran santos de su devoción. Cada cual se miraba el ombligo sin entender que llevarían a la pobreza a sus propias familias, diezmando sus propios recursos y por una tierra que no les pertenecería por mucho tiempo. Maud había hecho muy bien llevándose a la pequeña heredera a Inglaterra tal y como estaban las cosas. Su decisión de no tomar partido por ninguno de los bandos era firme. Exigiría su parte legítima y en paz.

Erroll prefirió no entrar en el castillo de los Mac Eoin Bysset, y que compartía nombre con la que había considerado «su» isla hasta entonces. No quería que se malinterpretara la visita en caso de llegar a oídos de sus primos. El señor de las Cañadas, como todos conocían a Sir Hugh en la zona, lo recibió con los brazos abiertos y se ofreció para llevarlo a inspeccionar la isla *in situ*.

Mas tenía que ser cauto, Sir Hugh era poderoso y tenía que averiguar de qué pie cojeaba. No le revelaría sus verdaderos planes, si algo había aprendido del juego era a no revelar sus cartas. Algo en su mirada había cambiado, pensó Erroll y se cuidó de no darle la espalda en lo que restara de día.

Por su parte, Sir Hugh era un hombre versado en el doble juego y para él, Erroll solo era un niño. No movería un dedo por adueñarse de la isla hasta que terminara de convencer a Eduardo III de Inglaterra para que se la diera. Quizás cediéndola durante uno o dos años, se encontrara el castillo arreglado incluso.

De hecho, el caballero estaba decidido a ser amigo del joven y aprovechar ese tiempo para conocerlo mejor. Nunca se debía subestimar al enemigo por pequeño que fuese. Al fin y al cabo, durante un tiempo serían vecinos. Sus tierras eran las más próximas para arribar en la costa irlandesa y, de llevarse bien, sus aldeas serían las que más se beneficiarían con la llegada del nuevo señor escocés.

Los Mac Eoin Bysset lo acogieron con simpatía y dispusieron lo necesario para visitar la isla. Cabalgaron a la bahía de Murlach, donde aguardaba la pequeña flota de barcos de Sir Hugh, y emprendieron la corta travesía de tres millas, donde no faltaron las risas y anécdotas de antaño.

Algunas de ellas le resultaban familiares, pues quizás se las hubiese relatado su padre de niño.

Erroll mostró verdadero interés por todo lo concerniente a la isla y no mostraría sus cartas hasta que no fuese estrictamente necesario. Absorbía cada detalle, memorizando todo aquello que pudiera servirle en sucesivos viajes, o eso hacía ver. No dejó de observar que las aguas del canal no eran mansas y que, a pesar del buen tiempo que reinaba esa mañana, había remolinos por doquier.

—Tendré que hacerme con un buen barco para aprovisionar Rathlin y no perder contacto con ninguna de las costas cercanas, sobre todo en invierno. ¿Cuál me aconsejáis, Sir Hugh?

—Uno que soporte bien los envites del *Sloughnamorro*, nunca hay que subestimar su bravura —contestó el caballero, con la mirada perdida en el horizonte y acodado a su lado en la borda.

—¿A qué os referís?

—A las mareas que corren desde Fair Head a la isla un par de veces al día y que son causantes de estos remolinos. Muchos barcos han naufragado en estas aguas y grandes tesoros se ocultan en ellas, según dicen.

Erroll miró el mar picado y sonrió. Sabía de alguno de esos famosos naufragios y cómo gran parte de las cargas de los navíos se repartían antes de que nadie pudiese reclamarlas.

Cuando pisaron la isla de Rathlin, deseó que su padre pudiese verlo allá donde estuviese y se llevó la mano al corazón. «*Ach Càit 'n deach a' Chlach? Seo*», murmuró emocionado con un puñado de tierra en la mano. Renunciar a ella sería más difícil de lo había imaginado en un principio.

—¿Lo oléis? —le preguntó Sir Hugh desde lo alto de su montura.

Erroll subió sobre Tizón, acarició la testuz del caballo para calmarlo e inspiró, descartando el olor a salitre y algas.

—¿Lavanda?

—Sí —afirmó complacido el caballero—. Aquí el clima es templado y, a pesar de las fechas, incluso podríais llegar a ver tomillo florecido.

Le pareció curioso que un guerrero como él supiese tanto de flores. Los Mac Eoin Byset no eran hombres convencionales y poco o nada se parecían a sus primos. Recorrieron la cala y subieron a la colina, donde una bandada de chovas piquirrojas los recibió emprendiendo un desordenado y

acrobático vuelo. Su plumaje y apostura eran parecidas a las de un cuervo, aunque más brillantes y tenían el pico más curvo. La isla tenía una variopinta colonia de aves y ya se imaginaba a Ronnie entretenido correteando tras ellas.

Tizón galopaba gustoso por el paseo, aunque frenó la marcha nada más intuir lo cerca que se encontraban del borde. Los acantilados del este, de alrededor de doscientos pies de altura, dejó a Erroll sin respiración apenas un segundo, emocionado por las vistas que ofrecía.

—Justo bajo nuestros pies se encuentra la cueva Avaragh, donde aseguran que se escondió vuestro amado rey Bruce —comentó Sir Hugh como si tal cosa—, aunque yo creo que lo hizo en el castillo, porque a ella solo puede accederse por barco y con el mar en calma.

Erroll no dijo nada. Había escuchado esa historia, una especie de leyenda que jamás nadie había refutado, ni siquiera el mismísimo Robert. A la vuelta, se fijó más en el castillo que habían mencionado antes, una de las tres construcciones más importantes de la isla. Se había derrumbado la zona alta de la torre por falta de conservación y uso. No sería difícil volver a ponerla en pie, restaurar las cocinas y acondicionar los barracones para convertirlos en granero y establo respectivamente.

Rathlin era una isla hermosa y habría podido sentirla como su hogar.

Antes de llegar a la ensenada donde habían dejado el barco, se cruzaron con un par de liebres. Varios de los que los acompañaban sacaron el arco y uno estuvo a punto de hacer blanco en una de ellas.

—Son muy codiciadas —dijo el que había errado el tiro por los pelos—. Su carne es más jugosa y su piel más clara, de ojos tan azules como el cielo.

—¡Demonios! ¿Habláis de una liebre o de una mujer? —preguntó jocoso Erroll y todos rieron la ocurrencia.

—De hablar de otra mujer que no fuera la suya, ya no tendría la cabeza sobre sus hombros —replicó otro.

—Vamos, vamos, haya paz —intervino Sir Hugh, que conocía cómo acababan ese tipo de bromas entre sus hombres.

—Como decía —comentó el arquero haciendo una ligera pausa por si alguien lo interrumpía de nuevo—, esas liebres solo las encontraréis aquí. No me importaría echaros una mano con ellas. Son muy preciadas.

Erroll comprobó de primera mano que era propio de los Mac Eoin Bysset el auto-invitarse, a lo que Sir Hugh añadió:

—No hallaréis mejor carpintero en estas islas que Thomas, ni mejor cocinera que Brigitta, su mujer.

—Lo tendré en cuenta, *caraid*. Me hará falta tener a alguien tan capaz en mis tierras, si es que consigo que sean mías, claro.

Todos asintieron. Erroll echó la vista atrás justo antes de embarcarse de nuevo rumbo a la costa. Se despidió de esa hermosa isla y de los Mac Eoin Bysset nada más llegar al embarcadero. También rechazó gentilmente la propuesta de cabalgar junto a Sir Hugh a Dunluce. Quería estar solo y prepararse para lo que estaba por venir.

*Castillo de Dunluce, Irlanda, al día siguiente.*

—¡Demonios, Edmond! —exclamó Sir Hugh refiriéndose al de Burgh de Castleconnell—. Si Erroll cumpliera la petición de vuestro padre y se casara con alguna pariente vuestra, estaría obligado a tomar parte en la lucha por lazos de sangre. ¿Es que no lo veis?

El otro Edmond asintió preocupado, pues no había ninguna Albanach soltera y en edad casadera para cumplir tal requerimiento. Un aliado como Erroll inclinaría a su favor la balanza contra su primo y su medio hermano, pero por más que lo había intentado, parecía de esas personas de moral inquebrantable y no había acudido siquiera a verlo.

Albanach tiró la copa de un manotazo, vertiendo el líquido ambarino en el suelo y dejando perplejos a los otros dos. Ni siquiera se disculpó. Odiaba respirar el mismo aire que su primo y reírle la gracia, pero era el único modo de tenerlo vigilado.

Cada día que pasaba, le costaba más no cogerlo del cuello y acabar de una condenada vez con aquella farsa. Pero como bien decía su tía: la ansiada venganza llegaría cuando menos se lo esperara. Ya había conseguido enemistarlo contra Sir Uilleag, al que había aislado al sur de Connacht, y contra el que ambos descargarían sus hombres para reducirlo a la nada. Después... ¡zas! Él mismo apagaría la luz de los ojos del gran de Burgh, del legítimo de Burgh. ¡Maldito fuera! Sin embargo, aún le quedaba una duda:

—No sabemos si llegó a comprometerse con alguna Clanricarde

durante el tiempo que estuvo en Ballinduff —masculló mientras se sentaba en un sillón y no le quitaba ojo al vaivén del trasero de la criada que limpiaba de rodillas su estropicio.

—Perded cuidado. No lo hizo.

—¿Y cómo lo sabéis, Sir Hugh? ¿También estuvisteis allí para verlo? Dudo que Sir Uilleag perdiera la ocasión de engatusarlo con alguna de mis primas o sobrinas —especuló de Burgh, contagiado por el malhumor de su tocayo y primo.

—Lo estuve.

—¡Parecéis Dios en todas partes! —exclamó desabrido de Burgh—. ¿Y a qué fuisteis si puede saberse?

—A conocerlo y evitar una alianza.

—¿Y lo conseguisteis?

—Por supuesto —Sir Hugh se tomó un respiro y se sirvió una copa—. ¿Y dónde está Sir Uilleag, si no es indiscreción? ¿No lo convocasteis antes?

—Sí, de hecho sabe que necesitamos su rúbrica para sellar el pacto.

—Pues esperemos que venga...

Edmond de Albanach había dejado de prestar atención a la muchacha y seguía el rifirrafe de ambos con sumo interés. No sabía cuánto de verdad había en eso que decía el caballero, pero en algo estaba de acuerdo: de no estar con los Albanach, Erroll debería quedar al margen.

—Estoy con Sir Hugh Bysset, sin que sirva de precedente —respondió rompiendo el cruce de miradas que mantenían su primo y el señor de las Cañadas.

Mas ignorándolo, Sir Edmond de Burgh la emprendió de nuevo con Sir Hugh, que no terminaba de saber a cuento de qué tenía voz y voto en aquel enredo, por muy vecino de lindes que fuese. Ofuscado, miró a su alrededor con recelo. Le habría gustado que estuviera Aveline con él, pero su hermana se encontraba indispuesta desde hacía días y retirada a sus aposentos.

Un informante suyo le había confiado la salida de Sir Hugh y Erroll a Rathlin. El hombre estaba casado con una Bysset y vivía cerca del embarcadero. Su origen era humilde y de Burgh, otro de los muchos hijos bastardos que tuvo su abuelo, aunque de este no quisiese saber su existencia. Leal a su familia, su padre ya lo había utilizado para estos menesteres. Nadie sospecharía de él como espía y lo tenía al día de las idas y venidas del señor de las Cañadas. Sin embargo, había algo que se le pasaba por alto, ya que Sir

Hugh y Erroll no habían llegado juntos al castillo de Dunluce como cabía esperar.

—Vayamos abajo —sentenció de Burgh sin esperar más—. Estas paredes tienen oídos y no me gustaría que se supiera de lo que aquí se trata antes que nosotros mismos.

Sir Hugh asintió y Edmond de Albanach resopló. Odiaba que lo ignoraran, odiaba el pasadizo húmedo que llevaba a la cueva de las Sirenas y odiaba perder las prometedoras vistas que le ofrecía sin quererlo la criada y a las que dedicó una última ojeada. La joven se irguió en ese instante y se recolocó un mechón de pelo tras la oreja, hizo una pequeña genuflexión y pidió permiso para salir. Bien se habría ido tras ella, esos dos seguían con su dialéctica y sin hacerle caso.

Edmond Albanach los siguió en silencio. Ese maldito castillo le había estado vedado en vida del gran Richard Óg. Aún recordaba cómo el viejo los dejaba esperando al otro lado del rastrillo, sin importarle que los hijos y la mujer de su medio hermano no tuviesen un lugar donde cobijarse, hiciese frío o calor. Ellos, los legítimos hijos de William Liath Oughter de Burgh, Guardián de Irlanda, esperando a que terminaran lo que su padre hubiese venido a hacer. No había derecho. Le hervía la sangre.

No obstante, muerto su tío y con una heredera de tierna edad, nada ni nadie le impediría pasearse por donde quisiese. Jamás se conformaría con las migajas que querían hacerle tragar. Él, un simple bastardo, pondría a todos esos con ínfulas de grandes señores en su sitio. No dejaría una piedra en pie de Dunluce si salía todo como había dispuesto. Así, el alma del viejo no descansaría en su tumba, como no había podido hacerlo él en todos sus años de vida.

La cueva era un abismo labrado por la naturaleza justo debajo de la fortaleza. Lugar de reuniones preferente cuando se requería la máxima confidencialidad y ratonera para los que no se avenían a razones. Sir Hugh y Sir Edmond se habían acercado a la orilla. Su primo no parecía muy complacido. De haber estado solos, habría expiado su último estertor.

«Aún no ha llegado vuestra hora», pensó Albanach con malicia mientras se colocaba a dos pasos de la orilla, respetando el avance lánguido del mar. Sus fríos ojos se demoraron en el horizonte, en el rayo que rasgó sin piedad el cielo en dos. Podía percibir la ira y el temor en las palabras de su primo. Eso le irritaba. ¿Qué tenía ese maldito Erroll para infundirle tal

aprehensión? Solo era un bastardo más, un guerrero, un lisonjero hombre de honor que había rechazado estar a su lado a pesar de la cuantiosa bolsa de oro ofrecida. Escupió.

—¿No teméis que se haga con una flotilla y nos reclame más de lo estipulado?

Albanach miró a su primo con aversión. Sabía que no deseaba enfrentarse a Erroll, importándole un bledo si ponía en jaque al señor de las Cañadas. Su sola presencia le desasosegaba, él mismo lo había presenciado sin creérselo. ¡Maldito necio! Era a él a quien debía temer. Resopló y aguardó la respuesta de su tocayo con interés, mientras murmuraba un: «Me las pagaréis».

Sir Hugh no se perdía un detalle. Había insistido en formar parte de la reunión para enterarse de primera mano del acuerdo y del destino de la isla. Le parecía mentira que Erroll tuviera la sangre de esos dos corriendo por sus venas, mas su rostro era prueba irrefutable de ser nieto del primer conde de esas tierras, el temido Walter de Burgh. Erroll era un solo hombre y todos tenían un precio. Sería su particular forma de pagar la deuda de vida contraída con el padre del joven, Cullen Flanagan. De hecho, le permitiría vivir en Rathlin si ese era su deseo con tal de atraerlo a su bando. Jovial, respondió:

—Tanto como que vos os alcéis en armas y reclaméis Dunluce como vuestro, Sir Edmond.

Ambos primos enmudecieron al unísono. Nadie sabía de los planes de despojar a la pequeña Elizabeth de su herencia. Nadie a parte de ellos.

—¿Confíais en Erroll? —preguntó de Burgh recuperado del mutismo inicial.

—Tanto como en vos —replicó Sir Hugh de nuevo, agradeciendo que no hubiese sido el de Albanach el que hubiese formulado tal pregunta.

Sir Edmond de Burgh se irguió no sabiendo si sentirse confiado u ofendido. Optó por lo primero, ya tenía bastante con el hostigamiento que se traía entre manos con sus primos como para declararle la guerra a su vecino más próximo.

—Está bien. Solo espero que no tengamos nunca de lo que lamentarnos, pues he oído que es una espada encomiable e íntimo amigo de los Murray que ocuparon las tierras del *lough* Loughareema.

—¿Y? Solo se trata de un hombre, su mujer y su hijo, que apenas tiene un año...

Sir Hugh no añadió que se refería ahora a Erroll y no a Ayden, prefería que temieran a su pariente, que supieran que no podrían hacer lo que quisieran y salir airosos de ello.

—No solo estáis en todas partes, también estáis bien informado... —expresó Edmond Albanach con una sonrisa aviesa y petulante, haciéndolos partícipes de su existencia.

—No estaría aquí si no supiese a qué enfrentarme —les sentenció Sir Hugh a ambos—. Las tierras fueron cedidas en vida de Lord John de Eltham, Dios lo tenga en su Gloria.

Los Edmond se persignaron más por costumbre que porque le pesara la muerte del hermano pequeño del rey el pasado septiembre. Sobre todo porque muchos eran los rumores que señalaban a su propia majestad como la mano que andaba detrás de tan trágico incidente.

—¿Cuál es vuestro consejo entonces? —preguntó de Burgh.

—Erroll solo quiere empezar una nueva vida en Irlanda. Podría haberos pedido que lo cubrierais de oro, incluso haber reclamado este castillo y alguno más, pero no. Solo pidió los 3.500 acres que el primer conde le prometió a su padre y casarse con quien guste. Un precio justo. ¿No creéis?

—Un precio desorbitado para quienes no conocíamos ni su existencia —expresó con disgusto Albanach.

—Ese es vuestro problema, Albanach.

Nadie le había hablado jamás con tanto desprecio. El joven desafió con un gesto despectivo al señor de las Cañadas. Este ni se inmutó. Su primo atrapó su brazo antes de que cometiese otra imprudencia.

—El día que descubráis que es mejor tenerlo de vecino que de enemigo aprenderéis que es un pago mínimo.

—¿Por qué? ¿Por qué todos le teméis como si no fuese mortal, un simple guerrero como cualquiera de nosotros?

Sir Edmond de Burgh tardó en contestarle a su primo, cada vez más convencido de que lo que pedía Erroll era un precio mísero en comparación.

—Él es un líder. Domina el arte de la palabra. No promete, cumple. No agasaja, estimula. ¿No habéis escuchado lo que consiguió en Glamis? ¿Lo que todos hablan de él? Consigue que hasta el más apocado se sienta valeroso y esa es su mejor arma. Confieso que he intentado engatusarlo hacia mi bando, dudo mucho que no lo hayáis hecho también vos, sabéis de lo que hablo. Él se ha mantenido firme y leal a lo que le había sido prometido a su padre. No ha



querido más. No es ambicioso y eso le honra a los ojos de Dios.

Hizo una pausa y miró a los ojos a Albanach, sabía el odio que su primo le profesaba, sabía que jamás llegarían a un entendimiento, pero tenía claro que debía alejar a Erroll de la disputa y lo haría dándole lo que le pertenecía por derecho.

—Los hombres no lo seguirían porque les prometiese oro, lo seguirían por él mismo. ¿Entendéis la diferencia?

A su pesar, Albanach asintió. Admitía la diferencia. Los hombres le honrarían por no poner su vida en peligro de forma innecesaria, por luchar codo con codo con ellos, por tratarlos como a iguales. Era cierto, cuanto más lejos tuviesen a aquel que podría aunar a todas las facciones de Burgh y hacerles sombra, mucho mejor.

—Esa isla es un lugar estratégico entre ambas costas —replicó Albanach—. ¿No sería mejor darle unos cuantos acres en cualquier parte y ya está?

Sir Hugh apretó los dientes.

—Esa isla está cerca de mis costas y tendríais que darme un diezmo...

—Hay más puertos, Sir Hugh —rio Albanach al ver que había conseguido incomodarlo.

—También debemos contar con la pequeña suma de oro —Sir Edmond se frotó el rostro, como si le costara recordar detalles o si la vergüenza de airear ciertos asuntos de sus antepasados le pesara como propios, continuó sabiendo que tenía toda la atención de Albanach y de Sir Hugh—. Mi abuela Aveline era una mujer de armas tomar, no habría consentido una amante, mucho menos admitir que su marido se había enamorado de una muchacha humilde. Lo amenazó con despeñar uno a uno a sus hijos si no se olvidaba de esa mujer, empezando por mi tía Isabel, hija de su primer matrimonio. Debí crearla, pues nada más supieron ni de la joven ni de su hijo, según mi padre.

—Si vuestro abuelo así lo dispuso en el testamento era porque siguió teniendo contacto, o estuvo informado por terceros —pensó en voz alta el caballero.

Un trueno lejano rompió el incómodo silencio que sobrevino tras aquella afirmación. Albanach seguía callado, con el rictus contenido y fijo en la tormenta que espoleaba el horizonte. Sir Edmond se vio en la obligación de ser él quien retomara la palabra.

—Lo único que sé, es que padre volvió muy consternado de Escocia,

diciendo que había conocido al retrato vivo de su padre.

—¿Consternado el «conde Rojo»? No me hagáis reír —bufó Albanach.

—Pues sí. Al principio, pensó que el fantasma de Walter se le había aparecido para recriminarle que se hubiese levantado en armas contra su yerno o por haber dejado que su nieta predilecta se casara con Bruce.

Sir Hugh se carcajeó sin poder evitarlo y ambos de Burgh se mostraron ligeramente ofendidos y levantaron ambas barbillas al unísono, lo que provocó que se riera aún más.

—No dudo de la impresión que pudo causarle, salvo el color de ojos, es el vivo retrato de vuestro abuelo —respondió controlando su hilaridad y volviendo a mostrarse solemne.

—¿Tanto se le parece el muy bastardo? —masculló Albanach disgustado como un niño porque la llegada del nuevo hermano lo relegaba a la total indiferencia.

—¿Acaso no habéis visto el retrato que cuelga en el gran salón? Mi hermana Aveline casi se desmaya al verlo —le contestó Sir Edmond como si su primo no tuviese ojos o le hubiesen crecido cuernos en la cabeza.

Enfadado, Albanach fue a decir que nunca había sido invitado antes al castillo y que malditos fueran todos por haber dejado que ese don nadie se pasease por sus dependencias antes que él. Calló, sabía que debía guardar silencio, morderse la lengua y digerir el veneno que le corroía por dentro. Tenía que centrarse: Erroll era igual de ilegítimo que él, una víctima más de los de Burgh. No era su enemigo, sí el hombre que tenía frente a frente.

—Bien, creo que es hora de hacer partícipe a nuestro futuro vecino de lo que hemos acordado. ¿No creéis?

Los Edmond asintieron al unísono.



## Capítulo 41

### LA CUEVA DE LA SIRENA

*Castillo de Dunluce, Irlanda, 20 de abril de 1337.*

Erroll entró con cara de pocos amigos. Lo habían cacheado y desprovisto de las armas nada más llegar al castillo de Dunluce, custodiado como un vulgar ladrón a la espera de una sentencia *non grata*. Después de haber visitado Rathlin y su paseo en solitario por la calzada de los Gigantes, lo que menos había esperado era tal recibimiento. ¡No era la primera vez que estaba allí, por el amor de Dios!, le habría gustado decir a voz en grito.

Tras una primera confrontación de posturas en el pasillo con varios secuaces de sus primos, le habían pedido que aguardara fuera del saloncito donde estaban reunidos Sir Hugh y los dos Edmond, como si su opinión realmente no contase para nada. ¡Maldición!

Se cruzó de brazos y convino esperar. Si poco les interesaba lo que él pudiera decirles, ¿para qué diablos lo habían convocado aquella tarde? Le había sorprendido encontrarse a una veintena de guerreros Byset apostados en diferentes puntos y que los de Burgh tolerasen de buen agrado a sus vecinos. La invitación había sido explícita: el señor de las Cañadas en calidad de vecino y mediador de las partes. Mas no se había presentado solo como hubiese cabido esperar.

La rigidez del porte de Erroll traslucía la concentración de sus pensamientos y la fuerza de sus músculos. Apenas respiraba, como si la puerta que lo separaba de su destino fuese un contrincante al que medir con ojos fieros y solo con ellos pudiese despedazarla.

Comenzó a preguntarse de qué diablos estarían hablando, que pasaba el tiempo y nadie de allí salía ni entraba, llegando a perder la esperanza de encararse a los Edmond o pedir alguna explicación a Sir Hugh antes de que el ocaso hiciera mella en el lívido azul del cielo. Resopló antes de abrir y cerrar las manos, flexionando los dedos hasta que se desentumecieron. El estar allí, quieto como una estatua y con el estómago revuelto por la incertidumbre, se le antojó una tortura tan cruel como la de llevar aquel *tartan* pestilente junto a los adorables perros del Alguacil Mayor.

La paciencia no era una de las virtudes más destacadas en Erroll según Sir William Brisbane, que lo tildaba de perder su buen humor ante la espera. Su viejo maestro no podía gozar de más razón en eso. Él era un hombre de acción, de respuestas impulsivas y de gestos grandilocuentes. Le exasperaba andar mano sobre mano, con las piernas ligeramente separadas y los hombros rectos. La vida era demasiado bella para no salirle al encuentro y él comenzaba a vislumbrar su futuro con aire soñador. Nada ni nadie le haría renunciar a su sueño. Nada ni nadie, se prometió.

Cansado, debió de hacer un gesto o mostrar un semblante tan intimidante como funesto, porque los soldados que estaban apostados junto a él demudaron el rostro, dando un paso atrás. Los miró con dureza. Ellos eran tres, iban armados y hasta protegidos con malla y coraza. ¿Se podía saber qué temían? No era que dudara de sus propias capacidades, pues de seguro les ganaría con más mañas que fuerza, pero eso ellos no lo sabían. Sin quitarles la vista de encima, giró el cuello hasta que sintió crujir sus vértebras. Si seguía así, se acabaría peleando con esos mequetrefes. La falta de noticias lo carcomía.

Aburrido, les dio la espalda y abandonó el pasillo sin decirles nada. No se sorprendió de que no salieran corriendo a cortarle el paso. Esos tenían de guardias lo que él de *taibhsear* de feria. Si así iban a ser los términos de la reunión, quizás tendría que sopesar de nuevo el brindar su espada a Sir Uilleag, pues el trato recibido ya rozaba ser una afrenta directa. Nada más exigirle al guardia de la atalaya de vigilancia que le devolviera sus pertenencias y que mandara recado para que trajeran su montura junto al

rastrillo, un sirviente llegó corriendo y le pidió que lo acompañara de nuevo, pues nadie de los presentes había tomado una decisión y lo recibirían de inmediato en audiencia. Reconoció el escudo de los Bysset, que solo se diferenciaba con la bandera de Escocia, porque le faltaba una diagonal al aspa.

—Por favor...

—Está bien —asintió, acompañándolo por un oscuro atajo que solo dejaba otear la trémula luz del horizonte a través de las barbacanas de las almenas.

Debía reconocer que su tío había sido un hombre valiente y temerario, pues así lo demostraba el haber querido construir Dunluce en semejante enclave, más propio de un faro que de tan vasta construcción. Era un castillo majestuoso y a la vez terrorífico, inhiesto en el desfiladero sobre un promontorio rocoso, desafiando a la abrupta costa en la que se cimentaba y al hombre que osase su asedio por mar sin temer hundirse.

El sonido de las olas rompieron contra la muralla de las cocinas y el sirviente pegó un respingo. Erroll sonrió cuando lo vio persignarse, temeroso de que la tormenta de verano que se fraguaba barriese hasta la última roca. Siguieron bajando por un pasillo angosto, que dudaba llevara a la estancia de antes, aunque el joven no había titubeado el camino en ningún momento. ¿A dónde iban? ¡Si parecían adentrarse en el mismísimo averno! Debió de expresar en alto tal pensamiento porque el sirviente se excusó:

—Vamos a la cueva de la Sirena, Milord.

—No soy ningún Milord —chistó entre dientes, pero el otro no le contestó.

La oscuridad total los envolvió en los últimos escalones escarbados en las entrañas de la roca y Erroll se llevó la mano a la espada. Temió ser preso de una emboscada, aunque siempre había confiado en su instinto y este le decía que confiara. Se relajó. Tras el último peldaño, la cueva se mostró ante ellos tan amplia como el gran salón del castillo. La luz lechosa del horizonte no le dejó ver con claridad a los tres hombres que allí lo aguardaban, pero que reconoció por sus voces. Su guía había desaparecido casi tan rápido como su temple al ver cómo el agua le cubría un palmo de las botas. Esa cueva era digna estancia de ese castillo.

Se recolocó la capa y esperó. La marea comenzaba a subir azuzada por la tormenta que se gestaba en alta mar. El espectáculo era grandioso y podría

haber disfrutado mucho de él de haber sido otra la compañía. La humedad de la roca se impregnó en su piel y sintió la tirantez propia del salitre en el rostro. Los olores se entremezclaron en sus fosas nasales: agua de mar, liquen y algas en descomposición. La marea estaba subiendo y lamía con una lánguida ola todo a su paso, sin dejar el más mínimo recoveco. Al fondo, se desataba la temida tormenta...

Erroll saludó a los presentes con una inclinación de cabeza que nadie respondió. Sir Hugh estaba cruzado de brazos y los Edmond discutían. No había rastro de Sir Uilleag.

—Los Edmond han aceptado las condiciones del testamento, Flanagan. Sin embargo, ambos deberemos mantenernos completamente al margen de la pugna de los de Burgh por estas tierras y así lo haremos constar con nuestra rúbrica. A cambio, respetarán las lindes terrestres y el flujo marítimo en el *[Sruth na Maoile](#)*.

Erroll miró de hito en hito a sus parientes y después a Sir Hugh. Se extrañó de que Sir Uilleag no estuviese presente para dar su beneplácito. El acuerdo le servía en bandeja la isla y le habría hecho saltar de alegría si no hubiese decidido que su destino sería otro.

—¿Sin más? —se atrevió a preguntar suspicaz.

—Si os referís a que si podréis desposar a esa gata que os ronronea y no a ninguna prima lejana...

Erroll Flanagan se cuadró ante las palabras de su primo de Burgh, pues se había cuidado mucho de que no los relacionasen como pareja hasta saber a qué atenerse. ¿Qué sabían de Catherine y del niño? Los dedos tamborilearon el pomo de la espada.

—Tranquilizaos, hombre —intervino Sir Hugh con tono conciliador y con el temor de que esos botarates dieran al traste con todo lo parlamentado—. Solo exigiremos una invitación al evento en cuanto decidáis pasar por los altares.

—Eso será si la dama se deja echar el lazo —espetó socarrón Edmond Albanach y su tocayo le dio un codazo—. ¿Qué? ¡He oído que los tiene bien puestos y que está a punto de caramelo!

Erroll bufó. La idea de que los hubiesen estado espiando le hacía hervir la sangre incluso cuando sentía los pies húmedos.

—¿Desde cuándo...? —quiso saber.

—¡Dejémoslo estar, Flanagan! Es lógico que vuestros primos quisieran saber quién sois y si actuáis de buena fe —se excusó Sir Hugh, que le había dado la información a los Edmond para hacédles ver que él no rendía pleitesía a nadie.

Los Edmond asintieron al unísono, aunque poco había de esa buena fe pregonada en sus miradas. Erroll apoyó su espalda en la roca. Se sentía más seguro así. No podía fiarse de nadie. Ni siquiera de Byset. El caballero en cuestión retomó su discurso y sentenció:

—Señores, firmemos el acuerdo antes de que la marea nos llegue por las rodillas. No están mis huesos para estas lides y en breve se desatará la tormenta sobre nuestras cabezas.

Fue nombrarla y un rayo volvió a cruzar el cielo en dos, iluminando toda la cueva. Allí no estarían seguros por mucho más tiempo. El trueno retumbó un tiempo después, levantando pequeñas ondulaciones en el agua estancada y haciendo un remolino con la que entraba desde el mar. Los cuatro se miraron y se instaron premura.

—Si no hay nada más que decir, volvamos al salón, sellemos el acuerdo y regresemos cuanto antes con nuestras mujeres —convino de Burgh.

—Hay algo más —interrumpió Erroll y sus primos miraron a Sir Hugh desconcertados.

El caballero lo enfrentó y no le importó darle la espalda a los Edmond.

—¿No deseáis Rathlin? —gruñó Sir Hugh entre dientes.

Erroll no se dejó amilanar por la expresión de su rostro, que distaba mucho de ser afable.

—No, solo el oro prometido y algo más.

Sir Hugh alzó ambas cejas.

—¿Algo más? —repitió el señor de las Cañadas, mientras se reprochaba para sí no haber previsto la jugada del joven. Lo admiró por eso. Pocos a sus años conseguían sorprenderle.

Erroll dio un paso a un lado para hacer partícipes también a sus primos.

—Pretendo comprar Cushendun y sus alrededores.

Sir Hugh se cruzó de brazos y mantuvo el ceño fruncido. Algo no le cuadraba, pero lo dejó estar. No había previsto que Erroll pudiera renunciar a Rathlin, pero él tampoco salía mal parado con el nuevo acuerdo. La isla no era de interés en la guerra de los de Burgh. No tendría que arrebatársela a nadie

después de todo. De pronto, las piezas del puzle encajaban a punto estuvo de echarse a reír. Erroll era aún más listo de lo que parecía.

Los Edmond, en cambio, no daban crédito.

—¿Las tierras de la baronía de Glenarm Lower? —preguntó intrigado Albanach.

Erroll asintió.

—¿Renunciáis a los 3.500 acres de la isla frente a los 200 que podría tener la baronía como mucho? —insistió Sir Edmond de Burgh.

Los Edmond no lograban entenderlo y no accederían a tal demanda sin una explicación razonable. Erroll jugó su última baza.

—Sí, prefiero vivir cerca del Loughareema.

—¡Acabáramos! Ese cambio tiene nombre de mujer —rio Albanach, entendiendo al fin los motivos.

Erroll aprovechó la coyuntura y lo ratificó.

—Ciertamente —replicó risueño.

—Hasta el guerrero más fiero se rinde ante los deseos de una dama, ¿eh? —le dijo su primo socarrón.

Erroll sonrió sin ganas.

—¿De cuánto oro estamos hablando? —preguntó Sir Edmond de Burgh.

—Del doble de lo estipulado en el testamento —le respondió Erroll.

—Una suma mísera en comparación con lo que vale la isla —apoyó Sir Hugh cada vez más complacido—. Me parece una magnífica idea. Cushendun fueron tierras ricas antaño y quizás consigáis devolverle su viejo esplendor.

—¿Qué os parece? —le preguntó de Burgh a su tocayo.

—Habría que ver qué dice mi hermanastro, pero por mí está bien.

—¡Estupendo! Si estamos todos de acuerdo, el notario y Sir Uilleag nos esperan. Porque ese primo vuestro habrá llegado por fin, ¿no? —comentó burlón Sir Hugh.

Los Edmond alzaron los hombros al unísono y se miraron desafiantes. Erroll los dejó pasar y echó una última mirada a la magnífica tormenta. Los destellos cubrían el cielo haciendo que la noche se confundiera en día.

En el gran salón y como habían previsto, el notario conversaba con Sir Uilleag como si se conocieran de toda la vida. Los pusieron al corriente de los nuevos cambios y rubricaron el acuerdo sin discutir nada más. Ninguno de los



caballeros pudo abandonar Dunluce como tenía previsto y Erroll rezó porque Leena supiera apaciguar los ánimos de Cat ante su tardanza y falta de nuevas. La noche estaba cerrada, tronadora, pero Erroll descansó en paz por primera vez en muchos días. Lo había conseguido. ¡Cushendum sería suyo!

A la mañana siguiente y nada más tomar unas viandas, Erroll se despidió de Sir Hugh con la promesa de comprar lo indispensable para empezar a levantar una torre en cuanto tuviese las escrituras.

—Mis hombres están ociosos ahora que los he privado de una guerra. Si saquean vuestras arcas, a cambio de un trabajo en el que no se jueguen la vida, sus mujeres me lo agradecerán —respondió jocosamente el caballero, respuesta que hizo que Erroll alzara la ceja, divertido—. No de esa manera, hombre de Dios, yo también conseguí desposar una gata y, aunque empieza a peinar canas, sigue siendo una fiera en el lecho.

Erroll prefirió no saber más. Temía imaginarse a Lady Byset en actitud amorosa cuando la conociera, aunque más temía ver en semejante lid al marido, ya puestos. Al final el plan había salido bien. Si Eduardo III finalmente le concedía la isla a Sir Hugh, como todos le habían advertido que haría, él no tendría que luchar contra todo un ejército.

—Les pagaré un adelanto y el resto al final de la obra. Acondicionaremos la torre y los alrededores como hizo Sir Lockhart con la torre de Barr. ¿La conocéis?

Sir Hugh asintió y le hizo saber que podría aprovechar las piedras de una antigua linde venida abajo por el desuso, así como toda la madera que precisara de sus bosques.

—También necesitareis un establo y habilitar junto a una de las calas anexas un embarcadero. ¿Tenéis barco?

Erroll negó.

—Quizás también pueda ayudaros en eso y conseguiros uno en buen estado. No será de gran calado, pero suficiente para cruzar el mar y navegar por estas islas. Tomadlo como regalo de bienvenida o de boda, como preferáis.

—¿Por qué tantas molestias?

—Ya os lo dije: vuestro padre me salvó la vida y yo soy hombre de saldar deudas. Además, será un placer hacer negocios, mi querido amigo. No creí que esos dos terminaran siendo tan generosos con vos. Ni que Sir Uilleag se mostrara tan contento de teneros de vecino.

Erroll sonrió. Sí, eso había sido una grata sorpresa de la que no tenía ninguna constancia previa.

—Parece que os quieren entretenido —le espetó audaz y, aunque sabía de más la respuesta, le preguntó—: ¿Tanto debería temeros?

—Deberíais, en el caso de que quisierais tenerme como enemigo.

Sir Hugh se carcajeó a gusto por la osadía. Ese joven era digno hijo de su padre y le caía bien.

—Menos mal que prefiero no serlo entonces. Hasta más ver —le dijo como despedida. El destino así lo había querido.

—Hasta más ver, Sir Hugh.

Erroll cabalgó con el corazón henchido por las buenas noticias, sin querer dejar pasar más tiempo para hacer partícipe a su pequeña familia y amigos de lo acontecido. Tendría oro suficiente para comprar la baronía de Gleharm Lower, construir una torre y cabañas aledañas para futuros arrendatarios. Atrás quedaba una guerra entre hermanos, una vida sin raíces y un pasado sin amor. El destino por fin le sonreía.

Mientras tanto, Catherine apuraba los últimos rayos de sol sentada en la orilla de uno de los afluentes que desembocaban en el *lough* Loughareema. La tormenta del día anterior había embarrado los caminos, pero el largo paseo había merecido la pena. Ella no solía alejarse tanto de la gran casa, pero quería darse un baño y las aguas en esa zona estaban más limpias.

Ronnie chapoteó complacido y rompió el embeleso de su madre. Quería más. Ella se ocultó el rostro con ambas manos y el niño balbuceó: «¿*Mamaidh?*». Cat apareció ante sus ojos tras unos segundos y el pequeño la recibió con entusiasmo. Las carcajadas brotaban limpias y frescas de su pecho, daba igual las veces que se lo repitiese, Ronnie siempre festejaba el reencuentro con su mami como la primera vez.

La gata abrazó a su hijo con fuerza, dejando la mirada perdida en los brillos dorados y rojizos del agua al atardecer. Inhaló el aroma a bebé y volvió a pasar el lienzo seco por sus cabellos acaracolados, no tan rubios como los de su padre, pero igual de indomables. Le besó con ternura y nostalgia, pidiendo al cielo que no se separaran nunca.

—Debemos irnos, Ronnie, o se nos hará de noche en el camino.

El pequeño puso carita de puchero y salpicó un poco más de agua con las palmas de las manos. Catherine se puso en pie con cierta dificultad y cuando se agachó para cogerlo, sintió un fuerte pinchazo en el bajo vientre. La joven se llevó las manos al lugar en cuestión y contuvo el aliento, esperando que el dolor cesase.

«¿*Mamaidh?*», volvió a preguntar el pequeño al verla angustiada. Ella lo sacó del agua con esfuerzo y lo envolvió en el *tartan* con rapidez. Las noches aún seguían siendo muy frías en esa época del año. Vistió a Ronnie con premura y se lo echó al cuadril. Debía llegar cuanto antes a lo alto de la colina y pedir ayuda. La pequeña se había adelantado.

Apresuró el paso todo lo que pudo cuando sintió que las piernas se le humedecían como si hubiese sido incapaz de contenerse. Miró al cielo con aprehensión. No podía dar a luz allí, en medio de la nada y sin más compañía que su hijo. Las alimañas vendrían al olor de la sangre y no tenía más que una daga con la que defenderse. Desistió gritar. Estaba demasiado lejos para que alguien la escuchara y solo crisparía al niño.

Las contracciones cada vez eran más frecuentes, con una mano sujetaba a Ronnie y la otra la apoyaba instintivamente en el vientre. Fue tal el dolor en una de las contracciones, que cayó de rodillas. Ronnie se aferró a sus ropas y gimoteó. Catherine no se había dado cuenta de que jadeaba del esfuerzo y decidió tomarse un breve descanso. No recordó más. Solo la voz insistente de esa niña a su vera gritando: «¡¡¡La encontré, la encontré!!!», y el lloro desconsolado de un niño. Su niño.

Abrió los ojos. Se sentía mareada. La luna llena coronaba el cielo desde lo más alto, mientras un cerco de antorchas la rodeaba. Leena la cogía de las manos y se persignaba. Sus mejillas aún estaban húmedas y solo parecía saber decir:

—¡Gracias a Dios!

—Mi señora, la joven está de parto —dijo alguien.

—Así no podrá montar, podría perder al niño —comentó otro.

Unos fuertes brazos la elevaron del suelo sin dilación. Al principio creyó que se trataba de Erroll, pero la voz de mando de Ayden la estremeció.

—¡No hay tiempo que perder! Leena, llamad a la partera y traedla cuanto antes. Coged mi caballo. Es más veloz. Yo mismo la llevaré a la cabaña.

Cat no puso objeción. Estaba cansada, exhausta y lo peor no había

pasado. Se aferró al cuello del capitán cuando le sobrevino otra contracción. Sintió el latigazo recorrerle todo el abdomen y contuvo una maldición.

—¿Ronnie? —consiguió preguntar cuando el dolor remitió.

Ayden la miró con rostro preocupado.

—Él está bien. ¿Cómo se os ocurrió marcharos sin decir a dónde ibais? Llevamos horas buscándoos.

La gata escondió el rostro y reprimió un sollozo.

—Si os pasa algo a vos, a Ronnie o al que viene de camino... soy hombre muerto. ¿Lo entendéis? Estáis bajo mi responsabilidad, Catherine.

Ella asintió.

Cuando llegaron a la cabaña, la partera ya los estaba esperando. Susan removía un caldero y tenía al fuego las hojas de unas dagas por si fuera menester. También se había provisionado de retales y de cualquier cosa que pudiese hacer falta. Leena salió a su encuentro y ayudó a Cat a llegar a la cama. Tras esto, despidió a su marido con cajas destempladas:

—Cuidad de los niños en nuestra ausencia.

La puerta se cerró tras sus palabras y Ayden resolló.

Era una hermosa y clara noche de primavera. Ni una nube pincelaba el cielo cuajado de estrellas. Erroll puso a Tizón al galope en el último tramo del camino. Lo que menos esperaba era ver multitud de hogueras serpenteando la orilla del lago. Se extrañó al ver tanta gente acampada, pues no tenía conocimiento de feria alguna cerca de allí. No se paró a preguntarles, deseoso de llegar a casa. Dirigió sus pasos hacia el hogar y desmontó a Tizón con premura, dejándolo suelto.

Un grito desgarrador lo envaró y perdió la compostura. Abrió la puerta principal de par en par y cruzó el gran salón camino a la cabaña. Ayden cazó su brazo al vuelo. Se sacudió con violencia, pero reaccionó al reconocer a su amigo.

—Está de parto. Será mejor que me acompañéis arriba y entretengamos a los niños.

Erroll habría preferido estar junto a Cat. La pérdida de una esposa durante un alumbramiento era más común de lo que parecía. Tembló. Aún tenía muy presente el final de Leonor y temió nombrarla siquiera. Ayden adivinó sus

pensamientos e intentó consolarlo.

—Ella está sana, Erroll. No las comparéis y cambiad el gesto. No quiero que asustéis a los niños.

El guerrero asintió e intentó templarse. Entraron en la estancia superior donde estaban los niños. Ronnie estaba dormido en el centro del gran lecho conyugal, mientras Ashlyne y Cailéan se entretenían con unas tallas de animales de madera.

—*Bràthair-athar*, ¿cómo tá Catherine? —preguntó la niña como si de una mujercita en miniatura se tratase.

Erroll hizo una genuflexión ante su presencia y Ayden sonrió, imitando el gesto.

—Está trayendo al mundo un hermanito para Ronnie —comentó cortés su tío. Erroll estaba demasiado nervioso para contestar.

—Hermanita —puntualizó ella—. *Zerá* bella y *billante* como la luna.

—¿La habéis visto? —le preguntó Ayden con interés para ver qué respondía.

Ashlyne negó.

—Aún no, pero la luna me lo ha *disho*.

Ayden y Erroll cruzaron una significativa mirada y le siguieron el juego a la niña. Ella dejó las tallas y señaló el astro desde la ventana.

—La luna *tá* feliz y baila —le dijo a Erroll antes de que este la aupara.

Él miró la luna y su reflejo en el lago, brillaba rodeada de hogueras. El guerrero entendió lo que las palabras de Ashlyne encerraban.

—Sí...

—Ella *zerá* blanquita como la luna y rubia como las llamas.

—¿Vos creéis? —preguntó sin poder evitar sonreír por la comparación.

—¡Por *supueto*!

—Y decidme, ¿qué nombre deberíamos ponerle?

—No *zé*, uno bonito.

Ashlyne puso carita de pensar.

—¿Qué os parece **Oonagh**? —le preguntó Erroll sin saber muy bien por qué. El nombre había aparecido en su mente con una claridad sobrecogedora.

La pequeña abrió mucho los ojos y tocó las palmas, complacida.

—¡Me *guta*!

Como si la hubiesen anunciado, la puerta de la estancia se abrió de par en par. Susan entró con la recién nacida en los brazos y envuelta en una toca de lana. La joven sonreía orgullosa como si el bebé fuese suyo. Erroll dejó a la pequeña Ashlyne en el suelo y fue a su encuentro.

—¿Cómo está? —preguntó trémulo.

—Ambas están bien. Sois padre de una niña —le dijo mostrándole la carita sonrojada de la pequeña.

—De Oonagh —puntualizó Cailéan que, aunque parecía no haber prestado mucho interés a la conversación, se había enterado de todo.

Susan miró a Erroll sin entender lo que decía el pequeño.

—Se llamará Oonagh —le explicó Ayden, que se había acercado a ver a la pequeña y a abrazar a su amigo.

—Bello nombre y poco conocido de donde provengo. Seguro que le gustará a vuestra gata —le susurró Susan a Erroll mientras compartían un gesto cómplice.

—¿Puedo?

Erroll estaba nervioso. No era la primera vez que tomaba en los brazos a un recién nacido, pero se trataba de su hija... de su niña. Susan le pasó a la pequeña con sumo cuidado.

—La partera dice que todo ha salido bien. Leena está con ella ahora. Se está bañando. El agua caliente relajará sus músculos y se sentirá mucho mejor.

Susan hablaba muy rápido y se retorcía los dedos con nerviosismo. Ayden le puso una manta sobre los hombros.

—Tranquilizaos, mujer. Todo ha ido bien.

—La niña parece muy sana, ¿verdad?

Ayden evitó mirarla con lástima. Sabía por todo lo que había tenido que pasar y temió que los recuerdos fueran demasiado dolorosos para ella.

—Estáis exhausta, Susan. ¿Por qué no os quedáis aquí con Ronnie a pasar la noche? Nosotros nos quedaremos con Ashlyne y Cailéan en la habitación de abajo.

—De acuerdo.

Erroll se quedó un instante parado sin saber muy bien qué hacer. Ayden llevaba a su hijo en brazos y con la otra mano se aseguraba de que la pequeña no tropezara por las escaleras.

—No os preocupéis —dijo Susan—. Yo cuidaré de Ronnie.

El joven asintió, siguió los pasos de su amigo y se deleitó con el aroma a recién nacido, a vida, que desprendía el bebé. Deseaba ver a Catherine y abrazarla, felicitarla por lo valiente que había sido. Oonagh era una niña hermosa y traerla al mundo habría sido como alcanzar la victoria en una gran batalla con todo en contra. Suspiró. Seguía en una nube de dicha de la que no quería despertarse, olvidando las buenas nuevas de las tierras, eclipsadas por el esperado nacimiento.

Cuando entró en la cabaña, se cruzó con la partera. La mujer le sonrió con timidez y se fue rauda. Erroll respiró hondo y acunó a Oonagh en sus brazos. La chimenea estaba encendida y había ropa tendida cerca. Todo estaba limpio, como si allí esa noche no se hubiesen jugado a cara o cruz dos vidas.

Leena estaba sentada en el lecho donde descansaba Catherine. Los cabellos de la gata aún estaban mojados y le caían sobre la frente. Un hermoso rubor coloreaba sus mejillas. El rostro de su amada resplandeció al verlo, más aún cuando se percató de que llevaba a la pequeña con él. Abrió los brazos para recibirla y él la entregó con cuidado. Oonagh ronroneó en cuanto olió a su madre y buscó a tientas sin saber muy bien qué. Cat se descubrió el pecho y le dio de mamar.

—¿Cómo sabía...? —preguntó asombrado Erroll.

—Estos niños nacen sabiendo, *caraid* —le guiñó un ojo Leena. Después se levantó, se atusó las faldas y se despidió sonriente—. Os dejaré solos. Hoy ha sido un gran día.

—Ciertamente —musitó él sin dejar de admirar a sus mujeres.

Oonagh se quedó dormida muy pronto y con la carita apoyada en el pecho de su madre. Cat lo sorprendió mirándolas boquiabierto y se ruborizó cuando él le dijo:

—¿Y si os digo que quiero más?

Catherine lo miró extrañada, recolocó el almohadón para estar más erguida y le cedió un hueco a su lado. Estaba cansada, pero gustosa de que ya estuviese con ellos y, en ese preciso instante, con ellas. Erroll se tumbó a su lado y tomó las manos de la gata entre las suyas. Manos suaves, pero trabajadas, manos por las que daría la vida entera porque no dejasen de tocarlo nunca. Ella parecía buscar una postura más cómoda, pero no se separó del todo. Se deleitó en el brillo azulado de sus ojos y después centró su interés en la niña, sin saber qué decir.

El joven le apartó un mechón húmedo de cabello que colocó con

habilidad tras la oreja y sonrió apenas. No quería dejar pasar la ocasión. Se trataba de un «ahora o nunca». Sin embargo, ella se anticipó con una voz que apenas le salía del cuerpo:

—¿A qué os referís?

Él acarició el mentón de la joven desde el lóbulo de la oreja hasta la orgullosa barbilla, alzándola para que se perdiera en el mar de sus ojos. Quería ver su reacción, sentir el ligero temblor que le causaba con el mero contacto, aquella mínima muestra de seguridad necesaria para no echarse atrás en todo lo que quería decirle.

—A que no es suficiente para mí con teneros cerca, ni que seáis la madre de mis hijos y mi compañera...

—Si es solo eso...

Cat se echó sobre el almohadón y miró hacia la puerta. Los iris de sus ojos oblicuos titilaban humedecidos por una emoción que rayaba más la tristeza que la dicha que esperaba encontrar. Contrariado, Erroll dejó de acariciarle el rostro y frunció el ceño.

—¿Solo eso? Mi corazón y yo os pertenecemos. Daría mi vida por vos. ¿Solo eso? Os estoy pidiendo que aceptéis ser mi esposa...

—No puede ser —le dijo ella mientras negaba con la cabeza y su rostro se volvía tan níveo como la luna llena.

Erroll blasfemó, temiendo despertar a la niña.

—¿Cómo no va a poder ser? Miradme a los ojos y decidme que no me amáis, que no lo deseáis tanto como yo.

La gata se quedó callada. No podía negar lo mucho que amaba a ese hombre, pero de ahí a casarse con él y que por ella tuviera que rechazar por segunda vez lo que le pertenecía por derecho... era un mundo. Ella había sabido de la cláusula del testamento de Richard Óg de Burgh, del «conde Rojo», como todos lo conocían por allí, por casualidad y no por sus labios.

—Sé lo de la cláusula —dijo trémula.

Erroll resopló. ¿Se trataba de eso? Comenzó a reírse a carcajadas y ella puso un mohín enfadado. ¿Por qué se reía?, se preguntó enojada mientras se preparaba para golpearlo con los puños cerrados sobre el acerado pecho de él.

—¡Maldito, irlandés! Si creéis que vais a reiros de mí por estar recién parida...

—¡Dios me libre! —exclamó él con las manos en alto—. Pero os



equivocáis del todo en vuestras pesquisas.

—¿No hay una cláusula?

—La había —admitió.

—Nada me dijisteis —refunfuñó.

—Si supierais lo duro que me ponéis con esos morritos...

Ella evitó sonreír, aunque desfrunció el cejo ante esa mirada pícara. ¿Se había perdido alguna nueva? ¿Se trataba de eso? La gata se mantuvo a la expectativa, con un codo apoyado en él para salvaguardar las distancias y a la espera de que le explicara por qué le parecía gracioso lo que había dicho.

—Creo que viene siendo hora de explicaros con quiénes me reuní ayer por la tarde y qué hemos conseguido.

Ella abrió desmesuradamente los ojos como respuesta.

—¿Y bien? —le preguntó al ver que Erroll se hacía el interesante.

—Mis primos, Sir Hugh Bysset y yo hemos firmado un acuerdo por el cual no tomaré parte por ninguna de las tres facciones de Burgh y me darán a cambio, y sin otro requisito, la cantidad suficiente en oro para comprarnos la baronía de Glenarm Lower y levantarla a nuestro gusto.

—¿Baronía de Glenarm Lower, dónde está eso?

—A pocas millas de aquí. Seríamos vecinos de mi primo Sir Uilleag al sur, de Sir Hugh Bysset al norte y el paso al mar de Ayden. Cushendun es nuestro.

—¿Habláis en serio? ¿Renunciáis a Rathlin? ¿Por mí?

El corazón de la gata comenzó a latir tan rápido que temió marearse incluso.

—Me gustaría deciros que es por vos, dada mi anterior pregunta, pero... —Ella alzó una ceja y él rio otra vez—. No es solo por vos, también es por vosotros, por mi familia.

La gata creía estar viviendo una especie de sueño, uno demasiado bueno para hacerse realidad. Buscó la postura para estar más cómoda y poder seguir escuchándolo.

—¿Y nos dejarán en paz? Sir Uilleag parecía muy convencido de teneros en sus filas.

—Lo estaba, pero no es mi guerra, Cat. No me corresponde y por eso he aceptado. Que Sir Uilleag me haya parecido el menos codicioso de los tres no quita que alguno de ellos me guste. Para tomar partido en una guerra, volvería a Escocia sin dudarle donde comandaría las tropas contra el asedio

inglés de Perth.

—Entiendo —confirmó ella pensativa.

A veces, Catherine se sentía incómoda al hablar de política con Erroll a causa de su origen inglés. Ella era el enemigo, una de las muchas razones por las que habían decidido empezar desde cero en otro lugar y lejos de los reproches del *Laird Lyon*.

—¿Creéis que debería hacerlo?

Catherine ladeó los labios en un gracioso mohín y terminó por chasquear la lengua. Cualquier situación que pusiera en riesgo la vida de Erroll la atemorizaba. Sabía el carácter aventurero de él y su consabida destreza con las armas. No, ese no era el problema. Si persistía en hacerla su esposa, ahora que no parecía haber impedimento alguno, temía por el futuro de ambos, que esa pequeña baronía no fuese lo suficiente al cabo de un tiempo, que necesitara más, que lamentara no haberse casado con una joven de un gran clan e inmejorable dote.

—Eso solo podréis decidirlo vos.

—Yo he decidido que seáis mía —expresó Erroll muy solemne, aunque con una sonrisa ladeada y pícara que delataba un deseo acuciante.

Cat se lo tomó a broma, como siempre hacía cada vez que él sacaba el tema a colación. Sin embargo, una ceja alzada, le advirtió que iba muy en serio. La gata enmudeció. Allí, entre sus fuertes brazos, parecía una corza asustada a punto de desmayarse.

—No temáis, *mo piseag*. No pienso comeros... aún —le susurró él travieso, haciendo que ella se estremeciera entre sus brazos y recuperara el resuello.

Pero Erroll estaba más que decidido. Ya sin trabas, esa gata sería suya pesase a quien pesase. El día de su compromiso sería inolvidable, una experiencia más para poder recordar cuando fueran ancianos y se vieran rodeados de nietos junto a una gran hoguera. Con la misma templanza con la que le había dicho que fuera suya, se postró ante ella con una rodilla en el suelo. Catherine miró a su alrededor sin creerse que fuera a pedírselo de veras y su instinto fue levantarlo, detalle que él respondió con otra seductora sonrisa que terminó de pulverizar sus nervios.

—Mía —volvió a repetir él tomando una de sus manos y besando cada uno de sus dedos—. Quiero que seáis mi esposa y poder alardear de ello. Quiero que todos digan: ¡es un condenado con suerte, demonios!

—¡No blasfeméis! —exclamó ella riendo.

Verlo a sus pies, con el pelo ensortijado y rubio ondeando como las olas que lamían el rompiente, los ojos azules brillantes como una mañana cálida de verano y esa boca plena en la que tanto ansiaba perderse...

—¿Aceptaréis? —insistió Erroll, cortando el hilo de sus lascivos y gatunos pensamientos.

Las ganas de gritarle que «Sí» la atormentaban. Había soñado con ese momento de forma tan vívida que se le había agriado el humor para el resto del día al despertarse.

—Pedidme que os haga el amor con la mirada, con palabras, con mil caricias... Confesadme que soñáis con que os desgaste a besos; que deseáis convertirlos en mi esposa, aquí, o en cualquier parte; que anheláis como yo con una vida juntos, que no necesitáis nada más que ver cada nuevo amanecer conmigo.

—Yo...



## Capítulo 42

### DECLARACIÓN DE INTENCIONES

*Cois an Duine, Cushendun, baronía de Clenarm Lower, finales de mayo de 1337.*

Erroll había pasado la maldita cuarentena en ascuas. ¿Cómo se le ocurría a Cat martirizarlo así? Después de dos rotundas negativas esperaba el «Sí» con un ansia desmedida, preparando todo en secreto, para que cuando por fin se decidiera, no darle tiempo a echarse atrás. Catherine era su batalla por ganar, su refugio, su solaz. Llevaba meses procurando tener paciencia, por ella esperaba toda la vida si fuese preciso. Sería suya, como él le pertenecería a ella. Por siempre.

Ese día, Erroll, Catherine y los niños habían salido a ver los avances de reconstrucción de la torre principal del castillo. Los hombres que les había proporcionado Sir Hugh Bysset eran buenos trabajadores y avanzaban rápido. Para *Litha* podrían mudarse, según acababan de confirmarles, y para eso quedaba poco menos de un mes. Todo estaba saliendo a pedir de boca y Flanagan no podía estar más contento.

El salón era amplio, digno de un castillo. La chimenea era de piedra esculpida y tenía motivos celtas. Una gran lámpara de forja pendía del techo e

iluminaba la estancia. Subieron por las escaleras para ver las habitaciones. Las de los niños eran espaciosas y la suya coronaría el torreón. Catherine miró a su alrededor admirada. Ni en sus mejores sueños, habría pensado que viviría en un sitio así.

Ronnie la saludó desde los hombros de su padre y señalaba algo con los dedos mientras decía: «*Mamaidh*». Estaba para comérselo. Erroll le chistó al niño y Ronnie se tapó la boquita con las manos regordetas entre risitas. Algo se traían entre manos... Al volver al gran salón, Catherine cerró los ojos un instante. Se imaginó la chimenea encendida y los tapices cubriendo las paredes de piedra. «Mi hogar», pensó para sí. Saludaron al maestro carpintero y a sus dos aprendices que trabajaban a destajo para acabar una mesa de doce comensales con sus respectivos asientos. Siguieron el recorrido por la estancia.

—¿Qué os parece si lo ponemos aquí? —le preguntó Erroll a Catherine.

Cat se acercó con la pequeña en brazos para saber de qué le hablaba. Al descubrirlo, la gata se quedó sin palabras. Erroll sostenía el retrato que un su día le hizo Eda y lo ponía sobre la pared, donde algún día presidiría la mesa principal.

—Habría que ponerle un marco y colocarlo sobre tabla —añadió él—. Aprovecharemos que el maestro carpintero aún no ha terminado para hacerle el encargo. Seguro que hace un gran trabajo y lo preserva.

Erroll la miró intrigado al no obtener respuesta y se guardó las ganas de besarla para más adelante. Los ojos de Catherine centelleaban. ¡Qué bella estaba! Carraspeó e insistió:

—¿Qué me decís? ¿He acertado con el sitio?

Ella se puso de puntillas y rozó nariz con nariz, juguetona. Él respiró el cálido aliento de su «Sí» y tragó saliva lentamente.

—Queréis matarme —susurró ronco.

La gata sonrió.

—¿Por qué querría hacerlo? ¿Sois el padre de mis hijos!

Erroll gruñó bajito. Él no quería ser solo eso. Decidieron con el maestro cantero unas últimas mejoras para la escalera y el tiro de los fogones. Parecía que todo estaba listo. La gata salió de la torre para admirar las vistas. Eran magníficas. Arrulló a Oonagh en sus brazos y le musitó: «¿Os gusta?». La niña bostezó y ella lo tomó como un: «Sí». En realidad, cualquier gesto habría

sido afirmativo, hasta un berrinche, señal de que quería seguir dentro de su futuro hogar.

Respiró la brisa salina y miró a su alrededor satisfecha. Fue entonces cuando descubrió una construcción anexa a las dependencias principales y un aljibe. ¿Cómo no lo había visto antes? Se volvió para preguntarle a Erroll sobre dicha construcción, pero este se limitó a guiñarle un ojo y elevar los hombros, como si no supiese nada.

—Mentiroso... —le susurró ella antes de sacarle la lengua.

Intrigada, siguió la acequia que conectaba el aljibe con el edificio. Al entrar, había dos grandes tendederos en forma de T en un lateral, junto a una enorme chimenea. Tras ellos, había dos grandes tanques de madera para el lavado, una gran mesa de madera en la que podrían caber doce comensales con facilidad y algunas estanterías llenas de pequeñas vasijas y botes cerrados. Aún estaba por terminar, pero a todas luces era el lujoso taller de un maestro tintorero. No supo qué decir ni qué preguntar, anonadada, como si estuviese dentro de un sueño. Erroll la seguía de cerca, deseoso de ver su reacción.

—No pensaba decir nada hasta que no estuviese listo, pero ¿qué os parece?

Catherine lo miró con una expresión indescifrable.

—¿Es una tintorería?!

Erroll se rascó la coronilla y asintió. Su endiablada sonrisa la hizo enmudecer de nuevo. Catherine curioseó las instalaciones con ávido interés mientras él bajaba a Ronnie de sus hombros y lo dejaba que se entretuviera con dos cantos rodados que había en el suelo. El pequeño hizo palmitas y sonrió feliz.

—Ayden se ha hecho con un buen rebaño de ovejas —continuó Erroll—. Si nos va bien, el próximo año doblaríamos el número de cabezas. También hay varios arrendatarios deseosos de trabajar la tierra. Algunos de ellos mostraron interés en que sus mujeres ganasen un dinero extra cardando lana y más de una podría ayudaros con los tintes si queréis.

Catherine no opinó al respecto. La tintorería era un sueño cumplido del que temía despertar. Necesitaba saber que era cierto. No fue bastante con pellizcarse. Puso a Oonagh en brazos de su padre y abrió uno de los botes. Lo olió y tocó su textura.

—¿Cañadilla? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Y cochinillas, raíces de diversas plantas, minerales... Hay de todo lo que podría necesitar un maestro tintorero —le dijo señalando otras vasijas y sin dejar de acunar a la niña de sus ojos.

—Sois todo un experto —le halagó Cat.

—Hasta he comprado un telar —le dijo con el pecho inflado como un palomo orgulloso.

—Me maravilláis.

Él no supo si tomarse su cumplido en serio, porque la gata salió al exterior sin decir nada más. Sus ojos felinos estaban brillantes, como cuando había visto el retrato que le había hecho Eda y el lugar donde sería expuesto. La dejó unos minutos a solas. Él también necesitaba pensar si era el momento de dar el siguiente paso.

Catherine respiró hondo, se sentó en un banco de madera y observó su alrededor. Nadie había hecho algo semejante por ella y sentía las rodillas poco firmes. Estaba emocionada. Estaba dispuesta a soñar y eso haría. Soñar despierta todo el tiempo que el destino le permitiese, porque por primera vez en su vida, parecía estar de su parte. Los recibió con una sonrisa cuando Erroll salió al exterior.

Él le dio un sentido beso en la frente. Ella se estremeció.

—¿Por qué no pasamos el día en la playa y visitamos las cuevas? —propuso Erroll.

—No hay plan mejor —dijo ella con una sonrisa mientras volvía a coger a la pequeña en sus brazos.

El buen tiempo los acompañaba. Oonagh iba dormida en un hatillo cruzado sobre el pecho de su madre y Ronnie había vuelto a los hombros de Erroll. Catherine observó intrigada a este último. No era muy común verlo tan callado y pensativo. Respetó su silencio y siguió caminando por el sendero. La joven sonrió al comprobar lo cerca que la playa estaba de la torre. No recordaba haber visto paisaje más bello.

—Es tan hermoso que parece irreal, ¿verdad?

—Cierto —sentenció él sin dejar de mirarla.

Ella se descubrió en sus pupilas y sonrió. Él la desnudaba con la mirada y habrían terminado revolcados entre guijarros si los niños no lo acompañaran. Ambos sonrieron tras descubrir que habían pensado lo mismo. Se sentaron en la pequeña cala, a la sombra de las cuevas de Cushendun. Estas no eran muy grandes, los restos de una antigua cordillera esculpida a base de

viento y agua.

Ronnie comenzó a jugar con los cantos rodados sentado en la orilla, pero sin meter los pies en el agua. Al niño le encantaba hacer chocar las piedrecitas y lanzarlas muy lejos para que las engullera el mar hambriento, como le había enseñado su padre. Erroll y Cat lo vigilaban de cerca. La gata apoyada sobre el torso de su amado y con Oonagh aún sobre ella.

—¿Qué os preocupa? Puedo oíros rumiar mil ideas —le susurró Cat finalmente.

Ambos miraban al mar. Rodeados de una paz absoluta en ese pequeño paraíso. Erroll suspiró y ella oyó cómo el corazón le latía más fuerte. ¿Habría hecho mal con preguntar? Ese día era perfecto y no quería que nada cambiase.

—Os amo, *mo piseag* —confesó él sin moverse un ápice de donde estaba—. Daría mi vida por cada suspiro que emana de vuestra boca. He sido todo lo paciente que puedo llegar a ser. Pero siento que os perdí aquel día que me negué a admitir lo inevitable y no sé si seré capaz de recuperar vuestra confianza.

Catherine se incorporó un poco. Lo justo para mirarlo. Él la evitaba, a pesar de que sus fuertes brazos la rodeaban.

—Soy vuestro, Cat —continuó con voz ronca y por fin se atrevió a mirarla, a perderse en sus ojos como tantas otras veces, antes de decirle—: Me robasteis el corazón, ese que yo ni siquiera sabía que tenía. Me rindo ante lo evidente. No solo fue el corazón, también os llevasteis consigo mi alma.

—Nada ha cambiado, Erroll. Sois el padre de mis hijos y sigo aquí. ¿Acaso no lo veis? No necesito más.

Él bajó la mirada con pesar.

—Mas yo sí. Tengo miedo de que algún día os vayáis, de que mi vida no valga de nuevo más que cualquier guijarro que podáis encontrar en una playa. Llamadme necio si el poder llamaros mi esposa hace que ese miedo sea más llevadero, pues lo sois todo para mí.

—Erroll...

—Os perdí, ¿no es cierto?

—Nada más lejos de la realidad.

—¿Entonces?

—Sí.

Él la miró contrariado hasta que la sonrisa traviesa de ella iluminó su rostro felino.



—¿Sí? ¿Sí a...? —repitió él sin tenerlas todas consigo de haberla escuchado bien. Ella asintió con lágrimas de felicidad en los ojos—. ¡¡¡Sí!!!

Erroll las acunó entre sus brazos. Era tal la dicha que sentía que temió fuera una de las muchas fantasías que últimamente tenía con ella. Se deleitó con su perfil altivo y esos ojos de gata que en ese instante se le antojaban grises, como espejos del propio cielo que empezaba a nublarse. No se demoró en tomar sus labios con un hambre imperiosa, mezcla de pasión desbordada y temor a que pudiese echarse atrás en el último momento.

—Cat...

—¿Uhm? —ronroneó mientras jugueteaba con la lengua entre sus dientes y le arrancaba un ronco gemido.

Erroll adoraba tenerla en sus brazos, tan entregada y a la vez dispuesta a sacar las garras. La miró con ojos traviosos e insistió en pronunciar su nombre con esa cadencia que a ella le hacía encoger los dedos de los pies en las finas sandalias. La gata suspiró y le ronroneó muy cerca de la oreja, juguetona.

—No seáis mala, *mo baintighearna...* —la advirtió—. Tenéis a la pequeña Oonagh en brazos y Ronnie está cerca. Aunque no me importaría recuperar el tiempo perdido más tarde. Esta cuarentena ha sido lo más parecido al purgatorio del que hablan en las Escrituras.

—¿Qué exagerado! —rio ella, sin pasar por alto el apelativo. Inspiró todo el aire que pudo albergar en su cuerpo para exhalarlo poco a poco—. Aunque sí que se ha hecho larga...

Él no cogió la doble intención, sus pensamientos iban por otros derroteros.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó intrigado.

—¿A qué os referís?

Oonagh suspiró dormida, ajena a la conversación de sus padres.

—¿Por qué ahora? —insistió—. Que me aspen si entendí por qué os negabais a casaros conmigo en la abadía de Arbroath. ¿Es por que renuncié a Rathlin? ¿Por el taller?

Ella negó en ambas ocasiones.

—Porque ahora no supongo sacrificio alguno.

Erroll alzó las cejas, sorprendido.

—Tampoco antes. Erais, sois y seréis mi única elección —sentenció rotundo.

—Pero yo también necesitaba sentirlo aquí —dijo la gata llevándose la mano al corazón.

Cat estaba emocionada y Erroll le besó la punta de la nariz.

—No hay isla, ni tesoro, ni rey que me hubiese convencido de otra cosa. Os amo, Catherine Berrycloth. Gracias a vos me siento vivo.

Ella le acarició el rostro y, sin dejar de mirarlo a los ojos, le dijo:

—Sois mi isla, mi tesoro y mi rey, Erroll.

El guerrero contuvo el aliento y memorizó cada detalle, cada palabra. Un nudo en la garganta le impidió contestarle de inmediato. No podía ser más feliz, pensó con orgullo y algo de temor. Le colocó un mechón de cabello tras la oreja. Ella le correspondió con una sonrisa y, mimosa, le arañó con suavidad la garganta. Sí, eso era la felicidad. No necesitaban nada más. Solo estar juntos.

—*Aithnichear an leomhan air scriob de iongann.*

—¿Y eso qué significa? —le preguntó Cat alzando una ceja, entre coqueta y desafiante.

Erroll le acarició la cintura. Sus curvas eran más pronunciadas que cuando la conoció, pero igual de excitantes. A pesar de la tela del corpiño, se recreó en uno de sus senos hasta que sintió los pezones duros y húmedos. Las mejillas de ellas se colorearon y el miembro masculino palpitó ansioso tras el calzón. Erroll intentó recuperar la compostura, pero era difícil con el aliento de ella caldeando sus labios. «Paciencia», se instó, respiró hondo y alcanzó a traducirle el significado del proverbio:

—Al león se le reconoce por los arañazos de sus garras.

Ella, sin separarse apenas de su boca, le ronroneó.

—¡Ah! ¿Sí? —Y volvió a simular que le arañaba, esta vez la espalda, erizándole el vello de todo el cuerpo.

—Sí, ¿queréis que os lo demuestre? —gruñó él.

—Mucho estáis tardando...

—¡Seréis bellaca! Esta noche, prometido.

Regresaron a las tierras de Ayden y Leena cuando aún no había anochecido. La brisa peinaba los brezos y las cálidas luces del atardecer doraban la superficie del lago como si fuese metal fundido. Junto a la casa principal,

había tres caballos desconocidos. Erroll se puso en guardia, aunque se relajó en cuanto vio un punto sobrevolar el cielo.

«Han llegado», pensó Erroll. «Neall ha cumplido su palabra».

Guardó el secreto y ayudó a Cat a desmontar. Ronnie estaba sentado en uno de los cestos e hizo palmitas en cuanto reconoció el lugar. Oonagh gimoteaba. Cat cogió a la pequeña y revisó el piquillo.

—Necesita que la cambie —le comentó a Erroll.

Ronnie puso cara de asco y le echó los brazos a su padre.

—No tardéis —le dijo despidiéndola con un dulce beso en los labios.

Cat se dirigió a la cabaña bordeando la gran casa. Erroll cogió a su hijo y lo puso sobre los hombros. El pequeño se agarró a los cabellos como si fueran unas singulares riendas. Entraron en la estancia principal y, como había previsto, se encontró a Temür, a su madre y a Neall. Aún estaban con las capas de viaje puestas, por lo que dedujo que se les habrían adelantado por los pelos.

—¡Dichosos los ojos! —exclamó Ayden—. ¿Habéis visto quiénes han venido?

Neall parecía incómodo y miraba mucho hacia la puerta. Erroll bloqueó la salida a propósito y no le dejó vía libre. Susan y Ashlyne no estaban en el salón. Quizás aún no la hubiese visto siquiera. Leena estaba junto a Eileen y la ayudaba a quitarse el sombrero.

—¡Erroll! —exclamó su madre, ansiosa por abrazarlo.

El joven cruzó la estancia con Ronnie y lo bajó para presentárselo a su madre como debía.

—Ya nos conocemos, ¿verdad? —respondió cariñosa.

Pero Ronnie miró a los recién llegados con cierto recelo y se aferró a las calzas de su padre. Erroll lo empujó para que diera un paso al frente.

—Es la *seanmhair athaireil*.

Ronnie no apartaba la mirada de Temür ni de Neall. Uno por su color de piel y otro por lo negro de su atuendo. Temür contuvo las ganas de abrazar al pequeño, no quería asustarlo.

—Dejadlo, no lo atosiguéis —medió Eileen—. Ya nos iremos conociendo.

Erroll se giró y le preguntó directamente a Neall:

—Y bien, ¿cómo habéis hecho el viaje? ¿Fue difícil rescatar a Temür?

El gigantón de ébano se cuadró al ser nombrado. Se había mantenido en un discreto segundo plano y, como Neall, miraba mucho hacia la puerta. Ayden había ocupado el lugar de Erroll, bloqueando la salida. Neall se encogió de hombros como respuesta. Tras meses combatiendo en primera línea, rescatar a ese gigantón y a la madre de su amigo había sido un juego de niños. Por su parte, Erroll no cabía en sí de gozo, deseoso de anunciarles la buena nueva, pero ante la expresión de extrañeza de su amigo, le dijo mientras lo abrazaba:

—Vendrá, Temür y traerá una sorpresa consigo. Por cierto, no os han debido de tratar muy mal, meses en las mazmorras y aún sois inabarcable.

Temür rio. Neall murmuró apenas.

—He de irme.

Ayden se cruzó en el camino de su hermano. Neall no se achantó.

—Apartaos, *bràthair*.

El tono de su voz era tan duro como su mirada. Sin embargo, unas risas femeninas lo frenaron de golpe. La de Ashlyne era como oír cascabeles al viento. La pequeña entró la primera seguida de Susan y levantó la mirada a la torre humana que tenía enfrente. Neall palideció.

—Os parezáis a tío Ayden —le dijo con asombro.

El más joven de los Murray miró a su hermano y este asintió.

—¿*Zois* mi... *athair*? —preguntó la niña con temple.

Neall se tragó las bilis y no supo qué contestar. La voz amarga de su propia conciencia le pedía que respondiera que su padre había muerto cuando la parca se llevó a su madre. Pero no fue capaz. Se sintió mareado y dejó a la niña y a todos sin respuesta alguna. Salió de la casa a trompicones, con un nudo en la garganta y ebrio de dolor. No debía haber vuelto, se repetía. Los recuerdos empezaron a resquebrajar esa coraza impuesta. Esa que creía que le ayudaba a vivir, pero que en realidad lo tenía muerto en vida.

—¿*Zoy* mala? —escuchó Neall que preguntaba su hija—. ¿No me *quere*?

Una voz de mujer que apenas recordaba parecía reconfortarla. Quiso ser él quien lo hiciera por primera vez, como también quiso montar a caballo y huir de allí, romper la promesa que le había hecho a Erroll y desaparecer de nuevo.

Neall se alejó corriendo de la casa vereda abajo, en dirección a una pequeña arboleda. Quería estar solo y regodearse en su mala suerte. Se sentó

bajo un árbol, flexionó las rodillas y apoyó los codos en ellas. Ocultó el rostro al mundo e intentó serenarse. Era la única forma que conocía en la que encontraba algo de solaz para su alma atormentada. Pero esa noche era distinta, esa noche se sentía vencido.

Sin poder ni querer evitarlo, recordó la risa cristalina y pura de la pequeña, tan parecida a la de su madre, y sollozó. ¡La echaba tanto de menos! ¡Se sentía tan solo! Le habría gustado no ser un cobarde y abrazar a Ashlyne en cuanto la vio, pedirle perdón por haberla abandonado a su suerte, por no ser el padre que merecía, por no sentirse con las fuerzas suficientes para seguir adelante. No, ella no había hecho nada mal. ¿Cómo podía pensar eso su angelito?

No supo cuánto tiempo había pasado hasta que oyó que le preguntaban:  
—¿Cómo habéis podido dejarla con la palabra en la boca?

Esa voz de mujer, la de antes... No quiso mirarla. No quiso seguir escuchando, pero sus músculos se negaron a reaccionar y a huir como siempre. Quería estar solo y rumiar su amargura. No debería haber vuelto, se repetía incesante. Pero la voz no callaba.

—¿Cómo podéis desdeñar el regalo que ella os hizo? ¿Creéis que sois el único que tiene algo por lo que llorar en esta vida?

Neall no supo cómo llegó a tener en sus manos la vida de Susan. Ella no opuso resistencia alguna. La zarandeó como si se tratase de un débil junco hasta que la joven lo miró a los ojos, tan negros que no parecían suyos.

—¡Acabad! —exclamó con voz ahogada, pero desafiante.

El brillo de los ojos de la mujer se apagaba y la coraza de Neall terminó por romperse. Él no era un monstruo. No el monstruo en el que el dolor le había convertido. La soltó justo a tiempo del último hálito de vida. Ambos cayeron de rodillas. Susan boqueó como un pez fuera del agua. No era la primera vez que sentía la muerte cerca, pero sí que lamentara irse. La joven miró hacia la gran casa y agradeció que nadie la hubiese seguido. Era la oportunidad de hablarle, de hacerle ver que Ashlyne era un regalo del cielo. Ella adoraba a esa niña. Su sangre no corría por sus venas, pero era la luz de sus días. Él necesitaba de esa luz.

Neall sollozaba a su lado en la misma posición en la que se lo había encontrado antes. Susan se llevó las manos al cuello. El dolor de garganta le recordó que no había sido un sueño, que había estado a punto de matarla. Debería estar enfadada y, sin embargo, no sentía deseo de reprocharle nada.

Era más, lo entendía a la perfección. Ella había pasado por ese periodo de duelo, por esa desesperación. Lo que no esperaba era lo que sucedió a continuación. El guerrero le tendió una daga.

—Lo he intentado muchas veces, Susan, pero yo no puedo hacerlo solo.

Ella lo miró con extrañeza. Neall recordaba su nombre después de tanto tiempo. El de una desconocida que apenas era capaz de llevar una saga sucia, la ramera de un macabro *sheriff*. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Yo tampoco —sentenció ella.

—¿Por qué? He estado a punto de mataros. Hacedlo y decid que ha sido en defensa propia, os creerán.

Susan de arrodilló ante él y puso la daga a sus pies. ¡Había escuchado tantas historias sobre ese hombre que cualquiera diría que no eran más que dos extraños! Neall era el padre de Ashlyne y la pequeña era demasiado importante para ella. No se rendiría. Nadie se merecía que lo dieran por perdido y menos él. Ambos necesitaban una segunda oportunidad. Sin pensarlo, ella le acarició el rostro. Fue algo inesperado e instintivo. Neall no apartó la mano femenina, pero la miró con el ceño fruncido. Le habría gustado sentir repulsa ante su contacto, mas algo en su interior necesitaba ese calor, esa ternura.

—Jamás fuisteis un cobarde. ¿Por qué serlo ahora? —le preguntó ella con un tono dulce.

Él contuvo el primer pensamiento. Su mirada era marchita y la voz de la mujer eran gotas de agua en la boca de un sediento. La mano en su rostro le quemaba.

—Ashlyne os necesita —insistió Susan.

Neall quiso quitar su mano, pero no pudo. ¡Se sentía tan perdido, tan falto de su familia y amigos, de esperanza! Sin saber cómo, se encontró diciendo:

—Os tiene a vos. He visto cómo os mira, como haría a su madre.

—¿Y? —preguntó ella confusa—. Yo solo la cuido. Que la quiera como a una hija no hace que sea mía ni mucho menos.

Él pareció dudar y Susan lo aprovechó.

—Nadie os pide que olvidéis a vuestra esposa. Solo que recordéis que también sois padre y que la vida continúa mal que nos pese.

—Volved a la casa, Susan —gruñó.

Neall recogió la daga, se puso en pie y suspiró. Las estrellas titilaban en la superficie oscura del lago. Ella frenó su huida y lo encaró.

—No podéis iros ahora. Erroll y Catherine se casarán para *Litha*. Ella misma me lo ha dicho.

Susan habría jurado que había visto una sonrisa en ese rostro hermoso y demacrado por los avatares del destino.

—Ya no estoy en este mundo, *caileag*.

Ella le dio un pellizco en el antebrazo que le hizo contraer el rostro de dolor. Después le señaló con el dedo índice y con actitud desafiante.

—Estáis, pero solo vos sabéis si malgastareis la vida entre lamentos o la viviréis plena.

Susan lo dejó sin más compañía que sus pensamientos. Neall sopesó qué hacer. No estaba preparado para volver junto a su familia y amigos, menos aún contestar preguntas. Tampoco quería que le arrancaran promesas que se veía incapaz de cumplir a día de hoy.

Siguió con la mirada a Susan y no pudo apartar la vista de su llamativo contoneo. No quiso compararla con su amor perdido. Sería injusto. Eran como el día y la noche y lo prefería así. Sin embargo, la observó hasta que entró en la gran casa y agradeció que no hubiese mirado atrás. Así no lo habría pillado en falta.

No había vuelto a fijarse en una mujer desde la pérdida de Leonor y se sintió confuso. Sentimientos contradictorios lo embargaban. Siempre había sido fiel a su esposa y a su recuerdo hasta entonces. Pero, aunque le costase reconocerlo, esa extraña joven le atraía y mucho. Blasfemó por lo bajo. Había puesto en peligro la vida de una mujer inocente, quizás por el mero hecho de que no le era indiferente. Había tocado fondo, Dios Bendito.

Ella había demostrado su grandeza de espíritu y agradeció que cuidara de Ashlyne. Tenía genio y lo trataba como a un hombre con honor y valía. Sin importarle su pasado, solo su futuro. No había condescendencia en sus ojos ni tampoco rencor, a pesar de lo que había estado a punto de hacerle. Era una gran mujer en todos los aspectos. Neall llamó de un silbido a su montura y se internó en el bosque. Demasiados acontecimientos, demasiados recuerdos... necesitaba pensar. Necesitaba volver. A Sentir. Que estaba vivo.

Cuando llegó a lo alto de la colina, Susan entró en la gran casa y, salvo Erroll, todos enmudecieron.

—¿Se ha ido?

No hizo falta preguntar quién. Susan asintió y cogió en sus brazos a Ashlyne. La niña se echó sobre su pecho y estaba inusualmente callada. Ayden se acercó a ellas y le giró el mentón con suavidad a Susan. Esta intentó zafarse.

—¿Os ha forzado? —preguntó con dureza.

—¡Dios mío, no! —exclamó ella dando un paso atrás, cubriéndose—. No vayáis a asustar a la niña.

Leena se acercó con su hijo en brazos y comprobó las marcas de los dedos en la piel de su amiga.

—Contadnos qué ha pasado o juro que yo misma lo encontraré.

Erroll medió entre ellos.

—¿Se puede saber qué os pasa? ¡Estáis hablando de Neall, demonios! Debe haber una explicación razonable para todo esto.

—La hay —sentenció Susan—, pero no son horas de contar batallas. Solo necesita recuperar la confianza y descansar. De hecho, todos lo necesitamos. ¿Por qué no lo dejamos para mañana? Con las luces del día veremos todo distinto. Además, hay mucho que preparar si se nos casan estos tortolitos en pocas semanas.

Todos se giraron y miraron hacia Erroll y Catherine.

—¿Es eso cierto? —preguntó Ayden radiante—. ¿Por qué no lo habéis dicho?

—Con todo este jaleo... —se excusó Erroll.

Ayden abrazó a su amigo y le susurró:

—Ya era hora, *caraid*.

—Por fin dejó que la cazara —bromeó sin quitarle ojo a su futura esposa, que recibía las felicitaciones de las mujeres y de Temür.

—Os felicito. ¿Y para cuándo?

—Para lo antes posible. No quiero darle tiempo a que cambie de opinión.

Ayden rio y asintió.

—Hacéis bien.

Eileen se acercó a su hijo, se puso de puntillas y le dio un beso. Lloraba de emoción.

—No creía que llegaría a ver este día... —le dijo emocionada.

—¿Me teníais por un caso perdido, *mamaidh*? —le preguntó burlón.



—No es por eso. Os veo tan feliz... Vuestro padre habría estado muy orgulloso del hombre en el que os habéis convertido.

—*Mamaidh*... —dijo con un nudo en la garganta.

—Habéis hecho una gran elección. Ella es vuestra *anam cara*, se os ilumina el rostro nada más verla. *Amor vincit*, Erroll.

Eileen rebuscó entre los pliegues de su capa y le dio una cajita tallada. En su interior había un anillo de oro con una piedra de zafiro dentro. Erroll abrió mucho los ojos. No era la primera vez que veía esa joya, aunque hacía siglos que le había perdido la pista.

—Fue el que vuestro padre me regaló el día de nuestra boda. Hace tiempo que ya no lo uso. Son demasiados recuerdos...

Su madre no terminó la frase. Erroll la abrazó. Cullen había sido un buen padre y esposo. Aún lo echaban de menos. Cogió el anillo con cuidado. Era una joya delicada y única. En su interior estaba grabada en latín: «*amor vincit*», la frase que su madre acababa de decirle. El joven la miró con extrañeza.

—Lo grabó el día que abandonamos esta tierra.

—El amor vence —tradujo él.

Eileen asintió.

—No me digáis que no os viene como anillo al dedo después de todo lo que habéis luchado por ella.

Erroll rio. Estaba emocionado.

—¿Cuándo se lo daréis? —le susurró su madre.

—Bonita forma de preguntarme qué día me caso —rio él, sin darse cuenta de que lo había dicho bastante alto. Todos esperaron expectantes su respuesta y Erroll lo anunció—. Para *Litha*. La torre estará acabada para entonces.

—¡Enhorabuena, *caraid!* —exclamó Ayden, que no tardó en llenar una copas con licor y brindar por la buena nueva.

Susan, la *petirroja* y Lady Eileen se acercaron a abrazar a la gata.

—¿Cómo se os ha declarado? —le preguntó la primera con aire soñador.

—Eso tendrá que esperar, Susan. *Litha* está a la vuelta de la esquina y tenemos que pensar en el vestido —comentó Leena haciendo sus propias cábalas—. Yo tengo por estrenar uno que, con unos arreglos en el corpiño, os

quedaría perfecto.

—Pero...

—Nada de «peros», Cat. Encontrar un vestido adecuado a estas alturas y en estas tierras puede ser toda una gesta.

—Leena tiene razón, *nighean-chèile*. Es la mejor opción.

Catherine asintió. Los hombres se les unieron para seguir con la celebración.

—¿De qué habláis mis bellas damas? —se interesó Erroll apurando su copa de licor.

—De preparativos y del poco tiempo que nos habéis dejado para organizarlo todo —comentó la *petirroja* con retintín.

—Pero...

—Nada de «peros», Erroll —dijo su madre—. Tanto tiempo esperando que por fin os decidierais a dar el paso y...

—De una ceremonia sencilla mejor ni hablar, ¿verdad?

Leena y su madre se pusieron en jarras. No parecían dispuestas a ceder un ápice, de momento. Una porque no creía que llegara a ver jamás este día y la otra porque era su único hijo, su heredero.

—Intentaremos cumplir vuestros deseos —le dijo Cat risueña.

—Ya veremos. Dejadlo en nuestras manos —la interrumpió Leena— y no os preocupéis más que de aparecer ese día o le veo buscándoos de tejado en tejado.

Todos rieron.



## Epílogo

### DESAFIANDO AL DESTINO

*Lough Loughareema, un día antes de Litha, junio de 1337.*

Todos estaban ansiosos con los preparativos de la boda. La ceremonia se haría a media tarde del día siguiente y esa noche se habían reunido en el hogar de Ayden. Alguien llamó a la puerta principal. Era muy tarde para recibir visitas y los hombres se pusieron en guardia.

—Será Neall... —comentó Leena a su esposo para tranquilizarlo.

Aunque era harto improbable, pues en todo ese tiempo, el joven Murray los había observado de lejos y había preferido vivir en una solitaria cabaña en el bosque. Nada más abrir la puerta, Ayden retrocedió al reconocer a la mujer que tenía ante sí. Miró desafiante a quien la acompañaba, a pesar de llevar un querubín en brazos. La mujer no le dio ocasión a que excusara su falta de entusiasmo.

—Sé que no os alegráis de verme, pero podríais disimular un poco al menos.

Leena, Catherine y Erroll acudieron prestos al oír la voz de Dunstana.

—¡Qué bien que hayáis venido! —exclamó Catherine dejándoles pasar.

—¿Cómo...? —empezó a preguntar Ayden.

—Yo los invité —respondió Leena ante la sorpresa de su esposo y Erroll.

—No me lo habría perdido por nada en el mundo —comentó la recién llegada con un tono de voz cómplice y travieso.

Erroll miró a su futura esposa y sonrió, profundamente agradecido. ¡Menuda sorpresa le había dado! Después, tomó las manos de Dunstana entre las suyas y se las llevó a los labios. Era el mejor regalo que la gata había podido hacerle. Él, que era dado a los soliloquios y a no faltarle nunca el don de la palabra, había enmudecido ante la sorpresa de volver a verles. Ni en sus mejores sueños habría albergado la esperanza de reunir a sus seres más queridos en este día... pero allí estaban. Casi todos.

A ojos de cualquiera, el gesto entre Dunstana y Erroll podría haber sido considerado excesivo e íntimo, pero nadie de los que allí estaban lo tomó como tal. Catherine aún no se había recuperado de la sorpresa y se aferraba a los bordes del corpiño, sin saber muy bien qué hacer con las manos. ¿Debía acercarse a saludarla? ¿Quedarse donde estaba? Al fin y al cabo, ella era la que les había invitado.

Cuando le había pedido ayuda a Leena para hacerle llegar una misiva a Dunstana invitándoles a asistir al enlace, no pensó que pudieran venir. Aún le costaba mitigar los celos que le provocaba la familiaridad con la que la bella dama seguía tratando a su prometido, pero se repetía una y mil veces que la dama formaba parte de su pasado, que había rehecho su vida con otro hombre y que seguían vivos gracias a ella. No solo confiaba en Erroll, también lo haría en esa mujer que tantas noches le había quitado el sueño.

Ayden se hizo a un lado y regresó junto a Leena. Su esposa le hizo un mimo para que cambiase ese gesto agrio que afeaba su semblante y perdonara no haber guardado el secreto para no estropear la sorpresa.

—No queremos molestar —dijo Henry antes de que Dunstana hablara—. Debíamos haber anunciado con antelación nuestra presencia, pero estábamos deseosos de entregar nuestro regalo.

—El primero de una carreta llena de presentes —secundó la dama vivaracha.

Catherine miró a Ayden con el ruego pintado en sus ojos. El capitán Murray claudicó al final.

—No sois ninguna molestia. Perdonad si os habéis llevado esa impresión. Aquí hay sitio de sobra para todos.

—Me alegra saberlo —replicó sonriente la rubia—, porque mi sorpresa está ansiosa por abrazar a la novia.

Catherine se quedó boquiabierta cuando Sir Walter Manny, Eda y Hamo entraron en el gran salón. El primero hizo acto de presencia con el porte propio de su alcurnia y cruzó el gran salón con inusitada familiaridad, mientras que el matrimonio mostró sus respetos nada más entrar en la estancia y se quedó en el umbral. Catherine saludó al caballero con una breve genuflexión y un par de palabras corteses para después correr hacia sus amigos y abrazarlos entre lágrimas.

—¡Habéis venido!

—No nos lo habríamos perdido por nada en el mundo —respondió Hamo.

—¿Pero cómo...? —fue a preguntar la gata, que apenas podía hablar de la emoción.

—Añadí a la misiva de Dunstana algunas indicaciones de mi cosecha —interrumpió Leena, que guiñó un ojo a la rubia y esta sonrió.

—Me dijisteis que os era imposible dejar Sutton en estos momentos —le reprochó Catherine a Eda.

—¿Dónde habría quedado la sorpresa si no? —respondió la mujer.

Erroll estaba impresionado. ¡Algún día las mujeres controlarían el mundo! Dunstana le sonrió como si supiera lo que estaba pensando y le susurró:

—Fue más difícil organizar todos los bártulos que convencerlos de que se mudaran.

—¡Ah!, Pero, ¿se quedan? —preguntó atónito.

Dunstana asintió y él la miró con adoración.

—¡Por supuesto! —exclamó y luego, en un tono confidencial, le dijo —: El único que se viene con nosotros de vuelta es Sir Walter Manny. Supongo que eso os place. ¿Verdad?

Erroll sofocó la risa. Dunstana lo conocía demasiado bien. El joven miró a su alrededor, henchido de felicidad. Estaban todos o casi todos los que le importaban en la vida para el día de su enlace. ¿Acaso podía pedir más?

Había sabido por una última misiva de Sir Symon que Darren estaba batallando en Perth junto al Guardián de Escocia y que el picaflor se había desposado hacía unos meses. No le había dado muchos más datos al respecto. Solo unas sucintas líneas que hasta llegó a pensar que había soñado, de no

haberlas releído varias veces. Con todo el trajín, se le había pasado por alto comentárselo a Ayden y averiguar algo más. No podían dejar desamparada a Isabel ahora que había regresado a Escocia y, tras la boda, lo solucionarían. Dunstana le dio un pequeño empujoncito con la cadera y los pensamientos de Erroll volvieron al presente.

—Se pondrá muy feliz cuando sepa la noticia —consiguió decir Erroll, pues no tenía palabras suficientes para agradecerle todo lo que había hecho por ellos—. Eda y ella son grandes amigas.

Ella lo miró como solo las madres saben hacerlo: con mimo y condescendencia.

—Y a mí haber contribuido a esa dicha.

Dunstana estaba feliz también. Lucía unas mejillas sonrosadas envidiables. Su bello rostro transmitía una desconocida paz. Se alegró por ella y por Henry. El joven en cuestión parecía tratar de convencer al pequeño Elric de que se estuviese quieto, pero este no hacía más que mirar hacia el rincón de juegos, que no era otro que una gran alfombra esponjosa donde los niños jugaban alejados de la chimenea. Cailéan montaba un caballito de madera y hacía como que trotaba, Ronnie sacudía con fuerza un sonajero y Erroll dedujo, por las manos y boca tintadas de Ashlyne, que la niña se entretenía comiendo moras.

—¿Por qué no lo dejáis con los demás niños? Susan estará pendiente de ellos mientras descansáis del viaje.

Dunstana pareció dudar, pero Henry asintió y lo dejó marchar. Elric corrió hacia los niños y Ashlyne hizo las pertinentes presentaciones. Al poco rato, jugaba con un pajarillo de barro cocido y lo hacía sonar entre risas.

—Venid, disfrutemos la velada con el resto —los invitó Erroll con un peculiar brillo en la mirada, pues ver jugar juntos a sus hijos le había emocionado.

Junto a la chimenea, Sir Walter de Manny charlaba de forma amistosa con Ayden y Leena. Allí, tan lejos de la pugna de reyes y de la barbarie, no había rencillas entre *sassenachs* y escoceses. Lady Eileen sostenía a Oonagh en brazos y charlaba afectuosa con Hamo y Eda, queriendo saber anécdotas del pasado de su futura nuera y compartiendo otras de su hijo. Cuando Erroll se acercó a ellos, Catherine le cogió la mano y la apretó. La gata estaba emocionada. No podía haberle dado mejor regalo de bodas que tener a sus amigos cerca. El sentimiento era mutuo.

Fue una noche divertida, llena de anécdotas e historias. Los niños se acabaron durmiendo sobre cojines en la alfombra y Susan los arropó antes de reunirse con los demás.

—¿Habéis visto lo que se parecen los niños? —le susurró la joven a Leena con complicidad.

Lady Eileen forzó una sonrisa e hizo ver que no se había enterado de la confidencia. Cedió a Oonagh a Catherine y le pidió a su hijo que la acompañara al exterior. Estaba preocupada. Su nieta tenía el pelo rubio oscuro como Erroll, pero los ojos felinos de su madre. Sin embargo, Elric y Ronnie era como volver a tener a su hijo en dos tiernas época de su infancia de nuevo. Erroll la acompañó sin hacer preguntas. La noche era clara y el cielo estaba cuajado de estrellas.

—¿Cuánto creéis que tardarán los Pulteney en atar cabos, *mac*? Cualquiera que vea juntos a los dos niños lo sabrá al instante.

Él suspiró.

—*Màthair*, no tengo intención de volver a Inglaterra. Además, para cuando Elric crezca, quizás ya sea Lord Pulteney o se hayan olvidado de mí, sin más.

—Debe ser muy duro renunciar a él.

—Como os dije en su día: yo solo fui la simiente que lo engendró. Henry y Dunstana serán buenos padres. El niño lo adora y sé que daría su vida por él.

—Sois un gran hombre, Erroll, y no lo digo porque sea vuestra madre. Hacéis bien con no volver a Inglaterra. Sin embargo, os suplicaré que no perdáis el contacto con Elric. Si algún día a ese niño le hiciese falta un tutor, un maestro, un amigo...

—Que no un padre —apostilló él. Cogió las manos de su madre entre las suyas y la miró a los ojos—. Estaré pendiente, os lo prometo. Dunstana lo sabe. Pero hay algo más que os preocupa, ¿qué es?

Su madre intentó desviar la mirada.

—Supercherías de vieja, *leanabh*.

—Decidme —insistió él con ternura.

—Una *banshee* ha estado rondándome estas últimas noches.

—¿Cómo es posible?

—Oigo sus lamentos, Erroll. La muerte de alguien cercano es inminente.

*Cois an Duine, Cushendun, baronía de Clenarm Lower, Litha, 1337.*

Erroll fue incapaz de dormir esa noche. Lady Eileen no era mujer que creyese en espíritus ni supersticiones. Quizás todo hubiese sido fruto de los nervios por el inminente enlace de su único hijo o de la llegada de Dunstana y Elric.

—¿Nervioso? —le preguntó Ayden mientras le recolocaba el *feileadh mor* y le ajustaba el broche de los Lyon.

—Ansioso, más bien —sonrió.

—Os entiendo, aunque vosotros lleváis vida de casados hace tiempo. Poco cambiará a partir de hoy.

—Eso espero.

Ambos sonrieron.

—Jamás hubiese pensado que Leena sería mi esposa y que vos desposaríais a una gata.

—El destino es caprichoso.

—Demasiado. Por cierto, las mujeres partieron al alba hacia vuestro nuevo hogar. Catherine quería enseñarle el taller y su futuro hogar. Estaban todas emocionadas. Nunca las he visto tan felices, Erroll. Creo que lo mejor que hemos hecho es venir aquí. Por cierto, y antes de que me lo preguntéis, Henry, Temür y Hamo las acompañan.

Erroll sonrió antes de preguntarle:

—¿Y de Manny?

—Aún seguía dormido cuando venía hacia aquí.

—Pues habrá que ir a despertarlo —replicó Erroll a la vez que le guiñaba un ojo a su amigo y cogía de paso un cubo lleno de agua del suelo.

—¡No os atreveréis! —exclamó jocosamente Ayden al ver las intenciones del irlandés.

—No me tentéis, *mo caiptean*, que Sir Walter no es tan amigo.

Ayden rio con ganas.

—Apiadaos de él, vos os quedáis con la gata.

—Solo por eso, dejaré que seáis vos quien lo despierte.

Ayden se lo pensó durante unos segundos. Se dirigieron en silencio a



donde dormía Sir Walter como un bendito, el mellizo Murray cogió una copa, la llenó y se la echó al durmiente a la cara. El inglés se despertó sobresaltado y agitando los brazos como si le hubiese caído encima caldo ardiendo. Ayden y Erroll rieron a carcajadas, mientras que el otro solo bufó en un principio, sumándose a la chanza después. ¡La que habría liado si le hubiesen echado el contenido del cubo encima!

—¿Tan tarde es? —preguntó el caballero mientras se secaba el rostro y se espabilaba.

—Tanto que no veréis un nuevo amanecer si el día de mi boda llega el último.

Partieron hacia Cushendun en cuanto estuvieron listos. Erroll cabalgó más tranquilo al reconocer cierto punto negro sobrevolando el horizonte. Neall estaría. Sonrió, olvidándose de malos augurios y supercherías durante el trayecto. Ese día sería uno de los más felices de su vida.

Cuando llegaron a las inmediaciones de la torre, todo estaba en silencio. Dejaron las monturas en las caballerizas y cruzaron una significativa mirada entre ellos.

—¿Qué ocurre? —apenas susurró Sir Walter.

Sin embargo, antes de que Erroll o Ayden pudieran responderle, un fuerte estruendo les alertó. Erroll se envaró y echó a correr hacia la cabañataller. Cuando llegaron, encontraron la puerta hecha astillas y a Neall zarandeando a Temür.

—¡Parad por Dios! —lo paró su hermano—. ¿No veis que está inconsciente?

Neall no respondió, dejó al coloso en el suelo y sacó a rastras del taller a los otros dos. Un extraño olor enrarecía el aire. Ayden dio una patada al caldero que estaba al fuego en la chimenea y los rescoldos humearon antes de apagarse.

—¡Abrid las ventanas! —ordenó Ayden.

Sir Walter actuó presto mientras Erroll ayudaba a Neall a espabilar a los hombres. Hamo fue el primero en reaccionar, aunque decía incoherencias y era incapaz de fijar la vista.

—¿Los han envenenado? —susurró Sir Walter.

—Podría ser. Tienen las pupilas dilatadas —gruñó Neall.

—¿Quién podría hacer algo así? —pensó en voz alta el caballero inglés.

Henry comenzó a barbotar frases sin aparente sentido.

—Ella. No la distinguí hasta que la tuve frente a mí. Vestía como Dunstana, pero sus ojos eran distintos. Un demonio. Amenazó con matar a los niños. Con despenarlos. Todo era una trampa para encerrarnos aquí.

—¿De quién habla? —preguntó Sir Walter a Erroll, que había perdido el color del rostro.

Flanagan miró a Neall y este asintió.

—No hay tiempo que perder. Debemos encontrarlos y pronto —dijo Neall con la confianza de antaño.

—Comprobaré que no hay nadie en la torre —dijo Sir Walter.

—Mejor quedaos aquí con los hombres e intentad que se recuperen cuanto antes. Nos veremos en la cala como habíamos acordado. ¿De acuerdo? Temür sabe llegar.

El caballero asintió. Los hermanos Murray y Erroll marcharon raudos y comprobaron que no había nadie en los alrededores.

—¿Ese pájaro vuestro sabrá dar alguna señal? —preguntó Erroll a Neall antes de montar sobre Tizón.

—Volará en círculo si están en la cala y en línea si están en las cuevas.

—Yo acompañaré a mi hermano —se ofreció Ayden.

—Me parece bien. Pero, ¿cómo sabré si están todos? —quiso saber Erroll.

—Graznará —dijo Neall.

Ayden puso los brazos en jarra y frunció el ceño. A su hermano siempre se le habían dado bien adiestrar pájaros, pero que ese cuervo graznara cuando él se lo pidiera parecía cosa del demonio.

—Pasáis demasiado tiempo con ese bicho —murmuró el mellizo hosco.

En otra situación, los tres se hubiesen reído, pero no había tiempo que perder. Erroll puso su montura al galope y se dirigió a la parte alta de las cuevas. No le hizo falta escuchar los graznidos del cuervo ni verlo sobrevolar el acantilado. Cerca del abismo había tres mujeres. Dos de ellas tan parecidas que costaba distinguir las de lejos. Forcejeaban entre sí. Erroll se bajó del caballo sin pensarlo y echó a correr hacia ellas.

—¡Deteneos!

Ninguna le hizo caso. La rabia de la condesa Stafford transfiguraba su rostro, haciendo que ambas pareciesen muy distintas a pesar de ser tan

similares como dos rayos de sol. Catherine consiguió que Kelsey soltara el cuello de su presa, pero no quitársela de encima del todo. Dunstana intentó zafarse a codazos de su agarre, en vano. Erroll no esperó ni un segundo más y cogió en volandas a Kelsey.

—¡Maldita zorra! ¡Me lo habéis quitado todo! —gritó la desquiciada a ambas, sin distinción.

El odio que Kelsey sentía por Dunstana había terminado por enloquecerla por completo. La condesa pateó, gruñó y gritó como una fiera hasta que advirtió que era él.

—¿Cómo habéis podido llegar a esto? ¿Qué pretendíais? —le preguntó enfadado Erroll a Kelsey mientras la apartaba de su gran amor.

Catherine ayudó a Dunstana a recomponerse mientras tanto. Kelsey había estado demasiado cerca de conseguir despeñarlas y ambas jadeaban. La gata gruñó frustrada al ver a esa arpía junto a Erroll, pero entendió que era el único que podría evitar un trágico desenlace.

El guerrero mantuvo inmovilizada por las muñecas a Kelsey. La condesa sollozaba y le pedía que la dejase acabar con lo que había empezado. Mostró resistencia, pero él se mantuvo firme, la giró sobre sí y la miró iracundo. ¿Realmente se había vuelto loca?

—¿Cómo osáis...?

—Quería morir —le replicó ella con amargura.

—¿Y llevaros a todos los que pudierais por delante? ¿Qué sentido tiene eso? ¿Habéis perdido el juicio?

—Yo lo tenía todo, Erroll. Renuncié al amor de mi vida por tenerlo todo y ahora no tengo nada. Debería ser yo la que me casara con vos este día, la que os hubiese dado esos malditos niños... ¡¡¡Debería ser yo!!! —exclamó Kelsey con rabia y cambiando el tono por uno más dulce y suave, añadió—. ¡Veníos conmigo, Erroll, comencemos una nueva vida juntos!

Catherine le lanzó una dura mirada, de esas que asesinan.

—Pensad en vuestras hijas, Kelsey —le dijo él para intentar hacer entrar en razón a su antiguo amor.

—Las han puesto en mi contra a pesar de que no valen nada para mi marido. Todos estos años de sacrificio para que se pase los días coqueteando con la hija de Hugh Audley. Ralph solo piensa en tener un primogénito varón, pero ni me mira. ¡¡¡Maldito sea!!! ¡Veníos conmigo, Erroll, y empecemos una nueva vida juntos! —insistió en su desesperación.

Catherine sintió que la sangre se volvía lava bajo su piel y dio un paso hacia ellos. Dunstana se cruzó en su camino.

—Calmaos, la condesa no va a salirse con la suya. Ninguno nos mancharemos las manos con su sangre. ¿Entendido?

Cat asintió apenas, sin dejar de desearle a esa arpía caprichosa que el destino le devolviera todo el mal infligido. Dunstana estaba en lo cierto, no iba a salirse con la suya. Tenía que mantenerse al margen y serenarse. Por Erroll. Por sus hijos. Sin embargo, su aliada no estaba por la labor de seguir sus propios consejos.

—Dejádmela a mí, tenemos demasiadas cuentas pendientes — prácticamente gruñó Dunstana antes de acortar la distancia que la separaba de la condesa y abofetearla.

Ninguno de ellos se lo esperaba. Ni siquiera Kelsey. Esta alzó la barbilla altiva y giró el rostro. Su mirada irradiaba pura maldad.

—¿No me preguntáis por vuestro hombre? —le preguntó mordaz a Dunstana.

La rubia apretó el ceño y encaró al turbio reflejo de sí misma.

—Si le habéis hecho algo a Henry o a alguno de ellos, solo a uno de ellos... Os mataré.

Kelsey rio a carcajadas, a pesar de que Erroll les pedía calma.

—Tenéis buen gusto —espetó tras reírse—. He de reconocerlo. Aunque es un poco joven y un tanto ingenuo... ¡Fue tan fácil engañarlo!

—¡Maldita bruja! ¿De qué habláis? —le preguntó la rubia mientras la zarandeaba.

Erroll se puso entre ellas, pero Kelsey se zafó.

—Vuestro hombre me confundió con vos —se burló Kelsey, presa de la locura—. Lástima que tuviera preparado el beleño y a los otros dos hombres encerrados dentro de esa casucha. No me habría importado saborear sus mieles.

Erroll no pudo evitar que Dunstana le diera una segunda y merecida bofetada a Kelsey. Para evitar males mayores, puso a la condesa tras él. Kelsey parecía estar buscando su muerte, ya no le quedaba duda alguna. Miró a los ojos a Cat y le rogó que le ayudara. La gata se cruzó de brazos. Era lo máximo que podía hacer. Estaba exhausta y esa arpía se tenía bien merecido todo lo que Dunstana pudiera hacerle. Había estado a punto de despeñarlas. De hecho, convencer a la joven no sería tan fácil, pues ella misma quería

descuartizar a esa demente.

El guerrero barajó la situación con rapidez. Eran tres contra uno, pero nada ni nadie ensombrecería ese día. Para ello, tenía que convencer a su amiga de que no se tomase la justicia por su mano.

—Despertemos de una vez por todas de este mal sueño, Dun —le imploró Erroll—. Neall llegó a tiempo y todos están bien. Os lo prometo.

Dunstana lo miró durante un largo rato. Después resopló, exhausta. Dio un paso atrás y alzó las manos como gesto de rendición. Confiaba en Erroll y sabía que jamás le mentiría en algo así. Catherine se acercó a ellos ansiosa por saber más.

—¿Y los niños y el resto de mujeres?

—Por ahí vienen —le respondió su amado tras señalar el camino con la cabeza y sin dejar de sujetar a Kelsey.

Era cierto. El grupo aguardaba el desenlace a una prudente distancia. Catherine suspiró al ver que se encontraban bien y devolvió una mirada radiante a Erroll. Sin embargo, el rostro de preocupación de él, la inquietó. La gata le lanzó un beso al vuelo para tranquilizarlo. Él habría dado lo que no tenía por abrazar a Cat en ese instante, pero no se fiaba de la condesa. Estaba desquiciada y era imprevisible. Se mantuvo en su sitio.

Catherine se llevó la mano al corazón y vocalizó un: «Os amo». Solo para él. Los ojos de Erroll resplandecieron como estrellas. Su gata... La quería a salvo y lejos de Kelsey. La instó con un gesto a marchar con los demás. Ella se negó al principio, pues también quería perderse entre sus brazos, alejarlo de esa mujer... pero ante la insistencia de él, obedeció.

—¿Qué haremos con la condesa? —preguntó Dunstana aún malhumorada y sin moverse de su lugar.

Erroll se tomó unos segundos para contestar. Entretanto, Kelsey le imploraba aferrada al *feileadh mor* y susurrante que se fueran juntos, que aún estaban a tiempo de retomar su relación, que lo quería y que era al único hombre que había querido. Vanas palabras que llegaban muy tarde. Dunstana aguardó paciente la respuesta de su amigo mientras acribillaba con la mirada a Kelsey, que seguía con su retahíla.

—Pondremos el caso en manos del *sheriff* —sentenció tras asegurarse de que Catherine estaba fuera de peligro.

Dunstana sonrió orgullosa. La condesa, en cambio, se revolvió histérica.

—¡Jamás, Erroll! —gritó Kelsey a su espalda, marcando la camisa con la punta de lo que parecía una daga, para que supiera que estaba dispuesta a todo.

Erroll no respondió y se culpó por no haber previsto que ella pudiese tener algún arma escondida. ¿Por qué no había hecho uso de ella en la reyerta? ¿Acaso había esperado ese momento, a que él llegara y obligarlo a elegir? ¿No quedaba nada de la mujer que un día lo enamoró perdidamente?

—Pagaréis bien caro no haberme elegido —siseó.

Contrariado, Erroll fue incapaz de actuar. Neall lo hizo por él. El silbido de una flecha rasgó el horizonte. Todo fue muy rápido. El tiempo justo para ver cómo Kelsey soltaba el *sgian dubh* y caía de rodillas a la vera de su primer amor, con el astil clavado en la mano. Ella volvió a mirar implorante a Erroll, pero no halló su perdón. No podía dárselo.

Temür y Sir Walter agarraron a la condesa Stafford y la llevaron a rastras entre gritos. Erroll cerró los ojos y apretó los dientes. Unos brazos lo apresaron para devolverlo al presente, al mundo de los vivos, a la felicidad. El joven siguió con los ojos cerrados, temblando. Supo que era Catherine por la forma de aferrarse a él, por sus tiernos labios y sus amargas lágrimas. Ella era su refugio, su orilla, su paz.

—Estoy bien, *mo bhean 's mo ghràidh* —susurró aún tembloroso.

La gata sollozó y él le besó la frente.

—No sé qué habéis dicho, pero qué bien suena en vuestros labios —dijo ella con los ojos vidriosos.

Él le enjugó el rostro de las suaves perlas que salpicaban sus pestañas.

La comitiva los esperaba a una prudente distancia. Después de lo sucedido, la pareja necesitaba un rato a solas. Ayden se entretuvo hablando con el sacerdote sobre un futuro donativo para la nueva parroquia, mientras Leena recomponía el traje de Cailéan, aún con los nervios en el cuerpo. Eda no dejó de abrazar a Hamo y tocarle el rostro, sin poder creerse lo que le contaba sobre cómo habían sido intoxicados con beleño. Henry besó a Dunstana mientras Elric intentaba separarlos y que le prestasen atención. Solo Lady Eileen observaba a la pareja, que seguía abrazada al borde del acantilado. Los sollozos de la *banshee* cesaron al fin y suspiró aliviada.

—La muerte ya no está entre nosotros —murmuró a su nieto, aunque el pequeño no pudiese entenderla y lo único que deseaba era zafarse del agarre

de su abuela y volver a los brazos de su madre.

La vida parecía seguir para todos, salvo para Neall, que bajó lentamente el arco, evitando mirar a nadie. Una mano femenina le tocó el hombro.

—Está vivo gracias a vos.

Esa voz... Suspiró. Siempre parecía saber qué necesitaba escuchar y cuándo. Susan insistió.

—Gracias.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar.

—Por quedaros.

—¿Qué os importa a vos lo que yo haga o deje de hacer?

Su tono fue brusco, casi huraño, pero Susan no se dejó vencer. Sin embargo, fue Ashlyne la que habló.

—*A bheil athair na laoch?*

—No —respondió él igual a la vez que Susan pronunciaba un: «Sí».

Ashlyne rio. Esa risa, tan parecida a la de su madre, le tocó a Neall el corazón.

—¿Me *enzeñareis*? —respondió la niña algo cohibida, mientras imitaba el movimiento de tirar al arco con maestría. Temía enfadar al hombre de gesto huraño.

El nudo en la garganta de él se convirtió en piedra y Susan temió que se marchara para siempre.

—Os enseñaré cualquier cosa antes que tirar con arco —le respondió un poco hosco.

—¿A hablar con pájaros *también*? —preguntó la pequeña con los ojos muy abiertos e imitando el ceño de él.

—Incluso a hablar con los pájaros.

Ashlyne hizo un gracioso mohín. No estaba muy convencida de que ese hombre tan grande supiese hablar con las aves y lo miraba de reojo sin pestañear. Susan reprimió una carcajada y fingió observar a la pareja que aún seguía abrazada junto al acantilado, mecida por la brisa de mar.

El sacerdote dio por terminada la charla con Ayden en cuanto consiguió los donativos pertinentes y se acercó a Erroll y Catherine. No quiso ser indiscreto, pero comenzó a carraspear para que se dieran cuenta de que no estaban solos. Las muestras amorosas que se prodigaba la juventud lo violentaban.

—Se hace tarde. Si nos demoramos, no habrá luz que guíe nuestros pasos hasta la cala.

La pareja asintió y se reunieron con el resto del grupo. Catherine acunó a Oonagh, necesitada de la ternura e inocencia que desprendía su bebé. Eda subió a Ronnie al cuadril, aunque antes de echarse a andar, le dio un beso a su amiga en la sien y sonrió. Las palabras sobraban entre ellas. En contraste, Lady Eileen abrazó a su hijo con fuerza y le preguntó si estaba bien. Comenzaron a andar juntos hacia la cala.

—Aún tengo el susto en el cuerpo —murmuró la dama.

—Estoy bien, *mamaidh*, de verdad.

Sin embargo, ella seguía con el corazón encogido. No solo porque la vida de su hijo hubiese corrido grave peligro, sino por el secreto que acababa de desvelarse ante sus ojos. Necesitaba desahogarse, enterrar por siempre el recuerdo de esa mujer para no volver a nombrarla nunca más.

—Al verlas juntas, no he tenido duda alguna de que es la niña robada de los Haldane.

Erroll alzó una ceja interrogante.

—¿De quién habláis?

—De Dunstana, por supuesto.

Erroll miró ceñudo a su madre. El parecido entre Kelsey y Dunstana siempre le había inquietado, pero de ahí a estar unidas por parentesco...

—Su madre la lloró mucho, ¿sabéis? —le explicó confidente—. Su padre tenía el carácter pretencioso y voluble de Kelsey. Recuerdo que a la pobre señora le llevaron el cuerpo sin vida de un recién nacido para que dejara de llorar la pérdida de su pequeña y no se volviese loca. Los hombres del clan ni siquiera se pararon a ver que el cuerpo de la criaturita que le presentaban era el de un niño y que aún estaba caliente. Ese día, la señora dejó de llorarla, temiendo por la locura que había llevado a su esposo a tal atrocidad.

Lady Eileen palmeó la mano de su hijo.

—Nada se supo del bebé hasta ahora que las he visto juntas. Su madre se murió con esa pena, pero no los juzguéis. El clan estaba sumido en la miseria tras la guerra y a raíz de aquello fue levantando cabeza. No sabemos si Dunstana habría vivido mejor con los Haldane, o si habría sido más querida de lo que ha sido en su familia de acogida. El pasado es el que es e intentar cambiarlo es inútil.



Erroll se quedó en silencio un rato. Faltaba poco para llegar a la cala, donde habían improvisado un pequeño altar y habían adornado un arco con flores. El sol doraba el mar mientras se ocultaba tras el acantilado entre lenguas de fuego.

—¿Por qué me lo contáis ahora? —quiso saber el joven.

—Porque sé lo importante que esas mujeres han sido en vuestra vida.

—Kelsey... ya no era Kelsey. Vos la habéis visto. No sé si se recuperará algún día.

—No está en vuestras manos, *leanabh*. Pero agradeceré siempre que Neall estuviese alerta u os habría llevado consigo en ese acantilado.

Erroll buscó con la mirada a Neall. Este caminaba cerca de Susan, que llevaba a Ashlyne en brazos. Aunque mantenía las distancias, la niña parecía encandilarlo con su media lengua. Sintió que se le encogía el corazón de dicha. Su amigo, su mejor amigo, su salvador, había regresado junto a ellos. Ambos hombres cruzaron una elocuente mirada. Neall parecía estar pidiéndole perdón y Erroll, por su parte, le daba las gracias. Sonrieron con timidez.

Lady Eileen lo cogió de la mano. Sabía lo importante que era Neall para su hijo.

—Volverá con nosotros. Ya veréis.

—Gracias, *mamaidh*. Yo también lo creo.

—No hay de qué. Con respecto a vos, juradme que seréis feliz y que dejaréis el pasado atrás.

—Os lo juro.

En la cala los esperaba media villa, algunos primos de Burgh y más hombres de Byset de los que podría contar a simple vista. Los recibieron con júbilo y chanzas por la espera. Sir Hugh Byset mostró sus respetos a Lady Eileen nada más llegar y se desentendió de su bella y ceñuda esposa. Sin embargo, la dama escocesa ignoró las atenciones del señor de las Cañadas y se excusó para volver al lado de Eda y Susan. La mujer de Sir Hugh endulzó el semblante desde entonces y no volvió a soltar el brazo de su marido en toda la celebración.

Los hombres encendieron las antorchas y las mujeres cubrieron de pétalos el camino mientras esperaban que la novia terminara de arreglarse.

Todo estaba preparado para la ceremonia y para la posterior *feis*.

*Litha* era todo un acontecimiento y las hogueras junto a la playa arderían durante toda la noche como símbolo de purificación y del fin de la oscuridad. El mar acompañaba la velada con su suave oleaje y las mujeres trenzaban flores para engalanar sus cabellos. Erroll miró a su alrededor con vivo interés, memorizando cada detalle.

Sir Uilleag se acercó a prudente distancia y Erroll lo saludó con un gesto de cabeza.

—No creí que me invitarais a vuestra boda —masculló su primo de cara al mar.

—Aquí siempre seréis bienvenido, Sir Uilleag.

El hombre resopló y se mesó la barba.

—Me habría gustado teneros como aliado, Erroll.

—Y a mí no teneros como vecino —le respondió el novio burlón.

Ambos sonrieron.

—No os preocupéis por la mujer —comentó Sir Uilleag haciendo referencia al incidente ocurrido con la condesa Stafford—. Ya me han contado que os ha puesto en un aprieto. La herida de la mano es limpia y sanará, aunque grita como si tuviese el demonio dentro.

—¿Qué será de ella?

—Mis hombres la custodiarán hasta que el *sheriff* y el marido se personen. Así ese gigante negro que tenéis por amigo podrá asistir a la boda junto al «*tighearna pompous*». Se hará justicia, no os preocupéis.

—Al final conseguiréis gustarme como vecino —rio Erroll ante la definición que había hecho de Sir Walter de Manny.

Leena salió de la cueva y todos los presentes ocuparon sus respectivos sitios. Una gaita solitaria comenzó a sonar fundiéndose con el oleaje. El ansiado momento había llegado. Catherine salió del interior de la cueva y caminó hacia el altar acompañada de Ayden. Un velo de color azul cielo cubría su melena y unas peinas de nácar adornaban su tocado como complemento. No había mejor adorno que su sonrisa y el brillo de sus ojos. Leena se había esmerado en el recogido y en adecentar el vestido todo lo posible.

Erroll sintió el corazón desbocado al verla y se recolocó el *feileadh mor*, nervioso. Su gata parecía un hada. Una Venus nacida entre las rocas. Tan

bella que costaba centrarse en la ceremonia, por lo que agradeció al sacerdote que resumiera las lecturas y fuese directo a los votos.

Tras entrelazar las manos de la pareja con un cordón bordado, Ronnie caminó hacia sus padres con su peculiar bamboleo y levantó la manita donde llevaba atado el anillo con una cinta. Catherine lo recibió emocionada y Erroll se lo puso en el dedo anular mientras le decía:

—*Amor vincit.*

El zafiro refulgió con los últimos rayos del sol. Ella repitió sus palabras y le entregó una caja, en apariencia vacía, como regalo de bodas. Él la miró con extrañeza hasta que descubrió que había un corazón de tinta pintado en el fondo. Resopló muy bajito, para recuperar la compostura, aunque la gata no parecía querer ponérselo fácil.

—Me robasteis el corazón la primera vez que os vi, Erroll —dijo en voz alta—. Nada más tengo y solo a vos pertenece. Jamás pensé que llegaría este día. Jamás. Es un sueño hecho realidad del que temo despertar a cada instante. Bien sabéis lo que me ha costado dar este paso. No porque no os quiera...

Erroll quiso interrumpirla, pero la gata sonrió trémula y se armó de valor.

—Os amo. Sois la materialización de ese sueño, el padre de mis hijos y la razón de mis días. Ya no me imagino la vida sin vos. No puedo. Mi corazón os pertenece, porque yo libremente os lo entrego.

Él se quedó embobado en sus labios y entendió que, en esa caja vacía en apariencia, se lo daba todo. El sacerdote carraspeó, sin saber muy bien si dar por acabada la ceremonia con el intercambio de regalos. Erroll tomó la mano de Catherine, la que lucía el anillo, y se la llevó a su corazón.

—Prometo honrarlo, amarlo y respetarlo por siempre, *mo baintighearna*.

—Yo también lo prometo, *mo bhàrd*.

Erroll supo que Leena le había enseñado la palabra al ver cómo se dirigían una rápida y cómplice mirada entre ellas. Sonrió y tomó la barbilla de Catherine para perderse en sus ojos de plata bruñida, de tempestad. Ella nunca antes le había nombrado así, como su bardo, pero por ella recitaría mil versos. Brotaban de solo mirarla. Todos dedicados a ella, a la única gata de su tejado, a la única que había sabido recomponer los pedazos de su maltrecho corazón.

—Me inspiráis muchas cosas... pero os aburriría si os la dijera todas.

Algunos de los presentes rieron y cruzaron miradas entre sí. Pero en esa sala, solo estaban ellos y su amor. Catherine se puso de puntillas, rostro con rostro.

—Decidme alguna al menos —le sugirió mimosa al oído—. Os recompensaré.

—Dulce promesa, pues quiero recuperar todos esos besos perdidos...

El sonido ronco de su voz la sedujo y sintió flaquear sus piernas un instante.

—¿Y a qué esperáis? —lo retó mirándolo a los ojos, mientras rozaba sus labios con un tímido beso, casi una caricia incendiaria.

Erroll no se lo pensó. La atrajo por la cintura y la besó con hambre desmedida, con ese deseo que no se satisfacía por muchas veces que estuvieran juntos. Ese sería el primero de muchos días de dicha en los que ambos se demostrarían su eterno amor. La vieja *taibhsear* se había salido con la suya: la gata había cazado al león.



## Glosario

***A bheil athair na ghaisgeach?:*** Del gaélico, ¿es padre un héroe?

***Ach Càit 'n deach a' Chlach? Seo:*** Del gaélico: ¿Pero dónde estaba la piedra? Aquí.

***Addanc:*** Dragón de la mitología celta que suele vivir en lagos.

***Aithnichear an leomhan air scriob de iongann:*** Del proverbio irlandés, al león se le reconoce por los arañazos de sus garras.

***Alba gu bràth:*** Del gaélico, Escocia hasta el juicio final. Frase anteriormente utilizada por William Wallace y todos aquellos afines a la independencia del país.

***Amor vincit:*** Del latín, el amor vence.

***Anam cara:*** Del gaélico, alma gemela.

***Ar maith leat damhsa:*** Del gaélico, ¿quieres bailar?

***Athair:*** Del gaélico, padre.

***B'fhearr gun tòiseachadh na sguir gun chrìochnachadh:*** Del gaélico, refrán que dice: mejor no empezar que dejar sin terminar.

***Balach:*** Del gaélico, muchacho.

***Baintighearna:*** Del gaélico, señora.

***Bancharaid:*** Del gaélico, amiga.

***Ban-draoidh:*** Del gaélico, bruja.

***Banshee:*** Del gaélico, hada que se apega a una persona para toda la vida y predice una muerte inminente con gemidos en la noche.

***Bean-chèile:*** Del gaélico, esposa.

***Beltane:*** Festividad celta del fuego el 1 de Mayo. Marca el inicio de

la estación de la luz y la fertilidad.

***Bod-an-Balcuigh:*** En irlandés, pene del poder.

***Bòidheach:*** Del gaélico, preciosa, hermosa.

***Bràthair:*** Del gaélico, hermano.

***Bràthair-athar:*** Del gaélico, tío por parte de padre.

***Caileag:*** Del gaélico, muchacha.

***Caraid:*** Del gaélico, amigo.

***Claymore:*** Gran espada escocesa cuyo uso precisaba de las dos manos para ser blandida. Afilada por ambos lados, su longitud total podía sobrepasar fácilmente el metro y medio, un cuarto del cual era la empuñadura, lo que facilitaba al usuario sustentarla sin necesidad de forzar las maniobras, ni de asirla por la base de la hoja.

***Cotun:*** Prenda de cuero cosida en forma tubular, rellena de lana o algodón para proteger el torso en la Edad Media.

***Cuirm:*** Licor muy fuerte elaborado con cebada y parecido a la cerveza de sabor fuerte, y que se utiliza, por supuesto, en todas las fiestas.

***Dterninus vobiscurn:*** Del latín, Dios está contigo.

***Estampie:*** Danza medieval, tanto instrumental como vocal, muy popular en los siglos XIII y XIV. Consistía en girar con un pie inmóvil, entre otros pasos y siguiendo patrón repetitivo.

***Feileadh mor:*** Indumentaria propia escocesa, compuesta por una túnica larga cuyo sobrante se recogía en un broche.

***Feis:*** Del gaélico, fiesta.

***Ghràidh:*** Del gaélico, cariño, querida, amada.

***Gruit:*** Es una mezcla de hierbas que daban aroma a la cerveza antes de emplearse el lúpulo.

***Hareman:*** Apodo de Elman Shaw y que significa: Hombre liebre.

***Highlander:*** Del gaélico, montañero escocés de las Tierras Altas.

***In crescendo:*** Del latín, en progresión creciente.

***In situ:*** Del latín, en el lugar, en el sitio.

***Ionmhainn:*** Del gaélico, amado, querido.

***Ipsa facto:*** Del latín, inmediatamente, en el acto.

***Is fhearr bloigh bheag le bheannachd, na bloigh mór le mallachd:***

Del gaélico, mejor una parte pequeña que sea bendita que una gran parte que sea maldita.

***I ndiaidh a chéile a thógtar na caisleáin:*** Del gaélico, proverbio sobre la paciencia y la tenacidad: Es uno después de otro que se construyeron los castillos.

***Is ó mhnáib do-gabar rath nó amhrath:*** Del gaélico, proverbio: Lo bueno y lo malo viene de las mujeres.

***Is briste mo chridhe:*** Del gaélico: y mi corazón está roto.

***Kelpie:*** Del gaélico, ser mitológico celta con forma humana o de caballo. Espíritu maligno que pretende atraerte al interior del lago o río con artimañas.

***Laird:*** Del gaélico, terrateniente, hacendado escocés.

***Leanabh:*** Del gaélico, hijo.

***Leannan:*** Del gaélico, querida, más formal.

***Litha:*** Nombre que se le da al solsticio de verano celta (21-23 junio).

***Loch:*** Del gaélico, lago.

***Lough:*** Del irlandés, lago.

***Luaidh:*** Del gaélico, apelativo cariñoso que significa: cariño, cielo...

***Lugh-nassad:*** Es la fiesta pagana que se celebra el 1 de agosto en el hemisferio norte con motivo de la recogida de la cosecha.

***Mac:*** Del gaélico, hijo.

***Mac-bràthar-athar:*** Del gaélico, primo (hijo del hermano de mi padre)

***Maighstir:*** Del gaélico, señor.

***Mamaidh:*** Del gaélico, mamá.

***Màthair:*** Del gaélico, madre.

***Mo:*** Del gaélico, mi.

***Mo baintighearna:*** Del gaélico, mi señora.

***Mo bana-mhorair:*** Del gaélico, mi dama/señora. Muy formal.

***Mo bhalach beag:*** Del gaélico, mi niño pequeño.

***Mo bhàrd:*** Del gaélico, mi poeta.

***Mo bhean 's mo ghràidh:*** Del gaélico, mi esposa y mi amor.

***Mo caiptean:*** Del gaélico, mi capitán.

***Mo ghrà:*** Del gaélico, mi amor.

***Mo mathan:*** Del gaélico, mi oso.

***Mo piseag:*** Del gaélico, mi gata.

**Nighean:** Del gaélico, hija.

**Nighean-chèile:** Del gaélico, nuera.

**Nune aut nunquam:** Del latín, ahora o nunca.

**Oonagh:** Nombre que significa “pura”; “cordero” si es una variante de Agnes y “sagrada” si es de Oona.  
<https://www.todopapas.com/nombres/nombres-de-nina/oonagh>.

**Petirroja:** Forma cariñosa con la que Ayden llama a Leena.

**Piuthar-athar:** Del gaélico, tía por parte de padre.

**Plaid:** Del gaélico, pieza larga de tela con estampado a cuadros típico escocés o *tartan*, normalmente llevado sobre el hombro como parte del vestuario.

**Porridge:** Plato elaborado con granos de avena molida o machacada cocida, mezclados con agua, leche o ambas. Típico desayuno escocés, donde en vez de azúcar se le añade sal.

**Sassenach:** Del gaélico, término ofensivo escocés para referirse a un inglés y, en general, a un extranjero.

**Samhuinn o Samhain:** 31 de octubre, comienzo del invierno celta.

**Seanmhair athaireil:** Del gaélico, abuela paterna.

**Sgian dubh:** Del gaélico, pequeño puñal.

**Sìdhe:** Del gaélico, hada.

**Sine qua non:** Locución latina de carácter obligatorio que significa: condición sin la cual no.

**Sloughnamorro:** Una serie de corrientes y remolinos que se sitúan entre la costa de Fair Head y la isla de Rathlin.

**Sruth na Maoile:** Del gaélico irlandés, el Mar de Moyle, más conocido como el canal del Norte y que separa la parte oriental de la costa irlandesa del norte con el suroeste escocés.

**Taibhsear:** Del gaélico, adivinadora.

**Tartan:** Del gaélico, tela escocesa de lana con cuadros o listas cruzadas de diferentes colores, normalmente asociados a un clan.

**Tighearna pompous:** Del gaélico y literalmente, señor pomposo.

**Touché:** Expresión francesa que se usa cuando una persona da un argumento irrefutable.

**Yule:** Así es como es conocido en el mundo celta y pagano al equinoccio de invierno, 19-22 de diciembre.



Fuentes destacadas:

[https://en.wikipedia.org/wiki/Conn\\_of\\_the\\_Hundred\\_Battles](https://en.wikipedia.org/wiki/Conn_of_the_Hundred_Battles)



## Sobre la autora



Eva García Carrión, natural de Huelva, 11 de abril de 1980. Licenciada en Bellas Artes por la Universidad Politécnica de Valencia, cursó carrera privada de Creatividad Publicitaria en Madrid y diversos cursos de perfeccionamiento en las artes audiovisuales. Es actualmente profesora de dibujo del I.E.S Rafael Reyes de Cartaya.

De su carrera artístico plástica, cabe mencionar la selección de su obra “Intimidad” en el XXIX Premio Bancaja de Pintura (nacional) y la obtención del primer premio de pintura en 2011 por “Posguerra” (local).

Su debut en el mundo de las letras fue en agosto del 2014, con la primera novela de la Saga Entreguerras: “El destierro del Ángel”. Posteriormente publicaría “La jaula del petirrojo” y “La piel del cordero”. Novelas histórico-románticas, ambientadas en una época medieval convulsa,

germen de la guerra de los Cien Años.